PÍO MOA

# EUROPA

## INTRODUCCIÓN A SU HISTORIA

En 1945, gran parte de Europa estaba en ruinas y repartida en dos zonas de influencia, soviética y useña. Solo seis años antes parecía dominar el mundo, no solo físicamente, con vastos imperios coloniales, sino sobre todo por su potencia científica, artística y de pensamiento. Tras la Segunda Guerra Mundial se recobró económicamente, pero su primacía cultural no ha vuelto a recuperarse. ¿Estamos ante una decadencia irreversible?

Este nuevo estudio de Pío Moa enfoca la historia de Europa desde la época romana no solo a través de sus avatares políticos, económicos y militares, sino, más aún, siguiendo la evolución de su pensamiento y los diversos retos que debió afrontar en cada época. El resultado es un enfoque original sobre un tema cada día más acuciante y sobre el que no existe apenas bibliografía; menos aún en España.

epublibre

Pío Moa

# Europa

## Una introducción a su historia

**ePub r1.0**
**Titivillus** 30.06.18

**EDICIÓN DIGITAL**

Título original: *Europa*
Pío Moa, 2016
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2
Edición digital: epublibre, 2018
Conversión a pdf: FS, 2019

*A los políticos y periodistas.*

# Prefacio

## ¿Qué es Europa?

La historia se nos presenta algo así como un inmenso puente de comienzo y fundamento inciertos, que va construyéndose con las vidas de una miríada de personas y avanza en el vacío en dirección imposible de conocer. En otro plano, y aunque no conviene llevar demasiado lejos las analogías, existe cierta semejanza entre la historia y el clima. En los dos encontramos días apacibles y otros de temporales furiosos, imprevisibles salvo cuando están próximos, y a veces ni siquiera. Ello ocurre también con la vida de las personas. Además la vida humana, entrada en la esfera de la moral tras haber probado el fruto del árbol prohibido, recuerda a la alternancia irregular de días lluviosos y soleados, la transformación de unos en otros, como ocurre con el bien y el mal. Los primeros son molestos y tristones, con un efecto deprimente sobre el ánimo, mientras que el sol alegra y estimula; y sin embargo, tanto el tiempo despejado como el lluvioso son necesarios para la vida; y si uno u otro duran demasiado, la vida sufre y puede llegar a extinguirse. Por lo demás, la influencia del clima en la historia no ofrece dudas: como se ha observado muchas veces, las civilizaciones han nacido en latitudes de climas poco extremos, formando una especie de cinturón en Eurasia desde China a la Península Ibérica; o, en América, en las tierras altas de Méjico y Perú, libres de los calores excesivos del entorno. Otra cosa es que el desarrollo técnico asociado a la civilización haya permitido expandir esta por zonas

menos propicias. En cuanto a Europa, especialmente la mediterránea, corresponde al llamado «paralelo de las civilizaciones», ni demasiado frío ni demasiado cálido y con lluvias suficientes. En fin, las civilizaciones han ido formándose en el actual período interglacial y no antes.

Físicamente Europa es una continuación de Asia, pero siempre se la ha tenido por continente aparte, haciendo de los Urales, el lago Caspio, el Cáucaso y el mar Negro barreras significativas, aun si nada insuperables para los humanos de cualquier época. Puede describirse como un continente con una costa más recortada que cualquier otro, con varias grandes penínsulas bastante montañosas (Escandinava, Ibérica, Itálica y Balcánica), algunas grandes islas, como las Británicas y otras del Mediterráneo, mientras por el centro se extiende una vasta llanura que continúa por Siberia una vez salvados los Urales. Los climas varían desde el suave del Mediterráneo al continental extremado del centro y norte de Rusia. La mayor parte es bastante lluviosa y por tanto verde, mientras en el sur abundan los secarrales, con trozos menores de auténtico desierto.

Con todo ello, los rasgos físicos no difieren especialmente de otros continentes. La verdadera diferenciación es más bien de orden cultural: siguiendo el esquema de *Nueva historia de España*, aquí hablamos de Europa como civilización particular cuya historia se ha originado hace algo más de dos milenios.

Debo aclarar en qué sentido empleo los conceptos de cultura y civilización, ya que han recibido significados diversos. Una diferenciación bastante seguida desde Spengler entiende por civilización la decadencia o esclerosis de la cultura. Aquí llamo cultura al conjunto de creencias y ritos, organización social, costumbres, técnica, arte, saberes,

etc., que constituyen la sustancia de toda sociedad humana: cultura y sociedad son sinónimos. La cultura, nunca estática, cambia lenta o rápidamente, decae, se fortalece o se hunde por agentes externos o por disgregación interna. El individuo perecería si no viviese en sociedad, pero a su vez la vida social genera constantes conflictos, con frecuencia violentos, de intereses, sentimientos, deseos, etc., debido a la individuación humana, incomparablemente más acentuada que en los animales. Así la sociedad, siendo indispensable para la supervivencia de sus miembros, es a la vez un avispero de choques entre personas y grupos; es conflictiva por naturaleza, internamente y con otras culturas, pues la variedad cultural caracteriza también a la humanidad. La historia viene a ser el relato de tales avatares, entre los que hallamos creaciones, acumulaciones, estancamientos, transmisiones y aniquilaciones.

Entiendo aquí por civilizaciones formas complejas de cultura que empiezan hace solo unos 6.000 años en puntos aislados de Oriente Próximo (valle del Nilo y Mesopotamia). Todas las civilizaciones son culturas, pero la mayoría de las culturas no son civilizaciones. La civilización se alzó sobre culturas agrarias del Neolítico (agricultura, cerámica, artesanía, metales), mediante la especialización de la religión, del poder (formación del Estado) y la milicia, la urbanización (*civilización* tiene que ver con *ciudad*), comercio desarrollado, escritura… Esta última permitió acumular y transmitir la memoria, acelerando la evolución cultural. La civilización estimula la alta cultura (religión, técnica, ciencia, arte…) y la diferenciación social entre élites u oligarquías más cultas y poderosas, capas intermedias y masas más atrasadas, dedicadas en general a los trabajos manuales, en muchos casos en condiciones de esclavitud o privación de derechos. El Estado, garante del orden y

estabilidad social, es tanto protector como opresivo, a menudo despótico y objeto de discordias entre las oligarquías o de revueltas o revoluciones capaces de dar al traste con la civilización misma.

La historia es la de las civilizaciones, porque de ellas ha quedado constancia escrita. A lo largo de milenios nacieron y murieron culturas, ocurrieron migraciones de gran alcance, guerras, invasiones, comercio, descubrimientos prácticos, arte, personajes notables como líderes y artistas, etc.; pero de todo ello tenemos solo conocimientos precarios proporcionados por la arqueología, la lingüística o la genética o, para los más recientes, los comentarios no siempre fiables de las civilizaciones coetáneas, tan a menudo sus enemigas. Las luchas entre culturas primarias y civilizaciones, que a veces han arrasado a estas últimas, pueden considerarse terminadas entre los siglos XIX y XX, cuando las civilizaciones, en particular la europea, se han impuesto por completo y erradicado o arrinconado en casi todo el mundo a las culturas primitivas. Y no han escaseado los choques bélicos, comerciales, etc., entre civilizaciones, o entre naciones y grupos diversos dentro de una misma civilización.

Muchas civilizaciones han nacido y colapsado, a veces por causas externas, a veces internas. Estudiosos como Danilevski, Spengler o Toynbee han dedicado atención al fenómeno, sin que sus distintas teorías logren explicarlo. De entre las civilizaciones conocidas, ninguna como la europea ha experimentado un dinamismo tan intenso en cuanto a pensamiento, arte, economía, capacidad técnica, expansión transoceánica y otros rasgos. Tan excepcional dinamismo caracteriza, de entrada, a esta civilización, la cual ha engendrado subcivilizaciones nacionales o supranacionales,

como la hispánica, la anglosajona, la francesa, la alemana o la rusa. La civilización europea abarca el ámbito convencionalmente llamado Occidente, pero la propiamente europea se halla en decadencia desde 1945, y sus «hijas» de América del Norte y del Sur podrían originar nuevas civilizaciones. La china, y más confusamente la india, permanecen mejor o peor desde hace unos 4.000 años, adaptando la técnica y aspectos del pensamiento europeo; y la islámica muestra un llamativo ímpetu beligerante tras siglos de estancamiento.[1]

* * *

Pese a lo dicho, cabría cuestionar la existencia real de una civilización europea: siendo hoy Europa, después de Oceanía, el continente de menor extensión y con menos población (unos 10 millones de $km^2$ para 750 millones de habitantes, comparado con los 44 y 4.200 respectivamente de Asia, los 30 y 1.100 de África o los 42 y casi 1.000 de América), es también el más diversificado relativamente en naciones y estados (46) y en culturas nacionales. Encontramos estados tan mínimos como el Vaticano, con menos de medio kilómetro cuadrado (que ejerce sin embargo influencia mundial) y otros tan vastos como Rusia, que ocupa casi un 40 por ciento del continente. Y diferencias demográficas no menores, entre los 15-27 habitantes por $km^2$ de los países escandinavos y Rusia hasta los más de 400 o 370 de Holanda y Bélgica.

La lengua, factor cultural de primer orden, tampoco ofrece la menor homogeneidad, salvo por una remota raíz indoeuropea. Las principales se hallan diversificadas en tres grandes familias: eslava, germánica y latina, que por sí solas suponen el 95 por ciento de la población total, con ramas menores como la céltica o la griega, y algunas no

indoeuropeas y poco habladas, como el finés, el húngaro u otras aún más minoritarias y con escasa literatura, como el vascuence o el lapón. Dichas tres ramas son ininteligibles entre sí, y cada una de ellas se diversifica en lenguas y dialectos a su vez poco o nada comprensibles entre ellos sin estudio. Hay además tres alfabetos, griego, cirílico y latino, con predominio de este último. La lengua con más hablantes nativos es el ruso, más de 160 millones, seguida del alemán, con 90, el francés, inglés e italiano, con unos 65 cada uno, el español el polaco y el ucraniano con más de 40 cada cual. No obstante las lenguas europeas con mayor número de hablantes nativos son el español y el inglés, fuera de Europa la mayoría de ellos.

Esta gran variedad lingüística, hace que la gran mayoría de los habitantes de una nación no puedan entenderse con los de la vecina, aunque hoy tienda a emplearse un inglés elemental en muchos casos. Los ámbitos lingüísticos van más allá, marcando cada uno de ellos peculiaridades étnicas y de otro tipo. Las diferencias lingüísticas se extienden a la literatura, asimismo muy variada en estilos, tonos y temas según los países, o el arte en general, la arquitectura popular, la canción, la culinaria, etc. Inglaterra, España, en menor medida Francia, Portugal o Rusia, han creado vastos ámbitos culturales propios, especie de subcivilizaciones, fuera de Europa.

La desigualdad lingüística se acompaña de otra en el aspecto físico, que varía notablemente entre la población germánica, la latina y la eslava, aun con bastante mezcla entre ellas. Esta diversidad interna no impide que la población europea difiera físicamente más aún de la africana o la asiática, tomadas en conjunto.

Permanecen asimismo fuertes diferencias económicas,

particularmente entre el este europeo, por lo común más pobre que el centro y el oeste, o entre las economías nórdicas y las mediterráneas. Hay países intensamente industrializados y otros mucho menos o más agrarios o con mayor peso de los servicios; y las variaciones en estructura económica, política fiscal o constituciones políticas son también muy significativas, así como el peso de tales o cuales partidos, aunque se han creado internacionales de una u otra tendencia, tampoco demasiado homogéneas…

La historia interna europea ha distado de ser armoniosa y tranquila. Las guerras entre sus países han menudeado siglo tras siglo, algunas tan devastadoras como la de los Treinta Años en el XVII, o las dos mundiales del XX. Estas dos últimas señalan la decadencia de Europa. Como efecto de las guerras, las fronteras han cambiado muy a menudo, hasta nuestros días. España es uno de los países con fronteras más estables en el tiempo, pero la mayoría han sufrido rectificaciones notables aún en pleno siglo XX. Así Francia, Alemania, Rusia, Reino Unido, Suecia, Polonia y las demás naciones del centro-este, Grecia… Los golpes, revoluciones y guerras civiles han menudeado, y de la disgregación de los imperios han brotado nuevos estados; uno, Yugoslavia, ha sufrido una sangrienta desintegración en tiempos muy recientes.

* * *

¿En qué sentido cabe hablar, entonces, de civilización europea? Existe, por lo pronto, un evidente factor común de la mayor relevancia: todos sus países se han considerado a sí mismos cristianos, y durante siglos se los podría definir como «la cristiandad». Aun así, el cristianismo está dividido en tres ramas principales, la católica, la ortodoxa y la protestante. Curiosamente, cada una de ellas destaca en

alguno de los tres grandes ámbitos étnico-lingüísticos: el catolicismo en la parte latina, la rama ortodoxa en la eslava y la protestante en la germana. Claro está que con numerosas excepciones: gran parte del ámbito germánico, Irlanda y países importantes eslavos como Polonia o Croacia permanecieron católicos; y la ortodoxia abarca a Grecia o a la latina Rumania. En cambio el protestantismo apenas ha salido de países germánicos.

Pero aun con tales divisiones persiste el cristianismo como raíz cultural común, salvo regiones menores de tradición islámica e inmigrantes de esa religión u otras, hoy en auge. Es más, si algún factor ha moldeado en profundidad la historia y cultura europeas ha sido el cristianismo, de donde se ha expandido a América, Oceanía y parte de África, en menor medida a Asia. No obstante, desde el siglo XVIII han cobrado empuje ideologías críticas o anticristianas: liberales y revolucionarias, marxismo, laicismo o cientifismo radicales… Tales ideologías tienen rasgos propios de religión, como una concepción del mundo y de la vida y una moralidad derivada, por lo que cabría entenderlas como religiones sustitutivas: de hecho han desplazado parcialmente al cristianismo, y hoy un alto porcentaje de europeos, variable según países, se declara agnóstico, ateo o indiferente.

Ha sido muy fuerte en la historiografía la tendencia a omitir la religión como un elemento no ya crucial sino simplemente importante en el devenir humano. La mayoría de los estudios deja clara o sobrentendida la idea marxista, y no solo marxista, de que es la economía la que da contenido y sentido a la historia, constituyendo la religión una superestructura fantástica, innecesaria y de algún modo parasitaria, que solo merece examinarse, a su vez, desde una

perspectiva económica o política. A esa concepción cabe oponer la presencia universal de la religión en las culturas y el valor que estas le han dado siempre, un hecho que no puede ser trivial o despreciable y que los enfoques economicistas u otros llamados materialistas dejan sin explicar.

El hombre se caracteriza por la consciencia del mundo y de sí mismo. A su consciencia se le plantean dos grandes tipos de problemas que aborda la filosofía: los llamados metafísicos, referidos a la razón de ser y sentido del mundo y de su propia vida, y los digamos pragmáticos, es decir, políticos, técnicos, científicos… que le presenta la necesidad de vivir en el mundo y adoptar una actitud fructífera o satisfactoria ante él. La gran mayoría percibe estos problemas de modo difuso y confuso, porque sus energías están absorbidas por los mil problemas y afanes cotidianos; pero aun así los percibe, sobre todo en ocasiones típicas, como algún grave fracaso o enfermedad, o la contemplación del cielo estrellado… Y los perciben con más claridad y agudeza algunas minorías, generalmente más liberadas de esos afanes, y que han dado forma a las religiones, filosofías e ideologías. Por otra parte, en la historia observamos una alternancia entre períodos más metafísicos y más pragmáticos, por emplear esos términos. Alternancia visible entre la Grecia clásica y el helenismo, o entre la escolástica y el llamado Renacimiento, por ejemplo.

Dicho de otro modo: el hombre percibe que todos sus afanes acaban derrotados por la muerte; que su vida está condicionada por azares ajenos a su consciencia y voluntad; que no logra orientarse del todo en el laberinto de sus propios deseos —a menudo contradictorios— y del conflicto con los deseos de otros; que ni siquiera está en el mundo por su designio o intención; que tan perecedera y ajena a su

voluntad como su existencia particular es la existencia de la especie y del mundo que le cobija y le hostiga a un tiempo. De ahí una profunda angustia capaz de bloquear la psique. No es ilógica la intuición de unas fuerzas o voluntades misteriosas (espíritus, divinidades) por encima de su vida y del propio mundo. Esa intuición, profunda y oscura, provoca en la psique un doble e intenso sentimiento de adoración y de terror, origen de mitos, ritos para hacer propicios a los dioses, arte, razonamiento… en fin, la cultura propiamente dicha.

En ese sentimiento profundo debe radicar el fondo común a la religiosidad en todas las culturas, por muy variadas que sean sus manifestaciones. Las divinidades dan orden y sentido a la vida por encima de la insuficiencia de nuestra mente para comprenderlo, y la religión cumple así un doble papel: calma —nunca del todo— la angustia esencial y paralizante propia de la condición humana, ofreciéndole consuelo por sus carencias, sufrimientos, errores y muerte forzosa, liberando así las energías psíquicas necesarias para afrontar las exigencias de la vida y la conservación individual y como especie.

Sostengo, pues, que la religión no procede del simple miedo o de ilusiones vanas, sino de la intuición, más o menos clara, de la fuerza o voluntad (así conceptuada por analogía con las capacidades humanas), misteriosa pero necesaria, subyacente a las caóticas, variadísimas y perecederas apariencias de la vida y del mundo. Y que de esa intuición derivan a su vez las manifestaciones históricas y culturales de la vida humana.

Por otra parte, las leyes y costumbres reguladoras de los conflictos sociales que condicionan y frustran a los individuos, no podrían mantenerse sin inspirarse en unos

valores generales cuyo fondo último es religioso, por encima de convenciones, intereses o deseos particulares. En Europa ha solido oponerse la razón a la religión; pero no solo el poder de la razón es limitado, sino que, como los demás rasgos humanos, aparece como un «don», como algo «otorgado», que no procede de la voluntad o decisión de ningún ser humano o conjunto de ellos y remite por tanto a algún *designio* no humano.

Así, la religión debería entenderse, no como un factor secundario en la historia humana, sino central y generador. En la cultura griega, por poner un caso, salta a la vista la proyección de sus mitos en su literatura y demás artes. En cambio la ciencia, la técnica, la economía o el pensamiento parecen haber crecido al margen o contra la religión. ¿Es verdad? La ciencia exige personas liberadas en buena medida de los trabajos y afanes de la supervivencia, y que tengan, además, interés en la observación de los astros y las propiedades de las cosas. Ese interés parte claramente de creencias religiosas. Desde la antigüedad, los templos fueron a menudo observatorios, centros médicos, bibliotecas… Es muy probable que en ellos nacieran la escritura, técnicas agrícolas, calendarios, etc. También eran centros económicos y comerciales, que exigían contabilidad y otras pericias; y condicionaban el pensamiento político, en estrecha relación con él. Claro que la ciencia y el pensamiento europeos, a partir de la Ilustración, atacaron al cristianismo en amplia aunque no total medida; pero las grandes cuestiones siguen pesando en la mente humana, y probablemente el abandono de una fe exige otra sustitutoria. Se afirma, así, que el marxismo es o funciona como una religión, y lo mismo cabe decir, presumiblemente, de las demás ideologías del presente, asunto que abordaremos más adelante. Como este enfoque es hoy poco corriente, me permitiré cierta

reiteración al respecto.

La vida social se compone de tensiones, entendiendo por ellas relaciones a un tiempo hostiles y complementarias. La propia vida individual puede interpretarse como una continua tensión entre deseos contradictorios y entre estos y la realidad exterior. Las tensiones pueden llegar a la lucha abierta, pero en condiciones normales generan equilibrios, nunca plenamente estables ni satisfactorios, pero a menudo productivos. En el catolicismo es fácil detectar la tensión entre razón y fe, derivada de su doble componente, el religioso heredado del judaísmo y el filosófico grecolatino. Tensión emparentada con la que ha venido oponiendo/complementando al poder religioso y al político, a Dios y al César. El poder religioso estuvo y está centralizado en Roma, frente a las soberanías políticas dispersas en estados nacionales o imperiales. En otras culturas, esa separación, causante de conflictos a veces bélicos, está ausente o es más débil, y ha generado en la europea un concepto de la libertad más agudo. Donde triunfó el protestantismo, el poder espiritual se disgregó en muchas tendencias particulares, sin sede común, mientras que el cristianismo oriental siempre estuvo mucho más próximo y mediatizado por el poder político que el catolicismo. Percibimos en la historia otras tensiones creativas o destructivas, como la que se da entre civilización y barbarie, entre concentración y disgregación del poder, entre grupos o clases sociales…

Junto con el cristianismo, y a través de él, la cultura europea ha adoptado gran parte del legado grecolatino y, menos generalizadamente, el derecho romano. Y muy especialmente el pensamiento: Europa puede definirse también como la cultura de la filosofía, no porque otras civilizaciones carezcan de ella, sino porque en ninguna,

salvo la griega, ha alcanzado influjo, desarrollo y diversificación comparables. Cabe encontrar la causa de este hecho en la fuerte tensión entre razón y fe, al parecer exclusiva del cristianismo, por su triple origen en Jerusalén, Atenas y Roma.

Como fruto de esa herencia, Europa ha destacado, en conjunto, por su productividad cultural en el pensamiento, la ciencia, la técnica y las artes —con más intensidad en unos países que en otros—, superando en todo ello a cualquier otra civilización, aun recordando los altos niveles logrados por algunas como la china, la india o en su mejor época la islámica. Desde la pintura o la música a la filosofía, desde las matemáticas a la literatura, la ciencia y la técnica o el pensamiento político, en ningún otro continente se ha producido una eclosión tan sostenida de alta cultura, a través de sucesivos movimientos que han abarcado, si no a todos sus países, a algunos que han marcado con su impronta al conjunto: así el románico, el gótico, el Renacimiento, el barroco, la Ilustración, el romanticismo, el liberalismo, el capitalismo, el marxismo, los fascismos, etc. La democracia liberal, en cambio, ha llegado a Europa desde fuera, desde Usa, si bien esta fue engendrada a su vez por el pensamiento político europeo.

Cabe hablar, por tanto, de una civilización europea, quizá la más diversificada internamente hasta hoy en naciones, sistemas políticos y culturas o subcivilizaciones; en esa diversidad radica una causa de su riqueza y dinamismo.

* * *

Al entrar en la historia europea conviene reconsiderar la clásica división en Antigua, Media, Moderna y Contemporánea, debida, hasta la Moderna, al historiador alemán Cellarius. Aparte de su absurdo, esa nomenclatura

implica dos abusos: su aplicación frecuente a civilizaciones y países no europeos, con reducción de importantísimas civilizaciones, cada una con su particular desarrollo, a la categoría de «Antigüedad»; y la pretensión de explicar la historia como etapas o escalones previos hasta alcanzar su plenitud en el siglo XVII-XVIII. El calificativo de «Media» al milenio entre el siglo V y el XV resulta ofensivo, ya que lo priva de carácter propio, reduciéndolo a un mero período preparatorio para la «modernidad»; aun así, fue preciso dividir el milenio en dos partes: Alta y Baja edad Media. Luego, la supuesta plenitud moderna de los tiempos originó situaciones inesperadas y violentas, y debió establecerse una edad posterior, la «Contemporánea», como si todas las anteriores no lo fueran de quienes las vivieron. Y todas son «medias», pues se encuentran entre una anterior y otra posterior.

Frente a estas distorsiones, propuse en *Nueva historia de España* otra nomenclatura, admitiendo grosso modo las fechas de cambio de una edad a otra: edades de Formación, Supervivencia, Estabilización, Expansión, Apogeo y Decadencia. La Edad Antigua sería la de Formación, que abarca el Imperio romano, porque través de él se consolidó el cristianismo y se transmitió el pensamiento griego y latino. Esa herencia estuvo al borde de la destrucción por dos oleadas de invasiones: la primera, germánica, arrasó el Imperio romano occidental y la segunda estuvo próxima a aniquilar la civilización propiamente europea que sobre la ruinas de Roma fue edificando el cristianismo. Esta última oleada unió las devastaciones vikingas desde el norte con los asaltos islámicos desde el sur y el este, y los magiares por el centro. Esta edad, correspondiente más o menos a la Alta Edad Media, podría llamársele de Supervivencia, como también «de las invasiones» o «de los monasterios», ya que

estos desempeñaron un papel decisivo en el sostenimiento del legado cristiano-clásico.

Desde el siglo XI, la civilización europea no solo toma una forma definida, sino que se asienta y es capaz de alguna contraofensiva como las Cruzadas, de transcendencia histórica pese a su fracaso. Fue esta la Edad de Asentamiento o de Estabilización, cuyas instituciones más visibles son las catedrales, las universidades y el pensamiento escolástico, con amplios movimientos de cultura como el románico, el gótico y un primer Renacimiento. Las sociedades europeas se afianzan lo bastante para superar catástrofes casi apocalípticas como la Peste Negra, una peligrosísima invasión mongola o la invasión turca de la Europa suroriental culminada en la caída de Constantinopla, capital del Imperio Romano de Oriente o bizantino, que había subsistido un millar de años después del derrumbe del Imperio Romano de Occidente.

El descubrimiento de América señalaría el paso a una Edad de Expansión (equivalente a la Moderna), a partir de España y Portugal sobre todo, en que la cultura europea y la religión católica se extenderían a otros continentes. El hecho tiene transcendencia difícil de exagerar, pues por primera vez en la historia los continentes habitados y sus civilizaciones y culturas, hasta entonces con escasas o nulas relaciones entre sí, son puestos en comunicación. A partir de ahí las interinfluencias crecerían, señalando una nueva época en la historia humana, no solo la europea; pero el elemento activo y decisivo serán las expediciones navales y conquistas europeas, que crean imperios transoceánicos, también por primera vez. La Edad de Expansión presencia asimismo renovados impulsos invasores islámicos por parte del Imperio otomano, a través del Mediterráneo y hacia el

centro de Europa; y simultáneamente la escisión protestante, un efecto de la cual serían largos períodos de guerras civiles en la cristiandad. El desarrollo del espíritu científico, el Renacimiento y el barroco caracterizarán asimismo la época.

La etapa concluiría en un período indefinido que abarcaría la Revolución Industrial a partir de Inglaterra, la independencia de Usa y la Revolución Francesa. Esta nueva edad señala el apogeo de Europa (de sus países más avanzados), cuyo poderío científico y técnico descuella de tal modo sobre el resto del mundo que se vuelve incontrastable para cualquier otra potencia o civilización. La nueva época lleva a su cenit las tendencias originadas en la anterior: casi toda América termina de ser colonizada, y lo mismo ocurrirá con África y grandes regiones de Asia. Puede decirse que entonces Europa (algunas de sus potencias) domina al mundo, bien directamente mediante colonias, bien de forma indirecta, por el comercio y la presión política. Esta edad podría definirse como de Apogeo. Y no solo la ciencia o la técnica, también el pensamiento y las artes experimentan un fuerte impulso en la Ilustración, el Romanticismo y las ideologías que aspiran a sustituir a la religión y en parte lo consiguen. Se corresponde con la llamada Edad Contemporánea, con el liberalismo, la democracia y las ideologías totalitarias.

Finalmente, la terminación de la II Guerra Mundial señala un evidente declive de Europa en el plano político y militar, cuando queda dividida en dos zonas de influencia, useña y soviética, pierde casi todas sus colonias y sufre un decaimiento profundo no solo política, militar y económicamente (aunque su economía llegaría a recobrarse), sino en todos los planos creativos del pensamiento, las artes y los movimientos sociales. Europa entra en su Edad de Decadencia, que no sabemos si

proseguirá, acentuándose, o dará paso a un nuevo renacimiento, que hoy por hoy no se vislumbra.

Creo que esta división por edades podría resultar más útil y descriptiva que la tradicional, ambigua y demasiado arbitraria.

* * *

Este libro está compuesto en gran medida sobre otro anterior, *Nueva historia de España,* al que desarrolla en su parte referida a lo extrahispano. Debe entenderse como su título indica: una introducción y una síntesis, en la que inevitablemente ha sido preciso sacrificar un material inmenso, buscando siempre el hilo principal. Para hacerlo más inteligible he procurado dar prioridad a la explicación de los hechos y tendencias sobre los nombres propios, reduciendo estos a muchos que he creído más representativos.

# PRIMERA PARTE

# EDAD DE FORMACIÓN

# 1

# La guerra que fundó Europa

Aunque siempre hay cierta arbitrariedad en fijar el comienzo de una edad histórica, creo que el de la civilización europea puede establecerse con cierta precisión en la II Guerra Púnica, librada entre 218 y 201 a. C. Su consecuencia inmediata fue el asentamiento de Roma como potencia indiscutible en el Mediterráneo y el comienzo de su expansión en torno a dicho mar y más allá. Si la guerra hubiera terminado con el triunfo de su rival Cartago y el aniquilamiento de Roma, parece claro que la historia posterior del Mediterráneo y del resto del continente habría sido muy otra. Por su inmensa transcendencia, esta guerra merece atención especial.

El Mediterráneo ha sido en los tres últimos milenios largos escenario de una historia intensísima y dramática, de culturas y civilizaciones, con intercambios y enconadas luchas entre ellas. Para la tradición occidental, su historia comienza con la Guerra de Troya, inmortalizada por Homero; y un momento de brillo excepcional fue la Grecia clásica, fuente de gran parte de la misma civilización europea. Más que propiamente europeas, Grecia y Roma son culturas mediterráneas, expandidas por las partes asiática y africana del mar, mientras que la Europa al norte la ocupaban tribus bárbaras: célticas, germanas y otras. Pero sin el Imperio romano, la civilización europea quizá no habría llegado a existir o sería muy distinta de la que conocemos, pues esta se forjó sobre la cultura llamada

clásica —*modélica*— o grecolatina, haciendo suyo el legado latino y, a través de él, el griego, proceso que se desarrollaría por medio del cristianismo cuando la Roma imperial pereciera bajo el ataque de los bárbaros.

Así como al norte y sur vivían pueblos con culturas de barbarie, por el este se extendía un rosario de civilizaciones hasta la lejana China, también rodeadas de pueblos más atrasados y amenazantes. Todas ellas tenían carácter continental, en contraste con las desarrolladas en torno al Mediterráneo. Para los latinos, la civilización más conocida era el Imperio parto, formado no mucho tiempo atrás en Persia, enemiga tradicional de Grecia y luego de Roma. Más al este, la mitad norte de India constituía un territorio muy civilizado de antiguo, del que poco se sabía en el oeste, aunque los griegos de Alejandro Magno habían llegado hasta él. En cuanto a la potente civilización china, el desconocimiento en Roma sería casi total hasta cuatro siglos después, bajo el emperador Marco Aurelio. Y América y el Pacífico solo serían conocidos en Europa casi dieciocho siglos después. Para quienes vivían en torno al Mediterráneo, este constituía el centro del mundo, y del resto tenían noticias poco claras.

El Mediterráneo forma dos grandes cuencas (tres, con el mar Negro) separadas por la Península Itálica y Sicilia, que cortan el mar hasta cerca de Túnez. Las dos cuencas son físicamente distintas entre sí, y en el siglo III a. C. lo eran todavía más culturalmente (hoy, la diferencia esencial se da entre el norte y el sur). La cuenca oriental, entre Europa, Asia y África, y semicerrada por la península de Asia Menor o Anatolia, abundaba en ciudades y comercio, y allí habían crecido y muerto grandes civilizaciones, entre ellas la egipcia. Por el tiempo de la II Guerra Púnica predominaba,

con mucho, la cultura helenística, heredera de la Grecia clásica y de las conquistas de Alejandro.

La cuenca del oeste, entre Europa y África y casi cerrada por la Península Ibérica, estaba mucho menos urbanizada y no había crecido en ella ninguna civilización comparable a las de la cuenca oriental. De hecho, los enclaves más civilizados eran las pequeñas fundaciones coloniales griegas y fenicias, procedentes de la cuenca oriental, en menor medida los etruscos y latinos. En el extremo oeste, cerca del Estrecho de Gibraltar, los fenicios fundaron Cádiz, la ciudad más antigua de todas las riberas atlánticas; y en la divisoria entre las dos cuencas mediterráneas, en la costa de la actual Túnez, crearon Cartago, una ciudad que iba a adquirir extraordinaria pujanza hasta terminar trágicamente. Por su parte, los griegos colonizaron especialmente Sicilia y el sur de Italia, y fundaron enclaves por la costa mediterránea de la actual Francia y el levante español.

Exceptuando algunas ciudades griegas, ricas pero decadentes, solo había por entonces en la cuenca occidental dos ciudades-estado destacadas y en auge, Cartago y Roma. Durante largo tiempo, Cartago había disfrutado de la hegemonía naval y extendido su poder por el norte de África, gran parte de Iberia y de las grandes islas Sicilia, Cerdeña, Córcega y Baleares, desplazando la presencia política y comercial griega y etrusca. El Mediterráneo occidental parecía destinado a convertirse en un mar púnico. Pero Roma emergía en el siglo III a. C. como potencia rival, y la colisión se hizo inevitable.

Un primer conflicto se produjo hacia el año 264, por la hegemonía en Sicilia. Durante veintitrés años se sucedieron campañas, treguas y alternativas de victorias y derrotas, con final triunfo romano: fue la primera de las tres guerras

llamadas púnicas (de poeni o fenicios) por los romanos. Cartago perdió el control de la riquísima Sicilia, debió soportar que sus enemigos ocupasen Córcega y Cerdeña violando el acuerdo de paz, y estuvo cerca de perecer cuando se sublevaron sus tropas mercenarias, arrastrando a diversos pueblos sometidos contra la metrópoli. Pese a tan duros golpes, la ciudad demostró suficiente energía para rehacerse económica y militarmente, compensando sus pérdidas con nuevas conquistas y zonas de influencia por Numidia, Mauritania y la Península Ibérica. En 219, el poderío cartaginés se había afianzado de nuevo y controlaba, por ejemplo, casi dos tercios de Iberia, fuente de oro y plata y otros recursos mineros y agrícolas, y de recluta de tropas. Allí fundaron los púnicos una fuerte base militar y urbana, origen de la actual Cartagena, con vistas a proyectos más ambiciosos.

Entonces el general Aníbal decidió reemprender la guerra atacando a Sagunto, próspera ciudad comercial grecoibérica aliada de Roma, pero dentro de la esfera de influencia cartaginesa según el tratado de paz de la guerra anterior. Ello daría lugar a recriminaciones por ambas partes sobre quién había violado la paz y los juramentos a los dioses. Sagunto desgastó a los cartagineses con una resistencia épica (que costó un ojo a Aníbal) hasta quedar reducida a cenizas, y los romanos perdieron prestigio entre los íberos por no haber socorrido a su aliada. A continuación, Aníbal avanzó por tierra con un ejército de 100.000 hombres, cruzó los Pirineos y el sur de las Galias, y en lugar de elegir el camino más fácil optó por eludir al ejército romano que le salía al paso y realizar su célebre y penosísima marcha a través de los Alpes. De aquella marcha, una decisión estratégicamente absurda, salió con sus tropas exhaustas y reducidas a la mitad, según se dice. El error fue compensado,

no obstante, al atraerse a algunos enemigos de Roma y con una sucesión de victorias coronadas con la de Cannas en agosto de 216, donde aniquiló, con 50.000 soldados precariamente avituallados, a un gran ejército casi doble del suyo, reclutado con ímprobo esfuerzo por Roma. Aníbal pudo explotar su triunfo, uno de los más brillantes de la historia, marchando enseguida sobre la ciudad enemiga. La distancia, unos 350 kilómetros, exigiría de diez a quince días de marcha, y, como advirtió a Aníbal uno de sus lugartenientes, podrían sorprender a Roma antes de que les llegase la noticia de Cannas. La ciudad disponía de sólidos muros, pero no de tropas para defenderlos y, cuando se conoció la derrota, la confusión y el pánico se adueñaron de la gente. La guerra pudo haber finalizado entonces con la destrucción de la ciudad o su reducción a la impotencia. En aquellos pocos días, la historia pudo haber tomado rumbos muy distintos de los que hoy conocemos.

Pero en aquel momento culminante Aníbal prefirió dar descanso a sus fatigadas tropas, en lugar de imponerles un esfuerzo último para aplastar a la ciudad enemiga. Los propios romanos se asombraron de su flaqueza, y el Senado supo adoptar medidas drásticas para elevar la disciplina y la moral, reclutar nuevas tropas y mantener la alianza con otras ciudades del Lacio. Ciertamente Roma no quedaba en condiciones de batir a Aníbal, pero este tampoco pudo ya asaltar a Roma, y la guerra se estancó en prolongadas acciones y maniobras no decisivas.

Fue un joven militar romano, Publio Cornelio Escipión, quien rompió el empate desembarcando en Hispania, donde los romanos habían sido también derrotados, para destruir allí las bases de abastecimiento y reclutamiento de Aníbal. En 209 expugnó Cartagena y venció a los púnicos en unas pocas campañas magistrales, eliminándolos de Hispania en

206. Al año siguiente Escipión fue elegido cónsul y decidió llevar la guerra al mismo territorio de Cartago, una resolución muy arriesgada. Ante la ofensiva romana, Aníbal no tuvo más remedio que abandonar Italia y acudir a salvar su ciudad. Y cerca de ella fue derrotado por Escipión en la batalla de Zama.

La guerra había terminado diecisiete años después de comenzada. Habían contendido un ejército cartaginés compuesto básicamente de mercenarios contra uno de ciudadanos romanos; y una potencia de vocación marítima contra otra más bien terrestre (aunque después de la I Guerra Púnica Roma había conseguido el dominio del mar). Como conductor militar, Aníbal estaba por encima de los generales romanos, exceptuando a Escipión, que le superó. Como observa Polibio, «A sus veintisiete años Escipión se entregó a empresas que la gente creía desesperadas (…) y, dedicado a ellas, dejó de lado los planes vulgares que le podían venir a la mente a cualquiera y se propuso hacer lo que ni amigos ni enemigos podían sospechar. Y todo con los cálculos más precisos». Escipión gozó también de una ventaja política: durante la guerra contó con el respaldo firme de su patria, mientras que Aníbal hubo de soportar las intrigas y envidias de sus enemigos en el gobierno púnico, que estorbaban sus suministros y decisiones.

También quedó clara la superioridad de la organización militar romana: sus legiones, unidades bien cohesionadas y adaptables, con un número variable de infantes (en torno a 6.000, con grupos de caballería), iban a pasear las águilas romanas por todo el mundo en torno al Mediterráneo y bastante al norte de él. Sin duda la organización legionaria, reformada según dictase la experiencia, iba a ser, junto con unos jefes militares competentes, la clave principal de la prodigiosa y duradera expansión romana: pasarían seis

siglos y medio después de la guerra de Aníbal hasta la caída del Imperio Romano de Occidente. La legión expresaría asimismo el espíritu ajeno a sentimentalismos, pragmático y crudamente realista, característico de su civilización.

Aquella contienda, escribió el historiador Tito Livio, «tuvo tantas alternativas y su final fue tan incierto que corrieron mayor peligro los que vencieron». El número de ciudadanos romanos se redujo de 270.000 a la mitad, en parte muertos en combate, en parte por la pérdida de aliados como Capua. La población masculina adulta se recuperó pronto, para estancarse durante largo tiempo en torno a los 220.00. Fue, en suma, «la guerra más memorable de cuantas se llevaron jamás a cabo». No exageraba, aunque le fuera imposible predecir su transcendencia para la historia posterior.

El área de expansión y hegemonía de interés para Roma se limitaba en principio al Mediterráneo occidental, donde ocupó las posesiones cartaginesas, el sureste de las Galias y se impuso a las ciudades griegas del sur de Italia y Sicilia. La conquista de Hispania se demostraría especialmente ardua. Los lusitanos, al mando de Viriato, un líder extraordinariamente hábil, vencieron a los romanos entre 147 y 139, y la ciudad celtíbera de Numancia resistió diez años antes de caer, en 133, tras haber infligido humillantes derrotas a las legiones. Poco antes Cartago había sido arrasada hasta los cimientos: pese a haber sido sometida a duras condiciones, la ciudad estaba recobrando su prosperidad. Por ello, el Senado impulsó una III Guerra Púnica (149-146) para destruirla por completo, de modo que nunca volviera a rivalizar con Roma; y así quedó afianzado el dominio romano sobre aquella mitad del Mediterráneo.

No parece que Roma tuviera por entonces ambiciones

sobre el Mediterráneo oriental, pero este sufría permanente inestabilidad, plagada de querellas entre los estados helenísticos y ligas de ciudades griegas. Alguno de esos estados, como Macedonia, suponía un peligro potencial para Roma, mientras que otros acudían a esta en busca de apoyo o protección. El resultado fue una sucesión de campañas simultáneamente con las guerras en Hispania y la de Cartago, al final de las cuales, hacia 133, Roma se había hecho con el dominio o el control de aquella parte del Mediterráneo. En 216 había estado al borde del abismo tras la batalla de Cannas, y en ochenta años, mediante una sucesión de guerras al este y al oeste, se había convertido en la potencia absolutamente hegemónica o dominante en ambos Mediterráneos. Luego se expandiría en todas las direcciones desde Hispania a Mesopotamia, desde la frontera de Escocia hasta el Atlas y Egipto y penetrando en la Germania. Nunca más se repetiría el dominio de las dos orillas del Mediterráneo por una sola potencia o civilización.

Si Aníbal hubiera vencido, y muy cerca estuvo, quizá Cartago no habría emulado el impulso romano hacia el este, pero sin duda habría impuesto su civilización oriental-africana en el Mediterráneo occidental. El Imperio romano no habría llegado a nacer y el destino cultural y político de Europa habría sido distinto. Ciertamente, aquella magna contienda no es una más en la historia, tiene verdadero carácter fundacional: con ella nació la civilización europea, y nació como civilización mediterránea.

* * *

Los romanos entendían que sus prodigiosas victorias no se explicaban solo por factores racionales, tales como el genio de Escipión o la organización legionaria o la capacidad económica. Después de todo, los mejores planes fracasan a

veces, otras una intuición momentánea lleva al triunfo, y los cambios de fortuna escapan a los cálculos de la razón. Desde siempre los hombres han intuido la intervención de fuerzas misteriosas por encima del cálculo racional, fuerzas divinas; y para los romanos la causa última de sus éxitos radicaba en la protección de los dioses tutelares de la ciudad, a quienes oraban y sacrificaban y cuyos mandatos morales procuraban seguir. Expone Polibio:

> La mayor diferencia positiva de la constitución romana es, a mi juicio, la convicción religiosa. Pues me parece que la religión ha sostenido a Roma a pesar de ser objeto de burla por los demás pueblos. Entre los romanos la religión está presente con tal dramatismo en la vida privada y en la pública, que no es posible estarlo más. Esto sorprenderá a muchos, pero creo que lo han hecho pensando en la gente común. Si fuera posible formar una ciudad solo con personas inteligentes, (la religión) no sería precisa. Pero la masa es cambiante y llena de pasiones injustas, de furias irracionales y de rabias violentas. El único remedio es contenerla con el miedo a lo desconocido y ficciones de ese género. Así, a mi juicio, los antiguos no inculcaron por azar en la multitud las imaginaciones de los dioses y las narraciones del Hades.

Por ello, Polibio tachaba de temerarios a quienes creían posible o conveniente suprimir la religión, despreciada por la gente instruida como un rosario de ficciones absurdas, pero apreciada como instrumento útil para asustar al pueblo y mantenerlo en calma.

Polibio ensalza otra conducta ligada a la religiosidad: la honradez de los cargos públicos. El soborno estaba penado

con la muerte, mientras que en Cartago era público y aceptado, y las ciudades griegas se habían hecho famosas por la corrupción de sus magistrados: al respecto, los latinos acuñaron la expresión *graeca fides, nulla fides*.

Como ocurría en otras culturas, la religión estaba ligada íntimamente al Estado, a la protección de la ciudad; y todas las acciones, políticas, guerreras, etc., debían contar con el beneplácito divino, obtenido a través de ritos presididos por los sacerdotes. Los cónsules ejercían también funciones religiosas, y los éxitos políticos y guerreros, que no excluían una minuciosa racionalidad, se atribuían en definitiva a la protección divina. La politeísta religión latina estaba dispuesta a integrar a los dioses y ritos de otros pueblos conquistados, siempre que no contrariasen al interés del Estado.

Con todo, la abundancia de divinidades mayores, menores, públicas y domésticas no excluía una jerarquía, la «tríada capitolina», con Júpiter, el dios máximo y protector; Juno, su esposa-hermana, defensora del hogar y el matrimonio; y Minerva, diosa de la sabiduría y de la guerra. Según el investigador francés G. Dumézil, la tríada superior caracterizaba a las religiones indoeuropeas, apreciable en la griega (Zeus, Poseidón y Hades), en la celta, la hindú o la germánica. Algunos autores han querido ver ahí un precedente de la Trinidad cristiana. La tríada se relacionaría también con la división del orden social en tres ámbitos: el del sacerdocio, el del guerrero y el de los productores (campesinos, comerciantes, artesanos). División rígida en el sistema de castas hindú, pero perceptible asimismo en las demás culturas del mismo origen, incluso en la civilización europea hasta la Revolución Francesa. Sin embargo, divisiones semejantes existen en culturas no indoeuropeas.

En estas religiones los dioses son inmortales, pero no eternos, pues tienen un principio a partir de fuerzas más oscuras e indefinibles, como el amor, la guerra, «el cielo y la tierra», surgidas sucesivamente del Caos, de algo así como una situación confusa e indiferenciada previa al mundo ordenado. No eran, por tanto, los creadores del mundo, sino más bien los fundadores y mantenedores de su orden, así como del orden social.

Por lo que respecta a los humanos, eran religiones melancólicas. La humanidad habría decaído desde una Edad de Oro, en que los hombres, semejantes a los dioses, vivían en armonía con la naturaleza, sin fatigas ni sufrimientos, y morían plácidamente, como durmiendo. Le habría sucedido una Edad de Plata y de Bronce caracterizadas por gentes cada vez más degradadas y violentas, obligadas a trabajar la tierra y ganadas por la *hybris* (desmesura, orgullo), dadas a despreciar a los dioses. Finalmente la Edad de Hierro, la de los humanos de la época, estaría plagada por la codicia, la violencia, la mentira y la deslealtad. Hay, pues, una evolución descendente del ser humano, caracterizada por una creciente *hybris* e impiedad con sus consecuencias nefastas. Otros mitos exponen la creación del hombre por un titán hijo de la tierra, Prometeo, que regala a sus criaturas el fuego (la técnica) y les enseña a despreciar a los dioses, los cuales le encadenan a una roca, símbolo de las apetencias meramente materiales, mientras le roe el hígado un águila, símbolo del castigo por la traición al espíritu.[2]

Si el destino de las personas en vida resultaba expuesto a muchos males, tampoco era brillante el que le esperaba en el más allá, cuando sus almas bajaran al Hades o Averno, donde recibirían premio o castigo, en regiones del Hades como los Campos Elíseos para los buenos y el Tártaro para los malvados. Pero la expectativa no dejaba de ser lóbrega.

En la *Odisea,* Aquiles afirma preferir ser un siervo en casa de un pobre entre los vivos a reinar entre los muertos. El emperador Adriano recoge el tema en su poema *Animula vagula blandula*, «huésped y compañera del cuerpo, que irás a lugares lívidos, helados, desnudos». La religión grecorromana exigía de los hombres una conducta justa pero poco esperanzada aunque tratasen de acomodarla a los mandatos divinos, percibidos de modo contradictorio. Y prometía una vida de sombras en el más allá. Pese a sufrir una penosa Edad de Hierro, o por ello mismo, el hombre debía suplicar siempre el auxilio de los dioses, garantes en definitiva del orden y felicidad posibles.

Polibio revela un declive del politeísmo, al menos entre la gente intelectualizada del helenismo. La fe en los dioses había sido socavada por la poca esperanza propiciada y por el racionalismo. Hasta la II Guerra Púnica, la religiosidad romana chocaba a los ojos escépticos de los filósofos y personas cultivadas de Grecia. Pero a partir de entonces muchos rasgos iban a cambiar en la propia Roma, entre ellas la actitud religiosa.

* * *

Políticamente, y contando con la imprecisión de las informaciones sobre Cartago, esta y Roma se asemejaban: dos ciudades-estado expansivas, de vocación imperial; habían sido fundadas casi simultáneamente hacia el siglo VIII a. C.; Cartago por una legendaria reina Dido, y Roma por unos no menos legendarios Rómulo y Remo; aunque las leyendas suelen tener un fondo de realidad (investigaciones recientes retrasan al siglo VIII la fundación de Roma, antes atribuida al VII). Con el tiempo, los confusos recuerdos de aquellos orígenes y la conveniencia de dotarse de prestigio histórico, hicieron que Roma retrotrajese su nacimiento al

héroe troyano Eneas, uno de los pocos que habían logrado huir de la ciudad en llamas. Luego, Eneas había arribado a Cartago y enamorado a la reina Dido, a la que había abandonado debido a la orden de los dioses de fundar un gran pueblo en el Lacio, y Dido se había suicidado. Es el tema de la *Eneida* de Virgilio, epopeya algo rebuscada y sin la menor base histórica, pues la guerra de Troya precedió en unos cuatro siglos a la fundación de Cartago. Con tal leyenda se quería resaltar el lado trágico de la relación entre ambos pueblos rivales. En cuanto a Roma, durante sus primeros siglos había ido fortaleciéndose en lucha contra sus vecinos etruscos, samnitas, volscos y celtas, hasta predominar en la región del Lacio y zonas próximas. Cartago había sustituido a sus fundadores fenicios, extendiéndose por Hispania, Sicilia y las grandes islas de la zona en empresas comerciales y de conquista.

Las dos ciudades habían evolucionado de modo similar. Habían abandonado tiempo atrás la monarquía e instaurado repúblicas muy oligárquicas. Para evitar el despotismo, el poder ejecutivo máximo lo ejercían simultáneamente dos personas (cónsules en Roma, sufetas en Cartago) y solo durante un año. La decisión y la autoridad estables las mantenía una institución que agrupaba a las familias más poderosas, el Senado en Roma y un Consejo de ciento cuatro miembros en Cartago; en ambas existía también una asamblea de composición más popular con ciertos poderes.

La ciudadanía romana se componía de una capa superior, los *patricios*, aristocracia latifundista de lejana estirpe, y los *plebeyos*, estratificados a su vez en potentados o *nobles*, de estatus similar al de los patricios; *caballeros*, de fortuna intermedia obtenida del campo o del comercio u otras profesiones; pequeños campesinos con sus tierras que les permitían sostenerse; y una masa considerable de *clientes*,

personas con escasos recursos y dependientes económicamente de los patricios o los nobles. Quizá la estratificación social en Cartago no difería demasiado, salvo porque su aristocracia derivaba más directamente del comercio y el dinero, y los pobres serían más, y menos afectos al poder: de ahí su necesidad de recurrir a tropas mercenarias.

En un plano cultural amplio, las diferencias aumentaban. Roma, próxima al mar, pero interior, de lengua indoeuropea, economía predominantemente agraria y, al principio, de escasa aptitud marinera. Cartago, en la esquina noreste del Magreb, actual Túnez, ciudad marítima con un gran puerto y economía comercial y lengua semítica, fundada por la fenicia Tiro. Las religiones también diferían, de origen indoeuropeo una, semítico la otra; los cartagineses mantenían los sacrificios humanos, abandonados por los romanos (aunque tras la derrota de Cannas el pánico les llevó a realizar algunos).

Roma y Cartago se hallaban en el mismo entorno mediterráneo, aunque hay marcada diferencia física entre la orilla norte, europea, y la sur, africana. La primera es mucho más recortada, con tres grandes penínsulas y abundantes islas, sobre todo en la cuenca oriental, en contraste con la parte africana, casi rectilínea, sin penínsulas ni apenas islas. También varía el clima, seco y en gran parte desértico en África, más templado y húmedo en el lado opuesto. No obstante, estas diferencias no señalarían una barrera cultural drástica hasta muchos siglos después, con las invasiones islámicas, persistente hasta hoy. Por el contrario, durante muy largo tiempo el mar sirvió de confluencia de civilizaciones, mientras que la mayor parte del continente europeo vivía en la barbarie. Egipto influyó en un área bastante amplia en la cuenca oriental, dominando en

algunas épocas gran parte del inmediato litoral asiático. Desde ese litoral, Fenicia fundó ciudades y factorías por el Magreb e Iberia. La cultura griega abarcó tanto la costa europea como la asiática y finalmente Egipto, aparte de penetrar profundamente en Asia; y la ciudad culturalmente más importante del mundo helenístico sería la africana Alejandría. También en la cuenca occidental, donde contendieron Cartago y Roma, tenía gran peso el helenismo. El Mediterráneo fue por tanto, durante milenios, un foco y escenario de influencias y choques de culturas que solo forzando las cosas cabría distinguir como europeas, africanas o asiáticas. Con el triunfo de Roma aquel gran escenario se unificó políticamente y la interrelación cultural se intensificó.

El nuevo poder, que en tan poco tiempo había dominado ambas orillas, despertó pasmo y temor generales. El historiador griego Polibio, que admiraba a Roma, describió su régimen como una combinación armoniosa de democracia, aristocracia y monarquía:

> Las tres clases de gobierno dominaban la Constitución y las tres se ordenaban, administraban y repartían tan equitativamente, con tal acierto, que nadie, ni los nativos, habrían podido decir con certeza si el régimen era del todo aristocrático, democrático o monárquico. Pues atendiendo a la potestad consular se asemejaba a una constitución plenamente monárquica, atendiendo a la del Senado, aristocrática, y considerando la del pueblo, creeríamos hallarnos del todo en una democracia.

La política romana después de la monarquía procuraba evitar la tiranía, equilibrando y limitando los poderes: los dos cónsules tenían poder ejecutivo (*potestas*) pero limitado

a un año, sin poder repetir inmediatamente, podían vetarse decisiones mutuamente y ser encausados si transgredían la ley. Para casos de seria amenaza externa o interna se admitía una dictadura limitada a medio año. El poder estable, con fuerte autoridad (*auctoritas*) lo ejercía un Senado compuesto de ciudadanos ricos (patricios) que dirigía la política exterior, administraba el erario, ratificaba los acuerdos políticos y aconsejaba forzosamente a los demás magistrados. Existía además una asamblea popular con ciertos poderes legislativos que defendía a la plebe frente a los eventuales atropellos del patriciado. Esta aversión al despotismo y la búsqueda de medios institucionales de evitarlo iba a constituir también un rasgo profundo del pensamiento político europeo.

Por otra parte, cabe sostener que todo régimen estable combina las tres formas: el poder es siempre ejercido por una pequeña oligarquía encabezada por una persona, un monarca con ese u otro nombre, y apoyado por el consentimiento implícito o explícito y lo bastante amplio de los gobernados, es decir, por un grado variable de democracia.

Siguiendo una tradición de pensamiento político griego, Polibio estimaba que el poder, en general, seguía ciclos determinados por los abusos y la degradación de cada forma principal: monarquía, aristocracia y democracia. Cada una de estas tendía a degenerar, provocar mil abusos y dar lugar a reacciones. Por ejemplo, la degradación de la democracia en demagogia u oclocracia, provocaba por reacción una vuelta a la monarquía. Esta, a su vez, terminaba degenerando en tiranía que daba lugar al golpe de los aristócratas, luego decaídos en oligarcas hasta que la revuelta popular imponía la democracia, y así sucesivamente. Por eso parecía preferible, por más estable,

un sistema que combinase armónicamente las tres formas. Pero lo cierto es que el conjunto de instituciones romanas, con sus equilibrios, iría cambiando y volviendo la ciudad más ingobernable, y una causa de aquellos cambios sería precisamente el impresionante éxito militar a partir de la II Guerra Púnica.

De todas formas, el poder romano en el Mediterráneo iba a durar unos seis siglos y medio, no precisamente tranquilos, después de la guerra de Aníbal, y traería consigo cruciales cambios culturales y políticos.

# 2

# El Imperio romano y su cultura

Las magnas victorias romanas tuvieron inesperadas consecuencias ideológicas, políticas y económicas, no solo en los territorios conquistados, también en la metrópoli. Uno de ellos fue la propagación de las ideas y formas de vida refinadas o lujosas del helenismo en Roma. El idioma griego cobró tal pujanza que amenazó con eliminar al propio latín como lengua de cultura. El griego predominaba en todo el Mediterráneo oriental y en el sur de Italia y Sicilia (Magna Grecia), parcialmente helenizadas desde siglos atrás. Numerosos intelectuales y escritores griegos afluyeron a Roma, a veces como esclavos; los romanos cultos leían literatura y filosofía en griego, y llegaban a escribir en él; y el mismo Escipión, héroe mayor de las victorias romanas, y su amplio círculo de influencia, promovieron con entusiasmo la helenización.

Esa corriente chocó con resistencia encabezada por Catón *el Viejo* o *el Censor*, que había participado en la guerra contra Aníbal en Hispania y luego impulsado la definitiva destrucción de Cartago. Era un militar hábil e inclemente, también escritor y orador notable y enemigo de Escipión, a quien logró procesar acusándole de corrupto. De cuna plebeya, defendía las antiguas y vigorosas tradiciones campesinas a las que atribuía el carácter y los éxitos de la ciudad, personificadas en el héroe Cincinato de los primeros tiempos republicanos: piedad religiosa, trabajo duro, sentido primario y estricto de la justicia, rechazo a las ambiciones

particulares… Cualidades opuestas a la moda helenizante, que Catón juzgaba corruptora y charlatanesca. Con su actitud y escritos de historia, moralistas, sobre las labores del campo, etc., en su mayor parte perdidos, contribuyó a salvar al latín como lengua culta y literaria de brillante futuro.

Desde luego, la helenización avanzó imparable, y el latín, pese a su dominación política, nunca lograría desplazar al griego del Mediterráneo oriental. Pero llegaría a ser la lengua corriente en casi todo el resto: la cuenca occidental, las Galias, Britania y otras zonas. En ella se expresarían grandes literatos y pensadores, luego la Iglesia católica y la ciencia y la cultura superior en toda Europa Occidental durante muchos siglos después de la caída del Imperio romano.

Dada la helenización de Roma puede hablarse de una cultura clásica grecolatina, a pesar de las muchas diferencias entre los respectivos espíritus. Los romanos eran más aficionados a la técnica que a la ciencia, menos a las densas filosofías griegas que a los asuntos prácticos sociales y políticos. Admiraban a los griegos del helenismo y los despreciaban simultáneamente como *graeculi* (grieguillos) por su poca vitalidad y propensión a especulaciones fútiles. Propios del genio romano fueron el talento normativo de su derecho, su destreza para unificar y pacificar a otros pueblos, aun si a menudo a un alto coste («llaman pacificar un país a destruirlo»), su escaso sentimentalismo y su genio constructor de ciudades, edificios y comunicaciones.

* * *

También en el terreno económico fueron profundos los cambios. Las victorias bélicas aportaron a la ciudad enormes riquezas, incrementaron extraordinariamente el comercio y

con él las prácticas bancarias, pero también derivaciones impensadas y perturbadoras. El inmenso botín benefició especialmente al grupo social del Senado, aumentando la concentración del poder económico y la expansión de los latifundios. Decenas de miles de esclavos traídos de todo el Mediterráneo fueron empleados en las fincas de los ricos, con las que no podían competir los pequeños y medianos propietarios rurales que habían asegurado las victorias romanas. Al lado de quienes se enriquecían se multiplicaban los pobres, aunque durante un tiempo el asentamiento de soldados en colonias en otros países atenuó el mal. La corrupción aumentaba al mismo ritmo, y la Roma vencedora de Cartago iría quedando como irrecuperable objeto de nostalgia, visible en las muy posteriores sátiras de Juvenal y sus incitaciones un tanto en vano: «Que el arado os dé, jóvenes, el pan que necesitáis; tenéis el cobijo de esas cabañas y el alegre sosiego de estos campos. Vivid contentos».

En consecuencia la ciudad acumuló una población parasitaria, sin apenas medios de vida, de unas 200.000 personas, un peligroso venero de revueltas. Para ganarse su apoyo, y más en general para mantenerla en calma, se recurrió a la entrega de grano a precios muy bajos o incluso regalada y a organizar frecuentes espectáculos y juegos de circo, a menudo brutales como los de gladiadores y fieras. De ahí la frase *panem et circenses* con que Juvenal execraría una costumbre demagógica, que degradaba a las masas y a los políticos, minando el antiguo espíritu esforzado y laborioso.

Las tensiones entre plebeyos empobrecidos y patricios, caballeros y nobles enriquecidos se envenenaron, y a las guerras externas sucedieron violentos conflictos en Italia y la misma Roma. Los hermanos Tiberio y Cayo Graco

recogieron las demandas de los plebeyos, exigiendo redistribución de tierras, derechos ciudadanos para los demás itálicos y otras reformas rechazadas por la mayoría del Senado. En los disturbios subsiguientes los dos hermanos morirían, uno asesinado y otro suicidado en 133 y 121 a. C. La república, incapaz de reformarse, entró en crisis. Más tarde otro general y político, Mario, que había aplastado una invasión peligrosa de tribus germanas y reformado la legión, recogió parte de las reivindicaciones de los Gracos. Tras una guerra entre Roma y otras ciudades itálicas que aspiraban a la igualdad de derechos, surgió una enconada rivalidad entre Mario y Sila, personaje moralmente depravado y cínico, también general talentoso, defensor del *statu quo*. En la subsiguiente contienda civil los dos bandos recurrieron a las represalias más sangrientas, vulnerando las normas escritas y no escritas. Sila terminó venciendo y se erigió en dictador sin término. Cuando creyó cumplida su misión, hacia el año 80 a. C., se retiró. Había legislado tratando de mejorar y salvar las instituciones republicanas, pero prácticamente las había hundido al establecer un sistema de terror.

Después de él continuó la inestabilidad, incluyendo la gran rebelión de los esclavos acaudillada por Espartaco, entre los años 73 y 71, aplastada después de haber sufrido Roma graves reveses, y dejando maltrecha por largo tiempo la economía agraria de gran parte de Italia. Las luchas civiles llevaban de modo natural a la dictadura, el poder atraía a los más ambiciosos, apoyados en la fuerza militar, y las leyes e instituciones no se respetaban o se utilizaban de forma partidista. Julio César, después de someter las Galias, partes de Britania y de Germania, terminó triunfando sobre sus rivales Pompeyo y Craso y redujo al Senado a un cuerpo consultivo y sumiso. Probablemente pensaba hacerse rey cuando fue asesinado en 44 a. C. por una conjura

republicana.

César ha quedado como una figura mítica para las edades posteriores, por su deslumbrante destreza militar, política y administrativa, combinada con una gran audacia, total ausencia de escrúpulos y una crueldad extremada, aunque utilitaria, limitada a la obtención de un fin. Ha sido el modelo propuesto admirativamente, en particular desde el Renacimiento, para el ejercicio de un poder no limitado por supuestos religiosos ni legalistas y solo por el talento de quien lo ejerciera. La palabra «césar» pasó a ser sinónima de la dignidad de emperador, y más tarde un poder supremo, autocrático y benéfico, inspirado en el ejemplo del romano.

Es llamativo que los pueblos sometidos hicieran pocos esfuerzos por aprovechar las luchas intestinas y la aparente descomposición de Roma para rebelarse, señal del prestigio y el temor inspirados por las legiones. Y que, con todos sus problemas internos, la república fuera capaz de derrotar peligrosas agresiones externas. Pues el Imperio se hallaba rodeado de enemigos, bárbaros y civilizados. El más próximo de los últimos, el Imperio persa de los partos, fue capaz de infligir a Roma la dolorosa derrota de Carras en 53 a. C., y de disputar con éxito a Roma el dominio de Mesopotamia. Todos estos enemigos realizaban a veces incursiones muy peligrosas.

* * *

Junto con los procesos anteriores, el clima social latino cambió profundamente por la desmoralización y crisis religiosa, la inseguridad jurídica derivada de las frecuentes luchas civiles, con sus asesinatos y confiscaciones, la alteración demográfica causada por la llegada de innumerables esclavos y gentes de variados países, el contraste entre la miseria de unos y la riqueza de otros.

El helenismo introdujo en las capas superiores el escepticismo religioso mencionado por Polibio. No ya los mitos, también los temas metafísicos de Platón y Aristóteles habían cedido a cuestiones más abordables por la razón, buscando una moral capaz de orientar al hombre hacia la felicidad. Pero la ventaja de sustituir relatos míticos por especulaciones razonadas traía inconvenientes, pues desde unas mismas premisas, la razón construye discursos dispares, incluso opuestos. Así, dando por sentado que el bien es el placer y el mal el dolor, la felicidad descansaría en un hedonismo que permitiese lo máximo del primero y lo mínimo del segundo; pero de ahí no deriva una conducta unívoca, pues, ¿cómo practicar con tino la búsqueda del placer? El hedonismo podía entenderse como rienda suelta a los deseos sensuales, o como una selección entre los mil deseos humanos, descartando los más «bajos» o riesgosos; o incluso como una renuncia ascética a los deseos, ya que estos, por incumplibles en muchos casos o por lo breve de su satisfacción, traían consigo la frustración. El hedonismo podía inducir asimismo al suicidio, razonando que las penas en el mundo son a menudo mayores que los placeres. De ahí diversas escuelas como la de Cirene, el epicureísmo o el estoicismo.

Yendo más allá, se hacía difícil eludir la referencia de la moral a algún concepto metafísico. Si la moral dejaba de ser expresión de la voluntad divina, debía buscársele un fundamento distinto y más asequible a la razón, pero con ello la mente entraba en una nebulosa. Se trataba, en definitiva, de vivir de acuerdo con la naturaleza, con el orden cósmico, ya que de ahí vendría el bien y la felicidad; y de ignorar el orden natural procederían los males. Por desgracia, los designios de la naturaleza resultaban tan oscuros como la voluntad de los dioses, y quienes

predicaban una vida de acuerdo con ella se encontraban enseguida con diversas opciones y problemas de mala solución.

En general, las costumbres se relajaron. Entre las clases altas había cundido un escepticismo más o menos filosófico que no lograba aplacar una angustia subyacente, manifiesta en desinterés por tener hijos, expansión de la homosexualidad pese a las leyes contrarias a ella, o en la moda de religiones gnósticas. Según estas últimas, el hombre, previa iniciación o iluminación por medio de diversos ritos, accede a un conocimiento profundo del espíritu, identificado como el bien, y contrario al mal, representado por la materia. De la condena de la materia surgían normas morales opuestas, tanto de castigo al cuerpo, por su carácter material, como de un hedonismo irrestricto, ya que en cualquier caso el cuerpo no tenía importancia. Como fuere, el gnosticismo rechazaba la procreación (un mal) y en ese sentido suponía un verdadero suicidio social. En la sociedad romana se extendieron como nunca antes ritos orgiásticos, muchos de ellos importados de Oriente.

* * *

En tales condiciones, el poder de Roma pudo colapsar pronto. Si no ocurrió se debió a la persistencia de otras conductas y espíritu derivados de la fe en las viejas divinidades. Y a un sistema de selección política mediante el *cursus honorum* (carrera de honores o cargos) que aseguraba una provisión de funcionarios y dirigentes con amplia experiencia militar, administrativa, jurídica y en general política, que garantizaba una presencia eficaz en todas las partes de su imperio, cuya mera extensión lo hacía tan difícil de gobernar. También se debió, en un plano más práctico, a las legiones.

De todas formas, la equilibrada arquitectura legal republicana tan admirada por Polibio y muchos otros, se arruinaba por sus propios éxitos, los cuales habían creado nuevas circunstancias que desbordaban a las viejas instituciones. La Roma resultante de las conflagraciones que durante un siglo y medio convulsionaron a la república, ya tenía muy poco que ver con la que había vencido a Cartago. Las leyes e instituciones creadas para encauzar la conflictividad social y particular habían sido rebasadas, hasta parecían fomentar disturbios y luchas abiertas, y la gente deseó un poder fuerte e indiscutido para acabar con el sangriento desorden. A fin de afrontar crisis extremas, la Constitución romana preveía dictaduras limitadas a seis meses, y ya fue indicativo que Sila y Julio César fueran aceptados como dictadores sin limitación de tiempo. El problema acabó de resolverse en nuevas guerras internas, con el triunfo de Octavio Augusto, el año 30. Ya no hubo siquiera la agonizante resistencia republicana que había segado la vida de Julio César. Tras la derrota de su rival Marco Antonio, Augusto gobernaría Roma en solitario hasta su muerte en el 14 d. C.: cuarenta y cuatro años de paz interior, la *Pax Augusta*. Por ello y por sus numerosas mejoras económicas y sociales, sería honrado como un dios a su muerte.

Roma entraba en una nueva fase histórica conocida como Principado o Imperio (aunque el Imperio, como dominio sobre otros países, había sido creado por la república). Los nuevos autócratas se apoyaban directamente en la fuerza militar, se les haría objeto de culto religioso como garantes del orden social y se les divinizaría al morir. También mantendrían las instituciones republicanas como fuente ideal de legitimidad, si bien vaciándolas de contenido. Los elementos de democracia activa quedaban reducidos a casi

nada, el consentimiento popular se hacía pasivo y el Senado perdía su *auctoritas* frente a la voluntad de los emperadores.

Las conmociones republicanas parecieron justificar el esquema clásico, según el cual la degeneración de la democracia engendraba la monarquía. Tras casi cinco siglos republicanos, Roma volvía a algo semejante a la monarquía originaria. De identificarse con un ideal de libertad, la república había terminado por convertirse en sinónimo de luchas fratricidas. El problema político de fondo podría presentarse al modo de la competencia, en la lejana China, entre el espíritu confuciano que buscaba el buen gobierno cultivando las virtudes de la gente en una armonía jerárquica, y la escuela legista, que sostenía lo contrario: los hombres, aunque puedan estimar la justicia, por lo común son necios y opuestos a ella en la práctica, por lo que solo un gobernante absoluto, cuya voluntad hace la ley, puede manejarlos y mantener la paz.

Pese a esta evolución, el espíritu de la república romana, idealizado y personificado en figuras tipo Cincinato, reviviría en Europa y América dieciocho siglos después como inspiración revolucionaria de las nuevas democracias.

* * *

Un tiempo de grave inestabilidad o un poder autocrático no tienen por qué impedir un florecimiento de la alta cultura, y así el final de la república y comienzo del Imperio señalan las etapas de mayor esplendor de la literatura y el pensamiento latinos. Marcan la época Cicerón, Horacio, Virgilio, Tito Livio, más tarde Séneca el joven, Tácito… todos ellos con enorme resonancia en la cultura europea posterior. El político, orador y pensador Cicerón rechazó el ateísmo y el escepticismo en boga: la creencia religiosa no puede ser errónea, puesto que todos los pueblos la tienen, y sin ella se

descompondría la sociedad. Pero no le satisfacía la pluralidad de dioses, y menos cuando se importaban muchos más de los países sometidos. Buscó la clave de la felicidad y la sabiduría, que diera valor a la vida humana: ¿el placer, la virtud o una combinación de ambas? La tercera, a su juicio, con más contenido estoico que epicúreo, sería la mejor. Los estoicos predicaban el dominio de las pasiones mediante la virtud, nacida de la razón y expresión del *logos* divino inmanente a la naturaleza. El orden natural, cósmico, subyacía a la variedad de las leyes: quien obrase conforme a él se haría dueño de sí y no le afectarían las contingencias de la vida. El espíritu estoico era cosmopolita, pues los humanos serían esencialmente iguales, de acuerdo con ese orden cósmico o *logos* que los estoicos creían conocer, y el mal vendría de ignorarlo.

En combinación u oposición al estoicismo cundió un epicureísmo atento a la búsqueda del placer, aunque refinado para excluir los placeres más toscos y materiales, lo que lo hacía más conciliable con el estoicismo. No obstante, poetas como Horacio recelaban del logos cósmico y de la consiguiente piedad religiosa, pues no impedía la vejez ni la muerte; y en definitiva «polvo y sombra somos». No era una concepción de la vida muy consoladora, pero en cualquier caso el hombre sabio debía concentrar sus esfuerzos en disfrutar del día (*carpe diem*) sin preocuparse por un mañana que escapa a su poder. Contradictoriamente, Horacio y Virgilio expresan una esperanza, similar a la del mesías judaico, en el advenimiento de un hombre-dios que salvaría al ser humano de sus males. Quizá era por entonces una idea extendida.

Por esa época, bajo el imperio o principado de Augusto, nacería Jesús en Belén, una remota aldea judía. Las prédicas de Jesús fundarían una nueva religión llamada a influir de

modo inconmensurable sobre la sociedad romana y más tarde la europea, a las que daría forma intelectual y cultural. Pero ello ocurriría bastante más tarde.

* * *

Desde Augusto, la parte occidental del imperio y cuna de este duraría cinco siglos, para derrumbarse finalmente bajo las invasiones de pueblos exteriores; en cambio su mitad oriental o *bizantina*, permanecería todavía un milenio más.

Hasta el final del siglo I después de Cristo gobernaron siete emperadores. Solo Vespasiano y Tito serán considerados como razonables y positivos; los otros cinco (Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón y Domiciano) han pasado a la historia más por sus vesanias que por sus méritos. Continuó también la eclosión cultural en la llamada Edad de Plata, en la que brillaron especialmente autores provenientes de Hispania, como los dos Sénecas, Marcial, Lucano, Pomponio Mela, Quintiliano o Columela, entre otros. Ello indica la profunda latinización que se extendía por las posesiones romanas de Occidente, desde el norte de África a Britania, incluyendo las Galias y zonas exteriores de la Germania. En cuanto a la Península Ibérica, la ciudad de Cádiz y el valle del Betis eran las zonas más ricas y civilizadas. Plinio el Joven, uno de los mayores científicos de entonces y perseguidor de los cristianos, calificaba a Hispania como la nación más ilustre después de Italia.

Séneca el Joven fue el filósofo romano más destacado, en la línea estoica. Rechazaba el politeísmo, aunque lo admitía como necesario para el vulgo, y criticaba el culto a los dioses como inspirado por el miedo y no por el amor, argumento que emplearían los cristianos. Dios sería «el alma del universo, accesible al pensamiento y no a la vista», identificable con la naturaleza, que se sostiene o justifica por

sí sola. Este panteísmo no le impediría concebir, contradictoriamente, un Dios exterior al mundo, sin el cual este no se explicaría. Aquel dios no demandaba oraciones ni ritos, y al hombre sabio le bastaba obrar conforme a sus mandatos, es decir, a la razón. En línea estoica similar, Quintiliano, maestro de retórica y pedagogo adelantado a su tiempo, trataba de forjar un tipo de dirigente social y político sabio, virtuoso y experto, a fin de contener los rasgos degenerativos de la sociedad, denunciados también en las sátiras de Marcial.

Después de Domiciano vinieron «los cinco buenos emperadores» como los juzga Gibbon, durante la mayor parte del siglo II: Nerva, Trajano, Adriano, Antonino Pío y Marco Aurelio. La influencia romano-hispánica se refleja de nuevo en el hecho de que Trajano y Adriano procedieran de Hispania, así como el padre de Marco Aurelio, y existiese un número considerable de senadores y caballeros del mismo origen. Fue la época de máxima expansión del imperio y, con la de Augusto, la de mayor prosperidad, prestigio y moderación política de la institución imperial. Uno de los grandes logros imperiales fue el trazado de una magnífica red de calzadas que comunicaban a todos sus territorios. Construidas con fines militares y administrativos, se convirtieron enseguida en vías de comercio y favorecieron las migraciones y mezclas étnicas. También el transporte marítimo y fluvial alcanzó un gran desarrollo. Una administración cuidadosa y un ejercicio moderado del poder tuvieron efectos espectaculares:

> El mundo es cada día mejor conocido, mejor cultivado y más civilizado. Se abren caminos por doquier, se exploran las regiones, todos los países se abren al comercio. Los campos labrados han invadido los bosques; rebaños de ganado han expulsado a las fieras; se siembra incluso la arena, las rocas se quiebran, se sanean los pantanos. Ahora hay tantas ciudades como antes había grupos de cabañas…

Este panegírico no se debe a un adulador del poder, sino a Tertuliano, intelectual cristiano y como tal adverso a Roma.

Sin embargo, no todo eran glorias. Ya desde Adriano se observa cierto agotamiento creador o esclerosis cultural en medio de los éxitos económicos y técnicos. Y a veces los éxitos traían consecuencias catastróficas: una victoriosa campaña de Marco Aurelio contra los partos importó de vuelta una peste que azotó durante quince años a gran parte del imperio, diezmando al ejército y a la población.

Para Marco Aurelio, emperador filósofo, el hombre que comprende su ser como parte mínima del Todo —Dios, Naturaleza, Razón…— vive en armonía con él y no se altera por la fugacidad del tiempo o la precariedad de la existencia, pues sabe que vida o muerte son solo cambios en la marcha del universo, que se reproducirán una y otra vez. Ahora bien, ¿está acorde la virtud con la naturaleza?: «Quienes han llevado una vida de implacable enemistad, sospecha, odio… ahora están muertos y reducidos a cenizas», advierte Marco Aurelio. Pero el mismo destino alcanzará a quienes se han esforzado en la virtud, como podría haberle recordado Horacio. Un problema eterno de la moral.

El gobernante estoico que obra conforme a la razón es moderado y sirve a la ley y al interés general, y Marco Aurelio, que cumplió bastante bien sus máximas, se esforzó en inculcarlas a su hijo Cómodo, lo cual demostró las limitaciones de la educación. Pues Cómodo siguió la conducta contraria. El principio de que la legitimidad del gobernante consistía en su servicio a la ley y a la comunidad, podía chocar con la interpretación contraria del gobernante como hacedor e intérprete de las leyes. Ya en la tragedia *Antígona* se manifiesta el dilema, pues Antígona niega las órdenes del gobernante por contrarias a «la ley

eterna de los dioses». Estos dilemas serán permanentes en la historia de las sociedades, y desde luego en la europea. Cómodo volvió a la tradición de los emperadores enloquecidos por el poder, se divinizó a sí mismo como fuente de la moral, la religión y la ley y cometió mil crímenes. Sin embargo, al ir directamente contra las normas de su padre no puede decirse que contrariase al Todo, a la Naturaleza, pues no dejaba de ser parte de ella. Como también lo fue su asesinato, en 192.

Si el siglo II fue, en conjunto, fructífero, el III resultó calamitoso. La voluntad imperial se hizo más absoluta, militar y arbitraria. La Guardia Pretoriana, creada para proteger a los emperadores, llegó a deponer o asesinar a algunos de ellos. Una inflación desbocada, corrupción administrativa, piratería, cortes en el comercio, rebeliones, secesiones, epidemias, tropas en estado semianárquico, se combinaban con las peores amenazas exteriores desde la guerra de Aníbal. Un emperador murió en batalla con los godos y otro fue capturado y ejecutado por los persas sasánidas, sucesores de los partos. A mediados del siglo, Roma parecía naufragar. El emperador Aureliano derrotó a los germanos y otros enemigos y a los secesionistas de la Galia, Britania y Palmira, pero murió apuñalado en 275, tratando de combatir la corrupción.

La sacralización de la figura del emperador perseguía asegurar el orden y la estabilidad social, y en cierto modo lo consiguió, pues el Estado se mantuvo. Pero no por ello dejó de ser de alto riesgo el oficio imperial: en la crisis del siglo III, veintitrés de veinticinco sufrieron muerte violenta. Antes habían sido catorce de veintidós.

Las invasiones y la inseguridad inducían un círculo vicioso: vigilar las dilatadísimas fronteras y combatir las

rebeliones precisaba un costosísimo ejército permanente, lo cual exigía altos impuestos que arruinaban a campesinos y capas medias, provocando revueltas. El comercio mermó, las ciudades perdieron población y se arruinaron muchos suntuosos edificios creados por la fiebre constructiva anterior.

Paradójicamente, serían generales y soldados provinciales o bárbaros quienes salvaran al imperio. Un emperador de origen ilirio, Diocleciano, que rara vez visitó Roma, superó por fin la crisis desde 284: reorganizó el imperio dividiéndolo en cuatro grandes sectores o tetrarquías, bajo su liderazgo; duplicó el número de provincias y asimismo el ejército, hasta aproximarlo a los 600.000 hombres, en gran parte mercenarios. Saneó la Administración y la moneda, racionalizó los impuestos y adoptó medidas totalitarias, obligando a transmitir los oficios por herencia y sujetando a los campesinos a la tierra, precedente de la posterior servidumbre de la gleba; y limitó al máximo la autonomía municipal. Por otra parte orientalizó la corte y sus ceremonias, reforzando el culto religioso al emperador, por lo que iba a desatarse la persecución más sangrienta contra los cristianos, a quienes creyó, erróneamente, haber erradicado. Sintiéndose debilitado, abdicó en 305, un caso realmente excepcional, parecido al de Sila.

A un coste social y político muy elevado, aquellas reformas acabaron con el desorden y abrieron un nuevo período de prosperidad, asegurando la pervivencia del Imperio de Occidente durante más de un siglo, aunque realmente no quedaba casi nada de todo aquello que había caracterizado a la Roma de tiempos de Escipión y Aníbal. La misma ciudad había perdido gran parte de su importancia política y administrativa, aun permaneciendo como una fundamental referencia simbólica. Su decadencia se acentuó

cuando Constantino, sucesor no inmediato de Diocleciano, refundó en 324 la antigua ciudad de Bizancio como «Nueva Roma», trasladando a ella la capital, que a su muerte pasaría a llamarse Constantinopla y sobreviviría como capital imperial muchos siglos a la primera Roma. Cuando Constantinopla cayera a su vez bajo poder turco, se elaboraría en Rusia la teoría de «las tres Romas», con Moscú como tercera y definitiva.

El siglo IV, desde 303, se había abierto con una persecución general contra los cristianos, pero solo diez años después Constantino legalizaba su religión. Dado que esta rechazaba el politeísmo y el culto al emperador, el dilema debía resolverse a favor de un culto u otro, y después de un dinámico crecimiento, el cristianismo se convirtió en la única religión oficial el año 380, bajo Teodosio, un emperador de origen hispano. Desde entonces el cristianismo creció con mayor rapidez, pero seguramente la mayoría de la población continuó durante largo tiempo afecta a sus dioses y ritos ancestrales.

También Teodosio, ante las dificultades crecientes para administrar unos territorios tan vastos, dividió definitivamente el imperio en dos, independientes entre sí: el de Occidente, con capital en Milán, más tarde en Rávena, y el de Oriente, con capital en Constantinopla. Con ello se formaron dos estados, con elementos culturales unitarios, en particular el derecho, pero de carácter y evolución muy diferentes: el del oeste, de cultura y lengua latina y el del este, de cultura y lengua predominantemente griega. El imperio seguía siendo una construcción no propiamente europea, sino mediterránea, pero estaban en marcha, desde el exterior y el interior de él, otros procesos que cambiarían radicalmente el panorama de la civilización. Teodosio subió

al poder después de la batalla de Adrianópolis, en 378, una derrota aplastante de las tropas imperiales a manos de los visigodos o tervingios. Desastre premonitorio para un estado que, en sus diversas formas, duraba ya más de un milenio y al que quedaba solo un siglo en creciente descomposición e impotencia.

# 3

# El cristianismo

Que en tan corto plazo el cristianismo pasara de sufrir ensañadas persecuciones de un poder absolutista al triunfo total, convirtiendo a su causa a ese poder, revela por un lado la descomposición intelectual y moral del politeísmo imperial, y por otro la fuerza de convicción o sugestión del propio cristianismo. Como en las demás civilizaciones, en la romana la religión y el poder político estaban estrechamente ligados. El Estado admitía cualquier religión, siempre que tributase culto al emperador como garante práctico de la paz y el orden, pero el cristianismo entrañaba una amenaza por su incompatibilidad con las demás religiones y con la divinización del poder político. La nueva doctrina había llegado pronto a Roma, organizada en la Iglesia (*Asamblea*) y solo tres décadas después de la muerte de su fundador sufría la primera persecución, a manos de Nerón.

Algo semejante ocurría con el judaísmo, origen del cristianismo y cuya rebeldía había terminado con la destrucción de su ciudad sagrada, Jerusalén, y la expulsión de los hebreos de Judea. Pero la nueva doctrina mostraba grandes diferencias con su raíz judía, empezando porque proclamaba un ideal universalista (católico), alejándose de la idea judaica de constituir un pueblo especial, elegido por Dios. El judaísmo, como el politeísmo latino, era una religión política, que esperaba un mesías o redentor también político, mientras que el cristianismo proclamaba un reino que «no es de este mundo», y la separación entre «lo que es de Dios

y lo que es del césar». Eso lo hacía mucho más peligroso como factor de disgregación, por lo que sufrió periódicos intentos de erradicarlo, partiendo de los propios judíos las primeras persecuciones.

Aun así, los intelectuales veían en el cristianismo un pésimo relevo al politeísmo, una religión «de esclavos, niños, mujeres y mendigos holgazanes» (el tema lo recogería siglos después Nietzsche). Ya en el siglo II uno de sus detractores, Celso, tachaba a Jesús de impostor que utilizaba trucos de magia para deslumbrar a los crédulos e ignorantes, demostrando no tener nada de divino al no haber podido evitar un tormento y muerte humillantes, reservados a gente vil. Y su resurrección, «¿quién la vio? Una mujer histérica y algún otro de la misma cofradía de hechiceros, o bien la soñó o la imaginó con mente extraviada; cosa, por cierto que ha sucedido infinitas veces». Otro más tardío, Porfirio de Tiro, desechaba las prédicas de Jesús por «llenas de estupideces», y afirmaba que su misma persona había sido inventada por falsarios, como probarían las discrepancias entre los Evangelios. Muchos de esos ataques, a los que replicaban apologetas cristianos como Orígenes o Eusebio de Cesarea, serían retomados en Europa a partir del siglo XVIII. Aun después de legalizado el cristianismo, otro emperador, Juliano, que se proclamaba hijo del dios Sol y reencarnación de Alejandro Magno, trató de frenar el ascenso de los cristianos promoviendo apostasías y prohibiéndoles el acceso a la cultura grecolatina: «Si quieren aprender literatura, tienen a Lucas y a Marcos; que vuelvan a sus iglesias y los expliquen».

La aceptación estatal de la nueva doctrina y luego su elevación a religión oficial, con Teodosio, selló una revolución profunda. La concepción cristiana igualaba a los

hombres en un sentido espiritual, fácil de extrapolar al terreno social e interpretable en términos políticamente subversivos, fuente de variados movimientos posteriores. Como el estoicismo, del que recibía influencias, implicaba un rechazo a la esclavitud, admitida no obstante en la práctica como efecto maligno del pecado original. Proponía igualdad esencial entre hombre y mujer —«compañera y no sierva»— que, unidos, forman «un solo ser» o «una sola carne», aun si con autoridad prevalente del varón; y matrimonio estrictamente monógamo y de fidelidad hasta la muerte, con evidentes repercusiones en cuanto a la estabilidad familiar, la educación de la prole y la transmisión cultural; condena de la homosexualidad, siguiendo la tradición judaica (en el imperio también había leyes, poco cumplidas, contra esas práctica). Todo ello chocaba con costumbres e ideas muy extendidas en la Antigüedad. En la práctica, el cristianismo suavizó las costumbres: abolió la crucifixión y otros tormentos, así como los bárbaros combates de gladiadores y de fieras —también los más civilizados Juegos Olímpicos—, dio mayor protección legal a la mujer, impuso el descanso semanal, dedicándole el domingo, mejoró la suerte de los presos y de los esclavos, favoreciendo su manumisión, etc.

El cambio se interpretó como una aceleración milagrosa del designio universalista de la Iglesia: el cristianismo había crecido con lentitud a lo largo de cuatro siglos hasta convertir quizá a un diez por ciento de la población del imperio, pero desde entonces su velocidad de expansión se multiplicó, aun si hasta el final del imperio los cristianos no llegaban probablemente a mayoría. El poder dejaba de ser objeto de culto, y a su vez la Iglesia, hasta entonces alejada de un Estado hostil, se involucraba inevitablemente en la política, mientras el paganismo pasaba a ser perseguido como enemigo del nuevo Estado. Antes, la Iglesia predicaba

un pacifismo esencial y ahora debía respaldar a los líderes favorables a su causa en las guerras civiles y agresiones externas.

Y a la inversa, el poder tendía a inmiscuirse en la vida de la Iglesia. Desde entonces la cultura europea se vería marcada profundamente por la tensión entre la Iglesia y el Estado, llamados poder espiritual y temporal. Tensión que daría lugar a mil conflictos incluso bélicos, y que estaría en la base de una inquietud espiritual y política constante y en conjunto fructífera a lo largo de la civilización europea.

* * *

El cristianismo nació en tiempos de Tiberio, en una Judea muy inquieta y dividida bajo el yugo romano. Las sectas y predicadores corrientes en el imperio alcanzaban en Judea especial intensidad, con los fariseos y los saduceos como grupos más potentes. Desde la predicación de Jesús, «fariseo» equivale a hipócrita, pero significaba algo así como «autosegregado», el que rehuía el contacto con los infieles para mantener la pureza religiosa. Los fariseos trataban de seguir estrictamente los ritos y normas bíblicos y creían en la inmortalidad del alma, el castigo eterno a los malvados y la resurrección de los muertos; ideas no compartidas por los saduceos, más contagiados del racionalismo helenista y mucho más dúctiles a la dominación extranjera, primero griega y después romana, con la que colaboraban y de la que obtenían ganancias económicas y políticas. Las luchas entre fariseos y saduceos habían dado lugar en el pasado a persecuciones, asesinatos y crucifixiones, pero bajo el poder romano convivían odiándose. Otra secta, muy violenta, era la de los zelotes, y una pacifista y de comunidad de bienes, la de los esenios, los más afines a las prédicas de Jesús.

La agitación política se acentuaba por la esperanza de un próximo Mesías o *ungido*, un enviado de Dios para liberar a Israel de opresores internos y externos. Jesús se presentó como ese Mesías, o Cristo en traducción griega, pero no como el liberador político ansiado por la mayoría, sino en un sentido más espiritual y universal. Más aún, se atribuyó carácter directamente divino y poder para perdonar los pecados, irritando a los fariseos, a quienes Jesús denostaba acusándoles de practicar una religiosidad formalista y hueca.

Jesús despertó así tal aversión, que fariseos y saduceos se unieron para perderle. El relato de lo ocurrido, profundamente emotivo y cargado de implicaciones filosóficas y legales, es bien conocido. Valiéndose de la traición de Judas, prendieron a Jesús en Jerusalén y lo acusaron de blasfemia para ejecutarlo. Pero solo el poder romano podía condenar a muerte, y la acusación no bastaba para ello, por lo que usaron el subterfugio de presentarlo al gobernador romano, Pilato, como un rebelde que trataba de hacerse rey de los judíos, interpretando así su afirmación de ser el mesías. Pilato no lo vio culpable, pero impresionado por la cólera de los sacerdotes y del gentío agitado por ellos, les dio a elegir entre liberar a Jesús o a un bandido o rebelde llamado Barrabás. La turba pidió la libertad de Barrabás, gritando que cayera la sangre de Jesús sobre ella y sus hijos. Pilato aceptó, lavándose las manos en señal de inocencia por su muerte.

Jesús fue condenado a crucifixión, una ejecución cruel, lenta y afrentosa, al parecer de origen persa y adoptada por los latinos de los cartagineses. Soldados romanos lo azotaron y, entre burlas, lo cubrieron con un manto rojo, lo coronaron de espinas y le pusieron en la mano una caña a modo de cetro. Después debió llevar la cruz a cuestas, pese a su debilidad y pérdida de sangre, hasta un montículo llamado

Gólgota (de la Calavera, por su forma). Allí fue crucificado entre dos ladrones y bajo un cartel que lo proclamaba «Rey de los judíos» (*INRI*), fuera por mofa o por exponer la causa legal de la ejecución. Según la tradición, Jesús tenía entonces treinta y tres años.

El conocimiento de la vida de Jesús procede de cuatro relatos (Evangelios, «buena nueva») admitidos por la Iglesia. En pro de su posible falsedad se han argüido discrepancias entre ellos y su tardía composición (no muy tardía: entre treinta y cinco y sesenta años después de la crucifixión, quizá menos), y la casi inexistente referencia a Jesús en testimonios no cristianos. Sin embargo las discrepancias tienen relevancia menor y cabe achacarlas al previo carácter oral de la tradición; la considerable distancia entre el Evangelio de Juan y los demás no implica discrepancias de fondo. La escasez de otras referencias contemporáneas es normal: dentro del imperio se trataba de sucesos menores y periféricos, sin contar la pérdida de documentación de aquellos siglos: las referencias a hechos y personajes latinos, de los que tenemos pocas dudas, provienen en su mayoría de documentos transcritos en el llamado Medievo. Los Evangelios ofrecen —exceptuando actos sobrenaturales— una descripción vívida de la época y el país, muy reconocible por cuanto sabemos de ellos, lo que aboga en pro de su historicidad. Suena improbable que una asociación de estafadores se confabulase para inventar una leyenda así, de la que no iban a sacar ningún provecho material, más bien al contrario.

La predicación de Jesús terminó en fiasco degradante, sus pocos discípulos, asustados y desconcertados, empezaron a dispersarse y allí pudo haber concluido todo. Pero, dice el relato evangélico, Jesús habría resucitado al tercer día, presentándose a algunas seguidoras suyas, y luego a los

discípulos. Entonces comenzó la expansión de la doctrina, sistematizada por un apóstol algo posterior, San Pablo, antes un fariseo perseguidor de los cristianos, que no había conocido a Jesús. Tras su célebre revelación camino de Damasco, trató a los apóstoles originarios e impulsó el cristianismo más allá del pueblo judío. Él reafirmó la doctrina de la divinidad de Cristo: al hombre le salva la fe, no el cumplimiento de la ley, idea ya expuesta en la predicación de Jesús. Pablo, aunque judío, era ciudadano romano por haber nacido en Tarso, ciudad que gozaba de ese privilegio; y tenía buen conocimiento de la cultura helenística y latina.

El nuevo apóstol predicó resueltamente a los *gentiles*, los no judíos, abandonando el concepto de «pueblo elegido». Asunto espinoso al principio, el Concilio de Jerusalén, hacia el año 50, lo resolvió al acordar que los adherentes *gentiles* no tenían por qué circuncidarse ni practicar la ley mosaica, bastándoles con creer en Jesús y bautizarse. El Evangelio abarcaría así a toda la humanidad, en principio. No obstante, la predicación siguió siendo arriesgada y varios apóstoles terminaron ejecutados, entre ellos Pedro, a quien Jesús había nombrado cabeza de su Iglesia y crucificado cabeza abajo en Roma; o Pablo, que como ciudadano romano fue decapitado en lugar de crucificado.

Los relatos evangélicos, cargados de dramatismo (la inocencia aplastada por la iniquidad del mundo), de contenido moral y simbólico, se convertirían en un eje de la cultura occidental. Muchos de sus elementos, reales o no, pasarían al imaginario colectivo con fuerza inspiradora, así el nacimiento en el pesebre, la matanza de los inocentes, milagros como el de los panes y los peces o la resurrección de Lázaro, bienaventuranzas, parábolas como la del hijo pródigo, a veces duras de interpretar, episodios como el de

Marta y María, frases como «no solo de pan vive el hombre» o «quien esté libre de culpa tire la primera piedra»; y especialmente el final: la entrada triunfal en Jerusalén, la última cena, el Huerto de los Olivos, el beso de Judas, el lavado de manos de Pilato, la pasión, la resurrección, etc.; o la cruz, transformada de útil de suplicio infamante en símbolo del triunfo sobre el mal y la muerte. Los ritos y las frases del Evangelio serán predicados de modo permanente para ilustrar a los fieles; el año será regulado por la Navidad y la Pasión. Los poderes políticos surgidos en Europa y más tarde en América, fundarán su legitimidad en las creencias cristianas, mientras que la Iglesia, aunque en parte vinculada a ellos, guardará mejor o peor su independencia, de modo que aún hoy el Vaticano constituye un poder espiritual y en buena medida material, a pesar de carecer de divisiones militares, industrias y casi de territorio propio.

Jesús no elaboró una doctrina algo sistemática. Su moral no era nueva y se basaba en la Biblia, o más propiamente en pasajes de ella, pues el libro contiene las más delicadas consideraciones éticas junto a justificaciones hasta para el genocidio. El enfoque de Jesús rechazaba los formalismos de la tradición: «El sábado está hecho para el hombre, no el hombre para el sábado». «Lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fe». «Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo: en estos dos mandamientos se fundan toda la Ley y los Profetas». «Si quieres entrar en la vida eterna, cumple los mandamientos: no matar, no cometer adulterio, no hurtar, no levantar falso testimonio, honrar padre y madre y amar al prójimo como a uno mismo». Exigía devoción a estas obligaciones «con todo el corazón, toda el alma y toda la mente». Respondió a un joven rico sobre si era posible un compromiso aún mayor: «Si quieres ser perfecto, vende tus bienes y da el producto a

los pobres, así tendrás riqueza en el cielo; luego vuelve y sígueme». Ese amor-fe sin formalismos o hipocresías debía dar al individuo una inmensa fuerza moral frente al mundo. En el Sermón de la Montaña prometió el reino de los cielos a los pobres de espíritu, los mansos, los ansiosos de justicia y perseguidos por su causa, los misericordiosos, los pacíficos, los perseguidos por seguirle. La falta de una doctrina articulada topó con las exigencias de la razón griega y obligó a los dirigentes cristianos, a partir de San Pablo, a elaborar una teorización de creciente complejidad.

Gran parte de sus prédicas morales podían ser asumidas por otras religiones o filosofías, también su predilección por los desdichados. En la griega, los vagabundos «son de Zeus», que puede transfigurarse en mendigo para comprobar la bondad de unos o castigar a los insolentes; concepto claro, por ejemplo, en las escenas entre Odiseo mendigo y los pretendientes de Penélope; y una diosa, Aidos, simbolizaba la vergüenza del afortunado ante el desgraciado, por saber que fortuna y desdicha nunca son del todo merecidas. El taoísmo recalcaba las «tres joyas» de la buena conducta: compasión, moderación y humildad, y la relación entre el hombre y la naturaleza por encima de las normas y leyes políticas. El confucismo, más político, viene a ser un conjunto de normas éticas acordes con los Mandatos del Cielo y concebidas para superar los desórdenes recurrentes en la sociedad china: la paz y la justicia procederían de la bondad, el amor al prójimo, la lealtad y el respeto a las jerarquías y los antepasados, resumidos en un principio básico: «No impongas a los demás lo que no quieras para ti». El estoicismo proponía algo semejante, e influiría considerablemente en la moral cristiana. El budismo iba más allá: buscaba la iluminación en la renuncia a los deseos, causa de todos los males, y el propio Buda, un

príncipe, pasó a vivir como un mendigo.

En la práctica las reflexiones y consejos morales se parecen, también en su referencia a una fuerza superior, divina, como fuente de la conducta buena del hombre, ya que ese referente no podría consistir en convenciones o acuerdos entre más o menos personas: de otro modo, la bondad no se asentaría en una verdad por encima de los hombres, sino en conveniencias entre ellos, por naturaleza variables y discordantes, que arruinarían cualquier estabilidad o certeza. Pero la noción de la divinidad es mucho más precisa y fuerte en el cristianismo, y más difusa en el budismo o el confucismo o en éticas racionalistas como la estoica. Y resalta en Jesús una mayor afección por los desdichados y desdén por las riquezas, lo que causaría en la cristiandad dilemas morales y políticos.

También en la personalidad y biografía de Jesús, tan dramáticas y provocadoras de reacciones extremas que le llevaron a la muerte, hallamos diferencias significativas con los fundadores de otras religiones. Sidarta o Sidharta, anterior a Jesús en más de cinco siglos y también con una historia pródiga en milagros, se declaró o fue declarado solamente Buda, es decir «Despierto» o «Sabio». Dejó sus riquezas, esposa e hijo, para alcanzar la iluminación viviendo ascéticamente, predicó con relativo éxito y sin mayores problemas, murió a los ochenta años, de alguna indigestión o intoxicación, y su doctrina cobraría su mayor impulso desde que Asoka la convirtió en religión prácticamente oficial. Confucio, contemporáneo de Buda en China, fue un funcionario sin pretensión de otra cosa y tuvo altibajos en sus tentativas de que algún príncipe adoptara sus enseñanzas; pero gozó siempre de respeto como hombre sabio y justo, y falleció apaciblemente a los setenta y dos años. Le decepcionaron sus contemporáneos, pero sus

prédicas gozarían de amplia aceptación una vez las autoridades las entendieron como un instrumento excelente de orden y buen gobierno. La historia de Lao Tse, «Viejo Maestro», entra en la leyenda y tampoco tiene paralelismo con la de Jesús: algo amargado por el débil eco de sus prédicas, saldría de China internándose en algún país bárbaro. Solo tras su desaparición arraigarían sus doctrinas. La vida de Mahoma tampoco ofrece la menor relación con la de Jesús, empezando por su carácter abiertamente belicoso y sensual.

Ningún otro fundador religioso parece haberse declarado de naturaleza directamente divina. En la mitología griega, algunos héroes tienen un padre o madre mítico-divino, como señal de alguna cualidad destacada en ellos, un «don de los dioses»; algunos emperadores romanos se declararon dioses en vida y otros fueron divinizados tras su muerte. Pero ello tiene poco que ver con Jesús, un dios encarnado que ofrece su persona para redimir a una humanidad caída. En la religión judía, también en la grecolatina, la maldad humana es castigada con un diluvio purificador del que se salva solo una familia o una pareja. En el cristianismo, Dios mismo se hace hombre. La crucifixión de Jesús sería tan solo uno de las miles de ejecuciones o asesinatos realizados oscuramente por todo el mundo, si no fuera por el carácter divino de la víctima. Por la misma razón debía triunfar sobre el mal y la muerte mediante la resurrección. Por eso dice San Pablo que sin la resurrección «es vacía nuestra predicación y es vana nuestra fe».

Aunque predicaba la humildad, la compasión y el amor al prójimo, la de Jesús no era una ética sentimental, pues admitía que sus palabras desatarían la violencia, en aparente paradoja: «No he venido a traer la paz, sino la espada, porque yo he venido a separar al hombre de su padre, y a la

hija de su madre, y la nuera de su suegra…». Por la espada cabría entender su doctrina, difícil de aceptar y a menudo violentamente repelida; sin la menor relación, por lo demás, con la *yijad* islámica. La parte más misteriosa consiste en la redención, como si el pecado de Adán y Eva, constitutivo de la condición humana, quedase borrado por la sangre de Jesucristo. Pero los efectos del pecado original persisten evidentemente, pues los humanos han seguido comportándose de forma parecida, con su carga de maldad y pecado. Quizá Jesús mostraba solo un camino para eludirlos. Estas creencias entran en el campo de la fe, desde luego, pero las consecuencias sociales y culturales de todo orden pertenecen a la historia investigable.

* * *

Enseguida surgieron interpretaciones discrepantes y hostiles entre sí. La vida monacal de renuncia ascética a los bienes materiales cundía por Siria y Egipto, degenerando a veces en persecuciones fanáticas contra paganos o cristianos tenidos por desviados. Una de las versiones, el arrianismo, ocasionó una crisis grave en la Iglesia. El debate versaba sobre la naturaleza del Hijo en el esquema trinitario de la divinidad. Para muchos, entre ellos Arrio, un sacerdote destacado, el Hijo, es decir, el Logos o Verbo, es decir, Jesús, había sido engendrado por el Padre, y por lo tanto no era eterno y le estaba subordinado. La idea escandalizaba, por suponer una especie de politeísmo o de negación implícita de la divinidad de Jesús. Según el Evangelio de Juan, el Logos, la Palabra que daba sentido al mundo, era Dios mismo y estaba en el principio de todo.

El obispo de Alejandría, Atanasio, se oponía radicalmente a Arrio, pese a lo cual el arrianismo cundía en la parte oriental del imperio, no así en la occidental o latina. El

emperador Constantino, preocupado, ordenó solventar el problema en un concilio, en Nicea, en 325. Asistieron a él trescientos obispos, prueba de la pujanza eclesial. Lo presidió Osio, obispo cordobés y consejero del emperador. Osio ya había destacado en el concilio hispano de Elvira, primero, al parecer, que estableció el celibato clerical, medida de gran transcendencia, pues debía permitir a los religiosos dedicarse por entero a su labor y obligaría al clero a nutrirse de todas las capas sociales, evitando dinastías internas y fortunas particulares. El arrianismo fue condenado por aplastante mayoría, gracias en mucho al prestigio de Osio, que también compuso el Credo de Nicea, resumen de los dogmas cristianos y, por ello, uno de los documentos más relevantes de la historia.

Nicea no acabó con el arrianismo, el cual dio lugar todavía a algunos cruentos choques y se difundió por los pueblos germánicos gracias al obispo Ulfilas, que contribuyó a cristianizarlos en esa doctrina, y hubo nuevos concilios contra ella. Otro emperador, Constancio, la adoptó, atacando a niceanos, paganos y hebreos.

Otras herejías tomaron forma, a menudo con un fondo gnóstico, basado en las sectas mistéricas paganas y en algunos rasgos de la predicación de Jesús por medio de parábolas, a veces difíciles de desentrañar. Gnosis significa conocimiento, el saber que permitía la salvación, accesible solo a una minoría de elegidos, previa iniciación. Los gnósticos solían identificar el mal con la materia y el bien con el espíritu, por lo que la persona física, material, de Jesús solo podía haber sido una apariencia. La iniciación, con una jerarquía de grados, buscaba liberar el lado espiritual o divino del individuo, de modo que llegara a convertirse cada uno en una especie de mesías.

El gnosticismo fue pronto condenado por la Iglesia, pues las enseñanzas de Jesucristo no serían mistéricas ni la salvación requeriría iniciaciones ni secretos específicos, sino que alcanzaría a cuantos aceptasen el Evangelio y tratasen de vivir conforme a él. Pero ni el ser humano puede divinizarse ni adquirir plenitud espiritual en este mundo, pues siempre será pecador en mayor o menor grado; puede reformarse y atenuar sus males, pero no romper con su condición, sometida al bien y al mal desde el pecado de Adán y Eva: nunca alcanzará una vida sin mal, un paraíso en la tierra. Pese a su rechazo oficial, las corrientes gnósticas permanecerían tomando formas muy diversas, y según indicó el reciente papa Juan Pablo II en *Cruzando el umbral de la esperanza*, la gnosis «nunca se ha retirado del terreno del cristianismo (...) en oposición decidida, aunque no declarada, a lo que es esencialmente cristiano». Una gnosis transformada en materialismo podría percibirse también hoy en movimientos modernos como la masonería o utopismos aspirantes a un mundo sin mal, similar a las sociedades regidas por el instinto.

Desde otro punto de vista, cabría interpretar el mito del pecado original como el paso de la inocencia animal, guiada por el instinto, al estado propiamente humano de la moral, tan penosa en muchos aspectos y nunca del todo accesible a la razón. Una concepción semejante encontramos en el mito del descenso humano desde la Edad de Oro a la dura Edad de Hierro, tan plagada de vicios y maldades.

La elaboración y sutilidad del pensamiento y, en general, la cultura griega, atraía a los cristianos, como testimonia el intento del emperador Juliano de vedarles su acceso, aunque en otros aspectos los repelía por su racionalismo. El intento de armonizar la fe cristiana con la razón iba a ser una constante en el pensamiento cristiano a lo largo de los

siglos, causa de una permanente inquietud intelectual.

En Plotino, filósofo neoplatónico, se apoyaban pensadores anticristianos como Porfirio o Jámblico, pero también San Agustín. Abordaban el viejo problema de si el mundo, con su inmensa variedad de formas, movimientos, generación y destrucción, tiene o no un fundamento externo a él. La segunda opción conduce al ateísmo o al panteísmo, la primera a la noción de un Dios creador, transcendente a su creación. Plotino va más bien en la primera dirección: por encima de la existencia y del ser, del mundo, del espíritu (*nous*) y del alma, está necesariamente el *Uno*, del cual derivaría el mundo, no por creación, sino por emanación, como del sol emana la luz. Un mundo no ilusorio, pero con grados menores de verdad y belleza según su lejanía del *Uno.* Las facultades humanas superiores no logran aprehender ese *Uno*, accesible solo por un esfuerzo místico, hasta la identificación con él, estadio máximo de la felicidad.

San Agustín, que rechazaba el gnosticismo, como Plotino, supuso a este asimilable al cristianismo. Cabría identificar al *Uno*, en cierto modo, con Dios, o al *nous* con el Cristo mortal. Pero no se limitó a trasplantar el plotinismo. Agustín encontraba la fe y la razón complementarias, rasgo típico en el catolicismo. El mundo, considerado racionalmente, no se sostiene en sí mismo, tiene que haber sido creado. La propia razón se autorreconoce como parte de la creación, a la cual no puede entender por completo; pero incita al hombre a unirse a Dios por las vías del ser, el amor y la verdad.

El ansia humana de saber y de felicidad, si bien no puede satisfacerse plenamente en la vida, atestigua, junto con la memoria, el entendimiento y la voluntad, la creación del hombre a imagen de Dios, aun si con la deformidad del pecado. El mundo, creación divina, es bueno, y Dios no

causa el mal, solo lo permite y puede transformarlo en bien. También elaboró Agustín más a fondo la idea del Dios uno y trino, o la concepción virginal de María y su santidad: Dios nació de una mujer. La Iglesia es santa aun si incluye a malvados. Nadie se salva sin Cristo y «la reconciliación con Dios es universal, ya que Dios murió por todos los hombres»; de ahí el fervor misionero cristiano. La gracia, don gratuito divino que facilita hacer el bien, no se opone al libre albedrío, pues este «no sucumbe porque es ayudado, sino que es ayudado para que no sucumba».

La concepción agustiniana busca salvar al creyente de la desesperación y de la soberbia, pero no llega a conciliar la gracia con la libertad, o la predilección gratuita de Dios por algunos hombres y el amor divino a toda la humanidad. Rechazaba la tesis de Orígenes de que, al final de los tiempos, pecadores y no pecadores volverán unirse en Dios (*apocatástasis*), dado que el castigo eterno por los pecados chocaría con la infinita misericordia divina. Según Agustín, el castigo será eterno (concepto extraño, pues en su opinión el tiempo aparece con el mundo, por lo que la eternidad negaría el tiempo); y sentó bases para la doctrina de la predestinación: unas almas están predestinadas a la condenación, otras a la salvación. Estas ideas moldearon la filosofía cristiana, darían pie a controversias y tendrían enorme repercusión histórica en la gran escisión protestante del siglo XVI, decisiva en la historia posterior de Europa. De paso, la impronta cultural grecolatina aumentaría la distancia del cristianismo con respecto al judaísmo.

San Agustín vivió a caballo entre los siglos IV y V, en los últimos tiempos del imperio. Fue el mayor de una serie de intelectuales católicos, polemistas y padres de la Iglesia. Otros dos muy destacados durante la segunda mitad del

siglo IV fueron Ambrosio, obispo de Milán, y el papa Dámaso. Este, de origen hispano, se identificó con Roma, tratando de convertir a la ciudad en sede primada de la Iglesia, como sede de San Pedro y en rivalidad con Constantinopla, donde residía el mayor poder político. Oficializó el latín en la Iglesia e hizo traducir la Biblia a esta lengua (Vulgata) por su secretario Jerónimo. Ambrosio, consejero de emperadores, condenó algunas atrocidades estatales, como la matanza de Salónica en represalia por una revuelta. Pero no vaciló en usar el poder para llevar hasta el final su batalla contra el politeísmo, promovió la intimidación contra judíos y paganos, la destrucción de sus templos y amparó atrocidades de cristianos fanáticos. Intentó imponer cierta forma de clerocracia: el emperador estaría «a las órdenes de Dios», como los ciudadanos a las del emperador; y la Iglesia ostentaría un poder superior al de los estados del mundo, concepción susceptible de borrar la separación entre poder espiritual y poder político. No obstante, la identificación de la Iglesia con el imperio tendría un límite, que permitiría a la primera sobrevivir al segundo. La oficialización del cristianismo supuso una transformación profunda, una verdadera revolución cultural en lo más íntimo de la civilización romana, que abandonaba a sus viejos dioses. Pero aunque tuvo aspectos destructivos, en conjunto no lo fue, por cuanto recogía y trataba de adaptar gran parte de la herencia latina y el racionalismo griego. A la particularidad de la relativa diferenciación entre política y religión, con sus conflictos, se añadía la dialéctica de choque/entendimiento entre razón y fe. Esta doble tensión entre poder político y espiritual y entre razón y fe generaría la extraordinaria inquietud intelectual y filosófica propia de la civilización europea hasta hoy. La historia de Europa es, en gran medida, la historia de esas tensiones.

# 4

# La espantosa revolución

Si el siglo IV había presenciado el triunfo del cristianismo, el siguiente señalaría el definitivo naufragio del magno Imperio de Occidente. La presión de los germanos y otros sobre las fronteras iba acentuándose. Al no lograr rechazar a algunos de estos pueblos, los romanos los empleaban de tiempo atrás como *foederati*, contratándolos como soldados a su servicio, o empujando a unos contra otros, o permitiéndoles instalarse dentro de sus fronteras, pensando quizás en asimilarlos a la cultura latina. Desde luego, la asimilación o integración ocurrió solo en pequeña medida, y la comprada lealtad a Roma se diluía conforme aquellos pueblos comprobaban la flaqueza creciente del poder imperial.

Para empeorar las cosas, surgían nuevas fuerzas mucho más allá de las fronteras, en las inmensas e ignoradas estepas del Asia Central y Siberia. Por ellas se movían pueblos nómadas con grandes rebaños de caballos, que hostigaban a los imperios civilizados, en especial al chino y al persa. Una masa de ellos, conocidos como los hunos, se desplazó hacia el oeste, cruzó los Urales hacia mediados del siglo IV y creó un peculiar imperio, dominando al pueblo germano de los ostrogodos y al iranio de los alanos, instalados en el sur de las actuales Rusia y Ucrania. La irrupción de los hunos causó pavor por sus matanzas, y los visigodos, presionados por su implacable avance, penetraron en el Imperio romano, el cual, ante la imposibilidad de

contenerlos, les permitió ocupar tierras al sur del Danubio hacia los Balcanes. Pero la convivencia entre romanos y godos resultó imposible, comenzaron las escaramuzas y finalmente la guerra abierta y la derrota romana de Adrianópolis, en 378; a continuación, los godos devastaron los Balcanes y siguieron hacia Italia.

Y el último día del año 406, masas de suevos, vándalos, alanos y otros cruzaron el Rin helado a la altura de Maguncia, rompiendo la resistencia no muy empeñada de los francos que guarnecían la zona para los romanos. A aquellas alturas, la frontera del Rin, como casi todas las demás, estaba defendida por tropas principalmente bárbaras. Superada la barrera militar, los invasores arrasaron durante varios años las Galias en una orgía de matanzas, saqueos y destrucción indiscriminada. Las invasiones germanas habían ocurrido en otras ocasiones y puesto en aprietos a Roma, pero siempre habían sido aniquiladas. Esta vez, en cambio, llegaron hasta Hispania y Mauritania, donde establecieron precarios reinos. Fue ya imposible acabar con ellos para una Roma agonizante, que procuraba salvar la situación con sobornos, utilizando a unas tribus contra otras, o tratando de convertir a algunas en agentes suyos, otorgándoles autoridad y poniendo en juego un prestigio imperial que hacía agua por todas partes, pero aún seducía a algunos invasores.

Y solo cuatro años después, en 410, se produjo el episodio aterrador del saqueo de la misma Roma, la «ciudad eterna», por los visigodos de Alarico. Aunque la ciudad ya no tenía la importancia política y administrativa de antaño, era el símbolo máximo de su civilización, y la conmoción moral y psicológica fue abrumadora. Este episodio no significó todavía el final del imperio, pero lo presagió. «Nos han llegado terribles noticias de exterminios, incendios, saqueos,

asesinatos, torturas», escribe San Agustín. Cundió entre la gente la sensación angustiosa de vivir el ocaso del mundo: «¿Qué queda a salvo si Roma perece?», se preguntaba retóricamente San Jerónimo. Otros pensaron que si Roma se había recuperado de otras crisis también superaría esta. San Agustín aducía que el posible derrumbe de Roma, aun siendo motivo de espanto, debía entrar en un plan divino de salvación general.

El cristianismo, con su pacifismo, universalismo y desdén u oposición al poder, había obrado como un corrosivo del Estado. Todavía a finales del siglo IV algunos obispos cristianos influyentes exhortaban a destruir el Imperio romano, ponderando sus vicios, injusticias y corrupción (críticas también frecuentes desde largo tiempo atrás entre diversos intelectuales paganos). Pero una vez legalizados, los cristianos fueron tomando conciencia de que Roma había creado un complejo entramado de relaciones sociales y significaba orden y civilización en medio de poderosas fuerzas externas hostiles. No obstante, los paganos culparon de los desastres a los cristianos, por el abandono de los dioses tutelares. Frente a ellos se alzó Orosio, en su *Historiae adversus paganos*: las crisis no venían del cristianismo sino que habían sido comunes en otros tiempos, junto con agresiones injustas de los romanos a otros pueblos. Roma era el instrumento divino para la expansión y seguridad de la doctrina de Jesús, y gracias a esta «tengo en cualquier sitio mi patria, mi ley y mi religión (…). Como romano y cristiano me acerco a los demás sin temor (…). El Dios único que estableció esta unidad de gobierno, es amado y temido por todos» (este universalismo no le impedía glorificar a su patria hispana por la resistencia de Numancia y de Viriato, que habían demostrado virtudes de justicia, lealtad, fortaleza y misericordia que los romanos se atribuían sin razón).

Como fuere, el imperio había quedado gravemente herido. Entre tanto, hacia mediados del siglo V, el imperio huno había cobrado fuerza bastante para someter a tributo a Constantinopla y, dirigido por Atila, lanzar ofensivas a fondo hasta las Galias e Italia. Sus asoladoras incursiones duraron solo unos ocho años, hasta el 453, siendo finalmente derrotados por una alianza de romanos y bárbaros, en especial visigodos, bajo el mando de Aecio, «el último romano»; pero sus hordas causaron una devastación aún mayor que las de los germanos. Muerto Atila, la amenaza nómada se disolvió por sí sola.

El desvanecimiento de la amenaza huna y un mejor acuerdo con los visigodos, a quienes Roma encargó la eliminación de suevos, vándalos y alanos en Hispania, no mejoró la situación. Expulsados los vándalos al norte de África, crearon allí un reino pirático que arruinó en gran parte el comercio en la cuenca mediterránea occidental, y en 455 saquearon Roma, que sufría esa suerte por segunda vez en cuarenta y cinco años. Y aún padecería un nuevo saqueo dieciocho años más tarde. A lo largo del siglo, el Imperio de Occidente se había ido convirtiendo en una ficción; sus emperadores dependían del humor de jefes bárbaros teóricamente subordinados, hasta que en 476 el caudillo hérulo Odoacro depuso al último de ellos, Rómulo Augusto, llamado desdeñosamente *Augústulo* («Augustillo»). Curiosamente, aquel emperador llevaba los nombres del fundador de Roma y del fundador del imperio.

Odoacro no mostró interés en coronarse emperador a su vez, y reconoció la supremacía, perfectamente inefectiva, de Constantinopla. A su vez, esta intentaría reconstruir el poder romano en Occidente, logrando destruir el reino vándalo norteafricano e imponerse también por un tiempo

en amplias zonas de Italia y una pequeña parte del levante-sur de Hispania, en el siglo siguiente.

* * *

De este modo catastrófico terminaba la asombrosa historia romana, la civilización que había moldeado el Mediterráneo y gran parte de Europa Occidental durante casi siete siglos. Algunos autores han sostenido que la caída de Roma hizo salir de nuevo a la superficie las antiguas culturas, pero ello es manifiestamente falso. El panorama étnico y cultural al final del poder romano difería fundamentalmente del existente cuando las guerras púnicas. Los pueblos de entonces (íberos, númidas, etc., y sobre todo los celtas, extendidos antes por las Galias, norte de Italia, Britania y gran parte de Hispania) se habían disuelto en una común cultura, latina y cristianizada en medida principal, aunque conservasen o hubiesen cultivado ciertas particularidades. Lo que surgió del derrumbe fueron una larga serie de reinos germánicos impuestos sobre bases populares latinizadas y empobrecidas. En Mauritania (actual Magreb) y zonas menores como Vasconia en Hispania, montañeses no latinizados descendieron sobre los valles y la costa asolando a su vez la herencia latina.

El período de las invasiones transformó drásticamente el paisaje político y en buena medida demográfico en Europa Occidental y el noroeste africano. Las matanzas y pillajes dejaron muchas ciudades destruidas y abandonadas, con sus edificios públicos en ruinas; cientos de bibliotecas ardieron o se perdieron y el analfabetismo se hizo casi general. Las calzadas y vías fluviales vieron menguar su tráfico hasta eliminarlo en algunas zonas, debido a la inseguridad. Los bosques y pantanos invadieron campos antes cultivados. Las hambres y pestes, más mortíferas que la propia guerra,

hicieron bajar la población en proporción difícil de cuantificar, posiblemente en un tercio y más, y se produjeron nuevas mezclas étnicas. La población se ruralizó y cambió hasta la indumentaria, extendiéndose el uso de pantalones y otras prendas de los germanos. Las oligarquías de los invasores se apropiaron las mejores tierras, esclavizando a parte considerable del campesinado… No hay razón para poner en duda los relatos coetáneos, impresionados por tantos estragos y alteraciones, aunque en algunos casos pudiesen exagerar. Políticamente, el territorio quedó fragmentado en numerosos reinos en casi perpetua reyerta entre sí, aun si varios de ellos reconocían un ficticio poder a Constantinopla, por dotarse de algún respaldo legal.

Un final tan dramático ha sido y sigue siendo un tema clásico de la historiografía, generador de numerosas hipótesis explicativas, algunas verdaderamente rebuscadas. Encontramos interpretaciones económicas que «explican» la imposibilidad de la subsistencia del imperio desde siglos antes, o bien niegan cambios sustanciales después de las invasiones. Las hay que interpretan las invasiones como simples migraciones de pueblos o niegan la misma caída de Roma a efectos prácticos, ya que lo esencial —economía, comercio mediterráneo, algunas instituciones— habría continuado más o menos como antes, salvando cambios políticos poco relevantes (H. Pirenne). O atribuyen la decadencia y hundimiento a estancamiento en el desarrollo técnico (Wallbank). O a la devaluación de la moneda e intervencionismo estatal en los precios (Mises). O al cristianismo (Gibbon). O a un envejecimiento que, al igual que a las personas, afectaría a las civilizaciones (Spengler, Toynbee). O a la lucha de clases (Rostovtzeff, atenuadamente, y marxistas en general). O a la falta de mano de obra por la insuficiencia demográfica y la creciente

manumisión de esclavos u otras medidas. O niegan una decadencia previa al derrumbe, suponiendo que la civilización romana no habría muerto de muerte natural, sino *asesinada* (Piganiol). O destacan la profunda corrupción económica y sexual, tan reiteradamente denunciada por intelectuales paganos y cristianos. Y otras explicaciones o conjunto de ellas.

Es evidente que en el siglo v hubo una destrucción real, por medios bélicos, del poder político romano, y que la deposición de Rómulo Augústulo señala un final precedido por más de sesenta años de profundo deterioro de dicho poder. Resulta improbable que ello no arrastrara consigo un cambio social significativo, como afirman algunos historiadores, pues el propio y continuado desastre político refleja necesariamente cambios en muchos otros campos. A lo largo de varios siglos, Roma había afrontado valerosamente y con éxito desafíos exteriores e interiores no menos arduos que los del siglo V, por lo que su fracaso final no parece obligado. Además, era muy superior en tecnología, organización militar y medios económicos frente a unos enemigos bastante primitivos. En otras ocasiones las legiones habían aplastado ataques semejantes y de gran peligro, de tribus germanas o bereberes, o de los partos. La causa de su fracaso, entonces, deberíamos buscarla en otros terrenos.

Para empezar, la tarea de mantener incólume el imperio frente a unos bullentes enemigos externos era tarea de grande y creciente dificultad. Baste considerar la enorme longitud de las fronteras, extendidas desde las montañas del Atlas por los confines norteños del Sahara, penetrando en el valle del Nilo, Sinaí, Palestina, Siria y norte de Arabia, acercándose a Mesopotamia y el Cáucaso, rodeando partes

del mar Negro, el norte del Danubio por Rumania y el curso de dicho río y el del Rin y el norte de Gran Bretaña. No todos los sectores eran peligrosos, pero los europeos y el de Mesopotamia y del actual Magreb sí, y exigían mantener un ingente número de tropas, y el consiguiente esfuerzo económico. Por otra parte, las legiones se habían barbarizado en gran medida, pues el clima social interno se había vuelto poco inclinado a esfuerzos guerreros, y ante la presión externa se había preferido contratar o sobornar a pueblos ajenos para que sirvieran de escudo protector frente a otros. Por tanto, su disciplina y lealtad a Roma habían descendido, máxime si las pagas se retrasaban.

A los cuantiosos gastos militares se sumaban los de un aparato estatal y administrativo cada vez más complejo, el mantenimiento de las larguísimas vías de comunicación, de la policía y los ocasionados por los disturbios internos. El coste se sufragaba con impuestos crecientes, haciendo el caparazón protector de la sociedad más y más gravoso, hasta amenazar desplomarse sobre la propia sociedad. De hecho, el único modo de impedir que las deudas provocasen una ruina generalizada fue cancelarlas en varias ocasiones. El descontento se reflejaba en quejas como que había más gente viviendo de los impuestos que pagándolos, según decía el apologista cristiano Lactancio: sin duda una exageración, pero indicativa. Las tropas, mal pagadas, abusaban a menudo de los civiles y este conjunto de males engendraba rebeldía, manifiesta, entre otras cosas, en la huida de campesinos, el bandidaje y la formación de *bagaudas*, bandas de labriegos y siervos rebeldes, que llegaron a ocupar amplias zonas, sobre todo en las Galias e Hispania. Se ha dicho que los impuestos excesivos son el cáncer de los imperios, y sin duda bastante de ello hubo.

Todos estos problemas y otros muchos señalados por

diversos historiadores eran realmente serios, pero por sí solos no tenían por qué decidir el destino. Lo esencial, en último extremo, es siempre el factor que podemos llamar espiritual: la actitud de las oligarquías y líderes. Remediar las mencionadas señales de descomposición exigía la acción de un poder clarividente y enérgico, pues finalmente lo decisivo es el ánimo y la destreza frente a los retos que la vida plantea constantemente. Pero las clases rectoras del imperio occidental, todavía paganas mayoritariamente —el cristianismo predominaba sobre todo en el oriental—, mostraban poca disposición a arrostrar los peligros. El historiador pagano Amiano Marcelino escribe sobre una visita a Roma por la época: «Hay allí un Senado de hombres ricos (...), cada uno de los cuales podría ocupar un alto puesto, pero prefiere no hacerlo. Se mantienen alejados, prefiriendo gozar tranquilamente de su propiedad»; es decir, disfrutar de las extensas *villae* campestres y los palacios donde se daban a los banquetes y las delicias de la amistad, el estudio o la divagación artística o filosófica. Les preocupaba más la felicidad personal, aprovechando su privilegiada posición, que los enfadosos problemas políticos y militares. Estas desvitalizadas conductas, desinteresadas también de la familia y la procreación y comunes asimismo en la Galia, Hispania y Mauritania, recordaban a los *graeculi*, tan despreciados otrora por los romanos. Los desafíos del siglo V no eran probablemente mayores que los de la II Guerra Púnica, pero las cualidades que habían dado a Roma la victoria sobre Cartago se habían desvanecido.

La tesis del cristianismo como causa de debilidad no suena del todo falsa, pues aunque la mayoría de los cristianos habían llegado a adoptar como suya la causa del imperio, su prédica de la mansedumbre y el pacifismo casaban mal con la necesidad de frenar a unos enemigos desdeñosos de tales

virtudes. No obstante, se salvó el imperio oriental, más cristianizado, llamado bizantino en tiempos recientes. Cierto que lo hizo aceptando humillantes exacciones y procurando desviar hacia occidente el empuje de los bárbaros. Como es sabido, Constantinopla permanecería en pie, pero su dinamismo cultural sería escaso, mientras que el de la arruinada Europa Occidental adquiriría poco a poco un impulso muy notable.

# SEGUNDA PARTE

# EDAD DE SUPERVIVENCIA

# 5

# Reinos germánicos y monasterios

Los nuevos amos de Europa Occidental fundaron numerosos reinos en las actuales Inglaterra, Bélgica, Francia, España, Magreb e Italia. El rey, elegido por oligarquías nobiliarias, tenía carácter político-religioso, lo que no evitaba constantes querellas y lizas entre ellos. Tres siglos antes, el historiador Tácito había descrito a los germanos como un grave peligro para Roma, por su acometividad extrema, aunque ensalzara su sentido moral en contraste con los vicios latinos. Se trataba de pueblos sin una organización o pensamiento político más allá de la lealtad al caudillo y un concepto de la justicia basado en la venganza (aunque también se admitía la compensación económica o *wergeld*) y en las ordalías. Los romanos desdeñaban la Germania como una tierra fría e inhóspita, cubierta de bosques y pantanos, donde solo querrían vivir precisamente los extraños pueblos que allí moraban.

La religión germánica estimulaba la belicosidad. De modo análogo a la grecolatina, los dioses representan las fuerzas del bien, del orden y el sentido frente a las contrarias que podríamos llamar del caos o del mal (los gigantes y los titanes). Pero en la religión germana y nórtica la lucha entre tales fuerzas esenciales termina con una victoria del mal en la lucha del fin del mundo, el *Ragnarök* o caída de los dioses. Se trata de una visión cósmica grandiosa y pesimista (aunque posteriormente se concibiera una solución más consoladora y menos convincente): tal como ocurre con el

ser humano, que disfruta temporalmente de la existencia y por tanto de un orden, aunque siempre comprometido, así ocurrirá con toda la vida y con el propio mundo, que terminará abolido por el caos del que procede. Los dioses saben de antemano que perecerán, pero se aprestan a la lucha sin vacilar y haciendo acopio de todo su coraje, como deben hacer los hombres realmente valiosos. La muerte más noble es la del guerrero en batalla, después de la cual su alma iría al Valhalla o al Folkvangr, donde, entre banquetes y combates de cuyas heridas se reponían a diario, esperaban el Ragnarök para luchar en él junto a los dioses. La mayoría de la gente fallecería, lógicamente, de muerte más natural y menos estimable, yendo sus almas a lugares harto más sombríos, similares a los del Hades griego, con una zona de mayor tormento para quienes en vida habían sido traidores, asesinos, mentirosos o adúlteros.

Seguramente tiene relevancia el dato de que los dioses, tanto en la mitología grecolatina como en la germánica, no creaban el mundo, sino que surgían de él, de un abismo o caos primigenio, por lo que tiene sentido que finalmente fueran destruidos —aunque ello no ocurre en la mitología griega y latina— por las mismas fuerzas de las que habían nacido, cerrando así un ciclo épico tan ingente como lúgubre. Tiene interés constatar que una concepción semejante al pesimismo de la religión germánica volverá a la conciencia europea en el siglo XIX, como efecto de ciertas ideologías cientifistas, según veremos en su momento. En cambio la concepción de un Dios personal creador de todo, en la religión judía y la cristiana, ofrece un enfoque más reconfortante del destino humano y cósmico: el hombre, por sus rasgos peculiares, no es ajeno a la divinidad, sino formado a imagen y semejanza de ella, bien que a un nivel inmensamente inferior.

Por el tiempo de la caída de Roma, los germanos próximos a la frontera o incluidos en ella habían adoptado algunas costumbres latinas y se habían convertido al arrianismo —una forma de cristianismo—, el cual amalgamaban con sus viejos ritos y creencias politeístas. Otros pueblos mantenían plenamente su paganismo originario.

El folclore germano debía de abundar en cantos y relatos de gestas, mencionados por Tácito y otros. Habría entre ellos los dedicados a sus hazañas más memorables, precisamente la destrucción del poder romano, al que tanto habían hostigado y que tantas derrotas les había infligido; pero esos cantos no se han conservado. Lo que conocemos de ello, así como de su religión, nos ha llegado por recopilaciones siete u ocho siglos posteriores, conservadas mejor o peor por tradición oral.

Un documento que probablemente describe aquel espíritu es la canción de gesta *Los Nibelungos*. Compuesta en el siglo XIII y con numerosos anacronismos, funde relatos mítico-históricos y cristiano-paganos, aunque lo esencial puede retrotraerse a la época de las invasiones y aún anteriores. Trata de una doble venganza femenina con los temas del honor, el destino y el valor guerrero resueltos en una orgía de sangre. El héroe de su primera parte, Sigfrido, se ha apoderado del tesoro de los nibelungos (enanos «de las brumas» o del subsuelo) y matado al dragón que lo guardaba. Al bañarse en la sangre del dragón se había hecho invulnerable, salvo por un pequeño lugar de la piel donde había caído una hoja de tilo. Sigfrido, que quiere casarse con Krimilda (nombre asociable a amenaza o destrucción), hermana del rey burgundio Gunter, ayuda a este, por medios mágicos, a conquistar a Brunilda (nombre asimilable a protección), reina islandesa y eXValquiria de excepcional

fuerza y belleza, que solo se casaría con el varón que demostrara ser más fuerte que ella. Brunilda cree haber sido vencida por Gúnter, con quien contrae matrimonio. En la noche de bodas, Brunilda averigua que Gúnter es más débil y lo humilla atándolo y suspendiéndolo de una cuerda, por lo que Sigfrido vuelve a intervenir para dominar a la eXValquiria sin que esta sepa quién lo hizo. A su vez, Sigfrido se casa con Krimilda. Brunilda tiene vagas sospechas, pues atribuye al héroe un rango social inferior, que no le permitiría casarse con la hermana del rey. Las dos mujeres disputan sobre la precedencia para entrar en la catedral de Worms, lo que lleva a Krimilda a revelar a Brunilda la verdad sobre quién la ha vencido. La venganza de Brunilda toma cuerpo por medio del guerrero Haguen, que aspira a quedarse con el tesoro de los nibelungos. Haguen engaña a Krimilda para averiguar el único punto vulnerable de Sigfrido y lo asesina tras tenderle una celada.

El héroe de la segunda parte es Haguen, de quien busca vengarse Krimilda. Esta espera bastantes años hasta que se le presenta la ocasión al casarse con el rey huno Atila (Etzel) y con motivo del bautizo de su hijo invita a la corte burgundia al evento. Haguen sospecha, pero cede para no pasar por cobarde. Al cruzar el Danubio averigua por una ondina que ninguno retornará vivo, salvo el sacerdote. Para comprobarlo, trata de ahogar a este, el cual consigue zafarse y nadar a la orilla de partida. Es el destino, y para evitar que alguien intente volverse atrás, al conocerlo, destroza la barca en que habían cruzado. Llegados a la corte de Atila, pronto empiezan las reyertas con los hunos, culminadas en matanzas brutales. Haguen mata también al hijo de Krimilda y Atila. Apresado, se niega a revelar a la reina el lugar del Rin en que ha ocultado el tesoro de los nibelungos. La enfurecida Krimilda, que ya había ordenado matar a su

hermano Gúnter, decapita a Haguen. Otro caballero, Hildebrand, indignado por aquel trato a un guerrero de tal valor, parte a Krimilda en dos con la espada.

Destaca en el relato la ausencia de un sentido de la justicia o del bien y el mal como podría entenderlo no ya un cristiano, sino un romano pagano. Cada persona, al menos la de cierta alcurnia, debe defender su honor, las ofensas al cual justifican la venganza sin medida y cualquier astucia o demora para ejecutarla. La vida misma, por encima de sus aspectos más placenteros, también estimados, se presenta como una lucha con la muerte que termina sin remedio en la muerte, y cuyo valor principal consiste en aceptar el destino con bravura y audacia, como Haguen al conocer la suerte que les aguardaba.

Aquellos tiempos debieron de quedar en la memoria popular como una era gloriosa de aventuras fantásticas bajo jefes legendarios, choque de la osadía y la voluntad contra la arrogancia de un poder romano triunfante durante tantas generaciones. Victoria sobre una civilización decadente y en muchos aspectos innoble, con sus masas de súbditos miserables, de esclavos, de ciudadanos indolentes y de potentados viciosos. ¿Qué valían todos los artificios civilizados frente al ímpetu vital de unos pueblos en pleno disfrute de su fuerza y libertad? Ahora estos se adueñaban de unas riquezas que los vencidos no habían sabido defender; y siguió un tiempo de encanto onírico, sin las pesadas reglamentaciones civilizadas ni más ley que la del valor y la espada. El cantar de *Los Nibelungos* u otros como el *Beowulf* retrotraen a esa época. También los relatos célticos sobre la lucha contra los invasores anglosajones, personalizados en el rey Arturo, que originarían la complicada «materia de Bretaña» o relatos como los de *Deirdre* o *Tristán e Iseo*, refundidos y desarrollados, desde el

siglo XII, por Godofredo de Monmouth y Chrétien de Troyes. Su puesta por escrito, posterior en seiscientos o setecientos años a los hechos referidos, recuerda el caso de la *Ilíada* y la *Odisea*, compuestas por Homero siglos después de la guerra de Troya.

Desde que fueron escritos, reinventándolos o mezclándolos, la influencia de estos relatos de fondo pagano ha sido muy profunda. Han inspirado una vasta literatura, origen de la novela europea, con períodos recurrentes de aprecio y otros de desdén. El Romanticismo los estimó con verdadera fruición, y hoy siguen presentes en historias como las de J. R. R. Tolkien o, a un nivel inferior, en literatura vulgar tipo *Conan*, etc. Incluso cabe percibir una inspiración similar en el cine useño «del salvaje Oeste».

* * *

Los finales del siglo V fueron sumamente turbulentos, pero poco a poco los reinos germánicos se afirmaron, si bien con una evolución muy distinta entre sí. En Gran Bretaña, las tropas romanas habían sido retiradas a principios del siglo, dejándola indefensa ante las invasiones. Anglos, sajones y jutos ocuparon progresivamente gran parte de la isla, venciendo a los celtas romanizados. Muchos de estos huyeron a la futura Bretaña francesa y a Galicia. De estas luchas quedaron las leyendas del rey Arturo, un posible rey celta que habría vencido por un tiempo a los agresores germanos; siglos más tarde, su leyenda daría lugar al aludido género literario. La invasión creó siete u ocho reinos germánicos en lucha entre sí, situación que duraría varios siglos.

En las Galias se impusieron los francos desplazando a los visigodos hacia Hispania. Su rey Meroveo fundó una dinastía y su segundo sucesor, Clodoveo, se convirtió al

catolicismo en 496. Fue el primer rey bárbaro que lo hizo, arrastrando a su pueblo y ganándose la lealtad de la masa galorromana y la gratitud del Papado, que titularía a Francia «hija primogénita de la Iglesia». No obstante, la conversión no mejoró las costumbres de la oligarquía merovea, las cuales se hicieron más feroces, contagiando su depravación a la Iglesia. Clodoveo fundó un reino muy extenso que abarcaba la mayor parte de las Galias y zonas de Germania, para dividirlo a su muerte, a principios del siglo VI, entre sus cuatro hijos, originando nuevos reinos en continua querella entre sí. El reino no se repondría hasta mediados del siglo VII con una dinastía en decadencia.

Italia fue ocupada por los ostrogodos, cuya oligarquía asimiló bastante cultura de los vencidos. Su rey Teodorico el Grande, muy latinizado, derrotó en 493 a Odoacro, que diecisiete años antes había depuesto al último emperador. Dominó toda la península y al otro lado del Adriático, bajo autoridad formal de Constantinopla. Como pasó con Clodoveo, aunque por otras razones, el reino entró en descomposición a la muerte de Teodorico, y los bizantinos aprovecharon la oportunidad para intervenir al mando de su general más brillante, Belisario, que ya había aplastado el reino vándalo del actual Magreb. Para mediados del siglo VI, los bizantinos se habían impuesto en Italia, pero otro pueblo germánico, el lombardo, los expulsaría de gran parte de la península poco después. Pese a estas guerras continuas y ruinosas, Italia permaneció como el país más culto de Occidente; pero tardaría mil trescientos años en alcanzar su unidad política.

Tras la invasión de Hispania por suevos, vándalos y alanos, los visigodos expulsaron a los dos últimos, derrotaron a los suevos y acosaron a los bizantinos. Si en

Inglaterra, Italia y Francia predominó la disgregación, en Hispania o Spania, los godos centraron su capital en Toledo y pusieron tenaz empeño en unificar la península, sobre todo desde Leovigildo (572 - 586). Su hijo Recaredo, dejó el arrianismo por el catolicismo, creando una situación nueva: los godos, hasta entonces un pueblo que había errado desde Suecia por el este y sur de Europa, se identificaron con Spania, se latinizaron a fondo, promulgaron leyes más elaboradas y colaboraron con la organización religiosa hispanorromana (Concilios de Toledo). Si entendemos por nación una comunidad cultural bastante homogénea con un estado propio, el reino de Toledo fundó la nación española, primera de Europa en competencia con Francia. Y también, dentro del empobrecimiento cultural y económico general, fue el país más culto y rico del oeste europeo después de Italia —en cuyo norte habían sobrevivido las ciudades mejor que en el resto—, único capaz de fundar nuevas ciudades (Recópolis, Vitoria, Olite) y el más avanzado políticamente.

En general, los invasores germánicos mandaban sobre sociedades culturalmente superiores, con las que no se identificaban y a las que no sabían gobernar con eficacia. Sus oligarquías se guiaban por las viejas costumbres, al paso que se corrompían por la adquisición de un poder y unos lujos a los que no estaban habituados. De ahí pudo haber derivado una catástrofe todavía más profunda y duradera, si no fuera porque la población dominada, aun diezmada, ruralizada y empobrecida, mantuvo un grado considerable de organización propia: la estructura eclesiástica heredada de la última etapa del imperio, con sus obispados, de los que dependían numerosos sacerdotes y diáconos, y los monasterios, que iban a cobrar relevancia fundamental.

Pues fue la estructura eclesiástica la que permitió salvar en gran parte la cultura grecolatina en literatura,

conocimientos, pensamiento, artes plásticas y música. Solo los clérigos y muy pocos más sabían leer y escribir, y se empeñaron en difundir sus saberes. Enseguida emprendió la Iglesia una labor misionera, cuyo mayor éxito inicial fue la conversión de los francos y, ya antes y fuera de los confines del imperio, la de Irlanda, obra de San Patricio. Irlanda creó una robusta tradición monástica, y sus conventos acogían a estudiantes y estudiosos de lugares remotos, hasta de Egipto. Sus monjes extendieron el cristianismo por Escocia e Inglaterra, llegaron a Islandia y fundaron monasterios por Francia, Suiza e Italia (San Columbano) en el siglo VI. Su labor contribuyó a civilizar a los anglosajones y a reformar la degradada Iglesia franca.

Siendo la regla monástica irlandesa, harto áspera y ascética —como ocurría con los monjes españoles—, surgió en Italia un monaquismo más suave, creado por San Benito de Nursia, quien fundó hacia 530 el monasterio de Montecasino, centro de la prodigiosa expansión de la orden llamada benedictina en honor al fundador.[3] Benito elaboró una regla basada en cuatro principios: moderación en comida, bebida y sueño, sin sacrificios excesivos; silencio y gravedad en la expresión; renuncia al mundo y a la posesión de bienes; y cultivo de la bondad evangélica hacia los humildes. Bajo la divisa *ora et labora*, dividió la jornada en tres partes de ocho horas: oración, que ritmaba la jornada; trabajo manual, estudio y obras de caridad, y sueño. No admitía distinción entre monjes de procedencia noble o adinerada y de origen humilde, incluso servil.

La regla de San Benito es sin duda un documento clave en la formación de la cultura europea. Inspiró pronto la fundación de cientos de centros parecidos dentro y fuera de Italia. A ellos afluían personas de muy diversa condición

social deseosas de seguir el consejo evangélico de dejarlo todo para seguir a Jesús; y otros que no encontraban mejor salida en tiempos tan calamitosos e inciertos. La vida monástica implicaba una disciplina rigurosa y serios peligros en tierras paganas, donde no pocos pagarían con la vida su esfuerzo misionero. Para consagrar todas sus energías a su labor, los monjes hacían votos de pobreza, castidad y obediencia. Sus monasterios, como los irlandeses pero con más amplitud, operaban como unidades de un ejército espiritual y jugarían un papel decisivo en la cristianización y civilización de los reinos bárbaros; su influencia llega hasta hoy, siendo la orden religiosa con más conventos expandidos por el mundo.

La difusión del monacato iba ligada a leyendas, milagros y supersticiones, a veces abusos sobre los campesinos y querellas con los señores, pero en conjunto cambió profundamente el panorama eurooccidental. Una de sus tareas más fructíferas, ya desde el siglo VI, consistió en buscar obras latinas y reproducirlas en los *scriptoria*; trabajo arduo, porque se habían perdido la mayoría de las bibliotecas y los libros eran caros y no fáciles de hallar. Otra ocupación sobresaliente fue el trabajo manual en campos y talleres. A ellos se debió la conservación de técnicas agrícolas, ganaderas y artesanas romanas, mayoritariamente olvidadas, y la aplicación de técnicas nuevas o poco empleadas antes, como los molinos de agua o las norias, la introducción de nuevos cereales, de la mantequilla, etc. Ellos recuperaron tierras de cultivo invadidas por bosques y pantanos, rehaciendo la agricultura y la ganadería en Francia, Inglaterra e Italia. Un monasterio combinaba la empresa económica, el centro de enseñanza y conservación cultural, el hospital y el hospedaje. Si la civilización no cedió a un largo período de oscuridad se debe de modo

sobresaliente a los monjes, y si alguien merece el título de «padre de Europa Occidental», es San Benito. En otro sentido lo había sido Escipión, el vencedor de Aníbal.

A finales del siglo VI, el Papado contó con un personaje excepcional, Gregorio Magno, él mismo benedictino y papa desde 590 a 604. Gregorio definió la independencia eclesial respecto de los poderes políticos y desplegó una intensa labor regularizando los modos de predicar, clarificando cuestiones teológicas y morales (de él procede la idea del purgatorio como situación intermedia entre los justos y los condenados en la otra vida); reformó la liturgia, dando importancia al canto que se llamó gregoriano en su honor, a la creación de escuelas, etc. Y patrocinó con el mayor empeño las misiones, siendo su obra más exitosa la evangelización de Inglaterra. El historiador Gibbon, poco amigo del cristianismo, al que achacaba el derrumbe romano, escribió: «Julio César necesitó seis legiones para conquistar Gran Bretaña. A Gregorio le bastaron cuarenta monjes». La isla dependió del Papado más estrechamente que Francia o España, y se convirtió a su vez en foco de cristianización de la Germania y Francia con San Bonifacio (que terminaría martirizado) y otros monjes. Así Roma, que había perdido su primacía política y material, resurgía como un centro espiritual que iba a conquistar a los conquistadores y dar forma a la civilización occidental.

Convertir a los paganos resultaba más fácil que a los que habían adoptado una variante cristiana como el arrianismo, acaso porque el carácter sombrío y fantástico de la religión germánica les inclinaba a versiones más consoladoras. Beda el Venerable, monje benedictino inglés del siglo VII-VIII y destacado intelectual e historiador, relata una historia interesante. Edwin, rey de Northumbria reunió consejo para

estudiar si permitir o no la predicación de un misionero católico. El sacerdote pagano, hombre pragmático, explicó: «Desde que sirvo a nuestros dioses y presido los sacrificios, nunca fui más favorecido por la suerte ni más dichoso que los demás hombres que no rezan, y mis súplicas pocas veces han sido escuchadas. Por tanto, apruebo la venida de un dios mejor y más fuerte, si lo hay». Otro consejero habló con más elevación:

> La vida de los hombres en la tierra, si la comparamos con los vastos espacios de tiempo de los que nada sabemos, se parece, a mi juicio, al vuelo de un pájaro que se introduce por el hueco de una ventana dentro de una espaciosa estancia en la que un buen fuego en el centro calienta el ambiente, y en donde tú comes con tus consejeros y aliados mientras fuera azotan la nieves y lluvias del invierno. Y el pájaro cruza rápido la gran sala y sale por el lado opuesto: regresa al invierno y se pierde de tu vista. Así ocurre con la corta vida de los hombres, pues ignoramos lo que la precede y lo que vendrá luego.

El misionero fue autorizado a predicar, aunque Edwin no recibiría premio por ello, pues perecería a manos de rivales anticristianos en una de las frecuentes reyertas entre unos reinos y otros.

Debe señalarse, en suma, que gracias a los monjes pervivió y se expandió por la Europa Occidental la herencia de Roma, su alfabeto, su pensamiento y literatura, su historia, su derecho; y el propio cristianismo. Por su parte, los bárbaros dejarían cierta influencia indefinible de individualismo y vitalidad. Y sus reinos serían el embrión de las naciones características del oeste europeo, que perduran hasta hoy.

El hispanogodo Isidoro de Sevilla, otro de los intelectuales descollantes de la época, contemporáneo de Gregorio (y de Edwin), expresa asimismo dos rasgos que marcarán la evolución europea: un pensamiento político de rechazo al despotismo y el ansia por acumular y sistematizar el conocimiento. En cuanto a la política, el clero debía procurar

la paz en buena relación con el poder y predicar la lealtad al monarca, pero a su vez el monarca debía obrar con justicia y servir al pueblo: «Serás rey si obras rectamente, y si no, no», idea que autorizaba, en principio, la excomunión o el derrocamiento del tirano, aunque no lo contemplara expresamente. Por lo segundo, Isidoro trató de reunir el mayor número de libros antiguos y de recoger sus saberes en la primera enciclopedia del mundo occidental, las *Etimologías*. En esta obra, bien estructurada y con estilo claro, reintroduce a Aristóteles y expone los saberes filosóficos, teológicos, de ciencias naturales y cosmología, artes, derecho, urbanismo, etc. de la época; trata con imparcialidad, asimismo, tradiciones paganas. Desde luego refleja cierta decadencia y pérdida de conocimientos con respecto a la época latina, pero también la voluntad de superar esa pérdida. El libro expone asimismo el sistema de la enseñanza europea, de origen romano, en los siglos siguientes: *trivium* (gramática, lógica y retórica) y *quadrivium* (música, aritmética, geometría y astronomía). *Etimologías* fue profusamente copiado en los monasterios de toda Europa, como el libro de texto más usado durante la mal llamada Edad Media.

Suele despreciarse a estos siglos como «edad oscura» pero más cabría definirlos como una época de recomposición civilizatoria, una epopeya paralela y contraria a las propias invasiones, rescatando en lo posible el legado clásico y aplicando la doctrina católica. Y que, cuando iba asentándose, aún había de sufrir el peligro extremo de una nueva oleada de invasiones entre principios del siglo VIII y finales del X. Desdeñar el esfuerzo ímprobo y heroico de los monjes revela una petulancia muy extendida, no por ello menos absurda.

# 6

# Segunda oleada de invasiones: el islam contra el Mediterráneo

Mientras por el oeste europeo ocurrían los fenómenos de destrucción, reconstrucción y renovación, algunos de cuyos aspectos principales hemos señalado, a miles de kilómetros, en las ignoradas profundidades del desierto arábigo, sucedían hechos que iban a repercutir muy pronto sobre Europa y seguirían haciéndolo hasta hoy.

En 610, Mahoma (Muhammad), un rico comerciante árabe probablemente analfabeto, viajero hasta Siria por las rutas caravaneras, tuvo cerca de La Meca una visión del ángel Gabriel, que le comunicó haber sido elegido por Dios como el profeta definitivo, después de Abraham, Moisés y Jesús. El ángel le transmitió la palabra de Dios (Alá o Allah), que debía memorizar en versículos para enseñarla al pueblo. Las revelaciones fueron escritas después de su muerte en el *Corán* (Recitación). Su transmisión en árabe hacía sagrada esa lengua. Complemento del Corán serían la *Sunna* (normas de conducta) y los *jadices*, que recogían dichos y hechos atribuidos a Mahoma, suponiendo que después de su revelación, no habría cometido pecado o error en su vida.

La doctrina mahometana establece seis «pilares de la fe»: creencia en Dios, en los ángeles, en el Corán, en los profetas, en la resurrección con juicio final, y en la predestinación. Esta última no impedía al hombre elegir entre el bien y el mal ni la responsabilidad por sus actos, aunque será Alá,

capacitado para transformar el mal en bien, quien decida su salvación o condena con posible influencia de las súplicas de Mahoma. La fe se manifiesta en cinco formas: la frase «no hay más Dios que Alá, y Mahoma es su mayor profeta», la oración cinco veces al día, la peregrinación a La Meca al menos una vez en la vida, el ayuno de ramadán; y la limosna. Quienes sigan la doctrina entran en la *umma*, comunidad de creyentes, o *islam* (sumisión a la palabra de Dios). La fe exige asimismo la *yijad*, lucha interior contra la inclinación a seguir al diablo, y exterior contra los infieles (guerra santa). Por ello divide al mundo en dos partes: *Dar al Islam,* casa (territorio o comunidad) de la sumisión a Alá, y *Dar al Ŷarb* o «casa de la guerra», las comunidades no islámicas, a las que someter. Con el tiempo, el Islam debería extenderse sobre toda la humanidad por un medio u otro.

Junto con la fe está la *sharia*, la ley islámica, más interpretable, que marca al creyente sus deberes para alcanzar el buen fin en este mundo y en el otro. La *sharia* abarca todos los aspectos de la vida: religiosos, políticos, culturales, higiénicos, económicos, sexuales, familiares, nutricionales, etc. Es invariable, por encima de las cambiantes leyes comunes. Su principal prohibición es el politeísmo, con las imágenes o estatuas, o las súplicas a profetas y santos. Por ello, y por el concepto de la Trinidad, los musulmanes solían tachar de politeístas a los cristianos, los cuales, al igual que los judíos, habrían deformado o malinterpretado las enseñanzas contenidas en la Biblia.

Mahoma reclutó algunos seguidores, que fueron rechazados por los politeístas en La Meca. Por ello se trasladó a Medina el año 622 (*Hégira*) a partir del cual se numeran los años en el calendario islámico. Desde Medina, los suyos hostigaron a La Meca. Tras varios combates la conquistaron en 630, degollando a los que habían apostatado

de sus enseñanzas o le habían insultado. A partir de ahí, Mahoma se impuso en solo dos años a las demás tribus de Arabia, muriendo en 632, con sesenta y tres años de edad.

Hay semejanzas entre Mahoma y Moisés, ambos líderes religiosos, políticos y guerreros (Moisés no fue lo último, pero sentó las bases para la conquista de Canaán), mientras que Jesús se limitó al terreno religioso. Jesús, además, no se proclamó profeta sino mesías Hijo de Dios y personificación humana de Dios mismo, que con su vida, pasión y resurrección «borra los pecados del mundo» o abre el camino a una vida humana no determinada por el pecado original. Por otra parte, las biografías de Jesús y de Mahoma son prácticamente opuestas. Jesús permaneció casto y propugnó la monogamia y la estricta fidelidad conyugal, mientras que Mahoma practicó y autorizó la poligamia, y llegó a consumar el matrimonio con una niña de nueve años. Frente al fracaso mundano de Jesús, asumido sin resistencia, Mahoma fue un mercader y guerrero triunfador, y sus veintitrés años de predicación se señalaron por combates y sangrientas venganzas. A su vez, cristianismo e islamismo coincidían en su aspiración universalista, a diferencia del judaísmo, centrado en un solo pueblo.

Las minuciosas prescripciones de la *sharia* para todos los aspectos de la vida corriente tienen un precedente en las normas judías, pero no existen, o solo muy atenuadamente, en las cristianas. El cristianismo daba, en principio, mayor importancia a la actitud y el espíritu y menor a las reglas o fórmulas: «Quien ama al prójimo ha cumplido toda la ley»; o, según San Agustín, «ama y haz lo que quieras». En la práctica ese amor podía volverse harto asfixiante, pero también dejaba mucho más campo a la iniciativa personal y a la especulación teórica. El concepto musulmán de predestinación y sumisión a la voluntad de Dios difiere

considerablemente del cristiano católico, en el cual el libre albedrío, y por tanto la libertad personal, adquieren una dimensión superior. El Islam tampoco diferencia entre el poder religioso y el político, como sí lo hace el cristianismo. Ni existe en el cristianismo un concepto como el de *yijad*, fundamental en la expansión del Islam. La concepción del cielo y el premio a los buenos también varía profundamente: algunos judíos no creían en tal cosa, y el paraíso islámico (*Yanna*) choca por excesivamente material y carnal con la sensibilidad cristiana: un mundo sin fin de placeres de todo tipo, en especial sexuales «cientos de veces más intensos que los terrenales». El cielo cristiano es indeterminado, fundamentalmente espiritual.

Y encontramos otra diferencia histórica en la expansión de ambas doctrinas. La del cristianismo muy lenta durante tres siglos, y no bélica. La del Islam, guerrera y realmente vertiginosa, más que cualquier otro movimiento histórico hasta entonces.

Jesús no dejó un cuerpo de doctrina más allá de una interpretación condensada de la Biblia, que excluía la reglamentación sistemática de la vida humana («el sábado para el hombre y no el hombre para el sábado», etc.). Por el contrario el Islam ofrecía una doctrina acabada, con reglas de vida minuciosas, semejantes a las judías, junto con un conjunto de obligaciones básicas sencillas y definitorias. Probablemente esa mezcla de sencillez y minuciosidad dé al mahometismo su fuerza, bien clara, por ejemplo, en la extrema dificultad de que una población cristiana o de otra religión ganada por el Islam, vuelva a la fe anterior. España es probablemente la única excepción a gran escala.

El Islam tampoco ha experimentado nunca, salvo en momentos pasajeros, la fuerte tensión entre razón y fe, ni

entre política y religión, tan características del catolicismo. Hay que decir también que en el Imperio bizantino esta doble dialéctica quedaría muy atenuada, pese a estar más cristianizado y haber conservado la herencia griega mucho más que la Europa Occidental; pero esa herencia estaba allí ya un tanto anquilosada.

* * *

Rodeaban a Arabia por el norte dos poderosos imperios civilizados, el Romano de Oriente o bizantino, y el persa sasánida. En el segundo, los cristianos se reducían a débiles minorías oprimidas y su religión era el zoroastrismo, algunos de cuyos rasgos habían influido en el judaísmo y a través de él en el cristianismo. Los sasánidas habían derrocado en el siglo III a los partos e instaurado una dinastía nueva, que heredó la tradicional enemistad con Roma. Partos y sasánidas representaban a pueblos de tipo indoeuropeo (la palabra Irán significa «tierra de arios»), que dominaban a otras poblaciones. Los sasánidas desarrollaron una brillante civilización, cuya joya mayor fue la academia de Gundishapur, acaso el mayor foco intelectual del mundo en su tiempo, que recogía la herencia filosófica y científica griega e india y una avanzada medicina. Irán se beneficiaba cultural y comercialmente de su posición intermedia entre la civilización grecolatina y la india, y de la relación también con China a través de la Ruta de la Seda; y al mismo tiempo ejerció influencia en las dos direcciones. A su vez, los bizantinos habían recuperado bajo Justiniano, en el siglo VI, amplias zonas del Imperio de Occidente en el Mediterráneo. Las guerras con los sasánidas les habían puesto en grave peligro, del que se habían recuperado poco antes de la intervención musulmana.

La península árabe era un desierto salpicado de oasis y

pequeñas ciudades, con población escasa y dividida en tribus que hasta Mahoma luchaban a menudo entre sí. Pero, unificadas bajo la nueva religión y tras una breve crisis sucesoria a la muerte de su profeta, cobraron un empuje explosivo, emprendiendo la guerra santa contra los dos imperios del norte. Pronto ocuparon las tierras bizantinas cristianas de Palestina y Siria, con Damasco y Jerusalén, ciudades de enorme contenido simbólico, en particular la segunda, para cristianos y judíos; y desde entonces también para los musulmanes. Simultáneamente embistieron a los sasánidas y aniquilaron su imperio en unas pocas batallas. El acoso a los bizantinos prosiguió, arrebatándoles sus posesiones asiáticas excepto la mayor parte de Asia Menor, así como Egipto. Apenas veinte años después de la muerte de Mahoma, el mapa político y religioso de Oriente Próximo y norte de África había cambiado de modo radical. Y en unos decenios más el poder mahometano abarcaba desde el Magreb a la India y Asia Central.

Tanto el Imperio sasánida como el bizantino eran potencias demográfica, técnica, económica y culturalmente muy por encima de las tribus del desierto árabe, y sin embargo no lograron resistir al ímpetu de estas. Se han atribuido estas conquistas al debilitamiento de bizantinos y persas en una serie de guerras previas entre ellos, pero tal explicación no basta para entender victorias tan enormes y a menudo en inferioridad de fuerzas. Naturalmente, los musulmanes vieron en ellas la especial protección de Alá. Lo constatable es que disponían de excelentes jefes militares, de tropas muy fanatizadas y de tácticas de caballería ligera muy efectivas.

Las conquistas árabes arrasaron la civilización sasánida, masacraron ciudades enteras, destruyeron la academia de Gundishapur y quemaron su magnífica biblioteca. Lo mismo

harían con la de Alejandría, que ya había sufrido incendios anteriores y no volvería a funcionar como foco de cultura. Sin embargo, pasada una primera época de devastación, los musulmanes comenzaron a asimilar parte de la cultura y la técnica de las poblaciones sometidas y a desplegar una cultura ecléctica de gran nivel.

A principios del siglo VIII, los árabes habían conquistado el Magreb, convirtiendo a numerosos bereberes, y se disponían a continuar su triunfal carrera por Europa. La ocasión era propicia porque España sufría una aguda crisis. En los decenios anteriores, el Estado hispano-godo había robustecido un aparato estatal centralizado aplicando el principio de monarquía hereditaria en lugar de electoral, aunque sin éxito definitivo. El año 700 falleció el rey Witiza, a quien debía suceder un hijo suyo de corta edad. La nobleza volvió al principio electoral y nombró rey a Rodrigo, provocando el resentimiento de los witizanos. Coincidieron pestes y sequías que debilitaron demográfica e institucionalmente al país. Probablemente los witizanos invitaron a los musulmanes (en este caso bereberes) a ayudarles para derrocar a su rival, y el resultado fue la batalla de la Janda o Guadalete, en 711, donde los witizanos lo traicionaron y Rodrigo fue derrotado. Los islámicos, advirtiendo la debilidad en que quedaba el estado español, avanzaron rápidamente y en cinco años se adueñaron del país.

La facilidad con que cayó el estado probablemente más sólido de Europa Occidental, ha dado lugar a mil lucubraciones fantasiosas, que he tratado en *Nueva historia de España*. Pero los datos citados y los precedentes de la expansión islámica explican bien la «pérdida de España», como la definía la *Crónica mozárabe* pocos años después.

España fue ocupada combinando la decisiva acción militar con acuerdos con poderes locales amedrentados y con la ayuda de los descontentos judíos. España dejaría paso a Al Ándalus, cambio de nombre que entrañaba una decisiva transformación desde una cultura cristiana y europea a otra islámica y africano-oriental, como ocurriría en casi todos los países donde se habían impuesto los árabes. Una transformación semejante a la ocasionada por las conquistas romanas, y que amenazaba igualmente al resto de Europa. Sin embargo, al poco tiempo, en 718, empezaron las primeras rebeliones en Asturias y cuatro años más tarde rebeldes locales acaudillados por el noble godo Pelayo desbarataban en Covadonga una expedición árabe de castigo, inicio de un largo proceso histórico de la mayor transcendencia, adecuadamente llamado Reconquista.

Los árabes prosiguieron su marcha atacando a los francos. Conquistaron el sureste y durante años saquearon extensos territorios hasta el centro del país, imponiendo pactos a nobles locales, como en España. En 732 los francos unieron fuerzas bajo el caudillaje de Carlos, más tarde llamado Martel (Martillo), e infligieron una fuerte derrota a los árabes en Poitiers. Carlos era el gobernador de facto («mayordomo de palacio») del reino de Austrasia, al que hizo hegemónico sobre los demás reinos francos. Explotando la victoria de Poitiers expulsó a los árabes de casi toda Francia, salvo la región sureste (Narbona), y castigó duramente a los nobles que habían pactado con ellos. Los islámicos ya no intentarían adueñarse de Francia, porque la lucha contra la Reconquista en España absorbió sus energías. La batalla de Poitiers es reconocida como decisiva en la historia de Europa Occidental, pero probablemente no lo fue menos la de Covadonga.

Tras un primer período de destrucciones, los islámicos

asimilaron parte de la cultura autóctona y desplegaron una propia. Su centro fue el valle del Guadalquivir, la región más próspera y culta de la península desde antes de los romanos, e hicieron de su capital, Córdoba, la ciudad más rica y civilizada del Occidente continental. Desde ella lanzaban año tras año terroríficas incursiones (aceifas) contra el norte, devastando los cultivos, incendiando pueblos y llevándose cautivos. Los españoles de Asturias partían con abismal desventaja material y numérica, por lo que habría sido bastante natural que fueran aniquilados. Sin embargo resistieron: el reino de Asturias se rehacía y continuaba expandiéndose, desbaratando a menudo a los islámicos.

El poder árabe tenía dos flaquezas graves: aunque iba convirtiendo al Islam a más y más indígenas, se basaba en el despotismo racista de los clanes árabes, por ello enfrentados al grueso de la población y a los magrebíes que habían comenzado la conquista de la península. Además, los propios clanes árabes estaban querellados entre sí, y en consecuencia, las guerras civiles en Al Ándalus serían casi constantes. Desconfiados de sus súbditos, tanto de los conversos (muladíes) como de los que permanecían cristianos (mozárabes), su ejército se componía de mercenarios del norte de África y de esclavos. La esclavitud casi había desaparecido en Asturias y los reinos que siguieron la Reconquista, pero en Al Ándalus se extendió mucho, con el tráfico correspondiente desde el África negra y desde la Europa Oriental (eslavos sobre todo).

Hasta 750, el Imperio árabe, llamado califato (el califa venía a ser sucesor de Mahoma y máximo jefe de los creyentes, emperador de hecho) había estado dirigido por la familia Omeya. Ese año la familia Abasí derrocó a los Omeyas y cambió la capital de Damasco a Bagdad. Ello repercutió en Al Ándalus cuando llegó allí el omeya

Abderramán I huyendo del exterminio del resto de su familia. Abderramán independizó de hecho a Al Ándalus, fracturando así el imperio árabe por su parte occidental.

La irrupción árabe creó en el Mediterráneo una situación nueva, nunca vista desde más de un milenio antes, al romper la relación comercial y cultural entre las orillas norte y sur, un hecho trascendental que contribuyó a hacer más dura la vida europea. La interrupción afectó también en gran medida a la relación entre la parte occidental y el Imperio bizantino, debido al establecimiento de tribus eslavas en los Balcanes, que Constantinopla no pudo impedir y que interrumpían u obstaculizaban la circulación hacia el occidente. De este modo se formaba una doble barrera, aunque no del todo impermeable, entre el norte y el sur y entre el este y el oeste del Mediterráneo.

# 7

# Carlomagno. Invasiones vikingas y nueva barbarie

## Oratores, bellatores, laboratores

La contención de los musulmanes en Poitiers facilitó la unificación de los francos, que se expandieron por Germania y norte de Italia hacia finales del agitado siglo VIII. El principal creador del nuevo imperio fue el nieto de Carlos Martel, Carlomagno, que cristianizó a los germanos paganos, a veces por medios brutales, como la decapitación de sajones renuentes. Asimismo expulsó a los lombardos del norte de Italia y atacó a Al Ándalus: tomó Zaragoza y Pamplona, pero en 778 sufrió en Roncesvalles un grave revés, pereciendo varios de sus nobles más ilustres a manos de los vascones. Siete años después pasaría de nuevo los Pirineos, creando en ellos la Marca Hispánica, una línea defensiva de condados. De estos surgirían Aragón y, más tarde, Cataluña.

Pese a su desastroso derrumbe, el Imperio romano era recordado como prestigioso modelo de orden y cultura, y en 800, el papa León III coronó a Carlomagno emperador de un supuestamente renovado Imperio Romano de Occidente. El nuevo estado —más germánico que romano, aunque la cultura latina prevaleciera en la parte franca— no abarcaba a Inglaterra ni a España ni a zonas de Germania, y duró poco. En 843, después de guerras internas, tres nietos de Carlomagno se lo repartieron. Aun así, la experiencia carolingia no pasó en vano, sino que persistió como ideal

que daría lugar, un siglo largo más tarde, al Imperio Romano-Germánico, calificado de sacro posteriormente.

Carlomagno aplicó reformas económicas, eclesiales y sociales, mejoró la contabilidad regia, sustituyó la moneda basada en el oro por la de plata, prohibió la usura, y a los judíos el préstamo de dinero, e impuso algunos controles de precios. Con él decayó la esclavitud en el campo —poco rentable en tiempos de escaso comercio— en beneficio de la servidumbre. Los siervos tenían ciertos derechos y podían vivir de su trabajo.

Más decisivas fueron las reformas culturales: Carlomagno, si bien iletrado, entendía el valor de la enseñanza y la ilustración, y estimuló las artes, la arquitectura y la copia de manuscritos. Su logro mayor fue la creación de la escuela palatina o academia de Aquisgrán, ciudad donde fijó su capital. Su inspirador, el monje inglés Alcuino de York, aspiraba a fundar «una nueva Atenas», incluso superior a la griega, por incorporar la doctrina cristiana. Alcuino dirigió la academia, interesando en ella a numerosos sabios de la época, anglosajones, germanos, italianos o españoles como Teodulfo, el más destacado después de Alcuino. Teodulfo recomendó que los sacerdotes abrieran escuelas en pueblos y ciudades, sin cobrar por ello. Un efecto raramente señalado de la invasión islámica de España fue la emigración de monjes españoles hacia Francia y Germania, donde participaron en la fundación de los monasterios renanos como los de Murbach y Reichenau por San Pirminio, probablemente hispano, y adonde llevaron manuscritos de San Isidoro y de la escuela de copistas de Córdoba. Otros sabios, huyendo de Sevilla y Córdoba, se habían asentado en los condados de la Marca Hispánica, que se convirtieron en una zona particularmente culta.

La escuela palatina educaba en el *trivium* y el *quadrivium*, y promovía la copia de manuscritos y la producción intelectual. Carlomagno ordenó imitarla a los obispos y jefes políticos de su imperio. Otro logro de gran relieve fue la unificación de la escritura en la llamada minúscula carolingia. Hasta entonces las escrituras variaban mucho y se entendían mal de unos lugares a otros. La carolingia se hizo más comprensible por su uniformidad y porque introdujo nuevos signos de puntuación y espacios entre palabras. Por estas razones se ha acuñado el término «renacimiento carolingio», pero más que renacimiento fue un perfeccionamiento de las tareas educativas y civilizadoras emprendidas desde muy pronto por la Iglesia y amparadas por diversos reyes.[4]

* * *

Si bien se concedía preeminencia a Constantinopla, por pura fórmula, el oeste europeo se alejaba de ella. La propia coronación de Carlomagno como emperador de hecho de Occidente fue tachada de ilegítima en Constantinopla. Carlomagno aseguró al Papado amplios territorios en Italia central, ya donados por su padre Pipino el Breve, y la relación entre Roma y su protector imperial se hizo íntima. El Papado trató de extender su poder sobre los territorios que habían pertenecido al Imperio de Occidente invocando una supuesta donación hecha al Papa por el emperador Constantino. Esta «Donación de Constantino», un fraude, según se demostraría más tarde, permitió consolidar los Estados Pontificios y justificar injerencias papales en el gobierno de los países.

A Carlomagno se le ha llamado «padre de Europa», y así lo ha consagrado la Unión Europea, por abarcar su imperio la mayor parte de Europa Occidental y haber protegido la

cultura, la enseñanza y la herencia clásica. Pero su acción, comparada con la de San Benito, fue geográficamente más restringida y menos espiritual-cultural, y su proyecto fracasó pronto. Y sobre todo su estrecha unidad político-religiosa con supremacía del emperador (cesaropapismo) lo asemejaba al Imperio bizantino y no a las tradiciones occidentales. Además, una parte muy considerable de Europa, y en diversas épocas la más creativa, la de las naciones occidentales, se mantuvo y mantendría siempre al margen de los imperios propios del centro y este del continente.

* * *

Carlomagno falleció en 814, mismo año en que se descubrió en Compostela la tumba atribuida al apóstol Santiago, la cual iba a convertirse en un centro de peregrinación español y europeo, y eje de comunicación cultural durante siglos e incluso hoy. Desde los visigodos corría el rumor de una predicación de Santiago en España. Martirizado en Jerusalén, su cuerpo habría sido trasladado a Galicia. El viejo himno *O Dei Verbum*, compuesto en Asturias hacia 784, quizá por el intelectual Beato de Liébana, proclama al apóstol «Dorada cabeza refulgente de España, defensor nuestro y patrono nacional (*vernulus*)». El hallazgo reforzó la confianza de los españoles en su causa contra el Islam y despertó sumo interés al norte de los Pirineos. La ruta jacobea comenzó en Oviedo a través de paisajes espectaculares, dotada de albergues por los reyes; y pronto llegaron peregrinos desde Francia y otros países siguiendo el litoral cantábrico.

El descubrimiento ocurrió cuando se consolidaba el reino de Asturias bajo el largo reinado (cincuenta y un años) de Alfonso II el Casto, contemporáneo de Carlomagno y de su

hijo Luis el Piadoso. Hasta Alfonso, la subsistencia de Asturias había sido precaria, por las aceifas islámicas y revueltas interiores, pero él reafirmó el reino, infligió serios reveses a los árabes y llevó su audacia hasta ocupar momentáneamente Lisboa, en 798. Al paso, mejoró la administración, repobló partes de Galicia, León y Castilla, se atrajo a los vascones de Álava y mantuvo contactos con Carlomagno. Trató de convertir a su capital, Oviedo, en una nueva Toledo reforzando la tradición visigótica. En Oviedo nació el armonioso y delicado arte asturiano en iglesias y palacios. Su reino ocupaba un séptimo de la península, bastante para sostenerse frente a las embestidas de Córdoba.

Las hazañas de Alfonso tuvieron alcance no solo peninsular, al crear una barrera en expansión hacia el sur frente a los muslimes, que estos ya no lograrían romper más que parcialmente y de forma no duradera, alejándolos del centro de Europa. La activa lucha de Oviedo, por entonces único reino español, obligaba a Córdoba a concentrar su agresividad en el norte cantábrico. De haber sido aniquilada Asturias, Al Ándalus habría podido dirigir sus esfuerzos contra la débil cadena de condados de la Marca Hispánica, por entonces pasiva, y más allá, nuevamente hacia Francia. No obstante, el peligro islámico persistía mediante una constante piratería en el Mediterráneo, causa de graves destrucciones y mortandad, con incursiones sobre la costa italiana y francesa. En 846 los musulmanes llegaron a saquear Roma, hacia finales de siglo se apoderarían de Sicilia y más tarde ocasionarían una grave derrota al Sacro Imperio en Calabria. La contención del Islam en España cobraría más valor cuando el resto de Europa Occidental sufriera los ataques de vikingos y magiares.

* * *

En 793, ochenta años después de la invasión musulmana de España, comenzaban los asaltos vikingos (también conocidos como normandos y *rus*), con la matanza de los monjes de Lindisfarne, monasterio de origen irlandés en Northumbria, al noroeste de Inglaterra. El reino de Northumbria, una vez cristianizado con el antes mencionado rey Edwin, se había convertido en un centro de civilización y cristianización, también del continente. El pillaje y destrucción de Lindisfarne conmocionó a la cristiandad, y en adelante las incursiones se harían más y más audaces, hasta convertirse en invasiones con verdaderos ejércitos, que amenazaron y en parte destruyeron los reinos cristianos de Irlanda e Inglaterra, y el propio imperio legado por Carlomagno.

Los vikingos mezclaban la piratería con el comercio y la colonización, y durante dos siglos tuvieron en vilo a la civilización en el oeste europeo. Arrasaron innumerables conventos, aniquilaron el monaquismo irlandés y el de Northumbria, instalaron bases en el este de Irlanda para asaltar más cómodamente a Inglaterra y a Francia, descendiendo asimismo desde Dinamarca. En 844 atacaron España, siendo rechazados en La Coruña. Quizá parte de los mismos cayeron sobre Lisboa y Sevilla, entonces musulmanas, y, subiendo por el río Ebro, entraron en territorio vascón y capturaron al rey de Pamplona García Íñiguez, liberándolo por un alto rescate. En 968 volvieron a incursionar sobre Galicia (*Jakobsland*, por la tumba de Santiago) causando estrago en los monasterios, sus bibliotecas y sus moradores. Y así otras correrías. Sin embargo se trató de acciones menores comparadas con las que sacudieron las Islas Británicas, Francia y Germania.

También saltaron los vikingos de isla en isla por las escocesas, Islandia y Groenlandia, quizá hasta la Península

del Labrador, en América. Estas correrías correspondían a daneses y noruegos, mientras que los suecos, llamados varegos, se internaron por los grandes ríos rusos desde el mar Báltico hasta alcanzar el mar Negro por el río Dniéper, desde donde hostigaron al Imperio bizantino.

Aunque se les recuerda ante todo como piratas devastadores, los vikingos asentaron también rutas comerciales en torno a Europa, por el Atlántico y los ríos rusos, e incluso en el Mediterráneo. Y su herencia política tuvo gran relevancia para el futuro europeo: puede considerárseles los fundadores de Rusia y de Inglaterra. Los suecos se asentaron en Nóvgorod y Kíef (*Rus* de Kíef, hacia 883), y se eslavizaron, creando un imperio del Báltico al Negro. Al lado opuesto del continente, se establecieron en la región de Francia a la que dieron su nombre, Normandía, y adquirieron la lengua francesa. Desde allí invadieron Inglaterra en 1066, imponiendo un poder unificador, pues hasta entonces la unificación de la parte inglesa de Gran Bretaña había sido precaria e inestable. En el Mediterráneo lograron imponerse en Sicilia y sur de Italia, expulsando a los sarracenos, aunque allí no tendría efecto comparable a los de Rusia e Inglaterra.

Los vikingos profesaban la religión germánica, con su gusto por la lucha y la aventura y su desdén por la «muerte de buey» propia de sedentarios. Según testimonios árabes, el padre de un recién nacido colocaba a este una espada entre las manos: «No tendrás más herencia que lo que ganes con la espada». Los jefes solían ser quemados junto con sus posesiones, incluyendo, al parecer, su mujer y concubinas, costumbre que se mantendría en la India. Claro está que ello no podía ser la conducta común, pues de otro modo su sociedad no habría podido acumular riqueza; pero en la medida que ocurría constituía un acicate para todo tipo de

empresas. Ya cristianizados, sus tradiciones orales serían pasadas a escrito en Islandia: las sagas, inspiradoras de conductas y literatura posterior en Escandinavia y Alemania. La «era vikinga» duró dos siglos, hasta el XI, cuando sufrieron derrotas importantes y, sobre todo, se cristianizaron: una vez más, la Iglesia logró conquistar a sus debeladores.

Otra invasión asoló a Europa Occidental en el siglo X, la de los magiares, procedentes de Siberia, que avanzaron por Polonia, Alemania, Francia y norte de Italia, llegando hasta España. Una significativa oración de la época decía «De las flechas de los magiares líbranos, Señor». Su amenaza perdió fuerza cuando fueron a su vez se bautizados; y darían origen a Hungría.

La Iglesia demostró un sacrificio y tenacidad en verdad asombrosos en la tarea casi imposible de cristianizar a los bárbaros, y su éxito permitió sobrevivir y dar forma a la civilización europea. En cambio ante el Islam fracasaron tanto la predicación como las armas, y la expansión sarracena por el sur mediterráneo y el Oriente Próximo resultaría irreversible. Por el contrario, serían las huestes de Mahoma las que continuarían sus avances, excepto en España, amenazando permanentemente a la cristiandad.

* * *

Pese a haber sido contenida, la «era vikinga», complicada con los movimientos magiares y el hostigamiento musulmán, dejó un rastro de desmoralización. Ciudades y cientos de monasterios sufrieron pillaje e incendio, y la caída del Imperio carolingio fragmentó más y más el poder. Los señores feudales añadían confusión con sus guerras privadas, y nombraban obispos y abades dentro de sus familias o paniaguados. A su vez, obispos y abades se

convertían a menudo en jefes políticos y militares. La instrucción de sacerdotes y monjes cayó a niveles ínfimos en gran parte del territorio, y la regla de San Benito apenas se cumplía. El pueblo bajo sufría especialmente aquel permanente estrago, y las costumbres se degradaron en una nueva barbarie. Los daneses cristianizados volvieron al paganismo tras una breve conversión, y lo mismo los eslavos de Polonia y Centroeuropa, resentidos por el despotismo de los germanos.

Degradación semejante y aún más acentuada sufrió la misma Roma durante el llamado «siglo de hierro» o «Siglo Oscuro», en realidad casi dos entre mediados del IX y mediados del XI. Al contrario que el Patriarcado de Constantinopla, dependiente de hecho del emperador bizantino, el Papado siempre fue reacio a la intromisión política y administrativa del poder imperial, y había roto con la dependencia del emperador bizantino, pero solo para caer en la subordinación a Carlomagno. Ahora bien, al romperse el Imperio carolingio, el Papado se libró de la tutela imperial, para sufrir el poder más directo de los pervertidos clanes nobiliarios romanos y convertirse en juguete de sus querellas y ambiciones. Aquel largo «siglo» presenció a cerca de medio centenar de papas, algunos solo durante unos días. Hasta tres y cuatro se disputaron el cargo al mismo tiempo, y varios fueron encarcelados, o envenenados, o asesinados por sus rivales. Hubo papas hijos de papas o de otros clérigos, o acusados de practicar magia o pactar con el diablo. Durante un período de «pornocracia» dos mujeres, madre e hija, jefas de hecho de uno de los clanes nobiliarios, pusieron y quitaron papas. La madre amancebó a su hija con un papa sexagenario, del cual tuvo un hijo a quien haría Papa a su tiempo. Otro convirtió la sede «en un burdel», regalando objetos sagrados a sus amantes. Episodio único,

pero indicativo del envilecimiento, fue el *Sínodo horrendo*: un papa exhumó el cadáver de su antecesor para someterlo a juicio y condenarlo: despojaron al difunto de sus ropajes, le cortaron los tres dedos de bendecir y lo tiraron a una fosa común, de la que volvieron a sacarlo para echarlo al río Tíber. Hubo papas mejores: Silvestre II, por ejemplo, gran erudito y cultivador de la ciencia y la técnica; pero en conjunto la degradación duraría hasta entrado el siglo XI.

No es fácil explicar cómo la naciente civilización eurooccidental consiguió reponerse de tales calamidades. La causa más obvia consistió en la reacción de algunos dirigentes clericales y políticos ante la contemplación de la ruina. Así, Otón I logró refundar en 962 el Imperio carolingio, llamado en adelante Romano-Germánico, la entidad política más extensa de toda Europa y que perduraría casi nueve siglos, hasta principios del XIX, cuando Napoleón lo disolvió por no poder heredarlo. Significativamente, Francia, origen del Imperio carolingio, quedaba fuera del nuevo. Otón recuperó el cesaropapismo de Carlomagno y, ante la degradación romana, se atribuyó la potestad de nombrar papas, origen de mil altercados y violencias entre ambos poderes. En medios monásticos creció la conciencia de la necesidad de una reforma profunda. Ya a principios del siglo IX, Benito de Aniano, de origen hispanogodo, propugnó la vuelta a la pureza de la regla benedictina; pero solo a finales del siglo X se empezaría a aplicar la reforma con éxito. Para entonces la presión de vikingos, magiares y sarracenos habían descendido en gran manera.

La degradación eclesiástica y política afectó sobre todo a Francia y al Sacro Imperio, en menor media a España, salvo, quizá, a la Marca Hispánica. Una causa fue que las

incursiones vikingas tuvieron poca incidencia en la península, y las magiares apenas la tocaron. Además, la lucha permanente contra Al Ándalus ocupaba las energías e imponía una disciplina. Por otra parte, la necesidad de repoblar las tierras ganadas a los moros obligaba a los reyes y señores a otorgar fueros y ventajas, evitando o suavizando la opresión feudal. Tomó forma, así, una sociedad bastante diferenciada y más libre que al norte de los Pirineos. Incluso hubo una caballería villana, fenómeno excepcional en la Europa de entonces, donde la caballería estaba restringida a los nobles y sus huestes.

* * *

A lo largo de aquellos tumultuosos siglos fue cobrando forma una sociedad nueva, muy distinta de la romana. No fue algo planeado, sino producto espontáneo de las duras circunstancias, que tan en primer plano habían colocado al clero y a los guerreros. El sistema fue racionalizado en la división en tres estamentos o *estados*, los *oratores* o clérigos, *bellatores* o guerreros, y los *laboratores* o trabajadores. Los primeros procuraban con sus rezos la salvación de la sociedad, los segundos la defendían de sus enemigos y los terceros aseguraban el sustento común. La división no era rígida: los *laboratores* podían ser llamados a actuar como *bellatores*, y lo mismo hacían a veces los *oratores*, los cuales también obraban como *laboratores* en los monasterios.

Como hemos visto, los clérigos desempeñaron el papel clave organizando a las poblaciones mediante los obispados y una malla de monasterios que cubría toda Europa expandiendo su fe, la enseñanza y la civilización, y salvaguardando en lo posible el legado grecolatino. Pero, por más que predicasen la paz y convirtiesen a muchos, no habrían subsistido sin la acción guerrera, que rechazaba a

los invasores y protegía los avances misioneros. A su vez, los *bellatores*, por su mera dinámica, solo habrían causado una incesante formación y destrucción de reinos bárbaros, como, por lo demás, ocurrió en parte. Los pequeños ejércitos privados de los nobles movilizaban a sus campesinos cuando hacía falta, sirviendo como medio limitado de promoción social.

Y, aun bajo duras condiciones, los trabajadores fueron mejorando su situación al debilitarse la esclavitud y sobre todo en tiempos de paz, que se harían más largos desde finales del siglo X, cuando el Occidente entrase en una edad más estable. La masa de los *laboratores* la componían los campesinos, libres o siervos, e incluía a artesanos y comerciantes. La especialidad del campesino era el trabajo físico, desdeñado por los nobles, aunque no por los monjes; y los siervos de la gleba, sistema heredado de Roma, mantenían con los terratenientes una relación contractual. A menudo oprimidos y exprimidos, tenían algunos derechos y obligaciones mutuas con los señores. No podían moverse de su tierra sin permiso del amo, pero este debía protegerlos, no podía expulsarlos ni tenía derecho de vida o muerte sobre ellos. A cambio podía exigirles servicios onerosos. El siervo trabajaba sus campos y los del amo, retenía parte de los frutos de este y mantenía una autonomía limitada, por contrato hereditario. La servidumbre constituía un avance sobre la esclavitud y contribuía a aumentar la producción, al interesar al siervo en ella. Había campesinos libres, pero sujetos a cargas, en especial militares. Estas relaciones nacían de la inseguridad de la época: los señores brindaban protección y legalidad a cambio de servicios o servidumbre

Esta división social abarcó a casi todo el oeste europeo. La formuló Alfredo el Grande de Inglaterra a finales del siglo IX,

racionalizando un estado de hecho. Isidoro de Sevilla había expresado la idea pareja de una sociedad sostenida por la división de sus miembros en misiones jerarquizadas. En San Agustín, la división social reflejaría de modo imperfecto el orden perfecto de la Ciudad de Dios. El sistema recuerda el de castas impuesto por los arios en la India; pero aquí no eran verdaderas castas, pues aunque lo común era que quien naciera en un estado social permaneciera en él, había posibilidades de promoción, en particular a través del clero, debido al celibato y a la prédica cristiana de igualdad y dignidad personal. Dentro del clero, los puestos altos los ocupaban personas de origen noble, pero también los alcanzaban algunos de familia humilde. También el comercio, muy arriesgado debido al bandidaje y las exacciones nobiliarias, permitía a unos pocos adquirir fortuna e influencia. Se les llamaba «sirios», por el origen de la mayoría, y los judíos aprovechaban sus pequeñas comunidades dispersas por varios países para formar una red de contactos e informaciones *ad hoc*.

Aquella división trifuncional, racionalizada, daba estabilidad y orden a la sociedad, por lo que, a pesar de todas las conmociones, injusticias y abusos, permanecería, más o menos modificada y con crisis y variaciones territoriales, hasta finales del siglo XVIII, en que la Revolución Francesa originó un nuevo orden.

La división en tres funciones no revela a quienes realmente ejercían el poder, el cual recaía en una oligarquía compuesta del rey y los *bellatores* más poderosos; más algunos obispos y grandes abades. Los *laboratores* solo podían compartir algo de poder si la buena suerte comercial les permitía enriquecerse y prestar dinero a los poderosos, cosa harto infrecuente. El préstamo a interés, que llevó a

muchos a la ruina, era condenado, lo cual dificultaba la usura, pero contribuía a mantener la sociedad con pocos cambios.

El sistema, llamado feudalismo, creaba una aguda rivalidad entre los monarcas y los señores. El disperso poder señorial limitaba el del monarca o emperador, impidiéndole hacerse absoluto; pero a su vez pesaba duramente sobre los *laboratores*, «el pueblo», que solía preferir el poder monárquico, más suave y alejado. Esas pugnas iban a caracterizar largo tiempo la historia europea.

De este modo, la naciente civilización ofrecía tres fuertes tensiones: entre la fe y la razón heredada de la cultura grecolatina; entre el poder religioso y el político, manifiesto en las luchas entre el Papado y el imperio por nombrar (y controlar) los altos cargos eclesiásticos; y entre los monarcas y los señores feudales, complicada luego con la progresiva importancia de las ciudades. Esta triple tensión causaría conflictos sangrientos, pero también un extraordinario florecimiento cultural e intelectual cuando el cese de las invasiones diese lugar a un largo período más pacífico y próspero.

La Edad de Supervivencia, entre los siglos V y XI originaría otra tensión menos visible entre el espíritu práctico, racional o cristiano, y el recuerdo nebuloso, transmitido en cuentos y relatos orales de una era en la que a la estrechez de la vida práctica se superponía un mundo semionírico de heroísmos, magia, amores, predestinación y tragedias, leyendas con mezcla inextricable de mito y realidad, de cristianismo y paganismo. Parte de aquel mundo sería recogida o recreada ya en la nueva Edad de Asentamiento, por poetas y monjes deseosos de salvarlo del olvido, en cantares de gesta, sagas, etc., y su espíritu no dejaría de contrapuntear en la cultura

europea a la fe cristiana y el racionalismo grecolatino. El acervo de cantos y relatos legendarios de la Hispania goda, que sin duda existió, se perdió irremediablemente con la invasión árabe, quedando como un eco las narraciones posteriores sobre la pérdida de España, la traición de don Julián y del obispo Oppas, la violación de Florinda la Cava por don Rodrigo, otras en torno a Covadonga o Roncesvalles, etc.

# TERCERA PARTE

# EDAD DE ESTABILIZACIÓN

# 8.

# Primera gran división de la cristiandad

## Tres europas en torno al año 1000

A pesar de sus turbulencias y altibajos bélicos y políticos, y retrocesos civilizatorios, la Edad de Supervivencia en Europa Occidental había sido acumulativa y legaba un inmenso patrimonio cultural. La tenaz, callada y anónima labor de miles de monjes y otros clérigos, a menudo a costa de sus vidas, había dejado cientos de monasterios grandes y pequeños, cada uno un centro de enseñanzas y mejoras técnicas, origen a veces de nuevas ciudades. En relación con ellos destacaban intelectuales como Isidoro, Beda, Alcuino y muchos más. Diversos monarcas con amplia visión política habían protegido la cultura: Edwin o Alfredo el Grande en Inglaterra; Leovigildo, Recaredo o Alfonso II en España; y de modo especial el franco Carlomagno… Papas como Gregorio Magno, o misioneros y organizadores santificados por la Iglesia, como Patricio, Bonifacio, Columbano, Columba, Cirilo y Metodio en la parte oriental, y sobre todo Benito de Nursia, habían mantenido la Iglesia y civilizado a los bárbaros.

El cambio de Edad de la Supervivencia a la de Estabilización puede señalarse en torno al año 1000. Las incursiones vikingas, ya marginales, terminaron hacia la mitad del nuevo siglo y el Imperio bizantino se recuperó considerablemente bajo Basilio II. El cese de las agresiones exteriores no impidió los conflictos internos, pero cimentó el

comienzo de un tiempo largo de prosperidad, expansión demográfica y desarrollo cultural que podríamos llamar época románica. Unos decenios antes del año 1000 había nacido el Sacro Imperio, y a partir de la abadía de Cluny, en Borgoña, ganaban impulso las corrientes de reforma de una Iglesia degradada. El califato de Bagdad, permanente espada de Damocles sobre Bizancio, se desintegró algo antes de aquel año 1000, y poco después, en 1031, implosionaba el de Córdoba, haciendo perder a Al Ándalus toda posibilidad expansiva. Hacia 1040 puede darse por superado el «siglo de hierro» del Papado… Asimismo se produce la primera gran división de la cristiandad, en 1054, y quizá pueda elegirse ese año, convencionalmente, para datar el cambio de edad.

Justiniano, emperador bizantino del siglo VI, empeñado en recuperar el Imperio de Occidente, había fijado cinco grandes patriarcados de igual rango: Constantinopla, Roma, Antioquía, Alejandría y Jerusalén. Pero Roma aspiraba a convertirse en el centro doctrinal del cristianismo, rechazando la igualdad con los demás patriarcados. Se gloriaba de ser la sede de San Pedro, martirizado en la ciudad, e invocaba las palabras de Jesús: «Tú eres Pedro y sobre esa piedra construiré mi Iglesia». No aceptaban ese designio los demás patriarcados ni el emperador. Luego, la ocupación sarracena había dejado fuera de juego a Alejandría y Jerusalén, y debilitado a Antioquía, quedando solo Roma y Constantinopla en rivalidad soterrada.

En Constantinopla el emperador nombraba y revocaba a patriarcas y obispos, e incluso refrendaba al Papa, implicando la superioridad del poder político, por ser él quien aseguraba la defensa de la religión (entre los títulos imperiales figuraba el de «Igual a los Apóstoles»). Los papas resentían esa tutela, pues defendían la superioridad del

poder espiritual, máxime después de que, en 654, el emperador arrestase y causase la muerte por maltrato al papa Martín I. El malestar creció cuando, en 727, el emperador prohibió las imágenes religiosas (iconoclasia), cosa que Roma no aceptó. En la ardiente pugna entre partidarios y contrarios de las imágenes, ganaron los partidarios al cabo de cincuenta años, pero para entonces el papa Zacarías, amparado por Pipino, padre de Carlomagno, cortó la costumbre de someter el nombramiento papal a Constantinopla. Y luego la coronación de Carlomagno por el papa León III como emperador de hecho del Occidente, fue entendida en Constantinopla como una usurpación, enrareciendo aún más las relaciones.

Y justo cuando el Papado superaba su época más oscura, la tensión llegó a la ruptura abierta bajo el papa León IX. El patriarca de Constantinopla, Miguel Cerulario, rechazó la autoridad papal, acusó a Roma de diversas herejías y se adueñó de los monasterios e iglesias de rito latino en tierras bizantinas. Una discrepancia teológica giró en torno a la introducción del *Filioque* («y del Hijo») en el Credo por parte de la Iglesia romana, afirmando que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y no solamente del Padre, como se rezaba antes. El *Filioque*, introducido por el III Concilio de Toledo, lo habían adoptado Carlomagno y en 1014 los papas.

El problema se agravaba porque León IX, basándose en la pretendida Donación de Constantino, en cuya veracidad él creía, reclamaba para los papas no solo un poder espiritual, sino también directamente político sobre todo el Occidente, aparte de afirmar su supremacía como sucesor de San Pedro. Un intento de conciliación terminó con el Papa y el patriarca excomulgándose mutuamente, en una ruptura mantenida hasta hoy, aunque las excomuniones fueran levantadas por

ambas partes recientemente (en 1965). La Iglesia de Roma continuó denominándose católica, esto es, universal, mientras que la bizantina se tituló ortodoxa, seguidora de la recta doctrina.

La ruptura o Cisma de Oriente reflejaba asimismo diferencias culturales de cierto fuste. La liturgia bizantina difería de la latina y se expresaba en griego. Roma había extendido el latín como lengua eclesiástica también al ámbito germánico y eslavo de su obediencia, como factor de unidad religiosa por encima de las diferencias étnicas y políticas. Bizancio aceptaría adaptar su liturgia a las lenguas eslavas y a su alfabeto, creado por los misioneros Cirilo y Metodio en el siglo IX.

Además, Constantinopla, la segunda Roma, permanecía intacta como capital magnífica de un imperio todavía poderoso, pese a sus pérdidas frente al Islam: dominaba el Asia Menor, parte de Siria, los Balcanes al sur del Danubio y el sur de la misma Italia; iba superando crisis causadas por belicosas migraciones eslavas, búlgaras y pechenegas, y frenando la expansión islámica gracias a la crisis del califato de Bagdad. Además había emprendido una activa labor misional para convertir a los eslavos, cosechando su mayor éxito, en 988, en la *rus* de Kíef, enorme espacio por Rusia y Ucrania. Por ello no parecía lógico que aceptase subordinarse en ningún terreno a una Roma saqueada una y otra vez, que debía de parecerse a un campo de ruinas, recuerdo de esplendores idos para no volver, y que presidía espiritualmente a un mundo desordenado y empobrecido.

Por lo demás, los retrocesos cristianos frente al Islam en el sur del Mediterráneo y Oriente Próximo quedaron compensados por el éxito en el este europeo, que terminó de cristianizar a casi todo el continente. La conversión se hizo

mediante una mezcla de prestigio político, predicación pacífica y brutales castigos a los paganos indóciles, como había ocurrido con los germanos y ocurriría con los vikingos. El consiguiente proceso civilizador y auge del comercio hizo de Kíef una ciudad próspera y monumental, capaz de rivalizar con la misma Constantinopla. No todos los eslavos se adhirieron al rito bizantino: los polacos, croatas y otros, optaron por el latino.

Se configuraron entonces dos Europas, cada una con su variante de cristianismo. Las diferencias doctrinales eran seguramente menores, pero tendrían un potente efecto histórico. A partir del siglo XI, la parte occidental, al principio más pobre y desarticulada, conocería sin embargo un notable desarrollo e inquietud intelectual o, más ampliamente, cultural, mientras la parte bizantina se anquilosaba.

* * *

Cuando se produjo el cisma, Bizancio parecía próspero y seguro. El peligro de diversos pueblos salidos de las estepas rusas o siberianas estaba contenido, y algo antes se había desintegrado el poderoso califato de Bagdad. La aún reciente cristianización de Kíef suponía asimismo un inmenso alivio, pues la *rus* había estado cerca de islamizarse: según la *Crónica de Néstor*, el príncipe kievano Vladímir, deseoso de abandonar el paganismo, había desechado al Islam por su prohibición del alcohol, inclinándose por el cristianismo oriental en 988. Muy posiblemente fue así, y un hecho de apariencia tan trivial tendría las más largas consecuencias históricas. De haber optado por Mahoma en lugar de Cristo, el Imperio bizantino difícilmente habría sobrevivido, presionado por el sur, el norte y el este.

Pero la tranquilidad iba a durar poco. Los turcos

selyúcidas que, pese a haberse islamizado, habían contribuido al derrumbe del califato, de parte del cual se adueñaron, tomaron el relevo contra Bizancio: en varias campañas ocuparon Siria y casi toda el Asia Menor, llegando hacia finales del siglo XI frente a la misma Constantinopla, en la otra orilla del Bósforo; casi simultáneamente, los normandos de Sicilia expulsaban a los bizantinos de sus últimas tierras en el sur de Italia y amenazaban a Grecia. Y en 1090 Bizancio vivía horas muy difíciles, con los pechenegos ante su capital.

Al otro extremo del Mediterráneo, en España, el mapa político muestra por las mismas fechas un panorama opuesto: el territorio reconquistado abarcaba ya más de un tercio de la península, profundizando mucho hacia el sur por el oeste. La parte pirenaica o Marca Hispánica, al este, apenas había registrado avances desde la época carolingia, debido a su división en pequeños condados mal avenidos y a su dependencia de Francia. Los condados de lo que sería Aragón se habían unido al reino de Pamplona, y los más orientales, futura Cataluña, seguían, descontentos, supeditados a los francos.

Hasta la segunda mitad del siglo X los reinos hispanos habían estado a la ofensiva, pese a su evidente inferioridad numérica y material. Pero esa inferioridad quedó clara cuando Almanzor, genio militar cordobés, recorrió entre 978 y 997 el norte peninsular, de Santiago a Barcelona, en asoladoras aceifas. La destrucción de Barcelona por Almanzor trajo localmente un cambio político de relieve: al no obtener ayuda de los francos, el malestar llegó a la ruptura. El conde Borrell de Barcelona, que ya se había proclamado «Duque de Gothia» (por lo godos) o de «Hispania Citerior», impuso una independencia práctica que

facilitaría una mayor participación en la Reconquista.

Las victorias de Almanzor demostraron lo que podía hacer una utilización diestra de la superioridad de medios económicos y bélicos de Al Ándalus, pero la situación cambió pronto de forma dramática. La muerte del caudillo musulmán abrió un proceso de descomposición interna del califato hasta su desintegración, en 1031, en una colección de estados menores o «taifas», de modo similar al califato de Bagdad. La implosión de Córdoba dejó a los españoles amos de la situación, máxime cuando las taifas, en permanente discordia entre ellas, eran incapaces de unir fuerzas contra los cristianos, que les imponían pesados tributos; como Córdoba había hecho en otras ocasiones con los cristianos. Y en 1085 el rey Alfonso VI reconquistaba Toledo, hecho de enorme trascendencia simbólica por haber sido la capital del reino hispanogodo. Para contraatacar, los andalusíes pidieron ayuda a los almorávides, un grupo purista y renovador del Islam, salido del Sahara, al sur del Magreb. Los almorávides llegaron al año siguiente de la toma de Toledo y lograron por un tiempo reunificar Al Ándalus bajo un yugo inmisericorde. Causaron derrotas importantes a los españoles, pero no lograrían recobrar Toledo ni reducir de forma importante los territorios cristianos.

A esta época corresponde el *Cid* Rodrigo Díaz de Vivar, cuya fama cundiría por Europa. Un conflicto con su rey Alfonso VI le obligó a ofrecerse a veces a los moros contra los condes de Barcelona, aunque después se aliarían. Con sus mesnadas arrebató Valencia a los almorávides. Un historiador andalusí, Ben Basam, lo describirá con estas frases: «Rodrigo, Alá lo maldiga, vio siempre su enseña favorecida por la victoria: con un escaso número de guerreros puso en fuga y aniquiló ejércitos numerosos. Azote de su época, fue, por su sed de gloria, por su carácter

prudente y por su heroica bravura, uno de los grandes milagros de Alá». El tipo humano del Cid, individualista y aventurero, sagaz y heroico, se repetiría más tarde en los conquistadores de América.

No obstante, hacia el último tercio del siglo XI los reinos cristianos habían pasado de tres a cuatro: León, Castilla, Navarra y Aragón, más los condados del oriente pirenaico. Existía cierta unidad ideológica entre todos ellos, pues se entendían como partes de España e, idealmente, del reino de Toledo a recobrar, se regían por el *Liber Iudiciorum* romano-visigótico y hablaban lenguas romances próximas entre sí. Sin embargo, la dispersión en reinos, con los conflictos consiguientes y las rebeliones internas, a veces atizadas por Córdoba, amenazaban diluir el espíritu unitario en varios estados impotentes y localistas, expuestos a ser destruidos uno tras otro, o a consolidarse sin unirse. Existía también la tentación de abandonar o aplazar la reconquista, dados los sustanciosos tributos que obtenían de las taifas. A mediados de aquel siglo el conde Ramón Berenguer I dio mayor dinamismo a la lucha contra los sarracenos y creó una marina fuerte que permitiría a Barcelona competir por un tiempo con Génova y otras ciudades italianas, convirtiéndose en una gran ciudad comercial, también importante mercado de esclavos hacia las taifas de Al Ándalus.

* * *

Hacia mediados del siglo XI, Europa, aparte de la división religiosa, se presenta dividida en cuatro: al este, los imperios de Constantinopla y Kíef; más al oeste, grandes estados con cierta proyección imperial, como Polonia, Hungría o Bulgaria; en el propio centro, el Sacro Imperio Romano-Germánico; y finalmente en el extremo oeste un arco de

reinos independientes, desde Escandinavia a España, que se iban convirtiendo o reconvirtiendo en naciones. Entre estos últimos, que podríamos llamar la Europa de las naciones por contraste con la de los imperios, iban a adquirir máxima proyección ulterior Francia, Inglaterra y España.

Francia estaba gobernada con poca eficacia por la dinastía de los Capetos, que presidían a señores feudales, algunos más ricos y poderosos que el propio rey. Pero aun con esa fragmentación política, el país había rechazado las pretensiones del Sacro Imperio de incluirlo en él. Los Capetos continuarían hasta la Revolución Francesa y darían reyes a numerosos países europeos, entre ellos, en su rama borbónica, a España desde principios del siglo XVIII hasta la actualidad, con breves interrupciones.

Dos regiones particulares en Francia eran Borgoña y Normandía, teóricamente vasallas del rey francés, pero independientes de facto. Parte de Borgoña dependía del Sacro Imperio, y la parte francesa, el Ducado, iba a ejercer extraordinario influjo cultural y político en Europa, a partir de la reforma eclesiástica de Cluny y luego del Císter. No menos, pero de otro modo, había de influir el Ducado de Normandía desde 1066, cuando su duque Guillermo el Conquistador se coronase rey de Inglaterra tras invadirla. Los normandos impusieron allí una oligarquía de habla francesa y nuevas leyes, reforzaron el poder monárquico y unificaron al país por primera vez de manera estable; tratando de imperar también sobre los pueblos celtas de Gales y Escocia.

Europa, en conjunto, vivía en el sistema llamado feudal, que solía entrañar un yugo pesado sobre la mayoría campesina. Había no obstante dos excepciones parciales: los reinos españoles y el norte de Italia. En España, la

Reconquista iba creando una cultura original en actitudes, arquitectura y otras artes, que quedó un tanto anegada cuando Alfonso VI introdujo la influencia borgoñona de Cluny, fomentada también por el Papado. Este usó la «Donación de Constantino» para justificar una constante injerencia política. Pero continuó la repoblación de las tierras ganadas a Al Ándalus, tarea ardua y arriesgada, anteriormente, pues las recurrentes aceifas mataban o se llevaban esclavos a los campesinos y destruían las cosechas. El incentivo radicaba tanto en la ocupación del agro como en los privilegios y libertades que la acompañaban, lo cual aliviaba la presión feudal. La necesidad de cultivar y combatir fundó una mentalidad popular arisca, que relativizaba el peso del origen social por la existencia de una caballería villana y milicias urbanas. Actitud resumida en expresiones como «nadie es más que nadie», o en la respuesta de las milicias salmantinas a un jefe moro que preguntó por su jefe: «Todos somos príncipes y jefes de nuestras propias cabezas». El pueblo compartía así las nociones nobiliarias del honor y el valor. La palabra «caballero» quedaría más tarde como tratamiento a cualquier varón, similar al *gentleman* inglés.

Al igual que en León y Castilla, en la futura Cataluña se había formado una sociedad de campesinos libres, pero estos sufrieron pronto la violenta presión de los nobles, ansiosos de reducirlos a servidumbre y de sustituir la ley visigoda por el sistema feudal francés. Entre enconadas luchas, ya a comienzos del siglo XI disminuían tanto el campesinado libre como el poder condal a favor de señoríos inferiores.

El caso de Italia es más particular: el norte correspondía al Sacro Imperio, el centro a los Estados Pontificios, el sur estaba aún más dividido entre ducados y principados

independientes y enclaves bizantinos, con Sicilia islámica. El dominio musulmán en la isla duraría poco, al conquistarla los normandos llegados como mercenarios de lombardos y bizantinos, a quienes expulsarían también del sur peninsular. Pero lo más relevante del país eran las ciudades estado del norte, metrópolis comerciales en teoría sujetas al Sacro Imperio pero en la práctica independientes. Así Venecia, Génova, Florencia, Bolonia, Milán, Pisa y otras menores, excepciones en una Europa muy ruralizada y feudalizada. Las dos primeras construyeron fuertes marinas mercantes y de guerra, y trataban de dominar el comercio mediterráneo. Venecia, gobernada por una oligarquía republicana, era ya en el siglo XI una potencia naval que obtenía privilegios de Constantinopla, a la que disputaba el control del Mediterráneo oriental.

En cuanto al Islam, había perdido Sicilia y, dividido en varias obediencias enfrentadas en el norte de África, la principal la de los fatimíes, había mermado mucho su peligrosidad para el sur de Europa; y el empuje almorávide, en el oeste del Magreb, no lograba invertir la reconquista española. En el este, en cambio, no solo acosaba a Bizancio, sino que proseguía su expansión por el norte de India, en medio de verdaderos genocidios y destrucciones del cuantiosísimo legado cultural indio; por el sur se adentraron con menos violencia por la costa y el Decán.

# 9

# La época del románico. «Revolución papal», Gregorio VII, catedrales y universidades

Desde principios del siglo XI, un nuevo y vigoroso arte en arquitectura, pintura y escultura, bautizado muy posteriormente como «románico», sustituyó pronto a estilos anteriores como el asturiano o el carolingio. Nacido en el norte de Italia, el románico se expandió casi simultáneamente por Francia, noreste de España y Alemania, marcando una nueva época, pues va ligado a un movimiento que abarcaba la liturgia, la teología, la moral y el pensamiento. Superaba en mucho al movimiento carolingio, este más limitado y lógicamente de menor impulso cultural, dada la estrechez de los tiempos en que surgió.

A esta época, sobre todo en el siglo XII, se le ha aplicado el título de «renacimiento», como se ha hecho con los tiempos carolingios y se haría con otros. La costumbre de calificar así, o de «revolución» ciertos movimientos de cambio en la historia europea parece algo excesiva, pues se trata más bien de evoluciones con cierto grado de ruptura pero muy apoyadas en logros anteriores. Propiamente la palabra revolución solo debería aplicarse a la francesa a partir de 1789, a la industrial, o si acaso a la *reforma* protestante. Por lo que respecta al siglo XII, culminación del románico,

experimentó grandes cambios, pero sobre la herencia anterior. La tensión entre poder feudal y monárquico se inclinó algo a favor del segundo, disminuyendo la anarquía nobiliaria; crecieron las ciudades, la economía dineraria y el trabajo asalariado, nacieron formas comerciales y bancarias más refinadas, y nuevos inventos mejoraron la navegación y la agricultura (como el molino de viento). Desde finales del XI, las Cruzadas invirtieron en alguna medida la dinámica de la época, cuando Europa sufría continuas invasiones; y abrieron o intensificaron el tráfico mediterráneo. Y surgieron las primeras universidades, un movimiento de transcendentales consecuencias.

La abadía benedictina de Cluny fue el gran centro irradiante del despliegue cultural del románico y de la reforma eclesiástica, que incluía denuncias y condenas enérgicas de las injusticias sociales y de los abusos sufridos por los pobres a manos de «los hombres poderosos», los nobles ladrones y a menudo asesinos. Durante más de dos siglos, Europa, desde Polonia a Irlanda o Galicia, desde Escandinavia a Sicilia, se llenaría de ermitas, monasterios, catedrales y palacios en el nuevo estilo, que rescataba aspectos de la construcción romana. Esa expansión denota unas sociedades no solo devotas, sino también prósperas. Pero quizá sea en las pequeñas ermitas dispersas por el continente donde mejor se aprecie la extraordinaria gracia y armonía del nuevo estilo.

Antes, los monasterios funcionaban con gran autonomía, pero Cluny los jerarquizó, haciéndolos más efectivos, llegando a depender de su central unos dos mil conventos, entre prioratos y abadías, extendidos por Francia, Alemania, España, Inglaterra e Italia. Gran parte de la riqueza de la casa principal provenía de donaciones de los reyes españoles

Fernando I y Alfonso VI, extraídos a su vez de las parias o tributos impuestos a las taifas. Cluny impulsaba una reforma contra la degradación moral del clero y la barbarización feudal, pero su propio éxito la convirtió en un fortísimo poder político y económico. Su prosperidad se tradujo en un lujo y ostentación que provocó en el siglo XII una nueva reforma, llamada cisterciense —por el monasterio de Citeaux, Cistercium, también en Borgoña—, más rigorista, que aspiraba a recuperar el espíritu de pobreza y trabajo manual benedictino.

Tanto Cluny como el Císter funcionaron como brazo del Papado, que por entonces experimentaba a su vez reformas llamadas, quizá algo inadecuadamente, «revolución papal». De modo similar a Gregorio Magno en el siglo VI, otro Gregorio, el VII, de origen modesto, reformaría a la Iglesia en el último tercio del XI. Su punto clave fue la concepción del poder espiritual de Roma por encima de cualquier poder político, y con ello la negativa radical a aceptar que este nombrara (invistiese) los cargos religiosos y al mismo Papa. Ello suponía de paso la preeminencia de la religión como base de una identidad cultural común, sobre la dispersión política europea. No obstante, el cesaropapismo o preeminencia del emperador del Sacro Imperio había tenido más de un efecto beneficioso frente a la degradación papal. Gregorio combinó la oposición a las injerencias políticas con la moralización del clero, insistiendo en el celibato, la condena de la simonía o compraventa de cargos eclesiásticos, y la lucha contra el amancebamiento de clérigos. Volcó su energía en crear una auténtica clerocracia sustentada en la superioridad del Papado sobre el poder político, y trató de imponer la completa autoridad del Papa sobre los obispos, las iglesias nacionales y los concilios.

Los designios de Gregorio VII chocaron con los cesaropapistas de Enrique IV, alemán, oficialmente Rey de los Romanos y en la práctica emperador. De ahí la «Querella de las Investiduras», durante casi medio siglo desde 1075. Gregorio excomulgó a Enrique, y este, con obispos alemanes fieles a él, desposeyó a Gregorio e impuso a otro papa por la fuerza de las armas. Siguieron mutuas desposesiones y saqueo de Roma por parte de musulmanes enviados por los normandos del sur de Italia en apoyo de Gregorio. Finalmente el Concordato de Worms, en 1122, arregló a medias la disputa, con otro papa y otro emperador: la Iglesia retenía la autoridad nombrando los obispos y cargos eclesiásticos, y los emperadores los investían más tarde, debiéndoles los obispos obediencia política. La querella entrañaba asimismo cierta rebeldía de los romanos y otros italianos frente a los alemanes, pero tenía un alcance mayor: se trataba de clarificar jurídicamente las competencias religiosas y las políticas, asunto complejo porque no existían límites precisos entre ellas. De ahí que prosiguieran algo más tarde las luchas, en Italia, entre partidarios del Papa o güelfos, y partidarios del emperador o gibelinos, un conflicto que con alternativas y treguas, duraría tres siglos.

Un efecto de la querella fue el brillante despliegue del derecho canónico y del derecho romano, emparentados pero no iguales. Ligadas al derecho nacieron las universidades (Estudios Generales), bajo patrocinio e impulso eclesiástico, aunque la primera de ellas, la de Bolonia, en 1089, tuvo origen laico y se dedicó precisamente al derecho romano. En ella se apoyaron los emperadores para fundamentar sus prerrogativas sobre el clero. Unos años después, hacia 1096, daba enseñanzas la universidad de Oxford, aunque solo tomaría impulso decenios más tarde, cuando el rey inglés prohibió a sus súbditos ir a estudiar a París —cuya

universidad data de 1150 y se convertiría en sede de la actividad intelectual más intensa de Europa—. Siguió otra italiana en Módena, y a comienzos del siglo XIII las de Cambridge, Palencia, Salamanca, Padua, Nápoles, etc.

Las universidades constituyen una fase superior y más amplia del esfuerzo enseñante de los siglos anteriores en las escuelas conventuales y catedralicias, pero sobre todo fueron el medio principal por el que el oeste europeo cobrará un dinamismo intelectual y cultural sin precedentes históricos, salvo el de la Grecia clásica. Otras civilizaciones tuvieron instituciones similares a las universidades, con estudios reglados y títulos, pero ninguna un movimiento tan amplio y sostenido. Con altibajos y épocas de cierto oscurecimiento por otras formas de enseñanza, como las academias, las universidades se convertirían en la columna vertebral de la cultura europea.

Aunque aquellos siglos se nos presentan superficialmente como devotos sin fisuras, en ellos menudearon herejías y actitudes escépticas. Una de sus manifestaciones más pintorescas fue la de los goliardos, clérigos vagabundos, bebedores y lujuriosos, algunos de los cuales componían poemas y canciones satíricas contra la autoridad eclesiástica o elogiando la bebida, el amor carnal, etc. Un fenómeno que se extendió entre estudiantes de las universidades, sobre todo en Francia, con cierta repercusión literaria, y posible origen de las tunas en las universidades españolas.

Más impacto tuvieron movimientos como el valdense y el cátaro del sur de Francia y norte de Italia. Los valdenses exigían la pobreza y desprendimiento evangélicos frente a la avidez de riquezas nacida del comercio. La Iglesia, con su alto clero dado a la pompa y el lujo, los admitía, pero no su pretensión de que cualquier lector de las Escrituras se

sintiera capacitado para ejercer de sacerdote al margen del aparato eclesiástico y la orientación papal, viendo en ello un riesgo de disgregación de la cristiandad. Los cátaros o albigenses predicaban una religión gnóstica aún más incompatible con la Iglesia, emparentada con la de los bogumiles o bogomilos, originada en Bulgaria siglos antes; y daría lugar a principios del siglo XIII a una cruzada célebre.

Pero la cuestión central e intelectualmente más fructífera era, como siempre, la tensión entre la razón y la fe. El empleo de la razón corría el peligro de socavar la fe, y con ella la estabilidad social; y armonizar ambas constituía un problema sin solución definida. De ahí surgió la filosofía característica de la época, la escolástica, opacada luego por otras pero permanente hasta hoy.

La preocupación filosófica recibió impulso con la traducción, a partir del árabe, de nuevos textos griegos, en especial de Aristóteles, así como de obras científicas y técnicas griegas y musulmanas. La reconquistada Toledo se convirtió en centro fundamental de las traducciones (la llamada «Escuela de Traductores»), gracias a la abundancia de libros procedentes de la biblioteca cordobesa de Alhaken, desmantelada por Almanzor. Otros centros importantes de traducciones eran Sicilia y el monasterio de Ripoll; y también de Bizancio se importaban libros griegos. Las traducciones solían ser flojas, pero ello no impidió que suscitaran enorme interés y controversia.

Hasta entonces dominaba la orientación de San Agustín, inspirada en Platón y Plotino, que entendía el mundo sensible como emanación degradada de la perfección divina. Aristóteles, en cambio, lo entendía como increado, valioso por sí y fundado en sí mismo; una concepción que, llevada al extremo, invalidaba la noción de un Dios creador. El italiano

Anselmo de Canterbury (finales del siglo XI, principios del XII) trató de explicar a Dios por la razón, mediante el argumento ontológico: concebido Dios como «lo más grande», ha de existir no solo en el pensamiento, sino en la realidad, pues la realidad supera a nuestro pensamiento y, de no ser Dios real, podríamos imaginar el absurdo de algo mayor que lo más grande. Dios es la verdad y el bien absolutos, principio necesario de los bienes y verdades parciales, cuya plena comprensión exige la fe: desde la fe puede entenderse el mundo, y sin ella el mundo carece de sentido.

Estas cuestiones derivaron a la disputa, aún actual, de los universales: si las cualidades generales («universales») como el color, la dureza, la humanidad… de que participan las cosas e individuos, tienen existencia real (realismo) o son meros nombres con realidad solo mental (nominalismo). Este y otros temas sustanciaron acres disputas, como la célebre entre Bernardo de Claraval y Pedro Abelardo. El primero, el más descollante líder religioso de la primera mitad del siglo XII, impulsor de la orden cisterciense, de la II Cruzada y de las órdenes militares, defendía la doctrina agustiniana y realista, de raíz platónica. El segundo, teólogo famoso por sus irreverentes polémicas con los maestros de la época y por sus amores con Eloísa, que le costaron ser castrado por familiares de ella, seguía a Aristóteles: la fe debía justificarse con razones, y planteaba, antes de Descartes, la duda sistemática como vía hacia la verdad. Según Bernardo, la razón no podía explicar todo, y es irrazonable llevarla más allá de su alcance, como va contra la fe dudar de verdades superiores a la razón. La verdad en su grado más alto no depende del razonamiento ni de pruebas, solo es accesible por la caridad y la santidad.

Tales problemas transcendían de la religión a la ideología, la política y la actitud social. Suele decirse —con fundamento discutible— que el nominalismo abrió paso al pensamiento científico. Las polémicas y elaboraciones alcanzarían su culminación en el siglo siguiente, el XIII, con Tomás de Aquino y otros, ya en la época del gótico.

* * *

Paradójicamente la labor de la llamada Escuela de Traductores de Toledo y su invalorable efecto en la Europa transpirenaica contrastan con su escaso eco en la propia España. Ello indica el abismo ideológico entre españoles y andalusíes y el mínimo aprecio e interés mutuos: los influjos recíprocos, lógicos tras un contacto tan prolongado, no impedían que ante todo se mirasen como enemigos. Los asuntos teológico-filosóficos abordados en unos pocos lugares de Europa llegaban apagados a España, donde la lucha contra el Islam, muy violenta hasta mediados del siglo XIII, imponía otras preocupaciones y una fe compacta, al menos exteriormente, dejando poco espacio a la especulación.

Y si en España era parca la afición teológico-filosófica —no así la artística y literaria—, Al Ándalus llegaba, pese a su impotencia y dispersión política, a su cúspide intelectual: baste mencionar al musulmán Averroes, al hebreo Maimónides o al poeta desvergonzado Ibn Quzman. Averroes, médico, comentarista de Aristóteles y el mayor filósofo del Islam al lado del persa Avicena, fue tan afín a la escolástica que se integra en ella más que en su propia cultura: orientó en parte el pensamiento europeo, mientras que sus obras fueron condenadas y destruidas en el mundo islámico, pese a profesar él la rigorista doctrina malikí. Solo quedó parte de su obra traducida al latín o al hebreo.

Averroes creía compatibles la razón y la fe, y que por ambas vías podía alcanzarse la verdad. No obstante, deja la impresión de que serían dos verdades distintas, aun si no contrarias, dando a la fe el valor instrumental: conveniente para la vida civilizada, pues guía a la gente común, incapaz de regirse por la razón (resuenan ahí interpretaciones como las de Polibio con respecto a la Roma de las guerras púnicas). Postulaba la eternidad del mundo y una concepción de él peculiar y en cierto modo moderna: la astronomía no ofrece la verdad del universo, sino solo concordancia con los cálculos.

Más o menos coetáneo de Averroes fue su discípulo Maimónides. Ante la presión almohade, que daba a elegir entre conversión, muerte o exilio, fingió islamizarse en 1148. Debió marchar a Egipto, donde vivió largo tiempo como médico de Saladino, vencedor de los cruzados, y su hijo. Su desdén por la mística judía de la Cábala, y su inspiración aristotélica (si bien prefería la fe judaica cuando hallaba contradicción entre ambas) le valieron acerbas críticas de muslimes y judíos, y estos últimos se dividieron en pro y contra Maimónides. Los cristianos apreciaron su *Guía para perplejos*, donde cree superar la oposición de la razón y las Escrituras mediante la interpretación alegórica de estas. Distinguió entre creencias verdaderas y necesarias: las primeras atañen a Dios, y las segundas convienen al orden social. El conocimiento de Dios procura la más alta felicidad, inmortalidad al alma e inmunidad a los reveses de la fortuna. La libertad impulsa al hombre al bien.

De Persia era también Omar Jayam, que supo sintetizar genialmente en sus *rubayat* (cuartetos) una fundamental inquietud humana en el trasfondo de la religión y la filosofía. Como en este:

*He sido traído al mundo sin consultarme.*

*Luego la vida no cesó de aumentar mi asombro.*
*Me iré sin desearlo; y sin saber el porqué ni el para qué*
*de mi llegada, mi estancia y mi partida.*

La disputa entre la razón y la fe, implícita en la propia concepción religiosa cristiana, también afectó al Islam por influencia de Aristóteles, y a partir de allí intensificó la preocupación cristiana. Pero en el Islam fue más bien un episodio pasajero, mientras que nucleó el pensamiento europeo hasta hoy mismo. Otra probable influencia del Islam, a través de España, fue la poesía trovadoresca del sur de Francia de los siglos XII y XIII, compuesta en lengua occitana y de donde se extendería por Italia y el norte de España hasta Galicia, con formas semejantes en otros países. Un estilo poético musulmán cultivaba temas cargados de un erotismo muy sublimado y algo rebuscado, modelos acaso del «amor cortés» o «amor refinado» de los trovadores. Estos abordaban también relatos caballerescos. Los trovadores, de clase alta, practicaban su arte poético y musical en las cortes feudales; otros artistas, los juglares, lo hacían entre el pueblo, popularizando a los trovadores o con composiciones propias. Probablemente a unos y otros se debe un fenómeno cultural de la época, la difusión y escritura de las canciones de gesta, rescatando sucesos y leyendas del pasado remoto o cercano, como la *Chanson de Roland*, *Los nibelungos* o el *Mío Cid.*

* * *

Si bien España (como casi toda Europa) apenas participó de la inquietud y el debate intelectual de París y otros centros, aportó una novedad política de enjundia: el *Fuero de León*, de 1017, código de normas, unas aplicables a Galicia, Castilla o Asturias, y otras a León y su alfoz, para facilitar la repoblación. El fuero incluía la seguridad de las personas, su propiedad privada y bienes particulares, el derecho de

heredar, tanto de hombres como de mujeres, la inviolabilidad del hogar, garantías judiciales, etc. El documento es apreciado por diversos tratadistas como primera declaración de derechos ciudadanos en Europa. Posiblemente el Fuero influiría en los *Usatges* o Usanzas de Barcelona, algo posteriores, que combinaban leyes visigodas y derecho romano.

Y en el siglo XII, en 1188, también sería León la sede de las Cortes, primer parlamento europeo. Las Cortes incluían al clero, la nobleza y representantes de las ciudades, y tenían por misión controlar el poder monárquico. Los gastos del rey debían ser concedidos por las Cortes, sin consultar con las cuales no debía hacerse la guerra y la paz. La legislación ampliaba los derechos del viejo Fuero leonés, defendiendo a los ciudadanos y sus propiedades contra eventuales abusos de los nobles y de la misma corona, y arbitrando medios para conducir los conflictos por vías judiciales. El *Althing* islandés, anterior, tuvo rasgos parlamentarios, aunque reducidos a los potentados y sin trascendencia sobre Europa. En cambio las Cortes leonesas serían más o menos imitadas en Aragón y en otros países, como Inglaterra, probablemente por influencias a través de las peregrinaciones a Santiago, en las que muchos ultrapirenaicos debieron de conocer los modos políticos de Castilla y León. Las *veche* o *vieche* eslavas, como la de Nóvgorod, también podían considerarse principios de parlamento.

Tradicionalmente la peregrinación a Santiago discurría por la difícil ruta cantábrica, fragosa y expuesta al bandidaje, mientras que más al sur lo hacían peligroso las recurrentes aceifas y correrías de los moros. Cuando en el siglo XI Sancho III de Pamplona, cuyo reino se extendió por Castilla

y León, trasladó el camino al sur, ya estos riesgos habían desaparecido o casi, y los peregrinos podían andar por zonas llanas y de control más fácil. Entonces el Camino se convirtió en institución europea, a la que prestaron el mayor impulso el Papado y Cluny y donde se halla una de las mayores concentraciones de arte románico de Europa. La posibilidad de obtener ganancias, el clima de mayor libertad y el prestigio de Santiago atrajeron a miles de franceses, ingleses, normandos y otros, que se asentaron y asimilaron a las poblaciones locales. Las rutas componían una red desde Praga y más al este, desde el norte de Italia, Dinamarca y sur de Inglaterra, confluyendo en cuatro puntos en Francia: París, Vézelay, Le Puy y Arles. De allí entraban en España por Roncesvalles o por Jaca en el llamado Camino Francés, por la afluencia de «francos», como se llamaba indistintamente a los extranjeros, y atravesaban las ciudades del norte de la meseta hasta Galicia. Otras rutas partían de Barcelona y Tarragona, donde desembarcaban extranjeros mediterráneos; o seguían la costa portuguesa desde Lisboa o, más al interior, la Vía de la Plata.

El Camino constituyó un centro de difusión artística y comercial dentro de España y con el resto de Europa, y un motivo de orgullo hispánico y fundamental signo de identidad, expresado en el grito de combate «¡Santiago y cierra España!», con que se acometía a los andalusíes («cierra» en el sentido de «carga» o «ataca»).

La época del románico, y especialmente el siglo XII, marca, por todo lo dicho, un gran despliegue de la cultura europea. Y la implosión de Córdoba señala otro hecho: Al Ándalus, y también Bagdad, en particular Persia, disfrutaban de superioridad sobre Europa en diversos aspectos científicos, técnicos y artísticos. Córdoba era admirada por los europeos

por su urbanismo, con detalles como el alcantarillado y alumbrado nocturno, sus bibliotecas, baños y edificios públicos, sus poetas y artistas. La monja y escritora alemana del siglo X Roswitha de Gandersheim la había definido como «ornato del mundo», por la fama, ya que probablemente no la había visitado. Todo ello empezó a cambiar desde el siglo XII, cuando la civilización europea tomó impulso en todos los terrenos, mientras la islámica iba estancándose y volviéndose improductiva.

# 10

# Cruzadas, almohades, órdenes militares y mongoles

A pesar de sus turbulencias y altibajos bélicos y políticos, y retrocesos civilizatorios, la Edad de Supervivencia en Europa Occidental había sido acumulativa y legaba un inmenso patrimonio cultural. La tenaz, callada y anónima labor de miles de monjes y otros clérigos, a menudo a costa de sus vidas, había dejado cientos de monasterios grandes y pequeños, cada uno un centro de enseñanzas y mejoras técnicas, origen a veces de nuevas ciudades. En relación con ellos destacaban intelectuales como Isidoro, Beda, Alcuino y muchos más. Diversos monarcas con amplia visión política habían protegido la cultura: Edwin o Alfredo el Grande en Inglaterra; Leovigildo, Recaredo o Alfonso II en España; y de modo especial el franco Carlomagno… Papas como Gregorio Magno, o misioneros y organizadores santificados por la Iglesia, como Patricio, Bonifacio, Columbano, Columba, Cirilo y Metodio en la parte oriental, y sobre todo Benito de Nursia, habían mantenido la Iglesia y civilizado a los bárbaros.

El cambio de Edad de la Supervivencia a la de Estabilización puede señalarse en torno al año 1000. Las incursiones vikingas, ya marginales, terminaron hacia la mitad del nuevo siglo y el Imperio bizantino se recuperó considerablemente bajo Basilio II. El cese de las agresiones exteriores no impidió los conflictos internos, pero cimentó el

comienzo de un tiempo largo de prosperidad, expansión demográfica y desarrollo cultural que podríamos llamar época románica. Unos decenios antes del año 1000 había nacido el Sacro Imperio, y a partir de la abadía de Cluny, en Borgoña, ganaban impulso las corrientes de reforma de una Iglesia degradada. El califato de Bagdad, permanente espada de Damocles sobre Bizancio, se desintegró algo antes de aquel año 1000, y poco después, en 1031, implosionaba el de Córdoba, haciendo perder a Al Ándalus toda posibilidad expansiva. Hacia 1040 puede darse por superado el «siglo de hierro» del Papado… Asimismo se produce la primera gran división de la cristiandad, en 1054, y quizá pueda elegirse ese año, convencionalmente, para datar el cambio de edad.

Justiniano, emperador bizantino del siglo VI, empeñado en recuperar el Imperio de Occidente, había fijado cinco grandes patriarcados de igual rango: Constantinopla, Roma, Antioquía, Alejandría y Jerusalén. Pero Roma aspiraba a convertirse en el centro doctrinal del cristianismo, rechazando la igualdad con los demás patriarcados. Se gloriaba de ser la sede de San Pedro, martirizado en la ciudad, e invocaba las palabras de Jesús: «Tú eres Pedro y sobre esa piedra construiré mi Iglesia». No aceptaban ese designio los demás patriarcados ni el emperador. Luego, la ocupación sarracena había dejado fuera de juego a Alejandría y Jerusalén, y debilitado a Antioquía, quedando solo Roma y Constantinopla en rivalidad soterrada.

En Constantinopla el emperador nombraba y revocaba a patriarcas y obispos, e incluso refrendaba al Papa, implicando la superioridad del poder político, por ser él quien aseguraba la defensa de la religión (entre los títulos imperiales figuraba el de «Igual a los Apóstoles»). Los papas resentían esa tutela, pues defendían la superioridad del

poder espiritual, máxime después de que, en 654, el emperador arrestase y causase la muerte por maltrato al papa Martín I. El malestar creció cuando, en 727, el emperador prohibió las imágenes religiosas (iconoclasia), cosa que Roma no aceptó. En la ardiente pugna entre partidarios y contrarios de las imágenes, ganaron los partidarios al cabo de cincuenta años, pero para entonces el papa Zacarías, amparado por Pipino, padre de Carlomagno, cortó la costumbre de someter el nombramiento papal a Constantinopla. Y luego la coronación de Carlomagno por el papa León III como emperador de hecho del Occidente, fue entendida en Constantinopla como una usurpación, enrareciendo aún más las relaciones.

Y justo cuando el Papado superaba su época más oscura, la tensión llegó a la ruptura abierta bajo el papa León IX. El patriarca de Constantinopla, Miguel Cerulario, rechazó la autoridad papal, acusó a Roma de diversas herejías y se adueñó de los monasterios e iglesias de rito latino en tierras bizantinas. Una discrepancia teológica giró en torno a la introducción del *Filioque* («y del Hijo») en el Credo por parte de la Iglesia romana, afirmando que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y no solamente del Padre, como se rezaba antes. El *Filioque*, introducido por el III Concilio de Toledo, lo habían adoptado Carlomagno y en 1014 los papas.

El problema se agravaba porque León IX, basándose en la pretendida Donación de Constantino, en cuya veracidad él creía, reclamaba para los papas no solo un poder espiritual, sino también directamente político sobre todo el Occidente, aparte de afirmar su supremacía como sucesor de San Pedro. Un intento de conciliación terminó con el Papa y el patriarca excomulgándose mutuamente, en una ruptura mantenida hasta hoy, aunque las excomuniones fueran levantadas por

ambas partes recientemente (en 1965). La Iglesia de Roma continuó denominándose católica, esto es, universal, mientras que la bizantina se tituló ortodoxa, seguidora de la recta doctrina.

La ruptura o Cisma de Oriente reflejaba asimismo diferencias culturales de cierto fuste. La liturgia bizantina difería de la latina y se expresaba en griego. Roma había extendido el latín como lengua eclesiástica también al ámbito germánico y eslavo de su obediencia, como factor de unidad religiosa por encima de las diferencias étnicas y políticas. Bizancio aceptaría adaptar su liturgia a las lenguas eslavas y a su alfabeto, creado por los misioneros Cirilo y Metodio en el siglo IX.

Además, Constantinopla, la segunda Roma, permanecía intacta como capital magnífica de un imperio todavía poderoso, pese a sus pérdidas frente al Islam: dominaba el Asia Menor, parte de Siria, los Balcanes al sur del Danubio y el sur de la misma Italia; iba superando crisis causadas por belicosas migraciones eslavas, búlgaras y pechenegas, y frenando la expansión islámica gracias a la crisis del califato de Bagdad. Además había emprendido una activa labor misional para convertir a los eslavos, cosechando su mayor éxito, en 988, en la *rus* de Kíef, enorme espacio por Rusia y Ucrania. Por ello no parecía lógico que aceptase subordinarse en ningún terreno a una Roma saqueada una y otra vez, que debía de parecerse a un campo de ruinas, recuerdo de esplendores idos para no volver, y que presidía espiritualmente a un mundo desordenado y empobrecido.

Por lo demás, los retrocesos cristianos frente al Islam en el sur del Mediterráneo y Oriente Próximo quedaron compensados por el éxito en el este europeo, que terminó de cristianizar a casi todo el continente. La conversión se hizo

mediante una mezcla de prestigio político, predicación pacífica y brutales castigos a los paganos indóciles, como había ocurrido con los germanos y ocurriría con los vikingos. El consiguiente proceso civilizador y auge del comercio hizo de Kíef una ciudad próspera y monumental, capaz de rivalizar con la misma Constantinopla. No todos los eslavos se adhirieron al rito bizantino: los polacos, croatas y otros, optaron por el latino.

Se configuraron entonces dos Europas, cada una con su variante de cristianismo. Las diferencias doctrinales eran seguramente menores, pero tendrían un potente efecto histórico. A partir del siglo XI, la parte occidental, al principio más pobre y desarticulada, conocería sin embargo un notable desarrollo e inquietud intelectual o, más ampliamente, cultural, mientras la parte bizantina se anquilosaba.

* * *

Cuando se produjo el cisma, Bizancio parecía próspero y seguro. El peligro de diversos pueblos salidos de las estepas rusas o siberianas estaba contenido, y algo antes se había desintegrado el poderoso califato de Bagdad. La aún reciente cristianización de Kíef suponía asimismo un inmenso alivio, pues la *rus* había estado cerca de islamizarse: según la *Crónica de Néstor*, el príncipe kievano Vladímir, deseoso de abandonar el paganismo, había desechado al Islam por su prohibición del alcohol, inclinándose por el cristianismo oriental en 988. Muy posiblemente fue así, y un hecho de apariencia tan trivial tendría las más largas consecuencias históricas. De haber optado por Mahoma en lugar de Cristo, el Imperio bizantino difícilmente habría sobrevivido, presionado por el sur, el norte y el este.

Pero la tranquilidad iba a durar poco. Los turcos

selyúcidas que, pese a haberse islamizado, habían contribuido al derrumbe del califato, de parte del cual se adueñaron, tomaron el relevo contra Bizancio: en varias campañas ocuparon Siria y casi toda el Asia Menor, llegando hacia finales del siglo XI frente a la misma Constantinopla, en la otra orilla del Bósforo; casi simultáneamente, los normandos de Sicilia expulsaban a los bizantinos de sus últimas tierras en el sur de Italia y amenazaban a Grecia. Y en 1090 Bizancio vivía horas muy difíciles, con los pechenegos ante su capital.

Al otro extremo del Mediterráneo, en España, el mapa político muestra por las mismas fechas un panorama opuesto: el territorio reconquistado abarcaba ya más de un tercio de la península, profundizando mucho hacia el sur por el oeste. La parte pirenaica o Marca Hispánica, al este, apenas había registrado avances desde la época carolingia, debido a su división en pequeños condados mal avenidos y a su dependencia de Francia. Los condados de lo que sería Aragón se habían unido al reino de Pamplona, y los más orientales, futura Cataluña, seguían, descontentos, supeditados a los francos.

Hasta la segunda mitad del siglo X los reinos hispanos habían estado a la ofensiva, pese a su evidente inferioridad numérica y material. Pero esa inferioridad quedó clara cuando Almanzor, genio militar cordobés, recorrió entre 978 y 997 el norte peninsular, de Santiago a Barcelona, en asoladoras aceifas. La destrucción de Barcelona por Almanzor trajo localmente un cambio político de relieve: al no obtener ayuda de los francos, el malestar llegó a la ruptura. El conde Borrell de Barcelona, que ya se había proclamado «Duque de Gothia» (por lo godos) o de «Hispania Citerior», impuso una independencia práctica que

facilitaría una mayor participación en la Reconquista.

Las victorias de Almanzor demostraron lo que podía hacer una utilización diestra de la superioridad de medios económicos y bélicos de Al Ándalus, pero la situación cambió pronto de forma dramática. La muerte del caudillo musulmán abrió un proceso de descomposición interna del califato hasta su desintegración, en 1031, en una colección de estados menores o «taifas», de modo similar al califato de Bagdad. La implosión de Córdoba dejó a los españoles amos de la situación, máxime cuando las taifas, en permanente discordia entre ellas, eran incapaces de unir fuerzas contra los cristianos, que les imponían pesados tributos; como Córdoba había hecho en otras ocasiones con los cristianos. Y en 1085 el rey Alfonso VI reconquistaba Toledo, hecho de enorme trascendencia simbólica por haber sido la capital del reino hispanogodo. Para contraatacar, los andalusíes pidieron ayuda a los almorávides, un grupo purista y renovador del Islam, salido del Sahara, al sur del Magreb. Los almorávides llegaron al año siguiente de la toma de Toledo y lograron por un tiempo reunificar Al Ándalus bajo un yugo inmisericorde. Causaron derrotas importantes a los españoles, pero no lograrían recobrar Toledo ni reducir de forma importante los territorios cristianos.

A esta época corresponde el *Cid* Rodrigo Díaz de Vivar, cuya fama cundiría por Europa. Un conflicto con su rey Alfonso VI le obligó a ofrecerse a veces a los moros contra los condes de Barcelona, aunque después se aliarían. Con sus mesnadas arrebató Valencia a los almorávides. Un historiador andalusí, Ben Basam, lo describirá con estas frases: «Rodrigo, Alá lo maldiga, vio siempre su enseña favorecida por la victoria: con un escaso número de guerreros puso en fuga y aniquiló ejércitos numerosos. Azote de su época, fue, por su sed de gloria, por su carácter

prudente y por su heroica bravura, uno de los grandes milagros de Alá». El tipo humano del Cid, individualista y aventurero, sagaz y heroico, se repetiría más tarde en los conquistadores de América.

No obstante, hacia el último tercio del siglo XI los reinos cristianos habían pasado de tres a cuatro: León, Castilla, Navarra y Aragón, más los condados del oriente pirenaico. Existía cierta unidad ideológica entre todos ellos, pues se entendían como partes de España e, idealmente, del reino de Toledo a recobrar, se regían por el *Liber Iudiciorum* romano-visigótico y hablaban lenguas romances próximas entre sí. Sin embargo, la dispersión en reinos, con los conflictos consiguientes y las rebeliones internas, a veces atizadas por Córdoba, amenazaban diluir el espíritu unitario en varios estados impotentes y localistas, expuestos a ser destruidos uno tras otro, o a consolidarse sin unirse. Existía también la tentación de abandonar o aplazar la reconquista, dados los sustanciosos tributos que obtenían de las taifas. A mediados de aquel siglo el conde Ramón Berenguer I dio mayor dinamismo a la lucha contra los sarracenos y creó una marina fuerte que permitiría a Barcelona competir por un tiempo con Génova y otras ciudades italianas, convirtiéndose en una gran ciudad comercial, también importante mercado de esclavos hacia las taifas de Al Ándalus.

* * *

Hacia mediados del siglo XI, Europa, aparte de la división religiosa, se presenta dividida en cuatro: al este, los imperios de Constantinopla y Kíef; más al oeste, grandes estados con cierta proyección imperial, como Polonia, Hungría o Bulgaria; en el propio centro, el Sacro Imperio Romano-Germánico; y finalmente en el extremo oeste un arco de

reinos independientes, desde Escandinavia a España, que se iban convirtiendo o reconvirtiendo en naciones. Entre estos últimos, que podríamos llamar la Europa de las naciones por contraste con la de los imperios, iban a adquirir máxima proyección ulterior Francia, Inglaterra y España.

Francia estaba gobernada con poca eficacia por la dinastía de los Capetos, que presidían a señores feudales, algunos más ricos y poderosos que el propio rey. Pero aun con esa fragmentación política, el país había rechazado las pretensiones del Sacro Imperio de incluirlo en él. Los Capetos continuarían hasta la Revolución Francesa y darían reyes a numerosos países europeos, entre ellos, en su rama borbónica, a España desde principios del siglo XVIII hasta la actualidad, con breves interrupciones.

Dos regiones particulares en Francia eran Borgoña y Normandía, teóricamente vasallas del rey francés, pero independientes de facto. Parte de Borgoña dependía del Sacro Imperio, y la parte francesa, el Ducado, iba a ejercer extraordinario influjo cultural y político en Europa, a partir de la reforma eclesiástica de Cluny y luego del Císter. No menos, pero de otro modo, había de influir el Ducado de Normandía desde 1066, cuando su duque Guillermo el Conquistador se coronase rey de Inglaterra tras invadirla. Los normandos impusieron allí una oligarquía de habla francesa y nuevas leyes, reforzaron el poder monárquico y unificaron al país por primera vez de manera estable; tratando de imperar también sobre los pueblos celtas de Gales y Escocia.

Europa, en conjunto, vivía en el sistema llamado feudal, que solía entrañar un yugo pesado sobre la mayoría campesina. Había no obstante dos excepciones parciales: los reinos españoles y el norte de Italia. En España, la

Reconquista iba creando una cultura original en actitudes, arquitectura y otras artes, que quedó un tanto anegada cuando Alfonso VI introdujo la influencia borgoñona de Cluny, fomentada también por el Papado. Este usó la «Donación de Constantino» para justificar una constante injerencia política. Pero continuó la repoblación de las tierras ganadas a Al Ándalus, tarea ardua y arriesgada, anteriormente, pues las recurrentes aceifas mataban o se llevaban esclavos a los campesinos y destruían las cosechas. El incentivo radicaba tanto en la ocupación del agro como en los privilegios y libertades que la acompañaban, lo cual aliviaba la presión feudal. La necesidad de cultivar y combatir fundó una mentalidad popular arisca, que relativizaba el peso del origen social por la existencia de una caballería villana y milicias urbanas. Actitud resumida en expresiones como «nadie es más que nadie», o en la respuesta de las milicias salmantinas a un jefe moro que preguntó por su jefe: «Todos somos príncipes y jefes de nuestras propias cabezas». El pueblo compartía así las nociones nobiliarias del honor y el valor. La palabra «caballero» quedaría más tarde como tratamiento a cualquier varón, similar al *gentleman* inglés.

Al igual que en León y Castilla, en la futura Cataluña se había formado una sociedad de campesinos libres, pero estos sufrieron pronto la violenta presión de los nobles, ansiosos de reducirlos a servidumbre y de sustituir la ley visigoda por el sistema feudal francés. Entre enconadas luchas, ya a comienzos del siglo XI disminuían tanto el campesinado libre como el poder condal a favor de señoríos inferiores.

El caso de Italia es más particular: el norte correspondía al Sacro Imperio, el centro a los Estados Pontificios, el sur estaba aún más dividido entre ducados y principados

independientes y enclaves bizantinos, con Sicilia islámica. El dominio musulmán en la isla duraría poco, al conquistarla los normandos llegados como mercenarios de lombardos y bizantinos, a quienes expulsarían también del sur peninsular. Pero lo más relevante del país eran las ciudades estado del norte, metrópolis comerciales en teoría sujetas al Sacro Imperio pero en la práctica independientes. Así Venecia, Génova, Florencia, Bolonia, Milán, Pisa y otras menores, excepciones en una Europa muy ruralizada y feudalizada. Las dos primeras construyeron fuertes marinas mercantes y de guerra, y trataban de dominar el comercio mediterráneo. Venecia, gobernada por una oligarquía republicana, era ya en el siglo XI una potencia naval que obtenía privilegios de Constantinopla, a la que disputaba el control del Mediterráneo oriental.

En cuanto al Islam, había perdido Sicilia y, dividido en varias obediencias enfrentadas en el norte de África, la principal la de los fatimíes, había mermado mucho su peligrosidad para el sur de Europa; y el empuje almorávide, en el oeste del Magreb, no lograba invertir la reconquista española. En el este, en cambio, no solo acosaba a Bizancio, sino que proseguía su expansión por el norte de India, en medio de verdaderos genocidios y destrucciones del cuantiosísimo legado cultural indio; por el sur se adentraron con menos violencia por la costa y el Decán.

# 11

# La era del gótico. franciscanos y dominicos

Entre los muchos rasgos del siglo XIII pueden señalarse el final del peligro islámico a partir de Al Ándalus y el Magreb, el fracaso de las Cruzadas a Tierra Santa, la semirruina de Bizancio, la afirmación nacional de Francia, los comienzos del parlamentarismo inglés, la detención de la evolución rusa por las invasiones mongolas, los conflictos persistentes entre el Papado y el Imperio, la expansión de las comunas italianas y del comercio, sobre todo el marítimo, el despegue cultural de las lenguas romances y germánicas, sobre todo en literatura y legislación, aunque el latín permanecía como el idioma de la Iglesia, de la ciencia y del pensamiento…

La reforma del Císter había propugnado un espíritu evangélico de sobriedad y trabajo opuesto al boato y riqueza alcanzados por Cluny; pero conforme la sociedad prosperaba, el vigor vital de la caballería y los gustos de los potentados fueron reorientando al propio cisterciense hacia la criticada ostentación de Cluny. Hacia finales del siglo XII esa tendencia se acentuó en un nuevo estilo, llamado posteriormente gótico, aunque no tuviera que ver con los godos. Incidían en la misma dirección el aumento demográfico y el crecimiento y fundación de muchas nuevas ciudades, aunque la población siguiera afincada muy mayoritariamente en el agro. El gótico, nacido en el norte de Francia a partir de edificios románicos, se impuso casi por

completo en el siglo XIII por todo el oeste y centro del continente, con variantes nacionales; y continuaría hasta el siglo XV. Expresaba un nuevo espíritu en el que la devoción popular se combinaba con el orgullo de la riqueza urbana en la construcción de grandes catedrales. En estas, la luz, elemento juzgado inmaterial que acercaba a la divinidad, se filtraba, coloreada por rosetones y vidrieras, creando una atmósfera de elevación y belleza en un vasto espacio interior bajo los altos techos de nervios artísticamente entrelazados a partir de potentes y esbeltas columnas. Contribuían al efecto los pórticos y una estatuaria y pintura menos rígidas que las románicas. Las imponentes y esbeltas torres de las catedrales destacaban a gran distancia sobre los tejados urbanos, como emblemas de fe, belleza y riqueza, orgullo de las habitantes de todas las capas sociales. El estilo se extendió asimismo a edificios civiles como palacios y lonjas, otro rasgo de los tiempos.

Herencia de los siglos románicos y góticos es el paisaje humano característico de Europa, con sus pueblos pequeños y grandes articulados en torno a una iglesia o catedral, con su plaza. Los centros urbanos más bellos y sugestivos del continente, en la medida en que se conservan, provienen de entonces y todavía hoy atraen a multitud de turistas, estimulando mil negocios y la riqueza de unas poblaciones actuales, para gran parte de las cuales aquellas obras del pasado han perdido toda significación. Salvo, precisamente, la económica.

No por ello debe creerse en una religiosidad robusta y universal. El indudable espíritu cristiano predominante no excluía otros fenómenos. En España, por ejemplo, persistían supersticiones mágicas, la blasfemia estaba extendida en todas las capas sociales, y ocasionalmente, como recuerda

Sánchez Albornoz, se producían ráfagas de ataques furiosos al clero por parte de las turbas o de los nobles, asesinatos de personas supuestamente sagradas y hasta quema de templos. Algo que no ocurría solo en España, desde luego. También el estudiantado universitario, con frecuencia y en todas partes aficionado a la taberna y el burdel, solía seguir más el modelo de los goliardos que el marcado por la moral oficial. La predicación cristiana de humildad y pobreza contrastaba con la ostentosa opulencia de parte de la jerarquía eclesiástica, y provocaba el despego religioso, la sátira y violencias anticlericales.

Rebrotaba así la tensión interna del cristianismo entre una espiritualidad que ensalzaba el desprendimiento de los bienes terrenos, y las exigencias de la vida práctica, en la que dichos bienes son indispensables y se vuelven tanto más fascinantes cuanto más arduos de obtener para la mayoría. De modo oscuro, la riqueza de unos pocos supondría hasta una señal de predilección divina hacia ellos. Posiblemente la Biblia lo expone en el episodio de la sustitución de la ley del espíritu (los mandamientos) por el culto al becerro de oro. La difícil conciliación entre ambas tendencias daba lugar, como vemos, a reacciones drásticas. La contradicción implicaba otra, porque quienes quisieran depender de la limosna por creer impuro el dinero, debían aceptar aquella impureza donada por otros: quizá la incoherencia se superaba suponiendo que el dinero se purificaba al servicio del espíritu. Y el ciclo se repetía: si bien los monjes eran pobres, el convento se enriquecía colectivamente con su trabajo y con los donativos de los fieles, hasta convertirse en una verdadera potencia con intereses particulares.

La nueva reacción contra la ostentación eclesiástica y mundana en el gótico originó las órdenes mendicantes, siendo las más destacadas y fructíferas la franciscana,

fundada en 1208 por el italiano Francisco de Asís, y la dominica u Orden de Predicadores, en 2015 por Domingo de Guzmán. Ambas se diferenciaban de los benedictinos en procurar una igualdad interna más estricta, eliminando los rangos sociales de procedencia; en que se instalaban en el interior de las poblaciones, no en las afueras o en lugares aislados; y en que ejercían una predicación más activa e itinerante. Ambas órdenes tenían, además de las ramas masculina y femenina, una tercera laica que admitía a hombres y mujeres, con lo que ganaban en penetración social. Estos cambios respondían asimismo a la mayor urbanización y asentamiento europeo.

Dominicos y franciscanos sustituyeron a los benedictinos como protagonistas de la vida intelectual, centrada en las universidades. Pues otro rasgo clave de la época fue el aumento de estos centros. En los dos siglos anteriores se habían constituido cinco, dos en Italia, dos en Francia y uno en Inglaterra; durante el siglo XIII aumentaron en diez más, cuatro en Italia, tres en España (Castilla cuatro, contando la de Palencia) una en Inglaterra, otra en Francia y otra en Portugal. Por su afán filosófico destacaban las de París y Oxford. Franciscanos y dominicos dominaron la vida universitaria, llevaron al apogeo la escolástica y echaron las bases del pensamiento científico.

Contrariamente a las sectas gnósticas, como la de los cátaros, que distinguían la materia, y por tanto el mundo, como el Mal, para la Iglesia el mundo debía ser bueno, ya que lo había hecho Dios. Bueno aunque nuestra mente no logre percibir con claridad su sentido: problema antiquísimo expuesto en el Libro de Job, probablemente de origen anterior, sumerio; y aludido de otro modo en el Eclesiastés, un tratado sobre la pesadumbre y limitación de la vida. Pero

la fe en la bondad del mundo impulsaba a tratar de comprenderlo y explicarlo en lo posible, con ayuda de la razón, otro don divino. El espíritu de la época tampoco restringía la técnica, aunque no la situaba en primer plano; y muchas innovaciones desde la edad anterior en cultivos, molinos, metalurgia, finanzas, etc., habían fraguado en monasterios.

La razón se esfuerza en dar sentido y orden a la anarquía de sensaciones con que se nos presenta en principio el mundo. En la tradición isidoriana, un científico o pensador debía poseer conocimientos enciclopédicos y aplicar sobre ellos la fuerza de la lógica. La variedad de hechos, seres y saberes parecía infinita, lo que hacía preciso centrar el pensamiento en el rasgo más profundo y universal de todos ellos. Y ese rasgo consistía precisamente en «ser», en que todos «eran», por encima de los rasgos que distinguían unos de otros. Ese concepto —la metafísica—, planteado en Grecia, no había dado lugar allí a una disciplina filosófica especial, pero la escolástica lo convirtió en núcleo de su pensamiento partiendo de Platón y Aristóteles y asociándolo a la teología. Suele considerarse aristotélicos a los dominicos y platónico-agustinianos a los franciscanos, pero los dos combinaron ambas filosofías, si bien de distinto modo. El aflujo de textos de Aristóteles, Averroes y Avicena complicó la tradición dominante, platónico-agustiniana, con líneas especulativas nuevas.

El peligro era claramente intuido: la razón ejerce una labor purificadora destruyendo con la lógica numerosas supersticiones y montajes puramente imaginarios o verbales, pero también puede cuestionar la fe o relativizarla con interpretaciones varias o contrarias, pues todo el mundo puede utilizar la facultad racional. Por ello la tensión entre

razón y fe se agudizó en el siglo XIII. Los pensadores dominicos más destacados, el alemán Alberto Magno y sobre todo su discípulo italiano Tomás de Aquino, hicieron un esfuerzo gigantesco por conciliar la fe con la razón y la ciencia, integrando a Aristóteles en el pensamiento cristiano, lo que ofrecía dificultades, porque algunas proposiciones del pensador griego colisionaban con los dogmas eclesiales.

Alberto poseía un saber amplísimo, bien fundado para su tiempo, en astronomía, física, química, zoología y otras ciencias, englobadas por entonces como ramas de la filosofía (filosofía de la naturaleza). En su *Suma Teológica* establece la supeditación de la filosofía a la teología, ciencia máxima, distinguiendo entre verdades conocibles y misterios accesibles por revelación. Fuera de la teología rechazó el argumento de autoridad, propugnó la investigación directa de los fenómenos y estimó el libre albedrío y la responsabilidad personal como fundamento de la ética.

Tomás elevó las aportaciones de su maestro en otra *Suma Teológica*, magno sistema filosófico sobre la naturaleza de Dios, la ética, la ley, Cristo y los sacramentos, y el fin del mundo. El máximo grado de la verdad solo es accesible mediante la fe en la revelación (las Escrituras), pero la razón es también un medio potente para acercarse a ella probando la existencia de Dios. Al respecto ideó las célebres cinco vías (el movimiento de las cosas necesita un primer motor no movido; la cadena de causas exige una primera causa no causada; la contingencia o innecesariedad de lo existente requiere una causa necesaria; la perfección parcial de los seres del mundo exige un modelo total y absoluto de perfección; los cuerpos naturales obran inconscientemente con un fin, lo cual exige un ser superior que se lo imponga). La creación no se realiza en el tiempo, sino que este empieza

con la creación, siendo solo propia de Dios la eternidad, sin principio ni fin. La esencia pertenece a todas las cosas que puedan imaginarse, pero la existencia solo a las realmente existentes.

En ética, Tomás atribuyó la finalidad de la vida terrena a la obtención del máximo de felicidad, no mediante el simple placer, sino por un ánimo pacífico, la caridad y la santidad; pero la felicidad plena, la visión beatífica de Dios, solo llega tras la muerte. El hombre debe gobernarse por la ley natural impresa en él, válida universalmente, cimiento de las leyes concretas y piedra de toque para juzgar estas contra las leyes tiránicas. La ley natural refleja la ley eterna de Dios que rige el universo e incluye principios como la búsqueda del bien o el derecho a vivir y a procrear. Su teoría de la ley natural ha influido en casi todos los textos legales europeos. Una derivación de ella, si bien con diferencias significativas, ha sido la concepción de los derechos humanos. El formidable sistema de Tomás de Aquino (tomismo) fue en adelante la principal orientación de la filosofía y la teología católicas.

Tanto Tomás de Aquino como Alberto Magno enseñaron sobre todo desde la Universidad de París, mientras los franciscanos, rivales de los dominicos, teorizaron desde la Escuela de Oxford, fundada por el inglés Robert Grosseteste, el cual distinguió las matemáticas como ciencia principal y clave de las demás y creía el mundo explicable por medio de la geometría (un enfoque platónico). Expresó una clara percepción del método aristotélico: inducción desde hechos particulares para llegar a conclusiones y principios generales, y desde estos hacer predicciones particulares que confirmasen la validez de tales principios. Esa doble vía debía basarse en la experimentación. Dio así un gran paso hacia la sistematización del método científico. De la misma

escuela y orden religiosa, Roger Bacon fundamentó más a fondo, teórica y prácticamente, el método experimental y también consideró las matemáticas «la llave de todas las ciencias». Polemista e interesado en la alquimia, pugnó por mejorar las traducciones tanto de Aristóteles como de la Biblia, para evitar discusiones vanas.

La gran cuestión y objetivo consistía en alcanzar la Verdad, así como verdades parciales indiscutibles, por encima de las opiniones. Para ello se aplicaron métodos deductivos, a partir de principios generales aceptados para explicar los hechos particulares, e inductivos, a partir de la observación y la experimentación de hechos particulares para alcanzar principios generales. En realidad ninguno de los dos caminos puede aplicarse de forma pura y exclusiva, ya que son complementarios, pero acaso entre los dominicos predominaba la deducción, y en los franciscanos la inducción, que darían lugar a formas especulativas distintas y caracterizarían respectivamente al racionalismo francés y al empirismo inglés.

El escocés Duns Scoto, también franciscano y formado en Oxford, separó en mayor medida la filosofía de la teología, consideró reales los universales, en la tradición agustiniana, y negó, de modo quizá contradictorio, la distinción tomista entre esencia y existencia. En pro de la existencia de Dios arguyó que la totalidad de las cosas causadas debe ser causada por algo ajeno a ella, pues sería un sinsentido adjudicar a la totalidad la causa de sí misma. Entró en contacto en París con su tutor gallego Gonzalo Hispano (Gonzalo de Balboa), quien, desconfiado del intelectualismo aristotélico, polemizó con el alemán Eckhart (*Meister* Eckhart) defendiendo la primacía de la voluntad sobre el intelecto, considerando que este conducía a negar la libertad. De modo similar, Duns defendió la primacía de la voluntad,

y con ella de la libertad, sobre el entendimiento, ya que el entendimiento es esclavo de las propias verdades que descubre. Contra Tomás de Aquino, adujo que la voluntad, por ser libre, no busca necesariamente el bien. Tampoco el mundo emana de manera forzosa de Dios, que lo creó tal como es pudiendo haberlo hecho del todo diferente. De Dios solo podemos conocer su voluntad efectiva, pero sus designios quedan fuera del alcance de la razón; y lo mismo su justicia, no dependiente del entendimiento humano, sino de la voluntad divina, incognoscible. Estas ideas, ajenas a las tradiciones greco-cristianas, iban a tener largas consecuencias.

Así, dentro de la Iglesia crecían versiones teológicas y filosóficas diversas y en parte opuestas. La cuestión de la razón y la fe no es solo el gran tema de la escolástica, sino de toda la filosofía occidental, planteada desde diversas perspectivas: los atributos divinos y su justicia, los universales, el fundamento del mundo y la posibilidad de conocerlo, la materia y el espíritu, el verbo y la acción, la libertad y la necesidad… Y otras derivadas, como el origen y justificación de la moral, el derecho o el poder. Cuestiones sin fin ni solución clara, a menudo sustituidas unas por otras como centro de atención, sin conclusión definitiva, por lo que cabría pensar en un esfuerzo filosófico tan titánico como baldío. Semejan un horizonte nunca alcanzable, pero que permite descubrir paisajes nuevos marchando hacia él: por ejemplo ha alumbrado o más bien profundizado el pensamiento científico, el político, etc. Tales cuestiones derivan con mayor o menor agudeza del esencial desasosiego humano, pero quizá no se habrían desarrollado sin esa tensión entre poder político y religioso, típica de Europa Occidental, y la consecución de cierto desahogo frente a enemigos externos.

* * *

Tanto San Francisco como Santo Domingo tuvieron el mayor interés en evangelizar a herejes y musulmanes. Francisco hizo un intento práctico en Egipto. Allí recibió algunos palos, pero consiguió ver al sultán, que le trató bien; no obstante, sus resultados fueron nulos. Otro intelectual relevante de la época, el español Raimundo Lulio o Ramón Llull, franciscano laico, murió a consecuencia del mismo empeño. Nacido en Mallorca, vivió una juventud disipada en la corte de Jaime I el Conquistador, hasta que unas visiones de Jesús crucificado le impulsaron a cambiar drásticamente de vida y dedicarse a la actividad misional. Su obsesión por convertir a los islámicos le llevó a sufragar un monasterio en Mallorca para preparar misioneros expertos en árabe y con destreza argumental contra las tesis mahometanas. Propuso y parece haber logrado en parte, la creación de cátedras de hebreo, arameo y árabe en las universidades de Salamanca, Bolonia, París y Oxford, a fin de evangelizar el Oriente. Viajó por varios países, haciendo también el casi obligado Camino de Santiago, y predicó en el Magreb, donde escapó por poco de ser lapidado. Cuando cayó el último resto de los reinos cristianos en Tierra Santa, en 1291, agitó en las cortes europeas en pro de una nueva cruzada unificando las órdenes militares bajo un rey guerrero. Y en 1315, ya con ochenta años, volvió a Túnez, donde fue brutalmente golpeado. Murió entonces, o bien en la vuelta a Italia, a causa del maltrato, después de ser salvado por unos genoveses.

Ramón Llull fue un personaje muy singular: aparte de sus esfuerzos misioneros, cultivó la teología y la filosofía, siempre para refutar las tesis de mahometanos o herejes, estudió la Cábala judía y escribió poesía y mística. Parte de

su obra la escribió en mallorquín (también en latín y árabe), siendo el primero o uno de los primeros —poco imitado— en emplear la lengua vulgar para obras de pensamiento. Su obra más característica fue *Ars Magna,* un método para alcanzar de modo mecánico la verdad teológica y filosófica combinando listas de proposiciones básicas en una lógica deductiva, con la que se alcanzarían nuevos saberes, se aclararía cualquier cuestión y se convencería inexorablemente a los infieles (aunque respetaba el pensamiento árabe y el hebreo, y pensó por un tiempo integrar las tres fes). La idea disgustó a otras autoridades eclesiásticas porque colocaba en el mismo nivel verdades naturales y sobrenaturales, siendo sorprendente que estas pudieran alcanzarse por medio de relaciones mecánicas. La idea era original y curiosa. Varias de las proposiciones lulianas fueron condenadas por el Papado y la Inquisición, aunque el autor siempre mantuvo buen trato con la Iglesia. Autores posteriores despreciaron sus métodos: Descartes fulminó el *Ars Magna* como un método «para hablar sin juicio de cosas que se ignoran». Otros, como Leibniz, lo apreciaron más, y hoy la han visto algunos como un precedente de la lógica combinatoria y de la informática.

Lulio trató asimismo de sistematizar y jerarquizar las ciencias con afán enciclopédico, esquematizándolas en forma de árbol que representaba desde los principios generales de cada ciencia hasta las motivaciones individuales pasando por las estructuras, de acuerdo con el realismo agustiniano o platónico. El emblema del actual Consejo de Investigaciones Científicas español es precisamente el árbol de la ciencia luliano.

# 12

# Las grandes catástrofes y novedades del siglo XIV

Hacia finales del siglo XIII parece haberse detenido el crecimiento económico y demográfico, entrando el continente en una época de depresión. En el aspecto religioso, el siglo XIV se abrió con una nueva y grave crisis del Papado, ocasionada por el rey francés Felipe IV el Hermoso, que, en una nueva tentativa de someter el poder eclesial al político, se valió del papa Clemente V, verdadero juguete en sus manos. En 1309, Clemente trasladó la Santa Sede de Roma a Aviñón, bajo control francés, nombró numerosos cardenales franceses afectos al rey y se acomodó en casi todas las cuestiones importantes a la voluntad del monarca. La autoridad papal, acusada también de corrupción, entró en un largo período de grave debilitamiento.

Felipe IV, llamado también «el Rey de Hierro», aplicó una dura política de tendencia absolutista y centralizadora con el fin de convertir a Francia en la nación más poderosa de Europa; y lo consiguió, aun si gran parte de Borgoña (el condado) seguía en manos del imperio y regiones del oeste bajo dominio inglés. Sus planes requerían mucho dinero, y para obtenerlo empezó por sustituir la obligación de prestar servicios militares por impuestos con los que contratar mercenarios. A continuación acometió sucesivamente a la Iglesia, a los judíos, a los templarios y a los banqueros

lombardos.

La primera preocupación del monarca fue recoger impuestos de las propiedades eclesiásticas, cosa que Roma solo aceptaba en casos excepcionales. El papa Bonifacio VIII amenazó a Felipe con la excomunión, pero tuvo que ceder, agobiado por otros problemas. En 1301 el conflicto se agravó al procesar el rey a un obispo por traición, cuando tradicionalmente un obispo solo podía ser juzgado por el Papa. La acusación era probablemente falsa, pero se trataba de establecer un precedente por el cual los eclesiásticos quedaban directamente sometidos al poder regio. Más aún, el rey asumía directamente la autoridad religiosa, afirmando que el obispo era hereje, algo que no podía decidir el poder político. Ante la resistencia de Bonifacio, Felipe, que se consideraba cabeza de la cristiandad, acusó al Papa de simonía y herejía, convocó una asamblea de nobles y burgueses, antecedente de las Cortes francesas, llamadas Estados Generales, y ordenó arrestar y encausar al Papa, para lo que envió a un grupo armado. Uno de sus sicarios dio al Papa tal bofetón con manopla de hierro, que lo derribó del solio. La vejación parece que hizo perder la razón a Bonifacio, que murió un mes más tarde en condiciones mentales penosas. El incidente, conocido como «atentado de Anagni», causó indignación, y también miedo, y el siguiente papa, Benedicto XI, se mostró mucho más complaciente con el Hermoso. Y mucho más todavía el antes mencionado Clemente V, papa desde 1305.

Siempre necesitado de dinero, Felipe hizo arrestar en 1306 a los judíos, los expulsó de Francia y confiscó sus bienes, que vendió a sus súbditos en condiciones onerosas, obligándoles además a pagarle a él las deudas contraídas con los expulsados. Como precedente, en Inglaterra había ocurrido algo similar dieciséis años antes.

El trato a los templarios, al año siguiente, resultó aún más feroz. Pese a la pérdida de Tierra Santa, la orden templaria seguía constituyendo una verdadera potencia económica en gran parte de Europa, por sus rentables posesiones agrarias y su habilidad financiera. Para apropiarse sus bienes, en 1307 Felipe ordenó apresar a los templarios mediante una operación policíaca secreta, realizada en menos de una jornada en toda Francia. Los monjes fueron torturados para que confesaran herejía, sodomía y sacrilegios, y quemados vivos, en 1310, su Gran Maestre, Jacques de Molay y cincuenta y cuatro más. Las imputaciones eran con toda probabilidad falsas, y la acción usurpaba las atribuciones del pontífice. Clemente, ya en Aviñón, protestó de manera formularia y a continuación refrendó lo hecho disolviendo la orden templaria.

Otro aspecto del reinado fue la contienda por los territorios ingleses de Francia, para lo cual Felipe se alió con los escoceses. En 1314, año de su muerte, un pequeño ejército escocés dirigido por Robert Bruce derrotó por completo a uno inglés tres veces mayor en Bannockburn, asegurando la independencia de Escocia. Nueve años antes otro defensor de Escocia, William *Braveheart* Wallace, había sido ejecutado en Londres con refinada crueldad.

* * *

Por entonces comenzó un período de apocalípticas catástrofes naturales. A lo largo del siglo XIII, y aun con el estancamiento de sus últimos años, la población de Europa Occidental había crecido muy notablemente. Francia pudo haber pasado de 12 a 18 millones, Alemania de 6 a 9, Italia de 5 a 9, España de 3 a 5. En realidad, se trata de cifras con gran dosis de arbitrariedad y muy variables según autores, pero en lo que hay acuerdo general es en el fuerte aumento

demográfico; y ello a pesar de hambrunas recurrentes por todo el continente. Sin embargo, nada comparable a los tres años de 1315 a 1317, cuando el clima cambió desde la mitad de Francia al norte. Lluvias incesantes en primavera y verano, y temperaturas bajas, arruinaron las cosechas y los piensos, los precios de los alimentos subieron en vertical y cundió un hambre atroz. Se extendió el abandono de niños, el infanticidio, el canibalismo, el bandidaje y el crimen, y murieron millones de personas, que suelen calcularse en al menos un diez por ciento de la población de la mitad norte de Europa. Luego la situación mejoró, pero hasta ocho años después no volvió a la normalidad. La ruda experiencia parece haber endurecido las conductas sociales y las guerras, y trajo cierto descrédito a la Iglesia y a los poderes seculares por su ineficacia.

El desastre apenas afectó a la Europa mediterránea, aunque esta sufría hambres con cierta asiduidad. En España, la hambruna de 1333 mató a tantos que, según la *Crónica Conimbricense*, no dejaba sitio en las iglesias para enterrarlos.

Junto con las hambres, las pestes o epidemias hacían también estragos de tiempo en tiempo. Inglaterra, por ejemplo, sufrió siete episodios en el siglo XIII, y los Países Bajos cuatro. Pero, nuevamente, nada remotamente comparable a la exterminadora peste bubónica llamada Gran Peste o Peste Negra, que azotó al continente, así como a Asia y África del norte, durante largos años a partir de 1346, con su mayor virulencia entre el 47 y el 52. Las epidemias solían visitar a la humanidad, pero rara vez causaban tal estrago, aun con precedentes como la «Peste Antonina» de 166, que debilitó al Imperio romano, o la «Plaga de Justiniano», de 542. La del siglo XIV nació probablemente en Mongolia y se

extendió enseguida por Asia Central, norte de India, y hacia Europa por la Ruta de la Seda. En 1347 la trajeron a Sicilia buques genoveses. Algunos barcos perdían toda su tripulación antes de arribar a puerto. A partir de Italia se propagó por el resto de Europa, hasta Escandinavia y el norte de Rusia. Solo la zona interior de Polonia fue esquivada. Se calcula que acabó con más de 25 millones de europeos, entre un tercio y la mitad de la población. Regiones enteras quedaron semidespobladas y algunos estudiosos calculan para España, Italia y el sur de Francia la pérdida de hasta tres cuartas partes de los habitantes, lo que suena harto exagerado.

La peste la propagaban las pulgas de las ratas. Al ignorar su origen y tratamiento, muchos la consideraron un castigo divino. Proliferaron rogativas y penitencias, los flagelantes recorrían ciudades y campos, todo en vano. Mucha gente se acumulaba en las iglesias, lo que proporcionaba alivio psicológico, pero ayudaba a expandir el mal. Otros se daban a toda clase de desenfrenos. El pueblo culpaba a leprosos, mendigos, extranjeros o judíos. Los leprosos fueron casi exterminados y los judíos, acusados de envenenar los pozos, padecieron numerosos pogromos: culminaba un período abierto por el IV Concilio de Letrán, de 1245, que había condenado la convivencia de judíos y cristianos, recomendando que los primeros vivieran en barrios separados y la ropa los identificara. Aun así, el papa Clemente VI los puso bajo la protección del clero durante la peste. Clérigos y médicos sufrían aún más la plaga, por cuidar a los enfermos. La peste se reproduciría en los siglos siguientes en diversos países, con efectos terribles pero sin alcanzar la mortalidad de aquellos años fatídicos. Como decía una crónica italiana, «parecía el fin del mundo», un preludio del Apocalipsis. Boccaccio describe cómo en

Florencia se propagó «a pesar de que por consejo de los médicos nuestra ciudad fuese limpiada y purgada de toda suciedad o cosas perjudiciales para la salud (…) y de que se prohibiese entrar en la ciudad tanto a quienes estuvieran contagiados como a cualquiera que viniese de donde hubiera peste…».

Una calamidad tan aniquiladora hubo de tener efectos ideológicos y económicos profundos. Aún más que cuando la Gran Hambruna, creció la desconfianza hacia los poderes seculares y hacia el Papado, incapaz este de explicar la razón de tan terrible castigo. Se popularizaron las «danzas macabras» o de la muerte y cundieron movimientos heréticos, místicos y reformistas. Miles de propiedades abandonadas beneficiaron a algunos supervivientes. Se agilizó la promoción social y surgió una nueva capa nobiliaria. Las oligarquías, por compensar la reducción de sus ingresos, impusieron mayores cargas sobre los campesinos, ocasionando revueltas.

La caída de la mano de obra estimuló la innovación técnica: perfeccionamiento de la brújula o expansión del uso del papel, o utilización de la pólvora, inventos de origen chino; también la innovación bélica, con el empleo de armas de fuego. Algunos autores han supuesto que los marcos políticos y culturales saltaron, causando una profunda reestructuración social y cultural, preludio del humanismo y del Renacimiento, pero la ruptura no debe exagerarse. Las instituciones, desde la Iglesia a los estados y las relaciones señoriales, aun algo quebrantadas, permanecieron. Y la Europa del oeste permaneció católica.

* * *

Las calamidades no impidieron las guerras, que se hicieron más amplias y violentas que antes. Así las de la

Orden Teutónica contra pueblos eslavos y bálticos, empezando por Polonia. Dicha orden se había asentado en Prusia ya antes del fin de las Cruzadas a Oriente y, protegida por el Sacro Imperio y con subordinación teórica a Roma, iba creando un estado propio mediante cruzadas para cristianizar a Lituania y otros territorios. Al avanzar sobre el territorio de Nóvgorod, los rusos, mandados por Alexandr Nevski, le había infligido una gran derrota sobre el hielo del lago Peipus, en 1242, impidiéndole progresar más allá, pero sin imponerle un retroceso significativo. De paso fundaron nuevas ciudades, Königsberg la más importante. A lo largo del siglo XIV, la orden alcanzará su apogeo mediante campañas y guerra intermitente de gran dureza, derrotando a los lituanos y otras poblaciones, construyendo una potente flota comercial y bélica, que acabó con la piratería en la zona, e impulsando una economía urbana y un comercio intenso. Su suerte comenzó a empeorar a partir de 1386, cuando Lituania se convirtió al cristianismo y formó con Polonia un nuevo imperio. Entre las órdenes militares fundadas en Palestina, la teutónica fue la única que conquistó luego un estado propio en Europa.

El Báltico fue escenario de otra gran contienda comercial. Dinamarca y las ricas ciudades alemanas de la Hansa, convertidas formalmente en Liga Hanseática en 1356, se resentían mutuamente por la competencia. La hostilidad desembocó en choque bélico entre 1361 y 1370. Las principales ciudades danesas fueron saqueadas, la Hansa impuso un semimonopolio del tráfico entre los mares Báltico y Norte y formó una especie de imperio comercial, que trataba con otros estados, entre ellos el teutónico.

De mayor trascendencia para Europa fueron las campañas otomanas en los Balcanes, reduciendo el territorio bizantino.

En 1354, los turcos cruzaron a Galípoli, en la parte europea del estrecho de los Dardanelos, que une por el oeste al Mediterráneo con el pequeño mar de Mármara, en cuya parte oriental se asienta Constantinopla. Siete años más tarde tomaban Adrianópolis, donde mil años antes los visigodos habían aplastado a un ejército romano. Así, los turcos iban cercando la propia Constantinopla, que debió pagarles tributo e incluso suministrarles tropas. Bajo el mando de Murad I, tomaron Tracia, gran parte de la actual Bulgaria, Macedonia y Serbia, de modo que en 1389 el orgulloso Imperio Romano de Oriente, se reducía a una especie de enclave, vasallo de los otomanos, en el cuerno de Tracia que se adentra entre el mar de Mármara y el mar Negro, más pequeñas posesiones dispersas en Grecia. Murad I fue el primer otomano que se proclamó sultán, máxima autoridad política y religiosa. Venció también a los serbios en la batalla de Kosovo, en 1389. Allí mismo fue apuñalado Murad por un serbio que logró llegar hasta él, y uno de sus hijos, Bayaceto I, se proclamó su sucesor después de hacer asesinar a su hermano Yacub. La batalla de Kosovo dejó a merced de los turcos todos los Balcanes al sur del Danubio, amenazando al reino de Hungría y las posesiones venecianas del Adriático.

Esta sucesión de desastres cristianos motivó al papa Bonifacio X a proclamar una cruzada, en la que participaron tropas húngaras, alemanas, francesas y otras, incluyendo algunos hispanos, polacos e ingleses. El choque con los turcos se produjo en 1396 alrededor de Nicópolis, al noroeste de la Grecia actual, y los turcos aniquilaron a los cristianos. La ciudad había sido fundada por Augusto para conmemorar su victoria naval de Accio, ocurrida en las inmediaciones, sobre Marco Antonio. Su nombre significa «ciudad de la victoria». Que no correspondió a los herederos de Roma.

Bayaceto moriría siete años después, tras ser vencido y preso por los mongoles de Tamerlán en la batalla Ánkara. Esta derrota salvó providencialmente a Constantinopla, a la que Bayaceto ya había sitiado durante varios años.

* * *

Por el Occidente europeo, la contienda más dura y larga fue la llamada de los Cien Años entre Francia e Inglaterra, empezada en 1337, diez años antes de la Peste Negra. Su origen próximo se remonta al autocrático Felipe IV El Hermoso, y duró más de un siglo, casi la mitad en treguas y con muchas alternativas, complicada también con guerras civiles, revueltas campesinas, campañas inglesas en Escocia y Gales, y epidemias. Terminaría con victoria francesa ya bien entrado el siglo XV. La lucha robusteció el espíritu nacional en los dos bandos: Eduardo III oficializó el inglés por primera vez en tres siglos, pues hasta entonces las lenguas de los juicios, los parlamentos, la corte y casi toda la vida cultural eran el francés o el latín. La población estaba soliviantada por rumores de que la oligarquía normanda pretendía eliminar la lengua inglesa. A su vez, la medida de Eduardo causó anglofobia en la Francia ocupada por Inglaterra. La peste y los combates fueron sustituyendo la oligarquía normanda por otra más propiamente anglosajona; y por lo mismo cambió notablemente la oligarquía francesa.

Eduardo III emprendió una nueva guerra contra Escocia, aliada de Francia, y reclamó el trono francés, que le fue negado. Entonces lanzó cabalgadas devastadoras por Francia, hasta lograr en Crécy (1346) y diez años después en Poitiers victorias aplastantes gracias al «arco largo», de origen galés, un arma temible que permitía realizar verdaderas carnicerías a buena distancia. En 1360, Eduardo renunció al trono francés, pero reteniendo más de un tercio

del país. Los franceses, imitando las cabalgadas inglesas, acosaron a sus enemigos. Hasta 1369 los ingleses llevaron las de ganar. Después se volvieron las tornas, debido en parte a la implicación de Castilla.

Al morir de peste en 1350 Alfonso XI de Castilla, se desató una pugna entre el heredero legal Pedro I *el Cruel* y su hermanastro Enrique de Trastámara. Pedro repudió a su esposa francesa, la encarceló y quizá la envenenó provocando la ruptura con Francia, en 1361. La situación se complicó con una contienda entre Castilla y Aragón. Enrique venció a Pedro con apoyo aragonés y francés, y se proclamó rey como Enrique II. Pero Pedro, aliado con los ingleses, ganó una segunda batalla, gracias a los famosos arqueros. Enrique reunió un nuevo ejército en Francia, mandado por el francés Bertrand du Guesclin, el cual llevó con engaños a Pedro ante Enrique: los dos reyes intentaron matarse uno al otro, venciendo Enrique con ayuda del francés. Enrique entró en guerra contra Inglaterra. Los ingleses habían destruido el poder naval francés, pero los castellanos destrozaron en 1371 a una escuadra portuguesa, aliada de Inglaterra, y al año siguiente a la propia flota inglesa en La Rochela, liberando el tránsito marítimo por el Golfo de Vizcaya. Entre 1374 y 1380, la marina castellana hostigó, saqueó y cobró tributo a numerosas poblaciones del sur de Inglaterra, adentrándose por el Támesis hasta cerca de Londres. Luego bloqueó a Lisboa, cortando el dinero y suministros a los ingleses allí desplegados, los cuales saquearon a sus amigos portugueses.

La interminable contienda tenía vastas implicaciones económicas, por el control del Golfo de Vizcaya y el Canal de la Mancha, y de Flandes, probablemente la región más rica de Europa. Ciudades opulentas como Brujas, Gante o Yprés eran también centros de cultura y arte solo inferiores

a los del norte italiano. Al intentar Francia dominar Flandes, Inglaterra cortó sus envíos de lana, provocando una crisis y un alzamiento antifrancés de los flamencos. El comercio lanero se desvió hacia España, con sus excelentes merinas, que organizaba desde 1300 grandes ferias en Medina del Campo.

Otra consecuencia, ligada al estrago económico y las exacciones que provocó, fueron las revueltas campesinas y del pueblo llano, tanto en Flandes como, en 1358, en el norte de Francia. Esta, llamada la *Jacquerie*, fue ahogada en sangre por los nobles. La rebelión inglesa de 1378-82, fue también característica: diversos clérigos predicaban contra una servidumbre particularmente dura, argumentando que eran tratados como animales, que al comienzo de la humanidad no había siervos y que nadie podía convertir a nadie en siervo, pues los campesinos eran hombres semejantes a sus señores, todos hijos de Adán y Eva. Fue igualmente aplastada, pero dejaría rastro en la legislación posterior. Las revueltas campesinas, unidas a ideales político-religiosos, se harían parte del panorama histórico europeo en este siglo y el siguiente.

Los efectos en España fueron también decisivos, aparte del auge del tráfico lanero y del despertar de la potencia naval castellana, de tan sobresaliente futuro. En Castilla se impuso, con Enrique II, la casa de Trastámara («tras el Tambre», río gallego), que en el siglo siguiente daría también reyes a Aragón y Navarra, facilitando la culminación de la Reconquista. El apoyo de Portugal a Inglaterra, en cambio, derivaría a la batalla de Aljubarrota, en 1385. Castellanos y franceses fueron derrotados por portugueses e ingleses, siendo decisivos, una vez más, los arcos de estos últimos. La alianza anglolusa pemanece hoy como la más antigua de Europa. El conflicto se complicó por

las pretensiones del duque de Lancaster de hacerse con el trono castellano, por haberse casado con Constanza, hija mayor de Pedro el Cruel. El duque invadió el país por La Coruña, pero fracasó, por lo que renunció, negociando el matrimonio de su hija Catalina con el heredero de Castilla, futuro Enrique III *el Doliente*. De ahí salió robustecida la casa de Trastámara, también por la reconciliación implícita, ya que Catalina descendía por línea materna del asesinado Pedro el Cruel.

Los primeros decenios del siglo XIV vieron también el apogeo de Aragón, sobre todo de Barcelona, que competía con las ciudades comerciales italianas. Gracias a la flota catalana, Aragón dominaba las islas del Mediterráneo occidental y parte de Grecia, y desde 1300 disponía de una universidad en Lérida. Pero en 1333, la región sufrió una mortífera hambruna y el bloqueo de la flota genovesa, y en la década siguiente el azote de la Peste Negra que redujo su población a la mitad. Jaime I había establecido tres reinos, Aragón, Valencia y Mallorca, más el condado de Barcelona, hegemónico sobre los demás de Cataluña. Mallorca, en pleno auge económico y cultural, rompió el vasallaje a Aragón y se separó hasta que en 1343 Pedro IV *el Ceremonioso* volvió a invadir la isla. Hubo otro intento separatista y solo en 1375 volvió Mallorca definitivamente a la corona aragonesa. El Ceremonioso también tuvo que desbaratar revueltas de aragoneses y valencianos.

Pedro IV guerreó contra Génova, sofocó dos revueltas en Cerdeña y en 1356 atacó al Pedro castellano, a favor de Enrique. La guerra se mantendría intermitentemente durante veinte años, terminando en 1375 al casarse la hija del aragonés, Leonor, con el heredero de Castilla, Juan. No hubo vencedores ni vencidos, pero los dos reinos quedaron

exhaustos. El Ceremonioso chocó también con el rígido inquisidor Nicolau Aymerich, propenso a la tortura, que prohibió las obras de Raimundo Lulio, fomentó una revuelta contra el rey y redactó normas inquisitoriales que influirían en Castilla un siglo más tarde, al extenderse a ella la Inquisición.

A pesar de sus esfuerzos políticos, militares y culturales, con Pedro IV terminó la época gloriosa de Barcelona, tanto por las pestes y dispendios bélicos como por el éxito de sus rivales genoveses, y porque, una vez despejado de la presión musulmana el Estrecho de Gibraltar, las rutas comerciales se alejaron de su puerto. La ciudad reaccionó con acciones bélicas y piratería, que a la larga le perjudicaron.

De la misma época fue el ideólogo franciscano Francesc Eiximenis, promotor de un pactismo que frenaba el poder regio a favor del de nobles y grandes comerciantes. Eiximenis elogiaba hasta las nubes a los comerciantes y tachaba a los campesinos de gente «bestial, rústica, desprovista de razón, maliciosa», apenas humana, a la que debía tratarse con «golpes, hambre y castigos duros y terribles». Estas conductas contribuirían a la ruina de la región, que empezaba a llamarse Principado de Cataluña, provocando cruentas revueltas y bandidaje.

Como hecho característico de la época, un cuerpo de guerreros llamados almogávares, la «Gran Compañía Catalana», fue en 1303 a socorrer a Constantinopla contra los turcos. Al llegar, la compañía fue atacada por la colonia genovesa, que no quería competencia de Barcelona, y los genoveses resultaron masacrados. A continuación los almogávares vencieron a los turcos, pero los bizantinos, temiendo que quisieran hacerse con un reino propio, o bien por ahorrarse la paga, invitaron a los jefes de la compañía a

un banquete, en Adrianópolis, y los hicieron asesinar por mercenarios alanos. Sin desanimarse, los almogávares arrasaron Tracia en una salvaje «venganza catalana», masacrando asimismo a los alanos y parapetándose en Galípoli. Los francos, dueños de Atenas, pidieron ayuda a la compañía contra los bizantinos, pero rehusaron luego pagarle, por lo que los almogávares los aplastaron, siendo excomulgados por el Papa. Un ejército francés llegado en socorro fue también desbaratado, y la compañía amplió sus posesiones a Tesalia y Neopatria, poniéndolos bajo soberanía de Aragón. La sorprendente aventura duró hasta 1390, cuando Venecia logró imponerse en la zona, mientras los turcos acosaban a Constantinopla.

# 13

# Cisma de Occidente y nuevas ideas teológico-políticas

En el siglo XIV continuó desarrollándose el gótico, y también la profunda crisis de la Iglesia marcada por el traslado del Papado a Aviñón, que no se resolvería hasta entrado el siglo siguiente. El traslado se hizo invocando el peligro de las perniciosas y violentas presiones de los nobles romanos, que ya habían estado cerca de hundir al Papado en el «siglo de hierro». El peligro era cierto, pero poner al Papa en dependencia directa o indirecta del rey de Francia no parecía un buen remedio a muchos cristianos. La maniobra se completó con otra, que convertía a dicho monarca, a la sazón el autoritario y cínico Felipe IV el Hermoso, en máxima autoridad religiosa no solo de Francia, sino de Europa.

El Papado sostenía la consabida doctrina de la supremacía del poder espiritual sobre el político, pero se iba abriendo paso la teoría contraria, expuesta en 1324 por el teólogo Marsilio de Padua en su obra *Defensor Pacis*. Según Marsilio, las sociedades humanas son anteriores a la Iglesia y completas, orientadas a la paz, de la que era defensor auténtico el monarca, sin necesidad de una autoridad universal sobre él. Por el contrario, sería el rey o emperador quien delegaría en el clero las funciones que mejor le acomodasen. La Iglesia era también una sociedad humana igualitaria, sin preeminencia de los clérigos sobre los fieles

comunes. Tampoco debía la Iglesia perseguir herejías, pues la religión vendría a ser un código ético interior e individual elaborado a partir de la interpretación personal de las Escrituras. Solo el monarca podría castigar a los herejes que juzgase dañinos para la paz social. El Papa no pasaría de ser un *primus inter pares*, un obispo más sin autoridad especial. Por el contrario, el monarca o emperador sería la verdadera cabeza de la cristiandad, con potestad para convocar concilios de clérigos y laicos, que estarían por encima del papa. Así, un rey sería a la vez jefe religioso en su propio territorio, con capacidad hasta para destituir y apresar a un papa, previa decisión de un concilio que el monarca podía organizar sin demasiada dificultad, como había hecho el francés Felipe IV.

La crisis eclesiástica empeoró por las dificultades económicas, al perderse muchas fuentes de rentas por la depresión económica de finales del siglo XIII, agravada en el XIV por las calamidades naturales. Por ello los altos dignatarios eclesiásticos tendieron a concentrar numerosos cargos, los atendieran o no, pero que les procuraban sustanciosos beneficios, mientras los sacerdotes de a pie vivían en una pobreza a veces indigna. El traslado a Aviñón facilitó una reorganización administrativa más eficiente, racionalizando los impuestos y manejada por banqueros italianos. Otros reinos imitaron el modelo papal. Parte de los ingresos provenían de la venta de «indulgencias», pagos efectuados para lograr una remisión temporal de las penas por los pecados, al aplicarse ese dinero a fines en principio piadosos. El incremento de las rentas eclesiásticas, y en particular las indulgencias, generaría sátiras que acusaban al alto clero de apego excesivo al dinero y darían lugar más tarde a agrias polémicas.

A finales de los años sesenta el cardenal Gil de Albornoz elaboró unas Constituciones racionales para sanear la situación política en Roma con vistas al retorno de los papas. En 1377 por fin se instaló allí Gregorio XI, pronto fallecido. Entonces la plebe romana amenazó con matar a los cardenales si no elegían un pontífice italiano, y salió nombrado Urbano VI. Los cardenales franceses lo acusaron de despotismo e ilegitimidad, al deber su cargo a la conminación de las turbas, por lo que eligieron a otro, Clemente VII, el cual volvió a Aviñón. El cisma desató protestas de intelectuales, sacerdotes y políticos, así como conflictos diplomáticos y militares. El imperio, Inglaterra, Polonia y países escandinavos aceptaron al papa de Roma; Francia, Escocia y Nápoles, al de Aviñón; los españoles vacilaron hasta 1381, cuando secundaron a Clemente. En 1389 murió Urbano y los romanos eligieron a Bonifacio IX; cuando murió Clemente en Aviñón, en 1394, sus partidarios nombraron al español Benedicto XIII (el Papa Luna), con apoyo de Portugal, Castilla, Aragón, Escocia y Francia; pero los franceses pronto lo rechazaron, por ser aragonés y poco influenciable. En 1398 los obispos franceses acordaron retirarle los beneficios e impuestos eclesiásticos y pasárselos al rey, convirtiendo a este, de hecho, en la cabeza de una iglesia nacional. Sitiaron a Benedicto en Aviñón, pero no lo doblegaron. El cisma iba a empeorar todavía a principios del siglo siguiente.

Ante tal situación, muchos concordaban en la necesidad de una reforma a fondo en la Iglesia, pero el sentido de la misma variaba mucho entre quienes seguían la doctrina de Tomás de Aquino y quienes secundaban a Duns Scoto o Marsilio. En gran medida, el problema consistía en definir el poder espiritual: ¿debía este descansar en la autoridad del Papa, o en la de los concilios? ¿Y cuál sería su relación con

los estados?

Al respecto continuaban las disputas entre dominicos y franciscanos, a las que se añadió la que oponía al Papado y al sector llamado «espiritual» de los franciscanos. Los *espirituales* querían sustituir la Iglesia jerárquica por otra fundada radicalmente en la pobreza, a imitación de Cristo, renunciando a los corruptores bienes materiales y viviendo de limosna (pero alguien debía dar la limosna, implicando aceptar donativos corruptos). Ni el Papado ni los dominicos admitían tal idea. La oposición, intrínseca a la Iglesia, entre el afán de riquezas, en principio para potenciar la evangelización, y la prédica de la pobreza, causaba una vez más querellas y reformas internas. La solución propuesta por los *espirituales* disgregaría probablemente a la Iglesia; pero encontraba pie en el Evangelio, y la conciliación no era fácil.

En otro orden de cosas, franciscanos y tomistas admitían la división entre el conocimiento accesible a las facultades humanas y el obtenido necesariamente por revelación divina; pero a partir de ahí divergían. Sería el franciscano inglés Guillermo de Occam (Ockham) quien llevara más lejos las discrepancias. Defendió a los *espirituales* hasta acusar de herejía al papa Juan XXII, sucesor de Clemente V. Huyendo de este, buscó la protección del emperador Luis IV de Baviera, y fue excomulgado, un precedente de lo que ocurriría en el siglo XVI con Lutero. Murió en Múnich en 1349, víctima de la peste, y unos años después la Iglesia lo rehabilitó.

A la versión tomista, según la cual la razón podía acceder a gran parte de la realidad divina con una ética basada en el libre albedrío, Occam, en la línea de Duns, oponía que Dios desbordaba por completo la razón humana y que, en su

libertad y omnipotencia, podía haber hecho un mundo distinto. Solo la voluntad guiada por la fe, y no la razón, podía vislumbrar la verdad divina. Al ser tan impenetrable la voluntad de Dios, el hombre no podía saber si sus actos le hacían merecedor de la vida eterna, y las enseñanzas de la Iglesia y el Papado se reducían a opiniones sin autoridad definitiva; la fe —no el libre albedrío— sustentaba la ética, y la revelación estaba en la Biblia, que cada cual debía leer e interpretar por su cuenta (la Iglesia consideraba que el vulgo no sabría dar el sentido justo a la Biblia, de ahí el magisterio y la tradición).

En cambio el mundo, creado por Dios y accesible a los sentidos, podía ser estudiado empíricamente y al margen de la teología, apartando a esta de la filosofía natural. Al respecto expuso el principio conocido más tarde como *navaja de Occam*: «No debe proponerse innecesariamente la pluralidad de causas», es decir, debe preferirse la causa más simple, por ser probablemente la más acertada. Idea expuesta también por Tomás de Aquino, Maimónides y otros, y presente en el dicho latino «la sencillez es la marca de la verdad». Se la ha interpretado como evitación de una entidad hipotética si un fenómeno puede explicarse sin recurrir a ella. Llevada a sus últimas consecuencias la *navaja* permitiría concluir, como Laplace siglos después, que el mundo puede explicarse sin la hipótesis de Dios. Occam no llegaba tan lejos, pues consideraba a Dios —por fe— la única entidad realmente necesaria; pero al separar razón y fe podía reducir esta a mero fanatismo, al entenderla como manifestación de la simple voluntad.

El occamismo, en el plano político, conducía al desvanecimiento de la ley natural, pues la voluntad divina era incognoscible. Al no existir los universales fuera de la mente, no cabe distinguir una esencia humana ni derivarse

derechos de ella. Solo existen los individuos, y los derechos y leyes concretas se limitarían a convenciones entre individuos sin ninguna ley natural detrás que les diese validez. Así, el poder secular se alejaba del eclesiástico, pues si en teología Occam achacaba a la Iglesia solo opiniones discutibles, más aún en política. De hecho, el emperador superaba al Papa, pues gobernaba almas y cuerpos, mientras que el Papa se limitaba a las almas. La soberanía de quien tuviera la potestad de elaborar leyes se hacía indiscutible. Occam abogaba por la monarquía, pero proponía su poder compartido con los parlamentos para asuntos de interés general. La idea reflejaba una tendencia que venía extendiéndose por Europa desde las Cortes de León, y causaría pugnas entre reyes y parlamentos por decidir quién ostentaba la soberanía efectiva.

La concepción resultaba aplicable asimismo a la Iglesia, con respecto a la cual Occam defendía el conciliarismo: la autoridad máxima interna no sería el Papa, sino las decisiones mayoritarias de los concilios. Como la mayoría puede errar, Occam recomendaba cautela y procurar que el sector decisorio fuese «el mejor y más sano»; aunque todos los sectores tienden a considerarse a sí mismo los mejores y más sanos. Occam era coetáneo de Marsilio de Padua, y sus doctrinas coincidían en amplia medida. Como Occam, Marsilio atacó al Papa y defendió al imperio, lo que le valió, siendo laico, que el emperador le concediera el arzobispado de Milán. Las concepciones políticas de Marsilio y Occam parecen ajenas a motivaciones y creencias religiosas.

Estas doctrinas, si bien admitidas en la Iglesia, colisionaban con el tomismo mayoritario, y tuvieron un peculiar desarrollo etno-cultural: el occamismo, centrado en la voluntad y la fe, predominó en el mundo germánico, y el tomismo, que valoraba la razón y el libre albedrío,

predominó en el latino, donde pronto iba a crecer el movimiento humanista. España, en general, se inclinó por el tomismo o las ideas de Raimundo Lulio (Ramón Llull), que negaban cualquier contradicción entre razón y fe.

Suele decirse que Occam abrió ancha vía a la ciencia y al pensamiento liberal posteriores, si bien estas consecuencias no eran las únicas posibles o exclusivas desde sus posiciones, pues el tomismo tampoco chocaba con la ciencia ni con las libertades políticas. En realidad, las ideas de Marsilio y de Occam admiten desarrollos varios, no solo liberales: también un estatismo nobiliario o comunista, y hasta el anarquismo, y así ocurriría históricamente. A finales de siglo el inglés Wiclef, occamista, contrario a la Iglesia jerárquica, partidario de someterla a los poderes temporales y proclive a concepciones anarquistas, parece haber influido en la revuelta campesina inglesa de 1381. También el occamismo influyó sobre el movimiento husita de Praga, con los mismos rasgos y claro patriotismo checo.

Así, el agudo combate de ideas filosóficas y doctrinales dentro de la Iglesia católica por entonces, iba a tener derivaciones extraordinariamente importantes en la evolución de la civilización europea.

* * *

A pesar de tantas calamidades, el siglo XIV fue para Italia una edad de oro literaria, con las muy destacadas figuras de Dante, Petrarca y Boccaccio. El primero creó la obra considerada más importante de la literatura italiana y una de las mayores de la literatura universal, la *Divina comedia*. El autor, como representación de la humanidad, se siente, en mitad de la vida, sumido en el pecado. Tratando de encontrar la luz, una pantera, un león y una loba, símbolos de la lujuria, el orgullo y la avaricia, le impiden salir de su

postración. En ese trance viene en su ayuda Virgilio, uno de los autores paganos más estimados de la época y personificación de la razón. Virgilio le conduce a visitar el infierno, un abismo hasta el centro de la Tierra, en cuya linde se encuentran los tibios, como Poncio Pilato, incapaces de adoptar una causa y a quienes atacan avispas y gusanos que sorben su sangre. El infierno se encuentra dividido en nueve círculos de menor a mayor tormento. El primero un limbo sin suplicios, acoge a los paganos virtuosos, pero dolientes por estar privados de la visión divina, al no haber conocido a Cristo. En sucesivos círculos descendentes son progresivamente atormentados los pecadores, desde los que menos han usado la razón (los lujuriosos que no han controlado su sensualidad) hasta los más conscientemente malvados, los traidores como Caín o Judas, hundidos en el último círculo.

Del infierno pasan al purgatorio, cuyo castigo no es eterno como el del infierno, sino pasajero, donde las almas de quienes no han fallecido en pecado mortal se purifican de sus faltas. El lugar se presenta como un monte que deben escalar penosamente las almas a través de nueve gradas, correspondientes siete de ellas a los siete pecados capitales, del más grave, la soberbia, al más leve, la lujuria. En la cumbre está el Paraíso Terrenal, símbolo de la inocencia. Para llegar allí y al Paraíso Celestial, no basta la guía de Virgilio (la razón); es preciso el auxilio de la fe, personificada en Beatriz, una joven a la que Dante había amado. También el Paraíso se compone de nueve círculos, señalados por planetas y culminados en el «motor inmóvil». Los bienaventurados gozan de la contemplación de Dios de acuerdo con los rasgos de su propio espíritu, así el amor en Venus, la buena gobernanza en Júpiter, en Marte la fe guerrera, etc., y los círculos no corresponden a los pecados,

sino a las virtudes cardinales (prudencia, justicia, fortaleza y templanza) y teologales (fe, esperanza y caridad).

La obra está repleta de simbolismos (el número tres de la Trinidad, el siete y el nueve, etc.) y alusiones mitológicas, también referencias científicas, como la esfericidad de la Tierra o el valor de la experimentación para adquirir conocimientos. Se le han supuesto influencias musulmanas, nada extrañas porque Averroes o Avicena eran bien conocidos en Europa, y apreciados o rechazados según puntos de vista.

Dante pertenecía al bando güelfo, es decir, partidario del Papa frente al emperador, y su obra puede interpretarse como una magna versión poética del cristianismo tomista, en el que la razón y la fe se mantienen armoniosamente conjuntadas, cada una a su nivel. El conocimiento racional del infierno y el purgatorio permite entender al hombre los peligros que le acechan en la vida, de los que solo puede salvarle la fe.

El tema del descenso a los infiernos, a ultratumba, es clásico en mitologías como la griega (Orfeo, Odiseo…), significando probablemente la adquisición de conocimiento y visión moral profundos. En la *Divina comedia* puede interpretarse en el mismo sentido. Resulta más misterioso el descenso a los infiernos en Jesucristo, salvo que en este caso aluda simplemente al hecho de una muerte real de la persona Jesús.

Aunque poco apreciada en algunos períodos, como el de la Ilustración, el prestigio e influencia de la *Divina comedia* ha sido enorme en todas las artes, de la pintura a la literatura.[5]

También los poemas de Francesco Petrarca servirían de modelo a la poesía posterior del resto de Europa, en

particular los sonetos, un tipo de composición de origen siciliano, a menudo tenido por el más noble y completo. A Petrarca suele estimársele padre del humanismo, por su devoción por la cultura clásica, cuyas virtudes trataba de conciliar con la tradición cristiana; por su fe en las cualidades humanas como un don de Dios que debía desplegarse al máximo; y por su denigración de los siglos anteriores, desde la caída de Roma, como «Edad Oscura», expresión en sí misma un tanto soberbia e injustificada, pero que haría fortuna hasta hoy.[6]

Amigo de Petrarca fue Giovanni Boccaccio. Su obra más divulgada, el *Decamerón*, compuesta hacia 1353, es una colección de cuentos eróticos o dramáticos, con un tono desvergonzado, divertidos y anticlericales: para huir de la peste que mató a la mitad de la población de Florencia, tres jóvenes varones y siete chicas se refugian en una villa abandonada, y para entretenerse se dedican a contarse cuentos. La peste hacía extremar las conductas desde una religiosidad obsesiva hasta el libertinaje, y el *Decamerón* opta por el *carpe diem* horaciano, el disfrute de la vida sin preocupaciones metafísicas. Se ha sostenido que obras como esta marcan una ruptura con el espíritu *medieval*, pero la tradición de composiciones procaces es muy anterior, baste mencionar a los goliardos o el *Roman de Renart* francés; y en los años treinta Juan Ruiz, arcipreste de Hita, había escrito el *Libro del buen amor*, de estilo burlesco y realista similar al *Decamerón*. Boccaccio, curiosamente, apreciaba la vida tranquila y un tanto retirada, dedicada a la literatura, y no parece haber sido muy promiscuo. Impresionado por un monje que le exhortaba a dejar las frivolidades, pensó quemar sus obras, de lo que le disuadió Petrarca.

El *Decamerón*, como las obras antes citadas, influiría en la literatura europea posterior, y de ella sacaron temas o

inspiración autores italianos y no italianos, como Lope de Vega, Cervantes, Shakespeare, etc. A su imitación se compusieron *Los cuentos de Canterbury*, de Chaucer, la mayor obra literaria escrita en inglés hasta entonces, ya en los años ochenta de aquel siglo.

Boccaccio y Petrarca fueron coetáneos (murieron en 1374 y 1375), posteriores a Dante (muerto en 1321). Pero a los tres les une el más tarde llamado *dolce stil novo* más refinado e introspectivo que la poesía de los trovadores, centrado a menudo en la veneración de la belleza femenina, idealizada como manifestación de Dios y camino hacia él: un amor espiritual, redentor, ligado a veces al sentimiento de la muerte. A los tres les inspiró el amor a sendas musas, Beatriz, Laura y *Fiammeta* (Llamita), menos espiritual el de Boccaccio, incluso el de Petrarca: «Me gustaría poder decir que estuve siempre libre de los deseos de la carne, pero mentiría». Su opción por la lengua italiana refleja su patriotismo, explícito en Petrarca, deseoso de una Italia «santísima y querida por Dios, dulce a los buenos y temible a los soberbios» que recobrase la gloria de Roma según la había definido Virgilio. Fundaban una nueva orientación literaria y más aún, vital. Orientación presentada, excepto en Dante, como ruptura con la tradición. Pero eran católicos devotos y no veían oposición entre ello y sus nuevas actitudes e ideas.

# 14

# Humanismo y Renacimiento en el siglo XV

## La imprenta

Las crisis, desastres naturales y cambios intelectuales y religiosos del siglo XIV no se tradujeron en un hundimiento cultural y tampoco en una ruptura con el pasado, sino que, por el contrario, darían lugar a una acumulación productora de cambios políticos, económicos y culturales. Entre estos últimos, el llamado *humanismo*, iba a cundir en el siglo XV por Europa Occidental a partir de Italia, en un movimiento similar al carolingio, al románico y al gótico. El humanismo brotó en medio de una larga crisis de la Iglesia, por el contraste entre su conducta político-material y su predicación de modestia, humildad y desprendimiento, entre el ascetismo y el hedonismo, este bien visible en varios papas acusados de inmorales, aunque algunos dejaran una invalorable acumulación de arte. Ya en la Edad de Supervivencia quedó claro que la predicación exigía una red de iglesias, monasterios, obispados, etc., y las consiguientes demandas pecuniarias y políticas, a veces en discordancia con la ética invocada. La relajación moral de bastantes clérigos y papas, su ostentación, aun si contrarrestadas por reformas y órdenes religiosas, escandalizaban y sembraban dudas —en general pocas— sobre el propio mensaje cristiano. Señal de la contradicción fue el rigorismo de Savonarola en Florencia, donde hizo quemar por inmoralidad a numerosas personas, para sufrir la misma

suerte en 1498, condenado al final por el nada rigorista papa Alejandro VI.

Al despliegue del humanismo se le ha llamado *Renacimiento*. Ambas denominaciones, impuestas desde el siglo XIX, difícilmente podían ser más inadecuadas. No «renació» el interés por la cultura clásica, porque, si bien los *renacentistas* dispusieron de muchas más obras griegas y mejores traducciones, ese interés había existido incluso en los tiempos de más precario acceso a ellas. A partir del siglo XIII la recuperación o traducción de obras clásicas se había acelerado, y aun lo haría más al perderse Constantinopla, de donde huyeron numerosos intelectuales y clérigos con libros griegos; aunque, con ellos, Bizancio no había producido nada semejante al humanismo o a la escolástica Menos aún se trató de un renacimiento en sentido amplio, como si las épocas anteriores hubieran sido algo parecido a una muerte de la cultura. Y tampoco el cambio de intereses intelectuales y políticos en el siglo XV, con ser profundos supuso una ruptura radical, pues recogía tendencias preexistentes y no podría haberse dado sin la intensa labor intelectual y religiosa de los siglos anteriores.

En cuanto al término «humanismo», empleado generalmente como antropocentrismo, en ruptura u oposición a las concepciones religiosas teocéntricas, tampoco tiene sentido para la época, pues los escritores y artistas humanistas se tenían a sí mismos por católicos, cualquiera fuese el grado de su fervor, y una parte esencial de sus obras versa sobre asuntos religiosos. Por otra parte, la preocupación por las cuestiones teológicas no deja de ser una manifestación profunda del espíritu humano, y el románico y el gótico no resultaban menos humanistas en su atención a la naturaleza y destino del ser humano.

Simplemente cambiaban ciertos enfoques. Cabría llamar al nuevo movimiento clasicismo o filoclasicismo, dada su intensa veneración al sustrato grecolatino; afición, debe insistirse, nunca desaparecida en Europa.

Por motivos propagandísticos y de autoafirmación, muchos humanistas se inclinaron a desprestigiar los siglos anteriores, «oscuros» por contraste con la luminosidad atribuida, un tanto unilateralmente, a la herencia grecolatina. Se los llamó «góticos», con significado de «bárbaros», quizá porque el asalto de los godos a la Roma clásica había preludiado el derrumbe final de la «ciudad eterna». Pero tachar de bárbaro el arte gótico tiene en sí mismo un toque de barbarie. No acompañado, por fortuna, de actos destructivos, y así las espléndidas catedrales y otros edificios y manifestaciones de aquel estilo continúan en pie. Las épocas románica y gótica nada tenían de bárbaras intelectual o artísticamente, y los humanistas o clasicistas, enraizados en la misma cultura cristiana, les debían mucho más que a la cultura pagana. Desde luego, no renació el paganismo por más que algunos autores coquetearan con él.

Lo que define al nuevo movimiento es más bien un cambio de enfoque sobre los problemas que habían ocupado el pensamiento en los siglos anteriores, y una reinterpretación de la herencia grecorromana, idealizada a menudo con fervor extremo. Pasaron a segundo plano o se plantearon de otro modo los problemas que habían desvelado a la filosofía escolástica en sus vertientes tomista y nominalista. Problemas que no parecían admitir soluciones precisas, habían terminado por cansar y se dieron por agotados o simplemente perdieron interés. La propia razón escolástica, con su denuedo lógico basado en silogismos aristotélicos, perdía peso en favor de la mera observación y la experimentación. La aplicación de la razón formal, por

mucho que facilitara la ordenación de los conocimientos e incentivara la investigación, no permitía por sí misma nuevos descubrimientos ni evitaba errores, y a menudo llevaba a conclusiones irrelevantes o a tautologías. El supuesto de que el mundo tenía que ser racional y conforme a la ética fue dejado —parcialmente— de lado: la necesidad humana de acceder a la verdad había encontrado y debía incrementar nuevos métodos empíricos, sin miramientos a que sus conclusiones coincidieran o no con las exigencias de la moral o de la razón.

Los humanistas buscaron asuntos alternativos, que en el pasado habían despertado menos atención. La preocupación por la naturaleza del mundo, del hombre o de la divinidad, derivó, más pragmáticamente, a los modos de aprovechar los bienes del mundo y al cultivo y despliegue de las cualidades humanas, asumiendo —por fe— y dando por hecho que el hombre había sido creado a imagen de Dios. Una transición similar había ocurrido en Grecia desde las escuelas clásicas de Platón y Aristóteles a las helenísticas de tipo estoico, cínico, epicúreo, escéptico o ecléctico, también neoplatónico. El interés de las escuelas helenísticas se había centrado en la definición y búsqueda del placer, en la conducta moral que proporcionase al hombre la felicidad, y en las posibilidades y realidad del conocimiento. Esta transición denotaba cierto decaimiento de la tensión filosófica, y lo mismo ocurría en el Renacimiento, que no produjo ningún gran filósofo. Las corrientes neoplatónicas, estoicas y otras se injertaron en el estilo humanista, pero el tema principal de este no fue el placer, la felicidad o la aceptación del destino, sino más bien el esfuerzo por vencer las limitaciones humanas y desplegar las propias cualidades. Tareas en las que se admiró más la fortaleza que la prudencia, la justicia o la templanza; y la esperanza, más que la fe o la caridad.

Según las nuevas ideas, el ser humano puede labrar su destino, «fabricar su propia fortuna» —utilizando también la astrología para tratar de dominar la suerte, como en la antigua Roma—, y alcanzar una transcendencia parcial en este mundo mediante la fama. Conseguir fama por una u otra clase de hazañas llegó a volverse una obsesión, corrosiva para la ética tradicional: «Buena o mala, fama es». Leonardo da Vinci, destacado en todas las actividades humanas superiores —artes, ciencias y técnica— personificó al máximo nivel el ideal renacentista; pero también lo hacían artistas descollantes en una sola disciplina, o políticos o pequeños caudillos militares (*condottieri*) aunque sacrificasen cualquier principio moral a la obtención del éxito y la celebridad correspondiente. La fama permitía superar la estrechez de la vida individual, dándole una especie de inmortalidad. Concepciones un tanto paganas, aunque rara vez chocaran abiertamente con el cristianismo. Y el tema religioso siguió siendo principal en la cultura renacentista, muy amparada por la propia Iglesia y el Papado.

Por otro lado, desplegar las dotes humanas exigía especulación y estudio, de ahí el renovado impulso a la enseñanza, que en parte se alejó de las universidades, acusadas de haberse acartonado, para aplicarse en academias con nuevos estilos y asuntos. La primera fue la Academia Platónica Florentina, fundada en 1459 por el banquero y político Cosme de Médici, iniciador de la dinastía familiar que dominaría largo tiempo la vida política y cultural de Florencia. La Academia, contraria a Aristóteles y Averroes, nació como cenáculo o tertulia para intercambiar ideas y saberes entre intelectuales como Marsilio Ficino, Pico della Mirandola, el arquitecto Leon Battista Alberti, Lorenzo, hijo de Cosme y gran mecenas a su vez, y otros. El sistema de

intercambio informal se iría sistematizando y transformando en centros de enseñanza, siendo imitado con variantes en otras ciudades y países, e iba a desempeñar un gran papel en la vida cultural europea, unas veces al margen y otras en relación con las universidades. Ligadas a la universidad, también decayeron en el siglo XV las órdenes religiosas, en particular la franciscana y la dominica, protagonistas intelectuales de los siglos anteriores. Mas sería un decaimiento pasajero, que tampoco impidió el surgimiento de figuras como el franciscano Luca Paccioli, gran matemático, influyente en los artistas del Renacimiento y creador de la contabilidad moderna por partida doble.

No menos relevancia cobró el mecenazgo de las artes y las letras por parte de los dirigentes políticos y los magnates, y la competencia entre mecenas estimuló una de las épocas artísticas más esplendorosas de todos los tiempos. Nombres como Masaccio, Mantegna, Brunelleschi, Botticelli y tantos otros transformaron las concepciones artísticas y hasta cierto punto morales, donde se percibe un cambio sutil. La arquitectura abandonó los modelos góticos para inspirarse en los romanos. La pintura adquirió perfección técnica con el dominio de la perspectiva, y el paisaje y el retrato cobraron un valor casi definitorio de la época. El espíritu del siglo alcanzó su cima en la representación pictórica o escultórica del cuerpo humano, vestido o desnudo, a imitación del arte grecolatino. El arte perpetuaba las efigies de personajes ilustres por su vida heroica o destacada, pero también mucha gente vulgar y anónima quedó representada, como intento de detener el tiempo y plasmar en el retrato el misterio del alma individual en su paso por el mundo.

* * *

Aquel ímpetu vital no excluía, en cierto modo exigía, la

atención a la muerte, tanto más intensa cuanto más exaltada la vida; los cuentos de Boccaccio tienen de trasfondo la mortandad de la peste, y el XV fue una gran siglo del arte funerario. La muerte domina la vida, abraza en su danza enigmática y terrible a emperadores, papas, artistas, menestrales y siervos. Abundaron la representaciones teatrales y pictóricas de la danza macabra: «A la dança mortal venid los nascidos/ que en el mundo sodes de qualquier estado» dice una versión castellana; y una alemana: «Emperador, tu espada no te ayudará/ cetro y corona aquí no valen nada./ Te he tomado de la mano/ y has de venir a mi danza». Una derivación más siniestra fue la busca de chivos expiatorios, inducida por el pavor a las pestes y hambres recurrentes. Proliferaron las leyendas contra judíos y brujas, a las cuales se acusaba de practicar magia y atraer males. La caza de ellas, que tan cruenta y feroz habría de tornarse, empezó hacia 1487.

Manifestación particular del humanismo fue asimismo la *devotio* moderna, propuesta de una religiosidad más íntima y menos ritual, alejada de las especulaciones filosófico-teológicas típicas de la escolástica. La *devotio* buscaba seguir el ejemplo de Jesús y cultivar el amor personal a él mediante la renuncia a las vanidades, el examen de conciencia, la oración y la meditación: proponía una vida semejante a la de los monjes, pero en el mundo y sin sus votos ni ascesis excesivas, de modo que sus practicantes sirvieran de modelo que atrajese al resto de la sociedad a una conducta santa. Su formulación más conocida, la *Imitación de Cristo*, del agustino alemán Tomás de Kempis, se convirtió en uno de los libros más divulgados en Europa después de la Biblia, y lo seguiría siendo durante siglos. El primer conjunto sistemático de ejercicios espirituales y meditaciones en lengua vulgar, el *Exercitatorio de la vida espiritual*, lo escribió

el benedictino García Jiménez de Cisneros, abad de Montserrat, al terminar el siglo o comenzar el siguiente.

La *devotio* nació en las ricas ciudades de los Países Bajos y de Alemania, originando la asociación Hermanos de la Vida Común, que fundó escuelas para enseñar sus ideas y prácticas. En la Iglesia convivían, mejor o peor, doctrinas contradictorias, tanto en la concepción de la religión y la teología como en la actitud práctica, y la *devotio* influiría sobre los franciscanos y otras órdenes. Cabe descubrir en ella raíces tanto del protestantismo como de los jesuitas; o, en el siglo XX, del Opus Dei.

* * *

Italia se convirtió en maestra intelectual de Europa como lo habían sido Francia-Borgoña en tiempos anteriores, y su influjo cundió desde Moscú (donde arquitectos italianos construyeron la catedral de la Asunción en el Kremlin) hasta Inglaterra, y desde Escandinavia a España. Las ideas, actitudes y arte del Renacimiento adoptarían en cada país un sello nacional característico, como en movimientos anteriores: en los países del centro y norte de Europa la admiración por los modelos clásicos grecolatinos no llegó a los extremos de Florencia y el resto de Italia, que sin duda los sentían más suyos, como señas de identidad nacional.

El modo como se difundió el humanismo y las particularidades nacionales que adquirió puede verse en el caso español, donde, a imitación de Italia, brotaron círculos y ambientes intelectuales de ese tipo. Impulsores destacados fueron los miembros de la familia Mendoza, de origen vasco-castellano y una de las más poderosas del país. Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana (1398-1458) fue el escritor más destacado, entre personajes que combinaron la milicia, la literatura y la política. Su padre, Diego Hurtado de

Mendoza, fue almirante de Castilla y buen poeta; a su tío Hernán Pérez de Guzmán, sobrino del canciller López de Ayala, suele considerársele el mejor prosista castellano del siglo; su sobrino Diego Gómez Manrique inventó la copla manriqueña o de pie quebrado, y fue tío de Jorge Manrique. De los descendientes del marqués, Garcilaso de la Vega (hacia 1498-1503) sería uno de los más renombrados poetas hispanos de cualquier tiempo. Y Pedro González de Mendoza, llamado el *Gran Cardenal* y hasta «tercer rey de España» al lado de los Reyes Católicos, practicó un mecenazgo espléndido e ilustrado. Cada uno de ellos fue escritor, hombre de acción y mecenas, en el ideal ya renacentista de unir las armas y las letras, típico de la España de ese siglo y los siguientes, entroncado quizá con la propuesta de Raimundo Lulio del caballero cristiano. Todos ellos imitaban los modelos italianos, aunque su espíritu no coincidiese del todo. Otro personaje clásico fue el converso Alfonso de Cartagena, obispo de Burgos e impulsor del patriotismo español, que fundó en su ciudad una escuela superior, vivero de latinistas e intelectuales, tradujo a Cicerón y a Séneca, cuyo estoicismo se difundía y obró como pacificador en conflictos interhispanos y entre el rey de Polonia y el emperador del Sacro Imperio.

El grado de ruptura con la tradición anterior fue menor en España que en Italia. Buena muestra de su espíritu exhibe Jorge Manrique en su *Coplas por la muerte de su padre*, una cumbre poética en castellano: «*No se os haga tan amarga / la batalla temerosa / que esperáis* (se refiere a la muerte) / *pues otra vida más larga / de la fama gloriosa / acá dejáis / aunque esta vida de honor / tampoco no es eternal / ni verdadera / mas con todo es muy mejor / que la otra temporal / perecedera*». Si bien «*El vivir que es perdudable / no se gana con estados / mundanales / ni con vida deleitable / en que moran los pecados*

*/ infernales / mas los buenos religiosos / gánanlo con oraciones / y con lloros. / Los caballeros famosos / con trabajos y aflicciones / contra moros*». El propio poeta moriría en guerra civil, con treinta y nueve años, luchando a favor de Isabel y Fernando.

Dentro del mismo movimiento, el siglo XV fue también la gran época de la literatura valenciana, con Ausias March, Jordi de Sant Jordi, amigos del Marqués de Santillana, o Joanot Martorell, autor de *Tirant lo Blanch*, obra de gran valor literario y muy estimada por Cervantes. Se trata de una peculiar novela de caballerías con los correspondientes amores, tratados con descaro erótico y sarcástico. Martorell parece haber sido un personaje a tono con su libro: optimista, pendenciero, aficionado a viajes y aventuras.

* * *

Hacia 1450 un magno invento vino a incidir poderosamente en la difusión de la cultura: la imprenta, ideada por el herrero alemán Juan Gutenberg; invento novedoso, con precedentes chinos. Los efectos de la innovación fueron inmensos. Hasta entonces los libros eran objetos caros y escasos, su copia exigía un trabajo cuidadoso y prolongado, por lo que solo una pequeña minoría de estudiosos y aficionados cultos tenía acceso a ellos, pese a la ardua y entregada labor de generaciones de monjes u otros copistas. La imprenta hizo posible la reproducción de libros por millares y sin más esfuerzo especial que componer los tipos. El precio de los ejemplares bajó enormemente, mucha más gente tuvo acceso a ellos y más y más personas aprendieron a leer y escribir. Gutenberg murió en la miseria, estafado por un prestamista judío que intentó monopolizar su imprenta, pero la transmisión del invento fue prodigiosa: a finales de siglo la poseían unas 250 ciudades europeas. Ya

en 1474 apareció en Valencia *Obres e troves en lahors de la Verge Maria*, primera obra impresa en España. Al terminar con este siglo la Edad de Asentamiento, la civilización europea se dibujaba como la más inquieta de la historia en religión, pensamiento y avances técnicos.

# 15

# Fin del cisma, caída de Constantinopla, Reyes Católicos

>El siglo XV resultó ciertamente mucho menos calamitoso que el anterior. Aparte de la eclosión renacentista, la crisis del Papado se resolvió en 1417 con el Concilio de Constanza, y los papas volvieron a Roma; también terminó la Guerra de los Cien Años, en 1453; ese mismo año, en cambio, Constantinopla caía definitivamente en poder islámico, mientras, en sentido contrario, al otro extremo del Mediterráneo se completaba la Reconquista española con la toma de Granada; finalizando el siglo, los portugueses llegaban al sur de África e India, y los españoles a América. Las naciones del oeste europeo destacaron con perfiles más nítidos que nunca antes, y emergió el principado de Moscú como indiscutible centro y fuerza dirigente de la nueva Rusia. El siglo trajo numerosos avances técnicos, el más importante seguramente la imprenta

Tanto el papa de Aviñón (Benedicto XIII) como el de Roma (Gregorio XII) fueron destituidos en el Concilio de Pisa, de 1409, y elegido el cretense, franciscano y profesor de Oxford Alejandro V. Pero ello solo creó tres papas, pues ninguno renunció a su cargo, empeorando el «Cisma de Occidente». Alejandro murió pronto y los cardenales nombraron a Juan XXIII, en 1410. Este se instaló en Roma, mientras en Francia se imponía una Iglesia nacional (galicana) independiente a efectos prácticos. La solución

llegó cuatro años después, en el Concilio de Constanza, auspiciado por el emperador Segismundo y por Juan XXIII. El concilio reconoció de modo especial a cinco naciones de la cristiandad católica por orden jerárquico: Italia, por Roma; Alemania, por el Sacro Imperio; Francia como hija primogénita de la Iglesia; España, por su relación con Roma; e Inglaterra, en disputa con España. Acordó asimismo la abdicación de los tres papas para elegir uno nuevo. Gregorio aceptó, pero Juan XXIII se dio a la fuga. Capturado y vuelto a Constanza, el concilio le destituyó, acusándole de asesinato, sodomía, incesto y violación, y lo encarceló hasta que aceptó al nuevo papa. Otro Juan XXIII convocaría en el siglo XX el Concilio Vaticano II.

Benedicto XIII, ya refugiado en el castillo antes templario de Peñíscola, «se mantuvo en sus trece», como Papa legítimo, pero Castilla, Navarra y Aragón le abandonaron y reconocieron a Martín V, designado por el concilio, el cual apareció como la suprema autoridad religiosa (conciliarismo), por encima de los papas, según reclamaban diversos sectores eclesiásticos, principalmente alemanes. Martín volvió a instalar la sede papal en Roma, de donde ya no saldría, y el sucesor de Benedicto, el turolense Clemente VIII, terminó por reconocer a Martín V, dejando la crisis resuelta, ciento ocho años después del traslado a Aviñón y treinta y nueve después del cisma abierto.

No fue, sin embargo, el fin de los problemas. En Bohemia se había asentado un movimiento llamado husita, por su fundador Jan Hus, quemado en la hoguera en 1415. Los husitas seguían las doctrinas del inglés Wiclef, ya citado, occamista extremo que predicaba la pobreza eclesiástica, la libre interpretación de la Biblia, la sumisión de la Iglesia al poder político, etc. Los husitas adquirieron poder bastante

para vencer a las tropas imperiales, y fue preciso convocar un nuevo concilio, en Basilea, comenzado en 1432, para volver a la unidad religiosa. El papa Eugenio IV trató de reafirmar su autoridad sobre los conciliaristas impuestos en Constanza y quiso trasladar el concilio a ciudades italianas más controlables, a lo que se negaron en redondo los conciliaristas, que llegaron a destituir al Papa y elegir otro, amenazando con un nuevo cisma. Al final, el Papado ganó el forcejeo, aunque no por completo; los husitas se dividieron y perdieron fuerza, si bien de un modo u otro permanecerían hasta 1471.

* * *

El Concilio de Basilea tenía otra dimensión de importancia aún mayor: la oportunidad de superar igualmente el Cisma de Oriente, la separación de la Iglesia griega u ortodoxa, cuatro siglos largos antes. El emperador de la acosada Constantinopla, Juan VIII, pedía ayuda a la cristiandad occidental con ofrecimiento de reconocer la autoridad del Papa y solventar por fin las diferencias religiosas. Esta oportunidad apenas interesaba a los conciliaristas, cuya mayor preocupación era mantenerse lejos de la influencia papal; y en la propia Constantinopla era grande la oposición a la unidad, así como en la Iglesia rusa. De todas formas, la reunificación se oficializó en 1439, pero apenas tuvo consecuencias prácticas en Bizancio ni en Occidente, pues no dio lugar a alguna nueva cruzada contra los turcos. A la aislada Constantinopla le quedaban solo trece años de existencia como ciudad cristiana.

A principios de siglo, la derrota de Bayaceto ante los mongoles de Tamerlán solo había alargado unas décadas la agonía de Bizancio, rodeada por el poderío otomano. Tamerlán no había intentado establecerse en Anatolia, y el

poder turco había permanecido, aunque entre guerras civiles y contiendas con venecianos, serbios y otros, hasta que el sultán Mehmet II *el Conquistador* pudo concentrar sus fuerzas contra la capital del ex imperio bizantino en 1452. La ciudad, con solo 50.000 habitantes, era ya solo una sombra del pasado, cuando por largo tiempo había sido la mayor y más rica ciudad de Europa, con medio millón o más de habitantes. Mehmet empezó por aislar la ciudad cortando su suministro, y cuando juzgó lo bastante debilitados a los defensores la asaltó, tomándola tras un mes y medio de enconados combates. La gran basílica de Santa Sofía, una de las joyas arquitectónicas europeas, fue transformada en mezquita y la ciudad pasó a conocerse popularmente como Estambul entre los turcos, aunque ese nombre no se impondría de manera oficial hasta tan tarde como 1930. La Europa católica había sido incapaz de hacer nada efectivo para impedir el desastre. Irónicamente, Mehmet se tituló emperador romano, como los bizantinos.

La toma de Constantinopla ponía punto final al último resto del gran imperio construido por Roma dieciséis siglos antes, pérdida inmensa para la cristiandad en los planos simbólico, religioso y político, de vastas consecuencias. La primera fue la interrupción del comercio europeo con India y China, de donde llegaban, entre otras cosas, las preciadas especias con que condimentaban sus alimentos las familias pudientes. Ciudades italianas como Venecia o Florencia se apresuraron a reconocer al sultán y retener sus privilegios comerciales, pero lo consiguieron solo en pequeña medida. Y años después, los portugueses trataban de acceder a la fuente de aquellos tráficos rodeando África por vía marítima.

También finalizó la era de las Cruzadas: los llamamientos papales a expulsar a los turcos de Europa toparon con la

apatía o falta de entusiasmo de los estados cristianos, debido a la división de intereses entre ellos. Húngaros y polacos habían sido derrotados por los turcos en 1444 en Varna, y la empresa no parecía fácil. El Renacimiento, en cambio, se benefició de la huida de algunos estudiosos e intelectuales griegos, que contribuyeron a saciar la sed de textos clásicos, sobre todo en Italia.

Para los otomanos la toma de la ciudad fue motivo de orgullo y autoconfianza, y acicate para seguir acosando a los cristianos: dominaban el este del Adriático y amenazaban de forma inminente a Hungría, al Sacro Imperio y a Italia. En 1480 comenzaron sus incursiones contra la península italiana por Tarento y Brindisi, con destrozos como el de una de las bibliotecas mejores de Europa. Otranto, en el extremo sureste de la península, cayó en sus manos, y cometieron allí mil atrocidades. Cundió el temor de que la misma Roma estuviera próxima a sufrir la suerte de Constantinopla, por lo que se hizo un esfuerzo internacional para expulsar a los turcos, favorecido por la muerte, al año siguiente, de Mehmet II y por los problemas de la sucesión. En todo caso, el Imperio otomano se había convertido en una superpotencia en plena expansión, con un temible ejército muy nutrido de artillería y una marina que en 1490 contaba ya con 200 galeras, muy superior a cuanto pudiera oponerle cualquier país cristiano, y que iba a predominar en el Mediterráneo durante muchas décadas.

Otra consecuencia de gran calado fue el paso del centro de la religión ortodoxa a Moscú. Después de que los mongoles aplastaran en el siglo XIII a Kíef, Moscú creció en potencia, aun si tributaria de la Horda Dorada. En 1380 los moscovitas habían derrotado a los mongoles en Kulikovo, reforzándose aun sin romper el vasallaje a la Horda. El papa Pablo II tentó

al gran príncipe de Moscovia, Iván III, con la gloria del recobrar Constantinopla y su herencia, y el emperador Federico III ofreció coronarle rey. Iván replicó que era soberano por la gracia de Dios y no precisaba ningún título otorgado. En realidad no le convino reconquistar Constantinopla: interpretó su caída como castigo divino por su herejía al haberse reconciliado con Roma y defendió la idea de que Moscú sería la tercera y definitiva Roma, centro de la verdadera fe con derechos universales. Tal era el prestigio que la «ciudad eterna» retenía a lo largo del tiempo. La política exterior de Iván consistió en ampliar el territorio moscovita, hasta triplicarlo, en guerras con otros estados rusos como Nóvgorod, así como con Polonia, Lituania o Suecia. Internamente impuso un poder extremadamente autoritario incluso sobre los nobles boyardos y con supeditación del patriarcado ortodoxo a su política, fundando el sistema autocrático y expansivo que caracterizaría en adelante a Rusia.

Terminó asimismo la Guerra de los Cien años en 1453. A principios de siglo, los ingleses insistieron en su tenaz ataque a Escocia y aplastaron una rebelión galesa. Después, aliados con los borgoñones —en cuyas manos cayó París—, se volvieron contra Francia, chocando en 1415, en Azincourt. Los francesas triplicaban o cuadruplicaban a sus contrarios, pero el arco largo inglés volvió a demostrar su letal eficacia frente a la caballería pesada e infantería de sus enemigos, entre quienes hizo una carnicería (los prisioneros fueron matados a hachazos). Francia perdió la flor y nata de sus nobles, dejando al estado a la deriva, e Inglaterra extendió su hegemonía sobre la mitad del país.

Como compensación parcial, las naves castellanas volvieron a destruir en 1419 una armada inglesa y alemana de la Hansa en La Rochela, mismo lugar donde habían

aplastado a la escuadra inglesa cuarenta y siete años antes; y ante la piratería inglesa y berberisca, la escuadra castellana prosiguió atacando la costa sur de Inglaterra y las bases islámicas. Castilla se erigía así como primer poder naval en el Occidente europeo.

Trece años después de Azincourt una campesina iletrada, Juana *la Doncella* o Juana de Arco, que se sentía inspirada por Dios, despertó el patriotismo francés, logró levantar el sitio de Orleans y codirigió una campaña por el Loira culminada en la batalla de Patay, en 1429, cuando la caballería gala sorprendió y masacró a los arqueros enemigos. Juana quería acabar de expulsar a los ingleses, mientras que el rey, Carlos VII, seguía una política pactista y lenta, que desmoralizaba y daba mal resultado. Finalmente Juana fue capturada por los borgoñones, aliados de los ingleses, condenada a muerte por supuesta herejía y quemada en la hoguera en 1431. Tenía unos diecinueve años.

La suerte de los combates fue cambiando a favor de los franceses, cuya buena artillería destrozó en Formigny y Castillon a los arqueros y tropas enemigas. Y mientras el país sufría hambre y peste, expulsaron por fin a los ingleses, menos de Calais. En Inglaterra, la lucha fue seguida por treinta años de guerra civil, conocida como «de las Dos Rosas», que perjudicó al poder nobiliario y facilitó el ascenso social de los comerciantes, así como de una nueva dinastía, los Tudor.

La Guerra de los Cien Años revolucionó la técnica militar, debilitando el papel de la caballería pesada y luego de los arcos largos (la ballesta permanecería) y fortaleciendo el de la artillería y la infantería ligera. Francia reapareció como gran potencia, anexionándose Borgoña, Bretaña y Provenza. Con Carlos VIII, los franceses volvieron a intervenir en

Italia, arrebatando pasajeramente Nápoles a los aragoneses.

* * *

Para España, el siglo XV puede caracterizarse como «el de los Trastámara». Intentando salvar a Constantinopla, también a principios de siglo, Enrique III el Doliente, buscó alianza con Tamerlán. Sus embajadas fracasaron porque el jefe mongol falleció enseguida y su imperio se desmoronó. Quedó no obstante uno de los mejores libros de viajes de la época, la *Embajada a Tamorlán*, de Ruy González de Clavijo. Por entonces comenzó la conquista de las Islas Canarias y la de Granada, interrumpida a la muerte del rey, en 1406. Seguiría un largo período de desorden y luchas nobiliarias que amenazaban arruinar los logros anteriores.

En la corona de Aragón fue preciso encontrar nuevo rey al fallecer en 1410, sin sucesión, Martín *el Humano*. Delegados de los reinos de Aragón y Valencia, y del principado catalán (Mallorca quedó sin voz ni voto) eligieron en Caspe al Trastámara Fernando de Antequera, hermano del Doliente. Este «Compromiso de Caspe» tendría la mayor relevancia en la reunificación de España.

El hijo de Fernando, Alfonso V *el Magnánimo,* afianzó el poder de Aragón en Nápoles, Sicilia y Cerdeña, guerreando contra los franceses, el Papado y las principales ciudades italianas. Solo hacia 1442 se salió con la suya. El monarca irritó a los nobles catalanes al autorizar a los campesinos a tratar la supresión de las «costumbres inicuas» o «malos usos». Los señores frustraron su propósito, pero una guerra civil de diez años entre los señores y el pueblo llano, desde 1462, acabaría de arruinar al Principado. Casi simultáneamente estallaba en Galicia la revuelta de los *Irmandiños*. Cataluña y Galicia eran las regiones donde el campesinado sufría mayor despotismo de los magnates.

Pero el proceso principal del siglo en España comenzaría con el reinado de los Reyes Católicos, matrimonio de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, en 1479, que puso fin al desorden anterior. Castilla era mucho más extensa, poblada y rica que Aragón, pero gran parte de la política conjunta, sobre todo la exterior de lucha contra Francia, iba a seguir más bien la tradición aragonesa. Los dos tenían el firme designio de culminar la Reconquista acabando con el reino de Granada y uniendo todos los reinos peninsulares, y lo conseguirían con un esfuerzo tenaz, utilizando tanto la política matrimonial como la guerra y la diplomacia. Solo les iba a fallar Portugal, por la muerte prematura de su hija Isabel de Aragón, casada con el rey portugués Manuel I, y del hijo de ambos, fallecido con dos años.

Los Reyes Católicos innovaron en la organización del Estado, y no es exagerado decir que crearon el primero de los llamados modernos. Hasta entonces, el Estado, como en el resto del continente, había sido muy sumario, compuesto por el rey y oligarquías nobiliarias, con peso de potentados comerciales, cortes o parlamentos, e instituciones municipales y cargos ocasionales, sin ejército ni policía permanentes. Los Católicos crearon un Estado más racionalizado, sistemático y objetivo, con un cuerpo de policía, la *Santa Hermandad*, un embrión de ejército permanente y una marina real, «la escuadra de galeras de España»: antes, las armadas se formaban contratando barcos de particulares. Medidas luego imitadas en otros estados. Los reyes reafirmaron su poder frente a la díscola nobleza, organizaron un sistema de consejos (de Estado, Hacienda, Aragón, Castilla, Órdenes Militares, Santa Hermandad, Inquisición), esbozo de los ministerios posteriores, escogiendo a los consejeros más por valía (universitarios a menudo) que por linaje; y mejoraron la justicia con las

audiencias reales, tribunales supremos que alejaban la ley de la arbitrariedad oligárquica. Fernando también suavizó algo la situación de los campesinos catalanes mediante la sentencia arbitral de Guadalupe.

No menos efectividad que las reformas políticas tuvo la religiosa acometida por el cardenal Cisneros con respaldo regio. En toda Europa se elevaban desde tiempo atrás clamores reformistas, aunque divergentes: unos querían debilitar a la Iglesia jerárquica, otros fortalecerla. Todos denunciaban la ignorancia y corrupción frecuentes en el clero, alto y bajo, por afán de dinero y relajo del celibato. Cisneros trataba de combatir las corrupciones y robustecer la tradición. No obstante, la reforma fue aplicada con flexibilidad en casos especiales, y así el Cardenal Mendoza, uno de los personajes más inteligentes e ilustrados de la época, gran apoyo de Colón, tuvo al menos dos amantes sucesivas, y sus hijos con una de ellas fueron reconocidos como legítimos por la reina Isabel, en virtud de los extraordinarios servicios del cardenal a la corona. La reforma perseguía también elevar el nivel cultural tanto de los clérigos como del pueblo. A este último efecto, el cardenal propició la traducción a lengua vulgar del Nuevo Testamento y otras partes de la Biblia, y de obras de teología; y fundó la Universidad de Alcalá, donde se compuso la Biblia Políglota en hebreo, griego y latín, una obra nunca antes acometida y de vasto alcance, pues se la consideraba la palabra de Dios. El Estado asumía ciertas atribuciones religiosas, pero muy alejadas del cesaropapismo bizantino y ruso, o de los posteriores intentos franceses o ingleses de crear iglesias nacionales contra Roma (galicanismo y anglicanismo). Esta reforma tendría máxima repercusión histórica, pues iba a ser, pocos decenios después, el cimiento de la lucha contra la expansión

protestante, en la que España llevaría la parte principal y más ardua.

Con la toma de Granada y la posterior reincorporación de Navarra por Fernando, los Reyes Católicos culminaron la Reconquista iniciada oscuramente casi ocho siglos antes en montañas recónditas de Asturias. El largo contacto entre España y Al Ándalus había originado forzosamente préstamos culturales mutuos, y a menudo se habla de un país «de tres culturas», con la hebraica; pero se trata de una distorsión ideológica. Entre hispanos y moros prevaleció siempre la hostilidad, por la realista convicción de que el triunfo de unos significaba la ruina política, económica, lingüística y cultural de los otros. Se adoptaron recíprocamente algunas costumbres, formas de vestir, vocablos, rasgos en la arquitectura, etc., pero lo llamativo no son esas influencias, sino su escasez para una relación tan larga. La ocasional tolerancia fue impuesta por circunstancias, y ajena a cualquier simpatía o noción de igualdad de derechos. A su vez, cristianos y moros veían en los judíos una minoría extraña, perseguida o tolerada según las circunstancias.

La Guerra de Granada comenzó a raíz de temerarias incursiones de los musulmanes en 1482 y terminaría diez años después. El éxito repercutió en toda Europa, como compensación por los avances del poderío turco, que ya amenazaban muy seriamente el centro del continente y el Mediterráneo. España iba a desempeñar asimismo un papel esencial en la contención de la expansión turca por el Mediterráneo.

El proceso de reconquista española fue único en la historia europea y mundial, ya que ningún gran país islamizado había vuelto o volvería al cristianismo. Con sus

repoblaciones, peligros y luchas a menudo agónicas, había creado un tipo humano arriscado, audaz, sólidamente católico, sobrio, apto para mandar y obedecer y con destreza organizadora. El acervo psicológico creado por tan larga lucha se combinaría con el personalismo, afán de gloria y de riqueza propios del espíritu renacentista, y esas cualidades iban a demostrarse ampliamente durante un siglo y medio.

Al final de la Reconquista, España emergía como una de las mayores potencias europeas, según iba a comprobarse en el enfrentamiento con Francia por Nápoles, donde los franceses llevarían la peor parte. España vivía una época de pujanza en todos los órdenes, pero aun así, Francia triplicaba al menos su población, con un agro más productivo, por lo que los Reyes Católicos buscaron asegurar la posición hispana mediante alianzas matrimoniales con Inglaterra y el Sacro Imperio, rodeando al país vecino. La política francesa durante siglos trataría precisamente de romper ese cerco.

* * *

Al terminar el siglo se habían definido más las diferencias entre las tres Europas formadas en la Edad de Supervivencia: la de los imperios orientales, la de los imperios centrales y la de las naciones occidentales. Uno de sus rasgos era la persistencia de la servidumbre campesina, residual en la parte occidental, más numerosa en la central y reforzada en la oriental. Las naciones y el Sacro Imperio eran también las zonas más prósperas y urbanizadas; por el momento permanecían católicas, aunque dejarían de serlo parte de ellas durante el siglo siguiente. Las naciones despegaban como los núcleos más dinámicos del continente cultural, política y militarmente.

En la parte oriental, la Rusia ortodoxa iba erigiéndose en gran potencia con excepcional fuerza expansiva. Al oeste de

Rusia, polacos y lituanos afirmaron su alianza en una confederación después de haber derrotado a los caballeros teutónicos en Grunwald (1410), golpe del que ya no se repondría la orden. Los lituanos se cristianizaron pronto y el Imperio polaco-lituano se convirtió en una gran potencia extendida desde el mar Báltico a las proximidades del Negro, abarcando a gran parte del antiguo reino de Kíef y, bajo la dinastía Jagellón, a Hungría y Bohemia, formando una fuerte barrera frente a Rusia y a los otomanos.

La Europa Central continuó integrada en el Sacro Imperio Romano-Germánico, concebido para unir a la cristiandad según el ideal de un *Corpus christianum* regido por el emperador para los asuntos terrenos, en armonía con el pontífice para los espirituales, aunque esa armonía pocas veces marchase bien. En realidad, el Imperio constituía un mosaico de territorios cuasi independientes, dominados por familias nobiliarias pugnaces entre sí: construcción poco funcional y en crisis casi permanente, pese a lo cual subsistiría muchos siglos. Con todo, el trono imperial no dejaba de tener prestigio por su pretensión de heredar de algún modo a la antigua Roma, con sus propósitos universalistas: se lo consideraba un honor supremo y por él solían competir monarcas y potentados de diversos países. Su parte más dinámica y prácticamente soberana fueron las prósperas ciudades comerciales italianas y alemanas, varias de estas últimas federadas en la Liga Hanseática, incursas en frecuentes luchas comerciales. En todas ellas se produjo un notable florecimiento artístico. En 1365 se había regulado el nombramiento de emperador a partir de siete príncipes electores, sin injerencia papal y dentro de una dinastía. Extinguida la Hohenstaufen en 1268, pasaron a primer plano los Habsburgo, una rama de los cuales incidiría profundamente en los destinos de España.

En la Europa de las naciones, Dinamarca, Suecia y Noruega, en conflicto con la Hansa, habían formado a finales del siglo XIV la Unión de Kalmar. La unión fue poco efectiva en Suecia, que descolló a lo largo del siglo XV como nación aparte y capaz de dominar la cuenca del Báltico. Pero las naciones de mayor peso al final de la Edad de Asentamiento eran las cuatro más occidentales: Inglaterra y Francia, debilitadas tras la Guerra de los Cien Años, más España y Portugal. Francia era la más poblada, y tras haber expulsado a los ingleses había absorbido la Borgoña interior. El estado borgoñón incluía los Países Bajos, pasando estos últimos al Sacro Imperio, gobernado por los Habsburgo, lo cual había de repercutir sobre España.

Inglaterra había dominado Gales y en menor medida Irlanda, retenía Calais y mantenía sus designios, de momento frustrados, de adueñarse de Escocia. Sus fracasos en Francia y guerras internas no le impidieron continuar como centro intelectual de primer orden con las universidades de Oxford y Cambridge, siendo ya Londres una de las grandes ciudades europeas, de unos 50.000 habitantes. Escocia obligó a saber letras a cuantos administraban justicia y se dotó de universidades. La enseñanza sería en adelante un punto fuerte de la productiva cultura escocesa.

Portugal vivía un momento glorioso. En 1415 había conquistado Ceuta e iniciado su expansión por el Atlántico. Al año siguiente, el infante Enrique *el Navegante* fundó en Sagres, al extremo suroeste del país, una escuela de navegación y confección de mapas. En 1427 los portugueses descubrieron las Islas Azores, se lanzaron a explorar la costa africana y en 1488 Bartolomé Díaz había llegado al extremo sur del continente, el Cabo de las Tormentas, rebautizado

luego como de Buena Esperanza.

En cuanto a España, 1492 vino sellado, además de por la toma de Granada, por la publicación de la *Gramática castellana,* de Antonio de Nebrija, típico humanista (astrónomo, historiador y poeta, además de filólogo). La importancia del hecho radica en ser probablemente la primera gramática de una lengua vulgar, indicio de grandes ambiciones también imperiales según su expresión «la lengua es compañera del imperio», como había sido el latín. Y aquel año presenció asimismo un hecho transcendental que abría paso a una nueva era, no solamente en la historia de Europa, sino también de la humanidad: el descubrimiento de América.

También en 1492 fueron expulsados los judíos de España. Para el cristianismo popular, los judíos habían cambiado de pueblo elegido por Dios a pueblo deicida, y sobre esa base circulaban leyendas de crímenes rituales judaicos. La mayoría de los judíos eran pobres, pero parte de ellos se enriquecían como prestamistas, siendo calificados de usureros y avaros; o se encargaban del cobro de impuestos, lo cual los hacía odiosos para la población. En Inglaterra, Francia y otros lugares habían sido expulsados, y con la Peste Negra, y por influjo francés a través de Navarra, un antisemitismo sanguinario de extendió por la península. El Renacimiento también fue acompañado de un notorio antisemitismo.

En Castilla los judíos habían gozado de más protección y derechos que en el resto de Europa, y al mismo tiempo se procuraba convertirlos al cristianismo, con resultados medianos. En 1413 el papa Benedicto XIII auspició en Tortosa un debate entre rabinos y teólogos cristianos. Los rabinos afirmaban que Jesús no era el Mesías, porque este

debía ser un líder político que restaurase el reino de Jerusalén, y entretanto la gente no lo precisaba, pues le bastaba con cumplir la Ley. Las discusiones duraron meses y muchos judíos se bautizaron. Los rabinos lo interpretaron como prueba del peligro de contacto con los gentiles, y acusaban también a los judíos ricos de despertar la cólera de los cristianos con su ostentación, y de ser los primeros en renegar a la hora de la prueba. La misma crítica hacían conversos como Alonso de Palencia: «Extraordinariamente enriquecidos por oficios muy particulares, se muestran por ello soberbios, y con arrogancia insolente intentan apoderarse de los cargos públicos después de haberse hecho admitir, a precio de oro y contra todas las reglas, en las órdenes de caballería, y se constituyen en bando», incluso con fuerza armada, «y no temen celebrar, con la mayor audacia y a su antojo, las ceremonias judaicas».

Al principio, los Reyes Católicos favorecieron a los hebreos: «Los mandamos tolerar y sufrir, y que vivan en nuestros reinos como nuestros súbditos y vasallos». Pero la situación empeoró cuando la Inquisición se extendió de Aragón a Castilla en 1478, con el nombre de Inquisición española y dos novedades: no dependía de los obispos, como la Inquisición anterior, sino de la corona; y actuó con más celo contra los conversos acusados de judaizar en secreto. Las acusaciones llevaron al decreto de expulsión en el año citado, que valió a los Reyes Católicos enhorabuenas de toda Europa.

Fue una expulsión distinta de las anteriores en otros países, donde habían sido obligados a irse repentinamente, confiscando sus bienes la corona o los nobles. En este caso se les dieron cuatro meses para arreglar sus asuntos y vender sus propiedades. Bajo tal amenaza, y con promesas diversas, se prodigaron las exhortaciones a bautizarse.

Muchos lo hicieron, pero otros prefirieron el exilio. El número de estos se ha estimado en cientos de miles, pero la población judía era pequeña y no debieron de pasar de unos 60.000, según los cálculos de Luis Suárez sobre las aljamas o juderías existentes. Contra otra idea extendida, la expulsión no causó grave daño económico, pues era pequeño el peso de los judíos en la economía, entonces en pleno auge.

Las razones de la expulsión no mentaban los supuestos crímenes rituales, en los que no creían las persona ilustradas. Incluían la usura: «Hallamos a los dichos judíos, por medio de grandísimas e insoportables usuras, devorar y absorber las haciendas y sustancias de los cristianos». Pero el motivo real y principal fue el peligro de contagio herético. La herejía se consideraba entonces un grave peligro de descomposición social. Y en la estela de la racionalización del Estado pesaba más que antes la búsqueda de la homogeneidad religiosa, y la norma de que una misma fe debía unir al príncipe y al pueblo.

# CUARTA PARTE

# EDAD DE EXPANSIÓN

# 16

# La era de los descubrimientos

La significación histórica del descubrimiento de América radica en que por primera vez desde el origen del ser humano iba a conocer este el planeta tal como era en la realidad, en todos sus continentes; e iban a entrar en contacto más o menos estrecho, fructífero o traumático, todas las civilizaciones y gran parte de los pueblos del mundo. Y la inmensa América iba a transformarse en el territorio principal de ultramar donde se asentaría la civilización europea.

El mundo era entonces muy distinto del de diecisiete siglos antes, cuando Escipión llegaba a Tarragona, iniciando el cambio de rumbo de la II Guerra Púnica. Desde entonces se habían desvanecido en el aire del tiempo innumerables culturas precivilizadas, como la céltica, la ibérica, la germánica, la huna, la vikinga o la eslava primitiva, la búlgara, la magiar y muchas más, unas aniquiladas, otras absorbidas, si bien algunas habían dejado huellas sobre culturas y civilizaciones posteriores. Y habían perecido civilizaciones poderosas, que parecían hechas para vencer al tiempo, como la cartaginesa, la helenística, la romana; y acababa de caer la bizantina. Por Asia, varias civilizaciones persas e indias y otras menores habían sido demolidas; la china había sufrido desórdenes, invasiones y conquistas que no habían llegado a destruirla; permanecía Japón al abrigo del mar, que lo había salvado de los mongoles. La oscuridad del Asia Central había engendrado una y otra vez mareas de

pueblos nómadas que habían aplastado a grandes imperios y sacudido a todos: ya no volvería a ocurrir, pero eso era imposible adivinarlo entonces. Muchos elementos culturales, en especial el legado latino y griego, permanecían, aun si harto transformados o reinterpretados en Europa; el judaísmo, pese a carecer de territorio propio, persistía en comunidades dispersas por Europa, Asia y África, e influía en el cristianismo a través de la Biblia. Había nacido la civilización islámica en permanente contienda con otras, especialmente con la europea.

También el mundo conocido en Europa a finales del siglo XV difería mucho del de cinco siglos antes, cuando comenzaba la Edad de Asentamiento y solo arribaban noticias vagas de más allá de los Urales o Mesopotamia. De tiempos antiguos, la Ruta de la Seda, desde China, había abierto tráfico comercial, pero los conocimientos mutuos eran escasos y en buena medida fabulosos, incluso después de que viajeros como el veneciano Marco Polo trajeran noticias del interior de Asia, a principios del siglo XIV. Contados europeos, comerciantes o misioneros, se arriesgaban por aquellas tierras sin fin, tan distintas de las propias, y hay pocas noticias de un interés recíproco hacia Europa. Las victorias otomanas volvieron a taponar o encoger las relaciones.

Y ya que los contactos entre pueblos y civilizaciones iban a intensificarse por mar, podemos trazar un breve esbozo de la situación. Al principio de la Edad de Asentamiento europea, la dinastía Song había reunificado China e inaugurado un período de prosperidad, expansión urbana y actividad cultural; aunque perdiendo regiones en el siglo XII, su dinámica había continuado hasta la invasión mongólica, completada en 1279, por el tiempo del final de las Cruzadas

en Tierra Santa, de las discusiones de dominicos y franciscanos, etc. Los mongoles habían desarticulado la economía y causado terribles hambrunas, pero habían terminado por adoptar la cultura china. China era, con diferencia, el país más poblado de la Tierra, pero la Peste Negra habría matado a la mitad de sus 120 millones de habitantes.

La dinastía Ming había expulsado en 1368 a los mongoles, y permanecía cuando el descubrimiento de América. Unas décadas antes, los emperadores chinos habían construido una enorme flota de cientos de buques mucho más grandes que los europeos. Con ellos, los chinos exploraron y entablaron tratos comerciales y diplomáticos por el sur de Asia y hasta África. Tenían medios técnicos y materiales perfectamente capaces de cruzar el Pacífico y descubrir América desde el este, pero no lo hicieron, seguramente por la inmensidad asustante del mar, misma razón por la que no se había cruzado nunca el Atlántico (quizá lo habían hecho ocasionalmente los vikingos por la parte norte, mucho más fácil y corta, y sin sentar precedente). Pero incluso sus expediciones al sur de Asia se detuvieron, fuera porque los beneficios no compensaran o porque un redoblado confucismo fomentase una política de aislamiento. En el siglo XVI China iba a recibir la visita de portugueses y españoles partiendo del Índico y del Pacífico, este último nunca antes cruzado.

En India, árabes y persas islámicos se habían asentado en el norte y valle del Ganges a finales del siglo XII, y en el XIII los turco-mongoles habían impuesto desde Delhi un sultanato musulmán sobre gran parte del subcontinente. Sus presiones islamizadoras habían tenido poco éxito sobre la población afecta a la religión hindú traída de muy antiguo

por los arios, con su sistema de castas. A finales del siglo XIV, Tamerlán arrasó Delhi, pero su poder duró poco. Por el centro y sur del país permanecieron un imperio indio (*Vijayanagara*) y un sultanato islámico (*Bahmaní*). La civilización india difiere de la china, entre otras cosas, en que la china absorbió a sus conquistadores mientras que la india, no menos productiva, fue obra de sucesivas mareas invasoras, con frecuente formación de imperios y reinos, sin forjar una unidad política duradera. Al terminar el siglo XV, los indios estaban a punto de encontrarse con un pueblo lejanísimo con el que nunca habían tenido trato: en 1487 el portugués Bartolomé Díaz descubría el límite entre el Atlántico y el Índico, y once años más tarde Vasco de Gama contorneaba la costa oriental africana y llegaba al suroeste de India.

Al Islam, sus divisiones y luchas intestinas no le habían impedido resistir bien a las Cruzadas, que a su vez frenaron largo tiempo el empuje musulmán hacia Europa. Y su religión había seguido expandiéndose por India, islas de la Sonda y, a finales del siglo XV, por Filipinas; en África descendía hasta la actual Tanzania, teniendo en la isla Zanzíbar una base esencial y centro de un activo tráfico de esclavos, habitualmente castrados para impedirles reproducirse. Así, el Islam se había impuesto en el contorno de la mayor parte del Índico y expulsado al cristianismo de Asia y África. A mediados del siglo XIII, el Oriente Próximo, centro histórico de la expansión musulmana, sufrió la invasión mongola, que arrasó la zona, aplastó a los últimos abasidas, diezmó a la población y dejó en ruinas Bagdad y otras ciudades emblemáticas. Aun así, el Islam ganaría una nueva batalla al convertir a los mongoles a su doctrina; pese a lo cual, Tamerlán volvería a arrasar Bagdad. En el Mediterráneo, los retrocesos moros en España fueron de

sobra compensados cuando los otomanos conquistaron Anatolia y la Europa suroriental. De modo que cuando tenía lugar el descubrimiento de América, el Islam amenazaba a Europa con más peligro que cuando en el siglo VIII los árabes alcanzaban España y Francia.

* * *

La historia del Descubrimiento[7] empezó en el monasterio de La Rábida, situado en una pequeña altura dominante sobre la desembocadura de los ríos Tinto y Odiel y una gran extensión de mar, bien al oeste de las «Columnas de Hércules», en un paisaje de fuerte dramatismo. Los fenicios habían dedicado allí un templete a Melkart, dios protector de la navegación. Roma lo había sustituido por otro consagrado a Proserpina, la diosa que vivía seis meses bajo tierra. Más tarde sería un *ribat*, especie de monasterio de los monjes-caballeros almorávides, de donde viene el nombre (ribat-Rábida), para pasar por breve tiempo a los templarios y más tarde a los franciscanos. Según la leyenda, un día de otoño o invierno de 1485 llegarían al lugar, en condiciones precarias, el marino Cristóbal Colón y su hijo Diego, aún niño. Venían de Portugal, donde Colón no había hallado eco a su plan de llegar a Las Indias por el oeste. Los frailes Antonio de Marchena y luego Juan Pérez, astrónomos, lo acogieron con interés, y de ahí derivarían los contactos y tenaces empeños en la corte de los Reyes Católicos hasta que fue aceptada la propuesta de Colón. Nuevas técnicas, en especial la brújula y tipos de embarcaciones más ligeras y resistentes a los temporales, como las carabelas, un invento portugués, permitían ya largas travesías por alta mar, pero la desconocida vastedad del océano seguía impresionando los ánimos. Colón encontró también dos coprotagonistas en los hermanos Pinzón, avezados marinos andaluces.

El plan suponía que la Tierra no era plana, como creía el vulgo, sino esférica, según pensaban muchos navegantes y científicos (aun con problemas como el de explicar cómo andarían los antípodas cabeza abajo), y sin imaginar siquiera la existencia de un continente gigantesco entre la costa atlántica europea y Cipango (Japón). Los expertos de la corte consideraban erradas las distancias calculadas por Colón, como así era, y no favorecían la empresa; pero el proyecto sugestionó a cortesanos influyentes y fue por fin aceptado y financiado. Así, unos cálculos erróneos y una idea equivocada sobre las tierras a encontrar, darían lugar, no obstante, a uno de los descubrimientos más transcendentales de la historia humana.

Colón era un personaje singular. Su designio tenía clara vertiente económica, pues abriría una nueva ruta, seguramente provechosa, hacia la fuente de las especias, la seda y otras mercancías con que se habían enriquecido algunas ciudades italianas. Portugal buscaba lo mismo rodeando África. El interés utilitario se mezclaba, incluso supeditaba a propósitos místicos y espirituales: el religioso de cristianizar aquellas tierras y de recuperar Jerusalén, ambición permanente en Europa. En su *Libro de las profecías*, el descubridor indica que «había de salir de España quien había de reedificar la casa de Sion»: se refería a sí mismo, pues creía profético su nombre, Cristóbal, «el que lleva a Cristo». Y pensaba hallar el Paraíso Terrenal de la Biblia. Creyó haber llegado a la India, y de ahí el inadecuado apelativo de *Las Indias* a las nuevas tierras y de *indios* a los aborígenes. Por otro error, el nombre del continente le fue hurtado por unos cartógrafos alemanes que lo bautizaron «América» en honor de Américo Vespucio, un navegante florentino secundario y fantasioso, naturalizado castellano como otros italianos asentados en España.

Otra peculiaridad de Colón es el misterio de que rodeó siempre su origen. Se dijo a veces genovés, pero no hay en su trayectoria conocida, en sus escritos, lenguaje y actitudes —muy identificadas con España—, nada que lo confirme, a pesar de los documentos italianos de la *Raccolta*. Ello ha originado especulaciones de lo más variopinto, sin solución clara hasta hoy.

* * *

Al descubrimiento de América el 12 de octubre de 1492 siguieron expediciones en cadena. En 1498 Colón llegaba a la desembocadura del Orinoco, al año siguiente Alonso de Ojeda a la actual Colombia. Hacia 1509 terminaba la conquista de las grandes Antillas; en los años siguientes Núñez de Balboa y otros exploraban América Central y descubrían el Pacífico, y Ponce de León exploraba la Florida. En 1515-16 Díaz de Solís, llegaba a las costas de los actuales Brasil, Uruguay y Argentina. En 1519 zarpaba la flotilla de Magallanes, que descubrió el paso del Atlántico al Pacífico por el sur y diversos archipiélagos, en particular las Filipinas, donde murió en lucha con los indígenas. Su sucesor al mando, Elcano, completó la primera vuelta al mundo en 1522. Un año antes Hernán Cortés emprendía la conquista de Méjico, ampliándola luego con exploraciones hacia el norte y el sur. En 1526 Francisco Pizarro resolvía intentar la conquista del Perú. En 1528 Cabeza de Vaca naufragaba en las costas de Florida y empezaba con unos pocos compañeros una odisea de ocho años a pie por el sur de la actual Usa y norte de Méjico; también sería el primer europeo en avistar las cataratas del Iguazú, después de explorar el río Paraguay…

La relación de navegaciones, descubrimientos y conquistas de aquellos años podría hacerse interminable. Al

contrario que otras acciones semejantes, fueron realizados por grupos pequeños de exploradores-soldados y marinos, entre dificultades nada comunes, desde tormentas o enfermedades hasta las flechas envenenadas de los indios, debiendo recorrer enormes distancias, por tierras desconocidas, con medios materiales muy escasos. Solían ir acompañados de misioneros, y sus motivaciones eran claras: cristianizar a las poblaciones, ganar gloria y, por supuesto, fortuna. Esto último lo conseguirían pocos, y la mayoría morirían pronto, en combate o por los ímprobos sacrificios, soportados «con ánimo esforzado».

* * *

El descubrimiento de América y las expediciones subsiguientes abrieron literalmente un mundo nuevo, desconocido tanto en Asia o África como en Europa, y cambiaron la imagen que del planeta se tenía hasta entonces. El hombre había llegado allí tarde, por Alaska, en fechas tan variantes los 13.500 y los 50.000 años a. C., según estimaciones de estudiosos. La mayor parte de su población se componía de tribus errantes, animistas, dedicadas a la caza, pesca y recolección y con extraordinaria variedad de lenguas. Los que encontró Colón vivían en estado salvaje, semidesnudos, con técnicas rudimentarias. Los grupos tribales solían guerrear entre ellos, siendo asesinados los varones vencidos y esclavizadas las mujeres, como ocurría en las guerras primitivas europeas.

Pero los descubridores hallarían también culturas complejas, asimismo muy distintas de las conocidas en el viejo continente. En los actuales Méjico y Perú, los indios habían accedido a la agricultura y el sedentarismo más o menos por la misma época que en Oriente Medio, y de ahí civilizaciones sucesivas, destruidas unas por otras, o por

causas menos identificables. Cuando el descubrimiento, en Méjico dominaba un imperio mexica o azteca, y en Perú el inca o *Tahuantinsuyu* («Cuatro Partes»), los dos más importantes del continente.

Pese a hallarse incomunicados entre sí por miles de kilómetros de selvas y montañas, ambos imperios tenían semejanzas: habían sido precedidos por otros a lo largo de miles de años, se habían asentado hacia el tiempo de las Navas de Tolosa y del gótico en Europa; habían fundado dos grandes centros urbanos, Cuzco o Cusco los incas, Tenochtitlán los aztecas, bases para la conquista de los pueblos vecinos; habían creado sociedades rígidamente jerarquizadas, clerocrático-militaristas, y adoraban al sol como dios superior (*Huitzilopochtli* los mexicas e *Inti* los incas).

Tenochtitlán y Cuzco tenían edificios religiosos y políticos de una monumentalidad que admiró a los españoles, los cuales comparaban a Cuzco con las mejores ciudades de España; y les deslumbró Tenochtitlán, construida sobre islotes de un lago poco hondo, unida por calzadas a tierra firme y con canales llenos de canoas. Se le ha atribuido medio millón de almas y más, pero difícilmente pasaría de 50.000 a 100.000, cifra en todo caso muy alta: en Europa, mucho más extensa y desarrollada agrícola y técnicamente, Londres tendría unos 50.000, y solo París, Nápoles, Venecia o Milán pasarían algo de los 100.000 (estimaciones variables según autores). Los dos imperios dominaban a muchos pueblos mediante ejércitos bien entrenados, y habían construido una red de calzadas de interés militar, comercial y administrativo. Ambos habían alcanzado conocimientos notables en astronomía, matemáticas y medicina, cultivaban la poesía, la música, la canción, y se divertían con fiestas y espectáculos.

Estos logros resultan más sorprendentes habida cuenta de su baja tecnología. Sus aperos agrícolas eran muy rudimentarios, poco más que estacas aguzadas, y sin arado, salvo uno muy primitivo los incas. En algunos lugares obtenían cosechas pingües, con mucho empleo de fuerza humana. Aún más limitador era su desconocimiento de la rueda, por lo que las mercancías se transportaban a hombros de personas, también de llamas y alpacas los incas. Su técnica naval se reducía a canoas los aztecas y balsas los incas. Los primeros ignoraban el empleo de los metales, y los segundos usaron algo el bronce. Los dos trabajaban el oro y la plata con objetivos suntuarios y religiosos, no económicos, por lo que les asombraría la avidez de los hispanos por ellos. El comercio se hacía casi siempre mediante el trueque: la moneda era muy primitiva entre los mexicas (granos de cacao o trozos de tela de diverso tamaño), e inexistente en Tahuantinsuyu. Los aztecas tenían escritura, no así los incas, aunque se servían de *quipus*, cuerdas anudadas y coloreadas, para recordar datos y cifras (algunos creen que equivalían a una escritura propiamente dicha, pero no está claro).

Tales limitaciones convierten en fantasía las estimaciones de población que atribuyen a cada imperio doce, veinte o treinta millones de habitantes. El imperio mexica, con la extensión aproximada de España dentro del actual Méjico (nación que ha tomado de aquel el nombre, aunque abarca al cuádruple de territorio) es más que improbable que llegase a la mitad de los cinco-seis millones que España, con técnica muy superior en todos los órdenes, tenía en el siglo XVI. Lo mismo vale para el Imperio inca, que en su máxima expansión cuadruplicaba al azteca, pero con muy alta proporción de tierras estériles o selváticas y la misma pobreza técnica.

Como base alimentaria, los aztecas tenían el maíz, y los incas la patata, aunque disponían de una variedad de productos y habían elaborado una gastronomía bastante refinada. Entre los aztecas, la tierra era propiedad de los nobles y la trabajaban los campesinos en regímenes diversos de arrendamiento, servidumbre o esclavitud. Entre los incas, la propiedad agraria era colectiva o pertenecía a la familia gobernante, o a *Inti*.

Ambas civilizaciones valoraban la enseñanza. Al parecer, los aztecas la dispensaban a chicos y chicas de toda condición social desde los quince años, adaptada a su sexo, y los nobles la recibían especial. Sus métodos «espartanos» formaban personas endurecidas, capaces de soportar penalidades. La enseñanza incaica se aplicaba a la élite oligárquica y sacerdotal, durante cuatro años. La gente común se instruía por padres y ancianos en la religión, agricultura, artesanía, etc. Los niños crecían en una disciplina estricta, cuyos mandamientos básicos eran no robar, no mentir y no holgazanear. La transgresión conllevaba penas brutales: fue uno de los sistemas educativos más eficientes para limitar los impulsos e iniciativa de los individuos.

El orden y disciplina de la sociedad inca impresionaron a los hispanos, y algunos la estimaron superior a su propia conducta, forjada en el individualismo renacentista. El conquistador Serra de Leguizamón afirmó no existir entre los incas ni un ladrón ni un hombre vicioso, ni una adúltera ni una persona inmoral, salvo los contagiados por los españoles. Su sistema se ha comparado con una utopía socialista: sociedad muy jerarquizada, sin apenas iniciativa individual ni comercio particular. La actividad de envergadura la planificaba el Estado, una oligarquía con poderes inhabituales en otras culturas, y dentro de la cual la

lucha por el poder adquiría auténtico ensañamiento, cosa por lo demás no exclusiva de ella. La población debía construir calzadas, grandes edificios de pesados bloques de piedra encajados con increíble precisión, conducciones de agua, almacenes de alimentos para las expediciones militares y los tiempos de escasez. El matrimonio no parece haber sido objeto de celebraciones, sino un arreglo práctico. Como en el resto de América, existía la poligamia a beneficio de un grupo privilegiado, por lo que la sodomía estaba también muy extendida. El idioma político era el quechua, aunque existían cientos de lenguas más. Toda la población masculina podía ser reclutada para la guerra, lo que proporcionaba a los incas nutridos ejércitos.

Cien años antes de la llegada de los europeos, un estadista azteca llamado Tlacaelel había remodelado el imperio: modificó la religión, destruyó las crónicas anteriores y rehízo una historia de los aztecas como pueblo siempre victorioso. Propios de su cultura fueron los masivos sacrificios humanos, seguidos de canibalismo. Se ofrendaban hombres, mujeres y niños a diversos dioses, especialmente a Huitzilopochtli. El sol, con su paso diario por el firmamento, dispensador de luz y vida, siempre impresionó la psique humana. Para los aztecas, el fin del mundo podía acaecer cada cincuenta y dos años, y para evitarlo y merecer la vida, el sol debía ser nutrido con la sangre de corazones humanos. Alimentar al sol exigía capturar víctimas, a cuyo efecto instituyeron la guerra ritual o «florida». Aunque pocos pueblos llevaron los sacrificios humanos y el canibalismo al extremo de los aztecas, esas prácticas eran comunes por toda América, también entre los incas. Probablemente han sido universales hasta tiempos históricamente recientes.

Otra civilización que compartía muchos rasgos con las anteriores fue la de los mayas de Yucatán y Guatemala, que

se había derrumbado por razones desconocidas en el siglo IX. A la llegada de los conquistadores, la mayoría de sus ciudades y monumentos estaban sepultados por la vegetación selvática, y solo persistían en Yucatán poblaciones menores, muy decaídas y enemigas entre sí.

# 17

# Guerra, comercio y derecho internacional

Las expediciones portuguesas y españolas comenzaron también la era de los imperios europeos interoceánicos, que iban a extenderse hasta mediados del siglo XX. Los primeros, a partir del siglo XVI, fueron el español y el portugués; seguirían los de Inglaterra, Holanda y Francia. A su vez, Rusia cruzaría los Urales ampliándose hacia Siberia y poniendo fin a las grandes invasiones asiáticas. Aunque todos ellos tuvieran el carácter común europeo, difirieron mucho entre sí. El portugués se compuso la mayor parte del tiempo de enclaves militar-comerciales por África, Asia y América, mientras que el español abarcó grandes superficies y adoptó desde el primer momento un carácter más misional cristiano que los demás.

Hubo numerosas empresas exploradoras-conquistadoras españolas, casi todas acometidas por pequeños grupos de unos centenares de marinos o soldados. Las más exitosas y conocidas han sido las de Méjico y Perú. En los dos casos, la estrategia consistió en acercarse osadamente hasta el núcleo del poder enemigo y derrotarlo allí mismo: al tratarse de estados muy jerarquizados, el golpe precipitó su derrumbe. En Méjico, Cortés empleó a fondo la diplomacia para atraerse a los pueblos tiranizados por los mexicas y se benefició de algunas profecías supersticiosas, hasta capturar al emperador Moctezuma. Estuvo al borde de la catástrofe en «la noche triste», que eludió a base de audacia. En Perú, Pizarro explotó la guerra civil entre los incas a la muerte en

1527 de su rey Huayna Cápac. Su sucesor, Huáscar había hecho matar a un hermano suyo y a otros nobles, pero un tercer hermano, Atahualpa, se sublevó con ayuda de pueblos resentidos por las matanzas perpetradas por Huayna. Al llegar Pizarro, Atahualpa había capturado a Huáscar y torturado y asesinado a sus mujeres, hijos y sirvientes. Pizarro logró apoderarse de Atahualpa en una acción temeraria, y el poder inca se vino pronto abajo, no sin cruentas luchas. Cabe contrastar esos éxitos con fracasos como el de Pedro de Valdivia en Chile: aniquilada su tropa en una emboscada india, Valdivia fue atormentado durante tres días con conchas de marisco aguzadas, con las que le cortaban trozos de carne que cocinaban y comían ante él.

Las hazañas de los conquistadores tuvieron después muy mala prensa, resumida en el juicio del historiador del arte Ernst Gombrich: frente a los indios «pacíficos, pobres y sencillos», los españoles «eran feroces, crueles capitanes de bandoleros, increíblemente despiadados y de una inaudita falsedad y malicia para con los nativos, impulsados por una codicia salvaje hacia aventuras cada vez más fantásticas. Ninguna les parecía imposible, ningún medio les parecía demasiado malo para obtener el oro. Eran increíblemente valerosos e increíblemente inhumanos. Lo más triste es que aquellas personas no solo se llamaban cristianos, sino que afirmaban continuamente que cometían todas aquellas crueldades con los paganos a favor de la cristiandad».

Algo de verdad hay en lo de «las aventuras más fantásticas» y «ninguna les parecía imposible». Muchos se inspiraban en los libros de caballerías, de las que viene el nombre de California. «No fuera yo español si no buscara peligros», escribiría el literato Francisco de Quevedo. Sin embargo, aquellos *bandoleros* no solo se tenían por cristianos, sino que, después de los monjes de la Edad de las

Invasiones, hicieron el mayor esfuerzo cristianizador conocido, nunca igualado después; fundaron decenas de ciudades, que llegarían a ser las más bellas y racionales del continente, algunas bien conservadas hasta hoy; llevaron consigo miles de libros, y la imprenta tardó poco en funcionar a buen ritmo; crearon escuelas y universidades; hicieron estudios sobre la geografía, la historia y las gentes; trasplantaron vegetales alimenticios inexistentes allí, y pasaron a Europa otros como el tomate, la patata, el tabaco o el maíz. Llevaron ganado, y los mulos y asnos, junto con la rueda, libraron a los indios de trabajar como bestias de carga. Acabaron con los sacrificios humanos, el canibalismo o costumbres como la venta de niñas. Y pronto obraron según leyes, mejor o peor cumplidas, como todas (dieron lugar a luchas civiles entre los propios hispanos), pero que forman uno de los corpus más avanzados y humanitarios de cualquier época.

Obviamente, ocurrieron atrocidades, como en todos los choques de culturas y grupos sociales, antes y ahora; pero ¿cuántas atrocidades y en comparación con qué otros episodios? Se ha utilizado durante siglos como informe fidedigno el del dominico Bartolomé de las Casas *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, reflejado en el juicio de Gombrich. Las Casas ofrece datos como estos: la isla La Española (76.000 km2) tenía cinco grandes reinos, uno de ellos mayor que Portugal (90.000 km2), otro con una vega de 400 kilómetros (80 leguas) y 30.000 ríos cargados de oro. Entre Darién y Nicaragua, otros 2.500 kilómetros también repletos de riquezas. Guatemala tendría más de 500 kilómetros de lado. En el Imperio azteca cabrían cuatro y cinco Españas… Solo la Española habría «henchido a España de oro». En realidad había poco oro, y sería la plata el metal precioso más explotado.

Tales disparates geográficos apenas son nada comparados con los demográficos: las costas estaban «todas llenas como una colmena de gentes (…) que parece que puso Dios en aquellas tierras todo el golpe o la mayor cantidad de todo el linaje humano». No había región que no estuviera «pobladísima» y con «grandes urbes». En Nicaragua, con sus colosales riquezas «era cosa verdaderamente de admiración ver cuán poblada de pueblos, que cuasi duraban tres y cuatro lenguas en luengo», mucho mayores que cualesquiera de Europa (y de las que la arqueología no ha hallado rastro). La Nueva España, futuro Méjico, tenía muchas ciudades más habitadas que «Toledo y Sevilla y Valladolid y Zaragoza juntamente con Barcelona», de modo que «para andallas en torno se han de andar más de mil e ochocientas leguas» (casi diez mil kilómetros). El Yucatán «estaba lleno de infinitas gentes» y lo mismo Florida. Las Antillas habían sido «la tierras más pobladas del mundo». Centroamérica también disfrutaba «de la mayor e más felice e más poblada tierra que se cree haber en el mundo». Y todo por el estilo. El fraile no creyó oportuno explicar de qué podría vivir aquella miríada humana en medio de selvas, con agricultura muy primaria o simplemente sin ella. Difícilmente habría más densidad que en la Amazonia actual, exceptuando parte del altiplano de Méjico.

Hacia aquellas tribus vuelca Las Casas los más encendidos elogios: «Sin maldades ni dobleces», «limpias, de vivo entendimiento, muy capaces», «mansísimas ovejas», «sin vicios o pecados», «sin rencillas ni bullicios, no rijosos, sin rencores, sin odios», «no poseen ni quieren poseer bienes terrenales». Etcétera. Vivían en el paraíso, pues, libres del pecado original. Tan fabulosas virtudes aumentaban el horror de la conducta de los hispanos, que «como lobos y tigres y leones cruelísimos», no hacían otra cosa con las

gentes que «despedazarlas, matarlas, angustiarlas, afligirlas, atormentarlas y destruirlas» por medio de «nunca vistas ni leídas ni oídas maneras de crueldad». En Nueva España habrían masacrado a más de cuatro millones de hombres, mujeres y niños, «a cuchillo y a lanzadas y quemándolos vivos», sin contar los que seguían matando cada día «en cuatrocientas y cincuenta leguas en torno cuasi de la ciudad de Méjico». En Nicaragua, cincuenta de a caballo alanceaban a la población sin dejar vivo «a hombre, ni mujer, ni viejo, ni niño». En Santa Marta los desmanes habrían superado lo anterior, aunque es difícil imaginar cómo. Calculaba haber sido asesinados no menos de quince millones de indios… que seguramente no existían en toda la zona por entonces.

Tales *informes* han popularizado la leyenda de un genocidio tan inaudito como imaginario. La realidad es que en las islas del Caribe la población indígena, que solo podía ser escasa, desapareció casi, por una explotación abusiva a manos de los colonizadores, o por enfermedades contra las que no tenían defensas. Pero fue la excepción. Se ha especulado mucho con una «catástrofe demográfica» sin precedentes, de hasta decenas de millones de muertes, ocurrida en Méjico durante la colonización, por enfermedades o matanzas. Pero se trata de estimaciones sobre una población imposible para los medios técnicos y agrarios aztecas. Y cualquier viajero por América puede constatar la muy alta proporción de indios y mestizos en las ex colonias españolas, en contraste con las antiguas colonias inglesas o francesas, donde la población aborigen es residual. Los indios sufrieron también epidemias, naturales del continente o contagiadas involuntariamente por los españoles, que también las sufrían.

En fin, atrocidades mayores o menores han acompañado siempre los movimientos de las sociedades; pero es más que

dudoso que aquellos conquistadores y colonizadores cometieran más —probablemente fueron menos— que los indios en sus luchas tribales, o en Europa los turcos, o protestantes y católicos en sus guerras (Las Casas escribió con la revolución luterana en marcha); por no hablar de la quema de brujas, etc.

Las diatribas del dominico son tan obviamente desmesuradas o claramente falsas, que hacen dudar de la salud mental del autor. Aceptarlas exigía una dosis muy fuerte de credulidad o de malicia, y los españoles de las Indias se sintieron injuriados y calumniados. Pero en España fueron tomadas en consideración, y fuera de ella serían recogidas y ampliadas como «leyenda negra» en los países rivales de España, y muy especialmente por los protestantes, hasta hoy mismo: prueba del poder de la propaganda, cuyo peso social no ha cesado de aumentar.

El documento de Las Casas no tiene relevancia solo como iniciador de la leyenda negra, sino también del mito del «buen salvaje», que en la Ilustración, ayudaría a conformar mentalidades europeas aun hoy existentes, de carácter utópico o mesiánico.

Un efecto siniestro de la conquista fue el tráfico negrero desde África para explotar las plantaciones en régimen de esclavitud. Fue algo difícil de evitar, porque los indios no aguantaban el trabajo a la europea, y los blancos lo soportaban mal en aquellos climas. La esclavitud se había extinguido casi por completo en Europa, pero los europeos la revitalizarían masivamente durante tres siglos más.

* * *

Se ha dicho que Las Casas fundó la idea de los derechos humanos, pero admitió la esclavitud de negros o de blancos infieles. Y tampoco es suya la idea con respecto a los indios,

pues el testamento de Isabel la Católica ya establecía esos derechos, como asimismo, de modo más teorizado, el padre Vitoria. No obstante, su escrito causó sensación en España, pues ponía en duda la legitimidad de la conquista y, más allá, planteaba implícitamente la cuestión de la guerra justa.

La guerra siempre ha acompañado la evolución humana, desde las culturas más primitivas a las más complejas, incluyendo contiendas civiles, invasiones, expulsiones y aculturaciones derivadas. Pocos pueblos viven hoy en una tierra propia desde su origen. En época civilizada, las guerras solían justificarse con acusaciones de ruptura de pactos o deslealtad, aunque otras veces no se esgrimían pretextos. Los hunos, mongoles y turcos solo parecen expresar la ambición de poder del más fuerte. Aristóteles había defendido el derecho de las culturas superiores a someter a las inferiores y los romanos creían sus conquistas una prueba de valor y superioridad, legitimándolas como obra de pacificación y aplicación de un derecho y cultura más refinados.

A lo largo del tiempo, la Europa cristiana se había visto varias veces al borde del abismo, pero había subsistido por la predicación y las armas, combinación eficaz frente a los paganos, inútil con los islámicos que habían arrebatado a la cristiandad la mitad de su territorio y entre quienes no rendían fruto los sermones. Aquellas luchas no causaban inquietud moral o intelectual, pero en América sí, como la vida supuestamente natural e inocente de los indios turbada por los viciosos y ávidos europeos.

La conquista se justificaba como medio de «llevar la luz» del Evangelio y salvar las almas, pero el ideal chocaba con dos escollos: ¿había derecho a conquistar a unas poblaciones antes desconocidas y con las que, por ello, no existía

conflicto previo? ¿Y respondía el ideal evangelizador a la conducta de conquistadores y «encomenderos» (a los conquistadores se les «encomendaba» un número de indios que trabajasen para ellos y a quienes debían evangelizar, cosa que ocurría o no)?

De la primera cuestión teorizó el dominico Francisco de Vitoria, uno de los pensadores más descollantes de la Escuela de Salamanca, la cual abordaría a lo largo de un siglo problemas sociales, políticos y económicos a los que dio soluciones novedosas. Vitoria defendió la plena humanidad de los indios, con los mismos derechos que los españoles, según la ley natural. Por lo mismo, negó validez al reparto del mundo entre Portugal y España, concedido por el papa Alejandro VI en el Tratado de Tordesillas. La relación entre pueblos debía partir del entendimiento y la ley, y solo sería justa una guerra en defensa propia o de los derechos naturales; no por motivos religiosos o expansivos. La idea negaba legitimidad a la conquista, pero podía interpretarse de otro modo: entre los derechos naturales estaban la prédica del cristianismo, el comercio y la paz. Si los indios impedían estos derechos, podía hacérseles guerra, y Vitoria distinguió varios «justos títulos» para la presencia española en América: propagar el Evangelio, proteger a los indígenas bautizados contra los reacios, combatir los delitos contra natura (canibalismo, sodomía…), soberanía del rey de España si los indios la aceptaban, defensa de unas u otras tribus enfrentadas, rescate de los naturales de su atraso. En la práctica, la conquista se justificaba mientras no cometiera crímenes o atropellos, un desiderátum nunca cumplible del todo.

Y así estaba el asunto cuando el panfleto de Las Casas llegó a España. Vitoria murió en 1546, y en 1550 se abrió la Gran Controversia de Valladolid, por orden del rey Carlos I,

que también regía el Sacro Imperio como Carlos V. Se trataba de decidir, más que las acusaciones concretas de crímenes, el derecho de España a permanecer en América. El contradictor de Las Casas fue el sacerdote Juan Ginés de Sepúlveda, y el interés del debate rebasa, con ser importante, al problema estricto de la conquista.

Sepúlveda argumentó con tesis religiosas, filosóficas y humanistas: los judíos habían ocupado Canaán, tierra prometida por Yahvé; San Agustín creía lícito apartar a los paganos de la idolatría, aun coactivamente; San Pablo daba poder a la Iglesia para predicar por encima de los poderes temporales… Los indios no eran mejores o peores que los demás, pero sus culturas primarias y contrarias a la ley natural los hacían esclavos por naturaleza, por lo que la conquista, sin la cual sería imposible bautizarlos, debía ponderarse como un acto de amor. «No digo que a estos bárbaros se les haya de despojar de sus posesiones y bienes, ni reducir a servidumbre, sino que se deben someter al imperio (autoridad) de los cristianos». La conversión debía hacerse de forma persuasiva, y si esta fallaba los españoles tenían derecho a ocupar sus tierras, destituir a sus jefes y poner otros. La conquista, pues, era justa en principio.

Para Las Casas, los estados indios eran no solo comparables a los europeos, sino mejores, pues «muchas y aun todas las repúblicas europeas fueron muy más perversas, irracionales y en muchas virtudes muy menos morigeradas y ordenadas». Solo podría castigar al idólatra quien tuviera jurisdicción para ello, y no la tenían el rey ni el Papa, pues los indios no habían sido antes súbditos del rey, ni podían ser sometidos al fuero eclesiástico ni ser perseguidos como herejes, ni ser castigado un pueblo como si todo él fuera delincuente: España carecía de títulos para estar allí, salvo con misioneros.

Si Las Casas hubiera impuesto plenamente sus tesis, la historia de América habría sido otra: los imperios y tribus indias habrían seguido tal cual, pues difícilmente habrían renunciado a sus ideas y costumbres solo por la predicación, suponiendo que admitieran esta. Su evolución técnica y en otros aspectos habría sido también mucho más lenta. Lo más realista es que de la conquista y colonización se habrían ocupado otras potencias europeas con menos escrúpulos morales, como había de ocurrir en muchos casos.

La Controversia terminó sin ganador claro. La conquista quedó frenada, pero solo pasajeramente, pues el proceso era irreversible. Vitoria había dicho que no podía abandonarse del todo la administración de las Indias, y la corona no podía obligar a los colonos a volverse de allá ni prescindir de los metales preciosos. Los propios indios, sufridores de las «guerras floridas» y las masacres de incas y aztecas parecían no estar muy de acuerdo con las tesis de Las Casas, a juzgar por la rapidez y entusiasmo con que acogieron la evangelización. El fruto político del debate fue la promulgación de leyes notables por su racionalidad y sentido humanitario, aplicadas en grados diversos, como ocurre siempre.

El debate tenía un aspecto paradójico, pues el propio Las Casas certificaba con sus puntos de vista la superioridad de la cultura hispana, capaz de enfocar un dilema ético-político que los indios no estaban en condiciones de abordar. La influencia de Las Casas dura hasta la actualidad y, por otra paradoja, sus acusaciones se han popularizado por ideologías que en el siglo XX sí han realizado verdaderos genocidios. Así, un gran lascasista español ha sido el historiador stalinista Tuñón de Lara. Tampoco protestantes, franceses o ingleses que con tanta pericia explotaron la

*Brevisima relación* demostraron una particular virtud y compasión en sus colonias. En Méjico, después de la independencia, el nuevo estado, muy lascasista, arrebató a los indios las extensas tierras que les había garantizado la corona española.

De todos modos, la controversia fue novedosa en el pensamiento civilizado y tiene consecuencias hasta hoy. Dio impulso al derecho de gentes, más tarde llamado derecho internacional, que decenios después retomaría el holandés Hugo Grocio, bajo influencia de Vitoria y otros pensadores hispanos. Este derecho intenta regular las relaciones internacionales en lugar de dejarlas al imperio de la fuerza, y se asienta en el concepto de ley natural… que también podía interpretarse de diversos modos, como atestigua la Controversia. Cierto que, en la práctica, las relaciones internacionales en Europa, América y resto del mundo han seguido rigiéndose en gran medida por realidades ajenas a las exigencias teóricas y legales.

* * *

La guerra era analizada, pues, en términos de «justa e injusta», con propósito de controlarla de algún modo. Para los cristianos se trata de un efecto de la condición humana, definida míticamente por el pecado original. Cabe interpretar el mito como el paso de la inocencia y seguridad del instinto a la condición propiamente humana de la moral, cargada de culpa y de incertidumbre, fuente de continua elaboración religiosa y filosófica. Siendo por tanto, propia del hombre, la guerra, como tantos males, no podría extirparse, pero sí reducirse y limitarse sus peores efectos.

No es fácil entender la causa de las guerras en la historia humana. Las ha habido por motivos comerciales, como entre las ciudades italianas o las del Báltico; por invasión y

defensa contra invasiones; por políticas de poder y prestigio; por motivos religiosos, como la *yijad* (y pronto invocarían motivos similares las luchas entre católicos y protestantes)… Muchas contiendas mezclan inextricablemente causas, fines o pretextos económicos, religiosos y de poder, pero la definición de Clausewitz de la guerra como continuación de la política por otros medios, es quizá la más abarcadora. Así, la guerra viene a ser una forma de la política, es decir, del poder

El poder, ligado a su vez al «pecado original», está presente siempre, con diversas formas, en las sociedades humanas. Racionalizándolo, cabe atribuir su universalidad y necesidad a la profunda individuación de los seres humanos, manifiesta en la diversidad y a menudo oposición de intereses, deseos, aspiraciones, sentimientos y capacidades, que harían la vida social imposible, de no existir una fuerza, apoyada en la violencia, capaz de imponer orden. Garantizar el orden y la paz constituye, como tantas veces se ha dicho, la justificación de todo poder, sea del tipo que fuere, y es al mismo tiempo la causa de las guerras. Los inconvenientes del poder han llevado a teorizar sociedades sin él, ácratas; pero ello solo resulta concebible en sociedades prehumanas, regidas por el instinto, al modo de las abejas o las hormigas, donde la individuación desapareciera prácticamente.

Obviamente, la violencia no es el único pilar del poder, y un estado que la emplease en exclusiva duraría poco. Otro pilar es la ley y el derecho, que arbitra entre intereses y aspiraciones particulares o de grupo. La ley y el derecho se apoyan entre sí: la primera surge para evitar la violencia, pero solo puede mantenerse apoyándose en la violencia. Tras haber comido la fruta del árbol del bien y el mal, el hombre se ve obligado a distinguir entre leyes y violencias buenas y malas, justas e injustas.

# 18

# Apogeo del Renacimiento
# Lutero revoluciona media Europa

Aunque el Renacimiento abarcó todas las actividades superiores humanas (artes, ciencia, pensamiento…), quizá destacó más en el arte, desde la arquitectura a la música o la poesía, con su apogeo en la primera mitad del XVI, con figuras como Leonardo da Vinci, Miguel Ángel, Botticelli o Rafael y muchos otros en Italia. Desde Escandinavia a España se extendió el mismo espíritu, con numerosos artistas y escritores nuevos, que harían muy larga la enumeración. En los Países Bajos se desarrolló una pintura particular, más directamente enlazada con el gótico, aunque progresivamente influida por Italia. Quizá no sea exagerado considerar la época del Renacimiento como la más alta del arte europeo, aunque tampoco quepa hablar de decadencia a partir de él.

Pico della Mirandola resume el espíritu humanista o renacentista en su *Discurso sobre la dignidad del hombre*:

> El Supremo Arquitecto situó al hombre en el centro del mundo y le dijo: «La naturaleza de las demás cosas está limitada y contenida dentro de las leyes que les hemos prescrito. Tú, sin límites que te coaccionen, decidirás los propios límites de tu naturaleza según la libre voluntad que te hemos otorgado. Tu libre albedrío te permitirá modelarte como prefieras. Mediante tu poder podrás degenerar hasta las formas más bajas de la vida, que son las animales. Y el discernimiento de tu alma te permitirá renacer en las formas más altas, que son divinas».

Un pensamiento optimista sobre las capacidades humanas, admitiendo su origen extrahumano.

Tales capacidades debían plasmarse en tipos humanos como el popularizado por Baltasar Castiglione en *Il libro del cortegiano*. En él discurre en forma dialogada sobre el amor, la nobleza, el arte, la distinción femenina, la oratoria, el humor, etc., dibujando un «cortesano» ideal, físicamente fuerte, experto en las armas, las humanidades, gentil y educado con las damas, tranquilo, de finura expresiva y buen razonador.

El pensamiento renacentista seguía siendo claramente católico, aun con inclinación a separar la razón de la fe, como en *El príncipe* de Maquiavelo, de tanta repercusión en el pensamiento político posterior. La tradición atribuía el origen del poder a la divinidad, subordinándolo a principios de justicia y servicio a la sociedad basados en la ley moral natural, impresa asimismo por Dios en el corazón humano. Maquiavelo prescinde de tales supuestos y examina el poder desde un punto de vista técnico. La experiencia mostraba que el ejercicio del poder y las luchas por él se ejercían demasiado a menudo sin atención a conceptos de justicia o de servicio, si bien se suponía que la moral o el temor a la condenación eterna frenaban la práctica nuda y cruda de la fuerza y la astucia. Pero también cabía pensar que las invocaciones morales y religiosas solo disfrazaban intereses políticos descarnados. El *príncipe* maquiavélico debía ser más maniobrero, calculador y despiadado que sus rivales. Los frenos morales solo estorbarían sus planes, aunque podía invocarlos como una añagaza en la lucha. Su enfoque ha sido alabado como científico o racional por prescindir de la religión; pero si bien la práctica política suele incluir una dosis de brutalidad y engaño, los planes más astutos y refinados suelen fracasar ante imponderables. Por otra parte, el poder tipo *Príncipe* generaría una lucha interminable de todos contra todos. El autor también supone que el poder

absoluto es más estable y pacífico que el compartido con otros nobles.

Maquiavelo presentó como modelo a Fernando el Católico «rey de España, que de ser un monarca débil se ha convertido por su fama y por su gloria en el primer rey de los cristianos». Y sin duda Fernando, acaso el estadista más capaz de su tiempo, junto con su esposa Isabel, demostró una sobresaliente destreza de maniobra; pero atribuir sus convicciones religiosas a pura hipocresía u oportunismo suena arbitrario. La Reconquista, una larga lucha tanto religiosa como política, había dejado en España un sentimiento católico más compacto que en el resto de Europa, y la reforma de la Iglesia, muy respaldada por Fernando e Isabel, es una prueba más de ello.

Con todo, Maquiavelo no dejaba de expresar una realidad, bien visible, por ejemplo, en la alianza de Francisco I de Francia con los turcos contra España y el Sacro Imperio, o la ruptura del inglés Enrique VIII con Roma para crear una Iglesia propia, por el rechazo del Papa a su divorcio de Catalina de Aragón. La «razón de Estado» primaba sobre cualquiera otra con demasiada frecuencia.

* * *

A principios del siglo XVI, el sacerdote holandés Erasmo de Róterdam, el humanista más prestigioso de Europa, trató de depurar a la Iglesia de gangas. La Iglesia había evolucionado entre reformas parciales, debates sobre la Biblia y otros más políticos, nacidos del contraste entre el ideal evangélico y un mundo marcado por el pecado original; del poder espiritual y su ejercicio material; de la relación entre Roma y los estados cristianos; entre Roma y el conjunto de la Iglesia; entre la predicación y la compulsión violenta; entre los papas y los concilios; de la validez del magisterio

eclesiástico, de la conducta exigible al clero, la defensa frente al Islam, etc.

Erasmo preconizó un examen más libre de la Biblia y una actitud más crítica hacia la autoridad. Se opuso al formalismo rígido y a vicios como la ostentación del alto clero, la compra de cargos eclesiásticos o la venta de indulgencias. Estas consistían en actos piadosos con los que la gente esperaba atenuar las penas de sus deudos en el purgatorio: rezos, peregrinaciones, limosnas o donativos para construir edificios religiosos. La idea del purgatorio se había desarrollado tardíamente en la Iglesia para evitar la opción drástica entre cielo e infierno; y para sufragar la construcción de la magna basílica de San Pedro, la oferta de indulgencias se había multiplicado. Erasmo esperaba que la corrección de aquellos vicios afirmaría la paz entre cristianos y un renacer religioso.

A Erasmo se le apreciaba especialmente en España, donde estaba en marcha la reforma eclesiástica de Cisneros. Sin embargo rechazó ir a enseñar a la Universidad de Alcalá de Henares: «Non placet Hispania», porque había allí demasiados judíos —decía—, a pesar de la expulsión. Debía de referirse a los conversos, no obstante lo cual trabó amistad con el español Juan Luis Vives, de familia de conversos, varios de cuyos miembros habían sido perseguidos por la Inquisición y quemados. Vives escribió obras pedagógicas apoyadas en la experiencia, expuso métodos de análisis más científicos, y propuso una asistencia social sistemática para los pobres. Por sus estudios sobre las emociones y movimientos del alma, relacionándolos con la medicina, suele estimársele precursor del psicoanálisis o más ampliamente de la psicología moderna.

Vives residió un tiempo en Inglaterra, en la corte de

Enrique VIII mientras estuvo casado con Catalina, hija de los Reyes Católicos. Catalina fue una mujer muy notable y popular entre los ingleses. Siguiendo probablemente a su madre Isabel puso de moda la educación femenina en Inglaterra (para la que Vives escribió *De institutione feminae christianae*), protegió centros de enseñanza superior y propugnó la alianza de Inglaterra con España. Cuando el rey la repudió por Ana Bolena, Vives, contrario al divorcio, fue encarcelado, aunque salvó la cabeza y pudo volver a Flandes. Peor fortuna tendría el canciller Tomás Moro, con quien Vives y Erasmo formaban un círculo de amigos, respetados como los humanistas europeos más notables. Moro también se opuso al divorcio de Enrique VIII y a la ruptura con Roma, por lo que fue decapitado en 1535, lo mismo que cientos de monjes y otros disidentes. Los protestantes acusarían a Moro de haber propiciado ejecuciones de varios de ellos, pero no parece cierto. Al año siguiente fallecería Erasmo, y Vives cuatro más tarde. Los tres habían creído en una próxima era de paz entre cristianos para afrontar con éxito la obsesionante presión turca, pero la realidad iba a ser la de nuevas guerras y persecuciones religiosas en la cristiandad.

* * *

Una evolución muy distinta de la humanista o renacentista se incubaba en Alemania desde principios de siglo, hasta llegar a la ruptura con Roma partiendo de un asunto de aire poco fundamental: las indulgencias. Por aquellos años el papa León X, muy aficionado al lujo, recurrió a la venta masiva de indulgencias, con el objetivo mencionado. El fraile agustino Martín Lutero, haciendo eco al enfado de muchos alemanes, alegó que estos daban así 300.000 florines anuales para alimentar a los clérigos

parásitos de Roma, y tachaba a las indulgencias de negocio sacrílego que explotaba la credulidad y angustia del vulgo. En su enojo subyacía un resentimiento patriótico: «Los italianos se creen los únicos seres humanos (…). ¡No hay nación más despreciada que la alemana! Italia nos llama bestias, Francia e Inglaterra se burlan de nosotros». Expuso sus célebres tesis contra las indulgencias en la puerta de una iglesia de Wittenberg, en 1517, y fue acusado de herejía. Él se dijo dispuesto a retractarse si se le demostraba su error mediante las Escrituras; pero la Biblia solía admitir más de una lectura y no hubo concordia. Lutero fue excomulgado y pasó a elaborar una nueva teología. El fondo de la disputa era el problema teológico de la salvación.

Para la Iglesia, el hombre caído por el pecado original solo se hace digno de volver con su Creador mediante un combate en la vida terrena —auxiliado por la gracia divina— contra su inclinación al mal, al pecado. En la doctrina tomista, preponderante pero no única en la Iglesia, las buenas obras contribuían a la salvación, y la razón podía conciliarse con la fe y ayudar a comprender el misterio de la divinidad. Marsilio de Padua, Occam y otros habían rechazado tal capacidad de la razón, separándola de la fe, y negado a la Iglesia muchas de sus atribuciones, en beneficio del poder político. Lutero fue mucho más radical en la misma línea: negó el purgatorio y la autoridad del Papa y de los concilios: la relación con Dios se establecía de modo individual mediante la libre y personal interpretación de la Biblia (*Sola Scriptura*), negando valor al magisterio de la Iglesia. Las obras pretendidamente piadosas eran nulas, pues la razón y voluntad del hombre, corruptas por el pecado, no pueden siquiera apreciar el valor de aquellas, ni penetrar el designio divino. La salvación solo puede venir de la fe (*Sola fides*), un don de gracia dispensado a quienes el propio Dios,

desde la eternidad, había querido salvar.

Estas ideas, presentadas como reforma, constituían una auténtica revolución. Al no contar las obras para la salvación, Lutero podía escribir: «Peca y peca fuertemente, pero confíate a Cristo y goza en él con mayor intensidad, porque Él vence al pecado y la muerte. Mientras estemos en la tierra tendremos que pecar, porque en esta vida no habita la justicia (…). Basta con reconocer al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo, y de Él no nos apartará el pecado, aun si fornicamos y asesinamos miles de veces en un solo día». «El cristianismo consiste en un continuo ejercicio en el sentimiento de no estar en pecado, aunque peques, porque tus pecados recaen sobre Cristo». Carlos V advirtió en 1521, en la Dieta de Worms: «Este hermano aislado yerra con seguridad al alzarse contra el pensamiento de toda la cristiandad, pues si él tuviera razón, la cristiandad habría andado errada desde hace más de mil años».

Erasmo le objetaba que si solo Dios sabe a quiénes ha decidido salvar, ¿cómo puede creer una persona que está entre los elegidos? Respuesta: «Ningún hombre podrá creerlo [por la razón]; los elegidos empero lo creerán». «Si Dios obra en nosotros, nuestra voluntad, cambiada y suavemente tocada por el hálito del Espíritu, querrá y obrará el bien (…) de forma espontánea». No era una contestación muy racional, pero según Lutero la razón era «la ramera del diablo (…). Debería ser pisoteada y destruida». La razón, en efecto, podía usarse como corrosivo de la fe, y la voluntad de creer debía aniquilarla. No obstante, Lutero solo podía defender sus tesis empleando la razón.

Si solo Dios decidía desde la eternidad quiénes iban a salvarse o condenarse, quedaba destruido el libre albedrío, clave de la ética y la responsabilidad personal en Tomás de

Aquino. Para Lutero, el individuo era libre de entender a su gusto las Escrituras, pero, paradójicamente, su salvación o condena estaban predeterminadas. Erasmo, que había sido su amigo y en parte inspirador, le objetó en *De libero arbitrio*: si el hombre no precisa la Iglesia ni órganos intermedios entre él y Dios, y puede interpretar la Biblia como único sacerdote de sí mismo, ¿cómo se concilia esta supuesta libertad con su incapacidad de elección moral? Según Erasmo, el hombre puede superar las consecuencias del pecado original ayudado por la gracia, la voluntad y la razón: todas ellas cooperan al mismo fin. La libre voluntad no se anula por el hecho de que los designios divinos sean en gran parte oscuros para nuestra mente. Si Jesús llora por una Jerusalén que le repudia, e invita a los judíos a seguirle, es porque reconoce el libre arbitrio; y si al hombre, según Lutero, no le es posible aceptar ni rechazar la gracia, ¿qué sentido tiene hablar de recompensa, castigo y obediencia, como hace la Biblia?

Lutero con *De servo arbitrio* («Sobre el arbitrio esclavo»), replicó que la presciencia de Dios no deja lugar a la contingencia: «Todo cuanto hacemos, todo cuanto sucede, aunque nos parezca ocurrir mutablemente y que podría ocurrir también de otra forma, de hecho ocurre por necesidad, sin alternativa e inmutablemente, si nos referimos a la voluntad de Dios. Pues la voluntad de Dios es eficaz, y no puede ser impedida». «El destino puede más que todos los esfuerzos humanos». «Si esto se pasa por alto, no puede haber fe ni ningún culto a Dios». «El hombre no posee un libre albedrío, sino que es un cautivo, un sometido y siervo, de la voluntad de Dios, o de la de Satanás». Y si el hombre no es libre, no es responsable de sus obras, que nada valen ni cuentan para su salvación. Solo cuenta la gracia, manifiesta en el sentimiento personal de la fe. Posición

contraria también a la humanista del hombre como artífice de su destino.

La cuestión de la salvación refleja una esencial angustia humana, expuesta de forma particular en el cristianismo. El mundo, lleno de placeres y penas que fácilmente se transforman unos en otros, parece arbitrario e injusto, «un laberinto de errores» como decía Pleberio en *La Celestina*; y el bien y el mal se confunden a menudo. Podría considerarse el mundo radicalmente injusto, por lo que el restablecimiento de la justicia exigiría otro mundo en el cual los buenos tendrían la recompensa y los malvados el castigo. Pero si la salvación o condena estaba predestinada al margen de lo que hicieran o pensaran los hombres, ¿qué necesidad había de predicar el Evangelio? Además, la angustia se exacerbaba. Calvino, discípulo de Lutero, encontró unos indicios que permitían al individuo creer que pertenecía al grupo de los elegidos: una vida austera y piadosa y el éxito en las empresas económicas u otras, permitirían intuir en esta vida la salvación en la otra. El calvinismo ofrecía así un consuelo que le ganó popularidad por varios países europeos, en disidencia parcial con el luteranismo puro.

El movimiento luterano, comienzo del protestantismo, excluyó la idea de los santos, las imágenes y la preeminencia de la Virgen María como intercesora, tradicional en el catolicismo; suprimió los sacramentos —a excepción del bautismo y la eucaristía—, el celibato eclesiástico y los conventos (Lutero se exclaustró y se casó con una exmonja). El sacerdocio tradicional era sustituido por «pastores» elegidos por las comunidades y con limitada capacidad orientativa. Para impulsar su movimiento, Lutero tradujo la Biblia al alemán, lo que, gracias a la imprenta, le dio la mayor difusión.

Otra dificultad de la nueva doctrina la expuso el propio Lutero con sarcasmo: de pronto, nobles, ciudadanos y campesinos «entienden el Evangelio mejor que yo o San Pablo; ahora son sabios…». «Algunos enseñan que Cristo no es Dios, otros enseñan esto y aquellos lo otro (…). Ningún patán es tan rudo como cuando tiene sueños y fantasías, cree haber sido inspirado por el Espíritu Santo y ser un profeta». Empero, llevada la tesis a sus consecuencias lógicas, las interpretaciones bíblicas de cualquier patán valían lo mismo que las de Lutero: bastaba que fueran sentidas con sinceridad, y ¿quién podría decidir si lo eran o no? Por eso los impulsos disgregadores y las polémicas mejor o peor razonadas en el protestantismo fueron siempre muy potentes, De ahí, también, las represiones contra los disidentes, para evitar la disolución general.

Por lo demás, la interpretación de las Escrituras por Roma debía ser reconocida tan buena como cualquier otra. Y aun arguyendo que muchos católicos la aceptaran por temor a ser considerados herejes y castigados, y no por convicción sincera, lo cierto es que otros muchos lo hacían con plena convicción y un sentimiento de identificación con Dios no menos intenso que el que pudieran exhibir los propios Lutero o Calvino.

Lutero también promovió la caza y quema de brujas, fenómeno del que salvó a España la Inquisición. Sus diatribas antihebraicas no eran menos duras. En *Contra las mentiras de los judíos* los trata de «blasfemos desvergonzados», «engendros de víboras, hijos del demonio». «El cristiano no tiene enemigo más enconado y mortificante que el judío», que injuriaba a Jesús y trataban de prostituta a su madre: «Poseídos de todos los demonios (…) se jactan de ser el pueblo elegido por Dios, cuando Dios les ha dado sobradas muestras de su desagrado y castigo (…).

Se quejan de estar cautivos entre nosotros, pero nadie los retiene. Ellos, archiladrones, nos tienen cautivos con su usura (…). Aconsejo se les prohíba la usura y se les quite todo el dinero y las riquezas en plata y oro»; y quemar sus sinagogas, quitarles sus libros religiosos… «Sometedlos a trabajo forzado, tratadlos con rigor, como hizo Moisés en el desierto matando a tres mil de ellos para que no pereciera el pueblo entero (…). Si esto no basta, tendremos que expulsarlos como perros rabiosos»…No obstante, el concepto protestante de «los elegidos» guardaba una clara similitud con el de «pueblo elegido», de los judíos.

Un gran conflicto surgió en Alemania en 1524-25 con la revuelta de los campesinos oprimidos por los magnates. Los rebeldes exigían mejoras políticas y económicas, y encontraron un líder visionario en Thomas Münzer, pastor luterano con ideas propias. Münzer acusó a su maestro de excesiva connivencia con los poderosos y abogó por la supresión de las jerarquías sociales: «Todos somos hermanos. ¿De dónde vienen entonces la riqueza y la pobreza?». La rebelión cobró un empuje mayor que otras similares en los siglos anteriores, y sus reivindicaciones iban desde la anulación de los trabajos no pagados y de la servidumbre a la abolición de la propiedad privada.

Muchos campesinos seguían a Lutero, a quien protegían los magnates. Lutero vaciló, pero cuando se vislumbraba la derrota de los rebeldes, tildó su lucha de «obra diabólica», por traicionar la fidelidad y obediencia a los señores: «El bautismo no hace libres a los hombres en el cuerpo y la propiedad, sino en el alma, y el Evangelio no manda poner los bienes en común»; los campesinos «pretenden justificar con el Evangelio sus horrendos crímenes. No debe de quedar un demonio en el infierno, pues todos han entrado en los campesinos». Por tanto, «deben ser aniquilados,

estrangulados, apuñalados en secreto o públicamente, por quienquiera pueda hacerlo, como se mata a los perros rabiosos, pues nada puede haber más venenoso, dañino y diabólico que un rebelde (…). Quien vacile en hacerlo peca (…). Por tanto, apreciables señores, matad cuantos campesinos podáis (…). Un príncipe puede ganar el cielo derramando sangre mejor que otros rezando>». El baño de sangre pudo saldarse en hasta cien mil muertos.

Erasmo y otros acusaron a Lutero de propiciar el motín y la disgregación de la cristiandad, pero el acusado no se arredró por tales cargos. En respuesta a Erasmo invocó los Evangelios: «No he venido a traer la paz, sino la espada»; «he venido a echar fuego en la tierra»; «lee en los *Hechos de los Apóstoles* los efectos en el mundo de la palabra de Pablo (por no hablar de los demás apóstoles), cómo él solo excita a gentiles y judíos o, como decían entonces sus mismos enemigos, "trastorna el mundo entero». «El mundo y su dios no pueden ni quieren tolerar la palabra del Dios verdadero, y el Dios verdadero no quiere ni puede callar. Y si estos dos Dioses están en guerra el uno con el otro, ¿qué otra cosa puede producirse en el mundo entero sino tumulto? Querer aplacar estos tumultos no es otra cosa que querer abolir la palabra de Dios e impedir su predicación». Y advertía a Erasmo y a quienes propugnaban la paz entre cristianos para afrontar a los turcos: «No ves que estos tumultos y facciones infestan el mundo de acuerdo con el plan y la obra de Dios, y temes que el cielo se venga abajo; en cambio yo, a Dios gracias, entiendo las cosas correctamente, porque preveo tumultos mayores en el futuro, comparados con los cuales los de ahora semejan el susurro de una ligera brisa o el quedo murmullo del agua». Su odio a Roma se expresaba en frases como estas: «Basta de palabras. ¡El hierro! ¡El fuego! (…) ¿Por qué no atacamos con las armas a la Sodoma

romana y nos lavamos las manos en su sangre?». Resuena en Lutero algo así como un eco de las invasiones germánicas, o de las frases de Tácito contrastando la pureza moral de los germanos con los vicios de Roma. El emperador Carlos declaraba: «Me arrepiento de haber tardado tanto en adoptar medidas contra él».

Lutero no dejó de reconocer efectos indeseados de sus doctrinas: «Cuanto más se avanza, peor se torna el mundo (…). El pueblo es ahora más avaro, más cruel, más impúdico, más desvergonzado y peor que bajo el papismo». Con todo, su voluntad no flaqueaba: «¿Quién habría predicado, si hubiéramos previsto que de ello resultarían tantos males, sediciones, escándalos, blasfemias, ingratitudes y perversidades? Pero ya que estamos en ello, tengamos buen ánimo contra la mala fortuna».

# 19

# Turcos, protestantes y monarcas renacentistas

Entre finales del siglo XV y principios del XVI, españoles y franceses contendieron por el reino de Nápoles. Francia era la primera potencia militar europea, pero su ejército cayó ante tropas hispanas inferiores en número, mandadas por Gonzalo Fernández de Córdoba, *El Gran Capitán*, estimado como el jefe militar europeo más sobresaliente hasta Napoleón. El talento organizador del Gran Capitán no era menor que el estratégico y táctico: estructuró un tipo de unidad nueva, la coronelía, de unos 6.000 hombres (número semejante al de la legión romana), con piqueros, arcabuceros e infantes. De ahí saldrían los tercios españoles, invencibles durante un siglo y medio.

Por entonces, los otomanos se habían convertido en la auténtica superpotencia en Europa. Regiones muy productivas y pobladas, y el control del comercio entre el Mediterráneo y el Índico, les proporcionaban recursos inagotables, y, dato no menor, su imperio superó la tendencia a disgregarse, imponiendo la sucesión en un solo hijo, con homicidio de los demás hermanos. Para 1520 habían conquistado las regiones árabes más ricas, Mesopotamia, Siria, y La Meca, así como Egipto, Crimea y su entorno, más la parte adriática de los Balcanes, a solo 80 kilómetros por mar de Italia en el sur; estaban a punto de vencer al reino húngaro y dominaban Argelia, desde donde

impulsaban una activísima piratería contra las cercanas costas españolas (a unos 250 kilómetros), y un intenso y productivo tráfico de esclavos (cautivos). En suma, amenazaban el centro de Europa y a Italia y España por el Mediterráneo, donde eran la fuerza naval dominante.

El sultán Solimán, llamado *el Magnífico* o *el Legislador*, emprendió una agresiva política en los Balcanes y en el mar. Aspiraba a sojuzgar a la cristiandad, llevar sus caballos a comer en las aras vaticanas y recobrar Al Ándalus. España, recién concluida la Reconquista, se convirtió bien pronto en la mayor barrera frente al empuje turco, no sin pagar un alto precio. A ese fin, los españoles fueron creando o asaltando diversas plazas en la costa magrebí: Melilla, Orán, Túnez, la isla frente a Argel, o Trípoli.

En 1521, Solimán tomó Belgrado, en camino hacia Transilvania y las llanuras magiares. Los húngaros pidieron refuerzos al resto de Europa, con poco éxito. Por unos años se salvaron, gracias a que los turcos atacaron Rodas, base de la orden de San Juan, y la ocuparon en lucha encarnizadísima.

Mientras, en 1515 el rey francés Francisco I marchó sobre Milán y ocupó la Lombardía. Su gran rival Carlos I conseguía en 1519 el cetro del Sacro Imperio, ambicionado también por Francisco y por Enrique VIII, y se convertía en el primer rey español de la dinastía Habsburgo o Casa de Austria. La estrategia del francés consistió en socavar por todos los medios el poder español, y el mismo año que perdió el trono imperial trató de sublevar a los moriscos o islámicos que seguían viviendo en el sur y el este de España. No tuvo éxito, pero al tiempo que Solimán debelaba Belgrado, los hispano-imperiales expulsaban a los franceses de Milán, mientras que en Castilla los partidarios de Carlos

vencían en Villalar a los comuneros, un movimiento de repulsa hacia el emperador por vulnerar las leyes castellanas y dar cargos a extranjeros. Carlos, I de España y V del Sacro Imperio, hijo de un borgoñón llamado Felipe *el Hermoso*, que reinó muy brevemente en España, y de Juana, hija de los Reyes Católicos, llamada *la Loca* por su escasa salud mental, se había criado en medios flamencos y tardaría en españolizarse.

Tal como había hecho con los moriscos, Francisco alentó a los comuneros, entre quienes disponía de agentes, y aprovechó la ocasión para invadir España, siendo repelido. Dos de sus agentes, llamados Rincón y Tranquilo, viajaron a Polonia para incitar al monarca Segismundo a atacar al Sacro Imperio, pero los polacos temían más el avance turco. Lograron sobornar, en cambio, a Juan Zapolya, voivoda de Transilvania y a su vez agente de los otomanos. En 1525, en Pavía, cerca de Milán, los españoles volvían a aplastar al ejército francés: Francisco, capturado y llevado a Madrid, consiguió que un croata llamado Francopán, siguiendo la labor de Rincón, suplicase a Solimán le liberase de Madrid y atacase a Carlos. Solimán no pudo hacer lo primero, pero aniquiló al ejército húngaro en la batalla de Mohacs, en 1526, y premió a Zapolya nombrándole rey de Hungría, como vasallo. Mohacs abría la ruta a Viena.

El papa Clemente VII, a su vez, intrigó con los reyes francés e inglés, y con Venecia, Florencia y Milán, contra los hispano-imperiales. De ahí una nueva guerra, que volvió a salir mal a la coalición, siendo su episodio más famoso el vandálico Saco de Roma, en 1527, por soldados hispanos y alemanes, muchos de ellos protestantes. Clemente, apresado, fue liberado tras pagar una cuantiosa multa, y no volvió a conspirar.

Dos años después los turcos asediaban Viena, capital del Sacro Imperio, cuya caída habría dado paso a la invasión de Alemania. La ciudad, con pocos defensores, se salvó in extremis, por un mal tiempo que perjudicó a los turcos y por una resistencia empeñada, en la que intervino una unidad de los eficaces arcabuceros hispanos.

Francisco fue, pues, un monarca típicamente renacentista, culto y mecenas, en cuyo ánimo pesaban más sus intereses y gloria particulares que la misma causa cristiana, y que establecería con los turcos una alianza dirigida principalmente contra España. Una vez liberado en Madrid bajo promesas que no cumpliría, Francisco alertó a Solimán de los planes españoles y cedió a los turcos bases en la costa francesa para incursionar y piratear por España e Italia (también saquearon poblaciones francesas). Llegó a confabularse con Solimán para repartirse Italia. En el último momento no aplicó el acuerdo, quizá temió estar yendo demasiado lejos.

La lucha en el Mediterráneo se hacía principalmente mediante galeras, impulsadas a remo por cautivos o presos, y los turcos retuvieron largo tiempo la supremacía. Las ciudades italianas, sobre todo Venecia, actuaban de modo ambiguo, tan pronto en alianza con potencias cristianas como pactando con los otomanos, para aplacarlos o por beneficios comerciales. Una Santa Liga movida por el Papado, con barcos venecianos, españoles, genoveses y otros, dirigidos por el genovés Andrea Doria, fracasó ante una fuerza inferior turca en Préveza, el mismo lugar de la batalla de Accio entre Octavio y Marco Antonio. En 1541 los aliados sufrieron un tremendo desastre en Argel, la acción naval más catastrófica en la historia de España. Otro desastre ocurrió en los Gelves (isla de Yerba, en Túnez), en 1560. Claro que también los turcos sufrieron numerosos

reveses, y los buques españoles cumplieron bien la muy difícil misión de atender a los frentes mediterráneo y atlántico, defender sus castigadas costas y explorar el mundo en las expediciones marinas más audaces de la historia.

* * *

Para entonces, el protestantismo había generado numerosas algaradas. Antaño otras rebeliones llamadas heréticas habían sido disueltas o aplastadas por el Papado y los reyes, pero ahora no fue así. Lutero expresaba una tensión subyacente entre el mundo germánico y el latino, y no es de extrañar que sus doctrinas cundiesen principalmente en el primero. Mucha gente se sugestionaba con la libertad de interpretar personalmente la Biblia y prescindir de un clero tachado en bloque de escandaloso. Lo último sirvió de buen pretexto a los magnates alemanes protectores de Lutero para incrementar sus rentas apropiándose los bienes eclesiásticos. La expansión protestante tuvo poco de pacífica: miles de monjes y «papistas» reacios a la nueva forma de entender la fe fueron torturados y asesinados. Una ventaja para los rebeldes radicaba en la dispersión de esfuerzos del emperador Carlos, por tener que afrontar a los turcos y a Francia. Los españoles en particular, enfrentados a muerte con los turcos, entendían el protestantismo como una traición gravísima a la cristiandad.

En 1532 los nobles luteranos unieron fuerzas en la Liga de Esmalcalda, afirmando su poder por gran parte del país; pero, en 1547, por el arrojo de las tropas hispanas, sufrieron en Mühlberg una derrota que pudo ser decisiva: los jefes rebeldes fueron capturados y la Liga disuelta. No obstante, el efecto se perdió cuando el príncipe Mauricio de Sajonia, protegido de Carlos, se pasó al bando contrario y apeló al

rey francés Enrique II, para que atacase al imperio, como así fue, mientras los turcos asaltaban Trípoli. Mauricio intentó incluso capturar al emperador, que hubo de huir malamente. Dado que ninguno de los bandos lograba imponerse, se llegó a la Paz de Augsburgo, en 1555, por la que los príncipes luteranos podían imponer su religión a las poblaciones en las que gobernaban (*cuius regio eius religio*). Así el mal vertebrado Sacro Imperio se debilitaba más aún, y el peso de la lucha recaía aún más sobre España.

Los católicos se defendieron del empuje protestante no solo con las armas, también con el pensamiento. La obra más sustancial fue la de Ignacio de Loyola, que elaboró unos *Ejercicios espirituales* orientados a *sentir* los mandatos de Dios y entender la vida como práctica religiosa. En 1534 fundó la Compañía de Jesús u Orden Jesuita, concebida de modo similar a la de los dominicos cuatro siglos antes: frailes austeros, de espíritu flexible y destreza intelectual para contender con las ideas protestantes. La compañía extremaba el voto de obediencia y el servicio incondicional a Roma con ánimo abnegado, casi aniquilador del ego. Los jesuitas se extendieron con rapidez por el mundo, crearon centros de enseñanza a todos los niveles, y por su combatividad intelectual constituyeron algo así como un ejército espiritual contra el protestantismo.

Otra arma contra el protestantismo fue la Inquisición española, creada para perseguir a los falsos conversos judíos. La Inquisición ha sido objeto de una leyenda absolutamente tenebrosa por la propaganda protestante y francesa. Sus pormenorizados archivos, empero, no han sido investigados en serio hasta recientemente, y arrojan una imagen muy distinta. Fue una institución muy popular en España, que impidió la masiva quema de brujas realizada en otros países europeos, en especial protestantes, y contribuyó a evitar en

el país los choques armados que acompañaban a la expansión luterana. El número de sus víctimas pudo alcanzar los dos millares durante los tres siglos que permaneció en vigor, una cifra enormemente distanciada de las decenas y cientos de miles que se le han atribuido, y que corresponden, más bien a la quema de brujas y asesinato de católicos. La Inquisición practicó la tortura, pero, contra otra leyenda, en medida mucho menor de lo corriente por entonces en los tribunales europeos. Las instrucciones para instruir los procesos eran cuidadosas, y probablemente fue el tribunal más garantista de la época. También es común, y perfectamente falso, el cargo de que paralizó la actividad intelectual en España: el período de máxima intensidad de la Inquisición corresponde también con el de mayor brillo intelectual del país, que no se repetiría. Una nueva historia en vías de revisión a fondo.

Un serio revés para España fue la defección, en 1534, de Enrique VIII de Inglaterra, aliado suyo hasta su divorcio de Catalina de Aragón y su ruptura con Roma (había ayudado en la batalla de San Quintín contra Francia). Enrique, como Francisco de Francia, fue un típico monarca renacentista, cultivado y protector de las artes, aunque en un estilo próximo al teorizado por Maquiavelo. Hombre resuelto, creó una iglesia nacional (anglicana) a medio camino entre catolicismo y protestantismo, encabezada por él mismo; expropió los bienes eclesiásticos y los repartió entre los nobles amigos, creando así una oligarquía afecta, y persiguió sangrientamente a los católicos, siguiendo el modelo del protestantismo alemán. Tras un breve período de reacción católica subió al poder Isabel I, que aplicaría una política todavía más antiespañola, con lo que España se veía forzada a contender no solo con la *Sublime Puerta* o imperio turco, sino, simultáneamente, con Francia, Inglaterra y un

protestantismo en pleno y belicoso empuje.

* * *

La segunda mitad del siglo XVI vio en Europa Occidental el asentamiento de la doctrina católica, la contención de la amenaza turca en el Mediterráneo y centro del continente, el auge de la subversión protestante, sobre todo en los Países Bajos, el agravamiento de la rivalidad entre España e Inglaterra y la entrada de Francia en un período de treinta y seis años de guerras civiles (guerras de religión).

El esfuerzo por contrarrestar al protestantismo culminó en el Concilio de Trento, convocado en 1545 con intención de recobrar la unidad cristiana, y concluido dieciocho años después. Los protestantes rehusaron asistir, pues no reconocían autoridad a papas ni concilios. Trento reformó la Iglesia: para combatir la ignorancia del clero, los sacerdotes debían seguir largos estudios en los seminarios; y para evitar la corrupción, se prohibió la venta de indulgencias, los obispos se nombrarían atendiendo a una moralidad comprobada, debían residir en sus diócesis y no acumular cargos, y el celibato eclesiástico se reafirmó. Los párrocos debían predicar domingos y festivos, catequizar a los niños y llevar un registro de nacimientos, bodas y defunciones; se elaboró un catecismo para formar mejor a los fieles y fue oficializada la versión latina de la Biblia o Vulgata, traducida por San Jerónimo en el siglo V; quedó establecido un rito unificado de la misa, en latín, y se dio impulso a la música y arte sacro.

Frente al protestantismo, se defendió la tradición eclesial posterior a la Biblia como fuente de revelación, dando autoridad a los papas y al magisterio de la Iglesia, en su calidad de Cuerpo de Cristo. La tradición de siglos de culto a la Virgen María quedó reconocida, rechazando la acusación

protestante de haberla convertido en cuarta persona de la Trinidad. También se ratificó la veneración a los santos y las reliquias, los siete sacramentos, el purgatorio y la jerarquía eclesiástica.

En un plano más profundo, los protestantes sostenían que el pecado original corrompía de tal modo la naturaleza humana, que las buenas acciones nada valdrían frente a la maldad esencial de las personas, por lo que su salvación dependería solo de la gracia divina. Trento dictó, en contrario, que el pecado original dañaba la naturaleza humana, pero no la sumía en total depravación, de modo que el hombre, por estar dotado de libre albedrío, podía acoger o rechazar la gracia, sus obras tenían valor, y él tenía cierto poder sobre su propia vida y salvación. El concilio, dirigido en gran parte por teólogos españoles, constituyó un magno esfuerzo reorientador y reorganizador tras la ofensiva luterana, y modeló la Iglesia prácticamente hasta hoy, por lo que puede catalogársele como el más decisivo de la Iglesia después del primero de Nicea, en 325.

* * *

En 1541 Juan Calvino, seguidor francés de Lutero con algunas ideas propias, asentó en Ginebra un férreo poder político-religioso. Calvino extremó la doctrina de Lutero sobre la predestinación. Cristo no habría expiado los pecados de la humanidad, sino solo los de los elegidos por él gratuitamente para la salvación. Un indicio de pertenecer al número de los salvados sería el éxito en los negocios y una vida frugal, tanto que prohibió bajo penas severas cualquier expansión más o menos frívola, desde el baile o el teatro hasta el juego, la bebida o los cantos no religiosos. Todos los aspectos de la vida tomaban carácter directamente religioso. Calvino creó un centro de formación de auténticos

misioneros muy militantes, fomentando movimientos subversores del orden tradicional, conocidos como hugonotes en Francia, puritanos en Inglaterra y Países Bajos, o presbiterianos en Escocia: miles de personas entregadas al proselitismo, con destreza agitadora y empleo a fondo de la imprenta. La propaganda moderna surgió de ellos, y en alta medida como propaganda antiespañola.

Los efectos del calvinismo iban a sentirse bien pronto en Flandes, como se llamaba en España al conjunto de Holanda y Bélgica. Se trataba de la región quizá más próspera de Europa, y su ciudad principal, Amberes, era el mayor centro financiero y comercial del continente, una vez la hegemonía turca había estrechado el comercio mediterráneo. La colonia de comerciantes hispanos era la más nutrida y allí iba el 60 por ciento de la lana española y muchos productos de América, y de allí recibía España maderas, tejidos, armas, cereales, etc. El poder español interesaba en Flandes por el comercio y como protección ante Francia, pero el mutuo interés económico y político no bastó para mantener la paz. Las exigencias fiscales del imperio y España irritaban a los nobles y potentados flamencos, muy reacios a soltar dinero; y Francia, después de sus derrotas en San Quintín y Gravelinas, estaba en la ruina y sumida en los comienzos de sus guerras de religión, por lo que dejaba de ser un enemigo potente, haciendo mermar el interés de la protección española. Además, una larga guerra entre Suecia y Dinamarca cerraba vías de tráfico, y la inflación achacada al aflujo de plata americana menguaba las rentas de los magnates.

En 1568, año de la fundación de Manila y reinando ya en España Felipe II, comenzaba allí una rebelión contra España. Aprovechando una crisis, los calvinistas habían agitado a la población hambrienta, saqueado monasterios e iglesias,

destruido imágenes y matado a clérigos. Una indignada reacción proespañola hizo llevar al duque de Alba, Fernando Álvarez de Toledo, que impuso orden con severidad. Sin embargo fue solo el comienzo de una contienda que con altibajos iba a durar ochenta años. Flandes se hallaba lejos de España, al lado de una Inglaterra que colaboraba con los rebeldes, y de los protestantismos alemán y francés en plena expansión; aunque el imperio estaba también al lado y colaboraría contra los rebeldes. Para empeorar las cosas, a finales de aquel año comenzaba en Granada una rebelión de los moriscos, doblemente peligrosa por la cercanía del poder naval turco, y que tardó en ser vencida.

Por lo que respecta al Mediterráneo, después de muchas alternativas la contienda se decidió en Lepanto en 1571, tres años después del comienzo de la rebelión de Flandes. Una flota hispano-italiana mandada por Juan de Austria y en la que el golpe decisivo correspondió a Álvaro de Bazán, ayudado por Juan Andrea Doria, destrozó a la armada turca, que perdió casi todas sus galeras, y sobre todo sus marinos más avezados, de 20.000 a 30.000 hombres, contra unos 8.000 cristianos. Podría encontrársele cierto paralelismo con otra batalla crucial, la de Salamina, librada veinte siglos antes no muy lejos de allí, que salvó a Grecia del dominio persa. Venecia esterilizó en parte la victoria al volver a pactar con los turcos, pero el peligro de estos en el mar dejó de ser lo que había sido. De haber vencido los turcos, la inseguridad de Italia y España habría alcanzado niveles críticos.

Tanto Francia como Inglaterra y los protestantes apoyaban a los otomanos, y España, si hubiera perdido en Lepanto, habría debido afrontar, en pésimas condiciones, ofensivas de ese triple origen, además de las turcas y berberiscas. De hecho, la victoria de Lepanto consternó a Londres, París y los rebeldes flamencos, que trataban de

hacer frente común con la Sublime Puerta. Todos dieron ánimos a los derrotados, les prometieron ayuda material y les incitaron a nuevas campañas contra «los idólatras españoles», como decía el embajador inglés.

Por lo que respecta a Francia, su anterior belicosidad quedó en gran parte frenada por las guerras de religión, comenzadas en 1562 y que con intervalos breves durarían hasta finales del siglo. Quince años antes, la monarquía francesa había vuelto ineficaz la batalla de Mühlberg contra los luteranos, ayudando a estos a reponerse; pero muy pronto se vio acosada en la misma Francia por los hugonotes, una minoría pequeña y muy agresiva, que practicaba la vida en extremo sobria y dedicada al trabajo preconizada por Calvino. Los hugonotes, siguiendo el principio *cuius regio eius religio*, trataron dos veces de secuestrar al rey y a su familia, para imponer su doctrina desde el poder. Las luchas se hicieron feroces. Los calvinistas, como Lutero, exhibían una violencia brutal en sus llamamientos a obrar «por las armas, el fuego, el pillaje y el asesinato» y no vacilaron en traer a protestantes alemanes, que asolaron regiones francesas con matanzas y saqueos; o en ofrecer a Inglaterra trozos del país a cambio de ayuda. La reacción católica no fue menos dura en la Noche de San Bartolomé, en París, en agosto de 1572, cuando fueron asesinados varios miles de hugonotes.

Para Madrid, la perspectiva de una Francia protestante constituía una pesadilla. Por ello, Felipe II apoyó vigorosamente a los católicos franceses, y a él se debería en parte muy importante la permanencia del catolicismo en Francia, que no por ello dejaría de recobrar su anterior agresividad contra España. También en Flandes la larguísima guerra terminaría en tablas, con Holanda calvinista y Bélgica católica.

Otro serio problema para Felipe II fue la política de Isabel de Inglaterra, que se lucraba con la piratería contra barcos españoles y protegía a los protestantes en Flandes y Francia. Por ello, España organizó la Gran Armada, que debía transportar a los tercios de Flandes a suelo inglés. La armada fracasó en 1588: después de encontronazos de poca envergadura con barcos ingleses, los vientos la empujaron lejos de su objetivo, obligándola a rodear las Islas Británicas, donde las tormentas la destrozaron en gran parte. Isabel, eufórica, ordenó al año siguiente una magna contraarmada angloholandesa con propósito de tomar Lisboa e imponerse en Portugal (que por unos sesenta años estuvo unida a España), tomar las Azores y capturar allí a la flota de Indias. Esta contraarmada resultó en el mayor desastre de la historia naval inglesa, solo comparable al sufrido en Cartagena de Indias casi dos siglos después, y dejó en la ruina las arcas isabelinas.

# 20

# Iván IV el terrible y el origen divino del poder

Contemporáneo de Carlos I, Felipe II, Isabel de Inglaterra o las guerras francesas de religión fue en Rusia Iván IV, llamado *el Terrible*, que reinó entre 1547 y 1584 y usó oficialmente por primera vez el título de zar (césar). Iván IV, penúltimo de la dinastía Ruríkovich, fundada en Nóvgorod y Kíef en el siglo IX, fue en varios sentidos el fundador de la Rusia que permanecería hasta la Revolución Soviética. Impuso una autocracia radical, debilitando sangrientamente a la oligarquía de los boyardos y creando otra nueva afecta a él con nobles menores y grupos urbanos. Al respecto convocó un concilio de la Iglesia ortodoxa para garantizar su disciplina, y el primer *Zemski Sobor*, asamblea lejanamente parecida a las Cortes o parlamentos occidentales. Promulgó nuevas leyes y un código penal, llevó a Rusia la imprenta, apoyó las artes y fijó a los campesinos a la tierra en completa sumisión a los señores.

Hacia el exterior, combatió contra los tártaros de Crimea y los turcos, conquistó Kazán, donde masacró a los habitantes (en su conmemoración hizo construir la emblemática iglesia de San Basilio, en la Plaza Roja de Moscú) y Astrakán, y emprendió la conquista de Siberia en vasta escala, acabando definitivamente con la amenaza turco-mongola. Por el oeste, lanzó campañas, finalmente fallidas, contra la confederación polaco-lituana, Suecia y la

Liga Hanseática, con vistas a abrirse una puerta al Báltico. Este mar, como el Mediterráneo, era el escenario, desde siglos atrás, de un comercio intenso y de frecuentes guerras comerciales entre Suecia, Dinamarca, la Hansa y la Orden Teutónica. Era también un mar protestante, excepto por la costa polaco-lituana. Durante el siglo XVI Suecia, que pronto se hizo luterana, fue emergiendo como la potencia dominante.

Para acometer sus empresas, Iván creó un cuerpo militar permanente y adicto a él, los *streltsí*, y después la *opríchnina*, especie de guardia pretoriana, que durante siete años, antes de ser disuelta en 1572, organizó un terror masivo contra nobles y gente común, desplazó a masas de campesinos y realizó acciones como el mes de saqueos y asesinatos indiscriminados en Nóvgorod; todo ello en una época de pestes, sequías y hambruna. La *opríchnina* creó aun clima general de sumisión temerosa, y ha sido vista como un precedente de la policía política comunista en el siglo XX.

Las acciones de Iván reflejan la discordia, común con variantes a toda Europa, entre los monarcas y las oligarquías potentadas. Obviamente, un monarca no podía prescindir de una oligarquía, ni esta de aquel, pero el reparto del poder originaba constantes fricciones y divisiones. La oligarquía no formaba un bloque, pues dentro de ella abundaban grupos e intereses particulares. También tenía importancia la conformidad de la población, por lo general más a gusto con el poder regio. La tendencia general en el oeste era a una creciente autoridad monárquica, impuesta con apoyo de alguna fracción oligárquica, e Iván seguía la línea general, si bien con métodos más drásticos y extremos. El centro de Europa, en cambio, experimentaba el proceso contrario. El Sacro Imperio, nunca bien cohesionado, lo fue menos aún

con el protestantismo, y en la Confederación polaco-lituana la dispersión del poder entre los oligarcas y el debilitamiento del poder real llevaría a la anarquía y finalmente el desplome del Estado.

Iván era hombre instruido y preocupado por cuestiones más de fondo, como la fundamentación del poder en general. Sostuvo una rabiosa polémica con el príncipe Kurbski, que le acusaba de tirano y destructor de Rusia y se había pasado a los lituanos. Iván sostenía que el mal no venía de él, sino de los boyardos con su deslealtad e intereses particulares. En cartas a los reyes polacos y a Isabel I de Inglaterra teorizó sobre la cuestión: puesto que el poder venía de Dios, él no tenía por qué compartirlo. ¿Qué clase de soberanía era la que admitía asambleas o poderes intermedios? «Todos los súbditos son iguales ante el zar y están obligados por Dios a ser los sirvientes del zar». Obviamente, los *Zemski Sobor* u otras instituciones estaban para ratificar sus medidas. En compensación, el zar debía cumplir la voluntad divina, haciendo el bien, premiando a los buenos y castigando a los malos. Claro que él mismo, como portavoz de dicha voluntad divina, fijaba expeditivamente el bien y el mal: eran buenos quienes se plegaban a sus exigencias y malos quienes las resistían. Este concepto radicalmente autocrático solo fue frenado por la resistencia pasiva, rara vez activa, de la Iglesia. Aun así, el poder absoluto nunca podía serlo del todo, pues una sola persona no podía atender, a menudo ni siquiera conocer, todos los asuntos del reino, no siempre minucias, por lo que otras personas se ocupaban necesariamente de ellos.

* * *

El origen divino del poder era aceptado en toda la cristiandad. En realidad casi todas las culturas lo admitían de

un modo u otro, por lo que el monarca solía ser a la vez el jefe religioso, intermediario entre el pueblo y la divinidad. La religión daba así consistencia al poder más allá de la simple apropiación del mismo por una u otra persona gracias a la fuerza y la astucia. E imponía una exigencia de justicia a partir de leyes de origen divino (ley natural), que se suponían válidas para toda sociedad por encima de las simples convenciones o acuerdos de intereses entre sectores sociales u oligárquicos. Es difícil decir, a la vista de la experiencia de violencias y golpes políticos, si en la práctica esas concepciones habían evitado males mayores o habían sido simplemente inútiles, como supone de modo implícito *El príncipe* de Maquiavelo.

En todo caso, la idea del origen divino del poder admitía interpretaciones. En la cultura católica era clave la separación entre el poder «temporal» o político y el espiritual. El Papado había intentado dirigir a los reyes, y estos controlar a los papas, y la creciente autoridad monárquica aumentaba las fricciones con Roma. En Francia era recurrente la tentación de imponer una iglesia nacional al margen del Papado o dominando a este, con una orientación absolutista. En Inglaterra Enrique VIII resolvió la cuestión declarándose soberano tanto político como religioso, posición de principio más extremada que la de Iván. Por ello Enrique VIII e Isabel I ejercieron el terror contra los católicos; pero no podían hacerlo sin debilitarse frente a su propia oligarquía, que había adquirido un poder retador con el Parlamento. Además, la protección de Isabel a los protestantes franceses y holandeses redundaba en el crecimiento puritano, es decir, calvinista, que desafiaba la autoridad anglicana en la misma Inglaterra. Un terror indiscriminado y semidemente como el del zar quedaba fuera de cuestión.

A su vez, el protestantismo socavaba la idea de una ley natural y tendía a crear iglesias nacionales bajo el consabido principio *cuius regio eius religio*, que daba a los príncipes la potestad de imponer su religión a sus súbditos. Tal principio no concordaba mucho con la libre interpretación de la Biblia, pero ayudó a la expansión protestante. Por lo demás, cuando los conflictos de fe tomaban tan inmediato carácter político-militar, asegurar de un modo u otro la religión de los súbditos propiciaba la estabilidad social. España nunca cuestionó la supremacía religiosa del Papado; y aunque la expulsión de los judíos y la Inquisición se asemejan a la concepción de los príncipes protestantes, permaneció una minoría morisca, ficticiamente convertida. Y la soberanía regia, reforzada por los Reyes Católicos, se parecía poco a la de Iván IV, pues el origen divino del poder fue interpretado en España en forma distinta a la de Rusia o Inglaterra.

Un tema importante de la Escuela de Salamanca, insistiendo en la antigua tradición visigótica, fue el de la tiranía y el gobierno. Francisco de Vitoria atribuyó al Papa solo autoridad espiritual, sin derecho a interferir en la de los reyes o del emperador. Este, a su vez, carecía de potestad para dictar la acción eclesiástica, como solía pretender desde Carlomagno, y no representaba políticamente a la cristiandad, sino solo a la parte de ella bajo su control directo. Luis de Molina y otros insistieron en esas teorías: Dios no otorga el poder directamente al monarca, el cual solo administra una soberanía que corresponde a los individuos del pueblo, que nacen libres y con derechos naturales que el rey no debe oprimir. Molina destacaba la individualidad en un grado desconocido hasta entonces, si bien justificaba la esclavitud en casos excepcionales, como alternativa a la pena de muerte o, en caso de guerra, para resarcir al bando justo por los daños causados; pero

condenaba como causa de perdición eterna el tráfico de esclavos organizado por portugueses, holandeses e ingleses, en el cual los españoles apenas entraban, sin dejar por ello de comprar tal mercancía humana para sus plantaciones. Por otra parte, sus intentos por reconciliar la predestinación, fruto de la omnisciencia divina, y el libre albedrío, ocasionaron una fuerte polémica de los dominicos, con intervención del papa y sin solución precisa.

Al poco de terminar el siglo XVI, el debate sobre el poder se intensificó cuando Jacobo I de Inglaterra, sucesor de Isabel, amplió las ideas anglicanas, afirmando al monarca como «anterior a cualquier estado, parlamento o ley» y propietario inicial de toda la tierra, de modo que «los reyes fueron los autores de las leyes, y no las leyes de los reyes». Ideas parecidas a las de Iván, aunque en la práctica el inglés siguiera una política más moderada. Pero en 1613 obligó a sus súbditos a prestarle juramento de fidelidad como rey y máximo jefe religioso.

En réplica, el jesuita Francisco Suárez escribió *Defensio fidei catholicae adversus anglicanae sectae errores*, en cuya tercera parte, referente a la soberanía política, sostiene lo opuesto al ruso y al inglés: Dios no concede el poder directamente al monarca, sino al pueblo, que lo transmite libremente al rey mediante un pacto modificable, es decir, admite diversas formas de organizar el gobierno. Por ello, el poder «es de derecho humano», no directamente divino, y más o menos amplio según establezca el pacto. El rey no media entre la voluntad de Dios y el pueblo, sino al revés, el mediador es el pueblo. Suárez también rechazó a Maquiavelo, sosteniendo que el poder no puede ser independiente de la moral, sino que está sometido a ella, con obligación de servir al bien del pueblo que lo ha otorgado.

Por tanto, el poder político es limitado y, por ello y por su origen popular, democrático. Suárez no creía que la democracia —en su equívoca acepción desde Aristóteles— fuera un buen sistema, pero la sustentaba teóricamente, admitiendo su legitimidad de principio. El libro de Suárez fue quemado públicamente en Inglaterra y Francia, y prohibida su lectura.

Suárez venía a ratificar el dicho muy antiguo de que la voz del pueblo es la voz de Dios. Idea negada, por ejemplo, por Alcuino de York, para quien, como para Polibio, Tito Livio y tantos otros, la multitud es ignorante, inconstante y desenfrenada. Maquiavelo, de forma algo incoherente con su obra más conocida, afirma sin embargo en su *Discurso sobre Tito Livio* que la multitud es «más sabia y constante que el príncipe». En esta contradictoria apreciación se encuentra la clave o una de las claves, del pensamiento político occidental y sus dificultades.

Hay una diferencia entre la concepción de Molina y la de Suárez, pues este último considera al pueblo como un todo, sin admitir la soberanía de partes de él, y disminuye el papel de los individuos, importante en Molina, lo que lleva a dificultades, ya que el pueblo nunca se manifiesta como un bloque, sino más bien como un remolino de opiniones e intereses variados. Y lo mismo ocurre, por lo demás, con las oligarquías, y con los mismos individuos, tan a menudo divididos íntimamente. La concepción homogénea del pueblo abre una vía clara a posiciones totalitarias, como sería el caso de las grandes ideologías de los siglos XIX y XX.

Las consideraciones de la Escuela de Salamanca conducían a los más tarde llamados derechos humanos: puesto que los hombres comparten una misma naturaleza, sea cual fuere su grado de civilización, han de tener los

mismos derechos básicos, y las leyes debían ajustarse a la ley natural, si habían de ser justas y no tiránicas. La justicia, una vez más, debía tener un origen superior a la propia sociedad, pues de no ser así, siempre predominarían los intereses de alguna parte o partido social.

Este pensamiento alumbraba nuevos problemas en torno a la organización y práctica del gobierno, la concepción del pueblo y del individuo y la acción frente a la propensión tiránica del poder, algunos de los cuales habían originado mucha especulación desde tiempos remotos. El jesuita Juan de Mariana resaltó con toda fuerza la necesaria sumisión del monarca a la ley moral y a la del Estado, como cualquier súbdito. Llegó a justificar el tiranicidio, por lo que sus libros fueron quemados en Francia. En España solo fue prohibido uno suyo relacionado con la moneda y la obligación de moderar los impuestos. Las ideas políticas de la Escuela de Salamanca contrariaban la corriente hegemónica en Europa, que justificaba el directo derecho divino de los reyes, defendido también por Lutero, y conduciría en los siglos siguientes a las monarquías absolutas, partiendo de las autoritarias del XVI.

Paralelamente a los pensadores hispanos, el francés Jean Bodin teorizó en un sentido contrario. Respetando formalmente la idea de Dios, centraba la soberanía en un pacto entre élites para nombrar a un soberano que decidía qué era justo o injusto en función de lo que consideraba el bien común, y debía ser obedecido forzosamente («la ley no es otra cosa que un mandato del poder soberano»). Por eso el soberano no requería el consentimiento de los súbditos, pues estos tienen intereses variados que no deben prevalecer sobre el interés común. Bodin estaba influido por los desórdenes y guerras de religión que asolaban Francia, a las

que sería necesario poner coto, en una situación que recordaba la del paso de la república al imperio en la antigua Roma. Con ello sentaba las bases de la monarquía absoluta que se impondría en Francia a lo largo del siglo XVII.

Para los pensadores españoles, el hombre era social por naturaleza y de forma evidente, lo cual se corresponde con la evidencia histórica. Pero, buscando otra fundamentación al poder, Thomas Hobbes, en Inglaterra, negó que el poder viniera de Dios, sino de un contrato social. En su obra *Leviatán* imaginó un «estado de naturaleza» anterior a la sociedad, en la cual el hombre, en plena libertad y gobernado por sus deseos particulares, era «un lobo para el hombre». En ese estado solo es posible una guerra de todos contra todos y una existencia miserable. Para salir de una libertad tan inconveniente y pasar a vivir en sociedad, los seres humanos habrían establecido un contrato renunciando a su libertad originaria a cambio de una existencia más pacífica y llevadera. La vida social solo podría ser garantizada concentrando todo el poder en un soberano, que se ocuparía del bien del pueblo; de hecho se trata de un Estado totalitario. La idea, en su contenido, no difiere de la de Iván el Terrible salvo en que este trataba de apoyarse en la divinidad, mientras que Hobbes lo hacía en el estado de naturaleza y el pacto social, dos mitos construidos ex profeso, sin realidad histórica.

El libro *Leviatán* fue quemado públicamente en varias ocasiones en Inglaterra, pero se le considera, al igual que *El príncipe*, un avance hacia el estudio racional o científico de la sociedad, en dirección a lo que se ha dado en llamar «modernidad», por dejar de lado la idea de lo divino. En ella también el derecho o ley natural queda sustituido por un contrato social por lo demás imaginario.

Una orientación distinta se dio en Holanda, en guerra contra España, de la mano de Althusius, calvinista que justificó la guerra contra España y defendió la idea de federación —ya que lo que solemos llamar Holanda era el norte de los Países Bajos, formados por diversas regiones autónomas entre sí—, proponiendo una hegemonía de hecho de los grandes propietarios. Hugo Grocio partía de las concepciones de la Escuela de Salamanca, en particular de Vitoria y Suárez, afirmando al hombre como ser social por naturaleza, con el derecho natural inscrito en su alma; y seguía a Vitoria en la proposición de una regulación de las relaciones internacionales, o «derecho de gentes», que debía culminar en una sociedad de estados que aplicasen la ley natural para evitar en lo posible la guerra. Entre los derechos básicos incluía una irrestricta libertad de comercio, en relación con la cual desarrolló la idea de Vitoria de los mares libres. Es importante en Grocio la diferenciación entre libertad personal y libertad política, pudiendo existir la primera al margen de la segunda. Él propugnaba una soberanía absoluta e indivisible del monarca, con consentimiento de la población. Durante las disputas entre sectores protestantes en Holanda, fue encarcelado, logrando escapar a Francia, donde le protegió el absolutista Luis XIII y su maquiavélico ministro el cardenal Richelieu.

Encontramos en la Europa de los siglos XVI-XVII, dos doctrinas principales sobre el poder, una apoyada de preferencia en la religión y otra relegándola a un segundo plano o prescindiendo de ella. En la primera hay una tendencia al poder absoluto político-religioso en Rusia e Inglaterra, y otra que contraría ese poder invocando la ley natural y los derechos personales, en España. Este último modo de ver las cosas podría entrar en la corriente llamada más tarde liberal. Entre los ajenos a la religión encontramos

una tendencia asimismo al absolutismo, incluso al totalitarismo. Otra diferencia básica se encuentra entre quienes consideran al hombre social por naturaleza y se apoyan en la ley natural y los derechos derivados, y los que parten de un estado de naturaleza o similar, y plantean la sociedad como producto de un contrato o pacto social. Avanzado el siglo XVII, Locke iba a modificar las ideas de Hobbes en un sentido diferente, dando origen a otra versión del liberalismo.

Debe tenerse en cuenta que la orientación predominante en Europa hacia el absolutismo, que intenta evitar la dispersión del poder, deriva en gran medida de la experiencia de las guerras civiles, fruto de dicha dispersión. Al mismo tiempo se creaban condiciones teóricas para una democracia.

# 21

# Del gran siglo de España al gran siglo de Francia

España tuvo en el XVI su gran siglo en los órdenes político, militar y cultural, alcanzando su apogeo con Felipe II. Convertida en el pensamiento y la espada del catolicismo, hubo de combatir de modo prácticamente simultáneo con Francia, el Imperio otomano, Inglaterra y los protestantes: venció la mayor parte las veces y marcó unos límites a su expansión, que luego permanecieron. No dejaron de ser hechos notables, porque ni era el país más poblado ni el más rico. Francia, su rival más inmediato, triplicaba probablemente su población, y lo mismo, al menos, el Imperio otomano; entre Inglaterra, Holanda y los germanos protestantes podían muy bien duplicarla o más. Asimismo, en una época en que la agricultura era la principal fuente de riqueza, España no estaba favorecida en suelos y clima por comparación con el norte de los Pirineos. Desde luego, no combatía sola: Italia contribuía, aunque no demasiado ni con mucha constancia, y de hecho su defensa frente a los turcos dependía de España. El Sacro Imperio, en sus partes católicas, aportaba más, aunque con el lastre de su ineficiente estructura, de modo que la desproporción seguía siendo muy grande. Además, España debía pechar con los aplastantes problemas derivados de la enormidad y dispersión de su imperio y de una lucha agotadora en muchos frentes, problemas que ningún otro reino soportaba;

y en general los afrontó con notable éxito.

Tales cargas eran inevitables por su posición geopolítica y su compromiso católico. En el Mediterráneo debía contender por fuerza con los islámicos y con Francia. El protestantismo fue un factor principal de guerras civiles e internacionales en Europa, como había pronosticado Lutero con orgullo, y combatirlo a distancia libró a España de tenerlo en el interior y correr la suerte de Alemania, Flandes o Francia. Así, la guerra lejana, aunque costosa, evitó al país un largo período de luchas internas y posible desintegración; y mantuvo las Indias a salvo de las potencias rivales. La idea defendida por algunos de que España debió haberse concentrado en el norte de África olvidándose de los problemas europeos es una ilusión. En el interior, el contagio calvinista fue erradicado por la Inquisición al precio de unos cientos de víctimas: muchas menos que las causadas en Inglaterra e Irlanda contra los católicos, por no hablar de las guerras civiles francesas.

Todo ello tenía consecuencias económicas: Carlos I dejó una deuda de 20 millones de ducados. Felipe II cuadruplicó los ingresos mediante la administración más racional y avanzada de Europa, pero hubo de declarar tres suspensiones de pagos (bancarrotas) y al final la deuda ascendía a 80 millones. Las distintas posesiones de la corona debían atender a los gastos solidariamente, pero no era así. Los impuestos de la mayor parte de ellas se aplicaban a las necesidades propias, y era Castilla quien cargaba con más de la mitad de los impuestos. La plata americana subvenía a entre el 12 y el 20 por ciento de los gastos; Aragón no pasaba del 7 por ciento (su población y riqueza eran también muy inferiores a las de Castilla) y entre Flandes e Italia el 20 por ciento. En América, la mayor parte de la fiscalidad quedaba allí, lo que explica que Lima o Méjico llegaran a ser

ciudades con universidad, catedral y edificios de los que carecía Madrid.

Estos problemas no impidieron que, en conjunto, el país prosperase, prueba de ello es la elevada presión fiscal que pudo soportar largo tiempo, aun entre mil protestas. Pero hacia finales del siglo la carga se hacía demasiado gravosa. La población sufrió pestes, corrientes también en el resto de Europa (Inglaterra, nueve episodios graves y algo similar Francia); y hasta las regiones europeas más ricas padecían hambrunas recurrentes. Las costas mediterráneas perdían también población, por las incursiones berberiscas y la caza de cautivos. En cambio, el país evitó las guerras más mortíferas, libradas fuera de sus fronteras, y guerras civiles como las de Alemania, Flandes o Gran Bretaña (por la parte de Irlanda). La emigración a América afectó poco: unas 300.000 personas en total. Y cierto número de transpirenaicos se establecieron en España. Con todos estos avatares, la población subió de 5-6 millones a principios del siglo a 7-8 al final.

Simultáneamente con dichos desafíos, prosiguió la exploración, colonización y evangelización de los inmensos territorios de América, desde Patagonia a Oregón y el tercio sur de la actual Usa. Fueron expulsados los hugonotes que trataban de apoderarse de Florida, repelidos numerosos ataques de corsarios, descubiertos cientos de islas del Pacífico y asentada la colonia de Filipinas. La evangelización abarcó a millones de indígenas y llegó a India y Japón. Y no dejaron de fundarse ciudades, construirse vías de comunicación y obras públicas, así como siete universidades, contando la algo posterior de Filipinas. Las monedas españolas circulaban por todo el mundo

Si se pregunta a un español común (o no español) qué

país del mundo tiene un historial marino más destacado, probablemente lo adjudicará a Inglaterra; pero naves españolas cruzaron por primera vez el Atlántico y el Pacífico, dieron la primera vuelta al mundo, descubrieron numerosas tierras, tuvieron más victorias que fracasos frente a turcos, ingleses, holandeses y franceses, establecieron rutas comerciales entre Asia, América y Europa… Las hazañas de otros países fueron posteriores y partiendo de los descubrimientos hispanos. El galeón base de sus flotas, inventado en España en su forma acabada y adoptado por Inglaterra, Holanda y Francia, combinaba capacidad de carga con aptitud bélica por su maniobrabilidad y resistencia, de modo que el poder artillero inglés solo consiguió hundir uno cuando la Gran Armada, y los demás se salvaron, mejor o peor, de las tormentas, al revés que los buques de acompañamiento.

La ventaja española sobre sus adversarios fue ante todo cualitativa y descansaba en cuatro puntos: una amplia red de universidades, la destreza de sus marinos, los tercios y una excelente diplomacia. Sobre las universidades ya existentes se fundaron las de Valencia, Sevilla, Santiago, Granada, Zaragoza y Oviedo, más algunas luego cerradas, como la de Oñate (la de Barcelona databa de mediados del siglo XV); algunas de gran calidad, como la de Alcalá de Henares y sobre todo la de Salamanca. Aparte de sus derivaciones intelectuales y artísticas, la proporción de universitarios, quizá la más alta de Europa, facilitaba personal cualificado para la Administración, la política y la milicia. La habilidad y audacia de los marinos fue también excepcional en un tiempo en que otros países apenas pasaban de la piratería y el tráfico negrero en los grandes océanos.

Los tercios, por su organización y espíritu, eran uno de los

mejores ejércitos que hayan existido, con una amplia nómina de capitanes de gran clase, algunos extranjeros españolizados, y una muy larga lista de victorias, no pocas con fuerzas inferiores. En Flandes eran muy minoritarios (entre un diez y un treinta por ciento. Los demás, alemanes, italianos o irlandeses e ingleses pasados a los españoles), pero se les reconocía como la punta de lanza y la élite militar. La diplomacia, el pensamiento y los colegios de los jesuitas, que formaban por toda Europa élites favorables a España, eran otras tantas bazas que ayudan a entender la fuerza y el prestigio de la nación: dentro de la misma Francia se diría de los habitantes del Artois que eran «más españoles que los castellanos», y el Franco Condado, que perdió más de la mitad de sus habitantes en luchas con los calvinistas, exhibía un genuino patriotismo hispanoborgoñón.

* * *

Sin embargo, hacia finales de siglo las cosas iban cambiando. Las fuerzas contrarias en Europa crecían en cantidad y en calidad, las marinas holandesa e inglesa marchaban hacia su apogeo y los tercios no lograban ya resolver rápidamente los conflictos, sino que se desgastaban en campañas y asedios interminables. No podía hablarse de decadencia, menos aún cultural, pero habían pasado los tiempos de Pavía, San Quintín, Lepanto, contraarmada, Azores y similares. España daba indicios de fatiga y buscaba la paz. La situación era propicia, porque sus enemigos estaban también al límite de sus fuerzas. Los turcos, preocupados por su frontera con Persia, habían dejado de ser un peligro inminente después fracasar su intento de dominar Marruecos, aunque la piratería y las incursiones sobre la costa española no cesaban. En 1598 llegó la paz con Francia, seis años después con Inglaterra y en 1609 la tregua de doce

años con Holanda. Este mismo año fueron expulsados los moriscos, una auténtica quinta columna de turcos y piratas berberiscos. También favoreció la paz el asesinato, en 1610, del belicoso Enrique IV de Francia, de procedencia hugonote, que se había hecho católico porque, según la frase que se le atribuye, «París bien vale una misa».

Así llegó, a principios del siglo XVII la *Pax Hispanica*, éxito aparente de Felipe III, que debía estabilizar al oeste europeo. Mas nada de ello ocurriría. Holanda aprovechó la tregua para rehacer su maltrecha economía, y en las discordias entre los partidarios de la paz y de la guerra triunfaron los últimos. En Francia, tras una etapa pacífica, el cardenal Richelieu, personaje inteligente, corrupto y maquiavélico, se convirtió en 1624 en valido de Luis XIII. Aspiraba a hundir el poder hispano-imperial, para lo que, siendo católico, se alió con los protestantes, como Francisco I había hecho con los turcos.

Entre tanto, en 1618 los calvinistas checos defenestraron en Praga a tres políticos católicos y reclutaron un ejército contra el emperador. Dos años después fueron derrotados por los hispanoimperiales en la batalla de la Montaña Blanca. Pareció el final del conflicto, pero en realidad acababa de comenzar una de las guerras más destructivas de la historia, la llamada «de los Treinta Años».

Francia aún no estaba preparada para contender con España, por lo que procedió a pagar y utilizar a otras potencias, como Dinamarca u Holanda, más tarde Suecia. En 1625 reemprendía la guerra Dinamarca, generosamente subvencionada por Richelieu, pero cuatro años después vencían los católicos. Richelieu afianzó el absolutismo de Luis XIII metiendo en cintura a los nobles y acabando con el poder hugonote, que había construido un estado dentro del

Estado. A su turno, Holanda combinaba la piratería con el ataque a Portugal en Brasil, mientras la lucha en Flandes, donde trataban de coger al ejército español en tenaza con los franceses, proseguía con ventaja alternativa. Y el Parlamento inglés, muy deseoso de guerra, se combinó con los holandeses para saquear Cádiz, en 1625: sufrieron un costoso fracaso que enfrió el ardor bélico del Parlamento, por lo que Inglaterra aceptó la paz en 1630.

En la década de los treinta Suecia entró en liza, con dinero francés. El país había adoptado pronto el luteranismo, prevalecía en el Báltico y aspiraba a dominar las costas alemana y polaca. Pero tras ganar importantes batallas con apoyo de los protestantes germanos, los suecos fueron vencidos en Nördlingen, en 1634, gracias sobre todo a los tercios españoles, por lo que debieron abandonar de momento sus pretensiones, y los príncipes protestantes aceptaron la paz al año siguiente. De nuevo pudo haber terminado la contienda, que estaba arrasando Alemania.

Habiendo gastado gruesas sumas para nada, Richelieu resolvió actuar directamente. Calculó bien los puntos flacos del poder español: escasez de hombres, dispersión de sus dominios, comunicaciones largas y vulnerables: Francia, con abundantes reservas humanas, podía operar por seguras y cortas líneas interiores, tomar a los hispanos entre dos fuegos en Flandes, ayudarse con los luteranos suecos y alemanes y buscar alianza con Inglaterra. No obstante, sufrió nuevas derrotas y los españoles estuvieron a punto, una vez más, de marchar sobre París. Agotado el dinero, Richelieu decretó nuevos impuestos que, eludidos por las clases altas, causaron rebeliones entre los agobiados campesinos, a quienes masacró. Richelieu se sintió hundido, pero Luis XIII contraatacó por la frontera española, y en los cinco años siguientes no hubo decisión.

La lucha contra Richelieu la protagonizó en España el conde duque de Olivares, valido de Felipe IV. Hombre diestro e inteligente, llevaría las múltiples guerras con notable habilidad. Bien consciente de las debilidades de la Monarquía Hispánica ante los nuevos desafíos, había diseñado en 1626 la Unión de Armas, para hacer que todos los dominios del rey, desde las Indias a Nápoles, colaborasen equitativamente con hombres y dinero, aligerando la carga de Castilla. Se trataba de una reforma administrativa, política y moral, que debiera proporcionar una reserva de 140.000 soldados. La propuesta fue mal acogida por las oligarquías de Aragón y Portugal, porque vulneraba antiguos fueros y privilegios feudales, y no les ofrecía cargos adecuados a sus aspiraciones, y no hubo forma de ponerla en práctica.

Mientras, los calvinistas holandeses, aguijoneando al Imperio portugués, ocupaban Pernambuco, en Brasil, en 1630, provocando descontento entre parte de la oligarquía portuguesa por su unión con España, lograda por Felipe II. En 1637 recuperaron Breda, que les habían tomado los españoles en un asedio famoso, inmortalizado por Velázquez, y se lanzaron sobre Amberes; pero ante esa ciudad fueron batidos. No obstante, el decenio concluía con la batalla naval de las Dunas, al sureste de la costa inglesa: una numerosa flota holandesa vencía a la española inferior en número. Suele considerarse el fin de España como primera potencia naval.

Los años cuarenta resultaron fatales para España al repercutir dentro del país las tensiones externas. En 1639 Richelieu atacó el Rosellón, y fue repelido. Los oligarcas catalanes crearon descontento por los problemas ocasionados por los soldados y provocaron una rebelión popular en 1640, al grito de «Viva el rey de España y muera

el mal gobierno». La revuelta tomó rasgos antiseñoriales contra los «derechos de abuso y maltrato», que persistían pese a la sentencia de Guadalupe en tiempos de Fernando el Católico, y la *Generalitat* declaró una república catalana bajo soberanía de Luis XIII. A finales del mismo año, Portugal se separaba con la complicidad de los duques de Medina Sidonia, que intentaron a su vez la secesión de Andalucía en connivencia con una armada franco-holandesa. Advertido a tiempo el gobierno, la conjura andaluza fracasó, pero en Cataluña, donde las tropas francesas de ocupación causaron gran malestar, la secesión duró doce años, hasta ser expulsadas. La aventura de la oligarquía catalana costaría a España la pérdida del Rosellón, y los «malos usos» continuaron en Cataluña.

En 1642 murió Richelieu, pero otro cardenal, Mazarino, continuó su política. En mayo de 1643 los tercios fueron vencidos en Rocroi, victoria costosa para Francia pero de máxima repercusión moral. Los tercios retuvieron bastante eficacia, pero Rocroi marcó en tierra lo que la batalla de las Dunas en el mar. En 1648 la Paz de Westfalia puso fin a la Guerra de los Treinta Años. Suecia dominaba el Báltico a costa de Dinamarca y Alemania; Holanda afianzó su independencia, aunque perdiendo peso ante Francia. La sacrificada Alemania había sufrido una devastación incalculable: solo los suecos arrasaron 1.500 poblaciones, y el hambre, las epidemias y la guerra acabaron —se dice— con la mitad de la población masculina y un tercio de la total.

Pero la gran vencedora fue la Francia absolutista de Luis XIV, que ocupaba Alsacia y Lorena, cortaba el Camino Español de Milán a Flandes, se adueñaba también del Rosellón y parte de la Cerdaña, y reducía a España a la impotencia, al paso que, tras desangrar al Sacro Imperio, le imponía una inefectividad mayor que nunca, con sus 350

miniestados soberanos que anulaban cualquier potestad real del emperador. Quedaba Austria como su parte más extensa, consistente y católica.

* * *

En la Europa Oriental, el Imperio otomano, que venía ampliándose hacia el centro de Europa y por el norte del mar Negro, y en el Mediterráneo a costa de Venecia, intentó por segunda vez tomar Viena en 1683. El peligro movió una amplia colaboración, en hombres o en dinero, de la mayoría de los países europeos, menos Francia, siempre leal a su alianza con la Sublime Puerta. El asalto turco terminó en una tremenda derrota, debida sobre todo a los polacos mandados por el rey Juan Sobieski. La derrota marcó el comienzo de los retrocesos turcos en Europa, siendo expulsados al sur del Danubio.

Más al este, la Confederación polaco-lituana llegó a ocupar Moscú a principios del siglo XVII, para desde entonces entrar en decadencia. A mediados de siglo, Rusia le arrebataba buena parte de Ucrania, y peor todavía fue la invasión sueca de 1655 a 1660, conocida en Polonia con el significativo nombre de «El Diluvio», por la mortandad y daños ocasionados. No obstante, el país fue capaz todavía de desempeñar un papel esencial en la lucha contra los turcos y derrotarlos en Viena, como queda dicho, y en otras ocasiones.

Por su parte, Rusia superó lentamente la «Época de los Tumultos» a finales de XVI y principios del XVII, plagada de hambrunas, guerras civiles y derrotas frente a suecos y polaco-lituanos. Una nueva dinastía, la de los Románof sucedió a los Ruríkovich, y Rusia volvió a la ofensiva en todas direcciones. A lo largo del siglo XVII su expansión por Siberia llegó al Pacífico, utilizando sobre todo a los cosacos.

Por otra parte, la extrema opresión de los siervos, reducidos prácticamente a esclavitud, provocaba huidas de campesinos y revueltas, siempre vencidas. En 1682 fue coronado Pedro I, llamado *el Grande*. Hasta entonces, y a pesar de algunas influencias occidentales, Rusia era vista en el resto de Europa como un país semibárbaro, con débil desarrollo urbano, intelectual, literario, técnico o científico, y con mínimo peso en los asuntos europeos. Pedro resolvió occidentalizar al país con medidas autocráticas, inaugurando una nueva época en la historia de Rusia, que influiría cada vez más en el resto de Europa.

* * *

No acabaron en Westfalia las desdichas de España. El mismo año, Oliver Cromwell, un talentoso y fanático puritano, acababa de ganar en Inglaterra una doble guerra civil de seis años encabezando al Parlamento contra el rey Carlos I, a quien hizo decapitar. Posteriormente disolvió el Parlamento. Al ser minoritaria su religión en Inglaterra, defendió la libertad de cultos, excepto para los católicos, a quienes persiguió. En 1649 invadió Irlanda, repartió entre los suyos las tierras de los católicos y demolió su naciente industria textil, las iglesias y las escuelas, perpetró matanzas y vendió como esclavos a miles de prisioneros. El rito católico fue prohibido y sus clérigos ejecutados apenas descubiertos. Se han calculado las pérdidas irlandesas entre un 15 y un 20 por ciento de la población. En 1650, Cromwell derrotó a los escoceses que exigían la monarquía, y más tarde a los holandeses. Enemigo acérrimo de España, atacó por sorpresa a Cádiz y destruyó dos veces parte de la flota de Indias. Aliado con los franceses, venció a los españoles en Dunquerque, en 1658, y ese mismo año falleció. Dos años después, los monárquicos, restaurados, cortaron la cabeza a

su cadáver y la expusieron en un poste.

La derrota en Dunquerque redondeó la decadencia militar hispana y abocó al Tratado de los Pirineos en 1659, que aumentó las pérdidas de Westfalia. No obstante, Luis XIV evitó ensañarse porque aspiraba a dominar a la monarquía española, para lo cual se casó con María Teresa, hija de Felipe IV. Esa ambición motivaría una nueva guerra europea cuarenta años después. Como otro efecto de aquella paz, las Antillas padecieron un enjambre de filibusteros ingleses, franceses y holandeses, que llegaron a saquear Cartagena de Indias en 1697.

En medio siglo, España había bajado desde la *Pax Hispanica*, que parecía consolidar su supremacía continental, a un rango secundario en el concierto europeo. Francisco de Quevedo retrató la frustración en su célebre soneto elegíaco: «*Miré los muros de la patria mía / si un tiempo fuertes, ya desmoronados (...). Vencida de la edad sentí mi espada / y no hallé cosa en que poner los ojos / que no fuera recuerdo de la muerte*».

Por sus guerras y el enorme daño de algunas de ellas, el siglo XVII ha sido llamado «de hierro». Sin alcanzar la gravedad de la Peste Negra, también las epidemias estancaron o mermaron la población en muchos países. Sus víctimas en Alemania se calculan en 6 millones, Italia en hasta 1,7, y España 1,2. Francia, Inglaterra y Escocia también sufrieron gruesas pérdidas (la peste de 1655-56 mató a 100.000 londinenses).

* * *

Hacia 1661, Luis XIV podía jactarse de dominar las políticas europeas. Las reformas de su ministro Colbert lograron triplicar los ingresos estatales sin arruinar al país, y al final de su reinado, en 1715, dejaba una Francia capaz de

enfrentarse a coaliciones de varias naciones mientras construía un imperio colonial en Norteamérica (Luisiana, Quebec), con enclaves en India y África.

La hegemonía francesa nacía de su abundancia en hombres y recursos, puestos en orden por las reformas desde Richelieu. El conflicto entre el impulso absolutista de la monarquía y la tradición levantisca de una casta nobiliaria dispuesta a aliarse con países extranjeros quedó resuelto en la Guerra de la Fronda, concluida en 1653 con victoria absolutista (el rebelde Condé, autor de la victoria francesa en Rocroi, pasó por un tiempo al servicio de España). El centralismo afectó a la religión por dos vías: la autoridad papal se redujo a casi nada por un fuerte galicanismo, aun sin llegar a la ruptura anglicana; y la persecución a los hugonotes, vistos como un persistente peligro interno, hizo huir del país a unos 200.000 hacia finales de la década de los ochenta.

Cabe comparar estas reformas con las de los Reyes Católicos que cimentaron el auge hispano acabando con las banderías de los nobles, imponiendo la autoridad regia y logrando, por medios no muy disímiles de los de Luis XIV, la unidad religiosa y una mayor identificación del poder eclesiástico con el político. De ahí la fortaleza del Estado y la casi ausencia de contiendas civiles (las revueltas comuneras, de la germanías o la guerra de Cataluña —esta más bien un conflicto con Francia— tuvieron poca monta al lado de las sufridas por los países del entorno). Las reformas hispanas fueron menos extremas que las francesas, su economía menos dirigista, la autoridad del Papado más respetada y la monarquía no pasó de autoritaria, lejos del absolutismo de Luis XIV.

El diferente espíritu del apogeo español y el francés lo

revelan bastante dos edificios de funciones similares y profundamente simbólicos: El Escorial y Versalles. El propio Felipe II orientó a sus arquitectos pidiéndoles una construcción sencilla, severa, noble sin arrogancia y majestuosa sin ostentación. Versalles, tres veces más vasto, es a un tiempo noble y arrogante, majestuoso y ostentoso, decorado sin apenas espacios vacíos. El Escorial fue concebido como palacio, basílica, biblioteca, centro de estudios, monasterio, pinacoteca y panteón, con la iglesia como centro. Versalles es palacio y corte, y esta función supedita estrictamente a las demás, con un minuciosísimo protocolo de cierto tono oriental. Las torres del Escorial, armoniosamente conjuntadas, sugieren elevación y religiosidad, y sus muros exteriores recuerdan una fortaleza. Nada más lejos de Versalles, cuya armonía se basa en las proporciones de un edificio sin torres, que exhibe poderío y suntuosidad, dejando la religión en segundo plano. También hay simbolismo no deliberado en el paisaje, entre los feraces y verdes llanos franceses y las estribaciones de la sierra de Madrid, sugestivas de un modo muy distinto.

Los acuerdos de Westfalia debían garantizar «una paz cristiana y universal y una amistad sincera, auténtica y perpetua», procurando cada país «el beneficio, el honor y la ventaja» de los demás. Tal retórica, obviamente hueca, no impidió nuevas guerras, la más grave la de «los Nueve Años», comenzada en 1688 entre Francia y una coalición de Holanda, Inglaterra, el imperio, Suecia y España, con campañas asimismo en las colonias. La guerra terminó de forma inconcluyente, preludio de otra más vasta con motivo de la sucesión a la corona española.

El año inicial de aquel conflicto tuvo lugar en Inglaterra la «Revolución Gloriosa», que derrocó al católico Jacobo II y determinó la exclusión definitiva del catolicismo y una

mayor tolerancia entre las diversas doctrinas protestantes, que se habían perseguido entre sí. Tal *revolución* se impuso sin dificultad en Inglaterra, aunque debió aplastar con sangre disidencias en Escocia e Irlanda. Con ella triunfaba definitivamente, asimismo, el Parlamento, que redujo drásticamente las atribuciones del rey, a quien puso prácticamente a sus órdenes. Así, la orientación política inglesa, que había parecido marchar hacia el absolutismo, se orientaba por fin en dirección contraria a la de Francia, donde el poder regio sí se hacía verdaderamente más absoluto.

Como hemos venido viendo, la ancestral tensión entre el poder monárquico y el de la oligarquía de los potentados, generalmente nobles, con frecuencia mezclados con grandes comerciantes, originaba dos empujes contrarios, complicados con la formación de los parlamentos a partir de las Cortes de León: o prevalecía uno o el otro, y por lo general lo hacían alternativamente. Aunque parece más democrático el poder oligárquico, el pueblo llano solía preferir al monárquico. Por otra parte, claro está, el monarca no contendía él solo, pues este siempre se apoyaba en un sector mayor o menor de la oligarquía, y las experiencias de desorden y opresión nobiliaria solían favorecer su causa. ¿Por qué en Inglaterra el éxito del Parlamento no dio lugar a una situación anárquica, como la daría en Polonia-Lituania el *Sejm*, una institución formalmente similar, que limitaba fuertemente al rey; o a una semiimpotencia del monarca como la del Sacro Imperio? Quizá quepa encontrar la razón en una solidaridad oligárquica más fuerte y estable en Inglaterra, donde el dominio aristocrático mostraría a menudo un despotismo sin escrúpulos sobre el pueblo bajo, al que llegaba a despojar y sumir en la miseria.

Por lo que respecta a España, representaba una tercera

posición entre el absolutismo y el parlamentarismo. Durante las guerras de religión, el francés Enrique III profirió tremendas amenazas sobre su propia capital por haberle negado sumisión: «París, cabeza del reino, necesitas una sangría para curarte (…). Dentro de unos días ya no se verán tus casas ni tus murallas, sino tan solo el lugar donde has estado». El concepto político que permitía tales intimidaciones era impensable en España. También impensables conductas como las del gobierno inglés, que había dejado morir a millares, por enfermedad, heridas y hambre, a los excombatientes contra la Gran Armada de Felipe II, o expulsado por las armas a decenas de miles de campesinos que habían vivido desde tiempos antiguos en las tierras comunales.

Aparte de las teorías de la Escuela de Salamanca, quizá la concepción política prevalente en España quede expuesta por la *Recopilación de las Leyes de Indias*, de 1680, en plena decadencia hispana. Consta de unas 6.400 leyes que se ocupan de la organización de la Iglesia, del gobierno, la población, fundación de ciudades, universidades con cátedras en lenguas indígenas, etc. Las leyes sobre el gobierno en América establecían contrapesos y controles como los «juicios de residencia» a las autoridades al terminar su mandato, para evitar en lo posible el despotismo y la corrupción. Las normas laborales sorprenden por adelantarse varios siglos a las comunes en la propia Europa: jornada de ocho horas (ya desde Felipe II), siete los sábados; pago de un mes de salario en caso de accidente, y curación costeada por el empresario. Prohibición del pago en especie o en bebida en lugar de en dinero, con obligación de pagar directamente a los trabajadores indígenas y no a los caciques. Estricto respeto a las costumbres indias, con excepciones como la imposición de la monogamia a los

caciques, prohibición de encerrar a las mujeres o de vender a las hijas, o de impedirles casarse con quienes quisieren, etc. Ninguna metrópoli organizó nunca su imperio de tal manera, y sin duda se debe a ello su extraordinaria paz interna a lo largo de tres siglos, quebrada por muy raras rebeliones.

* * *

A lo largo del siglo XVII, el paisaje político europeo cambió sustancialmente. Portugal se se paró de España, la cual pasaba de gran protagonista de la política europea a objeto de apetencias foráneas, ansiosas de repartirse sus posesiones; Holanda disputaba el mar a Inglaterra, colonizaba regiones de América y Asia, sostenía un comercio variado y hegemonizaba el tráfico de esclavos. Inglaterra había impuesto su dominio en Irlanda, con menos dureza en Escocia, y ganaba fuerza en el mar. Francia heredaba en parte el papel de España como superpotencia católica. Suecia predominaba en el Báltico y Escandinavia. El Sacro Imperio perdía aún más capacidad de acción. La confederación polaco-lituana había dejado de ser una gran potencia y caído en una semianarquía después del «Diluvio» sueco. Rusia estaba en trance de convertirse en un poder de gran envergadura. Los turcos habían perdido la mayor parte de Hungría, pero seguían dominando extensas regiones al sur del Danubio.

Las convulsiones político-religiosas modelaron la triple Europa: la católica, latina pero extendida a Polonia e Irlanda, más Austria, mitad de Alemania y de Flandes; la protestante, compuesta de la otra mitad de Alemania, Holanda, Escandinavia, Inglaterra y Escocia. En la tercera Europa, la ortodoxa, mayoritariamente eslava, destacaba ya Rusia como un gigante. Los protestantes se habían impuesto haciendo

uso abundante de la guerra, el terror y una propaganda masiva, y la resistencia católica, dirigida principalmente por España, había logrado finalmente limitar su expansión. Por el contrario, los protestantes y los turcos debieron mucho a la católica Francia.

Del siglo XVI en adelante, la Europa Occidental, que hemos llamado de las naciones por contraste con la de los imperios, podría llamarse también la Europa del mar, que tan esencial papel tuvo en su historia (y la mundial), desde las empresas lusas e hispanas.

# 22

# Siglos de oro

El siglo XVI fue una gran época del arte y la literatura en la mayor parte de Europa; y al menos Polonia, Inglaterra y España suelen considerarlo su Siglo de Oro. Todos ellos muy influidos por el Renacimiento italiano, aunque con fuertes rasgos nacionales y predominio del barroco hacia el final.

Para los polacos fue una época dorada política y cultural bajo Segismundo I y Segismundo II, de la dinastía Jagellón (hasta 1572), que gobernaba en varios países de la Europa Central. La confederación polaco-lituana, extendida de mar a mar (del Báltico al Negro) vencía a sus enemigos y llegó a ocupar Moscú durante dos años, desde 1610. Aunque la población propiamente polaca era católica, el luteranismo y el calvinismo ganaron posiciones en las regiones de influencia prusiana o alemana; hubo incluso algún intento —fallido— de unificar a todas las iglesias, incluida la ortodoxa, sobre alguna base común. Polonia tenía un régimen estrechamente oligárquico, con un fuerte Parlamento o *Sejm*, que debilitaba el poder monárquico a favor de los nobles. A ese régimen le llamaban, en su momento de esplendor «la dorada libertad». Sin embargo era muy opresivo para los campesinos, la inmensa mayoría de la población.

Dentro del Renacimiento polaco, muy influido por el italiano y por el humanismo erasmiano, sus universidades alcanzaron renombre internacional en astronomía y matemáticas. Los protestantes fundaron academias prestigiosas, con las que rivalizaron pronto los jesuitas. La

gran figura científica fue el astrónomo y poeta Nicolás Copérnico, y en pensamiento político Andrzej Frycz Modrzewski, teólogo y «padre de la democracia polaca», que en su obra *Republica emendanda* propuso reformas razonables encaminadas a suprimir los privilegios haciendo a todos iguales ante la ley, atenuando las desigualdades sociales y denunciando el despotismo de los oligarcas («el campesino no es tu esclavo, sino tu prójimo»), etc. La obra incluía dos partes sobre la Iglesia y la enseñanza, que Roma tachó de heréticas y prohibió. *Republica enmendanda* sería una obra muy traducida e influyente en el siglo XVII, en la dirección del pensamiento democrático. Polonia produjo también por entonces una considerable poesía e historiografía, música y arquitectura.

Para Inglaterra y España fue también una era de elevación artística, sobre todo literaria, en la que se crearon sendos teatros nacionales y despuntaron dos de los máximos creadores literarios de todos los tiempos, Shakespeare y Cervantes. El Siglo de Oro español (más de un siglo y medio en realidad) comienza por los tiempos del descubrimiento de América con una obra maestra de la literatura europea, *La Celestina*, y se extiende hasta el teatro de Calderón de la Barca y la pintura de Velázquez, en el último tercio del XVII. En Inglaterra es la época llamada isabelina, prolongada con Jacobo I, aunque la literatura inglesa ya no decaería como ocurriría con la española. Tiempo también de esplendor poético, con Spenser, Sidney, el mismo Shakespeare o Marlowe, también dramaturgo.

No todo el mundo ha apreciado a Shakespeare. Voltaire escribirá, mucho después:

> En ese caos oscuro compuesto de crímenes y bufonerías, de heroísmo y de torpeza, de charlatanería de mercado y de grandes intereses, había algunos rasgos naturales y chocantes. Así venía a tratarse la tragedia en España en

> tiempos de Felipe II, viviendo Shakespeare. Ustedes saben que entonces el espíritu de España dominaba en Europa, incluso en Italia. Lope de Vega es el gran ejemplo. Fue precisamente lo mismo que Shakespeare en Inglaterra: una combinación de grandeza y extravagancia (...). Hicieron de la escena un monstruo que gustase al populacho (Era imposible que el contagio no afectase a Inglaterra.

La crítica de Voltaire expresa muy bien las aspiraciones, un tanto engañosas, de orden y claridad propias del teatro francés y más en general de la Ilustración, cuyo espíritu no era precisamente shakespeariano ni español.

Puesto que tanto España como Inglaterra creaban por entonces un teatro nacional, debió de llegar a la isla algún eco débil de la península, menor probable a la inversa. Como fuere, el teatro de Shakespeare difiere mucho del de Lope de Vega, como a menudo se ha observado. El del inglés, impregnado de valores aristocráticos, el del español, popular, incluso hostil a los nobles (diferencia ampliable: cultura inglesa más aristocratizante y española más popularizante). Al revés que en Inglaterra, el público estaba mezclado en España, y las mujeres podían actuar. En Shakespeare destacan los caracteres personales con relieve único, mientras que en Lope los caracteres, poco definidos —algo más los femeninos— se diluyen en la gracia de las tramas. El español rehúye la tragedia y es más ligero, incluso en la comedia. De hecho, Lope dio carácter formal —a veces despectivo— a las concepciones que tanto repugnaban a Voltaire: atención al gusto del público por encima de la razón aristotélica y sus unidades de tiempo, acción y lugar; dosis de tragedia y comedia, con final feliz. Este enfoque complacía al «populacho» de Voltaire, que iba al teatro a divertirse y no a meditar, y aunque muy criticado entonces y en el siglo XVIII, tendría gran porvenir observable hoy en la mayor parte del cine. Lope renovó el teatro hispano en obras llenas de encanto, ajenas a pretensiones de clase y bien

situadas en ambientes populares. Luego, la mayor parte de sus seguidores imitó su ligereza, pero menos su gracia, dando lugar a una prolongada literatura moral y caracteres un tanto romos.

Tampoco la obra cumbre de Cervantes, el *Quijote*, ha gozado de admiración unánime. Según Lord Byron, «Cervantes, con una sonrisa, desterró de España la caballería; una sola carcajada cortó el brazo derecho de su propia patria; pocos héroes ha tenido España desde aquel día (…). La gloria de haberlo compuesto la ha comprado muy cara al precio de la perdición de su patria». Otro crítico inglés, John Ruskin, lo calificó de «burla de los más sagrados principios de la humanidad», debido a su mofa del heroísmo y del amor, haciendo difícil ya creer en ellos. En algo tiene razón Byron: empezaron a escasear los héroes en España; más discutible es que ello obedeciera a esa novela y no a una creciente corrupción y anquilosamiento de virtudes anteriores, como en parte supo ver Quevedo. Y la opinión de Ruskin, aunque aguda, resulta unilateral. Más recientemente, Nabokov, autor de la dudosa maravilla *Lolita*, ha denigrado al *Quijote* como «enciclopedia de la crueldad», construida de forma basta.

Como obras realmente geniales, las de Shakespeare o las de Cervantes, de este muy destacadamente el *Quijote*, son inagotables en sus posibilidades interpretativas. Y sobrepasan las intenciones del autor, como indica la invocación de la *Ilíada*: «Canta, diosa, la cólera de Aquiles…». No es el autor, sino la musa quien canta a través de él. La musa burlona, que engaña a tantos autores haciéndoles creer en la excelencia de su inspiración. Pero el arte, con sus ficciones, puede reflejar la extraña realidad de la vida mejor que el análisis concreto. Cuando Shakespeare afirma que «estamos hechos de la materia de los sueños» (o,

con Calderón, «la vida es sueño»), ¿qué quiere decir? El sueño nos parece irreal e inconsistente, y nuestros anhelos y pasiones se les asemejan. No tenemos una base clara y sólida en nuestra actuación vital, pues «no existe nada bueno o malo; es el pensamiento humano el que lo hace parecer así»; pero ¿qué es el pensamiento humano? En definitiva, Macbeth, al borde del desastre, lo explica así: «El mañana, el mañana y el mañana se arrastra con paso ruin, día a día, hasta la última sílaba del tiempo marcado, y todos nuestros ayeres han alumbrado a los necios el camino a la muerte polvorienta. ¡Fuera, fuera, fugaz antorcha! La vida es una sombra que pasa, un pobre actor que se pavonea y agita en su hora de escena y nunca más se le oye. Un cuento de ruido y de furia sin sentido, contado por un idiota».

¿No percibimos en esta descripción más verdad, aun si una verdad desesperada entrevista al borde del desastre personal, que en muchos tratados de filosofía o psicología? El fondo del problema está en la fe: la vida se convierte en un infierno sin una fe que la transcienda y dé sentido. Macbeth ha tenido fe en sí mismo, en su destino, en su poder personal y su gloria, prometidos por las brujas. Por ellos ha cometido innumerables crímenes, pero ¿qué importan, si sale triunfante? Ante la derrota, la vida se le muestra como un absurdo. Pero si hubiera continuado con éxito hasta el final su carrera de crímenes, ¿entendería la vida como un caos sin sentido, o como plena y satisfactoria? A menudo triunfan los Macbeth y fracasan los Macduff y Malcolm. Y estando todos los hombres inclinados al mal, ¿quién podría juzgar a otro más allá de las conveniencias o prejuicios sociales? Pero si Macbeth hubiera triunfado, su descripción de la vida como ruido y furia daría la impresión de ser aún más realista.

Cervantes aborda a sus personajes desde un ángulo

diferente, en apariencia más ligero. Don Quijote viene a ser lo contrario de Macbeth. No aspira al poder, sino a la aventura, no comete crímenes, sino que encuentra el sentido de su vida en luchar contra ellos, en defender la justicia, proteger al débil y cultivar un amor ideal; y lo hace con tenacidad a prueba de adversidades. Tampoco es un necio, aunque su sentido de la realidad parezca difuso, ni un hipócrita que encubra con altisonancias intereses ruines. Para evitar un efecto trágico, no hay más desastres que las palizas reiteradas que sufre el héroe, por su escasa cordura, que busca injusticias y ocasiones de combate donde no las hay, contrastándola con la alta inspiración y sensatez de sus discursos o de sus consejos a Sancho. Macbeth, pintado como hombre por así decir renacentista, tiene fe en sí mismo, en su destino; Don Quijote la tiene en un ideal superior y transcendente por encima de él. Macbeth solo fracasa al final; Don Quijote fracasa de continuo ante una realidad grosera. Superficialmente no hay ahí tragedia, sino una especie de burla melancólica, pero la tragedia es profunda, radica en la colisión entre el ideal con que intenta dar sentido a su vida, y el mundo chabacano y sin justicia —sin sentido— que golpea una y otra vez sus empeños. También puede entenderse el *Quijote*, según Unamuno y otros vienen a indicar, como el trasunto de un Cristo, cuyos altos ideales le llevan a un sacrificio permanente. Sancho, hombre vulgar, ajeno a altas aspiraciones o inquietudes, comprende la desmesura de su amo, pero también percibe en él una grandeza, y por eso le sigue y ayuda noblemente.

En la *Ilíada*, Helena dice estas enigmáticas palabras: «Zeus nos dio un mal destino para que a los venideros sirvamos de tema para sus cantos». Las desdichas de Don Quijote, nacidas de su «posesión por un dios» (entusiasmo), son un tema inagotable, porque, como los personajes de

Shakespeare, siempre enseñarán a «los venideros» algo sobre sí mismos. Enseñanzas no utilitarias ni concretables, sino más bien sugestivas.

Ofrece interés, asimismo, la comparación entre las vidas de Shakespeare y Cervantes. Este, soldado y aventurero además de escritor, huyó a Italia siendo joven por causa de un duelo, combatió en Lepanto y otras ocasiones por Grecia y norte de África, y estuvo cautivo en Argel cinco años, entre 1575 y 1580. Los piratas berberiscos capturaban barcos y practicaban asiduamente incursiones sobre el litoral español, con ayuda de los moriscos establecidos en España, para saquear los pueblos y llevarse población, Los niños eran educados en el Islam, las mujeres entregadas a los harenes, y los hombres sometidos a trabajo esclavo con trato brutal. Podían ser rescatados mediante pago de cantidades considerables, en otro caso no solían durar mucho. El número de cautivos era elevado, de modo que se fundó una orden religiosa, los trinitarios, dedicada precisamente a reunir dinero para pagar rescates. Tanto de soldado como de cautivo —situación de la que intentó huir varias veces, jugándose la vida—, Cervantes demostró verdadero temple de héroe. Rescatado y vuelto a España, con treinta y tres años, entró en el áspero mundillo literario, tuvo una hija ilegítima y un matrimonio difícil, por la pobreza. Ejerció tareas de ocasión y pasó dos breves estancias en la cárcel, en una de las cuales parece haber concebido el *Quijote,* cuya primera parte publicó ya con cincuenta y ocho años: le dio popularidad en media Europa, pero poco dinero.

Cabe relacionar la intensa y azarosa vida de Cervantes con su conocimiento de los hombres, reflejado en su obra. Curiosamente no puede decirse lo mismo de Shakespeare, cuya vida conocida parece un tanto «normal», y sin embargo la variedad y profundidad de caracteres que

pueblan sus obras es más amplia, profunda y original que en Cervantes, si excluimos el *Quijote*. Por esa razón se ha dudado a menudo de que Shakespeare fuera el verdadero autor de su literatura, que algunos han querido atribuir a otros, de modo inconcluyente. Pero ya decía Lao Tse: «El hombre sabio, sin salir de casa, conoce el mundo». Tanto Shakespeare como Cervantes, exhiben, por lo demás, fuertes sentimientos patrióticos.

* * *

Cada ser humano reacciona de tres modos ante el mundo y la vida que le ha tocado: con el sentimiento, la razón y la acción. Ninguno de estos tres medios obra de forma pura, sino que las tres van juntas siempre, si bien en proporciones muy diversas. El sentimiento del mundo es el medio más primario y por ello el principal, y da lugar al arte y la religión; la razón origina la filosofía y la ciencia; y la acción se manifiesta en mil prácticas, como la economía, la política, la guerra o la técnica. El sentimiento opera para la mayoría como sensaciones difíciles de expresar o expresadas comúnmente de forma basta, y por eso reciben tanto aprecio los artistas o los profetas, aquellos capaces de traducir de algún modo sugestivo los sentimientos que de forma primitiva o confusa afectan a todos, provocando emociones más o menos profundas. El poeta inglés Sidney afirmaba que el poeta supera al historiador, al pensador o al científico, por cuanto sus verdades son más profundas y transcendentes, y así parece apreciarlo el público en general. La cultura europea exhibe cierto vaivén entre el predominio de la razón y el del sentimiento, en corrientes culturales sucesivas.

Una de esas grandes corrientes con predominio del sentimiento, sucesor al clasicismo renacentista, fue el barroco, expandido desde finales del siglo XVI y durante un

siglo y medio por la mayor parte de Europa. El barroco suele identificarse con el espíritu de Trento y cundió con menos fuerza en los países protestantes. Como todos los previos grandes movimientos culturales en Europa centro-occidental, se hace difícil definirlo con precisión pues sus elementos de continuidad con el pasado no pesan menos que sus novedades; y como ellos, afectó a todas las artes, el pensamiento y la ciencia. Suele señalarse en el barroco una pérdida del optimismo humanista, debida acaso a las desilusiones causadas por las sangrientas querellas y la división de la cristiandad. En el siglo XVII, las discordias intereuropeas no mermaron, sino que se hicieron más crueles, sobre todo en la Guerra de los Treinta Años. La búsqueda clasicista de la armonía retrocede ante la expresión de sentimientos complicados, retorcidos y aun rebuscados, con cierto *horror vacui*, tanto en las artes plásticas como en el pensamiento, la literatura, o la misma política. El dolor o el éxtasis predominan sobre la serenidad o la felicidad tranquila. La música, expresión más directa del sentimiento, alcanza en el barroco una de sus más altas cotas en la historia, aunque a menudo sea difícil identificarla con los rasgos patéticos propios del barroco en general. El movimiento partió de Roma y cuajó muy bien en España, que lo reexportó a América: iglesias, pintura y una naciente literatura hispanoamericana.

El XVII sería el siglo dominante del barroco, que afectó a todas las artes y al pensamiento y a la cultura general. En él continúa el siglo de oro español e inglés y toma forma el holandés. En España, una de sus manifestaciones más típicas es la literatura picaresca, una literatura de decadencia, aunque cuente con un brillante precedente en *El lazarillo de Tormes*, escrita en pleno apogeo español. En esa literatura, la jovialidad de la vida más o menos delictiva del pícaro, con

sus trapisondas e ingeniosidades, flota sobre un fondo derrotista y un moralismo algo tosco.

También sería el XVII la edad dorada de la cultura en Holanda y Francia. El siglo de oro holandés acompaña a sus éxitos políticos y militares: independizado plenamente de España, extiende sus empresas bélicas y comerciales por América y Asia, y pasa de contender con España a hacerlo con Inglaterra, entre otras cosas por el lucrativo tráfico negrero, dando lugar a tres guerras. El año 1672, conocido como «el del desastre», marca el comienzo del declive de Holanda, al ser derrotada por su rival y por Francia. El país estaba agriamente dividido entre los republicanos y los monárquicos de la casa de Orange, y entre los partidarios de la guerra y los más pacíficos. Uno de sus más distinguidos políticos, también matemático, Johan de Witt, tachado de culpable del desastre, fue linchado con la mayor crueldad, junto con su hermano Cornelis, y sus cadáveres desventrados y mutilados expuestos al público. De Witt había presidido unos años excelentes para Holanda, con innovaciones económicas del mayor alcance futuro, como la bolsa y la sociedad anónima, convirtiéndose Ámsterdam en el mayor centro financiero de Europa. Su tecnología naval era la mejor, sus navegantes llegaron al norte de Canadá y al sur de Australia, y sus compañías comerciales, que actuaban como verdaderos estados que además de comerciar hacían guerras y practicaban el corso, forjaron un imperio colonial por África, América y el Índico, mucho de él a costa de Portugal. Mas a principios del siglo siguiente, Holanda había perdido su primacía naval y financiera y su hegemonía esclavista, todo ello heredado por Inglaterra.

En Holanda, los conflictos entre los propios calvinistas, resueltos a veces con sangre, y la persistencia de una

considerable población católica, derivaron finalmente un nivel de tolerancia mayor que en otras naciones, de modo que allí acudieron intelectuales como Descartes, Locke o Bayle, perseguidos en sus países, o algunos judíos, en particular Spinoza. Con todo, el país no produjo una gran cultura propia excepto en ciencia (Huygens) y en pintura (Vermeer, y sobre todo Rubens, una de las cumbres de la pintura de la época, junto con Velázquez, y aun de cualquier época).

Baruch Spinoza o Espinosa, judío de origen portugués, replanteó los grandes temas filosóficos y éticos semiabandonados por el Renacimiento. Identificó a Dios con la naturaleza: la sustancia de lo existente tenía carácter divino (infinita, eterna, etc.) y el hombre, parte de esa sustancia, podía conocer el mundo, es decir, lo divino, mediante la ciencia. El mundo se fundamentaría en sí mismo, lo que excluía la idea de un Dios ajeno y creador. Este panteísmo le valió anatemas de los judíos sefardíes afincados en Holanda, de los que se defendió en español. Y le hizo impopular entre protestantes y católicos, unos por su empeño en aplicar a la religión la razón por encima de la fe, y los otros por negar un Dios creador. En el sistema de Spinoza, la libertad se esfuma, salvo como conocimiento y conformidad humana con las leyes naturales/divinas. El bien y el mal resultan relativos y subjetivos, siendo nuestra deficiente comprensión de la naturaleza-Dios lo que nos hace creer malos sucesos desgraciados, que dejan de serlo en un plano más amplio y profundo. Se diluye la perspectiva sobre el bien y el mal, por cuanto ambos expresan a la naturaleza-Dios; y por la misma razón la diferencia entre verdad y error. La ética puede demostrarse por métodos geométricos.

En cuanto a Francia, es René Descartes su máxima figura

intelectual que, como su coetáneo Spinoza, aspira a comprender al mundo, al hombre y a la divinidad, aplicando la razón. La razón constituiría la única fuente del saber real, y debía conducir a tesis únicas e irrebatibles… no obstante lo cual ambos pensadores divergían en sus razonadas conclusiones. Descartes, católico, entiende a Dios como un ente sobrenatural, cuya existencia afirma demostrar racionalmente apelando a la imposibilidad de que el hombre se hubiera creado a sí mismo, y a la idea de perfección impresa necesariamente por la divinidad, ya que la naturaleza humana es imperfecta. Mediante el método de la duda sistemática para alcanzar verdades inconcusas, encontró dos sustancias de lo real, básicas e irreductibles: la *res cogitans*, o el yo pensante, y la *res extensa*, o mundo exterior. Sin embargo no logró explicar cómo la *res cogitans*, el pensamiento humano, podía conocer la *res extensa*. Por tanto recurrió a Dios: este, una de cuyas perfecciones consistiría en no engañar al hombre, intermediaba entre ambas sustancias haciendo posible el conocimiento (Spinoza sorteó el problema declarando una sola sustancia divina-natural). Tipificado el yo pensante por su capacidad de conocer, el problema del bien y el mal se reducía al conocimiento: el mal consistiría en la ignorancia, un punto de vista con mucho futuro en las ideologías utópicas y que privaba de sentido el libre albedrío o la libertad, determinados por el conocimiento. Viejo problema.

Se ha valorado a Spinoza y Descartes como padres de la filosofía *moderna*, en la que la razón desempeña un papel dominante, haciendo innecesaria la fe. Con respecto a la filosofía anterior se observa un desplazamiento sutil que consistiría, esquemáticamente, en una progresiva inversión de la relación entre hombre y Dios. El hombre va pasando de ser una criatura de Dios a convertir a Dios en una criatura

suya. Ya no es Dios quien crea al hombre, sino el hombre quien crea la divinidad y las religiones, siendo estas productos psíquicos analizables por la razón, arma máxima y constitutiva del ser humano. Se va esfumando el Dios católico, asequible por la razón, aun si solo parcialmente; y más aún el Dios protestante, asequible únicamente por la fe.

Blaise Pascal, importante científico y matemático como Descartes, y opuesto a él y a Spinoza, percibió un peligro en aquel racionalismo que difuminaba la religión. El empleo exclusivo de la razón expulsa los sentimientos como perturbadores del orden racional, y produce un mundo seco y tedioso. Negó que la verdad fuera alcanzable exclusivamente por la razón o el análisis de la experiencia: a la verdad más profunda, la de los principios, solo se llega por medio del «corazón», el sentimiento de amor inscrito por Dios en nuestra naturaleza. La razón y el amor dan lugar respectivamente a un espíritu de geometría y a un espíritu de sutilidad, y deben ir juntos, porque alejados entre sí extravían el alma. Emprendió una magna obra de apologética del cristianismo, sin el cual, afirmaba, el mundo y la gente serían un monstruo y un caos. Pascal entró en la polémica jansenista, un catolicismo divergente del predicado por los jesuitas: partía del concepto de San Agustín sobre la gracia, lo que le aproximaba a los protestantes. Y exigía una ética menos flexible y casuística que la de los jesuitas, tachados de hipócritas y apegados al poder terrenal. Pero los jansenistas siempre se consideraron católicos, y Pascal resume: «Aquel que nos creó sin nuestro concurso no puede salvarnos sin nuestra participación», doctrina opuesta a Lutero. El empleo puro de la razón reducía todos los problemas al del conocimiento, apartando u oscureciendo otros como el del porqué de nuestra presencia en el mundo.

Para Francia, el XVII, fue su *Grand Siècle*, sobre todo su segunda mitad. No solo se convirtió en la mayor potencia política y militar, sino en el centro cultural de Europa —menos acentuadamente de Inglaterra y España—; y su idioma en lengua franca de las cortes europeas. Es la época de su teatro nacional (Corneille, Racine, Molière), de los citados Pascal, Descartes, y muchos más. En todas las manifestaciones de la alta cultura abundan figuras de primer orden, aun si en literatura no alcanzan las cumbres anteriores de Inglaterra o España. Las artes plásticas combinan el barroco con un mayor clasicismo a partir de la segunda mitad del siglo, particularmente en la arquitectura y el urbanismo. Hay un designio de hacer de París una ciudad monumental y modelo para el resto del continente, capaz de sobrepasar a Roma, no digamos a Madrid o a Londres, que no destacaban por sus monumentos o cuidado urbanismo. El palacio de Versalles será imitado en varias otras cortes, desde Rusia a Nápoles, y lo mismo las modas de París. El espíritu francés, en búsqueda de la claridad y la razón, trata de imitar, como en el Renacimiento, los modelos griegos y romanos, tomados como ejemplos de racionalidad y desdeñando su lado mistérico y *dionisíaco*, en expresión posterior de Nietzsche.

# 23

# El pensamiento científico

Junto con sus violencias, el siglo XVII suele ser considerado como el del nacimiento del pensamiento científico. Por ciencia solemos entender un conocimiento seguro, no opinable. En realidad, el pensamiento científico ha acompañado al ser humano desde siempre como observaciones objetivas, pruebas, errores y aciertos para obtener saberes firmes: de otro modo, la vida humana se habría extinguido pronto. Los griegos, en especial Platón, se plantearon la cuestión de cómo alcanzar ese tipo de conocimientos, que tan claros parecían en la geometría. ¿Era posible llegar a conclusiones parecidamente indudables y demostrables en todos los campos de la actividad humana, desde las artes a la política, la economía, etc.? El inmenso esfuerzo intelectual desplegado a lo largo de siglos persigue ese objetivo, unido al de aumentar la capacidad de transformar el mundo según necesidades o deseos humanos. Lo nuevo en el XVII es la sistematización de métodos para alcanzar tales certezas, mediante la medición precisa, la experimentación y la matematización, excluyendo de ellas las ideas religiosas.

El pensamiento científico procede de la relevancia otorgada a la razón, pero va un paso más allá y parece relegar a la misma razón a una posición complementaria, auxiliar de la investigación empírica (y al final también innecesaria). El filósofo algo posterior Giambattista Vico pensó que el hombre solo puede conocer de verdad su

propia actividad e historia, siéndole inaccesible el mundo físico exterior, tan ajeno a él. La idea suena lógica, pero las llamadas ciencias humanas han resultado muy inseguras y complejas, mientras que la ciencia *moderna* comienza precisamente por lo más lejano al hombre, los movimientos estelares. En las culturas y civilizaciones ha sido una constante la observación del firmamento, pues de sus movimientos depende, evidente y estrechamente, la vida humana. Aparte su aplicación práctica a la orientación, la agricultura, etc. la psique siempre se sintió impresionada por el contraste entre la majestuosa regularidad de los movimientos celestes y la inagotable variedad y variación de los terrestres. No era ilógico concluir que las regularidades celestes gobernaban de un modo oculto la enloquecida agitación terrestre, incluso los destinos personales. Pues, naturalmente, el hombre estaba en el universo y debía tener con él una relación profunda, fácil de intuir, aun si no fácil de explicar.

Y por el estudio del firmamento, los movimientos de la Tierra y el Sol, comenzó el sacerdote polaco Copérnico la nueva manera de encarar el mundo, en la primera mitad del siglo XVI. En la segunda mitad, el noble danés Tycho Brahe midió con la mayor precisión entonces posible los movimientos planetarios, medidas que aprovechó el alemán luterano Johannes Kepler (su madre, acusada de brujería, se salvó por los pelos de la muerte) para exponer las leyes del movimiento de los planetas.

Aquellas observaciones y cálculos cuestionaban el tradicional geocentrismo, que consideraba la Tierra el centro inmóvil en torno a la cual giraban el Sol y el universo. El geocentrismo concordaba no solo con las observaciones más elementales, sino también con la importancia que el hombre

se concedía a sí mismo. Creado a imagen y semejanza de Dios, parecía natural que ocupase el centro de la creación. La idea de que el planeta girase en torno al sol parecía desplazar al ser humano a una posición secundaria y contrariaba respetadas opiniones de sabios tan indiscutibles como Aristóteles, así como algunos pasajes de las Escrituras. Se suele estimar la «revolución copernicana» como un cambio radical filosófico, psicológico y científico por haber desplazado al hombre del centro del universo; pero antropocentrismo y heliocentrismo no son incompatibles: la humanidad será siempre el centro, por cuanto de sus capacidades y posición brota la comprensión del cosmos. Y cabe concebir un universo donde todos sus puntos fueran el centro, como sugería Nicolás de Cusa, o como en la superficie de una esfera.

La idea heliocéntrica no era tan nueva, pues ya en India, Grecia o en el Islam habían especulado con ella algunos pensadores. Lo nuevo era la observación precisa y la demostración matemática. La teoría de Copérnico fue aceptada como hipótesis por la Iglesia y rechazada por los protestantes, pero al cabo de un tiempo las posiciones se invertirían, por el caso Galileo. El heliocentrismo no estaba por entonces bien probado, y provocó una controversia entre científica y teológica. El papa Urbano VII pidió a Galileo, a quien protegía y admiraba, un informe con los pros y los contras de las teorías geo y heliocéntrica, y el científico escribió en 1632 su *Diálogo sobre los dos principales sistemas del mundo*. No era un informe comparativo como le habían pedido, sino una defensa a ultranza del heliocentrismo y una mofa del propio Papa, caracterizado con el nombre de *Simplicio*. Galileo no terminaba de demostrar su teoría y aducía la prueba falsa de que las mareas proceden de la traslación del planeta, fallo que

harían notar los dominicos. Un proceso inquisitorial tachó de herejía el heliocentrismo, teoría a su vez falsa pero un avance sobre el geocentrismo. El tribunal prohibió las obras de Galileo y le condenó a arresto domiciliario en su lujosa villa; y pronto se lo atenuó.

El caso revela el miedo de la Iglesia a las herejías, pero también su postura abierta a nuevas hipótesis. Muchos eclesiásticos admiraban a Galileo, y aunque los jesuitas de Roma y otros lo atacasen, polemizaban con él no solo en términos teológicos sino también científicos. Galileo, por lo demás, no era una figura aislada, destacaba en un medio de creciente afición a la ciencia, del que era muestra la Academia dei Lincei, donde aquel había cosechado grandes laureles. La Academia era una de las primeras comunidades científicas europeas, creada en Roma en 1603 con apoyo papal.

El mejor candidato a padre del pensamiento científico es probablemente Galileo, no solo por sus invenciones y descubrimientos pasmosos, sino por haber asentado la concepción y método, la sistematización del experimento o la noción, no nueva pero expuesta con nitidez, de que «el libro del universo está escrito en lenguaje matemático». De modo similar a las sociedades, el universo se regía por «leyes», con la diferencia de que eran matematizables y funcionaban con seguridad mil veces mayor. Galileo disfrutó casi toda su vida del apoyo de la jerarquía eclesiástica, nunca dijo *eppur si muove*, y su choque con la Iglesia provino más de su altanería que de una lucha entre ciencia y teología, o entre libertad de pensamiento y autoridad, como ha solido explicarse.

Algún tiempo después Isaac Newton llevó a su mayor generalización los avances de Copérnico, Kepler y Galileo,

estableciendo, entre otras cosas, las leyes del movimiento y la gravedad, una desconcertante fuerza de atracción entre los cuerpos inertes que explicaba tanto la caída de los cuerpos pequeños, a partir de cierta distancia, hacia el centro de la Tierra, como la estabilidad del sistema planetario. A la cuestión de por qué se atraían los cuerpos replicó con la frase *Hypotheses non fingo*, dando a entender que la ciencia trataba de hechos y relaciones entre ellos, no de sus causas; pero la pregunta era lógica y Newton dedicó, algo en secreto, considerables y no fructíferos esfuerzos a contestarla. Atribuyó al universo infinitud y eternidad, rasgos que contradecían la propia teoría de la gravedad, contradicción no percibida por entonces. Infinitud y eternidad eran atributos divinos, si bien él no sacó de ellos conclusiones panteístas. Hombre creyente, imaginó un universo ordenado como un reloj, necesitado por ello de un «relojero», es decir, de Dios, que se limitaba a poner en marcha su creación, dotándola de leyes para que funcionase por sí misma. Nueva concepción de la divinidad.

* * *

Suele describirse el método científico como una serie de pasos: observación de hechos, hipótesis sobre lo observado, predicción de resultados o efectos posteriores, experimentos que confirmen (o no) esas predicciones, y teorización general que encaje las conclusiones en un orden más amplio. Mayoritariamente había predominado el método *deductivo* o racionalista, por el que se alcanzan verdades particulares desde principios generales considerados ciertos, muchas veces por el prestigio intelectual de sus formuladores. Ahora, el método se invertía en parte, *induciendo* de lo particular a lo general, de los datos observados a la hipótesis. Pero este método no es puramente inductivo ni una máquina

de adquirir certezas, ni deja de lado la especulación: la acumulación de datos no genera por sí sola hipótesis válidas, sino que en estas se da una especulación implícita, que a su vez condiciona en alguna medida la selección de datos. De hecho, la mayoría de las hipótesis salen falsas, e interviene en ellas la personalidad de quien las hace; y los grandes científicos escasean, como los grandes artistas.

Además, la mera observación parte de hipótesis. Si el hombre puede observar, se debe a que tiene ciertas capacidades ajenas a su propia capacidad creativa. Se supone además que sus observaciones tienen un grado de verdad, es decir, que no son meras ilusiones de los sentidos o de la razón, sino que corresponden a una realidad exterior a él; y ello a pesar de la experiencia corriente en que muchas observaciones nos engañan, y de que con los datos observados la razón establece a menudo relaciones o conclusiones de apariencia lógica pero en realidad ficticias. No obstante, el hecho de que esas observaciones y razonamientos puedan contrastarse con la realidad mediante el experimento, indica que podemos alcanzar conclusiones verdaderas y sacarles partido mediante la técnica. Aun así, lo que llamamos realidad seguía siendo objeto de especulación. Quizá nuestra realidad sea una especie de fantasmagoría causada por la manera en que estamos hechos, «con la sustancia de los sueños»; o solo una parte o una manifestación aparente de una realidad superior y constituyente, que nos está velada y vedada. Esta hipótesis, implícita en las religiones, afecta evidentemente a la ciencia, aun si esta prescinde de ella —hasta cierto punto— por pragmatismo: «Si hay algo más allá de nuestra capacidad de observación y pensamiento, ¿qué nos importa, en definitiva? Podemos seguir trabajando como si no existiera tal cosa». Pero la cuestión seguiría dando pie a reflexiones de

pensadores y científicos.

El pensamiento científico prima la observación empírica, refinada en el experimento sistematizado, y la cuantificación y medición exactas; y relega en apariencia a la razón ordenadora; pero tampoco puede prescindir de esta. Las observaciones e hipótesis precisan ser ordenadas de modo racional, lógico, aunque ya sin partir de principios inamovibles y sometiéndose a los resultados de las investigaciones empíricas. A pesar de que la razón lleva con frecuencia a aferrarse a la teoría y a menospreciar o retorcer los datos incómodos, sigue siendo necesaria, pues de otro modo los datos e hipótesis se presentarían como un maremágnum indescifrable.

El filósofo inglés Francis Bacon estableció normas para acceder a un saber objetivo eliminado los «ídolos», es decir, los prejuicios individuales y sociales, las emociones, el lenguaje equívoco o el argumento de autoridad religioso, filosófico o político. Bacon tiene expresiones como que «cuanto más contradictorio e increíble es el divino misterio, mayor honor se hace a Dios creyéndolo», o «un poco de filosofía inclina al ateísmo; una filosofía más profunda devuelve la religión». Sin embargo define cierto ideal científico típicamente tecnicista, de enorme peso en el mundo anglosajón: «El conocimiento es poder», «la imprenta, la pólvora y la brújula han cambiado la faz de la Tierra. Nada ha influido en los asuntos humanos más que estos tres inventos mecánicos». Si, de manera insensible, se iba invirtiendo la relación entre el hombre y Dios, haciendo de este una criatura del Hombre, en cambio la Técnica parecía emanciparse como un ente aparte que determinaba al ser humano, más que este a ella. Bacon imaginó una *Nueva Atlántida,* utopía organizada en torno al conocimiento puro y aplicado, movida por el afán de adaptar

el mundo al gusto e interés que supone propios del ser humano. A esa sociedad le atribuye, con notable fe, el súmmum de «la generosidad e ilustración, dignidad y esplendor, piedad y espíritu público».

Consecuencia lógica de esas ideas era la extirpación de las personas y grupos reacios a ellas, y Bacon, hombre coherente, propugnó una «guerra santa», en nombre de la técnica, para aniquilar en el mundo a cuanto se opusiera a su modo de entender la civilización; tarea que como ultrapatriota inglés, consideraba un «honor divino» reservado a su país. Proponía por ello, entre otras cosas, la guerra a España, cuya actitud personaliza en el estoico Séneca; aceptación de los accidentes y hechos desagradables de la vida, que Bacon suponía esencialmente superables mediante la inventiva técnica.

* * *

Como decimos, fue en Grecia donde de forma explícita se planteó la posibilidad de alcanzar verdades seguras. Platón supuso, por analogía con las matemáticas y la geometría, una realidad más allá de la confusa y variable que nos ofrecen los sentidos: un mundo de entes ideales o *ideas*, de las que el mundo sensible sería una copia burda. Así, la observación perdía valor, pues la lógica interna de las «ideas», a semejanza de las matemáticas, produciría un grado de certeza muy superior al de cualquier dato observable. Su valoración de las matemáticas es una base de la ciencia, pero su teoría de las ideas no tanto: Aristóteles la consideró innecesaria, por cuanto no lograba explicar cómo el mundo sensible y mutable podía surgir del mundo impalpable y eterno de las ideas (problema análogo al de las sustancias de Descartes). Con lo cual la observación empírica del mundo sensible volvía al primer plano. Al final,

los enfoques platónico y aristotélico, formalmente opuestos, resultarían complementarios.

La cuestión del conocimiento firme interesó menos en la antigua Roma, poco inclinada a especulaciones de aire poco práctico, y más a la técnica, la ordenación social y el destino humano. Luego, las circunstancias de la Edad de Supervivencia permitieron poco más que salvar parte del legado anterior. Es en la Edad de Estabilización cuando resurgen muchas cuestiones antiguas, dando lugar a un pensamiento original sobre Dios, el mundo y el hombre, la razón y la fe, la razón y la experiencia, las matemáticas y el mundo, etc., aparte de invenciones técnicas. Este largo movimiento religioso e intelectual abocaría por un lado a la crisis religiosa del siglo XVI y por otro a la ciencia llamada moderna en el XVII. Al destacar la ruptura entre la ciencia *moderna* y las concepciones *medievales* se oscurece la continuidad entre ambas, pues el pensamiento científico no habría cuajado sin las densas especulaciones y disputas escolásticas.

El nuevo pensamiento desvinculaba la ciencia de los principios morales y anulaba la misma noción de finalidad, la «causa final» aristotélica. De ahí provenían cuestiones que se harían conscientes con el tiempo. ¿Hasta dónde sería posible obtener certezas científicas? ¿Estaría todo el universo y el propio ser humano al alcance de ellas? ¿Iría la ciencia reduciendo el mundo opinable hasta acabar con él, o bien existiría un doble mundo, uno asequible a las certezas y otro sujeto por su naturaleza al yugo de la opinión y el azar o de un cálculo de probabilidades demasiado amplio? El método parecía implicar un mundo consistente e inteligible por sí mismo, sin necesidad de una intervención exterior, de un Creador, que poco a poco iría pareciendo una «hipótesis

innecesaria». ¿Reflejaba ello la realidad del mundo o era solo una exigencia del método? Lo mismo con la exclusión de la finalidad, y por tanto del sentido: ¿respondía esa exclusión solo al método, o exponía la naturaleza real del mundo y de la vida, es decir un mundo y una vida sin finalidad? Aunque tardó mucho tiempo en oponerse la ciencia y la religión, los prodigiosos frutos del pensamiento científico sugerían que la misma idea de sentido de las cosas era un mero prejuicio, por lo que el mundo perdía todo lazo con las cosmologías religiosas y con los imperativos morales, quedando privado de cualquier finalidad. La propia vida parecería convertirse en una carrera accidentada hacia ninguna parte.

* * *

Se ha popularizado la idea de que el cristianismo, en particular su rama católica, rechazó la ciencia, y que esta solo pudo consolidarse rompiendo las ligaduras religiosas. Pero si bien el pensamiento científico toma forma apartándose un tanto de la religión (y la filosofía), no puede ser casual su nacimiento en la Europa cristiana, en instituciones como las universidades y academias creadas en tan fundamental medida por la Iglesia; ni la contribución científica en todo tiempo, antes y después, de eclesiásticos y personas de espíritu religioso. Sin todo ello nunca habría eclosionado el espíritu científico.

A menudo se ha relacionado la ciencia *moderna* con el protestantismo, y es verdad que ganó impulso en (algunos) países protestantes; pero el hecho es que se originó en los católicos, y que la católica Francia permaneció siempre en primera línea. La condena protestante de la razón, tachada de diabólica y enemiga de Dios, parecía de entrada impedir la ciencia, pero dejaba acaso mayor margen a la reflexión mundana al separar la fe de la vida práctica, por cuanto la

voluntad de Dios quedaba inaccesible al hombre, cuyas obras carecían de valor: al final, la religión podía reducirse a un supuesto innecesario. Además, el protestantismo era una doctrina esencialmente pesimista, al contrario que el catolicismo, que fiaba tanto a las obras (y la ciencia, el trabajo por conocer mejor la Creación era también una obra meritoria). En todo caso, la Inglaterra semiprotestante descolló con Isaac Newton, estimado a menudo como el mayor científico de la historia; y con la Royal Society, fundada en 1660, quizá la sociedad científica más notable de Europa; mientras la Academia dei Lincei iba languideciendo. Por tanto, la cuestión es más bien por qué Italia perdió el paso en la ciencia después de haber contribuido tan decisivamente a ella, y por qué en España se anquilosó mientras en Francia fructificaba espléndidamente.

El impulso científico provocaba inquietud y reticencia en muchos ambientes religiosos. Si el hombre dejaba de ser el centro del universo para convertirse en un animal, peculiar pero en definitiva un animal más, regido por leyes aún desconocidas pero semejantes a las de cualquier otra forma de vida, y sin ningún sentido o finalidad especial, ¿dónde quedaba su dignidad, su libertad y todos los atributos que se autoconcedía como imagen de Dios? Oscuramente se percibía un camino lleno de peligros, contrario a la religión, hacia el ateísmo y el extravío moral.

En relación con España, habría que añadir otro aspecto. Se ha atribuido su retraso científico a la Inquisición, pero esta no persiguió a los científicos ni quemó sus libros; más bien los protegió. El inquisidor Juan de Zúñiga incluyó expresamente el sistema copernicano en los estudios universitarios y creó estudios matemáticos de cierta consideración. Y, pese a las condenas de Roma, desestimadas como no de fe, lo mismo pasó con Galileo, que pensó en

instalarse en España cuando comenzaron sus dificultades romanas. Tampoco se prohibieron los trabajos científicos de Newton o Leibniz ni las obras de Spinoza o Hobbes. Diversos inquisidores promovieron las bibliotecas y la publicación de libros científicos, y alguno, como Vicente del Olmo, editó la *Geometría especulativa y práctica de los planos y de los sólidos*, y *Trigonometría con resolución de triángulos planos y esféricos*, del matemático y astrónomo José de Zaragoza, o escribió *Nueva descripción del Orbe de la Tierra.*

Por otra parte España, con Portugal, se había adelantado un siglo al resto de Europa en la exploración del mundo y en la colonización, tareas seguidas de estudios científicos sobre la naturaleza, la historia y la etimología de los nuevos territorios, tales como la *Historia natural y moral de las Indias*, de José Acosta donde expone observaciones zoológicas precursoras en alguna medida del evolucionismo, etc. Hubo avances apreciables en la construcción naval, cartografía, o minería; y algunos miembros de la Escuela de Salamanca plantearon problemas físicos sobre el movimiento que desarrollarían Galileo y Newton. El ambiente era bastante liberal hacia los estudios científicos, y las condiciones materiales tan buenas como en cualquier otro país. Ciertamente la economía y la población declinaron en el siglo XVII pero ello no tenía por qué haber anulado a minorías despiertas e inquietas. Lo cual vuelve más extraño el hecho de que, como resume el matemático italiano Libri «la única gloria que Dios ha negado a España hasta ahora ha sido un gran geómetra», es decir, un gran científico.

Quizá esta limitación, que tanto había de pesar en la decadencia hispana, obedeciera al carácter más romano que griego de su tradición. Y probablemente incluía un rechazo a la ciencia por desarrollarse en países considerados enemigos,

mentalidad contraria a novedades que venían haciendo naufragar la anterior hegemonía española («novedad, no verdad», se decía con romo juego de palabras). España se había reconstruido durante ocho siglos de lucha contra invasiones islámicas, otro más contra la amenaza turca, y seguía hostigada desde el Magreb, mientras otros países, que veían el peligro más lejos, se habían permitido incluso atacar por la espalda a quienes estaban defendiendo a todos. La combinación de decadencia y resentimiento por aquellos hechos fomentó un ambiente de recogimiento, muy distinto de la intrepidez y apertura mental que antaño había procurado tantos éxitos al país.

* * *

Estaba también la cuestión de si el método científico, tan eficaz con los cuerpos inertes, sería aplicable a la actividad humana o a la vida en general. Aquí parecía más difícil prescindir de la noción de sentido o finalidad, la experimentación se hacía más ardua y la matematización menos útil. Un ejemplo podía ser la economía, por los muchos problemas intelectuales y morales que entrañaba. Parecía fácil de entender el hambre traída por una mala cosecha; en cambio una cosecha abundante también podía arruinar a muchos, cosa no tan sencilla de explicar. Hacia finales del siglo XVI y durante buena parte del siguiente ocurrió una «revolución de los precios», un ritmo de inflación inusual para la época (si bien inferior a los ritmos habituales en el siglo XX), que produjo cambios sociales considerables, cuya causa tampoco era fácil de entender. O por qué un préstamo debía devolverse aumentado, incluso muy aumentado, asunto que había dado lugar a condenas y teorías varias. Intuitivamente, la economía podía definirse como el conjunto del trabajo necesario para sostener

«materialmente» la sociedad; ¿por qué, entonces, quienes más dura y penosamente trabajaban eran a menudo quienes menos riqueza recibían? Y, en definitiva, ¿en qué consistía el valor de los productos del trabajo?

Problemas como estos fueron abordados por la Escuela de Salamanca y otros. Martín de Azpilcueta explicó la inflación de la época por la llegada de fuertes sumas de plata americana, teoría respaldada por economistas del siglo XX, aunque no por todos. Tradicionalmente se suponía que el valor de un producto consistía o debía consistir en su coste de producción, una medida en apariencia objetiva; pero Luis de Alcalá y otros sostuvieron que su valor era subjetivo, es decir, dependía del interés o utilidad que le encontraran los compradores y del acuerdo al respecto entre estos y los vendedores. La discusión sobre el valor de las mercancías volvería a la palestra con fuerza redoblada en los siglos XIX y XX a partir del economista inglés Ricardo y de Carlos Marx.

No menos relevante era la cuestión de los impuestos: considerados necesarios para sufragar el Estado, el aparato de orden y paz social, ¿en qué grado podían considerarse justificados o injustificados? ¿Podían dictarse sin contar con quienes habían de pagarlos?, etc. Los autores «salmantinos» condenaron como tiránicos los impuestos juzgados injustos por no subvenir al interés común, o por empobrecer a la sociedad, o por oprimir al pueblo. Los impuestos habían pesado en la decadencia del Imperio romano, como ocurría con España por entonces. Según hemos visto, era muy difícil evitar unos impuestos desproporcionados, debido a la magnitud de los compromisos internacionales contraídos y la necesidad de defenderse de adversarios muy poderosos.

Cuestión tradicionalmente embrollada era la de la usura o interés del dinero prestado. Devolver más dinero del

recibido en un préstamo parecía ilógico e inmoral, había acarreado la ruina de muchas personas, y la Iglesia lo había condenado… siempre en vano, ya que la usura permanecía pese a todas las prohibiciones. Lo cual indicaba algún fallo en el razonamiento condenatorio. Con esa dificultad también bregaron varios autores de Salamanca, encontrando al interés varias justificaciones, como el riesgo del prestamista a perder su dinero, la compensación por otra posible utilidad que el prestamista podía dar a su dinero, o por el sacrificio de prescindir de él en el presente para recibirlo en un futuro. Finalmente, si se consideraba el dinero una mercancía, parecía natural recibir un beneficio por ella, como por cualquier otra.

Estas cuestiones tenían un intenso matiz moral. Como venía a decir Thomas Müntzer, jefe anabaptista de los campesinos alemanes, si todos somos hijos de Dios, ¿por qué hay pobres y ricos? ¿Por qué unos disfrutan de mil lujos y otros se ven forzados a un trabajo penoso y a la miseria? Las desigualdades sociales nacían de la propiedad, y esta, ¿qué justificación tenía? En la Iglesia había una larga tradición —no única— de condena a la propiedad y exaltación de la pobreza, pero los «salmantinos» valoraron la propiedad como algo neutro, bueno o malo según se emplease; y en general beneficiosa para toda la sociedad, pues el propietario la cuidaba y hacía rendir más que la propiedad comunal.

La pequeña propiedad ofrecía pocas dificultades éticas, pero no así la grande: ¿de dónde venía la gran propiedad? Muy a la vista estaba el modo como los reyes y jefes protestante se habían asegurado la solidaridad del grueso de la oligarquía repartiendo entre ella los bienes eclesiásticos y de católicos. Y era conocida la ocupación de las tierras comunales inglesas, bajo Isabel I y antes: los señores se las habían apropiado para convertirlas en pastos para las ovejas,

expulsando violentamente y convirtiendo en vagabundos y mendigos a decenas de miles de lugareños. Los cuales, acusados de vagos y maleantes, sufrieron una represión despiadada. Muchos fueron encerrados en prisiones-talleres, unos pocos autorizados a mendigar, y quienes carecían de tal permiso eran azotados y marcados con hierro al rojo vivo en una oreja; si reincidían podían ser ahorcados: en algunas zonas colgaban por racimos de los árboles. Ese trato brutal a las clase bajas por motivos económicos sería recurrente en Inglaterra hasta bien entrado el siglo XIX. Por tales hechos concluirían algunos que la propiedad privada consistía en un simple y puro robo de la propiedad común, y así habría ocurrido desde siglos antes.

Otro modo de adquirir riqueza y propiedad fue el tráfico negrero para las plantaciones de caña de azúcar, café y algodón en el Caribe y Brasil, productos prácticamente de lujo, menos el tercero. Y, pese a las condenas de la Iglesia, el comercio de esclavos no cesaba, dando pingües ganancias a sus empresarios, y diversos estados competían por hacerse con su control: el interés económico prevalecía sobre cualquier otro estímulo. Cabría pensar que la economía contradecía sangrantemente a la moral cristiana. Aquella desconexión entre las apelaciones éticas y la conducta práctica creaba un problema intelectual, no muy explícito pero bastante claro: ¿serían los imperativos morales un autoengaño frente a una realidad tan penosa? ¿Serían las motivaciones económicas las que verdaderamente explicaban la conducta humana, siendo la ética una especie de disfraz? Así se llegaría a razonar más adelante.

Por supuesto, tales acciones no cubrían todo el panorama civilizado, y podían verse como taras superables. Así venía a plantearlo el alemán Gottfried Leibniz, uno de los más

destacados pensadores y científicos del siglo. Provenía del protestantismo y de la escuela de Occam, pero afirmó que, si bien Dios podía haber hecho el mundo de cualquier otro modo, en realidad ello no sería posible porque Dios era justo, y el mundo que había creado era precisamente el justo, el mejor de los mundos posibles. Asimismo, la libertad humana consistía en la voluntad para obrar justamente, según la razón. Desde luego, la voluntad humana podía extraviarse y causar graves males, pero en el conjunto del universo prevalecerá forzosamente el plan divino, la Providencia.

Suele considerarse la economía una ciencia, y a la Escuela de Salamanca como una de sus aportaciones originarias más relevantes. Sea o no ciencia, sus implicaciones morales eran mucho más directas que las de la física o las matemáticas, y, desde luego, sus conclusiones mucho más opinables.

# 24

# Nuevo orden europeo y despotismo ilustrado

La Paz de Westfalia supuso un cambio trascendental en el panorama europeo. Se proclamó «cristiana», pero el papa, Inocencio X, entendió lo contrario y la declaró nula, inicua y sin efecto. La causa primaria de su condena era fácil de entender: Westfalia significaba una derrota profunda del Papado, que quedaba excluido de cualquier influencia directa sobre la política europea. En adelante, las relaciones internacionales se basarían en la soberanía de los estados, sin injerencias religiosas.

Pero por debajo del interés primario de los papas latía una cuestión de principio: dentro de la originaria tensión entre razón y fe se imponía la razón, dejando muy poco espacio a la fe. A lo largo de los siglos, el Papado había sostenido la primacía de su poder espiritual y universalista, por lo que la soberanía de los príncipes no era completa, sino compartida con Roma, sede del poder religioso y heredera en cierto sentido de la legitimidad del Imperio romano. Los reyes y emperadores se declaraban cristianos pero no aceptaban someterse a directrices o interdicciones papales. Los papas tenían el arma de la excomunión, que incitaba a los pueblos a desobedecer a príncipes excomulgados, un arma que unas veces había funcionado, al menos como presión o amenaza, y otras no. A su vez, los monarcas trataban de sujetar a la Iglesia a su control. La tensión había degenerado a veces en

conflicto armado entre papas y jefes políticos.

En la propia Iglesia pugnaban dos posturas: la más acorde con el Papado, y la que exigía una diferenciación más radical entre razón y fe, entre política y religión, negando a la Iglesia incluso autoridad para perseguir herejías. Las posturas encontradas de Bernardo y Abelardo, de Tomás de Aquino y Occam, de realistas y nominalistas, habían fundamentado por un lado las orientaciones «papistas» y por otro las contrarias, hasta desembocar en el protestantismo. La imposibilidad de católicos y protestantes de prevalecer en Alemania había llevado al compromiso de Augsburgo en 1555, bajo la norma, inaceptable para los católicos, de que el rey o el príncipe no solo se emancipaba del poder religioso, sino que tenía derecho a imponer su propia versión del cristianismo a sus súbditos. Augsburgo no había arreglado nada ante la acción de los opuestos intereses de los estados, hasta que el choque mayor, la Guerra de los Treinta Años, había conducido a la Paz de Westfalia, que desplazaba al Pontificado de los asuntos internacionales, y entrañaba un triunfo de la razón sobre la fe, paradójicamente promovido por los protestantes enemigos de la razón y por una Francia católica que tanto había ayudado al protestantismo por razones de Estado.

El Nuevo Orden europeo aseguraría un futuro de paz, prosperidad y cooperación, alzándose sobre tres pilares presuntamente racionales: la mencionada soberanía de los estados, el equilibrio de poderes y el comercio. La soberanía significaba el rechazo a cualquier poder por encima del de los estados, en cuyos asuntos internos no debían entrometerse otros ni, desde luego, Roma. La «razón de Estado», proclamada con más o menos precisión por los católicos Bodin o Descartes, el hebreo Spinoza, el calvinista Grocio y otros, constituía la base de la política. Su ventaja

derivaba precisamente del concepto «razón»: nada favorecería más la paz que la razón, achacando implícitamente a la religión los sangrientos conflictos anteriores. Pero cabía dudar de si no se habría tratado de pugnas políticas con pretexto o cobertura religiosa: «La guerra es la continuación de la política por otros medios», definirá más tarde el teórico Clausewitz. Como fuere, la razón de Estado evitaría en lo sucesivo las guerras, y lo haría por dos medios decisivos: el equilibrio de poderes y el comercio.

Estableciendo un equilibrio entre los estados, ninguno tendría fuerza bastante para imponerse a los demás; los cuales podían en otro caso coligarse contra el agresor y condenarle a una derrota segura. El factor comercial es un argumento más elaborado: *le douce commerce* conviene a todos porque beneficia a todas las partes y se guía por intereses prácticos opuestos a las pasiones —religiosas u otras—, culpables de los males de la humanidad. Más aún, el comercio era la expresión misma de la sociabilidad y la concreción más lograda de la razón. Comercio y guerra se presentaban como antitéticos, y sobre tal axioma razonarían abundantemente los pensadores del siglo siguiente, llamado la *Ilustración*, por haber llevado el cultivo de la razón a niveles sin precedentes. La razón de Estado se precisaba en la razón del comercio, en la economía.

Dentro de esas concepciones, Holanda, y a imitación suya Inglaterra, construían imperios muy diferentes del español, gobernados por grandes sociedades mercantiles basadas en un absorbente interés económico. Dichas compañías operaban como verdaderos estados, hacían guerras, utilizaban el corso y comerciaban o saqueaban según procediera. En nombre del dulce comercio traficaban con esclavos, tratados en sus plantaciones con más dureza que

en las colonias españolas del Caribe.

Ciertamente una observación elemental indicaba que el dinero, el deseo de ganancias, llegaba a suscitar pasiones tan violentas y absorbentes como cualquier otra afición humana. Y que numerosas guerras habían tenido una motivación crudamente comercial, la cual tampoco faltaba en las demás, aunque fuera secundariamente. Por no remontarse más, las ciudades comerciales italianas habían estado constantemente en liza entre ellas por conseguir mercados o desplazar de ellos a los competidores; las guerras entre Holanda e Inglaterra, las del Báltico entre la Hansa y los escandinavos u otros, los ataques de Holanda a Portugal, etc., no tenían otro objetivo. Las loas al comercio como panacea para la paz no dejan de provocar alguna incredulidad, pero aparecían como la esencia misma de la razón aplicada a la vida internacional e interna de los estados.

Debe señalarse, por otra parte, que la exclusión del Vaticano y de la directa influencia religiosa en la política no significó una caída del catolicismo. Por el contrario, el catolicismo volvió a crecer en Inglaterra o en zonas protestantes de Alemania.

* * *

La Paz de Westfalia sería muy elogiada en tiempos recientes por el tratadista político Henry Kissinger y otros, como modelo de lo que podrían o deberían ser las relaciones internacionales. Sin embargo los frutos de «la razón» aplicada a las relaciones internacionales distaron mucho de lo entonces esperado o deseado.

Podemos distinguir en el siglo XVIII dos grandes períodos: hasta 1775, comienzos de la Guerra de Independencia de Usa, y desde esa fecha hasta 1815, final de las guerras

napoleónicas. En el primer período, lejos de la ideal paz perpetua, una serie de pugnas bélicas trastornarían el mapa político de Europa, América e India. Inglaterra frustró la expansión colonial francesa y se impuso como primera potencia mundial, mientras Francia, siempre rica y fuerte, caminaba hacia la revolución.

De Westfalia salieron cuatro potencias vencedoras en Europa Occidental: Francia, Holanda, Inglaterra y Suecia. Pero lejos de la paz, tomó cuerpo, entre otros conflictos, una intensa rivalidad entre Francia e Inglaterra, semillero de contiendas que algunos han bautizado como segunda Guerra de los Cien Años, porque se extendería por todo el siglo XVIII y principios del XIX, en un rosario de choques bélicos y treguas.

Y de Westfalia salieron grandes perdedores los tradicionales aliados España y Sacro Imperio. El eje Madrid-Viena, valedor del catolicismo frente al protestantismo y de la propia Europa frente al Islam otomano, representaba una política más respetuosa con el Papado y con mucho más poso religioso. El imperio fue reducido a la impotencia, y el declive de España se concretó en su descenso desde su anterior protagonismo europeo a convertirse en objeto de las apetencias de los vencedores de Westfalia, que planeaban repartirse las posesiones españolas a espaldas de Madrid. La decadencia hispana encontró su personificación en el último rey de la dinastía Habsburgo, Carlos II, débil de mente y cuerpo (incapaz de procrear).

Muerto Carlos II sin sucesor, menudearon los manejos en las cortes europeas por nombrar alguno que satisficiera tales o cuales intereses. Tras un acuerdo sobre un príncipe de Baviera, muerto enseguida, la alternativa, se produjo entre un nieto de Luis XIV, futuro Felipe V de España, y el

archiduque Carlos de Austria. En virtud del equilibrio de poderes, Holanda e Inglaterra rechazaban una España directamente subordinada a Francia, y Francia la unión de España con el Sacro Imperio al modo de los tiempos de Carlos V. Como compensación a una eventual renuncia a imponer su candidato, Francia exigía la provincia española de Guipúzcoa y las posesiones hispanas en Nápoles-Sicilia, por las que tan en vano había luchado durante siglos; y el archiduque Carlos de Habsburgo sería aceptado si renunciaba a la corona imperial. Pero Luis XIV, confiado en su fuerza, se proclamó «protector» de España e insistió en su nieto Felipe (Borbón, aunque de sangre en parte Habsburgo), sin renuncia del mismo al trono de Francia, algo inaceptable para las demás potencias. En la rivalidad pesaba mucho el sustancioso comercio con la América española, que franceses, ingleses y holandeses aspiraban a hegemonizar.

Carlos II falleció en 1700, tras haberse inclinado por el candidato francés para sucederle, pensando que garantizaba las posesiones hispanas. Dos años después, tras un período de intrigas, Inglaterra, Holanda y el Sacro Imperio formaron una Gran Alianza y declararon la guerra a Francia. Esta guerra, llamada de Sucesión Española, duraría casi doce años y cambiaría el Occidente europeo modelado dos siglos antes.

Hacia 1708, los franceses sufrían derrotas en los Países Bajos e Italia, pero en el propio escenario español llevaban las de ganar. En 1704, una flota angloholandesa bombardeó Barcelona, y después se apoderó de Gibraltar en un acto de piratería, pues los ingleses retuvieron el Peñón, pese a haberlo tomado a favor del pretendiente al trono español, el archiduque Carlos. Y cuatro años más tarde invadieron Menorca. Con ello se aseguraban una posición de privilegio en el comercio mediterráneo-atlántico, por lo que se dieron

por satisfechos, así que en 1810, presionados también por los gastos bélicos crecientes, abandonaron a sus aliados presentándose como intermediarios con Francia. Hasta que en 1713 se negoció el Tratado de Utrecht.

La gran vencedora, Inglaterra, arrebataba Gibraltar y Menorca a España, y a Francia parte de sus dominios en Canadá y una isla de las Pequeñas Antillas; no menos esencial: obtenía el monopolio de la trata de negros para América y salía convertida en primera potencia naval. Francia, aun con sus pérdidas y desgaste, imponía en España a su candidato, Felipe V, que renunciaba a la corona francesa. Con ello Luis XIV, muerto dos años después, satelizaba a España, sobre la que ejercería máxima influencia diplomática y cultural, involucrándola en guerras francesas por los llamados «pactos de familia» (la familia Borbón). El Sacro Imperio era compensado a costa de España, al recibir casi todas las posesiones de esta en Europa: Milanesado, Nápoles, Cerdeña y el Flandes católico (Bélgica). Durante dos siglos España había trabajado junto con el Sacro Imperio contra Francia, y ahora pasaba a aliarse con Francia contra el Sacro Imperio, quedando casi excluida del resto de Europa, salvo a través de París, aunque mantuviese su vasto imperio en América y el Pacífico. Utrecht remataba la decadencia española, final melancólico para una época en tantos aspectos brillante; si bien al mismo tiempo liberaba al país de las inacabables lizas en muchos frentes. Y no impediría una considerable recuperación del país a lo largo del XVIII.

También perdió Holanda, reducida a potencia naval secundaria, con el declive comercial consiguiente, incluyendo la pérdida de su hegemonía en el tráfico de esclavos. Como se chanceó el embajador francés en Utrecht,

«tratamos de vosotros, en vuestra casa y sin vosotros» (*De vous, chez vous, sans vous*).

Otra consecuencia de Utrecht, de vasto alcance histórico, fue el reconocimiento, en calidad de reinos independientes, de Saboya y de Prusia —que se separaba del Sacro Imperio—: comenzaba un largo proceso que culminaría un siglo y medio después con la formación de Alemania y de Italia como naciones, es decir, comunidades culturales con estado propio, por primera vez en su inquieta historia desde las invasiones bárbaras.

* * *

Simultáneamente con la Guerra de Sucesión Española, la Gran Guerra del Norte, de 1700 a 1721, anuló los resultados de Westfalia y trastornó el panorama político del norte y este de Europa. Salida de Westfalia como poder dominante en el Báltico, Suecia chocó con una gran coalición movida por Dinamarca y compuesta por Sajonia, la confederación polaco-lituana y Rusia, y finalmente Prusia, llegando a participar brevemente los turcos a favor de Suecia. Durante los primeros nueve años, el genio militar del sueco Carlos XII logró vencer a todos sus enemigos, haciendo cambiar de bando a los polacos y retirarse a los daneses. Pensó entonces tomar Moscú, pero fuerzas muy superiores del zar Pedro el Grande aplastaron sus tropas en la batalla de Poltava, en Ucrania; donde, irónicamente, los antecesores de Carlos XII habían fundado la *Rus* de Kíef más de ochocientos años antes. El fracaso de Carlos en tomar Moscú fue el primero de otros dos que marcarían la historia, los de Napoleón y Hitler.

La contienda siguió con alternativas por Polonia, provincias bálticas, Finlandia y Noruega. Finalmente una Suecia agotada buscó la paz, que resultó en la pérdida de todas sus posesiones exteriores —salvo la mayor parte de

Finlandia— y la conversión de Rusia y de Prusia en las nuevas potencias del norte y el este. Rusia, en particular aseguraba un objetivo perseguido desde dos siglos antes, abriéndose una amplia ventana al mar Báltico por el golfo de Finlandia y Estonia. Dinamarca no ganaba casi nada y la confederación polaco-lituana acentuaba su decadencia con un Parlamento (*Sejm*) cada vez más incapaz, por exigencia de unanimidad en los acuerdos. Suecia libraría aún dos infructuosas contiendas con Rusia, hacia mediados y finales del siglo.

Setenta años después de Westfalia, Francia había perdido su primacía entre los poderes europeos en beneficio de Inglaterra, aunque seguía compitiendo; España, convertida en escenario de disputas externas y mutilada en su territorio metropolitano, caía en la esfera de influencia francesa; Suecia y Holanda pasaban a un rango secundario mientras que Rusia y Prusia emergían como grandes potencias. El Sacro Imperio, la confederación polaco-lituana y el imperio seguían una línea descendente de la que ya no se recobrarían. Eran cambios también transcendentales desde la Europa formada en el Renacimiento.

* * *

Hubo otras dos guerras de sucesión, la de Polonia (1733-38) y la de Austria (1740-48), motivadas por la misma razón que la española: la injerencia de otros países en sus asuntos internos. Contra expectativas de apariencia racional, el equilibrio de poderes tendía a generalizar las guerras particulares. En la liza polaca entraron Rusia, Austria, Prusia y Sajonia a favor de Augusto III, mientras que Francia, buscando una mayor división del Sacro Imperio, apoyó a Estanislao I y arrastró a España y varios estados menores. Finalmente ganó Augusto, pero Polonia cayó en un

semiprotectorado de Rusia. Hizo un esfuerzo por modernizar su sistema político, desarrollar la enseñanza (primera especie de ministerio de educación en Europa), etc.; pero, al revés que España, no lograría enderezarse. En 1772 sufriría una primera repartición entre Rusia, Prusia y Austria, y luego las definitivas de 1793 y 1795, que acabarían con la confederación polaco-lituana y borrarían a Polonia del mapa político europeo. España obtuvo un beneficio indirecto, pues expulsó a Austria de Nápoles y Sicilia, que quedaron bajo una rama menor de los borbones españoles, con el futuro Carlos III de España.

Al conflicto polaco le siguió solo dos años después otro similar por la sucesión del Sacro Imperio. Lucharon, de un lado, Inglaterra, Holanda, Rusia y Austria a favor de la candidata María Teresa; y contra ella Francia, Prusia, Suecia y España. Prusia buscaba ampliar su hegemonía sobre el espacio alemán conquistando Silesia; Francia insistía en su estrategia de dividir y debilitar al imperio; sus enemigos, impedir el fortalecimiento de ambos. Después de ocho años de campañas, ninguna de las partes había logrado imponerse, y por el tratado de paz consiguiente, en 1748, se devolvieron mutuamente sus conquistas. Nadie había ganado algo sustancial, excepto Prusia, que retenía Silesia. María Teresa permaneció como emperatriz.

Para España, la guerra se combinó con otra recién empezada con Inglaterra. Uno de los grandes objetivos de Londres consistía en dominar, o al menos controlar política y comercialmente la América española, y a ese efecto diseñó una estrategia bien planeada para tomar su centro neurálgico, Cartagena de Indias, donde confluían las principales rutas comerciales. A ese fin, en 1740 Londres preparó la escuadra más fuerte que habían visto los mares, al mando del almirante Vernon, que debía operar en tenaza

con otra menor que atacaría desde el Pacífico al mando de Anson. Esta última falló tras sufrir deserciones, naufragios y escorbuto, aunque el único barco restante tuvo la suerte de capturar al Galeón de Manila y hacer rico a Anson. En Cartagena esperaba a Vernon el mejor marino español de la época, Blas de Lezo, llamado *Medio Hombre,* por faltarle un brazo, una pierna y un ojo. Lezo ya había capturado o destruido numerosos barcos ingleses y burlado sus bloqueos durante la Guerra de Sucesión. Pese a hallarse en absoluta inferioridad de fuerzas en Cartagena, infligió a la *Navy* quizá el mayor desastre de su historia, semejante al de la contraarmada inglesa en 1589. Su hazaña salvó al Imperio español para los siguientes ochenta años. No fue ese el único éxito naval hispano contra los ingleses, revelador de una nueva pujanza marítima, aun si Inglaterra permanecía como principal fuerza en los océanos. España prosiguió ampliando su imperio, explorando hasta Alaska, donde se encontró con los avances rusos.

La paz de 1748, insatisfactoria para casi todos, abocaría ocho años más tarde a la Guerra de los Siete Años, originada por el intento de María Teresa de recuperar Silesia. El conflicto se mezcló con una reforzada rivalidad anglofrancesa y afectó a América, India y otras tierras y mares. Se la ha juzgado primera guerra mundial, calculándosele la desusada cifra de un millón de muertos, la mitad civiles. El prusiano Federico II demostró talento militar, pero, acosado por Austria, Rusia, Francia y Suecia, perdió Berlín a manos de los rusos en 1759, y en 1762 bordeaba una total catástrofe. Le salvó in extremis el fallecimiento de la zarina Isabel I, cuyo sucesor, Pedro III, concertó la paz, y también lo hizo Suecia. Cambió la marea bélica y los extenuados antagonistas acordaron una paz que dejaba en Europa las cosas como estaban, salvo que Prusia,

un año antes al borde del colapso, salía reforzada y dueña de Silesia. Ganadora mayor fue de nuevo Inglaterra, que ayudó a Prusia, expulsó a Francia de casi todas sus colonias en Canadá e India y recobró Menorca, que le habían quitado los franceses.

Madrid había intentado arbitrar entre París y Londres pero la agresividad inglesa le impulsó a un tercer pacto de familia en 1761. La flota inglesa había sufrido una enérgica depuración y correcciones después de sus mediocres rendimientos en décadas anteriores, y en 1762 ocupó La Habana y Manila. Las devolvió por la Paz de París, pero retuvo Florida, parte de Honduras y el derecho a navegar por el Misisipí. En compensación, España recibió de Francia la enorme y mal dominada Luisiana, con capital en Nueva Orleans, para evitar su caída en manos inglesas.

* * *

Las grandes potencias y otras menores surgidas por entonces tenían en común el espíritu del «despotismo ilustrado», resumido en el lema «todo para el pueblo, pero sin el pueblo»; ya que el pueblo se distingue más bien por su ignorancia y aspiraciones contradictorias. Los reyes y sus oligarquías eran ilustrados, adictos a la razón, el comercio, la prosperidad y felicidad de los súbditos, e impulsores de las ciencias y las artes. Ello no excluía diferencias notables de espíritu entre, por ejemplo, Rusia, Prusia, Francia o Inglaterra.

En Rusia, la autocracia de los Románof queda bien encarnada en el zar Pedro I el Grande y su magno designio de occidentalizar a Rusia para convertirla en una gran potencia continental. El emblema de su plan y su estilo fue la fundación, a partir de 1703, de una ciudad monumental, fastuosa, ventana a Europa asomándose al Báltico, y

exhibición de voluntad de poder. Le puso su nombre alemanizado, Sankt Peterburg, y sustituyó a Moscú, la vieja capital, *Tercera Roma*, alejada de Europa y símbolo de unas tradiciones contrarias a sus intenciones. Allí fundó también la Academia de Ciencias, a la que atrajo a numerosos científicos, sobre todo alemanes, iniciando la gran tradición científica rusa. El coste humano de la construcción de San Petersburgo en una zona pantanosa e insana fue altísimo: morirían, se dice, unos 150.000 siervos, forzados a trabajar allí en condiciones primitivas.

En cuanto a la servidumbre campesina, Rusia seguía la orientación contraria a la del resto de Europa. En España se había ido debilitando hasta desaparecer prácticamente varios siglos antes. En Inglaterra se había abolido formalmente a mediados del siglo XVI y en Francia en 1779, aunque en la práctica apenas subsistía por entonces. En Europa Central persistía de modo irregular, según los estados, siendo abolida a lo largo del siglo XVIII y principios del XIX. Rusia —como Escandinavia— no había tenido propiamente feudalismo, de modo que la servidumbre solo se impuso a mediados del siglo XVI, pero desde entonces no había hecho otra cosa que ampliarse hasta incluir al 80 por ciento del campesinado, y en condiciones que empeoraban progresivamente, tanto con Pedro como con sus sucesores: sería abolida en fecha tan tardía como 1869.

De tiempo atrás, Rusia aspiraba a abrirse paso a los mares Báltico y Negro. Logró lo primero con Pedro, y lo segundo, a costa de los turcos, con Catalina, apodada también *la Grande:* allí fundó Odesa en 1794, otra ciudad simbólicamente occidental, bajo la dirección del español José de Ribas, contralmirante de la flota rusa, con planos del belga Franz de Wollant. Pedro aplastó sin titubeos todas las

resistencias a sus reformas administrativas, religiosas y militares que perdurarían hasta el siglo XX; algunas de ellas impopulares, como la obligación de vestirse a la occidental, o impuestos al uso de la barba. Atrajo a técnicos extranjeros para dirigir sus obras y enseñar a los rusos, envió a jóvenes a instruirse al exterior y construyó la primera marina potente de su país. Con él nacería la tensión entre occidentalismo y eslavismo, típica de la cultura rusa del XIX.

En cuanto a Prusia, su evolución durante la segunda mitad del siglo queda personalizada en Federico II, llamado asimismo *el Grande*, o *el Filósofo*, o *el Músico*. Este monarca reveló un talento militar extraordinario, inventando o reinventando el orden oblicuo, que le permitió ganar batallas en inferioridad de medios, ampliar su país a costa de Austria y convertirlo en núcleo de la futura nación alemana; aunque estuvo muy cerca de una completa derrota. Reformista, como el zar ruso, encontró menos oposición a sus medidas, de cierta tendencia democratizante: abrió el alto funcionariado y la judicatura a personas de cuna plebeya, organizando el sistema judicial más rápido y eficaz de Europa y procurando igualdad ante la ley; suprimió la tortura y los restos de esclavitud, tomó medidas para evitar hambrunas por malas cosechas, etc.

Federico protegió especialmente a los filósofos (fue la época de Kant) y artistas (él mismo fue un no desdeñable ejecutor y compositor de música), e invitó a extranjeros, como había hecho el zar Pedro. Así, la Academia Prusiana de Ciencias, que no acababa de destacar, fue reforzada con científicos y pensadores franceses (el francés se impuso como su lengua oficial, sustituyendo al latín). Como en Rusia, originó la tradición de la ciencia alemana, que en el siglo XIX y principios del XX conquistaría probablemente los

primeros lugares del mundo. Teóricamente calvinista, este rey era escasamente religioso y, dentro de unos límites, promovió la libertad de pensamiento y de culto. Así, cuando los jesuitas fueron proscritos de los países católicos, los acogió, valorándolos como los mejores pedagogos; y lo mismo hizo Catalina en Rusia, con lo que los grandes valedores intelectuales del catolicismo durante dos siglos solo pudieron sobrevivir en un país protestante y otro ortodoxo.

Federico II suele ser celebrado como fundador del espíritu que caracterizaría a Alemania: integridad personal, disciplina y devoción al servicio en una Administración pública bien ordenada. Y un estado democratizante, de jerarquía basada en el mérito, con cierta rigidez militar extendida a partir del ejército, cuyas cualidades y organización se estimaban modélicas para el resto de la sociedad. Cabe añadir una aversión hacia Polonia que también se hizo tradicional.

En estos países, así como en Francia, se había llegado a la figura del monarca absoluto, es decir, hacedor de las leyes «a su placer» y sin la responsabilidad de cumplirlas si no le convenía. El absolutismo resultaba de una larga disputa, a menudo lucha armada, entre los reyes y sectores de las oligarquías nobiliarias; entre la idea del rey como primero entre los nobles, sin estar por encima de ellos, o como potestad indiscutible sobre todos. A veces se ha calificado de democrático el primer enfoque, pero lo era solo como una especie de democracia nobiliaria, muy poco apreciada por el pueblo llano. Además, las luchas entre facciones oligárquicas solían provocar inestabilidad y arbitrariedad, y degenerar en sangrientas querellas, bien visibles ya desde los regímenes visigodo, franco o anglosajón. La concentración del poder suponía una racionalización del mismo con efectos de mayor

paz y prosperidad interna. En la época anterior, las monarquías asentadas, así la Monarquía Hispánica, no eran absolutas, pues aunque predominasen claramente sobre la nobleza, seguían más o menos constreñidas por la autoridad religiosa y las exigencias de la moral cristiana, condicionamientos desaparecidos o debilitados desde la Paz de Westfalia.

Por lo que respecta a España, desde la Guerra de Sucesión fue superando con rapidez su lastimosa decadencia política, económica y militar entre mediados del siglo XVII y principios del XVIII. Había logrado retener su gran Imperio de América y el Pacífico, ampliándolo constantemente por el suroeste de Usa y continuando sus exploraciones hasta el norte de Canadá y Alaska, donde se encontró con los avances rusos e ingleses. Imperio guarnecido por una flota que de nuevo volvía a encontrarse entre las mejores, capaz de ocasionar reveses parciales a la inglesa (el episodio de Cartagena de Indias se decidió en tierra), alguno tan grave como la captura en 1780, por el almirante Luis de Córdova, de un convoy de 55 navíos ingleses y tres fragatas, que portaban tropas y pertrechos más gruesas sumas de dinero, provocando una crisis financiera en Londres. Asimismo, España recuperó Menorca en 1782, aunque no logró hacerlo con Gibraltar. Varias de estas acciones se realizaron con cooperación de la marina francesa.

España imitó el absolutismo francés, lo que se tradujo en una mayor racionalización del Estado, mejoras administrativas y más ganancias que pérdidas en guerras poco costosas en hombres, al librarse casi todas en el exterior y en combates navales. La población aumentó y la riqueza general también, beneficiando sobre todo a la periferia mientras el centro se estancaba. No obstante, la

creatividad cultural mermó y perdió originalidad por comparación con el Siglo de Oro, con la excepción genial de Goya en pintura y aun manteniendo un nivel apreciable en música, literatura y artes en general. Y tampoco alcanzó los niveles de la Ilustración en otros países. Hubo actividad científica significativa, aunque modesta, en botánica, minería, geografía o química; pero la universidad se anquilosó y la enseñanza recibió un rudo golpe con la expulsión de los jesuitas bajo Carlos III. Se crearon la Academia de la Lengua y otras, a imitación de Francia, pero no una academia científica como las de Rusia, Prusia, no digamos de Francia o Inglaterra. En esa falta radicó probablemente la mayor debilidad del país, que aún se acentuaría en el siglo XIX.

La experiencia de anarquía e impotencia de los estados con dispersión del poder entre grupos oligárquicos, como el Sacro Imperio o la confederación polaco-lituana, parecía demostrar la conveniencia del absolutismo. Sin embargo no pasaba lo mismo en Inglaterra, donde las oligarquías, agrupadas y repartidas en el Parlamento, aseguraban una racionalidad y unidad del poder no menor que en las monarquías absolutas. La lucha a veces sangrienta entre los parlamentarios y los impulsos absolutistas del rey se habían decantado a favor del Parlamento, aun persistiendo cierta tensión entre ambos durante el siglo XVIII. No eran los reyes, que recibían todos los respetos formales, sino los primeros ministros de los partidos *whig* y *tory* (liberal y conservador, más o menos) quienes ejercían realmente el poder, aunque en el siglo XVIII lo monopolizaran prácticamente los *whigs*. La razón de esta eficiencia inusual se encuentra quizá en el recuerdo de la guerra civil, disuasorio de radicalismos, y en la aguda conciencia de unos intereses comunes acentuados por el carácter isleño, menos expuesto a invasiones que los

estados continentales, y muy volcado en empresas exteriores. De hecho, los parlamentos ingleses solían ser más belicosos que los monarcas.

Desde el siglo XIII, Londres había intentado someter a Escocia por todos los medios, invasiones, intentos matrimoniales y ataques parciales. La unión final, combinando la amenaza de cortar a los escoceses su comercio exterior con el soborno a diversos oligarcas, se logró por fin en 1707 (aunque subsistían las leyes escocesas). El estado pasó a llamarse Gran Bretaña, por ocupar toda la isla, y al terminar el siglo fue admitida Irlanda (dominada por Inglaterra de mucho tiempo atrás), con lo que la denominación oficial sería «Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda», o simplemente Reino Unido. No obstante el predominio nacional inglés en población, riqueza, idioma, cultura y poder político era tan abrumador y modelador sobre todos los demás, que podría seguir llamándose Inglaterra al conjunto.

Otro rasgo de la oligarquía inglesa fue un enfoque de la política, incluso de la vida en general, aún más economicista que en el continente. Una de sus manifestaciones menos «dulces» fue la «limpieza de las Highlands» (*Highland clearances*), para «mejorar la economía». La mejora o limpieza consistió en expulsar *manu militari* a gran parte de los habitantes asentados allí desde muchos siglos atrás, quemando las aldeas o masacrando a los resistentes, para dedicar la tierra a pastos ovinos. Era una reedición de las *enclosures*, que también en Inglaterra había expulsado a miles de campesinos de las tierras comunales, condenándolos a la miseria. Las Highlands o Tierras Altas, eran mayoritariamente católicas y escenario de varias rebeliones *jacobitas* aplastadas sin clemencia: los jacobitas

eran partidarios de la dinastía Estuardo, católica, excluida por la Revolución Gloriosa de 1688.

# 25

# Revolución Industrial e Ilustración

Con todos sus conflictos políticos y bélicos, el siglo XVIII registró una acumulación de fenómenos culturales, sociales y económicos, conocida como *Ilustración, Edad de la razón* o *Siglo de las luces,* que iban a cambiar la fisonomía del continente. Y una de sus manifestaciones más influyentes en el futuro sería la Revolución Industrial

Desde mediados del siglo se sucedieron en Gran Bretaña perfeccionamientos mecánicos e inventos que afectaron al textil, la metalurgia, la minería, los caminos y canales y los medios de transporte. A esa acumulación de avances técnicos suele llamársele Revolución Industrial, que consistió básicamente en la concentración de obreros en centros de producción o fábricas con empleo de máquinas movidas por fuerzas no humanas ni animales, sobre todo el vapor. El empleo de fuerza no humana, como el agua o el viento, el carbón, en molinos, navegación, etc., era muy antiguo, y más reciente la pólvora para armas de fuego y otros usos. Lo nuevo fue la masificación de esas fuerzas, que redundó en una producción multiplicada y abaratada de mercancías, auténtica revolución técnica y económica, con amplia proyección política y social. En toda Europa se habían creado talleres manufactureros, pero las fábricas daban otra dimensión a la concentración y productividad del trabajo.

Un efecto derivado fue el paso de las sociedades agrarias a las industriales. Hasta entonces la economía descansaba

fundamentalmente en la agricultura y el artesanado, que ocupaban a la vasta mayoría de la población; pero un proceso rápido en términos históricos disminuyó el peso de la agricultura y la población agraria a favor de la industria y los obreros. Los ingleses, conscientes de que su ventaja de partida les daba preeminencia económica, procuraron evitar la difusión de sus técnicas, pero poco a poco las mismas se extendieron al continente en el siglo XIX: la superioridad inglesa se extendió a otros varios países y abrió la Edad de Apogeo, en que la hegemonía material europea en el mundo llegó a un nivel nunca antes alcanzado por cualquier civilización.

El uso de máquinas parecía ofrecer posibilidades liberadoras sin precedentes para el ser humano. Aristóteles había indicado que la esclavitud desaparecería cuando la lanzadera del tejedor se moviera por sí misma; es decir, acaso nunca. Pero ello empezó a ser posible cuando en 1784 el escocés James Watt patentó la máquina de vapor, y en 1787, el inglés James Cartwright patentó un telar mecánico que hacía exactamente lo que Aristóteles creía remoto. Si entendemos el trabajo como esclavitud, aquellos inventos debían anunciar una edad dorada en la que el dominio de las fuerzas de la naturaleza haría que estas trabajasen para el hombre, superando la maldición bíblica «ganarás el pan con el sudor de tu frente». Matthew Boulton, socio de Watt, lo explicó al rey Jorge III: «Esta fuerza aumentará la civilización más que nada antes o hará en los próximos dos siglos en el mundo; y un día rescatará a todos los obreros del mundo».

Sin embargo la realidad resultó más complicada. El campesino siempre había sufrido una vida estrecha: analfabeto, con escasa capacidad de movimiento y de acceso

a la alta cultura, sometido a las exigencias de los grandes propietarios. No obstante, su labor exigía destrezas artesanas y amplios conocimientos prácticos sobre animales, plantas, climatología, etc.; y su vida era variada en sus labores, que además cambiaban según la estación del año. La propia vida al aire libre, aun en la pobreza y falta de higiene, proporcionaba cierta libertad personal; y las fiestas, canciones, ritos religiosos, sabiduría concentrada en refranes, etc., componían una cultura muy compleja y apreciable.

El obrero fabril, por el contrario, apenas necesitaba saber unas pocas operaciones mecánicas, repetidas día tras día y año tras año, en antros ruidosos y contaminados, y viviendo hacinado en barrios suburbiales. Condiciones tan poco atractivas empeoraban con horarios interminables y bajos salarios, que obligaban a trabajar a padres, madres e hijos (lo cual miraban muchos empresarios como un modo de alejar a los trabajadores del ocio, madre de todos los vicios). Algunas labores requerían poca fuerza física, por lo que los niños las hacían igual que los mayores, pero con menor paga, y el trabajo infantil proliferó, para aumentar la productividad. Otro efecto indeseado e inesperado fue la contaminación de ríos y del aire en las zonas más fabriles.

¿Por qué tanta gente aceptó trabajar en tales condiciones? Por necesidad: se completó la privatización del agro mediante cercamientos o *enclosures*, que dejaban a miles de labriegos en la indigencia; unos métodos agrícolas más científicos aumentaban la productividad a costa de expulsar mano de obra; finalmente, los productos baratos de la industria arruinaban a los artesanos, dejándoles sin otra opción que buscar trabajo en las fábricas. De ahí también resistencias, huelgas y rebeliones, formación de sindicatos y destrucción de máquinas (los luditas).

Y a pesar de todo, la ampliación de la esperanza de vida al nacer, primero en la isla y después en el continente, choca con el panorama descrito. La causa yace, por un lado, en que el mismo hacinamiento suburbial facilitaba la atención médica, más difícil en la dispersión del agro; y por otro en los adelantos de la medicina. Un transcendental descubrimiento a finales del siglo, la vacuna de la viruela por el médico inglés Edward Jenner, abrió paso al control de epidemias antes mortíferas.

* * *

¿Por qué nació la Revolución Industrial en Inglaterra y no en otro lugar? En la España del siglo XVI parece que Blasco de Garay había inventado una máquina de vapor para propulsar barcos, y a principios del XVII otro prolífico inventor, Jerónimo de Ayanz, había presentado un ingenio a vapor para extraer el agua de las minas. Sin embargo ninguno de esos inventos, ni otros en diversos países, cambió nada sustancial. La diferencia está en que los inventos británicos coincidieron con un maduro sistema financiero de préstamos a bajo interés (el 5 por ciento) y una ya densa red de comunicación de ideas y noticias, que permitieron convertir los inventos en negocios. Inglaterra disfrutaba, además, de una masa de capitales producto de comercios varios, y de una economía unitaria, mientras que en el continente numerosas tarifas y peajes estorbaban el tráfico. Disponía asimismo de carbón y hierro utilizables sin altos costes de transporte, así como del intenso espíritu de lucro y de dominio de la naturaleza expresado por Francis Bacon, con grupos como la Sociedad Lunar, dedicada a discutir y difundir nuevas técnicas, entre otras cosas. Por eso, los inventos caían en terreno fértil, si bien dependían del imprevisible ingenio y dedicación de unos pocos

hombres. Otra explicación refiere la primacía inglesa a efectos de la Gloriosa Revolución pero varios países europeos —y Japón—se industrializaron sin algo parecido a dicha *revolución.*

También se ha debatido por qué la industrialización se limitó a varios países de Europa (y a Usa) en el siglo XIX. Se ha atribuido la causa al protestantismo, pero suena dudoso. El anglicanismo era solo protestante a medias y el primer país continental en adoptar la industria fue la católica Bélgica (la calvinista Holanda se retrasó considerablemente), el Ruhr, en gran medida católico, luego Francia, más tarde el norte de Italia, etc. Aunque tuvo que ver seguramente con el espíritu de la Ilustración.

Y cabe preguntarse por qué a España llegó tardíamente. La causa, aparte de cierta aversión a las novedades, ya señalada, se encuentra en la invasión napoleónica de principios del XIX, que rompió la evolución anterior y dejó el germen de desórdenes y desgarramiento social que volvieron a empujar al país a los niveles más profundos de su decadencia, por contraste con el apogeo del resto de Europa Occidental.

Debe notarse igualmente que en la Edad de Expansión, a punto de dar lugar a la de Apogeo, Europa no superaba en poder técnico y demográfico a otras civilizaciones; no obstante lo cual unas pocas naciones europeas, más bien pequeñas y no muy pobladas, en frecuente liza entre sí y con el Islam, exploraron la Tierra. Con buques precarios surcaron los mayores océanos, rodearon el planeta, descubrieron islas, continentes, culturas antes ignorantes del resto del mundo, evangelizaron, crearon rutas comerciales, conquistaron territorios y aplicaron a todo ello curiosidad científica. Ninguna razón técnica habría impedido a chinos o

japoneses llegar a la costa opuesta del Pacífico o entrar en el comercio del Índico, o explorar Siberia. Los islámicos, que dominaron el norte de África y el sur de Asia entre el Atlántico y el Pacífico, habrían podido implantarse en América como lo hicieron en el entorno del Índico. Mas no fue así.

Las osadas exploraciones y conquistas transoceánicas europeas plantearon retos técnicos, políticos, religiosos y organizativos, la respuesta a los cuales moldeó la civilización y sentó bases para ulteriores avances; y a la vez reflejaron los movimientos espirituales e intelectuales sucedidos desde la época carolingia en oleadas a un tiempo acumulativas y rupturistas. Todas las civilizaciones han tenido etapas de mayor inquietud y brillo intelectual, técnico, artístico, etc., con altibajos. Lo propio de Europa, en los siglos que siguieron a su Edad de Supervivencia, fue un continuo ascenso en medio de contradicciones y contiendas internas; y la Revolución Industrial, como las políticas, tiene su suelo en esa larga evolución previa. También intervino una dosis de azar: vista en perspectiva, la Revolución Industrial viene a resultar de todo este proceso. Una de sus consecuencias fue un cambio en la estructura civilizatoria de Europa, cuya triple diferenciación latina, germana y eslava se complicó por la nueva separación entre la Europa industrializada, formada por el eje centrooccidental de Inglaterra, Bélgica, Francia y Alemania, y el resto, más retrasado en ese aspecto.

* * *

Aparte de la Revolución industrial, los disturbios e inestabilidad del XVIII marcharon a la par con una prosperidad creciente y una extrema inquietud intelectual. Nunca habían circulado tantos libros ni existido tantas sociedades informales como cafés, clubs en Inglaterra o

salones en Francia (regentados por damas de la aristocracia), sedes de tertulias y debates sobre mil temas. Se promovían concursos literarios, de ciencia y ensayo sobre asuntos políticos y sociales. Las «repúblicas de las letras» discutían y difundían valores racionalistas e igualitaristas. Las publicaciones periódicas, incluso diarias, aparecieron en Inglaterra y fueron imitadas fuera, para consumo de unas élites ávidas de conocimientos, forjando una «opinión pública», excluyente del «populacho», la *canaille*. Estas élites se sentían agentes de la razón o, más ampliamente, del «hombre», y a disgusto con el Estado, la sociedad y la religión, y con su propio escaso poder. Si el impulso racionalizador había dado alas a la monarquía absoluta y al despotismo ilustrado, también originó una corriente contraria al absolutismo y a las ideas tradicionales y religiosas. Estas eran tachadas de supersticiones y tinieblas que los ilustrados venían a disipar con las luces de la razón, facultad humana capaz de explicar el mundo y la sociedad y mejorar a la humanidad. *Progreso* fue un concepto clave.

El movimiento, con sus mayores focos creativos en Gran Bretaña, Alemania y Francia, abarcó desde Portugal a Rusia y desde Italia a Escandinavia, como otrora —excepto en Rusia— los monasterios, el románico, el gótico, el humanismo o el barroco. Francia marcó la pauta —no tanto en Inglaterra, que a su vez le influyó— con sus modas e instituciones culturales, y el francés como lengua de las clases altas en Prusia, Rusia y otros países. La empresa más típica de la Ilustración francesa fue la magna obra de la *Enciclopédie*, que debía concentrar todos los conocimientos de la época y ponerlos al alcance de la gente común (un lejano precedente se encuentra en las *Etimologías* de San Isidoro). La Enciclopedia, de sesgo anticristiano, prestigió internacionalmente a sus autores, tomados como maestros

poco discutibles en sus materias. No obstante, según avanzaba el siglo aparecerían reacciones antifrancesas en Alemania, estimulantes de una literatura nacional que produjo a Goethe, el mayor genio literario germano. También en música, el arte más directamente ligado al sentimiento, en la que destacaban habitualmente los italianos, se va forjando la supremacía alemana con las cumbres de Bach y Mozart, y a finales de siglo ya despuntaba Beethoven.

Propio de la Ilustración fue un arte neoclásico, que rechazaba los retorcimientos y apasionamiento barrocos. Como el Renacimiento, buscaba inspiración en Grecia y Roma, con construcciones racionalistas, «lógicas», excluyendo lo meramente ornamental. Proliferó el desnudo idealizado, como interés y admiración del ser humano por sí mismo. Sus críticos encontrarán ese arte frío, árido y poco emotivo, y ya desde la segunda mitad del siglo surgieron corrientes opuestas, prerrománticas. Así el movimiento alemán *Sturm und Drang* («tempestad e impulso», o pasión); o la literatura sentimental en Inglaterra, con la virtud recompensada tras arduas pruebas.

La Ilustración sería inexplicable sin los anteriores movimientos y su acopio de conocimientos e invenciones, pero había en ella algo realmente nuevo: frente a la nobleza tradicional o «de espada» rivalizaba la «nobleza de toga», altos funcionarios nobles no por origen, sino por capacidad administrativa o por compra de cargos. Y aumentaron las profesiones liberales, en particular abogados y médicos. Sobre todo, las ideas circulaban con más fluidez que nunca, el cristianismo fue criticado o relegado, y disminuyó, sin desaparecer, el papel orientador moral e intelectual del clero, sustituido en parte creciente por los intelectuales, Voltaire el más famoso.

Cuatro pensadores, uno inglés, Locke, perteneciente al siglo anterior, otro escocés pero de cultura inglesa, Adam Smith, y los franceses Montesquieu y Rousseau, fueron los representantes más prestigiosos de una ideología llamada más tarde liberal y en el caso de Rousseau democrática. Los cuatro elaboraron teorías racionalistas de la sociedad partiendo —excepto Montesquieu— del supuesto elaborado por Hobbes sobre un primitivo «estado de naturaleza» del que surgiría la sociedad por medio de un «contrato social». Sin embargo, de los mismos mimbres salieron cestos distintos. Como se recordará, para Hobbes el hombre en estado de naturaleza, gobernado por sus deseos e instintos, «es lobo para el hombre», en perpetua querella con sus semejantes. Por ello el contrato social crea un Estado absoluto (*Leviatán*) con todo el poder concentrado en el soberano, única alternativa a la guerra de todos contra todos. Locke, al contrario, estima pacífico, razonable y con derechos al individuo en estado de naturaleza; el contrato social no crea, pues, un poder omnímodo, sino la sociedad civil, en que el Estado garantiza los derechos de los individuos a la vida, la propiedad, la libertad y la búsqueda de la felicidad; derechos anteriores a la sociedad y que expresan una ley natural instituida por Dios. Rousseau, más aún que Locke, considera a los hombres buenos por naturaleza, pero corrompidos por la sociedad. La sociedad civil, basada en la propiedad privada y la desigualdad, no los eleva, como afirmaba Locke, sino que los pervierte, aunque haga brotar ideas de justicia y ética, incumplibles en tales circunstancias.

De acuerdo con sus concepciones, Locke sostuvo que la soberanía reside en el pueblo y se expresa en el Parlamento, debiendo separarse los poderes legislativo y ejecutivo. El Estado debe aplicar la ley con espíritu tolerante, atendiendo

a la diversidad de intereses y opiniones. La tolerancia es uno de sus puntos doctrinales de mayor efecto posterior: testigo y sufridor de persecuciones entre grupos protestantes en Inglaterra, Locke concluyó que para evitar tales perturbaciones debía cultivarse la tolerancia, excepto con los católicos, que debían ser prohibidos como enemigos del Estado. La condición para la tolerancia consistiría en la relegación de las doctrinas religiosas a la conciencia privada, lo cual implica una revolución del mayor alcance: hasta entonces la religión no solo había sido un asunto público, sino el núcleo irradiador de las culturas, justificador del poder y de la política, y seña de identidad clave de las personas y sociedades. Ahora la religión se reducía a opiniones particulares que no debían tener proyección en el gobierno y la menos posible en la vida social. Lo que planteaba otro tipo de problemas.

Hay similitudes entre Locke y autores de la Escuela de Salamanca. Locke concreta un sistema funcional de reparto del poder diseñado para conciliar la soberanía popular (restringida a los propietarios) con la disparidad de intereses sociales, y frenar la inclinación absolutista. El sistema funcionaría casi mecánicamente, por un equilibrio de intereses entre partidos. Los pensadores hispanos no creían en un sistema que por sí solo evitase las inclinaciones tiránicas, las cuales debían combatirse con principios morales, leyes ad hoc y vigilancia; en último extremo mediante el tiranicidio, método poco práctico. Pero el sistema de Locke no explica la evolución anterior, resuelta en el mito del «estado de naturaleza» y el consiguiente contrato, constructos racionalistas pero ajenos a la experiencia histórica. Para los de Salamanca no hay estado de naturaleza ni contrato fundacional, el hombre es naturalmente sociable y las distintas formas de organización

política son válidas mientras no vulneren la ley natural y se conviertan en tiranía.

Según Rousseau, el hombre dejó la feliz situación de naturaleza cuando alguien declaró suya una porción de terreno y los simples lo aceptaron, en lugar de oponerle que los frutos de la tierra pertenecen a todos y la tierra misma a nadie. Aquella mítica declaración de propiedad habría inaugurado el proceso de crímenes, guerras, horrores y desgracias propios de la civilización, cuyo contrato social está hecho a conveniencia de los propietarios. De ahí la urgencia de un nuevo contrato basado en «la voluntad general», interesada en el bien común y a la que debían someterse los individuos para mantener su igualdad y libertad. La democracia derivada no sería representativa, sino asamblearia, directa, pensada para ciudades estado e imposible en naciones grandes.

Rousseau no explica cómo individuos buenos crean sociedades malas, o cómo ha prosperado de tal modo la propiedad y la injusticia siendo el hombre bueno y libre por naturaleza… a menos que se le considere también algo necio, fallo que tal vez pensaba corregir el pensador. La idea de la voluntad general es lo bastante volátil para que se la atribuyeran luego partidos e ideologías enfrentados, derivando a estados totalitarios como el de Hobbes, pese a partir de opuestas concepciones sobre el hombre. La enorme influencia de Rousseau proviene tal vez de la insatisfacción constituyente del ser humano, que hallaría una vía de escape en la localización de un culpable (la «sociedad injusta», más tarde la «burguesía», etc.) y en la esperanza de un cambio radicalmente satisfactorio que, por asentarse en la «razón», sería también seguro y beneficioso.

Montesquieu, católico, no trató la naturaleza de la libertad

política, sino que, dándola por supuesta, estudió normas para salvaguardarla. Tampoco especuló sobre los orígenes de la sociedad, sino que partió de un estudio empírico y comparativo, no siempre objetivo, sobre las sociedades conocidas. Distinguió tres formas de poder, legislativo, ejecutivo y judicial, y definió la división entre ellas como garantía de la libertad. Esa división subvertía la tradicional entre los tres estamentos, clero, nobleza y gente común, representados en los Estados Generales y que formaban tres cuerpos nacionales separados: ahora debían formar un solo cuerpo con tres poderes comunes. Y sustituyó la división aristotélica de monarquía-aristocracia-democracia por la de monarquía-república-despotismo. La primera apelaría al honor, la segunda —que puede ser democrática o aristocrática— a la virtud, y el tercero al miedo. Monarquía y república proporcionan libertad, no así el despotismo, marcado por la concentración de poderes.

Debe decirse que los derechos señalados por unos y otros existían de siempre, pues los reyes y los oligarcas, por su propio interés, debían respetar la vida, la propiedad, la libertad y procurar la felicidad de sus súbditos, salvo causas de interés mayor del Estado; y así lo expresaban a menudo. La novedad consistía, en primer lugar, en que aquellos derechos se exponían claramente como tales, por lo que el respeto a ellos ya no dependería de la benevolencia supuesta a los monarcas; y en que por ese mismo hecho la legitimidad de los reyes y las oligarquías tradicionales quedaba en entredicho.

* * *

Foco de máxima atención para muchos ilustrados fue la economía, sobre la que se tendía a fundamentar la política y la sociedad en general. Ese interés había originado escuelas

como el mercantilismo o la fisiocracia. El mercantilismo, prevalente en Europa, atribuía la riqueza de un país a la eficiencia del Estado, que intervenía directamente racionalizando actividades, construyendo infraestructuras, protegiendo a grandes compañías, estableciendo algunos monopolios estatales y leyes excluyentes de la competencia de otros países. La fisiocracia negaba importancia al papel del Estado, preconizaba el «dejar hacer», y atribuía la verdadera riqueza a la agricultura, menospreciando las manufacturas y el comercio. Una teorización más elaborada fue la de Adam Smith en su estudio *La riqueza de las naciones*, considerado el fundamento económico del liberalismo. Smith atribuyó la riqueza al deseo de ganancia de los particulares mediatizado por la competencia entre ellos, la división del trabajo, que asegurarían la máxima productividad y el comercio en régimen de libre mercado. No sería cierto que en el comercio unos ganen lo que otros pierden, como sostenían otras escuelas, sino que todos se beneficiarían al obtener lo que desearan.

Según Smith, el mercado no cae en la anarquía que cabría esperar de la concurrencia de millones de transacciones e intereses diversos, sino, que, por el contrario, se autorregula. Y si algo lo perturba y vuelve ineficiente es la intervención del Estado con restricciones, proteccionismos, etc. El comercio debía ser libre, sin monopolios, y el Estado debía limitar su acción a emplear su monopolio de la violencia para obligar al cumplimiento de los contratos y la libre competencia. Cada concurrente al mercado opera por su propio interés, no por virtudes morales, y sin embargo una «mano invisible» haría del resultado un bien moral, pues beneficiaría a la generalidad o al mayor número, ofreciendo mercancías cada vez más baratas y abundantes, y aumentando la riqueza general. De este modo se alcanzaría

el máximo bienestar y felicidad de las personas. El mismo principio se aplicaba a las normas morales, limitadas al interés particular matizado por una natural simpatía hacia el prójimo; pero que, pese a su aparente estrechez, producía efectos provechosos para todos o la mayoría.

Adam Smith criticaba el mercantilismo por servir, en su opinión, solo al interés de los reyes y provocar guerras. El resultado del mercantilismo no podía ser otro que la privación de libertades a los súbditos, el déficit fiscal, la quiebra del crédito público, la inflación y, con ella, la pobreza de los pueblos. La crítica no deja de sorprender, teniendo en cuenta el aumento de la prosperidad en Europa bajo aquel régimen. La floreciente economía francesa por ejemplo, mostraba que el interés del monarca y el del país no se oponían necesariamente, como Smith aseveraba.

El autor escocés mostró alguna inconsecuencia cuando —ocasionalmente— trató de medir el valor objetivo de las mercancías por el trabajo, en lugar del valor subjetivo defendido por los escolásticos españoles y algunos italianos antes, y más acorde con la teoría del mercado: el valor de un producto no vendría determinado por el trabajo que haya costado producirlo, sino por la utilidad o el placer subjetivo que hallan en él los compradores. La idea del valor trabajo fundamentaría otras escuelas económicas, en particular la marxista.

* * *

El modelo del intelectual ilustrado por excelencia fue Voltaire, admirador de Inglaterra y discípulo de Locke, poco original pero extraordinario divulgador con inmensa influencia en las cortes europeas. Defendió la tolerancia, salvo para la Iglesia, a la que recomendaba aplastar (*Écrasez l'infâme!*) y nunca pronunció la frase «detesto lo que dice,

pero daría la vida por su derecho a decirlo». Sus punzantes sátiras contra clérigos, nobles, militares y reyes le ganaron algún encierro en la Bastilla y destierro a Inglaterra, pero en conjunto recibió mayor tolerancia de la que preconizaba, pudo moverse con bastante tranquilidad y amasó una de las grandes fortunas de su tiempo.

Tenía a la religión por negocio de «imbéciles y bribones». A los judíos, «horda de ladrones y usureros», solo les faltaba el canibalismo para ser «el pueblo más abominable de la Tierra». Las Cruzadas nacieron del afán de lucro, y la Iglesia solo había fomentado el oscurantismo, la crueldad y la miseria. Jesús había sido «un jefe de partido, un mendigo ansioso de formar una secta», y la religión cristiana «es, sin discusión, la más ridícula, absurda y sanguinaria que haya infectado el mundo». Compartía los sarcasmos de enciclopedistas como Diderot: «Ese Dios que hace morir a Dios para apaciguar a Dios es una frase excelente (…). Nada lo pone (al cristianismo) más en ridículo (…). Una doncella (…) recibe la visita de un muchacho que llevaba un pájaro, queda embarazada y se pregunta uno de quien es el niño. ¡Vaya pregunta! Del pájaro». Etc. Voltaire tachaba de fanatismo las protestas y enojos que provocaban sus invectivas.

Aunque escribió un ensayo contra Mahoma, más bien como disfraz de su ataque a la Iglesia, contrastó «la ineficacia de la revelación judeocristiana» con «el dinamismo islámico», al que elogió como doctrina «sabia, severa, casta, humana, tolerante, indulgente»; calificó a Mahoma de poeta y lo equiparó a Alejandro Magno. En su obra más conocida, *Candide*, los protagonistas concluyen sus desgracias tomando ejemplo de un sabio campesino turco que les invita a «cultivar su jardín» y mantener un trabajo que les libre de «tres grandes males: el tedio, el vicio y la

necesidad». También cultivó el mito del «buen salvaje» para poner en solfa por irracionales las costumbres e ideas que le disgustaban en Francia y Europa.

Quizá sea el filósofo prusiano Immanuel Kant quien mejor haya expuesto la optimista percepción que los ilustrados tenían de sí mismos. La Ilustración sería «la salida del hombre de su minoría de edad», minoría causada por la renuncia, inducida por las autoridades eclesiásticas y políticas, a usar la propia razón, y sustentada por la cobardía y pereza de los individuos: «Uno mismo es culpable de esa minoría de edad cuando esta no viene de un defecto del entendimiento, sino de la falta de decisión y ánimo para usarlo con independencia, sin la conducción de otro. *Sapere aude!* (¡Atrévete a saber!)».

Había en estas exhortaciones algo de arbitrario y abusivo: ¿acaso no se había hecho uso abundante de la razón antes de aquel siglo? Y los ilustrados, ¿eran «el hombre» por excelencia? Además, ni Kant ni nadie pretendería que el individuo común emplease a fondo la razón especulativa: solo podría hacerlo una élite provista del tiempo, la posición y el gusto por esa labor. Pero incluso la persona más aficionada y dotada tenía que dejarse conducir por otros: Tocqueville expondría más tarde la evidencia de que hasta los mejores intelectos descansan por fuerza en «ideas dogmáticas», esto es, aceptadas sin mayor investigación o crítica propias, pues si cada cual admitiera solo las conclusiones a que llegara por sí mismo, pocas adquiriría a lo largo de su vida. Los ilustrados daban por sentado que el uso de la razón llevaría a conclusiones únicas y de valor general… pero nadie había aplicado la razón con tanto empeño como los griegos, y sus conclusiones habían sido muy disímiles. Lo mismo había ocurrido con los escolásticos. En fin, ¿valdrían las ideas racionales de Kant más que las de

cualquier otro que «osara saber» por su cuenta? El problema recuerda al de Lutero con el libre examen: cualquier individuo podía creerse más autorizado que él o que San Pablo al interpretar la Biblia.

* * *

Tema importante de la Ilustración fue la paz perpetua. De siempre la guerra fue mirada con una mezcla de horror y fascinación, como «la madre de todas las cosas», como una ley de la naturaleza, o como máxima expresión del mal. Los ilustrados, tales como Voltaire o Smith, solían achacar las guerras a los intereses de los reyes o los nobles y a la superstición religiosa, por lo que, suprimidos estos, la paz vendría por sí sola. Cumplía suprimir la influencia de la Iglesia y sustituir la soberanía regia por la soberanía de la nación, del pueblo, el cual, afirmaban, no tenía interés en peleas, sino en una convivencia pacífica basada en el *dulce comercio*. No obstante, Holanda e Inglaterra, principales potencias comerciales y donde menos soberanía ejercían los monarcas, eran cualquier cosa menos pacíficas y la piratería solía ir asociada al comercio, que también incluía el tráfico de esclavos. Aparte de que regímenes despóticos impulsaban a su vez el comercio. Sin duda el comercio satisfacía muchos deseos humanos, pero esos deseos no eran necesariamente bondadosos y pacíficos.

Aquellas ideas eran por sí mismas revolucionarias con respecto a las tradiciones predominantes europeas, pero no todos los ilustrados atacaban abiertamente a la monarquía absoluta, la cual no les impedía escribir y difundir sus obras, y la mayoría convivía aceptablemente con su despotismo ilustrado. Por ello, el sistema pervivió sin grave alteración hasta el último cuarto del siglo. Pero la crítica acumulada tendría finalmente los efectos revolucionarios implícitos o

explícitos. Y no solo políticos, sino más ampliamente sociales y culturales: el siglo XVIII marcó una ruptura profunda las formas políticas y estructuras sociales creadas en la Edad de Supervivencia. Y más allá y de forma tal vez innecesaria, con el espíritu cristiano que había caracterizado a la civilización europea hasta entonces.

# QUINTA PARTE

# EDAD DE APOGEO

# 26

# Revolución americana y Revolución francesa

El primer efecto radical de las prédicas ilustradas no se produciría en Europa, sino en América del Norte, en 1783. La presencia inglesa allí data de 1607, y hasta el XVIII tomaron forma trece colonias en la costa oriental, entre Canadá y Florida. Inglaterra enviaba a delincuentes, como haría en Australia, política opuesta a la de España. Y hasta la mitad y más, llegarían en régimen de servidumbre: para pagar los gastos del viaje podían ser vendidos, golpeados, trabajar sin sueldo y no podían casarse sin permiso del amo. Estas condiciones, aún décadas después de la independencia, solo diferían de la esclavitud en su duración, de tres a siete años. Tales hechos, más la dureza de la vida colonial no auguraban buen futuro, pero durante los años treinta y cuarenta del siglo XVIII ocurrió el «Gran Despertar», oleada de emotiva devoción religiosa en parte fanática, que elevó la moralidad y la cohesión social, y originó nuevas iglesias. Las prédicas insistían en la igualdad evangélica, proyectable a política, y la preocupación por una vida virtuosa y feliz, una constante en la cultura que ya fraguaba.

Para entonces vivían en dichas colonias dos millones de blancos y medio millón de esclavos negros. La sociedad difirió pronto de la inglesa: el sistema aristocrático apenas cuajó y el anglicanismo retrocedió ante otras confesiones protestantes y una minoría católica irlandesa. En la Guerra

de los Siete Años, los colonos habían contribuido a derrotar a los franceses de Canadá, y se sintieron vejados cuando el Parlamento inglés les impuso nuevos tributos. Exigieron trato igual a los ingleses de la metrópoli, representación parlamentaria y decisión sobre los impuestos. También les enojaba la tolerancia de Londres hacia los franceses de Quebec, acordada por tratado de paz.

En 1773 los irritados colonos asaltaron tres barcos ingleses en Boston y al año siguiente acordaron la secesión. La metrópoli los despreció: un general afirmó que le bastarían mil granaderos para «castrar a todos los hombres, ya por la fuerza, ya con un poco de persuasión». Pero los presuntos castrables, dirigidos por George Washington, resistieron con guerrillas, si bien fracasaron en extender la revuelta a Canadá. Hasta otoño de 1777 iban perdiendo, pero vencieron en Saratoga, lo que animó a París, ansiosa de revancha por la Guerra de los Siete Años, a declarar la guerra a Londres, También lo harían España y Holanda.

Londres procedió a saquear y destruir los pueblos costeros, cerrar su comercio e incitar ataques de los indios hasta que los colonos volvieran al yugo «con penitencia y remordimiento»; pero Francia desembarcó 6.000 soldados al mando de La Fayette. Los ingleses planearon tomar a sus contrarios por la espalda desde el Misisipí, maniobra impedida por los españoles, mandados por Bernardo de Gálvez. Este facilitó a los rebeldes el comercio por el río, expulsó a los ingleses sucesivamente de sus bases, desbarató su proyectada ofensiva hacia Nueva Orleans y capturó su base naval en las Bahamas. En 1780 la posición inglesa empeoró al capturar los españoles un gran convoy inglés con dinero y provisiones; y al año siguiente la flota francesa derrotó a la inglesa en Chesepeake y bloqueó a sus tropas que, atacadas por las francoamericanas en Yorktown,

hubieron de rendirse.

Pese a su larga duración, la guerra fue poco intensa: unos 25.000 muertos en cada bando. Los americanos tuvieron 8.000 en combate, entre 10 y 12.000 por maltrato en los horrendos barcos-prisión británicos, y el resto por enfermedades. De los contrarios, la mayoría fueron mercenarios alemanes. La independencia fue oficializada en el Tratado de Versalles de 1783. A las trece colonias se les reconoció la expansión hasta el Misisipí, lo que les permitió duplicar su territorio y acosar a los indios hacia el oeste. España se resarcía de anteriores reveses frente a Inglaterra: recobraba Florida, zonas de Centroamérica y Menorca; pero no Gibraltar, que había resistido un tenaz asedio.

No obstante el conde de Aranda, ministro del entonces rey de España, Carlos III, haría una reflexión premonitoria: «Recelo de que la nueva potencia nos ha de incomodar cuando se halle en disposición de hacerlo. Ha nacido, digámoslo así, pigmea (…). Mañana será un gigante (…) y después un coloso irresistible en aquellas regiones. En ese estado se olvidará de los beneficios que ha recibido de ambas potencias (Francia y España) y no pensará más que en su engrandecimiento. La libertad de religión, la facilidad para establecer las gentes en términos inmensos y las ventajas que ofrece aquel nuevo gobierno, llamarán a labradores y artesanos de todas las naciones y dentro de pocos años veremos con el mayor sentimiento levantado al coloso que he indicado».

Aranda percibió con bastante claridad que en aquella independencia latía un espíritu revolucionario, procedente de una larga tradición de pensamiento protestante, sobre todo Locke, y católico, de la Escuela de Salamanca. Su objetivo era alcanzar de forma institucional y permanente lo

que de siempre había sido un objetivo del pensamiento político europeo: un Estado que amparase la libertad de los individuos impidiendo la inclinación de las oligarquías o los monarcas al despotismo. Ello se esperaba conseguir dando gran libertad a los partidos, contrapesando unas instituciones políticas con otras y limitando el período de mando presidencial.

No obstante, el fundamento filosófico era poco consistente. La *Declaración de Independencia*, basada en la *Declaración de Derechos de Virginia* de 1786, afirmaba como base de sus aspiraciones: «Sostenemos como evidentes por sí mismas estas verdades: que todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre estos derechos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad». No eran verdades: una elemental observación prueba que los hombres nacen desiguales por posición, medios y carácter familiar, y por los dones e inclinaciones que «los dioses han puesto en ellos», como advertía Homero. Si los hombres nacieran iguales, continuarían iguales, pues las sociedades son creaciones suyas. Por lo mismo sufre la idea de que los gobiernos se hayan creado para garantizar los derechos, los cuales, como «verdades evidentes», deben estar impresos en toda sociedad. Tampoco se trata de evidencias, sino de elaboraciones intelectuales, acertadas o no, producto de la historia, con sus conflictos y reflexiones.

El punto clave revolucionario de la Declaración de Virginia consistía en su afirmación del poder como originado en el pueblo, y solo ejercible en virtud de servicios al pueblo y por elección popular, descartando los cargos hereditarios, la monarquía y el propio sistema social estamental. Ambas declaraciones, la de Virginia y la de Independencia, son democratizantes, pero los derechos no

abarcaban a todos los hombres, pues los indios y los negros quedaban al margen; y la mayoría de los blancos no votaba: el sufragio era censitario, no implantándose el universal (masculino) con generalidad hasta setenta y tres años después de la independencia. Y el voto de los negros solo se haría efectivo en los estados del Sur pasada la mitad del siglo XX.

Por otra parte, igualdad y libertad no siempre son armonizables y pueden ser opuestos. Asimismo la «búsqueda de la felicidad» puede contrariar a la libertad, cuyo ejercicio es a menudo molesto y a veces peligroso. Pero tuvieran la base racional que tuvieren, las frases de la Declaración tocaban fibras profundas de la psique humana y ejercerían una sugestión intensa sobre millones de personas, estimulando a un tiempo los intereses y ambiciones personales y las reglas para impedir que esas ambiciones e intereses destruyeran a la sociedad. El equilibrio entre las reglas y los impulsos individuales dio a la sociedad useña un dinamismo sin precedentes, hasta el punto de desbancar, un siglo y medio después, la hegemonía mundial de Europa.

Aquel dinamismo no procedía meramente de su organización política, sino de un intenso mesianismo subyacente. Por más que coexistían varias religiones (aunque los protestantes habían perseguido a los católicos y quemado sus iglesias en Maryland a finales del siglo XVII, por ejemplo), el elemento inspirador era el calvinista puritano de los «padres peregrinos», asentados en Massachusetts en 1620 huyendo de la persecución anglicana, con la idea de construir la evangélica «ciudad sobre la colina» o la «nueva Jerusalén», cuya virtud debía causar admiración e imitación al resto del mundo.

Ese mesianismo proponía una predestinación al dominio

del continente, inscrita en el propio nombre del país: «Estados Unidos de América». Hacia 1812, Usa intentó hacerse con Canadá, pero los ingleses contraatacaron y quemaron Washington, con lo que su expansionismo se desvió hacia el oeste. Los perdedores fueron los indios y los mejicanos, ya entonces independientes a su vez.

El mesianismo quedó reflejado en declaraciones como las del presidente John Quincy Adams a principio del siglo XIX: «La Divina Providencia» había destinado a toda Norteamérica «a ser poblada por una nación con un idioma y un sistema general de principios religiosos y políticos y habituada a unos usos y costumbres sociales». Otros expresaron «el derecho a poseer todo el continente que nos ha otorgado la Providencia para aplicar nuestro gran designio de libertad». No obstante, en 1861 los estados del sur, perjudicados por la política económica del gobierno, intentaron separarse de la Unión, y siguió una durísima Guerra de Secesión con unos 600.000 muertos, parte de ellos en los bárbaros campos de prisioneros. Después fue abolida la esclavitud, y el esplendor de los negocios y la industria hicieron del país la primera potencia económica del mundo hacia finales del siglo XIX.

* * *

La revolución useña repercutió por dos vías en Francia: esta quedó fuertemente endeudada por su ayuda a Usa, y el ejemplo useño radicalizó a muchos ilustrados: solo seis años después de la Revolución Americana estallaba en Francia otra.

Reinaba desde hacía catorce años Luis XVI, persona amable, moderada y reformista, que convocó para mayo de 1789 los Estados Generales, reunión de los tres estamentos o «estados»: el clero, la nobleza y el «tercer estado» popular, a

fin de aprobar impuestos que sufragasen la deuda, y atender a quejas generales. Era la primera vez que se convocaban desde más de un siglo y medio antes, y resultó un mal momento, pues se habían sucedido dos años de clima inhabitual y malas cosechas, causando hambre (no solo en Francia); la apertura del mercado tres años antes a productos ingleses más baratos había causado numerosas quiebras, aunque se esperaba beneficiosa a la larga; y la inquietud social era explotada por algunos agitadores. Aun así no había razón para esperar desórdenes: Francia era un país admirado en toda Europa, bien cultivado, muy patriota, con manufacturas potentes, excelentes comunicaciones y administración ordenada. El campesinado vivía mejor que en ningún otro país y solo un 17 por ciento de él carecía de tierra, en contraste con las latifundistas Inglaterra o Prusia. Y el hecho de que la Hacienda francesa se hallase varias veces al borde de la quiebra en un país tan rico, indica que la presión fiscal no era excesiva.

Sin embargo muchos nobles querían debilitar la monarquía y recobrar su viejo poder, y no faltaban entre ellos y el clero, así como en el tercer estamento, el *popular* o *burgués*, personas de ideas subversivas, con una idea del pueblo contraria a la sociedad estamental. Los monárquicos y el mismo rey mostraron una autodeslegitimadora actitud claudicante, pronto advertida por sus enemigos. Los Estados Generales, lejos de votar impuestos, afirmaron representar «la voluntad del pueblo», se proclamaron Asamblea Nacional soberana y constituyente y votaron una Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, inspirada en la useña. Era ya la revolución. En julio empezó la agitación callejera y el día 14 las masas tomaron la prisión de la Bastilla, mataron a varios guardias, degollaron al director y pasearon su cabeza en una pica —diversión que se

generalizaría—. Después, en el ayuntamiento, asesinaron a un preboste y destrozaron su cuerpo. Estas acciones se convirtieron en un mito de la revolución, y el 14 de julio quedó como fiesta nacional, con la Bastilla como símbolo de la odiosa opresión del Antiguo Régimen. Y en cierto modo lo era: los presos liberados fueron siete, dos perturbados, cuatro falsificadores y un pervertido. Poco antes había estado el marqués de Sade —un perturbado «sádico»—, el cual excitaba a la gente desde una ventana, mintiendo sobre presos que estarían siendo decapitados.

Danton, uno de los jefes revolucionarios, definiría la táctica: «Audacia, más audacia y siempre audacia», y en ello puede resumirse el proceso ulterior: medidas cada vez más radicales y terroristas que terminaron por costar la cabeza a sus mismos promotores. La mayoría del clero apoyó a la Asamblea, uno de cuyos principales impulsores fue el abate Sièyes, un tanto cínico hacia la religión y autor de la célebre proclama *¿Qué es el tercer Estado? Todo. ¿Qué ha sido hasta ahora políticamente? Nada. ¿Qué pide? Llegar a ser algo.* Enseguida ese «algo» fue el todo para quienes se proclamaban sus representantes. De inmediato la Iglesia fue privada de poder y expropiada para financiar el movimiento. La emisión masiva de «asignados» con respaldo teórico en los bienes expropiados creó una inflación galopante, y se prohibió huir del país bajo pena de muerte. Cundieron los clubes, centros de agitación, los más extremistas los llamados *jacobinos*, algo menos los *girondinos*, escindidos luego de los primeros. El rey fue llevado de Versalles a París por un cortejo de mujeres y gentes de los bajos fondos, precedido por las cabezas de varios guardias enarboladas en picas. La Constitución mantenía la forma monárquica, pero Luis XVI, confinado, intentó huir a Bélgica en junio de 1791, siendo capturado y devuelto a la capital. En septiembre, la

Asamblea Constituyente dio paso a la Legislativa, convertida en maremágnum de disputas.

El fervor revolucionario mermaba y, para elevarlo, los girondinos exigieron atacar a las monarquías vecinas y «liberar a sus súbditos». Los jacobinos rehusaron, pues temían perder la guerra y deseaban concentrar sus fuerzas en radicalizar la revolución. El belicismo fue favorecido por la amenaza de Austria y Prusia de reimponer el viejo orden en Francia, aun si al mismo tiempo miraban con cierto agrado cómo el poderoso rival galo se destrozaba él solo. El 20 de septiembre de 1792 la Legislativa era sustituida por la Convención, con un Comité de Salvación Pública como ejecutivo, la cual elaboró una nueva Constitución, republicana. Para cortar la vuelta atrás, el rey fue guillotinado a principios de 1793. Para provocar aún más a las monarquías, también fue ejecutada en octubre la reina María Antonieta, tras una farsa judicial. Inglaterra y España entraron en la guerra y la Convención replicó con la *levée en masse*, que la dotó de un ejército numeroso y ferviente, gracias al cual rechazó a sus enemigos y ganó territorios. La formación de ejércitos de masas fue otra de las consecuencias de la revolución, que abarató notablemente la vida del soldado, por así decir. Hasta entonces, los ejércitos solían ser relativamente pequeños y las guerras poco mortíferas a menos que coincidieran con epidemias y hambrunas, que también llegaban en tiempos de paz.

Todos estos procesos se desarrollaban en medio de pugnas por el poder, acusaciones y revueltas entre unas facciones y otras (girondinos, jacobinos, *cordeliers*). Y cundían simultáneamente las protestas populares por el hambre, y las luchas civiles. La de mayor gravedad fue la rebelión de La Vendée, que duró tres años, masacrada por los revolucionarios con resolución genocida.

La Convención creía inaugurar una nueva era opuesta a la cristiana. Declaró 1792 como Año Uno y estableció un calendario con nombres de meses alusivos al clima. Desató asimismo una persecución religiosa comparable a las peores de la antigua Roma, y en la catedral gótica de Notre Dame fue entronizada la diosa Razón, en la persona de una actriz. Todo el pasado, la historia, quedaba anulado y condenado, excepto los destellos o episodios asimilables a precedentes de la revolución.

Emergió como líder Robespierre, deseoso de aplicar un radicalismo máximo. Deísta contrario al ateísmo de muchos de sus compañeros, implantó el culto a un Ser Supremo, nada cristiano. A Robespierre se le recuerda como principal impulsor de los diez meses de terror desde septiembre de 1793, aunque el terror y las matanzas habían subrayado todo el proceso. Él opinaba que «castigar a los opresores de la humanidad es clemencia; perdonarlos es barbarie»; y tal como entendía la humanidad, podían ser opresores cuantos no comulgaran con sus iniciativas. El terror se volvió contra revolucionarios como Danton, Hébert, Westermann —el genocida de La Vendée—, Desmoulins («He aquí cómo acaba el primer apóstol de la libertad» dijo ante el cadalso. Madame Roland, otra revolucionaria, hizo otra frase célebre: «Libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre»), Olimpia de Gouges, y otros más. Marat, conocido por sus libelos sedientos de sangre, había sido muerto antes por la girondina Charlotte Corday, a su vez guillotinada. El padre de la química científica, Lavoisier, sufrió la misma suerte cuando el juez especificó que «la república no necesita científicos ni químicos». Las víctimas de este período, solo parte de ellas guillotinadas, se han estimado en 50.000, incluso en 100.000, en su gran mayoría (72 por ciento) campesinos, artesanos y obreros, aunque el clero sufrió

proporcionalmente la mayor sangría.

Por fin, el 27 de junio (9 de termidor del nuevo calendario) de 1794, una conjura derrocó a Robespierre, que fue a su vez guillotinado con otros amigos suyos. Quienes les derrocaron también habían ejercido el terror.

Un año después Napoleón Bonaparte barrió con artillería a los partidarios de la Convención, que fue sucedida por un Directorio de cinco políticos, varios conocidos por su corrupción. Para mantenerse, el Directorio prolongó la guerra, pues, con el país arruinado, la paz traería de vuelta a unos ejércitos a los que no podía pagar, mientras que en el extranjero vivían de expropiaciones y tributos a los naturales. En esas guerras ganó prestigio Napoleón. Los revolucionarios conquistaron el norte de Italia, Holanda, Nápoles, zonas de Alemania; pero hacia 1799 retrocedían ante las tropas rusas y austríacas. El 18 brumario (9 de noviembre) de ese año, Napoleón puso fin al Directorio, y propiamente a la Revolución Francesa.

* * *

Los diez años revolucionarios pueden resumirse en terror y matanzas, guerra y ruina del país. Cada paso empujaba más allá la «audacia», so pena de frenar el impulso y derrumbarse. Hubo en ello algo de primitivismo y revuelta contra la propia civilización, cuyos valores se vieron ultrajados por una explosión de obscenidad, llamamientos salvajes, exhibición de cabezas cortadas, ansia de sangre. La guillotina constituía un espectáculo fastuoso, al que asistían numerosas mujeres; los asistentes a la muerte de Luis XVI empaparon pañuelos en su sangre o se untaban con ella. Hasta canibalismo, como en el despedazamiento de la princesa de Lamballe durante una jornada de asesinatos, violaciones y brutalidades sin freno, bacanal liberadora de

restricciones morales. Algún lazo guardaba la orgía con la prédica, típica de la Ilustración francesa, del «buen salvaje», que en nombre de la razón ponía en solfa los absurdos de los civilizados; eco a su vez de las fantasías de Las Casas sobre los indios americanos.

El lema revolucionario «libertad, igualdad, fraternidad» —de raigambre cristiana, pero muy empleado por la masonería— ejerce fuerte sugestión psíquica, y la Revolución Francesa despertaría millones de admiradores dispuestos a imitarla. Rara vez se habrá dado en la historia tal frenesí de crímenes entre aclamaciones a la libertad etc., y ese frenesí también ejercía una atracción oscura. Por lo demás, la lógica de la libertad no concuerda fácilmente con la igualdad, pues consiste en diferenciarse de los «iguales», y la igualdad exige homogeneidad. Lo mismo la fraternidad. En los hechos, la libertad consistía en obedecer a los más fanáticos; aumentó la pobreza, y con ella la desigualdad entre la vertiginosa oligarquía dirigente y la masa popular, alimentada con consignas cada vez más furiosas contra «enemigos del pueblo» designados; y la fraternidad ni siquiera existió entre los revolucionarios, que se asesinaron generosamente entre sí. Los derechos declarados nunca habían sido pisoteados con más empeño. Cabe pensar que el lema funcionaba como un espejismo y un arma mágica en manos de quienes detentaban el poder, hasta no significar otra cosa que un pretexto para organizar baños de sangre.

El otro gran tema, la Razón, adquiría un tinte mesiánico, redentor, hasta animista. Que su bandera haya amparado tales hechos prueba la existencia de fuerzas oscuras en el ser humano: algunos concluyeron que la revolución había fracasado por no haber sido lo bastante extrema y terrorista, por haber quedado a medias…

El legado inmediato fueron las guerras más cruentas de la historia europea, salvo acaso la de los Treinta Años; la interrupción de evoluciones prometedoras en varios países; una convulsión política intermitente en la mayor parte de Europa; y una reacción de horror, con intentos finalmente fallidos de volver al pasado. Pero, calmado el frenesí, quedó la idea de la igualdad ante la ley, derechos «naturales» y soberanía nacional ejercida por medio de libertades, elecciones y separación de poderes. Lo cual provenía de una evolución anterior y quizá se habrían impuesto sin tal revolución.

Sigue siendo común bautizar como «burgués» aquel movimiento, con enfoque de rasgos marxistas. Burgués significa habitante de la ciudad, y la burguesía había cobrado bastante poder desde la Edad de Asentamiento. En sentido más actual se entiende burguesía como sinónimo de capitalismo con la idea, sugerida o explícita, de que la revolución *burguesa* prologa la *proletaria*. En realidad, la francesa fue protagonizada por el submundo social, excitado por grupos de abogados, intelectuales y agitadores, que solo en sentido muy lato cabe llamar capitalistas. Y los valores invocados proceden de la cultura anterior, fundamentalmente cristiana, tienen un alcance universal, no limitado al interés económico o «de clase» de los empresarios. Pero ese carácter *burgués* es uno de los mitos más arraigados en la cultura europea posterior.

Ambas revoluciones, francesa y useña obraron —un tanto fraudulentamente— en nombre del pueblo, de la libertad, la igualdad y la razón, y sorprende que principios parecidos hayan provocado sucesos tan distintos. Cabría atribuirlo a la inexistencia en América de un Antiguo Régimen que derrocar, pero la intensidad de la sacudida francesa no guarda proporción con esa posible causa. Una diferencia más

clara está en la religión: en Usa no hubo persecución religiosa, sino afirmación de las raíces cristianas y atenuación de discrepancias entre iglesias. El Gran Despertar tuvo allí tanta influencia como las ideas de Locke o Montesquieu, y pesaron poco las de Voltaire o Roussseau. Esto evitó parte de la epilepsia gala.

Los useños acertaron a crear pronto un sistema político ordenado y perfeccionable, mientras que en Francia los ensayos se sucedían febrilmente, fracasando todos. Tiene interés otra diferencia: la Constitución useña menciona el derecho de los ciudadanos a «la búsqueda de la felicidad». La concepción predominante en Francia era que la felicidad debe ser suministrada a los ciudadanos por el Estado.

Como fuere, la Revolución Francesa señala un antes y un después y, junto con la Revolución Industrial, marcará la entrada de Europa en una nueva edad, que llamaremos de Apogeo, porque su poderío material —el de algunas de sus potencias— se volvió totalmente irresistible para cualquier país o civilización de otros continentes.

# 27

# De la religión divinal a la religión prometeica

Se ha observado a menudo la abundancia de masones entre los jefes revolucionarios franceses y los useños, y entre los políticos ingleses de la época. Por ello algunos han atribuido a la masonería aquellas luchas y revoluciones, conforme a un plan secreto tramado en los templos masónicos o logias. Es evidente que no ha existido semejante plan, por cuanto la revolución useña, supuestamente masónica, se realizó por medio de una guerra contra la también masonizada metrópoli inglesa, y porque la Revolución Francesa, en la que unos masones guillotinaron a otros, difirió profundamente de la useña en formas y fondos importantes. Sin embargo, la presencia masónica en aquellos sucesos y muchos más posteriores debe considerarse, si no la causa de ellos, sí un ingrediente nada nimio. Porque, además, las ideas masónicas encajaban bastante en las que se iban asentando a partir del protestantismo y en el siglo de la Ilustración. Sobre la masonería han corrido mil rumores y leyendas a partir de su reordenación en Inglaterra por el pastor calvinista escocés James Anderson, en 1723: desde las que la presentan como simple club filantrópico hasta las que le achacan todos los males de la humanidad. Por consiguiente, convendrá resumir brevemente el asunto.

Ante todo, la masonería es una orden religiosa con sus templos o *logias* en las que se reúnen (*tenidas*), practican

ritos y cánticos, exponen sus mitos y su moral, discuten de temas diversos, etc. Existen diversos ritos masónicos y dos tendencias básicas, la inglesa de las Grandes Logias, deísta, y la francesa de los Grandes Orientes, más inclinada al ateísmo; pero en todos los casos es una religión iniciática y gnóstica, es decir, afirma proporcionar conocimientos profundos y esotéricos sobre la vida y su sentido, inaccesibles a los mortales comunes, al modo de las religiones mistéricas de la Antigüedad, con algunas de las cuales afirma entroncar. Significativamente, sus miembros se proclaman «hijos de la luz». Su organización es jerárquica, con 33 grados (hay variaciones), que miden la progresiva iluminación del adepto en los misterios y privilegios de la orden e incluyen títulos peculiares como «Sublime y valiente príncipe del Gran Secreto», «Sublime caballero elegido», «Maestro secreto», «Príncipe de Jerusalén», «Secretario íntimo», «Hermano terrible», etc. La iniciación comienza con un juramento prometiendo guardar los secretos masónicos, acompañado de truculentas amenazas en caso contrario. El secreto va aumentando de grado en grado, y es cultivado casi obsesivamente, lo cual no impide ciertas actividades públicas. Se ha afirmado que «su secreto es no tener secreto», juego de palabras a su vez enmascarador.

Como religión iniciática, la masonería colide con el catolicismo, que desde su origen rechazó la idea de unas verdades profundas de fe reservadas a unos pocos e inasequibles al vulgo. De ahí que pronto el Vaticano condenara a la masonería como una grave desviación, percibiendo además el peligro de su secretismo, que permitía manipular y socavar a la Iglesia y a los gobiernos situando ocultamente en puestos clave a «hijos de la luz» que a su vez abriesen poder a sus cofrades. Ello no chocaba tanto,

empero, con la idea protestante de los predestinados a la salvación, reminiscente del concepto judío de «pueblo elegido» (Anderson afirmaba, gratuitamente, que en la Antigüedad todos los judíos habían sido masones). De ahí surgía la idea de que los elegidos se reconocieran entre sí, profundizaran en saberes particulares y actuaran de consuno. Por ello la masonería encontró poca dificultad en los países protestantes, y en el de origen, Inglaterra, ha estado siempre muy ligada a la casa real y a las empresas imperiales.

Tradicionalmente, el gnosticismo oponía el espíritu a la materia, viendo en esta el mal, como ocurría con los bogomiles o los cátaros; pero el gnosticismo masónico invierte los términos y tiende al materialismo. El ser humano ha sido definido como animal racional, animal moral, animal político, etc. pero la masonería lo entiende ante todo como «animal técnico», capaz de utilizar la naturaleza en su beneficio y de satisfacer así sus deseos y aspiraciones. Dios mismo es concebido al modo de un supertécnico, el «Gran Arquitecto». Se trata de una concepción esencial del hombre, presente también en el marxismo y diversas ideologías. Por el contrario, en el catolicismo y otras religiones aparece como un peligro esencial de la condición humana: la *hybris* de divinizar al ser humano, gracias a su razón y a su capacidad técnica.

Así en el mito griego, Prometeo, titán hijo de la tierra, crea al hombre con barro, o bien le traspasa la técnica (el fuego) y le enseña a menospreciar y burlarse de los dioses. Finalmente, Zeus lo castiga encadenándole a una roca y enviándole un águila que todos los días le devora el hígado. Suele verse en el titán a un benefactor de la humanidad, y en Zeus al tirano celoso de la capacidad humana, que lo castiga injustamente. Paul Diel ofrece, en *El simbolismo en la*

*mitología griega*, una interpretación más coherente y menos superficial. La técnica permite al hombre mejorar su situación material, pero es inútil para dar valor a su vida, valor o sentido en gran parte misterioso y vinculado a los dioses. Cuando esta limitación de la técnica es pasada por alto y el bienestar material se convierte en el fin obsesivo del ser humano, la vida se banaliza y genera mil conflictos, agravados por el poder técnico; pues los deseos suelen ser contradictorios en sí mismos, y opuestos entre unas personas y otras.

Además, la capacidad humana de previsión utilitaria solo alcanza a las consecuencias de sus actos a corto o medio plazo; lo cual refleja el mito hermanando a Prometeo, *el previsor*, con Epimeteo, *el que piensa tarde:* dos caras de la razón humana. La técnica y el bienestar material derivado, concebidos como fin esencial de la vida sin subordinarlos al espíritu, figurado en los dioses, se volverían fuente de males, simbolizada por la Caja de Pandora. La estéril roca a la que es encadenado Prometeo simboliza su propia elección exclusiva por los bienes terrestres, y la consiguiente trivialización de la vida. Al devorar el hígado del titán, el águila, enviada del espíritu clarividente que se alza sobre la tierra, figuraría el remordimiento por la pérdida de una vida más elevada. Dejo aquí la distinción entre materia y espíritu, que ha generado tanto debate, aunque un ejemplo algo tosco ayudaría a ello: desde el punto de vista material, un libro es una cantidad de papel y de tinta, con volumen, forma y masa medibles. Pero es también el continente de un mensaje o intención, expuesto en las complicadas disposiciones de la tinta, aunque estas por sí mismas no signifiquen nada. Cada unidad de libro material es única y el total cuantificable, pero el contenido no es medible. La *Divina comedia* es siempre una, aunque se presente en miles de ejemplares con

formas materiales diversas.

En el mito judío del Génesis el hombre, hecho de barro, tiende al barro, a la materia contra el espíritu, tendencia representada por la tentación de la serpiente, que se arrastra por el suelo: le promete que desobedeciendo a Dios se hará igual a este. La semejanza con el mito de Prometeo es clara. Lo que aquí importa es señalar el carácter prometeico de la religión masónica, una especie de mística de la técnica, en la que se esfuma la tensión y el conflicto psíquico entre el espíritu (la divinidad) y la materia, así como entre el bien y el mal. El hombre encuentra la plena satisfacción de la vida en la aplicación de la ciencia y la técnica en progreso indefinido. Ya no hay oposición entre Zeus y Prometeo, entre Dios y Lucifer («Portador de luz»). El Gran Arquitecto figura al mismo tiempo a uno y otro.

Todo ello opone frontalmente al cristianismo, especialmente su rama católica, a la masonería. Y no menos las afirmaciones universalistas de esta: según las *Constituciones* de Anderson, el masón debe *obligarse solo a la religión en la cual coinciden todos los hombres, dejando sus particulares opiniones a ellos mismos*. Es decir, la masonería recogería el fondo común a todas las religiones, quedando así por encima de ellas sin chocar con ninguna. De este modo aparentemente inocuo, el cristianismo se veía reducido a una «opinión» entre tantas, y progresivamente limitado al ámbito de la intimidad, permaneciendo solo, en un plano más general, la «religión de todos los hombres». Naturalmente, el catolicismo se afirmaba como universal con mayor razón que la masonería, pues los afanes universalistas de esta se contradecían flagrantemente con su realidad como sociedad iniciática y secreta.

Un objetivo de la masonería consistía en formar «hombres

buenos y verdaderos, de honor y honradez», en sus logias, centros de encuentro para forjar «una verdadera amistad entre personas que sin ellos permanecerían a perpetua distancia». Ciertamente, nadie podría mostrar desacuerdo con la bondad, el honor, la amistad o la honradez encomiados por la orden, pues son aspiraciones comunes a casi todos los seres humanos. Pero cabría disentir de la pretensión implícita de que alcanzar o culminar tales virtudes exija una iniciación en extraños misterios o que la «verdadera amistad» precise de una sociedad secreta. Por el contrario, al proceder de la «religión de todos los hombres», tales virtudes nacerían espontáneamente en la humanidad, y siendo las mismas predicadas por las religiones en general, la masonería resultaría superflua. Debe observarse, además, que la elaboración moral del catolicismo es harto más compleja, sutil y depurada que los tópicos masónicos, definidos por el pensador italiano Benedetto Croce como «abstractismo y simplismo».

* * *

La masonería es mencionada aquí no como causante principal de las revoluciones y otros movimientos, sino como una corriente significativa entre otras que marchaban en dirección similar durante el siglo XVIII. Y porque en sí misma expone sus profundas contradicciones. Generalmente los profundos cambios de entonces se analizan en clave política (la Revolución Francesa) o económica (la Revolución Industrial). Pero creo más fundamental interpretarlos como una ruptura con la tradición cristiana que había caracterizado a Europa desde un milenio y medio antes. Podría definirse la ruptura como la sustitución de la religión divinal cristiana por la prometeica, que hemos ejemplificado en la masonería. La transformación se apoyaba en los

asombrosos avances científicos y técnicos de aquel tiempo, pero debe entenderse que no fue completa ni desplazó en grado decisivo al cristianismo, que ha pervivido desde entonces, aun si ciertamente debilitado en su influencia política y de masas.

Tradicionalmente, la fe se depositaba en un Dios personal, creador del universo y constantemente presente en él, y en la idea del cielo (o el infierno) en un más allá donde se completase la justicia. Pero, especulando sobre los logros científico-técnicos, se abrió paso la idea de que era el hombre quien podía hacer su voluntad y modelar la naturaleza para alcanzar el cielo en la tierra. La imagen de la divinidad persistía como un «relojero», o «arquitecto» diseñador del universo, el cual, una vez construido, no exigía ulterior intervención divina: lo hacían en su lugar las leyes de la física, la química u otras que la mente humana iba descubriendo. Esta era la posición deísta, que no requería ninguna fe particular, solo cierta convicción racional. Desde ahí era fácil declarar prescindible a todo efecto práctico a aquel dios relojero o arquitecto. El astrónomo Laplace pudo jactarse de haber elaborado una explicación del universo, basándose en Newton, que hacía innecesaria la *hipótesis* de Dios.

Por eso o por un panteísmo como en Spinoza, la naturaleza desplazaba a Dios, lo cual cambiaba radicalmente el enfoque: Dios está sin duda por encima del hombre, pero la naturaleza no, pues el hombre puede conocerla y dominarla, convirtiéndose de ese modo en re-creador del universo. Los atributos divinos pasan así, casi inadvertidamente, de Dios al Hombre dotado del arma todopoderosa de la razón, que pone a su servicio a la ciega naturaleza. En la larga tensión entre razón y religión, la primera triunfaba por completo, culminando en el deísmo o

en el ateísmo. Quienes así pensaban solo podían conceder utilidad al cristianismo como medio para mantener sumiso al populacho: la fe popular, creía Voltaire, evitaba que la *canaille* diera rienda suelta a sus instintos y convirtiera la sociedad en una vorágine de crímenes. Concepción ya vista en Polibio.

Aquel optimismo no convencía al pensador escocés David Hume, que por medio de la razón socavó los fundamentos de la razón. Descontento con el deísmo, intentó demostrar la imposibilidad de la existencia de Dios: postuló que la religión nace del miedo y la ignorancia ante los hechos naturales. Como la ética aparecía como el principal efecto de la fe en Dios, como un dictado o ley natural de origen divino, propuso una nueva moral basada en la utilidad pública, el placer y la felicidad. El comercio, según era ya habitual, fundaba la riqueza, peana de la mayor felicidad social, y por tanto el grado más alto de moralidad. Sin embargo él mismo segó la raíz de sus tesis, que no partían del conocimiento empírico ni de la razón, sino de la «ciencia del hombre», del modo como nuestra mente maneja la experiencia: la razón no permite entender el mundo, pues uno de sus pilares, la causalidad, solo es un supuesto mental formado a partir de sucesiones de hechos y repeticiones, de las que la mente infiere arbitrariamente normas generales. Por ello, también la inducción, pilar del empirismo y de la ciencia, perdía solidez. Y lo mismo el «yo pensante» de Descartes: la idea del yo se forma con impresiones cambiantes y discontinuas, nada firmes

Según Hume, la razón solo permite relacionar medios y fines, pero no distinguir el bien y el mal de ellos, por lo que tampoco puede fundar la moral. Asimismo, no cabe deducir «lo que debe ser», la ética, de «lo que es», los hechos reales. La ciencia y la ética, carentes de fundamento racional, solo

podían nacer de un «instinto inexplicable», puesto por la naturaleza en nosotros. Las capacidades de la razón se difuminaban, oscureciendo el programa ilustrado de hallar mediante ella verdades seguras. Claro que la crítica de Hume es aplicable a sus propias conclusiones y propuestas, como la utilidad pública, el placer o la felicidad, dejándolas en una nebulosa. Conclusiones que, por lo demás, solo podían venir del uso de la razón y la inducción. Pese a someter la razón a tal castigo, suele valorarse la obra de Hume como un hito de la Ilustración.

Kant, considerado la cumbre de la filosofía del siglo XVIII y uno de los máximos pensadores de la historia, trató de establecer un orden general del pensamiento y su relación con la realidad, problema que venía de Descartes o, más lejos, de la polémica escolástica entre nominalismo y realismo. Contra Hume, Kant reivindicó la razón y la experiencia y al mismo tiempo marcó sus límites, para solventar problemas filosóficos arrastrados desde Grecia. La experiencia se nos presenta como un caos de datos (los *fenómenos*), que solo se transforman en conocimientos por la acción ordenadora de la razón o entendimiento sobre ellos, encuadrándolos en el tiempo y el espacio (condiciones a priori, es decir, ajenas a la experiencia), y en las categorías o conceptos primordiales de calidad, cantidad, relación, etc. Condiciones a priori y categorías pertenecen al sujeto, no al mundo exterior, pero son universales y necesarias, no arbitrarias.

A esta solución la llamó «idealismo transcendental»: idealismo porque no parte de la materia empírica, sino del sujeto; y transcendental, por su carácter general y necesario que transciende a la subjetividad. Los fenómenos son así «las cosas para nosotros», y por tanto un mundo de

apariencias no falsas, pero que presuponen algo detrás de ellas: las «cosas en sí» o *númenos*, inaccesibles a nuestra capacidad intelectiva. Al igual que Hume, descarta las pruebas de la existencia de Dios o del alma expuestas ya desde Grecia y por la escolástica, pues Dios y alma no son fenómenos sino númenos fuera del alcance de nuestra razón. Aun así, encuentra posible una «fe racional»: la ley moral en el interior de los hombres —que sí es fenoménica— no podría justificarse sin recurrir como postulados a Dios y la inmortalidad del alma, y así la contradicción interna de la expresión «fe racional» desaparece: es fe porque su objeto no puede conocerse, y es racional porque no parte de la revelación sino de una exigencia de la razón. De modo similar la ética, arbitraria en Hume, encuentra suelo en apariencia sólido: el deber o imperativo categórico por encima de la conveniencia, la utilidad o el placer.

La solución kantiana tampoco parecía muy robusta. Las leyes físicas sugerían un mundo ordenado sin intervención de un Creador más allá de su comienzo, pero con la vida humana el asunto se complicaba. Por mucho que, por analogía con la física, se supusiera una ley moral profunda común a los hombres, las leyes humanas eran cambiantes y a menudo contradictorias, nunca habían logrado impedir mil conflictos y guerras y, por justas que las creyeran unos, siempre parecerían injustas y dañinas a otros. Además, unas mismas leyes producían frutos distintos según el tiempo y lugares donde se aplicaran. Y descendiendo de lo social a lo particular, el destino de las personas estaba sujeto a mil azares e imprevistos, interpretables como una permanente intervención divina… o como prueba de la inexistencia de Dios, al menos de un Dios bondadoso, dadas las frecuentes desgracias de la vida (aunque ya decía Zeus en la *Odisea*: «Los mortales culpan a los dioses por todos sus males, y son

ellos los que se atraen infortunios con sus locuras»). Como fuere, afrontar males, injusticias y sucesos aciagos exige fe en una justa voluntad divina, o bien conduce a la desesperación. Otra salida típica, el nihilismo, promete al individuo modelarse libremente como mejor le plazca, pero es una libertad en el absurdo. Al llegar a tales alturas especulativas, la razón no acaba de encontrar un camino.

Otra causa por la que los principios éticos no podían fundarse en la razón radicaba en la libertad, sin la cual no puede concebirse la responsabilidad ni, por tanto, la moral. Pero la libertad quedaría abolida si la razón fuera capaz de alcanzar conclusiones únicas de valor general, que impondrían por su propio peso una conducta también única y general, al modo de una ley física. El hombre se volvería esclavo de la razón, y la libertad solo sería posible como una ilusión causada por la ignorancia o como una rebeldía caprichosa e irracional, digna de severa represión. Esta es, en realidad, la consecuencia de doctrinas como la masónica y en general las ilustradas, y fundaría las ideologías nacidas de la Ilustración, que condicionarían la historia europea posterior.

Los ideales éticos ilustrados proclamaban la bondad y virtudes similares a las cristianas, pero las reelaboraban con una diferencia crucial: el cristianismo enfoca la bondad como un esfuerzo consciente contra las inclinaciones malvadas presentes en el hombre, mientras que los ilustrados imaginaban un hombre bueno por naturaleza, aunque pervertido por la sociedad —razonamiento en círculo — o por la propia religión, que lo sumía en la ignorancia. Suprimiendo esa ignorancia y transformando la sociedad de raíz, el hombre recobraría su bondad intrínseca.

El mal, en definitiva, consistía en la ignorancia y era

subsanable por las prédicas de la razón, que de paso eliminaban la penosa noción de pecado y de culpa, propia de la moral cristiana. En la *Nueva Atlántida* de Bacon un sistema social racional y tecnicista excluía la ignorancia, por tanto el mal; por lo cual tampoco existía el bien. De hecho, el Hombre prometeico carece de moral, o más propiamente convierte la técnica y el dinero en el criterio de la moral. Muchos dirían que el conocimiento, la técnica o el dinero pueden emplearse de forma malvada, pero esa idea podía descartarse como una muestra más de ignorancia derivada de la fe tradicional. Ahora la bondad o maldad de las acciones quedaría definida por su rendimiento técnico y económico, dejando de lado *supersticiones* metafísicas e incuantificables.

Desde luego, la ignorancia es un mal, pero reducir a ella la consistencia de este implica atribuirse un conocimiento imposible: ninguna persona o grupo podría ni remotamente dominar la enorme y creciente masa del conocimiento humano, técnico o no; ni prever adónde llegará el conocimiento, o qué teorías tomadas por verdaderas en un momento dado quedarán luego descartadas por falsas o insuficientes. Etc.

Los problemas solo podían resolverse de un modo: divinizando al Hombre o a la Humanidad, en nombre de la cual hablaban y obraban los ilustrados. El Hombre era declarado todopoderoso, aunque fuera en proceso, y rodeado de divinidades auxiliares como la Razón, la Libertad, la Igualdad, el Progreso, el Pueblo, la Nación o la Ciencia. Abstracciones divinizadas, porque exigían una fe… no autorizada por la razón, por la ciencia o por la experiencia histórica; sin contar la dificultad de analizar racionalmente la libertad, la igualdad, etc. Desde entonces, la inmensa mayoría ha tomado tales abstracciones como «verdades de

fe»… si bien interpretadas de modos diversos y aun opuestos por diversas corrientes ideológicas.

Todo el discurso se contradecía desde el principio: los fundamentos de las nuevas doctrinas se asentaban en mitos. La masonería, que obraba en nombre de la Humanidad y la filantropía, la razón o la democracia, era una sociedad iniciática y secreta incompatible en su constitución con sus fines, y su apelación a las luces de la razón chocaba con sus barrocos rituales e iniciaciones, sus juramentos o sus relatos explicativos seudohistóricos. Los independentistas useños se declaraban «el pueblo» (*We, the people*), siendo en realidad una oligarquía; declaraban «verdades evidentes» hechos tan dudosos como que todos los hombres nacen libres e iguales; tras lo cual reservaban el derecho al voto a solo una parte de los blancos, los propietarios. En general, la nación y el pueblo se convertían en fuente de legitimidad para cualquier partido que se atribuyera sus intereses y representación en un plano inevitablemente metafísico… En suma, las nuevas doctrinas podían muy bien sufrir la crítica racional que ellas utilizaban contra el cristianismo. Crítica aún más demoledora, puesto que la religión reservaba un ámbito a la fe, solo parcialmente accesible a la razón, mientras que la razón rechazaba la posibilidad de tal ámbito.

Por tanto, el ejercicio de la razón podía devastar más completamente a la Razón y demás dioses, que a la divinidad cristiana. Parece que la fe es un producto natural de la condición humana, incierta, futuriza y angustiosa; pero los nuevos dioses resultaban mucho más vulnerables a la acción del análisis racional.

* * *

En el terreno político, la nueva religión inspiró un profundo desprecio por la historia anterior, en particular por

la que entonces se llamó «Edad Media», la «Edad Oscura», tan densamente católica. Los revolucionarios, en Usa como en Francia, tenían la convicción de estar inaugurando una época nueva en la historia, no ya de Europa o de Occidente, sino de la humanidad.

Rasgo clave de la nueva época era la modificación profunda y deliberada de la sociedad, que se venía gestando de forma inconsciente a lo largo de siglos. La vieja estructura social de *oratores*, *bellatores* y *laboratores* había surgido en la Edad de las Invasiones, y llaman la atención unas frases de Sièyes atacando a la nobleza como representante del elemento conquistador germánico (los francos) frente a la masa de la población de origen galo-romano, e invitando a los nobles a volverse a los bosques de Franconia. Ciertamente se trataba de una falsa oposición, por cuanto lo mismo las oligarquías aristocráticas que la población originaria se habían mezclado y cambiado con el tiempo; pero expresaba un hecho originario.

La sociedad creada en la Edad de Supervivencia, ruralizada en extremo, había evolucionado y se había complicado con el tiempo, pero persistía en líneas generales, con sus estamentos poco permeables entre sí y privilegios de la nobleza y el clero. Esta resistencia de las viejas estructuras (el Antiguo Régimen) venía siendo corroída por el aumento de la población, y sobre todo de las ciudades. Las estimaciones demográficas registran épocas de crecimiento y de disminución, estas debidas a las pestes. Se calculan 60 millones de europeos (otros los suben a más de 90 millones) a finales del siglo XV, duplicándose en 120 o 180 a finales del de la Ilustración. Francia habría pasado de 17 a 27, Alemania de 12 a 24, Inglaterra habría triplicado los suyos, hasta 11-12 millones. España habría pasado de 6 a 10, Italia de 10 a 18. El

caso de Rusia es aparte, porque habría saltado de 6 a 36 millones, debido a su expansión territorial.

El crecimiento urbano fue más decisivo. La mayoría de las ciudades procedía de las de tiempos de Roma o de la Edad de Asentamiento, y casi todas las de más de 20.000 habitantes existían ya a finales del siglo XIII. A principios de la Edad de Expansión, el país más urbanizado era Italia, donde Venecia, Milán o Nápoles superaban los 100.000 habitantes; pero empezaba su decadencia. Desde mediados del XVI, es la fachada atlántica, son los Países Bajos y el norte y noroeste de Europa quienes toman el relevo: Amberes, Rotterdam, Londres, París, Sevilla, Lisboa… Hacia 1800, París era ya una gran urbe de 750.000 habitantes y Londres la superaba en más de cien mil. Bastantes otras, como Ámsterdam, Viena, Berlín o Madrid superaban o se acercaban a los 200.000. En España, Sevilla y Barcelona alcanzaban los 100.000. La urbanización se aceleraría en el siglo siguiente, con la Revolución Industrial. Pero no era Europa el continente con ciudades más pobladas, pues bastantes en Asia, sobre todo en China e India, superaban sus cifras más altas, y Constantinopla/Estambul pasaba del medio millón. Sin embargo el efecto político de la urbanización fue más profundo en Europa.

Las ciudades, incentivadas por el comercio, la artesanía, más tarde las manufacturas, corroían por sí mismas a la sociedad estamental, pues facilitaban la mezcla de gentes y familias por el poder del dinero, y desafiaban la autoridad de la vieja oligarquía. Los reyes se aliaron a menudo con ellas frente a los nobles, lo que originó las Cortes de León, imitadas en los demás reinos hispanos o Inglaterra, en esta con más constancia, y contaron entre las fuentes inspiradoras de la Constitución de Usa, influyente a su vez

en la Declaración francesa. Aquellas Cortes ya establecían derechos fundamentales como la propiedad privada, la inviolabilidad del domicilio y el correo, garantías judiciales incluso frente al monarca, y obligación de este de contar con ellas para declarar la guerra o recaudar impuestos. Aparte del clero y los nobles, estaban representados en ellas los burgueses, es decir, las oligarquías urbanas, pues la masa de los habitantes y por supuesto los campesinos, carecían de representación real, como seguiría ocurriendo en los parlamentos hasta las revoluciones mencionadas y aun después. La democracia, entendida como representación mediante el sufragio universal, tardará muchos decenios en implantarse, no predominando en Europa hasta el siglo XX.

Ello no quiere decir que antes el pueblo llano estuviera sometido a un continuo despotismo (aunque en algunas zonas la opresión y los «malos usos» eran lo normal); incluso los siervos de la gleba tenían algunos derechos, y se cumplían más o menos por la costumbre o la moral religiosa. Pero lo importante de aquellos acuerdos de las Cortes es que limitaban claramente la posibilidad de la oligarquía y del monarca de actuar con arbitrariedad, defendían al individuo e implicaban cierta participación en el poder por parte de un estamento distinto de la nobleza y el clero (y del campesinado).

La idea implícita en el Antiguo Régimen atribuía al clero y a los nobles entendimiento, conocimientos y responsabilidad superiores a los del pueblo llano, por lo que debían dirigir a este. Pero el progreso de la urbanización había ido formando una capa cada vez más numerosa de personas cultas e inteligentes, a menudo de posición económica desahogada o adinerada, con tareas y cargos socialmente relevantes; y descontentas con los privilegios de las viejas oligarquías

tradicionales. Llegado un momento, esas capas reivindicaron derechos e igualdad ante la ley y recurrieron al pueblo llano para acabar con el Antiguo Régimen. Las dos grandes revoluciones del siglo XVIII culminaron, por tanto, un proceso muy complejo y largo.

La Declaración de Derechos de Virginia afirmaba que todos los hombres eran libres e independientes por naturaleza, con derechos inherentes al disfrute de la vida y de la libertad, a la adquisición de propiedad y la búsqueda y obtención de felicidad y seguridad; que todo el poder procede del pueblo, siendo los magistrados sirvientes y responsables ante él, pudiendo la mayoría de la comunidad reformar o derrocar un gobierno si juzgaba que no cumplía su misión; que las elecciones debían ser frecuentes, regulares y auténticas, con libertad de prensa y religión; todos los ciudadanos eran iguales ante la ley, sin privilegios ni derechos políticos hereditarios. Y con derecho a un juicio con todo tipo de garantías etc. Este texto se considera la primera declaración de derechos humanos e inspiración de la francesa.

Claro que si todos los hombres eran libres e iguales, etc., ¿cómo es que en la sociedad siempre había habido desigualdades y diferentes grados de libertad, desde la esclavitud al privilegio? Y si eran independientes, ¿cómo es que dependían tan profundamente de la sociedad para su subsistencia, ideas, idioma y tantas cosas más que le venían dadas y le condicionaban? La Declaración no expresa en modo alguno una realidad histórica y social, sino un deseo que, desde luego, no se cumpliría nunca. La realidad es que la capacidad y habilidad para obtener riqueza crearía nuevas oligarquías, y la idea de los políticos como meros sirvientes «del pueblo» nunca funcionaría, dada la heterogeneidad y

mutabilidad de ideas e intereses en él. No obstante, la sustitución de la herencia y el privilegio ancestral por la propiedad y el dinero para la formación de oligarquías otorgaría a la sociedad useña un dinamismo excepcional.

La Declaración parecía implicar una democracia, pero los Padres Fundadores de Usa no la tenían en mente. Al revés, oponían la libertad a la democracia, considerando que esta daría el poder a los elementos más irresponsables y atrasados. Por supuesto, aunque los hombres fueran «libres e iguales», no se pensaba en todos, sino en los propietarios. Incluso Jefferson insistía en que el sufragio no podía extenderse a los iletrados. Cambiar esa actitud exigiría un proceso de décadas, lleno de protestas y amenazas. La Constitución no tenía en cuenta solo el peligro de despotismo, estableciendo equilibrios de poder, sino también el peligro del populacho. John Adams defendió un Parlamento bicameral (Senado y Congreso), por pensar que una sola cámara caería en «todos los vicios, locuras y flaquezas» de los individuos.

En Francia la ruptura con el pasado fue más consecuente. Nobleza y clero fueron vituperados como opresores absolutos, parásitos de la nación, del pueblo, sin rehuir «calumnias enormes, con tal potencia que perviven todavía», en palabras del historiador conservador Pierre Gaxotte. Desde luego, los intelectuales ilustrados vueltos revolucionarios despreciaban al pueblo bajo, la *canaille*, pero entendieron la conveniencia de recurrir a él contra el Antiguo Régimen. Su esfuerzo consistía en atacar las ideas y principios políticos que habían sustentado las sociedades europeas hasta entonces y, efectivamente, los mismos se tambaleaban. Paradójicamente, el propio cristianismo les ayudaba con sus prédicas de igualdad, compasión, etc., que ya en el pasado habían inspirado numerosas revueltas.

Aquellas prédicas, extendidas a la política, dificultaban la defensa de las oligarquías. Ya Lutero había experimentado esa dificultad y reaccionado contra ella con máxima energía cuando la rebelión campesina; pero ahora los poderosos dudaban de su propia legitimidad: Gran parte de los clérigos, empezando por Sièyes, votaron la abolición del poder eclesiástico, y numerosos aristócratas, empezando por La Fayette, empujaron la revolución.

Consecuencia de las nuevas doctrinas fue una descalificación radical del pasado, tachado de oscurantista, supersticioso, miserable en todos los aspectos, dominado por repugnantes tiranos. Ello explica la furia con que la revolución atacó el legado de la historia, mucho más allá de cambios políticos mayores o menores: la destrucción de la abadía de Cluny, uno de los lugares más emblemáticos de la cultura europea, entre tantos otros estragos, revela perfectamente esa actitud. Al respecto caben dos observaciones: la experiencia del Terror y otras acciones brutales debilitaron su impulso durante el siglo XIX, sin por ello impedir nuevos intentos revolucionarios. Pero la pulsión por arrasar la herencia cultural para construir algo completamente nuevo resurgiría en el siglo XX. Y en ninguno de los dos casos borrarían del mapa a la Iglesia ni, más en general, la herencia cristiana, aunque les infligieran graves derrotas. En cuanto a la Revolución Americana, mantuvo abiertamente la herencia cristiana, y sus derivas, también en parte prometeicas, fueron de otro tipo.

# 28

# Guerras napoleónicas y caída del imperio español

Con la Revolución Industrial, económica, y la Revolución Francesa, política, Europa entra en su Edad de Apogeo, con Inglaterra como potencia hegemónica. La superioridad técnica dotó al continente (en primer lugar a Inglaterra) de superioridad militar y económica imbatible por cualquier estado no europeo. Y la Revolución Francesa dará la pauta a movimientos políticos de tipo prometeico que marcarán el siglo XIX y el XX en Europa y gran parte del mundo. Por otra parte, la ciencia avanzará a velocidad nunca vista, dando lugar a visiones inesperadas del mundo y del hombre mismo. La nueva edad durará ciento cincuenta años, hasta el fin de la II Guerra Mundial. La edad anterior, que hemos llamado de Expansión, habría durado aproximadamente el doble, con hegemonía española y luego holandesa-francesa-inglesa en disputa. La fecha del cambio a la nueva edad puede fijarse en 1789, por la Revolución Francesa, pues la industrial no ofrece fechas precisas.

Antes de liquidar la revolución, Napoleón Bonaparte la había extendido por Italia y apresado al papa Pío VI, fallecido al poco en cautiverio. En 1798 atacó el Egipto otomano para enlazar con los indios que resistían a los ingleses, pero Nelson destrozó su armada. Aislado, avanzó hacia Siria, fracasando después de perpetrar matanzas de prisioneros y civiles. Por fin abandonó a sus tropas y volvió

ocultamente a Francia, derrocó al Directorio el 18 brumario (9 de noviembre) de 1799, y se hizo nombrar primer cónsul. Autócrata de hecho, reorganizó la Administración y la economía, trató mejor al Papado, haciendo de él un auxiliar político, y ordenó un código civil que recogía parte de las medidas revolucionarias, aboliendo los privilegios, consagrando las libertades, la propiedad privada, la igualdad ante la ley y el orden público.

Una primera paz con Inglaterra le permitió planear un imperio en el norte de América, por lo que exigió a España la devolución de Luisiana, en 1801. La hostilidad con Londres se reanudó, y ante el corte de la comunicación por mar, vendió la enorme región a Usa por un precio irrisorio en 1803. Así Usa volvió a duplicar su territorio.

España, tras fracasar en sus ataques a la revolución, había pasado a aliarse con Francia. Entonces los ingleses paralizaron el tráfico con Hispanoamérica, vencieron a la flota española y volvieron a intentar adueñarse de su imperio. Tomaron la isla de Trinidad, en Venezuela, pero fueron rechazados en Cádiz, Puerto Rico y Tenerife (esta, en 1797, fue la única derrota de Nelson, entre cuyas pérdidas estuvo su brazo derecho).

Ambicioso sin límites, Napoleón se coronó a sí mismo emperador en Notre Dame de París, el 2 de diciembre de 1804, con el papa Pío VII en papel de comparsa. Un acto de máximo simbolismo: la Revolución había tratado de borrar el pasado, ahora Napoleón se erigía en nuevo Carlomagno, con intención de crear un imperio europeo satélite de una Francia engrandecida desde Hamburgo al río Ebro y a Roma, con hermanos o próximos a Napoleón como reyes de países conquistados. Reproducía asimismo el paso de la convulsa república romana al principado de Augusto. El mayor

obstáculo a sus planes era el dominio del mar por Inglaterra, que permitía a esta golpear aquí y allá, bloquear el comercio francés y dar estímulo y apoyo financiero a Austria, Prusia y Rusia, enemigas de Francia. Napoleón pensó en invadir Inglaterra, para lo cual debía destruir su superioridad naval. Lo intentó con una flota combinada francoespañola, pero la misma fue derrotada por Nelson en Trafalgar, en octubre de 1805. Francia se resarció del golpe con la resonante victoria de Austerlitz, pocos meses después, sobre los ejércitos austríaco y prusiano. Esa y otras victorias permitieron a Napoleón, en 1806, hacer la paz con el zar Alejandro I para repartir Europa entre los dos.

Frente al bloqueo inglés, el emperador ideó un contrabloqueo, obligando al continente a cerrar sus puertos al comercio con Inglaterra. Provocó así graves problemas económicos a su enemiga, pero también enojo en países que deseaban mercancías inglesas. Para forzar a Portugal a sumarse al contrabloqueo, impuso a Madrid una nueva alianza y la invasión de Portugal en 1807; y con ese pretexto ocupó disimuladamente España. El rey español Carlos IV y su hijo, futuro Fernando VII fueron llevados a Francia y obligados a renunciar a sus derechos, instalándose José, hermano de Napoleón, como nuevo rey. Al igual que otros políticos europeos, Bonaparte creía que España, decaída y sin fibra moral, estaba madura para ser sometida y desmembrada, y la cobardía de la casa real se lo corroboraba.

Pero el 2 de mayo de 1808 un motín popular en Madrid encendió la resistencia. Dos meses después el ejército español venció al francés en Bailén, causando conmoción en toda Europa y reanimando la oposición a Bonaparte en otros países. Y surgieron guerrillas que convirtieron a España en un «infierno» para los franceses.

La noticia de la sublevación de Madrid llegó a Londres cuando estaba a punto una expedición, al mando de Arthur Wellesley, futuro duque de Wellington, para insistir en sus ataques a Hispanoamérica. En 1806 y 1807, los ingleses habían vuelto a la carga en Buenos Aires y Montevideo, donde fueron vencidos y expulsados. Por tanto, la expedición se desvió a la península para combatir a los franceses en alianza con la resistencia española. Después de algunos éxitos, el mando recayó en John Moore, cuya tropa acosada por los franceses hubo de reembarcar penosamente por La Coruña. Wellesley volvió a España, pero tras una batalla inconcluyente en Talavera (julio de 1809) prefirió parapetarse en Lisboa detrás de una fuerte línea defensiva, en espera de tiempos mejores. Los franceses aplastaban resistencias como las de Zaragoza o Gerona, en las que de paso se desacreditaban, pero no lograban controlar el país, cuyo ejército, repetidamente derrotado, no se rendía, mientras las guerrillas aguijoneaban sin tregua a los invasores. En 1810, España era el único país continental que resistía, obligando a Napoleón a concentrar en él a 300.000 soldados, muchos más que en el resto de Europa.

En 1812 todo cambiaría. El zar Alejandro, necesitado de productos ingleses, quería romper el bloqueo y ocupar parte de Polonia, y creía que Prusia estaba a punto de alzarse contra Francia. El francés y el ruso se preparaban para atacarse, rompiendo el acuerdo anterior. Alejandro admitió que sufrirían derrotas, pero recordó al embajador francés que España resistía a pesar de ellas. La advertencia se cumpliría. Napoleón invadió Rusia el 24 de junio de 1812 con un ejército multinacional de 650.000 hombres, 450.000 de ellos franceses. Tras la muy sangrienta batalla de Borodinó, entró en Moscú a mediados de septiembre, para encontrarse con la ciudad en llamas y sus tropas privadas de cobijo y

suministros ante los próximos fríos. Un mes más tarde ordenó la retirada quizá más desastrosa de la historia, bajo las guerrillas, el frío, el fango y la nieve. A finales de noviembre, de los franceses volvían menos de la décima parte.

Fue el fin. Rusia, Prusia, Austria, Suecia y varios estados alemanes se concertaron contra Francia. Forzado a retirar contingentes de España para formar un nuevo ejército, Napoleón era vencido decisivamente en Leipzig, en octubre de 1813. Wellesley, nombrado jefe también de las tropas españolas y portuguesas, aprovechó la campaña de Rusia para salir de su refugio en Lisboa y emprender ofensivas, esta vez triunfantes.

Napoleón, confinado en la isla de Elba, se evadió en febrero de 1815 y volvió a tomar el poder. Su nueva aventura terminaría en junio en Waterloo, derrotado por fuerzas inglesas, holandesas y alemanas mandadas por Wellington, y prusianas por Blücher.

Las guerras napoleónicas movilizaron ejércitos absolutamente sin precedentes, de cientos de miles y más de un millón de soldados. También en ese aspecto eran guerras revolucionarias. Las bajas mortales militares pudieron ascender a los cinco millones, más otros posibles dos millones de civiles, cifras nunca antes vistas en la historia europea, salvo que se combinaran con grandes epidemias. La derrota francesa se decidió en Rusia, la tenaz acción inglesa también desempeñó un papel crucial, y según el propio emperador, «la maldita guerra de España fue la causa primera de todas las desgracias de Francia. Todas las circunstancias de mis desastres se relacionan con este nudo fatal».

Pese a su total falta de escrúpulos con la vida humana,

Napoleón despertó adhesión ferviente en Francia y en otros países, y su aventura vital ha suscitado verdadera fascinación entre numerosos intelectuales y pueblo común. Fue capaz de derrotar a sucesivas coaliciones de potencias tales como Austria, Rusia, Prusia y otros, y mantener a raya a Inglaterra, lo que, al margen del coste humano, hace de él una figura máxima del tipo de héroe y príncipe definido en el Renacimiento. Como general se parece más a Aníbal que a Escipión, y su atractivo procede de una combinación de ideales sugestivos, ambición visionaria con pocos precedentes históricos, y energía demoníaca en la persecución de ellos; incluso su derrota final lo convertía en una personalidad romántica. Y plantea el problema de la relación entre el líder y la multitud, entre la personalidad destacada y las fuerzas sociales impersonales, entre los fines y los medios, entre la gloria y la sangre…

* * *

Para España, la invasión napoleónica fue una catástrofe radical, que iba a condicionar su historia durante más de un siglo. Desde el final de la Reconquista, y excepto la de Sucesión, ninguna guerra importante se había librado en el interior del país, que se había salvado de contiendas religiosas y civiles y de grandes invasiones mucho mejor que la mayoría de los países europeos. Pero esta costó cientos de miles de muertos, una brutal destrucción de recursos económicos y de un inmenso tesoro histórico-artístico; y pese al heroísmo desplegado, su inanidad diplomática le impidió obtener cualquier ganancia en el Congreso de Viena, que aspiraba a recomponer el continente después de tantas convulsiones, mientras que el representante francés, Talleyrand, logró para la vencida Francia un trato muy favorable. Además, la guerra causó una división política

extrema entre los españoles, que abonaría varias guerras civiles, así como la destrucción del Imperio español, que había abierto la Edad de Expansión europea: primer imperio transoceánico del mundo, el europeo más antiguo y por entonces el más extenso

Una vez pasada la breve alianza con España, Inglaterra volvió a su vieja aspiración a dominar Hispanoamérica. Fracasada reiteradamente por la fuerza, encontró mejor método financiando a los independentistas que allí surgían. Un agente de Londres, el venezolano Francisco Miranda, que había servido en el ejército useño y en el francés revolucionario, concibió la idea de unir a toda Hispanoamérica y Brasil en un imperio hereditario bautizado la Gran Colombia, gobernado por un «inca», con instituciones más bien liberales. También pensó en una república. Para difundir la idea creó en Londres, en 1798, la Logia de los Caballeros Racionales, sociedad secreta de inspiración masónica. En 1806 reclutó mercenarios en los barrios bajos de Nueva York y con apoyo inglés intentó sublevar a los venezolanos, pero no encontró ambiente. Dos años después volvió a intentarlo en vano.

La invasión francesa creó también una situación peculiar en Hispanoamérica, donde se formaron juntas que rechazaron al rey impuesto por Francia y mantuvieron fidelidad a Fernando VII, a quien suponían secuestrado por Napoleón. Miranda y otro criollo independentista, Simón Bolívar, trataron de desviar aquellas juntas hacia la secesión, aprovechando la invasión francesa en España. Bolívar había jurado dedicar su vida a «romper las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español».

En 1810 comenzaron las declaraciones de secesión: en Buenos Aires, Chile, Bogotá, Cartagena de Indias, la del cura

Manuel Hidalgo en Méjico… Eran movimientos confusos y sin calor popular, pero el momento estaba bien elegido, cuando la metrópoli se hallaba imposibilitada de enviar tropas a América. Por tanto, la resistencia a los independentistas solo podía venir de los propios americanos, como así ocurrió. Incluso cuando España pudo intervenir, cinco años más tarde, la mayoría de sus tropas serían asimismo americanas, dando a la lucha un marcado aire de guerra civil.

La lucha duró catorce años, en tres etapas: hasta 1815, España apenas pudo enviar refuerzos; desde esa fecha, la derrota napoleónica permitió el envío de tropas; y desde 1819, los independentistas fueron ganando posiciones hasta su victoria final en 1824. En la primera etapa, los secesionistas chocaron con las tropas virreinales y las poblaciones, mayoritariamente proespañolas. En Méjico el levantamiento fue fácilmente vencido e Hidalgo ejecutado como traidor. Tomó el relevo otro clérigo, Morelos, que resistió hasta 1815, siendo a su vez fusilado. Buenos Aires quedó de hecho independiente: en 1806 y 1807 sus milicias habían vencido a los ingleses sin ayuda de España y la población sentía confianza en sí misma. La rebelión chilena, dirigida por Bernardo O'Higgins, fue contraatacada por las fuerzas virreinales.

Más complicada resultó la situación en Venezuela, donde en 1811 se proclamó la república independiente y Miranda llegó a Caracas con Bolívar. Hubo alzamientos proespañoles, incluido uno de esclavos negros. Miranda y Bolívar fueron rechazados. Miranda esperaba en La Guaira un barco inglés para escapar, y Bolívar, para salvar la piel, lo entregó a los españoles después de apresarlo mientras dormía (el desdichado gritaba: «¡Bochinche! ¡Bochinche! ¡Esta gente no es capaz sino de bochinche!»). Miranda fue trasladado a una

prisión de Cádiz, donde fallecería cuatro años después, y Bolívar recibió un pasaporte y la gratitud ingenua del defensor del orden, Monteverde, que solo disponía de 230 soldados, pero fuerte apoyo popular. Sin embargo Bolívar volvió a la carga, y para combatir el débil fervor independentista del pueblo y abrir un foso entre los españoles y los demás, decretó en 1813 una guerra de exterminio. Todos los españoles, aun si permanecían neutrales, serían pasados por las armas, salvo que se unieran a la rebelión. Para ahorrar munición, las víctimas serían a menudo acuchilladas.

Bolívar entró de nuevo en Caracas, en octubre, y proclamó la segunda república. La contienda tomó un tinte racial al rebelarse contra ella «los pardos», mestizos y mulatos llaneros, acaudillados por el asturiano José Boves, que devolvió a Bolívar su consigna de «guerra a muerte» y lo obligó a huir a Jamaica en 1814. Ese año terminaba la guerra en España; la rebelión de Morelos y la de Chile periclitaban, pero se asentaba la de Buenos Aires al mando de José de San Martín, militar del ejército español que formó un ejército en regla. En el resto de América solo quedaban dos o tres núcleos insurgentes.

En 1815 España envió por fin una expedición que terminó con los últimos reductos de Venezuela. Dos años más tarde, el tenaz Bolívar reiniciaba la acción, para ser de nuevo acorralado. En tal aprieto, recibió la ayuda de unos miles de soldados y oficiales ingleses. Entre tanto, San Martín había cruzado los Andes y vencido a los proespañoles, mientras O'Higgins imponía un despotismo militar ante las querellas entre los rebeldes, y un audaz marino de la armada británica, Cochrane, luchaba a sus órdenes contra España. El Cono Sur estaba, pues, independizado. Bolívar cruzó a su vez los Andes y derrotó a los proespañoles en Boyacá, gracias a los

ingleses, según admitió.

Aprovechando estas guerras, Usa invadió las dos Floridas so pretexto de castigar a los indios seminolas, que acogían a esclavos useños. Después de ocupadas, ofreció comprarlas en 1819, y Fernando VII aceptó, imposibilitado de defenderlas. A continuación, los seminolas fueron exterminados. La Doctrina de Monroe, emitida en 1823, entrañaba la decisión useña de predominar en toda América.

En 1820 se preparó en España una nueva expedición, más numerosa, pero el coronel Riego, masón como los jefes independentistas, la saboteó sublevándose en Andalucía. Este golpe decidió prácticamente la contienda. El general Pablo Morillo, que defendía a España en Venezuela, recibió la orden de pactar con Bolívar, una actitud derrotista. En Méjico, el general Itúrbide, absolutista y contrario a los rebeldes, se pasó a ellos en 1821, disgustado por el sesgo liberal que tomaba el gobierno en España; algo después se proclamó emperador. En julio de 1822, San Martín y Bolívar confluyeron en Guayaquil. Bolívar definió a San Martín y a sí mismo como los hombres más grandes de Suramérica. Finalmente, los independentistas se impusieron en la batalla de Ayacucho, un desenlace que se sospechó preparado por connivencias masónicas. La independencia quedó entonces consumada.

A España le quedaban las islas de Cuba y Puerto Rico, así como las Filipinas y otros archipiélagos del Pacífico, pero la pérdida de su imperio y de la flota y el agotamiento por la guerra napoleónica la habían reducido a potencia de segundo o tercer orden en Europa.

* * *

Las rebeliones fueron dirigidas por criollos, esto es, blancos de origen español con ideas de la Ilustración

francesa (Rousseau especialmente); en general, los indios, mulatos y negros apoyaron a España. La mayoría de las batallas fueron poco cruentas, y el mayor número de víctimas se produjo seguramente en matanzas de civiles y prisioneros, estimuladas por Bolívar. Todavía en 1822, el general Sucre masacró a la desafecta población colombiana de Pasto («ciudad infame y criminal que será reducida a cenizas») dejando 400 muertos, mujeres y niños incluidos. Hubo también matanzas de indios proespañoles, y las revueltas de Hidalgo y Morelos cometieron atrocidades. En general, los españoles observaron una conducta más moderada, sin excluir actos brutales, los principales cometidos por los llaneros de Boves.

Rasgo significativo fue el odio frenético a España cultivado por los independentistas. Bolívar afirmaba a un inglés: «El objetivo de España es aniquilar al Nuevo Mundo y hacer desaparecer a sus habitantes para que no quede ningún vestigio de civilización (…). Y Europa no encuentre aquí más que un desierto (…). Perversas miras de una nación inhumana y decrépita». El imperio constituía «la tiranía más cruel jamás infligida a la humanidad», que había «convertido la región más hermosa del mundo en un vasto y odioso imperio de crueldad y saqueo». Llamó a «destruir en Venezuela la raza maldita de los españoles (…). Ni uno solo debe quedar vivo». Panegiristas de Bolívar siguen tomando esa guerra a muerte por «su mayor timbre de gloria». Otro líder, Santander, ordenó asesinar a treinta y seis oficiales españoles previamente indultados por Bolívar: «Me complace particularmente matar a todos los godos» (españoles), explicó. Un presente que le recordó el indulto fue también fusilado sobre el terreno. Campo Elías, lugarteniente de Bolívar y nacido en España, declaró: «La raza maldita de los españoles debe desaparecer. Después de

matarlos a todos, me degollaría yo mismo, para no dejar vestigio de esa raza». Era la herencia de Las Casas y de la Ilustración francesa. Dado que todos ellos eran españoles de «raza», el asunto resulta grotesco.

No menos grotesca era la pretensión de heredar la América precolonial. El poeta José Joaquín Olmedo, llamado por los suyos nada menos que «el Homero americano», califica a los españoles, sus progenitores, de «estúpidos, viciosos, feroces, por fin supersticiosos», y caracteriza a los independentistas como herederos legítimos de los incas. Los criollos solían explotar a los indios, los cuales no se llamaron a engaño, y rara vez apoyaron a sus sedicentes libertadores. Una vez independientes, los criollos de Méjico les arrebataron las amplias tierras que les había garantizado la corona, y en Argentina, como en Usa, los exterminaron deliberadamente, lo que nunca se había hecho antes. El chileno Francisco Bilbao, autor de nada menos que *El Evangelio americano,* que sirvió de texto escolar, resumió: «El progreso de América consiste en desespañolizarse». El argentino Domingo Sarmiento y otros lamentaban no haber sido colonizada América por daneses o belgas, con lo cual ellos mismos no habrían llegado a existir. Se celebraba la pronta dispersión del idioma en dialectos y lenguas nuevas, al modo del latín. Con ironía involuntaria, Bolívar declamó en su discurso de Angostura en 1819: «Uncido el pueblo americano (por España) al triple yugo de la ignorancia, de la tiranía y del vicio, no hemos podido adquirir ni saber, ni poder, ni virtud».

Aquellas retóricas no dejarían de tener costes. El plan megalómano de unir al continente hispano en una «Gran Colombia» naufragó entre numerosas nuevas naciones poco fraternas entre sí, más una ristra de luchas civiles y golpes de Estado (algo no disímil ocurriría en la ex metrópoli).

Bolívar escribirá: «No confío en el sentido moral de mis compatriotas», y a Santander: «No es sangre lo que fluye por nuestras venas, sino vicio mezclado con miedo y horror». Auguró «un tropel de tiranos» para los países *liberados*. Sarmiento, «el educador de Argentina», partidario de extinguir a indios y gauchos, lamentaría a los treinta años de independencia: «Vése tanta inconsciencia en las instituciones de los nuevos estados, tanto desorden, tan poca seguridad individual, tan limitado en unos y tan nulo en otros el progreso intelectual, material y moral de los pueblos, que los europeos (…) miran a la raza española condenada a consumirse en luchas intestinas, a mancharse con todo género de delitos y a ofrecer un país despoblado y exhausto como fácil presa a una nueva colonización europea».

Aunque la revolución useña fue una de las inspiraciones de aquellos movimientos, difícilmente podía haber más diferencias entre una y otros. Usa progresaría de modo consistente, confiada en sus propias fuerzas, hasta convertirse a finales de siglo en la primera potencia económica mundial. Los países hispanoamericanos —y la propia España—, en constante autodenigración, incapaces de acumular experiencia, bajo el «tropel de tiranos» vaticinado por Bolívar, no cesaron de sufrir bandazos, violencia política y corrupción envueltos en retórica pomposa, hasta achacar a Usa todos sus males. Hubo puntos más positivos, como la difusión de ideas democráticas, aboliciones de la esclavitud, o la ampliación de la enseñanza en varios países; se recuperó más tarde cierto sentido de la propia historia y origen, y el asolamiento moral y político no llegó a tanto como preveía Sarmiento. Pero los elementos negativos, tan fuertes hasta hoy, guardan acaso relación con el modo de independizarse.

Han dado pie a mucha discusión los factores y agentes

externos en la caída del Imperio hispanoamericano. Salvador de Madariaga, en *El auge y el ocaso del Imperio español en América*, menciona «tres cofradías, los judíos, los jesuitas y los francmasones» como enemigos principales de España, los dos primeros por haber sido expulsados del país y los terceros por una cuestión de principios. No obstante, los factores judío y jesuita parecen secundarios, y no así la política inglesa y la masonería. En las intrigas de Miranda, en las declaraciones de independencia, en la actividad de Bolívar, en la marcha de San Martín a Buenos Aires, en varias acciones bélicas, siempre hallamos en segundo plano al gobierno y a personajes británicos, y en menor medida useños. Y no puede ser casual la nutrida presencia masónica entre los dirigentes, así como en Riego y otros políticos españoles. En el ejército español proliferaron las logias, que pesarían notablemente en la historia hispana del siglo XIX. Eran un legado, francés en unos casos, inglés en otros, de la Guerra de Independencia.

* * *

El Imperio español había diferido en muchos aspectos de los construidos por otros países europeos. Si cabe hablar de un modelo fenicio o púnico, y un modelo romano, el español recuerda más al romano, mientras que el holandés, el inglés, el francés o el portugués, tienden al fenicio: enclaves comerciales, plantaciones o minas. Las colonias inglesas, holandesas, en especial, eran concebidas ante todo como fuentes de ingresos, y los aborígenes como mano de obra y consumidores de productos de la metrópoli. En el Imperio español, el comercio, aun siendo importante, no fue el eje principal, a veces exclusivo, como lo fue para Holanda, Inglaterra o Francia.

Suele darse importancia excesiva a las remesas de oro —

escasas— y sobre todo plata de América. Sin embargo, las mismas estaban sobradamente compensadas por los elementos de civilización aportados por la metrópoli: obras públicas y comunicaciones, escuelas y universidades, técnicas, diversidad alimentaria; ciudades como Méjico, Cartagena de Indias, Quito, Lima, Cuzco, Arequipa, etc., con élites cultas e inquietas, superaban bien a las modestas ciudades de Usa. Según observó el científico alemán Alexander von Humboldt: «Cada virreinato se gobierna, no como un patrimonio de la corona sino como una provincia particular y lejana de la metrópoli. En las colonias españolas se encuentran todas las instituciones cuyo conjunto constituye un gobierno europeo (...). La mayor parte de aquellas provincias (a las cuales no dan los españoles el nombre de colonias, sino de reinos) no envían caudal alguno neto a la tesorería general».

Solo en el siglo XVIII, por efecto de la Ilustración, se imitó el sistema inglés y francés: se extendieron las plantaciones especializadas, desaplicando diversas leyes de Indias y desalojando a indios y blancos de las tierras de realengo o de las reservadas a los indígenas. Los desalojados, obligados a trabajar en condiciones peores, protestaron a Madrid, pero aquí se protegía a los plantadores y grandes compañías. Un informe de dos marinos científicos, Antonio de Ulloa y Jorge Juan, daba cuenta de abusos, pésima situación de los indios despojados, baja moralidad del clero y enemistad entre criollos y europeos. El descontento propició una revuelta de criollos en Venezuela y otra de indios en Perú, hechos inéditos en los dos siglos anteriores. Aun con eso, el Imperio español ha sido uno de los más pacíficos de la historia, tradición rota desde la independencia.

Una segunda diferencia fue la mayor labor evangelizadora

de la historia, que haría del ámbito cultural hispanoamericano el más extenso y poblado del mundo católico. Las demás potencias colonizadoras prestaron mucha menos atención a la cristianización, unos por contrarios a ella, otros por una noción de superioridad racial o religiosa, o simplemente porque su interés era meramente práctico.

Relacionada con la anterior, también se diferenció el trato al indígena, legalizado desde el testamento de Isabel la Católica a la recopilación de la Leyes de Indias, ya mencionada. Los indios, súbditos de la corona, no podían ser esclavizados y retuvieron territorios para vivir de acuerdo con sus tradiciones. Muchos fueron sometidos a las encomiendas, institución más o menos feudal, diseñada para instruirlos y bautizarlos, pero que daban lugar a abusos. Se produjeron matanzas ocasionales y sobreexplotación, sobre todo al principio, pero tales hechos duraron poco, aunque la explotación, como vimos, aumentó con las grandes compañías y plantaciones.

En cuanto a la esclavitud, el comercio negrero desde África era de tal brutalidad que se estima que uno de cada tres esclavos perecía en el viaje. Algunos ilustrados, como Voltaire, Montesquieu o Hume defendieron aquel tráfico; otros, como Diderot o Adam Smith lo condenaron. Los españoles apenas participaron en ese comercio, pero lo aprovecharon, pese a que los papas lo condenaron reiteradamente. Se ha estimado que las colonias españolas del Caribe recibieron 1,6 millones de esclavos a lo largo de tres siglos, y en la misma zona 3,8 millones las colonias inglesas, francesas, holandesas y danesas, más pequeñas. Usa tenía 4 millones cuando la Guerra de Secesión. No obstante, un esclavo vivía mejor en las zonas españolas, donde podía manumitirse con cierta facilidad (en 1817 había

en Cuba 114.000 negros libres). Las colonias inglesas no permitían la manumisión o le imponían un precio prohibitivo. En las partes españolas los esclavos podían contraer matrimonio entre sí, recibir los demás sacramentos y descansar domingos y festivos. En las de otros países se prohibía bautizarlos, las parejas y sus hijos podían ser separados y vendidos, y los códigos autorizaban al amo a ejercer «fuerza ilimitada» sobre ellos, sin excluir la mutilación o el asesinato. El código francés era más benigno. No obstante, en el siglo XVIII surgió en Inglaterra y Usa una corriente religiosa de oposición al esclavismo, considerado un grave pecado, que logró su abolición en el siglo siguiente. La Francia revolucionaria también lo abolió, aunque Napoleón volvió a autorizarlo. Y España fue uno de los últimos países en prohibirla.

* * *

El odio de los independentistas a España tenía mucho de impostado, y reproducía el de los protestantes y franceses, que había originado la leyenda negra. El odio de estos tenía más lógica, porque España había sido el obstáculo principal a su expansión, de ahí que la presentasen como baluarte del oscurantismo y la opresión más sanguinaria, opuesta a las luces ilustradas, etc. Pero en realidad, durante el siglo XVIII España se había sumado a la Ilustración en la estela de Francia (el «afrancesamiento»), si bien distó de alcanzar los niveles especulativos y científicos de los tres o cuatro países punteros. El filósofo Julián Marías ha observado que, al menos, la Ilustración española evitó las exageraciones y extremismos que abocarían a la Revolución Francesa. En sus mejores tiempos, España había creado un espíritu original y fructífero, decaído luego, y daba la sensación de no sentirse muy cómoda en el traje francés. ¿Se debía la mediocridad

cultural en que cae el país a un insuficiente *afrancesamiento* o, por el contrario, al abandono de la tradición anterior y servilismo hacia las nuevas corrientes transpirenaicas? ¿Estaba agotado el espíritu que había creado el Siglo de Oro hispano, o podría retoñar de algún modo? Este dilema se ha concretado en tendencias tradicionalistas y casticistas por un lado, y «afrancesadas», «europeístas» o «modernizadoras» por otro. En el siglo XIX la influencia inglesa sustituiría a la francesa, con secuelas aún menos brillantes.

# 29

# Hegemonía inglesa y resurgimiento alemán

Veinte años de guerras revolucionarias y napoleónicas habían alterado el mapa político europeo, y aún más, como se vería, el ideológico. Para volver a la normalidad se reunió entre noviembre de 1814 y junio de 1815 el Congreso de Viena, auspiciado por uno de los estadistas más brillantes, el austríaco Metternich. El objetivo venía a ser una continuación de las paces de Westfalia y Utrecht, con pretensión de garantizar una paz permanente: restaurar las fronteras anteriores, así como el principio de no injerencia —vulnerado sin contemplaciones por el mesianismo revolucionario y bonapartista— y el equilibrio de poderes que la Francia republicana y napoleónica habían alterado hasta casi someter al resto del continente a su poder y concepción ideológica.

Se suponía que los desastres causados por aquellas guerras debían haber aleccionado a los europeos para detestar las ideas revolucionarias y permitir la vuelta de las aguas a su cauce. Sin embargo los cambios partían de la evolución ilustrada del siglo anterior, y habían sido demasiado profundos. En realidad, del Congreso salió otra Europa, con nuevas fronteras y aceptación de injerencias e invasiones, ahora no por parte de los revolucionarios, sino de las monarquías para salvaguardar el orden. El Sacro Imperio, tan importante en los avatares europeos durante

casi mil años, pasó a la historia en 1806, cuando su último emperador, Francisco II, derrotado por Napoleón, lo suprimió para evitar que Bonaparte se hiciera con el título, y pasó a llamarse solo emperador de Austria. Se creó una confederación alemana, dominada por Prusia, que se extendía por Renania, Westfalia y parte de Polonia. El Imperio austríaco abarcaba la parte sur de la confederación más, fuera de ella, Hungría, tierras eslavas e italianas. Holanda y Bélgica, algo mutiladas a favor de Prusia, formaban un nuevo estado para frenar el expansionismo francés. Italia quedaba dividida en siete estados, entre ellos los Pontificios, restaurados después de su abolición por los franceses. Irónicamente, habían sido los antepasados francos Pipino el Breve y Carlomagno quienes los habían creado un milenio antes. Francia mantenía básicamente sus fronteras anteriores y las bases de su fuerza. Al margen de Viena, Noruega pasó del dominio danés al sueco, por presión inglesa y tras una breve guerra sueco-noruega. Rusia, que se consideraba libertadora de Europa y en cierto modo lo era, retenía Finlandia y gran parte de Polonia.

Quedaban así cinco grandes potencias, Rusia, Prusia, Austria, Francia e Inglaterra, transformada en Reino Unido por inclusión —mal aceptada— de Irlanda, rodeadas de países venidos a menos. Rusia, Prusia y Austria formaron una *Santa Alianza* comprometida a garantizar la paz bajo los preceptos cristianos y reivindicando un derecho de intervención contra nuevas revoluciones. Los tres países citados, más Inglaterra, formaron la *Cuádruple Alianza* para vigilar a Francia —«la caverna de donde sopla el viento de la muerte sobre el cuerpo social», según Metternich— y mantener la paz. Estos arreglos guardaban semillas de nuevos conflictos graves, pero tratadistas actuales como Henry Kissinger los estiman modélicos, por haber fundado

la paz europea más duradera hasta la guerra de 1914. Sin embargo no ocurrió del todo así.

Un efecto de la revolución fue el nacionalismo, la doctrina democrática que negaba la soberanía a un monarca o grupo social y la desplazaba a la nación, «al pueblo». Hasta entonces habían existido la Europa de las naciones y la Europa de los imperios, pero ahora se volvía imparable la presión para derruir los imperios convirtiendo en nuevas naciones a sus diversas comunidades culturales. Tanto el Imperio otomano como el austríaco, (austrohúngaro desde 1867) o el ruso iban a experimentar frecuentes disturbios por esa razón. Grecia fue el primer país en emanciparse, en 1828, ayudada por Rusia, Inglaterra y Francia. Prusia se convirtió en el epicentro del nacionalismo alemán, hasta conseguir la unificación (salvo Austria) después de dos guerras victoriosas, una contra Austria en 1866, y otra contra Francia, en 1870. A continuación se proclamó *Segundo Reich* (Imperio, considerando como Primer Reich al Sacro Imperio), bajo la dirección del canciller Otto von Bismarck y con Guillermo I como káiser (César). La denominación no ocultaba su realidad como efectiva nación alemana unificada por primera vez en la historia, aunque Austria persistiese fuera, a la cabeza de un multinacinal imperio de verdad, el Austrohúngaro.

En Italia, la casa de Saboya abanderó el nacionalismo italiano, y apoyada por Francia mantuvo guerras entre 1848 y 1870 contra Austria, otros estados y finalmente el Papado, que terminaron con la unificación de Italia el mismo año en que se declaraba el Imperio alemán. Por primera vez desde la caída de Roma, Italia, por la que tanto habían contendido Francia, España y el Sacro Imperio, se convertía en una nación soberana monárquica. Su dato más significativo fue el traslado de la capital a Roma, liquidando los Estados

Pontificios, tachados de obstáculo mayor a la nación italiana, lo que nutrió un fuerte anticatolicismo o anticlericalismo. De este modo, la Europa de las naciones, limitada durante tanto tiempo al frente atlántico, se ampliaba hacia el centro, sobre la ruina del Sacro Imperio y de las ancestrales divisiones de Italia.

La eliminación de los Estados Pontificios iba en la dirección de Westfalia, con raíces muchos más hondas en la revolución luterana y aun antes. Recluido el papa Pío IX en algunos edificios, parecía el principio del fin de la Iglesia, pero no iba a ser así. La masa de la población en Italia, como en España, Francia, gran parte de Alemania, etc., seguía siendo católica y, más aún, el catolicismo siguió creciendo por países protestantes. Su antecesor Pío VII, asistente a la coronación de Bonaparte, había restaurado a los jesuitas después de que en 1773 hubieran sido suprimidos por Clemente XIV atendiendo a presiones de gobiernos católicos que encontraban a la orden perjudicial para sus políticas absolutistas. Tal como los jesuitas habían desempeñado un papel esencial contra el protestantismo, lo harían ahora contra la masonería, el deísmo y otros movimientos. Con Pío IX, a pesar de la pérdida de los Estados Pontificios, el catolicismo iba a experimentar una expansión mayor, con viejas órdenes renovadas, como los benedictinos, dominicos, jesuitas o salesianos, fundados por entonces.

* * *

El equilibro de poderes sentado en el Congreso de Viena permitió a Inglaterra desentenderse en gran medida de los asuntos europeos —permaneciendo vigilante contra la posible preponderancia de algún país— y dedicarse a su imperio, que aumentaba sin cesar. Los intentos imperiales ingleses en América no habían sido brillantes: en Canadá se

habían impuesto a los franceses en un territorio muy vasto pero inhóspito y poco rentable de momento; había perdido las más productivas trece colonias, y realmente beneficiosas eran solo Jamaica y Barbados. Y los ataques por Centroamérica y Argentina habían sido repelidos.

Más suerte había tenido en Asia con la conquista, a finales del siglo XVIII y durante el XIX, del enorme subcontinente indio, equivalente a la mitad de Europa, desplazando a los competidores franceses, holandeses y portugueses (esto retuvieron unas pequeñas zonas). Hizo la conquista la Compañía de las Indias Orientales (British East India Company), cuyas exacciones y cambios agrícolas causaron la Gran Hambruna de Bengala, en 1770, con muerte de unos 10 millones de nativos. Uno de sus negocios principales, y también de los holandeses desde las islas de la Sonda, fue el cultivo del opio, vendido principalmente en China. Debido a sus estragos, el emperador Tao Kuang lo prohibió y destruyó numerosos envíos. La compañía, indignada por tal ultraje al libre comercio, movió al gobierno de Londres a una primera guerra en 1839 y a otra, con apoyo francés, en 1850. Ambas duraron varios años. Triunfaron los comerciantes, e Inglaterra impuso a China la cesión de Hong Kong.

La compañía, auténtico subestado, llegó a dominar India, Birmania, Singapur y Hong Kong, pero en 1857 los cipayos —tropas indígenas a su servicio— se rebelaron, dando lugar a atrocidades por ambas partes. Los ingleses quemaron pueblos, masacraron a sus habitantes y ejecutaron a muchos prisioneros a cañonazos, atándolos a las bocas de las piezas. Después de esto, la compañía fue disuelta y Londres asumió directamente la administración del territorio, con los mismos objetivos de lucro pero mayor humanidad y esfuerzo civilizador. Aquel enorme y poblado territorio se

convirtió en «La joya de la corona» inglesa o británica. Por él se habían desarrollado civilizaciones y culturas variadas en una historia intensísima, y su población era mayoritariamente hinduista, con nutridas incrustaciones musulmanas. Los ingleses mantuvieron el sistema de castas implantado por los arios veinticinco siglos antes, al que simplemente añadieron una casta más por encima de todas y sin mezcla con ellas, la de sus propios funcionarios, comerciantes y militares.

Por más que el estado británico se denominase «Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda», esta última podía considerarse una posesión imperial. Su población, casi toda católica, había sido despojada progresivamente de sus tierras ya desde Cromwell, reduciendo a los naturales a jornaleros y aparceros, alimentados casi exclusivamente de patatas. Como observó el reformador y viajero francés Gustave de Beaumont, la isla había sido convertida en «una nación de pobres». En 1845 comenzó una plaga que arruinó la cosecha de patatas y desató un hambre masiva que en cuatro años causaría en torno a un millón de muertos y obligaría a emigrar a dos millones. El hambre afectó, en menor medida, a Escocia y otros lugares. Irlanda producía abundantes alimentos, que se siguieron exportando a Inglaterra: los propietarios defendieron con guardias armados sus almacenes contra los hambrientos, y la emigración, hacinada en barcos insalubres, rindió fuertes ganancias a los armadores. Indignó en toda Europa que tal catástrofe ocurriera al lado mismo del país entonces más rico del mundo. Fue una especie de genocidio, motivado, de un lado, por un acusado desprecio a los irlandeses, y de otro por el criterio economicista que hacía de la riqueza y la rentabilidad una virtud moral por encima de otras. Los irlandeses, nunca sumisos al yugo inglés y a la privación de

derechos para los católicos, radicalizaron su descontento, abocando a un activo nacionalismo.

Hasta entonces el único continente no explorado a fondo habían sido los inmensos desiertos y selvas de África. En el último cuarto del XIX, la exploración y colonización de aquellas tierras, con riquezas mineras y otras precisadas por una Europa industrial, ocasionó una competición entre potencias. El inglés Cecil Rhodes concibió el magno proyecto de dominar la franja central del continente desde Egipto a Suráfrica, instalar en él numerosos colonos británicos y construir un ferrocarril desde El Cairo a El Cabo; todo lo cual se realizaría. No menos interés tenía para Londres el Canal de Suez, una de las mayores obras de ingeniería jamás acometidas por el hombre y debida al francés Fernando de Lesseps en 1869. El Canal, con Gibraltar y Malta, aseguraba el dominio inglés del Mediterráneo, y acortaba enormemente la ruta entre Inglaterra y sus posesiones en el Índico. La Conferencia de Berlín, en 1884, decidió los términos del reparto de África para evitar conflictos. Francia ocuparía el Magreb, casi todo el Sahara, Madagascar y regiones del África Negra; Inglaterra, la gran franja mencionada —salvo Tanganika (Tanzania), que pasaba a Alemania junto con otras regiones—; Italia el Cuerno de África, Portugal, Angola, Mozambique y otras menores, y el rey de Bélgica el Congo, donde aplicaría una colonización de extrema crueldad. España recibiría pequeños trozos. El reparto indicaba también que la supremacía inglesa ya estaba siendo cuestionada por Francia y Alemania, y se sucederían los incidentes, sin llegar a la lucha abierta.

Aunque el tráfico de esclavos fue perseguido por los ingleses, continuó largo tiempo por parte de los árabes. Se aplicaron otras medidas civilizatorias, como cierta

instrucción elemental para los negros, mucho más tarde también alguna superior, algún esfuerzo cristianizador; pero los negros fueron considerados, en general, humanos deficientes o atrasados. Algunos fueron exhibidos en jaulas en Europa y Usa.

El Islam, tantos siglos peligroso para Europa, pasaba, en el norte de África, bajo dominación francesa, italiana e inglesa; y lo mismo la parte meridional de Asia: el sur de Arabia, zonas de Persia y las partes musulmanas de India, bajo poder inglés; Indonesia o Islas de la Sonda bajo Holanda, con algún enclave portugués; Indochina, bajo control francés. Permanecía el Imperio otomano, pero mutilado y estancado. Usa forzaba a Japón a abrirse al comercio exterior, y a finales del siglo tomaba Filipinas y las últimas posesiones españolas del Pacífico. Solo China era un bocado demasiado grande, pero aun así perdería varias pequeñas guerras con europeos y useños, que le impondrían condiciones comerciales y privilegios, provocando crisis y revueltas internas. Por el norte, Rusia consolidaba su poder sobre Siberia y el Asia Central, y descendía hacia la India inglesa, con riesgo creciente de choque.

El Imperio inglés llegaría a ser el más grande de la historia, con casi 30 millones de kilómetros cuadrados, incluyendo zonas tan vastas, pero inhóspitas y de momento poco productivas, como Canadá o Australia, donde gran parte de los indígenas fueron exterminados. A pesar de todo, la cultura inglesa, aun sin mezclarse, ejercería cierto influjo civilizador sobre las culturas coloniales; también influiría en Hispanoamérica y en la misma Europa, reforzado por el empuje creciente de Usa. A lo largo de la época victoriana (la reina Victoria reinó entre 1831 y 1901), Inglaterra fue el país más rico, estable y poderoso del mundo, con un moralismo y un clasismo estrictos sobre unas masas a menudo

misérrimas pero en paulatina mejora. Su brillante alta cultura competía con el prestigio de la francesa. De todas formas, conforme avanzaba la centuria, Alemania y Usa empezaban a disputar su primacía al poderío inglés. Así, Inglaterra creó un ámbito cultural propio que continúa creciendo en la actualidad a través de Usa. Solo el ámbito hispano podría comparársele en número de hablantes, pero a diferencia del dinamismo anglosajón, la cultura hispana no ha logrado reponerse plenamente de sus crisis de finales del siglo XVII y principios del XIX.

* * *

Por lo que respecta a Francia, había vuelto la monarquía, pero ya no el absolutismo, y las tensiones revolucionarias persistían, abocando en 1848 a una II República bastante desordenada, que en menos de cuatro años dio paso a un Segundo Imperio bajo Napoleón III, sobrino del anterior. Un año después, ocurrió en el mar Negro el previsto choque entre Rusia e Inglaterra, por la ambición de San Petersburgo de controlar los accesos al Mediterráneo por los Dardanelos, a costa del Imperio turco, llamado «el enfermo de Europa». Inglaterra rechazó la intervención y formó coalición con Francia y los otomanos, que en la Guerra de Crimea, muy sangrienta para todas las partes, consiguió frenar a los rusos. Francia salió de allí prestigiada como «árbitro de Europa»; no así Inglaterra, cuyo ejército había demostrado graves deficiencias. Francia volvía a exhibir robustez interna y capacidad de intervención exterior. Durante el siguiente decenio y medio, el país se estabilizó, creó una pujante industria y expandió sus colonias por África y Asia, a pesar de que su intento de satelizar a Méjico acabó en desastre. De ahí el origen del término «Latinoamérica», que se extendió para difuminar el origen hispano. París se convirtió en

modelo urbanístico tras la reforma de Haussmann y en el mayor centro de la cultura europea.

Entre tanto, Prusia no cesaba de fortalecerse, para alarma de Francia. En 1870 terminó por desatarse la guerra entre ambas, por causa de la sucesión a la corona española, que París y Berlín querían favorable a cada uno. En menos de un año, los franceses fueron aplastados, con gran número de bajas mortales. De resultas, el Imperio de Napoleón III dio paso a una III República y Francia quedó por un tiempo fuera de combate.

Con motivo de la victoria en la Guerra Franco-Prusiana se constituyó el Segundo Reich, o más propiamente la nación alemana, con exclusión de Austria, como quedó dicho. La nueva Alemania despertaría creciente inquietud en Inglaterra, pues la vitalidad y energía germanas iban compitiendo o superándola industrial, comercial y culturalmente. Dato clave del auge alemán fue una reforma universitaria, promovida a principios de siglo por Wilhelm von Humboldt, que apostaba por la libertad intelectual, haciendo de la investigación y la ciencia, mediante laboratorios, seminarios y departamentos específicos, el objetivo central de la universidad. El sistema alemán se extendería a otros países europeos y a Usa. Hasta entonces, la universidad había sido la columna vertebral de la alta cultura europea, muy ligada al cristianismo y sus iglesias. Durante este siglo, más aún que en el anterior, el cristianismo perdió peso universitario a favor de la religión que hemos llamado prometeica. No solo en ciencia y técnica destacaría Alemania: también en el pensamiento, la música y las artes en general.

Rusia, por su parte, proseguía tenazmente la política de ampliar su acceso a los mares del entorno y de colonizar

Siberia y Asia Central; pero su rasgo más significativo durante el siglo XIX fue un repentino esplendor cultural, totalmente imprevisible desde su pobreza anterior. En 1861 el zar Alejandro II abolió la servidumbre, una reforma liberal, y veinte años después, cuando preparaba un parlamento elegido o *duma* fue asesinado por revolucionarios anarquistas. Aunque atrasada en muchos aspectos, a finales de siglo Rusia se industrializaba con rapidez, su literatura y música fascinaban al resto de Europa, y su ciencia adelantaba a grandes pasos.

En cuanto a España, el siglo XIX fue probablemente el peor de su historia, bajo permanente mediatización inglesa, salpicado por tres guerras civiles entre liberales y absolutistas, más incontables golpes militares o «pronunciamientos» por parte de unos liberales contra otros. En el terreno cultural fue asimismo un siglo inferior al XVIII. En 1898 Usa declaró la guerra a España con falsos pretextos, a fin de adueñarse de sus últimas posesiones en América y el Pacífico. Para someter a Filipinas, Usa llevó a cabo una guerra sin piedad, con abundantes matanzas indiscriminadas. Por entonces España había superado el espasmódico período anterior, con un gobierno estable y prosperidad acumulativa, pero su derrota frente a Usa causaría una profundísima crisis moral y psicológica que perturbaría su evolución interna.

Según el siglo iba a su fin, en medio de una profunda depresión económica, la muy relativa paz instaurada en Viena hacía agua, y los imperialismos y la competencia comercial de las potencias mayores anunciaban conflictos mayores.

* * *

Los mecanismos de Viena para volver a la «normalidad»

anterior solo podían funcionar muy a medias. En sectores intelectuales, militares y algunos populares, subsistía la semilla revolucionaria en espera de nueva ocasión. Un primer movimiento surgió del golpe de Riego en España, en 1820, que determinó la independencia de la América hispana y se contagió a Nápoles, Piamonte y Portugal, con repercusiones menores en Francia y Rusia en años siguientes. El pronunciamiento y otras revueltas militares obligaron a Fernando VII a renunciar a sus pretensiones absolutistas y aceptar la Constitución de 1812, liberal y nacionalista, elaborada en Cádiz durante la invasión francesa. El liberalismo llegaba a España en circunstancias adversas, asociado en la mentalidad popular a una invasión francesa extremadamente destructiva y anticatólica, y a una ayuda inglesa dudosa, por las muchas violencias que había perpetrado contra sus propios aliados españoles. Por lo cual los liberales solo tenían apoyo efectivo en sectores militares, intelectuales y minorías populares, más anticlericales que otra cosa. El subsiguiente Trienio Liberal aumentó la convulsión, con querellas entre grupos liberales, no cumplió ninguna de las esperanzas depositadas en el cambio, y terminó con la intervención contrarrevolucionaria de Francia (los «Cien mil hijos de San Luis»). El rey volvió a un semiabsolutismo a cada paso más inviable en un país muy dividido, sobre todo en la cúspide del poder.

El año 1830 registró una nueva sacudida europea, esta vez desde el foco francés, donde se derrocó a un rey para poner otro constitucionalista. La chispa se propagó a Bélgica, que se separó de Holanda; a Polonia, cuya revuelta fue aplastada por el zar; a Italia y Alemania, donde tampoco tuvo éxito. Grecia, una raíz principal de la cultura europea, también experimentaba un resurgir nacional frente a Estambul. En 1826 se había producido el sitio de Misolongui, donde dos

años antes había muerto Lord Byron, figura emblemática del romanticismo. Los nacionalistas griegos resistieron heroicamente a los turcos: algunos prefirieron volarse a sí mismos antes que caer prisioneros, y la mayoría fueron masacrados o vendidos como esclavos. La tragedia levantó por toda Europa una oleada de simpatía por la causa griega, que llevaría a su independencia. En España, la muerte del rey en 1833 abrió paso a una guerra civil de seis años (I Guerra Carlista) muy enconada y cruenta, con victoria liberal.

Sería en 1848 cuando los impulsos revolucionarios cobrasen mayor ímpetu, amenazando con derruir el sistema creado en Viena. En Francia cayó la monarquía, sustituida por una república intranquila que solo duraría cuatro años. En la propia Viena, Metternich tuvo que huir de los insurrectos, y el papa Pío IX debió hacer lo mismo en Roma. El movimiento se propagó a Hungría y Bohemia. Los austríacos debieron evacuar Milán, y en otros estados italianos los reyes abandonaron rápidamente ilusiones absolutistas para adoptar constituciones liberales; otro tanto sucedió en estados alemanes, particularmente en Berlín, y se planteó la unidad nacional, fallida por el momento. La sacudida duró poco, y en cuestión de meses y con apoyo de Rusia, el gran baluarte absolutista, las aguas volvieron a su cauce en casi todas partes. Sin embargo la situación general había cambiado, y las monarquías se reformaban en un sentido liberal y constitucional, esto es, nacionalista.

Un pronunciamiento militar dio fin en España, en 1868, a la monarquía de Isabel II. El suceso fue bautizado como *Revolución Gloriosa*, por referencia a la inglesa casi dos siglos anterior, pero no hizo honor al calificativo. Seis años desordenados, habiendo provocado indirectamente la Guerra Franco-Prusiana, abocaron a una breve I República

perfectamente disparatada, con triple guerra civil y movimientos disgregadores. Y en 1875 se restauró la monarquía borbónica.

La derrota francesa ante Prusia dio lugar, a su vez, a la sacudida revolucionaria de La Comuna (*Commune*), en París y otras ciudades, con ciertos rasgos semejantes a los de la Revolución de 1789: violenta movilización del pueblo bajo, excitado por agitadores de clase media e intelectuales; y un odio al pasado manifiesto en incendios y demolición de monumentos, edificios, bibliotecas y archivos. Numerosos sacerdotes y el arzobispo de París fueron asesinados. Alguno de los dirigentes advirtió: «París será nuestra o dejará de existir»; amenaza curiosamente similar a la del rey Enrique III contra la católica capital durante las guerras de religión. Para entonces el Segundo Imperio había dado paso a la III República, y su dirigente, Adolphe Thiers, aplastó sin contemplaciones a los insurrectos, que resistieron dos meses en la primavera de 1871. Se dijo que había hecho fusilar a 20.000 de ellos, también a muchas «petroleras», mujeres incendiarias; estudios posteriores han rebajado los comuneros muertos a 7.000, con 1.500 fusilados, cifra alta de todos modos.

La Comuna fue una explosión anárquica sin dirección ni aspiraciones precisas, motivada en parte por la derrota ante Prusia. Sería reivindicada como propia por Carlos Marx y por ideólogos anarquistas, y quedaría como un modelo idealizado por los revolucionarios comunistas o *antiburgueses*.

* * *

Los procesos políticos en Europa tuvieron lugar entre una acumulación acelerada de inventos técnicos y avances científicos y médicos. Desde mediados del siglo cundió la

llamada «segunda revolución industrial», en la que el textil cedió a la siderurgia, se explotaron nuevas energías como la electricidad o el petróleo, se extendió el telégrafo, luego el teléfono, se multiplicaron los ferrocarriles y los barcos de vapor, aparecieron el submarino (este con participación de inventores españoles), la fotografía y el cine, nació el automóvil, aumentó las productividad agraria, etc. Regiones de Gran Bretaña, Bélgica, Francia, Alemania, norte de Italia y Usa se industrializaron intensamente, con aranceles proteccionistas, excepto Inglaterra, que partía con ventaja inicial. Las grandes empresas tenían sus propios laboratorios e innovaban constantemente, y las universidades se pusieron al servicio de la ciencia y la técnica. Las condiciones materiales de vida mejoraron en conjunto, y se abrían perspectivas de eliminar el hambre y la miseria, al menos para grandes masas. Sindicatos y mociones parlamentarias prohibieron el trabajo fabril de los niños, restringieron el de las mujeres de las labores más duras o insanas y redujeron los horarios de labor.

La sanidad mejoró extraordinariamente gracias la expansión de las vacunas y el control de las enfermedades infecciosas. Un caso significativo de las dificultades en que a veces se desarrollaban los avances fue el del médico húngaro Ignaç Semmelweis. Este, por sus observaciones, se dio cuenta de que muchas parturientas morían por falta de higiene en las manos de los galenos asistentes a los partos, lo que causaba fiebres puerperales. Su simple propuesta a los médicos para que se lavasen cuidadosamente las manos fue recibida con indignación, pues parecía acusar a los especialistas de la muerte de las pacientes. En consecuencia fue desacreditado y terminó su corta vida en un asilo, posiblemente por maltrato, en 1865. Solo cuando Luis Pasteur descubrió, aun en vida de Semmelweis, la existencia

de gérmenes microbianos como causantes de infecciones, y el inglés Joseph Lister sistematizó y aplicó el descubrimiento, pudo establecer que el desdichado médico húngaro tenía razón, y millares de vidas de madres se salvaron.

Al abrigo de las mejoras sanitarias, el cese de las pestes y la mayor producción agraria, la población europea se triplicó a lo largo del siglo hasta los 420 millones de personas, una progresión nunca ocurrida en la historia de ningún continente. Por supuesto, las grandes masas vivían en medio de estrecheces, pero la espita de la emigración permitió aliviar tensiones sociales, contribuyendo también al fracaso de los movimientos revolucionarios. Millones de ingleses, alemanes, italianos, españoles, escandinavos, etc., emigraron a América, sobre todo a Usa y Argentina, y a Australia, donde, unos más otros menos, encontraron vidas más desahogadas.

# 30

# Las aventuras de la razón (I)
# Liberalismo y marxismo en el siglo liberal

Interesa contrastar la actitud de Thiers con la de Luis XVI ante similares desafíos revolucionarios. Luis XVI vaciló, inseguro de su legitimidad para aplicar a fondo los resortes del poder. Thiers, por el contrario, obró sin titubeos, con plena convicción de su legitimidad. Porque lo que estaba en cuestión desde antes de la Revolución Francesa era la legitimidad del poder monárquico. Es preciso examinar la lógica del proceso.

Todo poder descansa sobre dos pilares: la legitimidad y la fuerza. La primera identifica al poder con el orden social y la capacidad de mantenerlo; y la segunda permite hacerlo eficaz contra sus enemigos, dado que en la sociedad humana existen intereses contrarios entre sí. Desde la caída de Roma, el modo casi generalizado de organizar el Estado en Europa fue la monarquía asentada sobre una oligarquía nobiliaria. Hubo algunas excepciones republicanas en Suiza e Italia (y no debe confundirse república con democracia), y corrientes de pensamiento y políticas disidentes, y ya Suárez había expuesto a principios del XVII que el origen divino del poder permitía formas no monárquicas. Pero muy pocos ponían en duda su legitimidad, que aparecía casi como un hecho de la naturaleza, impuesto por la divinidad.

Ni el rey podía gobernar sin una oligarquía, ni la oligarquía estabilizarse sin tener a la cabeza a alguien

respetado por ella y por el pueblo, es decir, un monarca. Esta interdependencia era por naturaleza poco armoniosa y creaba una tensión en la que unas veces predominaban los nobles y otras los reyes. A veces, los nobles elegían al monarca, pero la solución ya mostró sus defectos en la España visigótica: peleas continuas entre clanes oligárquicos, asesinatos e inestabilidad social. Por ello tendió a imponerse la monarquía hereditaria, donde la legitimidad se transmitía de padres a hijos. El riesgo de que un rey saliera deficiente se compensaba con una mayor estabilidad.

Los pensadores de la España visigoda cifraban la legitimidad del rey en su capacidad para hacer justicia, asegurando con ella la paz y prosperidad del pueblo. Justicia significaba equilibrio entre los muchos y contrapuestos intereses sociales. Naturalmente, ese equilibrio ideal solo se alcanzaba por períodos cortos y nunca a plena satisfacción de todos, pues imponía inevitablemente sacrificios a la mayoría. Lo habitual era que unos intereses sufriesen a favor de otros, por falta de fuerza o habilidad para defenderlos. Además las oligarquías, necesarias para mantener el orden, procuraban aprovechar su posición para imponer intereses de grupo por encima de los demás. Por ello la monarquía tendió a hacerse absoluta en una pugna secular.

Con su despotismo ilustrado, la monarquía absoluta racionalizaba el poder, pues hacía progresar al pueblo, aplacando sus ocasionales y temidos estallidos de furia irracional, y de paso ponía coto a las grescas interoligárquicas. Por ambas razones lograba respaldo popular. Algunos ilustrados apreciaban la racionalidad absolutista, pero otros especulaban con los intereses del pueblo y la igualdad y la libertad. Desde Spinoza y antes, se fue atribuyendo una racionalidad superior a la democracia, en la que el pueblo decidiría libre e igualitariamente. Si el

objetivo de la monarquía era el orden y la prosperidad del pueblo, este, imaginado como un todo con un solo interés primordial, no tenía por qué depender de un rey o una oligarquía. Así lo teorizaban Rousseau y otros, y Sièyes recogió la idea en su proclama sobre el tercer estado. El pueblo, pacífico, igualitario y amante de vivir bien, no necesitaba intermediarios; más aún, estos, las oligarquías tradicionales, eran culpables de las guerras, los despotismos y tantas desgracias más. Estas especulaciones, núcleo intelectual-sentimental del dinamismo revolucionario, fueron minando la legitimidad monárquica hasta presentarla como una intolerable tiranía, asentada exclusivamente sobre la fuerza.

Después de la revolución, la monarquía solo podía legitimarse recordando el terror, la sangre y las convulsiones revolucionarias: ¿no demostraban estas que el camino revolucionario era el equivocado y el monárquico el único capaz de aportar orden y felicidad al pueblo? Sin embargo, la imagen de un pueblo deseoso de liberarse de los tiranos seguía ejerciendo fuerte atracción, muchos pensaban en la Revolución Francesa como un magno episodio liberador a pesar de todo, máxime en una época romántica en la que los impulsos de la pasión y el sentimiento se valoraban por encima de los del orden y la tranquilidad. La subversión se convertía en virtud heroica. Y la atribución de la soberanía a la nación y no al monarca, corroía a los imperios.

Otra causa de la deslegitimación monárquica radicaba en el debilitamiento del cristianismo. En la Ilustración habían progresado sustancialmente el ateísmo y el deísmo, para el cual Dios se limitaba a la Causa primera, sin que el mundo tuviera más necesidad de su intervención, por lo que el origen divino de la monarquía y del poder en general perdía consistencia. El concepto de «pueblo», como algo evidente y

accesible a la razón, sustituía muy ventajosamente al de Dios en relación con la política y la sociedad. Los dones del pueblo como ente pacífico, amante de la libertad y la igualdad, parecían asimismo razonables: un paso más en el dominio de la razón.

Surgían sin embargo algunas contradicciones. Las insurrecciones de 1848 fueron llamadas «la primavera de los pueblos», otorgándoseles por ello plena justificación… pero los pueblos participaron poco. Se trató de alzamientos dirigidos por pequeños grupos de clases medias, intelectuales y estudiantes, secundados por fracciones populares minoritarias. La gran masa permaneció al margen o en contra. El efecto legitimador de la apelación al «pueblo» tenía poco que ver con la realidad y la razón, y más con una especie de fe religiosa, incluso mágica: las imagen idealizada del «pueblo» libre, igualitario y fraterno era un mito, poderosamente movilizador como suelen serlo. La realidad más obvia era que en el seno del pueblo menudeaban las desigualdades y las contraposiciones de intereses entre grupos, igual que en las oligarquías. Y entre los propios revolucionarios, la igualdad y la fraternidad solían escasear, y sus libertades chocar entre sí: de ahí las violencias espasmódicas en que solía desembocar su triunfo momentáneo. Por lo demás, tanto los insurrectos de la Comuna de París como los republicanos de Thiers actuaban y se justificaban en nombre del pueblo. Y dentro de esa común legitimidad se impusieron, naturalmente, quienes tuvieron más fuerza.

El caso de Inglaterra fue diferente: allí las tensiones sociales, a menudo violentas, apenas tuvieron las connotaciones revolucionarias del continente. Era una sociedad fuertemente oligárquica, en la que hacía poca mella la mística del «pueblo», dominada por un pragmatismo

economicista manifiesto en una indiferencia básica ante sucesos como la Gran Hambruna irlandesa. El «sentido reverencial del dinero», como lo llamaría Ramiro de Maeztu, se extendía a las capas populares, que mostraban un respeto, incluso apego a la oligarquía mayor que en el continente. El prestigio de las clases altas derivaba en gran parte de sus éxitos imperiales, que canalizaban a su favor el sentimiento nacional y facilitaban una emigración en condiciones pasables a las colonias. La Revolución Francesa había sido examinada sin sentimentalismo, como ejemplo a evitar en cualquier caso. En las capas intelectuales predominaba el agnosticismo sobre el ateísmo, estimulando actitudes morales diversas, al resultar imposible decidir racional o científicamente sobre la existencia o no de Dios. La religión era apreciada, no obstante, para calmar a la población.

* * *

El fracaso de las revoluciones popularistas o democratizantes no impidió que el liberalismo se extendiera por el continente y presionara fuertemente sobre Rusia, de modo que el siglo XIX puede considerarse el siglo liberal por excelencia. Uno de sus rasgos clave era la tolerancia hacia las opiniones religiosas y, hasta cierto punto, las políticas. El pilar de la tolerancia era el mismo que el del agnosticismo: es muy difícil o imposible que en estos terrenos la razón alcance certezas indiscutibles. La idea de tolerancia queda excluida, lógicamente, de la ciencia y de algunos terrenos en que la certeza es claramente alcanzable. Tal actitud tenía dos caras: por un lado evitaba el dogmatismo y abría más libertad al pensamiento; pero por otra tendía a relativizar las cuestiones más vitales, hasta disolverlas en un escepticismo general.

El liberalismo admitía sin embargo alguna certeza. Como

hemos indicado, su pensamiento arraigaba en un triple mito: el «estado natural», el «contrato social» y la igualdad originaria de todos los hombres. Mitos, porque nada de ellos había existido nunca, pero se daban de algún modo por reales. No obstante, a partir de esos fundamentos, el liberalismo construyó un sistema de racionalidad bastante clara: el Estado se había creado para proteger los derechos de los individuos a la vida, la libertad, la propiedad y la felicidad. Esos derechos no los inventaba el liberalismo, existían de siempre, distinguiendo a los hombres libres de los esclavos, pero la nueva doctrina los especificaba de modo más concreto. No se trataba de una doctrina simple: evidentemente, el individuo no puede sobrevivir fuera de la sociedad, a la que debe todas las condiciones de su existencia, desde el propio nacimiento, la lengua y los conocimientos, hasta la alimentación, la medicina, etc. También salta a la vista que los individuos componentes de la sociedad difieren mucho entre sí. El problema de armonizar los impulsos individuales con las necesidades sociales yace en el fondo de todo el pensamiento político desde Grecia y Roma, y ha suscitado diversas soluciones. Con o sin «estado de naturaleza y contrato», la experiencia había demostrado los peligros de desintegración social cuando predomina en exceso el individualismo, y de despotismo cuando el orden social se imponía sin respeto a los individuos.

La solución liberal giraba en torno a los derechos individuales. Pero si bien el derecho a la vida podía aplicarse también a los esclavos, y la libertad o la felicidad resultaban algo evanescentes, y por tanto inciertas u opinables, en cambio la propiedad privada constituía una certeza sobre la que construir una teoría de la sociedad. Dicha propiedad y el comercio derivado constituirían la raíz de los derechos

reivindicados a la vida, la libertad, y la felicidad; más aún, serían la fuente misma de las culturas y civilizaciones, como han expuesto diversos teóricos liberales. La calidad de una civilización dependería del grado en que la propiedad y el comercio fueran respetados por el poder, y sus problemas y decadencias podían explicarse de ese modo. En cambio, si un poder poco intervencionista se limita a garantizar ciertas normas que encaucen los intereses particulares para evitar una batalla permanente, entonces la sociedad alcanzará la mayor riqueza, libertad y felicidad posibles. Sobre esas bases se articula también la moral, como venía a proponer Adam Smith. El fin que daba sentido a la vida consistiría en el enriquecimiento, que daría a su vez la medida de la felicidad y la libertad; algo que muchos darían por evidente.

Así, la política liberal se concretaba en un Estado pequeño y poco costoso, con libertades políticas y separación de poderes y sufragio frecuente o periódico. La monarquía podía subsistir, sometida a un Parlamento que a su vez representaba a los propietarios. De hecho, se trataba de un Estado-herramienta al servicio de los propietarios y comerciantes. La racionalidad del sistema se parecía a la del absolutismo: los más ricos serían en principio los más ilustrados y responsables, ya que la mayor posesión implica una mayor preocupación y resistencia a los cantos de sirena de la demagogia, a la que tiende la mayor parte de la sociedad, precisamente por sus escasas o nulas propiedades y menor ocasión de ilustrarse. El liberalismo, por tanto, no es democrático, y de ahí que en el siglo XIX predominase en Europa el voto censitario a los parlamentos: solo votaban los dueños de cierta fortuna. Aun así, la tendencia general fue a ampliar el sufragio y en algunos casos a hacerlo universal, como en la Francia de 1875 (con precedentes), en Alemania en 1871 o España en 1890. Existía un temor razonable a que

el voto general condujese a abolir precisamente el sistema liberal.

Claro que con ello se negaba el dogma de la igualdad ante la ley y, más al fondo, de la igualdad en general. De todos modos podía explicarse: partiendo de una igualdad originaria, es lógico y justo que los mejores y más capaces triunfasen sobre los menos capaces o más perezosos. Así, el liberalismo venía a ser una forma de aristocracia, no fundamentada en el valor y la espada, sino en la habilidad para hacer dinero. Como hacer dinero en circunstancias normales significa satisfacer los deseos o necesidades de otros, podría decirse que la fortuna de los más hábiles repercutía sobre el conjunto de la sociedad, enriqueciéndola a su vez. Algo que sonaba razonable, pero que también podía cuestionarse por razonamiento o apelando a la realidad social.

Por lo demás, hay dos clases de propiedad privada: la más personal, común a las personas libres y que generalmente deja de ser objeto de comercio una vez puesta en uso —hasta los esclavos obran como si sus harapos o su escudilla fueran propiedad suya—; y la propiedad de tierras, fábricas, edificios, mercancías… que sí constituyen objetos de comercio. Pero la desigualdad entre propietarios de bienes productivos y comerciables ha sido siempre enorme, desde los magnates a los buhoneros, y una gran masa solo tiene como propiedad vendible su propio cuerpo. Y la propuesta igualdad ante la ley no impide que un poderoso propietario tenga ventaja a la hora de conseguir los mejores abogados e influencias. Tampoco es cierto que las libertades sean iguales para todos: en la práctica, los dirigentes en cualquier asociación son siempre unos pocos, solo los ricos pueden mantener un periódico, solo una pequeña minoría ejerce realmente la libertad de expresión más allá de su ámbito

familiar o de amigos, donde siempre existió esa libertad…

Más al fondo, la «mano invisible» de Adam Smith no traía todos los beneficios esperados. A períodos de prosperidad sucedían los de crisis, con masas de desocupados empobrecidos y quiebra de empresas; el último cuarto del siglo sufrió precisamente una prolongada Gran Depresión. Y permanecía el dato ancestral de que quienes más duramente trabajaban menos parte de la riqueza percibían. La propiedad y la riqueza, por tanto la influencia y el poder, tendían a concentrarse en pocas manos, con cierta fusión entre las oligarquías tradicionales nobiliarias y terratenientes y los grandes capitalistas y financieros. En todas partes, algo menos en Francia por efecto de las revoluciones, los nuevos potentados sentían fascinación por los viejos títulos y hubo una considerable fusión entre ambas oligarquías, reflejada en la cínica frase de Lampedusa en *El gatopardo*: «Todo debe cambiar para que todo siga igual». En el parlamento bajo o Cámara de los Comunes inglesa, predominó absolutamente la vieja oligarquía hasta pasados los dos tercios del siglo, mientras que en la Cámara alta o de los Lores, la entrada de los grandes negociantes se aceleró desde 1885. Lo que podía decirse es que había un mayor movimiento y rotación de personas en todos los niveles sociales.

A lo largo de este siglo XIX, el liberalismo sería desafiado más y más por otras corrientes ideológicas, también por los impulsos democratizadores, nacidos fuera del sistema y también en su interior, por sus contradicciones al predicar la igualdad ante la ley y al mismo tiempo el derecho de propiedad como base del sistema.

* * *

En 1848, en práctica coincidencia con las revoluciones de

aquel año, se publicó el *Manifiesto del Partido Comunista*, de Marx y Engels, exponiendo las bases de una nueva doctrina social, esbozadas desde antiguo como ideales utópicos, condenados al fracaso por irreales. Ahora se proponía una teoría *científica,* por tanto cierta, que lo cambiaría todo. El marxismo tomaba del liberalismo el concepto de la economía como base explicativa de la sociedad, pero lo llevaba a conclusiones radicalmente opuestas; y de paso ofrecía una explicación de la historia de aparente coherencia. ¿Era posible la igualdad comunista con que habían soñado tantos? Lo era, pero no por razones morales, sino por un desarrollo suficiente de la riqueza social. Históricamente, ello nunca había ocurrido, por la precariedad del conocimiento científico y de la técnica, de modo que la escasez había impuesto la separación entre unas clases explotadoras y otras explotadas, y la consiguiente lucha entre ellas. La escasez hacía que la lucha de clases solo pudiera causar la sustitución de una oligarquía o clase explotadora por otra. Sin embargo todo cambiaba con el sistema capitalista o *burgués*: su vertiginoso desarrollo de las fuerzas productivas sentaba las bases para un reino de abundancia generalizada, como ya habían entrevisto algunos gracias a las máquinas. Si la abundancia llegaba a todos, la división social en clases perdía su razón histórica de ser. ¿Y qué lo impedía? Justamente lo que más estimaba el liberalismo: la propiedad privada de los medios de producción.

La explotación del hombre por el hombre se mantenía de dos formas: por la fuerza (el Estado, considerado aparato de violencia de la clase dominante) y por la ideología. Marx llamaba ideologías a construcciones intelectuales fantásticas destinadas a justificar el poder de los explotadores como un hecho natural, inevitable o decidido por Dios. Así, sobre la

estructura económica, se alzaba una superestructura ideológica de derecho, filosofía, arte e instituciones derivadas. La ideología por excelencia era la religión, «opio del pueblo» destinado a mantener a los oprimidos en sumisión voluntaria y fuente del resto del conjunto ideológico.

Dentro de estos límites, la lucha de clases había hecho evolucionar la sociedad desde una supuesta comuna primitiva a través de los «modos de producción» esclavista, asiático, feudal y capitalista. La Revolución Francesa debía entenderse, precisamente, como el derrocamiento del sistema feudal por la burguesía emergente. Para derribar al sistema anterior, la nueva clase burguesa debía atraerse al conjunto de la sociedad con valores generales, incluso con gérmenes de comunismo, inevitablemente traicionados luego.

El liberalismo era precisamente la ideología más propia del capitalismo, y su falsedad se manifestaba en tres formas al menos:

A. La propiedad y el comercio y su riqueza no estaban al alcance de la gran mayoría, que de este modo no podía desarrollar sus capacidades humanas, debiendo proletarizarse, venderse como fuerza de trabajo.
B. La ganancia, motor obsesivo del sistema, solo podía provenir del trabajo de los proletarios, a quienes se arrebataba una parte esencial (plusvalía) del producto de su esfuerzo.
C. El liberalismo creía que su sistema culminaba la historia humana, pero la historia seguía y precisamente hacia la destrucción del sistema burgués.

¿Cómo era que una riqueza sin precedentes no beneficiaba por igual al conjunto de la sociedad, sino a una burguesía parasitaria, que proletarizaba a más y más sectores de la población, exprimiéndoles para arrebatarles la plusvalía y condenándoles a una pobreza creciente? En el liberalismo todo sería falso, empezando por sus libertades, que solo velarían la realidad de una dictadura que hacía leyes en beneficio del capital y las imponía por la fuerza del Estado.

En dos palabras: para los liberales, la propiedad privada era la base misma de la civilización; para Marx y Engels era el obstáculo que mantenía una opresión secular. Algo más: el liberalismo tendía al agnosticismo, dejando la religión a la plebe inculta. Pero el marxismo declaraba a la religión enemiga radical del progreso humano, por lo que, consecuentemente se declaraba ateo militante. El liberalismo se apoyaba en un concepto moral que consideraba nacido de la razón, mientras que el marxismo entendía la moral como una construcción ideológica más, nacida de los intereses del sistema. El proletariado crearía su propia moral, de acuerdo con sus intereses.

Por tanto, el proletariado tenía un «interés histórico» en derrocar a sus explotadores para adueñarse colectivamente de las fuerzas productivas y ponerlas al servicio de toda la sociedad, eliminando por primera vez en la historia la explotación del hombre por el hombre. El gran cambio exigiría una revolución proletaria casi seguramente violenta, pues no cabía esperar que los capitalistas se dejasen desplazar sin usar sus poderosos medios de fuerza: en ese esquema, el uso del terror, el «terror plebeyo», encontraba su explicación y justificación. La lucha debía ser a la vez legal e ilegal, aprovechando las ventajas que la «demagogia» liberal pudiera ofrecer. Una vez derribado y expropiado el

capital, persistiría la pequeña propiedad, así como ideologías y costumbres heredadas del pasado e intentos burgueses de utilizarlas para recobrar el poder, por lo que sería necesario un período más o menos largo de dictadura proletaria, donde subsistiría un Estado al servicio del pueblo, con vistas a construir el comunismo, donde las clases sociales, la religión y el Estado desaparecerían por innecesarios.

Aun expuesto aquí el programa marxista de forma parcial y esquemática, creo que basta para percibir su atractivo sobre mucha gente: sobre intelectuales por su aparente coherencia racional, y sobre considerables masas por el descontento con las condiciones de vida populares, a menudo míseras, y por la promesa implicada. La mística del «pueblo», cultivada por algunas versiones liberales, se traspasaba ahora a una parte de él, al proletariado; con el mismo problema de la falta de homogeneidad interna, excepto en el interés anticapitalista que querían atribuir los marxistas a todos los obreros. El programa de Marx arrastraría a masas en Alemania y otros países industriales, mucho menos en Inglaterra, donde la reivindicación obrerista se ceñía más a asuntos salariales y reformas parciales, con menor extremismo.

El marxismo era también en principio antinacionalista, pues interpretaba las naciones como invenciones de las burguesías para garantizarse mercados: los obreros no tendrían patria, por lo que el partido comunista se fundó como I Internacional en 1864. Dentro de ella estallaron las luchas por el poder con los anarquistas de Bakunin, que rompieron la organización. Una II Internacional, sin anarquistas, se fundó en 1889. La mayor fuerza del marxismo durante largo tiempo fue en el Partido Socialdemócrata alemán, pero también se extendió por Francia, España, Italia, Rusia y otros países.

Bakunin acusaba a Marx de montar una organización ultracentralista, una dictadura que no sería del proletariado sino sobre el proletariado, y más opresiva que los poderes *burgueses*. Bakunin juzgaba el poder mismo, junto con la ignorancia, las cadenas más pesadas que aherrojaban a la humanidad, de modo que los preparativos revolucionarios debían hacer hincapié en la instrucción —a su modo— de las masas, hasta derribar el poder burgués sin sustituirlo por otro. Lamentablemente, sus prédicas convencían a pocos, por lo que propugnó sociedades secretas manejadas por otras más secretas, de individuos totalmente devotos a la causa y sin escrúpulos para emplear el terrorismo y manipular a la gente para obligarla a luchar. Inauguró una época de asesinatos de personajes públicos, con mayor duración en Rusia y España. El anarquismo daba menos importancia a la economía y más al poder y a la religión como factores de perversión del hombre, en la línea de Rousseau, y cuya destrucción emanciparía de modo automático a la sociedad.

En el análisis meramente económico, aunque con consecuencias ideológicas, Marx trató de encontrar una medida del valor de los productos más allá de la utilidad o interés subjetivo por los mismos. Creyó encontrarla, partiendo de una idea no desarrollada por Adam Smith, en el tiempo de trabajo contenido en las mercancías. La solución se demostró contradictoria, pues el tiempo de trabajo dedicado a una misma mercancía variaba según la época, la técnica empleada y la destreza del operario. Además, el trabajo debía incluir no solo las horas de trabajo físico del obrero, sino también aspectos no físicos como la idea creadora de la mercancía, la iniciativa empresarial, la organización del trabajo, etc., elementos diseñados por Marx.

# 31

# Las aventuras de la razón (II)
# Darwin, Nietzsche, Pío IX, Donoso

Entre tanto, en 1859 aparecía en Inglaterra la obra de Charles Darwin *El origen de las especies*, y en 1871 *El origen del hombre y la selección ligada al sexo*. A la idea, ya existente en los griegos, de que las variadísimas formas de la vida debían tener origen común, aportó Darwin una doctrina precisa, basada en tres ideas: cada especie produce muchos más individuos de los que pueden sobrevivir, lo cual origina una lucha por la vida. Dentro de las especies se da una variabilidad de rasgos heredables, por lo que la naturaleza elegirá los más eficaces para la supervivencia, que se reproducirán mejor. Con ayuda del tiempo, esas variaciones darán lugar a nuevas especies. El hombre, con sus particularidades, es en definitiva un animal más, que debe haber evolucionado a partir de los simios o de una especie común a ambos. El conocimiento de estos mecanismos descartaba la intervención sobrenatural de la divinidad.

La teoría partía de numerosas observaciones, y aunque incompleta hasta que se descubrieron los mecanismos genéticos, era ingeniosa y lógica. No podía demostrar a conciencia sus asertos, pero se presumía científica en cuanto prescindía de la divinidad y de la noción de finalidad: ni Dios intervenía ni la evolución respondía a algún designio finalista, simplemente ocurría por mutaciones al azar entre

las que seleccionaba la naturaleza. Sus efectos ideológicos fueron rápidos y enormes. Los anticristianos la saludaron como un golpe decisivo: así como la teoría de Newton permitía explicar el funcionamiento del universo sin necesidad de recurrir a Dios, lo mismo ocurría ahora con la vida y con el hombre. Un sector protestante rechazó el darwinismo, apoyándose en el libro del Génesis, según el cual Dios creó las especies y directamente al hombre. La Iglesia católica aceptó la nueva teoría con más facilidad, manteniendo la intervención directa de Dios en el origen tanto del universo como del hombre.

El darwinismo resultaba demoledor en un plano más profundo: el ser humano ya no era el culmen de la creación, una imagen de la divinidad: se reducía a un suceso más dentro del universo; las cualidades que le distinguían del animal no procedían de una chispa divina, sino de la misma animalidad; y su vida dejaba de tener finalidad o sentido, no más en todo caso que el de tantas especies aparecidas y extinguidas a lo largo de eones. La lucha por la existencia no tenía otra finalidad que sobrevivir, y la supervivencia dependía de infinitos azares biológicos. Perdían todo significado ideas como la expresada por Pico della Mirandola y base de la moral católica, del hombre capacitado por su libertad para elevarse a un plano semidivino o degradarse a la condición animal.

La nueva teoría fue aclamada como nuevo y grandioso triunfo de la razón y la ciencia, aunque rebajase de tal modo el concepto que el ser humano solía tener de sí mismo. Ya había ocurrido en pequeña medida con la teoría heliocéntrica, pero ahora con efecto demoledor. Por otra parte no fundamentaba una conclusión única, sino varias distintas e incluso opuestas, como había ocurrido con el estudio racional de la economía, del que habían surgido

interpretaciones antagónicas como el liberalismo, el comunismo o el anarquismo, y aun cada uno con sus variantes. Por ejemplo, el darwinismo podía entenderse como explicación de las guerras, tan detestadas como recurrentes, e interpretables ahora como un mecanismo de selección biológico-social; o bien el concepto de evolución, asimilable al progreso, sugería —más difícilmente— una actitud pacifista y cooperativa, más próxima al cristianismo. Pero en rigor derruía el fundamento de la moral, pues a un animal, y el hombre lo es, no se le atribuye conducta moral. El bien y el mal quedan sustituidos por el éxito y el fracaso.

Una de sus derivaciones más importantes consistió en otorgar al racismo una supuesta base científica. Conductas racistas se dan probablemente en todas las culturas, pero en Europa se habían acentuado por su ventaja técnica y material sobre el resto del mundo, y también en el arte y el pensamiento. Hume lo había explicado y en Francia Joseph de Gobineau lo teorizó en los años cincuenta: la raza blanca demostraba su superioridad por sus creaciones culturales, y dentro de ella la parte rubia o aria alcanzaba el máximo nivel. La mezcla de razas causaría degeneración, y los únicos que se conservaban puros eran los germanos (ya lo había creído observar Tácito). Gobineau alababa los antiquísimos textos védicos de India, que pregonaban la superioridad de los «de cabello y barba amarillos» y la aversión a los de piel oscura. A su vez, las aristocracias eran superiores a la gente común, por tener un mayor componente ario. Ese enfoque autorizaba a interpretar la Revolución Francesa como una revuelta de los inferiores contra los superiores descendientes de los francos. Claro que también podía verse al revés, como una nueva invasión de los bárbaros, dada su actitud demoledora hacia el pasado, tanto hacia sus valores como hacia sus monumentos y recuerdos concretos.

El racismo era también muy intenso en Inglaterra y Usa. Rhodes, uno de los imperialistas ingleses más conspicuos y autor del gran plan de dominio «de El Cairo a El Cabo», estaba convencido de la superioridad de la raza anglosajona sobre las demás, por lo que «cuanta mayor parte del mundo colonicemos, mejor para la humanidad». La derrota de España en la guerra del 98 con Usa fue interpretada como efecto de la superioridad anglosajona sobre los decadentes latinos. Etc. El darwinismo daría lugar en muchos países a programas de esterilización y eugenésicos. Cabe ver también en el racismo cierta analogía con la doctrina protestante de los predestinados a la salvación.

A su vez, Marx saludó las tesis de Darwin con fervor, ponderándolas como «la base para nuestras tesis a partir de la historia natural»: la lucha de clases manifestaría en el plano social la lucha biológica por la vida. Engels explicó en el elogio fúnebre al coautor del *Manifiesto Comunista*: «Igual que Darwin ha descubierto las leyes del desarrollo de la naturaleza orgánica, Marx ha descubierto las leyes del desarrollo de la historia humana». Parece que la admiración de Marx por Darwin no fue recíproca, pues el inglés no dejó de ser un investigador burgués, de querencia liberal. La religión y sus contradicciones siempre le preocuparon y angustiaron, y finalmente se declaró agnóstico, admitiendo la incapacidad de la mente humana para penetrar el misterio último del universo. Algo que Marx habría calificado de cobardía e inconsecuencia.

También el liberalismo sacaba partido del darwinismo: la economía, como ciencia de los recursos escasos, reflejaba en el plano social la constante biológica que hacía perecer a los menos aptos. Así, la observación más elemental mostraba cómo en la sociedad humana prosperaban los más hábiles y se arruinaban los menos diestros o afortunados en una

pugna sin fin por la riqueza y el poder. La economía, base de la evolución social, reflejaba a su manera la lucha por la vida.

La marca darwiniana resalta asimismo en Friedrich Nietzsche, uno de los filósofos más significativos del siglo. Nietzsche entendió que las tesis de Darwin demolían los principios de la moralidad y la especulación metafísica, dejando solo como motor de la vida el instinto de supervivencia, manifiesto en el hombre como voluntad de poder. Esa voluntad constituía la moral misma, que dictaba la necesidad biológica del imperio de los fuertes sobre los débiles e incapaces, pudiendo incluso «ayudar a perecer» a los últimos. La historia solo podía entenderse racionalmente como ejercicio de la voluntad de poder, descartando la inane moralina cristiana. Nietzsche recogía una tradición muy antigua, ya expuesta por algún sofista griego e impresa en la religión germánica con su gusto por la lucha y su pesimismo de fondo; pero ahora con base *científica*. La evolución debía desembocar en el superhombre, capaz de crear sus propios valores a partir de su voluntad de poder. Una visión de la vida radicalmente opuesta a la cristiana «religión de la compasión», sobre todo en su versión católica; y Nietzsche condenó sin ambages el cristianismo como insano, contrario a las leyes de la vida, debilitador de la fuerza y el poder, propio de esclavos e ineptos, como ya se decía en la Roma antigua. Las ideas de Nietzsche tienen algo de desarrollo extremo, bajo inspiración cientifista, del nominalismo de Occam, que disociaba el bien y el mal de la razón, atribuyéndolos a la libre voluntad divina, inaccesible en definitiva al entendimiento humano, dejando a su vez la guía de la conducta a la voluntad del individuo. Esta inaccesibilidad lleva a prescindir de Dios a efectos prácticos y finalmente teóricos.

El darwinismo, por tanto, parecía fundamentar científicamente, con plena certeza, la religión prometeica en sus modalidades liberal, marxista, nietzscheana u otras. Sin embargo su consecuencia ideológica mayor venía a ser el nihilismo: la vida, en general, y la humana en particular, carece de sentido, por tanto de valor. Esto podría causar desesperación, pero una salida posible era la liberación de toda constricción moral o religiosa: cada uno conduciría su vida de acuerdo con los valores que prefiriese: recogía la aspiración renacentista a construir la propia fortuna, pero sin el apoyo cristiano que entonces se daba por hecho. Ahora cada uno podía dar a su vida el sentido que prefiriera: lucha de clases, lucha de razas, pacifismo, búsqueda del placer o del poder… La idea no científica y difícilmente asible del Bien y el Mal quedaba sustituida una vez más por la del Éxito y el Fracaso. El Hombre como dios, libre de constricciones morales y religiosas, adquiría una libertad y poder absolutos, no solo sobre el mundo, dominable por la ciencia y la técnica, sino sobre sí mismo, según una voluntad no obstante parecida al capricho, que giraría en el vacío. Macbeth estaría en lo justo.

También cabía enfocar el darwinismo de otro modo, aunque no solía hacerse: la finalidad o designio, excluido por el método científico y por oculto que se halle, queda implicado en el hecho mismo de la selección, pues en otro caso las mutaciones producirían monstruos sin cesar. La selección supone también un agente seleccionador, en este caso «la naturaleza», dotada de ciertas cualidades divinas desde Spinoza. Decir «naturaleza» suena más científico que decir «Dios», pero es un concepto tan poco claro como el de divinidad. O el de «pueblo». O el de «razón». O el de «hombre». De la naturaleza conocemos algunos aspectos e ignoramos otros, y de hecho, la idea que se hacían de ella en

los siglos XVIII y XIX iba a cambiar sustancialmente en el XX. Además, en el fondo del evolucionismo late el poderoso instinto de supervivencia, común a toda la vida, pero ¿de dónde salía ese instinto? En fin, era difícil salir de la tautología al explicar la supervivencia del más apto o del más fuerte: si salía adelante o triunfaba era por ser el más apto, y si era el más apto se debía a que triunfaba.

Y la casi feroz exigencia de sentido en la psique humana, que daba lugar a tantas especulaciones y mitos desde el origen de la sociedad, ¿podía ser un simple error gratuito de nuestra mente, ajeno al resto de la naturaleza que marchaba sin finalidad alguna? ¿No exigía la razón que sentido y finalidad fueran asimismo «naturales» y no absurdos de origen no natural? ¿O habría en el hombre algo no natural, entonces?

Era preciso también estudiar racionalmente el propio cristianismo y la causa de su influencia a lo largo de casi dos milenios. De siempre se había aceptado la ineptitud de la razón ante ideas como la vida después de la muerte, la virginidad de María, la acción del Espíritu Santo, la divinidad de un hombre, sus milagros, su muerte como Dios por otros hombres, la resurrección, el carácter trinitario de la divinidad, etc. Todas ellas exigían fe, con la razón reducida a auxiliar parcial. Pero la razón podía desacralizarlas y convertirlas en objeto de chanzas por sus incoherencias, como habían hecho varios enciclopedistas. Además, ¿en qué sentido era Europa cristiana? No podía decirse que la historia europea se adaptase especialmente bien a los preceptos de Cristo, quizá porque fuera imposible, aunque cabía argüir que la religión había obrado como freno al desencadenamiento de los más peligrosos instintos humanos y como estímulo cultural.

Naturalmente, Jesús era un hombre, no un dios, y en Alemania se emprendieron estudios científicos sobre su vida, circunstancias históricas y versiones contradictorias de los Evangelios. Dentro de la moda racista, se le presentó como un ario de Galilea, zona de mezclas raciales, y no como semita. Su doctrina debía interpretarse como ruptura radical con el judaísmo, lo que explicaría su expansión por Europa, «aria» en mayor o menor proporción. El pensador francés Ernest Renan, en su *Vida de Jesús*, encontró admirable al ario Jesús: «Hacerse amar al punto de que no haya dejado de ser amado desde su muerte, he aquí su obra maestra». Jesús no habría fundado una religión con sus dogmas, que corresponderían más bien a San Pablo, sino un espíritu nuevo para la humanidad. Se puso de moda hablar del cristianismo céltico y germánico, negándole origen semítico, pese a que la insistencia cristiana en la igualdad ante Dios, la mansedumbre, la compasión, la paz, etc., casaban mal con las religiones arias. Otros puntos de vista igualaban cristianismo y judaísmo como religión judeocristiana.

* * *

La tendencia liberal predominante en el siglo XIX tendía a arrinconar la presencia religiosa al ámbito estrictamente privado. En esa dirección marchaba el laicismo en Francia, a veces con uso violento del poder («¡El clericalismo, he ahí el enemigo!»), eliminación de la enseñanza religiosa, secularización de los cementerios, retirada de crucifijos, expulsión de órdenes religiosas, etc.; en España los bienes eclesiásticos habían sido expropiados o expoliados, se habían organizado matanzas de frailes, y las órdenes religiosas masculinas habían sido prohibidas, aunque desde el concordato de 1851 la situación había mejorado; el movimiento nacionalista italiano era abiertamente

anticlerical; en Alemania, el canciller Bismarck había emprendido la *Kulturkampf*, «lucha por la cultura», directamente contra la Iglesia católica, vista como un peligro de «polaquización» y debilitación de la germanidad. En Suiza ocurrió algo semejante, con expulsión de los jesuitas y prohibición de elegir a clérigos.

A todo ello reaccionó el papa Pío IX en su largo pontificado (1846-1878). Renovó el rechazo a la masonería y al deísmo, y en su bula *Quanta cura,* y un listado (*Syllabus*) de ochenta «errores modernos», condenó el *modernismo* en la Iglesia, entendido como caballo de Troya del liberalismo contra el dogma. Las tesis denunciadas como errores partían de una razón ajena a la fe como único árbitro de lo verdadero y lo falso, dando a cada individuo el derecho a pensar y expresar cualquier idea y a practicar cualquier religión, sin restricción de ninguna autoridad civil o religiosa. De ahí la separación de la Iglesia y el Estado, el matrimonio civil disoluble mediante el divorcio, etc. Aquellas libertades parecían el arma más decisiva contra la Iglesia, al separarla radicalmente del poder político, subordinar la moral a la política y negar la historia anterior, en la que la Iglesia había desempeñado un papel tan intenso. Frente a esas interpretaciones, el Papa defendió el libre albedrío de la persona como base de la responsabilidad y de una moral objetiva, no sometida a la conveniencia u opinión de cada individuo.

Pío IX, por tanto, defendía la doctrina tradicional de la Iglesia, que a su juicio no podía ser desestimada como una serie de opiniones cualesquiera, muchas de ellas perfectamente irracionales y contradictorias. Proclamó también el dogma de la Inmaculada Concepción de María, y la infalibilidad papal en materia de fe y de costumbres, siempre que se pronunciara *ex cathedra*, algo que muy raras

veces sucedía. Y contra la difundida tesis de que la Iglesia propiciaba el oscurantismo y aplastaba la ciencia, sostuvo lo contrario y llamó a los —por otra parte numerosos— científicos católicos a intensificar sus trabajos. Según él, no podía haber contradicción entre la ciencia y el dogma católico, solo insuficiencia de la investigación.

En 1869 se abrió el Concilio Vaticano I, cortado por la Guerra Franco-Prusiana y la ocupación de Roma por los nacionalistas italianos. Con todo, reafirmó la doctrina de Trento y la confesionalidad de los estados. Dios era un ser personal, pura transcendencia independiente de la naturaleza y creador libre. La Revelación comunica la existencia de Dios y la razón está capacitada para demostrarla: la fe cristiana es por ello razonable y razonante. El agnosticismo sería una carencia o inconsecuencia. En la vieja cuestión sobre la primacía del pontífice o de los concilios, ratificaba la primera: las resoluciones conciliares solo serían obligatorias para la Iglesia una vez las confirmara el Papa.

A pesar de que la hostilidad al cristianismo se armaba con las potentes armas de la ciencia, y de que en todo los países predominaba el hostigamiento político, la Iglesia católica conservaba la mayoría de sus feudos populares, crecía en los protestantes y mantenía y extendía su actividad misionera por otros continentes. En Francia, el fenómeno de Lourdes propició un resurgimiento religioso. En la misma Inglaterra se iban levantando las restricciones contra los católicos, aunque dentro de la línea de reducirlos a la privacidad; algunos clérigos e intelectuales anglicanos («movimiento de Oxford») propugnaban el acercamiento a Roma, y dos de sus figuras más destacadas, John Newman y Henry Manning se convirtieron al catolicismo. Quizá una de las causas estribaba en que la Iglesia proponía unas certezas vitales,

por extrañas que a veces fueren, mientras que la sensación de no tener nada preciso a qué atenerse, de que todo era opinable, creaba una profunda angustia en muchos seres humanos.

Precisamente en ese sentido va la crítica de Donoso Cortés, en la línea de De Maistre y otros. Originariamente liberal ardiente, Donoso evolucionó en sentido contrario en su *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*. Le sirve de punto de partida el anarquista Proudhon, cuya «guerra a Dios» no le impide percibir cómo en las cuestiones políticas termina tropezándose con la teología. Siendo masón, el anarquista interpretaba al Gran Arquitecto al margen de toda consideración metafísica, como un símbolo del «equilibrio universal» y de la justicia. Puesto que, en la estela de Rousseau, considera la propiedad un robo, su oposición al liberalismo es radical, y si bien comparte con los liberales cierto culto al individuo, lo extrema hasta declarar a este soberano absoluto sobre sí mismo, y a toda forma de gobierno una tiranía inadmisible (también contra Marx). Proudhon representa el endiosamiento del Hombre, no como humanidad sino como individuo, llevando a sus últimas consecuencias la idea protestante del libre examen y su consecuente independencia moral, en una tradición todavía más antigua dentro de la cristiandad europea.

Donoso trató de comparar los principios esenciales de las tres doctrinas, que en resumen trataban del mal y la oposición a él. En suma, el liberalismo achacaba el mal a las instituciones políticas y el socialismo (incluido el anarquismo) a la más profunda organización social. El catolicismo, en cambio, ve el principio del mal en la propia naturaleza humana, por lo cual carga el esfuerzo en su mejoramiento moral. De acuerdo con su crítica, las

revoluciones y cambios políticos liberales no solo producirían graves trastornos, sino que en el fondo resultarían fútiles. Tanto más cuanto que la tolerancia liberal no sería otra cosa que indiferencia hacia las verdades más vitales, reducidas a opiniones discutibles, en el fondo sin importancia. Indiferencia productora de escepticismo y ateísmo, que allanaría el camino a la revolución social. El socialismo, en cambio, tendría una gran ventaja sobre el liberalismo «porque se van derechas a todos los grandes problemas y a todas las grandes cuestiones y proponen siempre una solución perentoria y decisiva». El liberalismo excluiría cualquier fe, excepto quizás en la economía, pero en el socialismo la fe era muy fuerte, solo que, a juicio de Donoso, una fe satánica. El liberalismo «no domina sino cuando la sociedad desfallece (…) y no sabe si irse con Barrabás o con Jesús». Al contrario que el catolicismo, sería «impotente para el bien, porque carece de toda afirmación dogmática». Y al revés que el socialismo, también sería incapaz para el mal «porque le causa horror toda negación intrépida y absoluta», es decir, la negación de la divinidad. La pretensión socialista de convertir la tierra en paraíso «haría brotar sangre hasta de las rocas, y la tierra se convertiría en un infierno». El liberalismo, por su naturaleza ambigua, no se sabe de qué parte estará el día de la «tremenda batalla» entre catolicismo y socialismo.

Según Donoso, por el catolicismo «entró el orden en el hombre, y por el hombre en las sociedades humanas (…). El dogma católico fue el criterio de las ciencias, la moral católica el criterio de las acciones, y la caridad el criterio de los afectos. La conciencia humana, salida de su estado caótico, vio claro en las tinieblas interiores, como en las tinieblas exteriores». Pero si bien las revoluciones liberales y democráticas distaban de dar frutos muy satisfactorios, los

adversarios de Donoso podían objetarle el escaso desarrollo científico y pobreza de pensamiento de la católica España desde hacía mucho tiempo, en comparación con los avances en países protestantes y liberales. Un problema de no fácil solución.

# 32

# El hombre, divinidad precaria

Los siglos XIX y XX podrían ser llamados «de las ideologías», brotadas de la Ilustración. A las modalidades liberal, marxista, anarquista o nihilista se sumarían en la primera mitad del siglo XX los dos fascismos italiano y alemán. El término «ideología» se ha usado en varios sentidos, como el de Marx o como filosofías degradadas aptas para movilizar al vulgo; aquí le doy el de concepciones del mundo con directa proyección política, basadas en la razón y excluyentes de la fe religiosa. Ideología, por tanto, se opone a religión, en principio. Pero, como ya hemos indicado, el efecto del culto a la Razón es la divinización del Hombre, dueño de tal instrumento todopoderoso, que le permite percibir, por ejemplo, la evidencia de que Dios no ha creado al hombre con barro, como pretende el irracional mito, sino que el Hombre ha creado los dioses a su imagen y semejanza, amasándolos con el barro de la ignorancia y el temor. Por tanto, podía prescindir de ellos. Y la moral, que se decía una imposición de la divinidad, ¿acaso estaría fuera del alcance humano construirla de acuerdo con su razón y ciencia?

En *Antígona*, Sófocles hace decir al coro:

> Muchos son los misterios (o las maravillas, o portentos), pero nada más misterioso que el hombre. Él cruza el espumoso mar con borrascoso ábrego y lo surca bajo las amenazantes olas que braman a su alrededor. Y a la tierra, la más venerable de los dioses, inagotable e infatigable, la va fatigando con el ir y venir de los arados un año y otro (…). Él se ha procurado el lenguaje y los alados pensamientos y las normas que ponen orden a las ciudades (…). No hay

suceso al que se enfrente sin encontrar soluciones, solo al Hades no podrá escapar, pero ya concibe medios de escapar a enfermedades antes incurables. Pero aun con tal ingenio y recursos, unas veces resbala hacia el mal, otras se desliza al bien…

Si quisiéramos buscar la diferencia más profunda entre ideología y religión, la encontraríamos en la inclinación de la primera a suprimir la última frase del discurso, la moral, y sustituirla por las habilidades de la razón.

Aún se percibe mejor en el mito del pecado original. La ideología desdeña el mito por irrazonable: ¿cómo puede un niño nacer con pecado, por culpa de Adán y Eva? Pero el pecado original describe muy bien la condición humana, su paso de la inocencia del instinto animal a la esfera de la moral, tan a menudo atormentadora, donde él se mueve forzosamente sin dominarla jamás ni entenderla del todo; tema desarrollado en el Libro de Job y en general a lo largo de la Biblia y el Evangelio. Negar el pecado original, la culpa, prometer la vuelta al paraíso de una libertad sin consecuencias ni responsabilidad, viene a ser la aspiración profunda de las ideologías, y de ahí su intensa sugestión sobre la psique, que detesta cualquier sujeción y límite a sus deseos.

* * *

Gran parte del siglo XIX transcurrió, estética y políticamente, bajo el signo del romanticismo y los llamados posromanticismos. Al igual que los movimientos anteriores que habían conformado Europa desde la Edad de las Invasiones, implicó una concepción de la vida extendida al arte y la política; y aunque podría presentarse como contrario a la razón y la ciencia, no obstaculizó a estas, pues aquel siglo marcó un apogeo de la técnica y de la ciencia o de un modo de concebir esta. Más bien expresa cierto predominio del sentimiento dentro de la tensión entre este y

la razón que caracteriza la evolución europea y que alterna el peso de una y otro, sin eliminar a ninguno. Goethe, que participó en su gestación, terminaría definiendo el clasicismo como lo sano y el romanticismo como lo enfermo, pero este resultó inmensamente creativo en música, pintura y literatura, y también en política.

Existe un fondo común entre clasicismo y romanticismo: el culto al Hombre como una especie de nueva divinidad. Dentro de ello, el clasicismo ilustrado es generalista, exalta la razón, esperando que esta lleve a verdades inconcusas y universales sobre el mundo, la vida y el destino humano e imponga la lógica sumisión de la humanidad a ellas. El romanticismo, en cambio, exalta en el hombre lo individual, el sentimiento, una libertad y creatividad ilimitadas. En sus extremos, así como el racionalismo anula la libertad en función de conclusiones ineluctables, el romanticismo empuja hacia la anarquía, la ruptura con las normas y con cualquier orden social; la popularidad de la figura del pirata o del bandido fue uno de sus rasgos. Políticamente, la Ilustración tendía a difuminar o destruir las particularidades nacionales y a desdeñar las tradiciones populares, mientras que el romanticismo ponía estas muy en primer plano. En las ideologías catalogaríamos como próxima al clasicismo la de Marx, y al romanticismo la de Bakunin. Desde luego, el romanticismo no renunciaba a la razón, con la que defendía sus posturas en pro del sentimiento (una razón que no tomase en cuenta el sentimiento sería muy poco razonable). De modo similar, el racionalismo clasicista generaba sentimientos intensos, bien visibles en las revoluciones y odios a que dio lugar.

Con el romanticismo no desapareció lo que Goethe llamaba clasicismo: de hecho siempre permaneció cierta amalgama entre ambos. François Guizot escribió un ensayo

sobre la civilización europea, suponiendo a Francia el núcleo generador y concibiendo la civilización como un progreso sin fin de la actividad social y del individuo moral. El factor clave habría sido el segundo: el cristianismo en sus primeros siglos no atacó ninguno de los males sociales, pero «cambió al hombre interior, sus creencias, sus sentimientos; regeneró al hombre moral, al hombre intelectual»; y de ahí desarrollos sociales posteriores. También podía ocurrir a la inversa: que la mayor riqueza, igualdad y orden social mejorasen moralmente a los individuos. En una visión progresista, cada generación humana y cada individuo perdían entidad propia, reducida a servir de abono, por así decir, a los siguientes. Y la religión sería solo un factor más en el proceso.

Auguste Comte fue más allá en su racionalización inventando la «ley de los tres estadios» por los que pasaría la humanidad: el religioso o teológico, basado en ficciones míticas; el metafísico o filosófico, apoyado en abstracciones, y el científico o positivo, cuyo instrumento era el método de las ciencias para llegar a certezas indudables. La sociología coronaría a las demás ciencias, a las que utilizaría para alcanzar una organización científica de la sociedad, consigna muy difundida por entonces en los medios intelectuales europeos. El núcleo de la idea era el ateísmo, o bien una «religión de la humanidad», con una moral asimismo científica y culto a grandes hombres, en particular los de ciencia. Una organización social «científica» acabaría con la libertad de los individuos, la cual quedaría como superstición heredada de los estadios anteriores.

Se partía del «Hombre», fuera en su faceta social como «humanidad» armada del instrumento de la Razón todopoderosa e impositiva; o en su faceta individual, el «yo» libérrimo incluso frente a la sociedad. Enfocado de un modo u otro, el Hombre parecía una evidencia, pero en definitiva,

¿qué era ese ser divinizado?

Uno de los modos más antiguos de intentar penetrar en el destino humano es la literatura, cuya descendencia de los mitos religiosos no exige mucha argumentación. Y el siglo XIX fue el gran siglo de la novela. Numerosos países europeos produjeron algún autor excepcional, así Manzoni suele ser considerado el mayor literato italiano desde Dante; Eça de Queirós desde Camoens; o Galdós desde Cervantes. Francia, Inglaterra y Rusia fueron especialmente prolíficas en narradores de talento.

Con cierta arbitrariedad podríamos considerar los más significativos a Balzac, Dickens y los rusos Dostoievski y Tolstoi. Los cuatro se preocuparon especialmente de describir caracteres bajo cuyos avatares aflorase la profundidad de la condición humana. Balzac aspiraba a trazar una «historia natural de la sociedad» a través de su colección de obras *La comedia humana*, así llamada por referencia a la *Divina comedia*. Resultaba, desde luego, poco divina, y la palabra comedia remite en Balzac más bien a la farsa. Por sus novelas pulula una multitud de personajes de todo género y clase, de fuerte relieve bajo una observación aparentemente fría, como diseccionados en sus conductas, sin insistir en calificaciones morales, que aun así se desprenden, difuminadas, del propio relato. En su mundo, el dinero es la medida de todas las cosas y corrompe el amor, las virtudes, las ilusiones o las pasiones, que fracasan o concluyen en la trivialidad gris de la existencia *burguesa* donde triunfan a menudo los más deshonestos y vulgares. En *El coronel Chabert*, por ejemplo, esa visión alcanza una profundidad entre cínica y trágica: «La vida humana es así», y no deja mucha esperanza de cambio. Podría describirse con una frase de Sartre: «El hombre es una pasión inútil».

Parece que Balzac se aproximó al final al catolicismo, pero su enfoque es el de un positivista sin ilusiones, un *burgués* materialista, ilustrado y escéptico y aun así fascinado por el paisaje humano.

La aproximación de Dickens difiere radicalmente. Se ha hecho notar a menudo su denuncia social de la miseria y del abuso que sufrían las capas más desprotegidas de la sociedad bajo el triunfalismo y el moralismo de la sociedad victoriana. Pero su enfoque no es amargo ni cínico ni frío : es el de un reformista social que cree en la capacidad de mejora de ser humano y de la sociedad, en el triunfo final de la virtud sobre el vicio. La injusticia existe, pero es remediable, como ocurre en *Oliver Twist*. Las circunstancias que hacen desdichados a los personajes provienen sobre todo de la pobreza, pero la persistencia en la virtud termina por hacerlos recibir su merecido premio, así como los malos obtienen el castigo. Continúa una larga y optimista línea de la literatura inglesa, en la que tiene un papel el humor, a menudo sarcástico pero sin veneno. Hay en Dickens un optimismo de fondo, y su compasión por los desdichados brota de su espíritu religioso (anglicano). Comparte los valores e ideales de la sociedad en que vive, y si retrata sus males es con la convicción de que no son permanentes y que el progreso social e individual es posible y real. Balzac, también conservador en sus ideas, no parece creer mucho en el progreso moral del individuo.

Dostoievski y Tolstoi son las máximas figuras del sobresaliente florecimiento cultural ruso, y para muchos los mayores novelistas de la historia. Los dos profundizan como pocos en la condición humana, difiriendo mucho entre sí. Dostoievski percibe con fuerte ansiedad las consecuencias de las corrientes darwinianas y nihilistas que niegan a Dios y, con él, la moral. Su obra *Demonios* tiene algo de profética

sobre lo que había de ocurrir en Rusia en el siglo XX. Pero es Raskólnikof en *Crimen y castigo*, el personaje que asume su función divina declarándose dueño del destino de la vieja usurera, de su vida sórdida y parasitaria, una vida «inútil» (el utilitarismo era también una doctrina muy en boga). El asesinato, el hacerse dueño y destructor de una vida ajena, puesta en el mundo por una fuerza incomprensible, por tanto irracional, es la manifestación más profunda de la divinización del Hombre, al menos del Hombre superior que ha comprendido la realidad de la vida y sus leyes. El ejemplo fascinante de Napoleón, que no ha vacilado en sacrificar a multitud de personas a su gloria, y es, no obstante, adorado por tanta gente, manifiesta esa realidad: el hombre superior, el genio divinizado, está justificado para romper las pequeñas reglas de la moral que torturan a los espíritus pequeños. Sin embargo Raskólnikof no consigue escapar a la culpa, que le atenaza y le lleva a comprender que debe pagar el crimen, y encontrará redención en el amor por Sonia. El relato es psicológicamente profundo y convincente, pero, ¿y qué decir de tantos criminales que no parecen sentir la menor culpa por sus actos?

En Tolstoi debe distinguirse su última etapa, mística, anarcocristiana, aspirante a la disolución del yo, en la que renegó de sus novelas; y su época literariamente creativa. Una diferencia típica con Dostoievski consiste en el carácter épico de varias de sus obras, particularmente la más famosa, *Guerra y paz*, carácter ausente en el anterior, cuyo estilo es más bien dramático. *Guerra y paz* ha sido comparada, algo forzadamente, con la *Ilíada.* Esta es un relato de héroes, mientras que la obra de Tolstoi, que él no consideró una novela, trata de responder más bien a su concepto de la historiografía: «Para estudiar las leyes de la historia debemos cambiar del todo el objeto de estudio; olvidar a los

reyes, ministros y generales y estudiar los elementos homogéneos e infinitamente pequeños que guían a la masa». Nada de héroes, pues. De hecho, *Guerra y paz* es solo parcialmente una novela, pues integra frecuentes ensayos sobre el poder, la guerra o la historia. En ella, los personajes, aun ficticios la mayoría, van trazando al mismo tiempo una grandiosa panorámica de la vida rusa, algo que no preocupa a Dostoievski. En este sentido tiene algo de epopeya. No existen personajes de relieve especial que caractericen la trama (Pierre Bezújof es el más citado), sino un gran número de ellos, tratados con auténtica genialidad en sus rasgos personales, en el entrelazamiento de sus pasiones, deseos y aspiraciones en tiempos de paz, arrastrados y confundidos luego por el torbellino bélico. Un panorama grandioso; pero en el epílogo vemos a varios de los supervivientes principales sumidos en una vida vulgar: la brillante Natasha ha perdido su chispa y su ingenio, se ha vuelto gris y tacaña, y Pierre se ha convertido en algo así como un marido pusilánime. Los celos afloran aquí y allá, y tampoco las vidas de Nicolai, la princesa María o Sonia sugieren algo más que una existencia anodina, harto alejada de la épica anterior: tanta excitación y convulsión para tan poca cosa, podría ser una conclusión. Tolstoi da por supuesta la existencia de unas leyes del movimiento histórico, pero su obra expresa más bien lo contrario, a menos que esa sea la ley: muchos trabajos y pobre desenlace.

Hay alguna similitud entre Balzac y el Tolstoi de *Guerra y paz*. En ambos la vida viene a constituir una agitación sin objetivo claro, no deja de acercarse a una pasión inútil, si bien en Tolstoi la poesía y el amor tienen un papel más relevante. También hay similitud entre Dickens y Dostoievski, los dos con un fondo religioso más intenso, pero que en el primero nos parece convencional, y en el

segundo alcanza un calado muy superior. La actitud de Dostoievski se resume en su famosa frase: «Si Dios no existe, todo está permitido». Y ese «todo» es principalmente el crimen, el más salvaje de los crímenes… que en realidad dejaría de serlo, pues no habría criterio para definirlo como tal. Y por lo demás, la creencia en Dios no ha evitado la comisión de enormes atrocidades en la historia. El autor gira en gran medida sobre ese tema: el crimen existe, es algo real, no una simple convención supersticiosa de los débiles; y por tanto debe ser expiado: la fe y el amor cristiano ofrecen el camino de redención. Una fe empapada en angustia, por la deficiente capacidad humana para comprender los designios divinos en medio del dolor y el mal tan presentes en el mundo.

En estos cuatro autores encontramos una cruda disparidad entre una sociedad que parecía avanzar rápidamente hacia la solución de todos los problemas técnicos y vitales, como sugería el coro de *Antígona*, final de la historia y sus desdichas a cargo de un hombre divinizado, vislumbrado por Comte y otros muchos; y la escasa consistencia del hombre de carne y hueso, sujeto a mil inquietudes y avatares. Pero, cabría decir, la literatura, como el arte en general, no pasa de ser ficción, sin otra competencia real o utilitaria que la de divertir imaginativamente a la gente. Por tanto, sin la transcendencia significativa que algunos pretenden otorgarle.

Habría que ir, pues, a la ciencia, y al respecto Sigmund Freud publicaba sus primeras obras a finales del siglo XIX. Hoy, Freud está bastante desacreditado, pero se ha dicho durante mucho tiempo que el siglo XX ha sido la obra de tres judíos, o judeogermanos: Marx, Freud y Einstein…

Obviamente no es así, pero sí es cierta su poderosa influencia en muchas de las corrientes intelectuales de la época. Y pese a que Marx detestaba directamente a los judíos, Freud era ateo y Einstein poco creyente.

Freud, de modo semejante a Marx, intentó un estudio científico del animal hombre, y simplificando al extremo, diríamos que Marx trata de explicarlo a partir de la función nutritiva, del «ávido y funesto estómago» que diría Homero, y cuya insatisfacción daría lugar a la lucha de clases; y Freud a partir del sexo, la función reproductiva tan complicada en el ser humano. Las doctrinas de ambos gozarían de enorme aceptación en medios intelectuales y artísticos, también populares, sobre todos en los años veinte y sesenta, sin que su fascinación haya desaparecido del todo.

Freud explicó al hombre, es decir, su psique, mediante un conflicto entre su instinto sexual y las imposiciones morales, que tendía a resolverse en neurosis. En la psique operarían tres instancias, el «ello», los deseos inconscientes; el «superyó» o las normas morales impuestas desde la infancia por la educación; y el «yo» consciente en parte, que orienta la vida entre las presiones del ello y el superyó, fracasando a menudo y dando lugar a enfermedades mentales. La represión de los deseos por el superyó hace que estos reaparezcan simbólicamente disfrazados en los sueños o en diversas manifestaciones neuróticas.

Para explicar la conducta, incluso la historia humana, Freud recurrió al mito de Edipo, interpretado arbitrariamente (como un supuesto instinto sexual del niño hacia la madre, o el inverso de la niña hacia el padre), y al mito del asesinato primordial del padre, una variación del «estado de naturaleza» de Hobbes o Locke. Este segundo mito es esencial, porque con él se fundaría la cultura. El

padre primitivo gozaría de todas las mujeres, impidiéndoselo a sus hijos, los cuales terminarían por asesinarle. De la culpa por el asesinato, debida a la ambivalencia amor/odio al padre, y de la necesidad de repartirse las hembras para evitar el conflicto, nacería la cultura con sus normas represivas. Freud opinaba que la cultura creaba malestar y neurosis en los individuos a causa de las restricciones, externas e interiorizadas, impuestas sobre sus pulsiones sexuales; pero no era partidario de suprimir tales restricciones en principio, ya que ello engendraría la lucha de todos contra todos.

Sin embargo, la idea podía modificarse, sobre todo si se combinaba con la de Marx sobre el carácter explotador y opresor de la sociedad *burguesa*. La represión sexual no pasaría de ser un instrumento de los explotadores para mantener su dominio, en especial la opresión sobre la mujer; por tanto la «liberación sexual» o «revolución sexual», sería un arma tan poderosa como la lucha de clases para acabar el dominio capitalista. La idea se abrió paso en momentos de crisis no solo política o económica, sino cultural, en el período de entreguerras y desde los años sesenta del siglo XX.

Por tanto, Freud no hacía del hombre un dios propiamente hablando, quedaba a medio camino. En *El porvenir de una ilusión* descarta la religión como un montaje ilusorio y consolador, construido por la psique humana para calmar sus angustias más esenciales. Una vez la ciencia ha puesto de relieve su naturaleza irreal, la religión irá desapareciendo y siendo sustituida por la ciencia. El problema es: ¿podrá la ciencia cumplir ese papel que la religión ha tenido en las sociedades tradicionales? Freud admite que «nuestro dios *Logos* no es, quizá, muy omnipotente, y no puede cumplir

sino una pequeña parte de lo que sus predecesores le prometieron. Si efectivamente llega un momento en que hayamos de reconocerlo así, nos resignaremos serenamente (…). Creemos que la labor científica puede llegar a penetrar un tanto en la realidad del mundo, permitiéndonos ampliar nuestro poder y dar sentido y equilibrio a nuestra vida». Así pues, el dios Logos, la razón y la ciencia, podría llegar a la omnipotencia (a dar al hombre la omnipotencia) o quizá no, pero en todo caso satisfaría la necesidad humana de sentido mejor que la religión, por ser más real. Empero, la fe en la ciencia como aportadora de sentido y consuelo psíquico es una contradicción. Al enfocar al hombre como un animal más, producto de miles o millones de mutaciones al azar y sin finalidad alguna, cualquier noción de sentido cae por tierra, y con ella los valores e ideas que darían a su vida alguna importancia. Se impone entonces una impresión de caos, y en vez de equilibrio una angustia multiplicada.

# 33

# La caída de la fe en el hombre

En el tránsito del siglo XIX al XX se produjo también una verdadera revolución científica y filosófica. Antes parecía que la física, la ciencia por excelencia, solo tenía que desplegar las ideas de Newton sobre la gravedad como clave de la estabilidad universal, de Carnot y Clausius sobre la energía o termodinámica y de Maxwell sobre el electromagnetismo, para completar un sistema majestuoso de leyes deterministas que explicarían el mundo a partir de conceptos que, salvo las algo misteriosas gravedad y electricidad, resultaban fácilmente intuibles y familiares a los sentidos y a la razón. Había problemas como la incongruencia entre algunos conceptos newtonianos y otros electromagnéticos, o la debilidad de la luz nocturna pese a las infinitas estrellas (paradoja de Olbers), pero nadie dudaba de que se irían resolviendo, y hacia finales del siglo XIX se creía próxima una completa explicación científica del mundo. Como se creía también en el fin de las guerras por su «inutilidad».

Newton había «creado» un universo homogéneo, continuo y estático, que funcionaría como un reloj, por lo que la intervención divina debía limitarse a su puesta en marcha, por así decir. La imagen fundamentó la filosofía de la Ilustración, complaciendo al deísmo y al panteísmo —pues ese universo disponía de rasgos divinos como la infinitud y la eternidad—: un universo determinista, gobernado por la necesidad, aunque alojase en algún punto de él la libertad

moral humana, difícil de explicar. El modelo tenía contradicciones, pero no se percibían bien. Fue a principios del siglo XX, cuando la ciencia empezó a explorar lo inmensamente pequeño (física cuántica, comenzada por Planck) y las paradojas de la velocidad de la luz (teorías de la relatividad de Einstein) resultando de ahí una imagen del cosmos inasequible a los sentidos y a los conceptos corrientes de la razón. La nueva física desafiaba los conceptos normales de orden temporal y causalidad; y los de tiempo y espacio, que para Kant eran una especie de constructos mentales, marcos necesarios para los fenómenos, se volvían físicos y analizables, pero perdían su firmeza intuitiva y se alejaban de la razón y la experiencia comunes. Desde que, siglos y milenios atrás, los sacerdotes de diversas culturas observaran el firmamento de modo más o menos sistemático, pensando en su relación con los dioses y en cómo influiría sobre el destino humano, el conocimiento había conducido a un mundo ajeno a la visión intuitiva y sensorial, solo aprehensible y manejable través de unas abstrusas matemáticas.

Para lo que aquí importa, el hecho paradójico es que aquellos grandes triunfos de la todopoderosa razón humana no divinizaban al hombre, lo reducían a la insignificancia, culminando la demoledora visión darwinista. Siempre se había creído que el cosmos se limitaba a los pocos miles de estrellas discernibles a simple vista o con telescopios menores, pero en las primeras tres décadas del siglo se descubriría que ese firmamento solo abarcaba a una fracción de una galaxia, la cual contenía no miles sino cientos de miles de millones de estrellas, algo del todo irrepresentable para la mente; y como esa galaxia existían miles y miles de millones de otras parecidas. Esto debilitaba la posición del hombre inmensamente más que el heliocentrismo de

Copérnico. ¿Qué importancia podía tener la Tierra, algo así como una gota de agua perdida en el Océano Pacífico? ¿Y qué significado dar a la frenética agitación de los ínfimos seres humanos sobre la superficie de aquella gota? Ni aun la aparición del hombre, tan tardía, se parecía a la necesidad de una ley natural que volvía tan satisfactorio el mundo newtoniano, sino a una improbabilísima combinación de azares sin finalidad alguna.

Estos descubrimientos se completaron con otro: las galaxias parecían ir separándose unas de otras, de donde terminó deduciéndose que en algún momento toda la masa del universo debió de estar concentrada en un punto sin dimensiones, cuyo «estallido» (*Big Bang* o Gran Explosión) por una fuerza no explicada, daría lugar al cosmos en expansión, cualquier cosa que ello significase, con un final previsible por el segundo principio de la termodinámica o por una Gran Contracción. El cristianismo hablaba del carácter sagrado de la vida humana, algo difícil de entender a la luz de la ciencia, como asimismo la noción de un Dios que amaba y cuidaba de modo especial a sus criaturas humanas, hechas a su imagen y semejanza. También sonaba grotesca la moral panteísta que quería basarse en las leyes de la naturaleza —de pronto tan extrañas e indiferentes al hombre— como habían querido los estoicos o Spinoza.

Partiendo de ahí, el por entonces joven pensador Bertrand Russell compuso una oración desesperada al dios devaluado:

> Breve e impotente es la vida del hombre: el destino lento y seguro cae despiadada y tenebrosamente sobre él y su raza. Ciega al bien y al mal, implacablemente destructora, la materia omnipotente rueda por su camino inexorable. Al hombre, condenado hoy a perder los seres que más ama, mañana a cruzar el portal de las sombras, no le queda sino acariciar, antes de que el golpe caiga, los pensamientos elevados que ennoblecen su efímero día; desdeñando los cobardes terrores del esclavo del destino, adorar en el santuario que sus propias manos han construido; sin asustarse del imperio del azar, conservar el espíritu libre de la arbitraria tiranía que rige su vida externa;

> desafiando orgulloso las fuerzas irresistibles que toleran por algún tiempo su saber y su condenación, sostener por sí solo, Atlas cansado e inflexible, el mundo que sus propios ideales han moldeado, a despecho de la marcha aplanadora del poder inconsciente.

¿No resuenan aquí los ecos de la cosmogonía germánica, la invocación a una lucha condenada a la derrota?

Ramiro de Maeztu, creyente, descalificó estas frases, puro nihilismo, como «retórica altisonante y contradictoria», al proponer una resistencia obstinada y sin sentido a fuerzas que sobrepasan absolutamente al ser humano. Para Maeztu, el hecho de que el hombre pueda conocer y transformar en alguna medida el mundo es indicio de una chispa divina que le asemeja al Creador del universo. Opinión consoladora, si bien no del todo lógica. En todo caso, para muchos, el conocimiento resultante de esa «chispa» reducía a cenizas tanto la idea de Dios como el valor del ser humano.

* * *

Si el arte expresa el sentimiento del mundo al margen de la razón, cabe entender una fracción característica del arte del siglo XX como producto subconsciente de las ideologías y del desconcierto causado por la ciencia: el arte llamado *moderno*, en literatura, pintura o música parece expresar precisamente el sinsentido de la vida; un arte «deshumanizado» en expresión de Ortega, inclinado a lo grotesco, lo desarticulado, lo demoníaco-trivial. La arquitectura y el urbanismo lo reflejan en construcciones colosales —también grandes barriadas— deliberadamente carentes de belleza, ya que la idea de lo bello implica una búsqueda de sentido y armonía que la razón ha demostrado ilusorios. Por supuesto, no solo ha existido ese arte. Han persistido el clasicismo y formas románticas, y las ideologías marxistas y fascistas han impulsado un arte propio de carácter épico, repleto de fe en el Hombre, considerado de

formas opuestas; y ha proseguido, si bien debilitado, el arte cristiano, a menudo contagiado del *moderno*, este más relacionado con cierta concepción liberal-economicista del dinero como criterio valorador y al mismo tiempo trivializante.

Quizá quepa adjudicar uno de los comienzos del arte moderno al famoso mingitorio inmortalizado por Duchamp, titulado burlescamente *The fountain*, la fuente (¿de la vida?), y evaluado casi unánimemente como uno de los productos artísticos más creativos del siglo XX. El cuadro expresa la esencial animalidad humana en su banalidad, y en esa lógica revela algo. No menos revelador de una actitud es el manifiesto *Aktion 1915*: «Hacemos como si fuésemos pintores, poetas o cualquier cosa, pero solo somos unos voluptuosos del descaro. Por pura desfachatez estafamos al mundo y enseñamos a los esnobs a lamernos las botas». Cierto que el arte escapa a las intenciones del artista, incluso a su desfachatez, y el arte moderno está lleno de obras sin duda valiosas como exposición de una sociedad o de parte de ella. Pero el manifiesto expresa una actitud destructiva en un mundo trastornado, incapaz de creer en nada. La fe ilustrada en la Razón y el Hombre se desvanecía.

Que la razón haya engendrado ideologías tan diversas nos explica mucho sobre sus limitaciones. Uno de los grabados más famosos y significativos de Goya se titula: *El sueño de la razón produce monstruos*. Según explicó, el significado sería: «La fantasía abandonada de la razón produce monstruos, pero unida a ella es madre de las artes». Claro que, más allá del propósito del artista, el título permite una interpretación muy distinta: «La razón produce sueños monstruosos», o «la razón, abandonada de la fe, produce monstruos». Pero esto último tampoco sería del todo adecuado, pues la razón exige

también fe en sus poderes mesiánicos y liberadores, igual que la exigen sus creaciones (o sueños, que podrían ser monstruosos): «La Humanidad», «el Proletariado», «el Pueblo», «el Progreso», etc. Es bien significativo que la razón, emancipada de la fe cristiana, se convierta ella misma en una fe, basada en la esperanza de que ella ofrezca soluciones unívocas y seguras a los grandes problemas humanos. Una fe mantenida contra muchas evidencias contrarias. En sus formas extremas, el culto a la Razón socavaba no solo la fe tradicional, sino también la esperanza en que la razón se basa.

La elaboración más profunda del sentimiento del mundo y de la vida es la religión, racionalizada simbólicamente en los mitos: «Alguien» ha creado al mundo y al hombre y su destino, «alguien» que por haberlos creado es muy diferente y superior a ambos, tal como una silla es muy diferente e inferior al carpintero. Esto es muy racional y lógico, y no exige una fe muy ferviente. Lo que sí exige fe es más bien la idea de que ese «alguien» sea bueno y ame a sus criaturas, habida cuenta de la cantidad de mal existente en su creación. La razón encuentra irracional la creencia en Dios, por ser racionalmente indemostrable, aunque pueda admitirlo como posibilidad sin consecuencias prácticas; y socava los mitos al interpretarlos literalmente. Según el psicoanalista Paul Diel, Freud estaba equivocado en sus elaboraciones sexualistas, pero tuvo el mérito de descubrir el lenguaje simbólico de las instancias psíquicas extraconscientes, traducibles en principio al lenguaje consciente. Sea de ello lo que fuere, la fe, y por tanto una u otra forma de religiosidad, parece presentarse como una exigencia radical de la psique.

Una explicación del fenómeno podría ser esta: el hombre es impulsado por sus deseos, a menudo contradictorios o irrealizables, que el yo puede gobernar por la razón, pero

solo parcialmente. Por su naturaleza, los deseos están tensionados hacia el futuro (el hombre como ser «futurizo» en expresión de Julián Marías), pero el futuro es por naturaleza inseguro. No solo unos deseos se cumplen y otros no, sino que a menudo lo que le ocurre al individuo es algo totalmente imprevisto y ajeno a sus proyectos; y su habilidad para prever o calcular las consecuencias de sus actos es también muy limitada. Esa incertidumbre impone al hombre una forma de fe, por así decir permanente. Pese a todo sí existe una certeza, pero no muy consoladora: al final del futuro personal está la muerte amenazando convertir la vida anterior en un absurdo, o por lo menos en un enigma. Y ese hecho inevitable impone la desesperación o una fe más profunda.

Como venimos viendo en la historia europea, tan apegada desde el principio al ejercicio de la razón, uno de los problemas de esta es que si originase una sola solución incontrovertible a los problemas humanos, la libertad quedaría abolida; y que en la realidad nunca origina una sola solución, sino varias y contradictorias. Pocas veces, si alguna, se habrá usado la razón con más apasionada intensidad que en la Grecia clásica, por parte de Platón, de Aristóteles, de los sofistas… y sin embargo aquel esfuerzo heroico y magnífico había llevado a conclusiones diversas e inconciliables. Y lo mismo en Europa. Esa es una de las causas por las que la Razón exige fe, como cualquier creencia religiosa. Y cada razonante deposita la fe en sus propias conclusiones, que cree asistidas por la diosa Razón. No se niega la religión, sino que se pasa de una a otra. La fe en el Dios cristiano parecía sustituible y mejorable por la fe en el Hombre, pero al final esta se mostraba incapaz de reemplazar a aquella para proporcionar «equilibrio y sentido a la vida»: con una fe caía la otra.

Por todo ello la fe y la razón se exigen mutuamente, pese a ser parcialmente incompatibles. La persistencia en el culto al Hombre y la Razón a pesar de las advertencias de la razón común y de la experiencia histórica, genera lo que podríamos llamar «pensamiento histérico», hoy tan común. Esa forma de pensamiento deriva de las ideologías utópicas. Los utópicos, enamorados de deseos vanidosos e irreales, creen que quien impide lo que ellos suponen su derecho y su felicidad son algunas personas o grupos discrepantes, contra quienes dirigen un odio irracional. Y no se conforman con expresarse, intentan acallar la discrepancia, como si así pudieran ocultar lo evidente. La experiencia del siglo XX y el actual viene siendo pródiga en tales actitudes.

# 34

# El siglo de la democracia

Al amanecer el siglo XX Europa estaba, por así decir, en el apogeo de su Edad de Apogeo. El Imperio inglés casi triplicaba la superficie europea y el francés casi la igualaba, y otros países multiplicaban en las colonias sus propias extensiones. África se componía en su casi totalidad de colonias o protectorados europeos, Rusia dominaba la mitad norte del continente asiático, y entre Inglaterra, Francia y Holanda más de un tercio del sur, quedando fuera, y solo hasta cierto punto, el Imperio otomano, Tailandia, Persia, repartida en zonas de influencia rusa e inglesa, China, sumida en una crisis profunda, y Japón, que se industrializaba a grandes pasos. Oceanía era también europea, y en América, continente esencialmente europeizado, quedaban restos coloniales como Canadá, algunas islas de las Antillas o las Guayanas. Esa hegemonía reflejaba una supremacía en ciencia, arte, pensamiento, armas e industria, aunque esta última ya encontraba rival en Usa y en menor medida en Japón. Nadie podría imaginar que en solo cuarenta y cinco años Europa iba a encontrarse arruinada, dividida en dos protectorados y en vísperas de perder sus imperios coloniales y su supremacía cultural.

Internamente, el mapa político europeo mostraba las viejas divisiones entre naciones al centro-oeste e imperios en el centro-este; o entre las regiones germánica, latina y eslava. De la primera, Inglaterra y Alemania eran las dos potencias mayores y cada vez más adversarias. De las latinas

destacaba Francia en todos los terrenos, muy por encima de Italia, España, Portugal o Rumania. Entre las eslavas, la inmensa Rusia propugnaba un ideal paneslavista. Polonia no existía como nación, repartida entre Alemania, Austria-Hungría y Rusia; otras se integraban en el Imperio austrohúngaro y habían aparecido dos nuevas, Bulgaria y Serbia, formadas, como Rumania y Grecia, sobre los retroceso del antaño poderoso Imperio otomano.

Otra división podía establecerse entre los países más industrializados, ricos y dinámicos del centro-oeste (Inglaterra, Francia y Alemania, en menor medida Austria-Hungría), y el amplio abanico en torno, desde Noruega hasta Finlandia pasando por Irlanda, el sur y el este de Europa, bastante más pobre y menos industrial, con diferencias económicas, sociales y sobre todo culturales entre unos países y otros. En varios de estos existía cierto desgarramiento interno entre la admiración y afán de imitar a los países ricos, más estables internamente —no sin problemas— y más libres, y el temor a perder el espíritu propio. En Rusia acuciaba la tensión entre los paneslavistas, que buscaban inspiración en el «alma rusa», y los occidentalizantes, que no encontraban nada especialmente atractivo en ella. A España, la derrota de 1898 frente a Usa, también le causó una discordia, sin mucho calado intelectual, entre «europeístas» y casticistas o tradicionalistas. Por otra parte, el estilo cultural o espíritu de Alemania, de Francia y de Inglaterra, diferían, aun pudiéndose considerar liberales a los tres.

Una herencia del romanticismo fue lo que Hegel llamo *Volksgeist* o espíritu popular. El concepto ha sido muy criticado, por las exageraciones patrioteras y a veces agresividad a que ha conducido, pero su realidad es clara, a menos que declaremos el interés económico el único espíritu

real y criterio cultural de los pueblos. Todos los movimientos generales europeos, desde al menos el románico, tomaron caracteres nacionales o populares particulares, que reflejaban el dato poco concretable pero evidente del estilo o «genio» del país. En España, de modo larvado, seguía planteándose la cuestión de si su mediocridad no se debería a haberse afrancesado en el siglo XVIII y anglosajonizado en el XIX, asfixiando con ello el genuino potencial creativo hispano.

Las fronteras europeas habían cambiado notablemente desde las guerras napoleónicas, y más aún desde Utrecht o Westfalia, debido a la desmembración del Sacro Imperio, el hundimiento de la confederación polaco-lituana y de la misma Polonia, y brotaban nuevas naciones. Noruega y Finlandia habían pasado a depender de otros países, el Imperio otomano había perdido más de la mitad de sus posesiones europeas, Rusia había crecido en todas direcciones. Quienes mejor mantenían sus fronteras de siglos atrás eran España, Francia y Portugal. Inglaterra había incluido a Irlanda.

El siglo se abría con algunas guerras coloniales, destacando por su mortandad la de los *Boers* (granjeros) en Suráfrica y la de Filipinas. En la primera, los ingleses, atraídos por las riquezas mineras de la zona, provocaron la guerra contra los holandeses calvinistas allí mayoritarios. Ante la resistencia de estos, destruyeron sistemáticamente las granjas y encerraron a las familias de los resistentes, mujeres, niños y ancianos, en campos de concentración en los que murió por desnutrición y enfermedades hasta un 25 por ciento de los internados, sobre todo niños. También un número de negros fue internado, con una tasa de mortalidad asimismo muy elevada. La guerra de Filipinas, mantenida

por Usa contra los independentistas, fue una sucesión de matanzas y quema de aldeas, en la que perecerían entre 200.000 y 1.000.000 de civiles filipinos, según estimaciones. En 1902 terminarían ambas guerras con victoria inglesa y useña respectivamente.

El escritor inglés Hilaire Belloc describió en un par de versos satíricos la superioridad y prepotencia europea: «*Whatever happens, we have got/ the Maxim gun, and they have not*». (Pase lo que pase, tenemos / la ametralladora Maxim, y ellos no). La primera ametralladora, Gatling, fue usada en Usa contra los indios, y la Maxim, más semejante a las actuales, contra indígenas rebeldes en África y otros países colonizados. Ante los ataques en masa y con armas primitivas, las ametralladoras causaban estragos. Se pensó que serían poco útiles en guerras europeas, pero pronto se cambiaría de opinión.

* * *

Las ciudades crecían con gran rapidez, Londres, la más populosa del mundo, tenía 6,5 millones de habitantes en 1900, París se acercaba a los 4, Berlín y Viena avanzaban hacia los 2, Moscú y San Petersburgo pasaban ampliamente del millón. Los años entre 1870 y 1914 han sido conocidos como *La belle époque*. Abundan las descripciones de la dulzura de la vida en aquel tiempo de relativa paz europea. El escritor judeo-austríaco Stefan Zweig la expone así en *El mundo de ayer*:

Describiría del modo más conciso la época en que me eduqué como la edad dorada de la seguridad. En nuestra casi milenaria monarquía austríaca todo parecía establecido sólidamente para durar, y el mismo Estado parecía la garantía suprema de esa duración. Los derechos a sus ciudadanos eran confirmados por el Parlamento,

representación libremente elegida del pueblo (…). Esta sensación de seguridad era el bien más digno de ambicionarse para millones de hombres, el ideal de la vida en común. La vida solo parecía digna de vivirse si se basaba en esta seguridad y círculos cada vez más amplios reclamaban su parte en aquel tesoro. Al principio solo los pudientes disfrutaban de esta ventaja, pero poco a poco se adueñaron de ella grandes masas (…). En su idealismo liberal, el siglo XIX estaba convencido de hallarse en el camino más recto a infalible del *mejor de los mundos*. Se miraba con desprecio a las épocas anteriores, con sus guerras, carestías y revueltas (…). Esta fe en el *progreso* ininterrumpido e irresistible tenía la fuerza de una religión. Se creía en el *progreso* más que en la Biblia y su evangelio parecía incontrovertiblemente comprobado por los milagros, renovados a diario, de la ciencia y de la técnica.

Sensación parecida tenían millones de personas en los países ricos. Victor Hugo y muchos otros profetizaban la definitiva paz mundial para el siglo XX. Desde luego, grandes masas de personas vivían pobremente en los suburbios de las grandes ciudades, y el largo período de la Gran Depresión, de 1873 a 1896, afectó especialmente a Inglaterra, haciéndole perder puestos en la competencia con Alemania. No obstante, los movimientos reivindicativos, huelgas y acciones diversas, iban perdiendo contenido revolucionario ante las mejoras paulatinas en las condiciones de vida. Claro que la *Belle époque* fue también un tiempo de atentados anarquistas, que acabaron con la vida del zar Alejandro II, la princesa Sissi, el presidente francés Sadi Carnot, los primeros ministros españoles Cánovas y Canalejas, el rey Humberto I de Italia, el presidente useño McKinley, el rey de Portugal Carlos I y su heredero, entre otras muchas acciones que no consiguieron su objetivo. Pero se trataba de algo

como molestas picaduras de avispas en un ambiente de alegres meriendas campestres.

En Alemania, el canciller Bismarck inauguró una de las instituciones que se haría más característica del siglo XX: la seguridad social, asegurando pensiones de vejez y de enfermedad a los trabajadores. Sistemas de ayudas a los pobres habían existido desde al menos el emperador Trajano, y tradicionalmente la Iglesia, así como las iglesias protestantes, cumplían la labor de atender a los enfermos y ancianos sin recursos. Lo nuevo era que el Estado se ocuparía de la mayor parte de estas tareas, por vía de impuestos. Pese a que Bismarck era un político conservador, fue acusado por los liberales de poner en práctica una medida socialista.

Según la ortodoxia liberal, en un sistema bien organizado, sin intervencionismo estatal, cada uno se ocupaba de sus propios intereses, lo que garantizaba que al final ganase lo que le correspondía. Los viejos debían mantenerse con sus ahorros, y los incapacitados ser atendidos por la caridad o instituciones ad hoc, sostenidas con donativos voluntarios; en cambio la intervención del Estado arrebataba despóticamente parte de las ganancias de unos para dárselas a otros, lo cual, aparte de injusto, fomentaba la vagancia y el parasitismo y desanimaba a los más emprendedores e inteligentes, de quienes dependía el progreso. Los salarios debían salir del acuerdo individual entre obrero y empresario, sin coacción sindical. El punto de vista democrático y el socialista diferían: un obrero tenía pocas posibilidades de ahorrar y no podía tratar de tú a tú con el propietario, que tenía toda la fuerza en tal circunstancia, por lo que debía negociar colectivamente. Además, los obreros no eran vagos, sino que realizaban las tareas más duras. Y no

eran meros instrumentos de producción, sino personas con necesidades varias, que en los períodos de crisis, similares a las sequías de otros tiempos, caían en la miseria y la desesperación. Tampoco podían fiar en la simpatía o caridad de los ricos, pues, aparte de resultar humillante, no había la menor seguridad de que a los ricos les interesase desprenderse de parte de su dinero para ayudar a los pobres en los tiempos malos. Por tanto, era justo que el Estado, que debía representar a todos y no solo a los empresarios, supliese la dudosa buena voluntad de estos.

No es difícil ver la racionalidad de las dos argumentaciones. Una vez más, la razón no llegaba a conclusiones únicas y creaba en cambio una tensión que en la práctica se traducía en unas relaciones a un tiempo conflictivas y productivas en equilibrio cambiante. Pero cada línea de razón tendía a ir hasta el final, de modo que en una sociedad liberal las desigualdades aumentaban, y así lo indicaba la concentración del gran capital en grupos reducidos de grandes empresas. El punto de vista socialista, llevado a sus últimas consecuencias, haría del Estado el empresario total que velase por la igualdad y seguridad de todo el *pueblo*. Esto último llegaría a ocurrir en Rusia mediante una revolución, pero a partir del marxismo se iba abriendo paso la corriente socialdemócrata, que procuraba reformas no revolucionarias, pero en dirección parecida, hacia un Estado tutor.

El programa socialdemócrata ya fue entrevisto por Alexis de Tocqueville, uno de los pensadores políticos más importantes del siglo XIX, en su estudio *La democracia en América*: un poder «inmenso y tutelar que se encarga de que los ciudadanos sean felices (…), similar a la autoridad paterna si, como ella, buscara preparar a los hombres para la

edad viril; pero que solo persigue fijarlos irrevocablemente a la infancia; que gocen con tal de que no piensen sino en gozar (...). Una servidumbre reglamentada, benigna y apacible». Como las gentes desean ser protegidas y guiadas, y al mismo tiempo ser libres, «tratan de satisfacer los dos instintos: quieren un poder único, tutelar, omnipotente, pero elegido por los ciudadanos. Se consuelan de su tutelaje pensando que ellos mismos eligen a sus tutores». Aunque la socialdemocracia es quizá quien mejor ha expuesto este programa, puede decirse que el mismo nace, como opción no única, de las ideologías que cifran en la economía el fundamento y sentido de la sociedad.

Por su parte, el sucesor de Pío IX, León XIII, expuso en 1891, con la encíclica *Rerum Novarum*, una doctrina católica frente al liberalismo y al socialismo. Condenaba al socialismo por estar basado en el odio y querer abolir el derecho natural a la propiedad privada; apoyaba a los sindicatos, pero no las regulaciones estatales, que aumentarían la injusticia. Denunciaba la actitud achacada al liberalismo económico, de tasar al obrero como simple instrumento de producción. El trabajo tenía dimensión moral como mandato divino, al margen de su retribución, de modo que la labor de una madre de familia tendría el valor máximo pese a no estar remunerada. En el mundo laboral, el obrero debía percibir una paga «justa», que le permitiera sostener con dignidad a su familia, pues el producto de la empresa provenía de la cooperación entre trabajadores y empresarios, y debía distribuirse con equidad. Estas concepciones marcaban una orientación filosófica, pero en la práctica resultaba muy difícil definir lo que sería un salario justo; no obstante suponía cierta barrera a los abusos patronales.

La Iglesia no debía asociarse a ningún régimen o partido

(incluida la democracia cristiana, nacida en 1919), si bien rechazaba a aquellos que persiguieran o coartaran la libertad de la Iglesia. La confesionalidad del Estado, siguiendo siglos de historia, parecía un bien, y el laicismo un mal, y mala también una libertad de pensamiento o de conciencia que pusiera en el mismo plano cualquier tipo de ideas, desvalorizándolas todas y corroyendo el cimiento moral del catolicismo. Dentro de esa orientación básica, León XIII siguió una línea diplomática flexible, buscando mejorar las relaciones con los regímenes existentes, incluso con el agresivamente laicista francés, y tendió puentes con protestantes y ortodoxos con vistas a una reunificación del cristianismo.

* * *

Obviamente, la democracia no tiene por qué ir en la dirección anunciada por Tocqueville, pero esta es una de sus tendencias posibles. A lo largo del siglo XX, la palabra «democracia» se convertiría en santo y seña y criterio de legitimidad de cualquier régimen, de modo que la empleaban las ideologías más diversas. Tanto el liberalismo como el marxismo revolucionario o el socialdemócrata o, algo después el fascismo, se proclamaban democracias, aunque por ello entendiera cada una algo diferente; también el cristianismo se declaró compatible con ella. La diversidad de interpretaciones era posible porque la significación del término, «poder del pueblo», usado en ese sentido desde Aristóteles, no responde ni puede responder a una realidad. El poder siempre se ejerce sobre el pueblo y por parte de una oligarquía o grupo de políticos profesionales. El pueblo o conjunto de la sociedad no tiene objeto sobre el que imponer su poder. La división aristotélica entre monarquía, aristocracia y democracia es demasiado esquemática. Un

monarca no puede gobernar sin el concurso de una oligarquía que lo instrumente. Y un régimen difícilmente será estable si no cuenta con la aceptación, explícita o tácita, de una gran parte del pueblo. Ello permite afirmar que, como decía Polibio del Estado romano, todo régimen estable tiene rasgos monárquicos, oligárquicos y democráticos. Dicho de otro modo, las oligarquías requieren un «monarca», alguien a su cabeza que imponga orden entre las diversas facciones. Y un pueblo en rebeldía haría ese poder insostenible a la larga.

Desde que las sociedades europeas tomaron forma durante las edades de Supervivencia y Asentamiento, las monarquías nobiliarias habían demostrado una extraordinaria capacidad para superar desórdenes, luchas y desastres. A los ojos de casi todo el mundo, también del pueblo llano, campesino mayoritariamente, la división social y el poder respondían a un orden natural de origen divino. El cristianismo predicaba una igualdad de los humanos potencialmente subversiva, pero la limitaba al plano espiritual y casi nadie pensaba extender esa igualdad a los planos político o económico; aunque la idea estaba latente y surgía en movimientos ocasionales de rebeldía. Lutero había sido bien explícito ante las revueltas campesinas, y la misma doctrina aceptaban los católicos. Con el paso del tiempo, la mayor complejidad social y crecimiento de las ciudades, el pensamiento extendía ideas igualitarias, incluso la democracia, hasta cuajar en las revoluciones francesa y useña, con sus diferencias.

Pero si todo régimen estable debe ser a la vez monárquico, oligárquico y democrático, ¿cómo definir el sistema de ese último nombre, extendido por Europa ya en parte en el siglo XIX y sobre todo en el XX? Se trata, por una parte, de un

método de selección de las oligarquías, que ya no se establece por herencia sino por votaciones, en las que el dinero y la habilidad para convencer —incluso manipular— a grandes masas tiene el peso mayor; y en las que el consentimiento popular, expresado en elecciones regulares por sufragio universal, es más activo. Estas votaciones implican la herencia liberal de las libertades políticas y la separación de poderes, pues sin ellas no puede haber elecciones reales. Nada de ello ocurre en las democracias «populares» ni en los plebiscitos fascistas, por lo que sus pretensiones de democracia así definida son falsas. Otra cosa es que esos regímenes pueden alcanzar gran popularidad por un tiempo. Por tanto, hasta ahora no se ha inventado otro tipo de democracia que la llamada liberal, pese a que liberalismo y democracia sean conceptos diferentes y en parte opuestos. Con el principio de igualdad ante la ley, el sufragio masculino fue aplicándose ya en algunos países durante el siglo XIX, y en el XX se amplió progresivamente a las mujeres.

Teóricamente, los oligarcas elegidos representan «al pueblo» o al menos a sus electores, lo cual tampoco es demasiado cierto, por dos razones: porque los votantes han votado a una misma persona o partido por razones diversas y a menudo equivocadas; y porque los votados tienen sus propias ideas sobre los problemas políticos, distintas de las de muchos de sus electores. En la interinfluencia entre votantes y votados la segunda suele pesar sobre los primeros más que la inversa. Por otra parte, sugería Churchill, el votante medio tiene ideas primarias y a menudo pintorescas sobre los problemas políticos, económicos, etc., por lo que es fácilmente manipulable por los profesionales del poder, de modo que el peligro de que la política se convierta en un torneo de demagogias es real y no infrecuente. Una tercera

constatación que desmiente la representación popular es que, como hemos observado reiteradamente, el pueblo no es nada homogéneo en intereses e ideas, y los partidos llegan a gobernar con los votos de una minoría del censo electoral. Si la mayoría de los votantes entienden poco de los problemas generales, las oligarquías o partidos pueden, en gran parte por eso mismo, operar como auténticas mafias o disgregar el país, como no rara vez ha ocurrido. Permanece, por fin, el grave peligro anunciado por Tocqueville.

Una falsa crítica condena a la democracia por dar el mismo valor al voto de una persona instruida, digamos un ingeniero, que a un peón de albañil de escasa cultura, a quien se supone más proclive a la demagogia. La realidad constatable muestra que las personas instruidas pueden tener ideas tan disparatadas como las no instruidas, y que en general los demagogos no son precisamente analfabetos.

Frente a estas dificultades y posibilidades degenerativas, la democracia ofrece ventajas importantes. En toda forma de poder existen partidos, que en los sistemas no democráticos operan como camarillas o grupos de presión opacos en torno al poder; en las democracias los partidos son abiertos y su actuación expuesta a la luz del público, lo que disminuye sus posibilidades golpistas; al aceptar la regla de las mayorías, las luchas por el poder pueden resolverse con escasa o nula violencia; al limitar el ejercicio del poder a unos pocos años, una elección desdichada puede ser corregida, lo que da al sistema una capacidad evolutiva superior a otros.

La democracia ha funcionado bastante bien en algunos países, y mal en otros. La causa de ello no es evidente. Por su propia dinámica, la democracia puede socavar los principios morales convirtiendo en «verdad» aquello que en tales o cuales circunstancias haya votado la mayoría, haciendo

peligrar la estabilidad social. Probablemente lo que permite que las elecciones periódicas no caigan en excesivas demagogias es la aceptación, implícita o explícita, de valores por encima de modas ocasionales. Uno de esos valores es el patriotismo, que sitúa el interés nacional por encima del de partido. Otro es una convicción mayoritaria de que los valores invocados de libertad, igualdad o fraternidad no pueden absolutizarse sin empujar a la guerra civil, pues la desigualdad es connatural a la sociedad humana, que sin ella se convertiría en una especie de rebaño; la libertad es relativa e impone responsabilidades; y la fraternidad cae fácilmente en el exclusivismo contra quienes sostienen otros intereses.

Todos estos problemas y opciones se harían visibles en Europa durante casi la mitad del siglo XX, marcado por una crisis galopante del demoliberalismo a partir de la I Guerra Mundial. Salir de esa crisis en el tercio occidental del continente se lograría al coste de una guerra devastadora, y su extensión al conjunto, en los años noventa, no mejoraría mucho las perspectivas, tras un periodo breve de euforia.

# 35

# De la «belle époque» a los locos años veinte, pasando por una guerra mundial

Las tensiones europeas de más difícil control se centraban en el «avispero balcánico», zona de nacionalismos a flor de piel y de fricción entre intereses austrohúngaros, otomanos y rusos. El Imperio otomano seguía decayendo, pese a algunas medidas reformistas; el ruso, con problemas internos, terrorismos, etc., se industrializaba con rapidez, pero en 1904-05 padeció una humillante derrota naval a manos de Japón, seguida por una conmoción revolucionaria que sacudió sus estructuras.

Y por encima de luchas y conflictos menores planeaba la rivalidad entre Inglaterra, Francia y Alemania. El bienestar material de capas crecientes de población provenía de la revolución industrial, y esta imponía el acceso a fuentes de materias primas, dependencia también creciente del comercio exterior y competencia por los mercados, que empujaban a las potencias a reforzarse militarmente. Inglaterra partía con ventaja por su enorme imperio y su marina mercante y armada, muy superiores a las de cualquier rival, pero su preeminencia iba mermando. En 1898 pudo estallar la guerra con Francia por el «incidente de Fachoda», en Sudán, resuelto a favor de Londres: Francia aspiraba a unir sus posesiones africanas desde el Atlántico al mar Rojo e Índico, e Inglaterra planeaba dominar la franja de

Egipto a Sudáfrica. Ese mismo año, el káiser Guillermo II, que había prescindido del prudente Bismarck, se jactaba de su programa naval, capaz de amenazar el predominio inglés. Ello estaba lejos de ser cierto, pero enconó la hostilidad entre los dos países (Berlín apoyó políticamente a los *boers*). En 1907 Lord Balfour, uno de los políticos británicos más relevantes, comentaba a un embajador useño: «Creo que somos estúpidos por no buscar un pretexto para declarar la guerra a Alemania antes de que ese país construya demasiados buques y se apodere de nuestro comercio». Ante el escándalo de su interlocutor, preguntó: «¿Se trata de una cuestión del bien y el mal, o más bien de mantener nuestra supremacía?». No obstante, era convicción corriente que una guerra general era imposible dada la interrelación económica.

En 1911 otro «incidente», en Agadir, donde Berlín quería disputar el protectorado francés sobre Marruecos, estuvo cerca de provocar la guerra entre Alemania y Francia. Ante el apoyo de Londres a París, Berlín retrocedió. La política alemana era militarista y arrogante, con un fuerte racismo, y de hecho no difería demasiado de la practicada por Inglaterra y Francia. Esta última ansiaba, además, la revancha por su derrota de 1870 y la recuperación de Alsacia y Lorena, objeto de disputas históricas.

Las cambiantes relaciones diplomáticas cuajaron en una Triple Alianza de Alemania, Austria-Hungría e Italia para aislar a Francia, y una Triple Entente de Francia, Rusia e Inglaterra, dirigida contra Alemania. De hecho existía un equilibrio de poderes, imaginado desde Westfalia como seguro contra la guerra. Todos los estados, menos Rusia, eran liberales y parlamentarios, y Alemania más democrática que Inglaterra, pues esta no generalizaría el voto hasta 1918. La competencia entre ellas no excluía una

estrecha interpenetración económica a través de grandes capitales. Todos albergaban, además, potentes partidos internacionalistas y revolucionarios, salvo Inglaterra. Los marxistas teorizaron que el capitalismo entraba en su etapa final, «imperialista», previa a su derrumbe, caracterizada por la concentración monopolista del capital industrial y financiero, según había predicho Marx, proletarizando a las capas burguesas intermedias y agravando las crisis económicas. Los intereses monopolistas determinarían la política de las naciones y abocarían a una conflagración general por el reparto de los mercados y del mundo. Mezclaban observaciones reales e ilusorias, pero la guerra fue real.

Y así, el 28 de junio de 1914, el asesinato del príncipe heredero de Austria-Hungría y su esposa en Sarajevo por un nacionalista serbio, obró como la chispa en una pradera seca. En un par de meses los países de la Entente y los de la Alianza se declararon la guerra. Guerra europea que se haría mundial por las acciones en otros continentes y la intervención de potencias como Usa y Japón. Los turcos se alinearon con sus viejos enemigos austrohúngaros y Alemania; Italia se contuvo, para pasarse a la Entente. Los rusos planeaban confluir con el ejército francés sobre Berlín, acabando con la amenaza germana, y algunos líderes alemanes proyectaban ocupar el resto de Polonia y Rusia, desalojar a millones de eslavos y establecer allí colonos alemanes, una política que podía remontarse a la lejana Orden Teutónica.

Berlín había planeado envolver el norte de Francia desde Bélgica, y París una ofensiva hacia el centro de Alemania. Las dos fracasaron y durante los años siguientes las tropas alemanas, francesas e inglesas se desangrarían en una guerra de trincheras y ametralladoras casi estática, a pesar

del uso creciente de aviones y la invención del carro de combate o tanque. El Papa y Washington hicieron propuestas de paz, desoídas, aunque Alemania les prestó mayor atención. Fue crucial el año 1917. Las derrotas rusas indujeron una desintegración social, y en febrero una revolución derrocó al zarismo e instauró la república. La acción submarina alemana amenazaba colapsar el tráfico inglés, pero en abril Usa declaró la guerra a Alemania, recomponiendo la moral aliada.

La población useña era aislacionista o neutralista, y volverla contra Alemania exigió una colosal campaña de propaganda, no a través de la prensa amarilla como la que había llevado a la guerra del 98 contra España, sino desde el gobierno de Woodrow Wilson mediante la Comisión Creel. Esta reunió a miles de artistas, escritores, periodistas y voluntarios, y usó todos los recursos de la publicidad: millones de folletos, carteles y charlas breves, películas, etc., mezclando verdades y mentiras calculadas para conmover al público. Su masividad volatilizó cualquier réplica, mostrando cómo, en ciertas circunstancias, es posible manipular la opinión pública. Sus métodos servirían a las propagandas totalitarias que tanto condicionarían el siglo XX y el actual.

A su vez, en noviembre (octubre según el calendario ruso), los alemanes recibieron un alivio con la Revolución Bolchevique, que acabó con la breve república *burguesa* y retiró a Rusia del campo de batalla. A ese fin, el estado mayor germano había facilitado el traslado de Lenin a San Petersburgo y subvencionado su propaganda. Este hecho, de tan enormes consecuencias, muestra una vez más la dificultad humana de hacer cálculos utilitarios a medio o largo plazo. De momento, el Reich pudo lanzar al año siguiente una magna ofensiva en el oeste; pero no alcanzó

sus objetivos, mientras afluían tropas useñas y el bloqueo sumía en la miseria a la población alemana. En septiembre, octubre y noviembre capitularon Bulgaria, el Imperio turco y Austria-Hungría, dejando sola a Alemania, por donde se extendía una revolución comenzada en la armada. El 9 de noviembre fue proclamada la república y el káiser se refugió en la neutral Holanda.

El 11 de noviembre terminó la contienda, que muchos habían esperado corta y había durado más de cuatro años. Se calcula que perecieron 8 millones de soldados, cifra nunca vista; los civiles, aparte de Rusia y el Imperio turco, llegaron a entre millón y medio y dos millones. Entre 1915 y 1917 se produjo el genocidio armenio, por la política turca de aniquilar a los cristianos dentro de su imperio: los cálculos varían entre medio y un millón y medio de víctimas, y sentaría un precedente para nuevos genocidios en el siglo XX. La mortandad aumentó por una pandemia de gripe en 1918-19, originada en Usa y llamada inadecuadamente «gripe española»: mató a entre 50 y 100 millones de personas, sobre todo en China e India. En Usa murieron unas 600.000, en Europa Central y Oriental unos dos millones, de 200.000 a 300.000 en España, y pudo tener efectos en la posterior epidemia de encefalitis letárgica que causó millones de nuevas víctimas.

El economista inglés John M. Keynes, quizá el más influyente del siglo, definiría la guerra como una lucha económica: «Como en cada siglo de los anteriores, Inglaterra ha destruido a un rival comercial». Pero las consecuencias de todo orden fueron incomparablemente más vastas de lo que tal diagnóstico sugiere.

La guerra liquidó los imperios ruso, austrohúngaro y otomano. El turco se transformó en república en 1922,

ceñida a la región de Estambul y Anatolia, si bien para recobrar toda esta península hubo de contender, bajo la dirección de Kemal Atatürk, contra Grecia y los designios de Francia, Inglaterra e Italia, a lo que siguió una «limpieza étnica» de griegos y turcos en los respectivos territorios. Atatürk trató de actualizar a Turquía como estado laico, occidentalizado, bajo el dominio del ejército. Concluían así casi cinco siglos desde la toma de Constantinopla. Para la memoria de Grecia, el año 1922 quedó como el de «la catástrofe de Asia Menor», por la traumática expulsión de los griegos de regiones donde habían vivido durante dos mil quinientos años.

De la parte árabe del Imperio turco surgió Arabia Saudí, y la región entre el Golfo Pérsico y el Mediterráneo se repartió entre Francia e Inglaterra, incumpliendo promesas hechas a los árabes para movilizarlos contra los turcos. Londres (el mencionado Balfour) prometió un hogar nacional judío en Palestina, que llevaría treinta años después a la creación del estado de Israel.

La disolución de los imperios aplicando un «derecho de autodeterminación» auspiciado por Usa debía aplacar los conflictos, pero los aumentó. Se formó un rosario de nuevas naciones en la franja central europea: Finlandia, Países Bálticos, Polonia (que recobró su independencia después de haber sido repartida en 1795), Checoslovaquia, Hungría, Austria propiamente dicha, la poco después llamada Yugoslavia, además de las preexistentes Albania, Bulgaria, Rumania y Grecia: un mapa político sin precedentes. La Europa de las naciones se extendía prácticamente por todo el continente, menos por el Imperio ruso, que subsistiría transformado en el primer régimen socialista del mundo, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).

* * *

Precisamente la Revolución Bolchevique dirigida por Lenin sería la consecuencia de mayor relieve de la I Guerra Mundial. El nuevo experimento social, dotado de una fuerza expansiva inigualada desde la explosión árabe posterior a Mahoma, iba a movilizar a millones de personas en todo el mundo, a suscitar inmensas esperanzas y resistencias esenciales, y a gobernar en poco más de treinta años a un tercio de la humanidad. Según las ideas de Marx, una revolución así debía producirse en una nación de capitalismo «maduro», como Alemania, Francia o Inglaterra, y sin embargo estalló en un país en rápida transformación industrial, pero todavía muy agrario. Los bolcheviques lo justificaron afirmando que la revolución rusa sería la espoleta de la alemana. En las décadas anteriores Alemania se había convertido no solo en el capitalismo más dinámico, sino también en la sede del partido marxista más potente.

Sin embargo, el incumplimiento de la profecía de Marx sobre el empobrecimiento creciente de las masas y la inutilidad de fondo de la lucha sindical, habían desviado a los partidos marxistas, generalmente autodenominados socialdemócratas, hacia una acción parlamentaria, sindical y reformista. Lenin y otros condenaban aquella postura «revisionista», afirmando que el peso principal de la explotación se había trasladado a las colonias, de donde sacaba el capital superganancias con parte de las cuales sobornaba a una capa del proletariado, convirtiéndola en agente contrarrevolucionario. Por ello los partidos socialistas habían apoyado a sus respectivos gobiernos en la guerra mundial, en lugar de transformarla en guerra civil contra la burguesía, como había hecho el Partido Bolchevique en Rusia. Pronto Lenin impulsó una III

Internacional o Komintern (Internacional Comunista), reivindicando el título de partidos comunistas para desbancar a los *degenerados* revisionistas socialdemócratas de la II Internacional.

La capital del nuevo estado fue devuelta desde San Petersburgo, donde había radicado durante dos siglos, a Moscú, un hecho de profundo simbolismo. Petersburgo figuraba el espíritu occidentalizante de Pedro el Grande y sus sucesores, con abandono implícito de la «Tercera Roma». Durante ese tiempo, Rusia se había empeñado en aprender de la parte occidental de Europa, mientras que ahora, armada con el triunfo de la doctrina marxista, se convertía en maestra e inspiradora, en faro espiritual (aunque se proclamase radicalmente materialista), no ya solo de Europa, sino del mundo entero. Moscú volvía a convertirse en la nueva Roma, de donde partiría la construcción de una sociedad sin explotadores ni explotados, opresores ni oprimidos: la sociedad científica con que habían soñado tantos desde la Ilustración, sin supersticiones religiosas ni ideologías, volcada en la felicidad del Hombre prometeico. Con un espíritu mesiánico similar al de «la ciudad sobre la colina» de Usa, con mayor amplitud todavía, la Unión Soviética iba a mostrar a la humanidad el camino de la emancipación.

Los comunistas asaltaron el poder en Finlandia, Alemania y Hungría. Fracasaron siempre, pero organizaban constantes huelgas, a menudo sabotajes o terrorismo, por todo el continente, fomentando una sensación de inestabilidad. Polonia, recién recobrada su independencia, estuvo a punto de perderla en 1920 por una ofensiva soviética, pero a las puertas de Varsovia la derrotó el general Pilsudski, antiguo socialista revolucionario evolucionado a un nacionalismo conservador. Los partidos comunistas fomentaban revueltas

en las colonias y cobrarían impulso en China.

En la propia Unión Soviética, el golpe bolchevique había causado una guerra civil más dañina que la exterior, y la implantación de un terror sistemático mediante la policía política o Cheká. Con la economía destrozada, el régimen debió abandonar el «comunismo de guerra» y abrir la mano a la iniciativa privada (Nueva Política Económica o NPE), que alivió el desastre. Pero la componenda no duró. En 1928 Stalin, sucesor de Lenin, sustituyó la NPE por planes acelerados de industrialización desde el Estado y colectivización del campo, cuyo resultado inmediato fueron hambrunas y más terror, con millones de nuevas víctimas.

* * *

Paralelamente, la posguerra en el resto de Europa generó una euforia extraña y, desde 1925, reactivación económica, mientras continuaba la brillante efervescencia intelectual y científica de preguerra en los círculos de Viena, Berlín, Oxford, Cambridge o Copenhague, y París retenía su prestigio como capital cultural del mundo. Al mismo tiempo, las sociedades sufrían una profunda depresión moral. La gente quería olvidar la guerra, y el liberalismo, doctrina común de los contendientes, entró en crisis, una de cuyas manifestaciones era la admiración hacia la Revolución Rusa, también en medios burgueses. Los valores e ideales tradicionales, lo antes considerado respetable y decente, fueron objeto de escarnio. Fue desdeñado como nunca lo burgués y más aún lo *pequeñoburgués,* palabras de significado elástico y que apuntaban confusamente al liberalismo y al cristianismo. Proliferaron las drogas y el alcohol, el exhibicionismo sexual, el juvenilismo, el feminismo y los giros de intención revolucionaria en política; y en arte se extremaron las *vanguardias*, que ya

venían de preguerra. El mingitorio exhibido por Marcel Duchamp en 1917 se convirtió en una de las fuentes de inspiración más conspicuas del arte posterior. El entretenimiento se convirtió en gran industria gracias al cine y la radio y la multiplicación de los locales de diversión; llegó a Europa la cultura useña a través del *jazz* y el cine… Se ha llamado a aquella década «los felices años veinte», aunque en Francia se usó más bien el calificativo de «locos».

La «inversión de valores» cundió con mayor furia en los países vencidos, según describe el citado Zweig:

> [En Austria] en vez de viajar como antes con sus padres, los muchachitos de once y doce años cruzaban el país en grupos organizados —llamados «aves de paso»— , sexualmente instruidos (…). En las escuelas se formaron, por ejemplo ruso, soviets de alumnos que vigilaban a los profesores; y se barrieron los programas de estudio, pues los niños querían aprender solamente lo que les gustase. Por el mero placer del rechazo, la gente se rebelaba contra la voluntad de la naturaleza, contra la eterna polarización de los sexos. Las muchachas se hicieron cortar el pelo (…) los jóvenes se afeitaban barbas y bigotes para feminizarse; las exhibiciones de sexualidad invertida llegaron a hacerse moda, no por instinto, sino como protesta contra las formas legales, tradicionales, normales del amor. Cada expresión de la existencia trataba de hacerse radical y revolucionaria, y lo hacía también el arte, claro está.

En Alemania fue más extremado:

> Creo poseer nociones bastante sólidas de la historia, pero, que yo sepa, jamás se ha producido semejante época de locuras en proporciones tan enormes. Todos los valores se habían transformado y no se respetaba moral ni hábito alguno. Berlín se convirtió en la Babel del mundo (…) pues los alemanes aportaron a la perversión toda su vehemencia y manía de sistematizar. Una especie de demencia se apoderó, con el derrumbe de todos los valores, principalmente de los círculos burgueses (…). Pero lo más repugnante de todo aquel erotismo patético fue su espantosa falsedad (…). El que vivió aquellos meses, aquellos años apocalípticos, amargado y asqueado, presentía a cada instante que debía producirse una reacción cruenta.

Había en el ambiente una impresión de decadencia, que algunos autores trataron de analizar. Se hizo popular en varios países la obra de Oswald Spengler, influido por Nietzsche, *La decadencia de Occidente,* según la cual la cultura occidental («fáustica» en términos goethianos),

como otras anteriores, ha seguido una evolución análoga a la biológica, de nacimiento, desarrollo, decadencia y muerte. Ha pasado de una fase «cultural», entendida como vital y creativa, a una fase de «civilización», seca y crítica. En la cultura predominaría el alma y en la civilización el intelecto. El propio optimismo de la Ilustración habría originado un escepticismo general y esterilizante. La evolución era ineluctable y los europeos debían plantearse cómo actuar en tales circunstancias. La democracia, según él el poder del gran capital, de la plutocracia, debía dar paso a un nuevo cesarismo al estilo de Roma. Mussolini, y no Hitler, sería el modelo para él.

* * *

Para evitar la repetición de una guerra como la pasada, se creó en 1919 la Sociedad de Naciones, foro de negociación política y encauce de una mejora económica mundial. Pero la paz establecida en Versalles era resentida en Alemania como un *Diktat* injusto y humillante. Francia, que había sufrido las mayores destrucciones y perdido el 10 por ciento de su población masculina, trató de cobrar sus deudas ocupando en enero de 1923 el Ruhr, principal región industrial y minera de Alemania. Esta padeció una inflación monstruosa y desmoralizadora que arruinó su economía hasta 1925. La descomposición interna hacía temer el *finis Germaniae* tras solo medio siglo de existencia como nación. Ello crearía un peligroso vacío en el centro de Europa, que abriría paso a revoluciones, por lo que los vencedores accedieron a rebajar las reparaciones exigidas y Usa concedió préstamos para reactivar su economía. De cualquier modo, la Sociedad de Naciones se revelaría poco útil para dominar las crispaciones y odios de la época.

Si la Revolución Rusa había despertado simpatías por el

mundo, también un rechazo inapelable en quienes la entendían como una nueva invasión bárbara sobre la cultura occidental. Finlandia sufrió en 1918 una corta pero muy intensa y sangrienta guerra civil, al intentar los comunistas una revolución que fue derrotada por el general Mannerheim. En el resto de Escandinavia aumentó el peso de la socialdemocracia, gobernante en Suecia desde 1921 y algo después en Dinamarca. En Noruega, las tendencias comunistas ganaron auge durante unos años.

La primera manifestación de rechazo doctrinal al comunismo fue el fascismo italiano, dirigido por el ex socialista Benito Mussolini, que en 1922 tomó el poder en Italia con una «marcha sobre Roma» sin derramamiento de sangre. Previamente, el país había soportado huelgas y luchas sociales enconadas causadas por comunistas y socialistas radicales, que desbordaban a la democracia liberal. El fascismo recogía la frustración de masas que habían sufrido los sacrificios de la guerra para verse premiadas con miseria y desempleo. Sentían, además, que en vez de servir a ideales patrióticos habían sido utilizados por intereses puramente económicos. El fascismo prometía un Estado «totalitario», no en el sentido de que el partido ocupase totalmente el Estado y este la sociedad, como ocurría en Rusia, sino más bien como control político sobre la «plutocracia», el gran capital, para ponerlo teóricamente al servicio de intereses patrióticos superiores. En tiempos de desmoronamiento social, el fascismo cultivó un estilo militar, jerárquico y camaraderil, también porque aspiraba a convertir a Italia en la potencia dominante del Mediterráneo.

Al terminar la guerra se había instaurado en Alemania la República de Weimar. Su principal partido, el Socialdemócrata, reprimió sin miramientos golpes comunistas. En 1923, después de la ocupación del Ruhr por

Francia, un desconocido Adolf Hitler intentó un golpe de Estado en Múnich. Fracasó, pero fue solo el comienzo de una carrera que le convertiría diez años después en dictador. Su ideología combinaba el racismo, el nacionalismo y el odio a los comunistas, los judíos y la «plutocracia» internacional, que a sus ojos representaban lo mismo y habían causado la derrota alemana en 1918. Aunque procuraba no enfrentarse a las iglesias, la católica y las protestantes, el fondo de sus concepciones era por completo ajeno al cristianismo, y parecía enlazar mejor con el paganismo germano y su exaltación de la lucha y el heroísmo.

Otro país donde la democracia liberal cayó fue España por presión del extremismo marxista, las amenazas separatistas y el terrorismo ácrata. Para afrontar las amenazas, el general Primo de Rivera dio en 1923 un golpe de Estado, saludado con alivio por gran parte de la opinión, e instauró una dictadura poco dura, que en menos de siete años modernizó notablemente al país. También Polonia, constituida en república a imitación de la francesa en 1922, padeció un desorden irreductible, cortado en 1926 por Pilsudski, salvador del país frente a los soviéticos, mediante un régimen autoritario muy popular y no disímil del español. Procesos semejantes se dieron en Hungría, en 1920, con Miklos Horthy tras la experiencia de una república soviética de cien días. La subversión comunista y la incapacidad de muchos regímenes liberales para frenarla, provocaba reacciones hacia gobiernos autoritarios y conservadores

Y en 1929 la crisis liberal empeoró gravemente con la catastrófica caída de la Bolsa de Nueva York. Millones de personas fueron al paro, especialmente en Alemania, se extendió la miseria en muchos países, europeos y de otros continentes, incluso en Inglaterra se organizaron «marchas del hambre»… mientras se quemaban cosechas para sostener

los precios, lo que aumentaba la indignación de las masas y la impresión de que la economía liberal conducía a los mayores absurdos. La URSS se presentaba como la demostración práctica de que la anarquía económica propia del capitalismo estaba siendo superada admirablemente por el primer plan quinquenal y la colectivización de la tierra: el Estado proletario organizaba la producción por objetivos racionales al servicio del pueblo y no de los explotadores burgueses. Pero el efecto propagandístico mermaba por las noticias de hambrunas espantosas en Ucrania y otras regiones, noticias que traspasaban la frontera a pesar del rígido control soviético sobre la información.

Mejor salían las cuentas en Italia. Al haber proporcionado paz, estabilidad social y política, y cierta prosperidad al pueblo, el fascismo recibió aprecio de personajes como Churchill, Gandhi, el papa Pío XI o el mismo Roosevelt, y contó con el apoyo de gran parte de los intelectuales italianos más reconocidos. El régimen, pese a su aparatosidad y sus consignas drásticas, fue poco violento en Italia, donde causó muy pocas víctimas mortales. Ansioso de crearse un imperio, Mussolini invadió en 1935 Etiopía, último país independiente de África, encontrándose con un fuerte rechazo internacional, que sin embargo no impidió el hecho. Un logro del fascismo fue la regularización política del Papado, en situación incierta desde 1870: se constituyó un estado independiente en el Vaticano, una de las siete colinas de la antigua Roma, donde había existido un oráculo etrusco: los Estados Pontificios, que habían llegado a ocupar un cuarto de Italia, se reducían ahora a medio kilómetro cuadrado. Aun así, su irradiación espiritual, e indirectamente política, se mantendría y crecería.

En Inglaterra, como en casi todo el resto de Europa, avanzó la socialdemocracia, y el Partido Laborista desplazó

al Liberal como rival del Conservador. Pese a ser la potencia europea más netamente triunfadora, comenzó su declive político. En 1916, en plena guerra mundial, tropas inglesas aplastaron a una insurrección irlandesa en Dublín, pero desde 1919 el IRA (Ejército Republicano Irlandés) organizó guerrillas y actos terroristas que en 1922 alcanzaron la victoria después de tantas revueltas abortadas durante siglos, y la mayor parte de Irlanda se independizó. El mismo 1919, tras la matanza de Amritsar en la India, perpetrada por el ejército inglés (murieron de 400 a 1.500 hombres, mujeres y niños) creció el movimiento de independencia, que Gandhi acaudilló desde 1920 mediante tácticas de no violencia abierta.

La laicista III República francesa fue inestable y cobró fama de corrupta. Temerosa de un revanchismo germano, trató de aislar a Alemania mediante alianzas con Polonia y Checoslovaquia. En 1925 el Tratado de Locarno trató de asegurar las fronteras mediante acuerdos entre Londres, los países vecinos de Alemania y esta misma: la región renana fue devuelta a Alemania, aunque desmilitarizada, y confirmadas las limitaciones que privaban de capacidad ofensiva al ejército alemán; si bien este burlaba el acuerdo con ayuda de la URSS, donde entrenaba a especialistas y probable material.

No solo en Europa se acumulaban nubes de tormenta: en el Lejano Oriente, Japón, después de haber vencido a Rusia en 1905, se había apoderado de Corea y Formosa y, como gran potencia de la zona, aspiraba a desplazar la influencia occidental, al paso que sus instituciones democráticas flaqueaban.

Usa había vivido los años veinte con euforia y ambiente optimista en medio de una expansión económica a la que no

se veía fin. Y todo cambió de pronto con la Gran Depresión iniciada por la caída catastrófica de la Bolsa en 1929, que repercutió inmediatamente sobre el resto del mundo y profundizó extraordinariamente la crisis del liberalismo y el capitalismo.

# 36

# Los años treinta, la II Guerra Mundial y la paz perpetua

Durante los años treinta, las perspectivas mundiales no hicieron sino empeorar. La Gran Depresión causaba estragos por doquier, y en Alemania hacía pasar hambre seria a unos quince millones de personas. Y planteaba cuestiones de fondo sobre un fenómeno tan extraño: que una economía quedase de pronto semiparalizada pese a mantener intacta la capacidad productiva y las pulsiones de consumo de la gente: la «mano invisible» de Adam Smith parecía no funcionar.

El fenómeno originó disputas en la corriente liberal, la más famosa entre los economistas Hayek y Keynes en 1931. Hayek, afecto al liberalismo clásico, achacó las crisis a la tendencia de los bancos a dar un crédito excesivo, superior al ahorro y al final improductivo, causando lo que posteriormente se han llamado «burbujas». El mercado, funcionando con libertad, se desharía de las empresas irrentables e iría saneando la economía con más o menos rapidez. El Estado no debía interferir, porque cualquier intervención suya distorsionaba los precios, generaba inflación y alejaba la cura; y porque tal intervención dañaba inevitablemente la libertad e iniciaba un «camino de servidumbre», según el título de una obra suya posterior. Keynes achacaba la crisis a lo contrario: un ahorro excesivo limitaba el consumo y mermaba las expectativas de

ganancia, y con ello la inversión. Por tanto, el Estado podía y debía suplir la insuficiente inversión privada por medio de programas de obras públicas y similares que dieran empleo y reimpulsasen la demanda y nuevas inversiones. No veía peligro de tiranía en el hecho de que millones de personas consiguiesen empleo gracias a la intervención estatal, pues la libertad de pensamiento y acción tenía mucho que ver con la prosperidad individual. Keynes proponía abandonar la ortodoxia liberal que había causado tal situación, y Hayek acusaba de la crisis a distorsiones de dicha ortodoxia.

Ninguno de los dos ganó el debate desde el punto de vista intelectual, si bien los gobiernos prefirieron a Keynes, acuciados por los peligros sociales generados por el desempleo masivo. Italia antes y Alemania después aplicaban independientemente una política económica con rasgos keynesianos, y en Usa el presidente Franklin Roosevelt, después de intentar frenar la depresión con ortodoxia liberal, recurrió a la intervención directa del Estado (*New Deal*, Nuevo Trato). Sin embargo Usa no superó la crisis en toda la década de los treinta. Después de la II Guerra Mundial, en Europa (y en todo el mundo occidental) se aplicaron doctrinas keynesianas, que no produjeron los efectos supuestos por Hayek, sino que dieron lugar a una expansión económica sin precedentes, hasta que nuevas crisis en los años setenta y posteriores volverían a poner de actualidad el debate y originar políticas más hayekianas. La economía no era del todo una ciencia, ni la razón económica conducía a conclusiones unívocas, una vez más.

En los años treinta, los marxistas entendían la depresión como prueba de la anarquía productiva propia del sistema liberal. Este había intentado superar el desorden económico mediante la concentración y racionalización del capital en empresas gigantes que controlaban al Estado, pero en

realidad solo habría conseguido empeorar sus males y darles una dimensión mucho mayor: para salir de la crisis, el capitalismo debía recurrir a una nueva «guerra imperialista». El fascismo interpretaba la crisis, de modo en parte similar, como un producto del conflicto entre los intereses de los pueblos y los de la plutocracia internacional, que de hecho gobernaba por encima de los estados.

* * *

El nacionalsocialismo, una vez llegó legalmente al poder en 1933, desató una brutal represión contra comunistas, socialistas y judíos, proscribió los partidos, excepto el propio, e implantó una política económica dirigista con frutos espectaculares: en pocos años acabó con el paro y convirtió de nuevo a Alemania en gran potencia. Llamó a su régimen *Tercer Reich*, y su designio más ambicioso consistía en ocupar Polonia y la Unión Soviética como *Lebensraum* o «espacio vital» para Alemania, que colonizaría aquellas tierras con *arios* puros, y crearía una nueva civilización reduciendo a servidumbre a los *infrahombres* eslavos. La base doctrinal del nazismo era un biologismo racista que le daba una base cientifista, junto con una filosofía en gran medida procedente de Nietzsche. Su mística *aria* cultivaba como virtud suprema la voluntad de poder y el heroísmo o disposición a sacrificar la felicidad y la vida en aras de la comunidad racial, destinada a dominar a los inferiores y generar una humanidad superior.

Por su parte, el análisis comunista preveía una próxima y segunda guerra mundial «imperialista», y su estrategia al respecto consistía en procurar que estallase entre Alemania por un lado y Francia e Inglaterra por el otro, dejando a Moscú en posición de árbitro. Pero la subida de Hitler al poder destruyó al Partido Comunista Alemán, el más

potente de la Komintern, y causó la máxima alarma a Stalin. Dado el público designio nazi de ampliar su *Lebensraum* hacia el este, se hizo muy real la posibilidad de que la guerra tuviese lugar entre Alemania y la URSS, en beneficio de Francia e Inglaterra. Para evitarlo, Stalin diseñó en 1935 la línea de «frentes populares», a fin de movilizar a las democracias y partidos socialistas (hasta entonces «socialfascistas») contra «el fascismo», palabra con que identificaba a cualquier régimen, partido o persona opuestos a la URSS. Esa estrategia agitó aún más las nada tranquilas aguas europeas, pero no alcanzó éxitos decisivos porque las democracias temían a Stalin más que a Hitler, en quien veían un posible dique contra la inundación soviética.

Así, el destino del continente se dilucidaba entre tres grandes ideologías (más otras intermedias como la socialdemocracia o el conservadurismo autoritario) representadas a su vez por grandes potencias: el demoliberalismo de Inglaterra y Francia, el fascismo de Italia y Alemania, y el marxismo de la URSS, con numerosos partidos agentes en los demás países. Tienen interés las críticas mutuas entre ellas. Los liberales acusaban a fascistas y comunistas de representar ideologías y regímenes de fondo similar, generadores de miseria y tiranía; y se veían a sí mismos como adalides de las libertades y la prosperidad, aunque esta sufriera una crisis transitoria. Los comunistas se decían la vanguardia de la humanidad secularmente oprimida, en rebelión contra el capitalismo y su manipuladora democracia liberal, y entendían el fascismo como último recurso del capital imperialista acosado por la lucha de clases, para detener o aplastar la revolución. A su vez, los fascistas denunciaban que el liberalismo no solo se mostraba incapaz para hacer frente a la barbarie comunista, sino que de hecho la había engendrado; y se entendían a sí

mismos como los salvadores de la civilización occidental en una situación histórica de gran dramatismo. Dentro de ello, la danza de acuerdos abiertos o tácitos, incluso alianzas entre países y partidos, marcarían la década.

Comunistas y liberales acusarían también al fascismo de irracional, por primar el sentimiento y la voluntad sobre el cálculo económico u otro. Pero se trata de una falsa crítica, pues una razón que pretende prescindir de los sentimientos no es razonable, y desde luego los fascismos razonarían profusamente sus puntos de vista. En definitiva, los tres eran hijos de la Ilustración.

* * *

Un suceso que atrajo interés apasionado en toda Europa fue la guerra civil española, comenzada en octubre de 1934 y reanudada en julio de 1936. Cuatro años antes se había instalado en el país la II República, inmediatamente seguida de violencias de las izquierdas como la quema de un centenar de iglesias, bibliotecas y centros de enseñanza. La izquierda intentó algunas reformas en principio bien enfocadas, pero aplicadas con tal dosis de sectarismo e ineptitud, que el propio Azaña, el líder izquierdista más significado, las descalificó amargamente. Los disturbios, atentados y rápido aumento de la miseria habían hecho que en 1933 ganaran las elecciones las derechas, por amplia mayoría. La respuesta de la izquierda y los separatismos consistió en intentos de golpes de Estado, desestabilización y por fin una insurrección, en octubre de 1934, que amenazaba romper el Estado e imponer un régimen de estilo soviético. En febrero de 1936, tras unas elecciones fraudulentas, gobernó una liga de izquierdas que pronto se convertiría en Frente Popular. Siguió un proceso revolucionario con una oleada de atentados, incendios, huelgas salvajes que hundían

la economía, y destrucciones, hasta culminar en el asesinato del jefe de la oposición Calvo Sotelo.

En tal situación, una parte del ejército, seguida por numerosa población, se sublevó y en una contienda de tres años logró vencer a la contraria alianza de revolucionarios y separatistas. El Frente Popular resultó una amalgama de stalinistas, socialistas revolucionarios, izquierdas golpistas y racistas separatistas, que no excluyó persecuciones entre ellos mismos ni, sobre todo, una persecución religiosa peor que las de la Revolución Francesa o Rusa, llevada a cabo con sistematicidad genocida y un sadismo escalofriante. Le precedían largas campañas de propaganda anticatólica y anticlerical, compuesta mayormente de calumnias, y cuyo tema de fondo podía describirse así: «El cristianismo impide que construyamos el cielo en la tierra».[8]

La guerra de España podía ser una buena ocasión para provocar un incendio europeo. Stalin trató de aprovecharla, convirtiéndose prácticamente en tutor y orientador del Frente Popular, gracias a disponer de las reservas financieras españolas y de un Partido Comunista español que pronto se convirtió en hegemónico. Por su parte, el bando contrario, que pronto eligió al general Franco como máximo dirigente, recibió ayuda de Mussolini y de Hitler, pero mantuvo plena independencia de ambos. Ninguno de estos había cometido para entonces los genocidios que Stalin ya tenía en su haber. La política soviética insistió en retratar la guerra como una lucha entre demócratas y unos fascistas que amenazaban la retaguardia de Francia e Inglaterra y trataba de envolver a estas en el conflicto. Pero las dos democracias no se identificaron con el Frente Popular, y procuraron impedir que las llamas de España alcanzaran a otros países. Así, Stalin no tuvo éxito, por lo que, cuando la victoria de Franco se hizo inminente, cambió de orientación buscando el

acuerdo con Hitler para repartirse Polonia. A todo el mundo le asombró, pero la estrategia staliniana permanecía idéntica: procurar a toda costa que la guerra empezase por Occidente, lejos de sus fronteras. Y esta vez ganó la partida: el Pacto Germano-Soviético rompió todos los equilibrios y expectativas.

Mientras tanto, en el Extremo Oriente, Japón, un país sin casi materias primas, muy afectado por la Gran Depresión, proseguía una política agresiva. En 1931 invadió Manchuria, donde instaló un gobierno títere, y en 1937 atacó directamente a China, donde cometió atrocidades como la masacre de Nankín. Para finales de la década, el conflicto chino-japonés había llegado a un punto muerto. China sufría al mismo tiempo una larga guerra civil causada por su Partido Comunista, fundado en 1921, que había intentado varias insurrecciones. La invasión japonesa sirvió también para reforzar a los comunistas, que por entonces se hallaban acosados en una región pobre del centro-norte del país. La combinación de la guerra civil con la invasión japonesa tendría efectos cruciales en la década siguiente, no solo en China, sino en Asia y el resto del mundo.

* * *

Con el Pacto Germano-Soviético, solo cinco meses después de terminada la guerra de España, Stalin consiguió su mayor victoria política. Previamente, Hitler había ido destruyendo sistemáticamente los acuerdos de Versalles y Locarno: había militarizado Renania, construido unas potentes fuerzas armadas (*Wehrmacht*), unido Austria al Tercer Reich y anexionado la región checoslovaca de los Sudetes, de mayoría alemana, usando el «derecho a la autodeterminación» wilsoniano. La cuestión sudete había estado a punto de causar la guerra con Francia e Inglaterra

en 1938. Después, Hitler había ocupado Checoslovaquia, desmembrándola en dos estados títere. A continuación reivindicó la ciudad de Danzig y un corredor de comunicación por el norte de Polonia entre la Prusia occidental y la oriental. Hasta entonces, Francia e Inglaterra habían cedido a sus avances, cosa que Stalin interpretó como complicidad con Hitler para empujarle contra la Unión Soviética. Hitler entendía que bajo ningún concepto debía luchar en dos frentes como en la I Guerra Mundial, y por eso antes de invadir la URSS debía asegurar su espalda por el oeste, derrotando a Inglaterra y Francia, si estas le declaraban la guerra con motivo de la invasión de Polonia, iniciada el 1 de septiembre de 1939.

Londres y París, a su turno, quizá hubieran aceptado la conquista alemana de Polonia, como habían transigido hasta entonces, si ello fuera el preludio del ataque alemán a la URSS. Pero había ocurrido lo increíble, que Berlín y Moscú, hasta poco antes enemigos mortales, pactaran para repartirse Polonia (una vez más). Como fuere, declararon la guerra a Alemania (pero no a la URSS), sin apenas actuar en defensa de Polonia; y por fin Hitler tomó la iniciativa y derrotó sucesivamente a Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica y al ejército anglofrancés con tácticas llamadas «guerra relámpago», ocupando Francia. Todos estos países habían mostrado escasa voluntad de lucha. Stalin felicitó efusivamente a su «aliado», pero sin duda con poca sinceridad, ya que habría deseado más bien un empantanamiento que agotase a unos y otros, como en la contienda del 14, y de la que él pudiera extraer máximo beneficio. En cualquier caso, el choque germanosoviético era solo cuestión de tiempo, y para él se preparaban asiduamente ambos países.

Tras la caída de Francia, Hitler creyó resuelta la situación

por el oeste y ofreció la paz a Inglaterra (otro país *ario*, en definitiva). Pero Churchill, ascendido a primer ministro, la rechazó, advirtiendo que pensaba llevar la guerra hasta los últimos extremos. Su estrategia consistía en resistir a toda costa, utilizando los vastos recursos de su imperio, hasta que Usa, con su imbatible capacidad industrial, pudiera venir en su auxilio. Siguió una batalla aérea que terminaron ganando los ingleses, con lo que Berlín debió cambiar de estrategia. Parte de ella consistió en cerrar el Estrecho de Gibraltar, instalar bases en las islas Canarias y asegurar una línea costera en Marruecos hasta el desierto del Sahara, en previsión de un posible desembarco anglosajón (que se produciría). Para ello debía contar con la cooperación de Franco, pero este exigió a cambio unas compensaciones territoriales y económicas tan desmesuradas que equivalían a una negativa. Tampoco encontró Hitler la contribución deseada del gobierno de Pétain, que controlaba un tercio de Francia y una poderosa escuadra. Para colmo, su aliado Mussolini emprendió una ofensiva descabellada en Grecia, que obligó al alemán a invadir los Balcanes en socorro de su amigo. Estos tres graves reveses se produjeron en octubre de 1940. Mussolini con sus aventuras malhadadas en Grecia y norte de África, iba a retrasar la prevista ofensiva contra la URSS.

Atacar a la URSS en tales circunstancias suponía aceptar el combate en dos frentes, pero se trataba por el momento de un riesgo menor, pues Inglaterra no tenía la menor posibilidad de invadir el continente y en África y Grecia llevaba la peor parte, de modo que si Hitler conseguía repetir en Rusia sus relampagueantes victorias, el frente del Atlántico quedaría a su vez resuelto.

La invasión de Rusia (Operación Barbarroja) comenzó con el verano de 1941, el 22 de junio, y tomó por sorpresa a

Stalin, que preparaba su propio ataque y calculaba que Hitler tardaría aún en el suyo, por la resistencia inglesa y por su necesidad de las materias primas que la URSS le suministraba. Para Churchill fue un inmenso alivio: «Si Hitler invade el infierno habrá que pactar con el diablo». Pronto al contento sucedió la inquietud, pues las victorias alemanas se sucedían a una escala nunca vista, augurando una pronta conquista del gigantesco país, lo que volvería insostenible la posición inglesa. Pero a finales de año, cuando las tropas alemanas divisaban Moscú en el horizonte, su ataque se detenía en todo el frente, replicado por una contraofensiva que las llevó al borde del colapso. A los soviéticos les había ayudado el retraso de la invasión ocasionado por Italia y la sorprendente imprevisión alemana que apenas había suministrado a sus tropas ropas de abrigo para el invierno. Pero había sido una absoluta voluntad de resistir y vencer utilizando todos los recursos, lo que había sostenido a la URSS.

En ese momento, Churchill recibió otra ayuda decisiva, el entrar Usa en la guerra tras el ataque japonés a la base hawaiana de Pearl Harbor. Berlín, aliado de Tokio, declaró la guerra a su vez a Usa, mientras que Tokio no lo hacía a la URSS. Había muchos indicios de que Hitler se estancaría en Rusia y reproduciría el sino de Napoleón. Para las dos potencias anglosajonas el aguante soviético era la mejor noticia posible y, como señaló Churchill a Roosevelt, ayudarlo era la inversión más rentable, ya que contribuía a agotar a Alemania obligándola a emplear allí el grueso de su potencial bélico, del que se veían parcialmente libres los anglosajones.

Al año siguiente, 1942, la *Wehrmacht*, repuesta aunque no del todo, lanzó una nueva ofensiva, al principio victoriosa pero finalmente fracasada catastróficamente en Stalingrado,

creando además una trampa mortal de la que el ejército alemán se zafó a duras penas. Entre tanto, useños e ingleses desembarcaban en el Magreb y tomaban entre dos fuegos al *Afrika Korps* alemán, que en inferioridad de fuerzas había propinado considerables golpes a los ingleses. Y por fin, entre julio y agosto del 43, los soviéticos lograban desbaratar la última ofensiva alemana en Kursk. Batalla ya definitiva, pues el Ejército Rojo recobró en pocas semanas grandes extensiones de terreno, y sus contrarios, incapaces ya de tomar la iniciativa, debieron batirse a la defensiva hasta el fin. Los anglosajones habían abierto a su vez un segundo frente por Italia, aunque sus progresos se volvieron lentos y difíciles, pese a una superioridad material aplastante.

En junio de 1944, las tropas anglosajonas creaban un tercer frente desembarcando en Normandía. Era obvio que Alemania no tenía ya ninguna posibilidad de ganar, pese a lo cual sostuvo una lucha encarnizada hasta mayo de 1945, cuando cayó Berlín en manos soviéticas. Hitler se suicidó el 30 de abril. Dos días antes Mussolini había sido asesinado por partisanos italianos, y su cadáver vejado y colgado por los pies en una gasolinera de Milán, con la cara destrozada a golpes. Japón se rindió el 15 de agosto, después de sufrir en Hiroshima y Nagasaki los efectos de las bombas atómicas useñas.

La gigantesca contienda había empezado con un pacto entre los regímenes totalitarios nazi y comunista, y terminado con una alianza entre las potencias democráticas anglosajonas y el totalitarismo staliniano. La rendición alemana había exigido el esfuerzo conjunto del Imperio inglés, Usa y la URSS, una alianza que, dentro de las mutuas desconfianzas, funcionó bien. En cambio el Eje Berlín-Roma-Tokio apenas tuvo eficacia o coordinación, y la contribución italiana supuso mucho más una rémora que una ventaja para

Alemania. El escenario ruso fue con diferencia el decisivo, y los soviéticos se impusieron, a un coste enorme en sangre: el primer año sin ayuda anglosajona, y los siguientes con ayuda creciente, aunque los elementos principales, tanques, artillería y aviación, fueron siempre soviéticos. El ejército alemán se mostró cualitativamente superior a sus contrarios, pero llegó a estar en tan abrumadora inferioridad material que ninguna destreza podía compensarla. Al final, Alemania perdió su independencia, repartiéndose su territorio entre la URSS, Usa, Inglaterra y Francia.

Desarrollada con todos los medios técnicos y científicos de la época, estimulados por la lucha a vida o muerte (la lucha por la vida, cabría decir), las víctimas mortales del conflicto se han estimado entre 50 y 60 millones, civiles la mitad de ellas, aunque tal vez estudios más detallados las reduzcan hasta en alguna decena de millones. Cifras enormes, en cualquier caso. La proporción de muertos por relación a la población varía en extremo, entre un 13,5-14,2 por ciento en la URSS o un 8-10 en Alemania, y un 0,32 en Usa y en torno al 1 por ciento en Francia, Italia e Inglaterra. Gran parte de Europa quedó en ruinas, pero Usa superó definitivamente la Gran Depresión y, dueña de la bomba atómica, quedó por unos años imbatible, hasta que la URSS consiguió también dicha arma.

Cabe comparar las dos guerras mundiales. Políticamente, ambas podrían describirse como resultado de la emergencia de nuevas grandes potencias en un mundo ya repartido, pero eso es solo una faceta y no la principal. La primera se libró entre regímenes básicamente liberales y aproximadamente democráticos, y tuvo un marcado carácter comercial. En la segunda, las democracias liberales fueron solo una de las partes, siendo las otras dos regímenes más o menos totalitarios, aunque de opuesta naturaleza, y lo

comercial desempeñó un papel secundario. Se trató de una lucha esencialmente ideológica, entre concepciones no solo de la política sino de la vida, opuestas a pesar de su tronco común. Las tres podrían describirse como ramas de la religión prometeica, arraigada en la razón, con sus fes correspondientes en la Humanidad, la Raza, el Proletariado, el poder salvífico de la Economía…

Los vencedores juzgaron en Núremberg a los jefes nazis, acusándoles de guerras de agresión, crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. Los juicios no eran legales en términos jurídicos, pues se acusaba en nombre de leyes antes inexistentes y con efectos retroactivos. Claro que exigían castigo las atrocidades nazis: asesinatos en masa, deportaciones, el Holocausto judío, trabajo esclavo, hambrunas intencionadas, saqueos, violaciones, torturas, etc. El problema era que aquellas atrocidades, salvo el Holocausto, habían sido perpetradas a su vez por los vencedores, tanto los anglosajones (que hicieron muy poco por rescatar a los judíos o estorbar su exterminio) como, más aún, los soviéticos; de modo que cabía cuestionar su autoridad moral como jueces. Y las guerras de agresión, condenadas al menos desde el padre Vitoria, habían sido una constante en la historia: Usa e Inglaterra las habían practicado, como tantos otros países, en el siglo XX; aquella concreta había empezado con la agresión a Polonia por Berlín y Moscú, pese a lo cual esta última no solo era exonerada, sino que ejercía de fiscal. Y Persia también había sufrido la agresión anglo-soviética. La guerra entre las tres ideologías había dejado al continente en ruinas físicas, pero también en ruina moral.

El castigo de Núremberg no fue muy duro: diez líderes ahorcados. Cerca de un millar más de subalternos y

ejecutores lo fueron en otros juicios, pero decenas de miles de supuestos nazis o colaboradores fueron asesinados sin trámite legal en Alemania, Italia, Francia y países del este. En Francia, Bélgica, Holanda y Noruega los alemanes fueron despojados de derechos y bienes. Las poblaciones alemanas dispersas por Centroeuropa, y la de la parte germana cedida a Polonia, unos 16 millones de personas, fueron expulsadas de sus hogares y forzadas a desplazarse al territorio reducido de la Alemania ocupada: más de dos millones fueron asesinados, a menudo entre torturas, sobre todo en la parte checa, o perecieron en marchas penosas. Tal vez dos millones de mujeres alemanas fueron violadas por soldados del Ejército Rojo, y las violaciones tampoco fueron nada extraño en las zonas occidentales, también disfrazadas como prostitución obligada por el hambre. En los campos de prisioneros soviéticos y en Yugoslavia, pero también en los useños y franceses, morirían más de un millón y medio de soldados alemanes. Millones más fueron reducidos a trabajo esclavo por toda Europa (una propuesta de origen inglés).

Roosevelt había dicho: «Hay que enseñar al pueblo alemán su responsabilidad por la guerra, y durante mucho tiempo deberían tener solo sopa para desayunar, sopa para comer y sopa para cenar». Muchos no tendrían siquiera sopa, y la mortalidad infantil fue muy alta. Millones más habrían muerto de hambre, de mantenerse el Plan Morgenthau de reducir al país a una economía agraria y pastoril, por miedo a su capacidad para reponerse de cataclismos; sin embargo muy pronto la alianza entre la URSS y los anglosajones hizo agua, fue preciso fortalecer la parte ocupada por los occidentales como barrera frente a los soviéticos, y en 1949 se le permitió reunificarse con una independencia relativa. La parte oriental siguió bajo dominio estricto de Moscú.

El despiadado castigo a los alemanes venía dictado en parte por la idea de que aquella guerra debía ser la última en la historia humana, lo cual exigía un escarmiento ejemplar a los tachados de máximos culpables de ella, de modo que nadie cayera en la tentación de imitarlos. Y así, el 25 de abril de 1945, a un paso ya de la victoria, se inauguraba la Conferencia de San Francisco para alumbrar la Organización de las Naciones Unidas (ONU), con participación de cincuenta estados que habían declarado la guerra a los vencidos. Se buscaba mejorar la fallida experiencia de la Sociedad de Naciones, nacida a raíz de la I Guerra Mundial. La ONU no era ni es propiamente una organización democrática, pues los Tres Grandes, Usa, la URSS e Inglaterra, se reservaban el derecho especial de veto sobre cualquier acuerdo tomado por la Asamblea General y el Consejo de Seguridad. Ese privilegio se fundaba en la atribución a los tres (se les añadirían Francia y China) del papel de garantes mayores de la paz mundial.

La Carta Programática, votada el 26 de junio, afirmaba la resolución de «preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra», ponderaba «la fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana, en la igualdad de derechos de hombres y mujeres y de las naciones grandes y pequeñas», prometía garantizar la justicia y «promover el progreso social y elevar el nivel de vida dentro de un concepto más amplio de la libertad». Aprobada por unanimidad, siguió una ovación de delegados, periodistas y los 3.000 espectadores puestos en pie. El delegado inglés, lord Halifax, expresó la emoción del momento definiéndola como «la cuestión más importante de nuestras vidas». El documento podía interpretarse como un ejercicio de palabrería grandilocuente, con poca sustancia, o como una exposición de anhelos humanos ancestrales, que

por primera vez se juzgaban realizables partiendo de la mejora económica y las libertades ligadas a ella. Una filosofía no compartida, desde luego, por la URSS, y que tampoco tenía fondo cristiano, sino más bien prometeico.

Bien pronto la profunda diferencia de ideología e intereses entre la URSS y sus aliados antifascistas iba a dar lugar a la llamada Guerra Fría. Por temor a la mutua destrucción, la rivalidad se manifestaría en una larga serie de guerras menores, revoluciones, golpes de Estado, terrorismo sistemático, aparte de contiendas regionales no ligadas directamente a la Guerra Fría. Tal vez los fundamentos de la paz perpetua no estaban bien asentados o no había forma de asentarlos.

# SEXTA PARTE

# LA EDAD DE DECADENCIA

# 37

# Europa tras la guerra de las tres ideologías

En la guerra de las tres ideologías, la nazi-fascista había sido aplastada por la marxista y la liberal conjuntadas. Y por primera vez desde la Edad de Supervivencia se hallaba Europa invadida y repartida en dos grandes protectorados; así terminaban también cinco siglos de supremacía europea en el mundo (ejercida a través de algunas de sus naciones, no siempre las mismas): catástrofe simplemente inimaginable seis años antes. Las tres grandes potencias de tiempo atrás consideradas el mayor centro productivo y avanzado de civilización salían muy malparadas. La poderosa y expansiva Alemania, derrumbada, con sus históricas ciudades en escombros; Francia, autovalorada como principal núcleo generador del espíritu europeo, hambrienta y semidevastada; Inglaterra, vencedora, pero quebrada económicamente, racionada y endeudada hasta las cejas, y ya potencia de segundo orden. Los demás países, con pocas excepciones, estaban igual o peor. Atrás quedaban las políticas de equilibrio de poderes y similares, que nunca habían impedido, aunque sí, quizá, frenado el belicoso espíritu europeo. Un panorama históricamente nuevo, que hacía pensar en el fin de Europa como civilización.

Cierto que Rusia formaba parte de Europa y su ideología marxista era europea; y que Usa descendía directamente de otra ideología europea, el liberalismo. Pero miradas desde el continente, no dejaban de ser ambas potencias ajenas, con bastantes rasgos culturales distintos de los estimados más

propiamente europeos. A su vez, las dos superpotencias resultantes, compartiendo el prestigio que da el triunfo, estaban en condiciones muy diferentes: la URSS debía reorganizar una economía destrozada, mientras que Usa había salido no solo indemne, sino muy robustecida, superando por fin la Gran Depresión. La fuerza de la URSS descansaba en su poderío militar y el influjo de su ideología, aumentado por su victoria; Usa disponía de la bomba atómica, que de momento la hacía imbatible, y también su ideología demoliberal ejercía una atracción muy fuerte. Por tanto, los territorios sometidos a la URSS iban a sufrir penalidades mucho más duras y prolongadas que los del protectorado useño. Aún importaba más la diferencia política entre una zona donde las libertades y partidos *burgueses* estaban proscritos —salvo algún remedo— y otra en la que iba a ocurrir lo contrario. Usa, en fin, había salvado la democracia liberal en el tercio occidental europeo, si bien con determinante ayuda soviética y a costa de una intervención bélica brutal. Aparte de que el protectorado useño sería más benévolo y breve que el soviético.

Por lo demás, la confraternización entre las dos superpotencias estaba destinada a esfumarse pronto, a pesar de la Conferencia de San Francisco y de los repartos de zonas de influencia. Franco había advertido a Londres de que aquella concordia no podía durar y que la presencia de España iba a ser necesaria, recibiendo respuestas desdeñosas y ofensivas. Pero la realidad pronto se impondría.

* * *

Dentro de este panorama general, el caso de España iba a ser la gran peculiaridad, muy mal tolerada durante más de tres décadas. El país se había salvado de la guerra con muy pocos más: Irlanda, Portugal, Suecia y Suiza. Las dos últimas

habían cooperado bastante estrechamente con el nazismo, el cual había disfrutado, en general, de mucha más colaboración que oposición en la Europa del oeste. Franco entendía al comunismo y a Stalin como el enemigo principal, que para los anglosajones y Stalin era Hitler; y se sentía amigo de Alemania, que le había ayudado en la guerra civil, y no de Inglaterra, que le hostigaba y retenía el humillante enclave de Gibraltar. Pero su empeño fue en todo momento reconstruir el país después de la guerra civil y mantener los intereses españoles, que no coincidían con ninguno de los contendientes. Prestó ayuda táctica a Alemania, pero logró mantener la no beligerancia de España en aguas muy turbulentas, resistiendo a los planes de Hitler. Y este solo hecho tuvo para los anglosajones incalculable valor estratégico, muy por encima del táctico para los alemanes.

La neutralidad no iba a valer a España al terminar la contienda. Pareció entonces que el franquismo iba a desvanecerse ante un mero soplo de los vencedores de Alemania y Japón. Con toda naturalidad se anunciaba el fin de aquel «anacronismo» (De Gaulle) o el juicio a Franco por «criminal de guerra». Hubo planes para crear guerrillas en el interior del país y con tal pretexto acusar a España de hacer peligrar la paz europea, invadirla y acabar con Franco. Este advirtió que combatiría a cualquier agresor, y los anglosajones se refrenaron: una intervención directa en España provocaría una nueva guerra civil que, en una Europa en ruinas, podía contagiarse a Francia y otros. Se impuso así una saludable prudencia, pero persistió el ansia de hundir al franquismo, odiado por el pueblo, decían. Los comunistas creyeron propicio el momento y organizaron guerrillas. Pese a todo, ni el régimen caía ni las guerrillas arraigaban en la población, reacia a sublevarse a pesar del hambre —más aguda en la mayor parte de Europa—, del

ambiente exterior hostil y de la presencia de tropas enemigas en las fronteras norte y sur del país. Ante tal resistencia, la ONU decretó el aislamiento internacional de España, medida criminal, porque España no había entrado en la guerra anterior y porque buscaba provocar una hambruna que empujase a la gente a rebelarse. Pero ni el maquis ni el aislamiento lograron sus objetivos, y el hambre fue pronto controlada.

En el resto de Europa, dos años después de la guerra la economía no repuntaba, y sí el descontento y las protestas, útiles a los comunistas. Usa debió tomar una resolución: el Plan Marshall, concesión de cuantiosos préstamos a bajo interés. Inglaterra recibió la tajada del león, pese a lo cual sería la Alemania Occidental quien mejor aprovecharía su parte, y en pocos años volvería a convertirse en una potencia industrial, si bien políticamente intervenida y militarmente ocupada. El Plan Marshall permitió recomponer las dañadas economías europeas, que volvieron a crecer a buen ritmo. El plan fue ofrecido a la Europa del Este, pero Stalin prohibió aceptarlo. Por supuesto, quedó excluida España, que debió reconstruirse con sus solas fuerzas. La leyenda afirma que la reconstrucción fracasó, pero los datos económicos de los años cuarenta y cincuenta señalan un crecimiento muy considerable a pesar de todas las restricciones; el hambre desapareció del país por primera vez en la historia y la esperanza de vida al nacer, una de las más bajas de Europa durante la república, subió al promedio europeo y más tarde a uno de los tres más altos.[9] Sobre la base creada entonces, y tras la derrota del aislamiento internacional, una política menos autárquica convirtió a España entre 1960 y 1975 en el país de más rápido crecimiento de Europa y uno de los más rápidos del mundo.

* * *

La tutela useña, en general beneficiosa, no dejaba de ser vejatoria para unos países que poco antes parecían dominar el mundo. A pesar de la recuperación económica, Europa debió soportar la pérdida acelerada de sus imperios coloniales, dándose el caso, increíble antes de la II Guerra Mundial, de que Holanda, Inglaterra y Francia fueran derrotadas en sus colonias, pese a emplear una represión realmente dura y sangrienta. Inglaterra hubo de resignarse a perder India, «la joya de la corona», en 1947, en un proceso desordenado que dejó más de un millón de muertos en luchas entre musulmanes e hindúes. Al año siguiente fue expulsada a golpes, por así decir, de Palestina por los israelíes; y perdió su hegemonía sobre el Oriente Próximo y su petróleo, en beneficio de su socio useño. Holanda tenía que reconocer la independencia de Indonesia en 1949, después de que sus represiones causaran indignación mundial. Peor le fue a Francia, embarcada en una guerra por retener Indochina, que perdería después de humillantes derrotas en 1954. Dos años después perdía Marruecos, y en 1962, tras una larga y cruel contienda, Argelia —a la que no reconocía como colonia, sino como parte del territorio nacional francés—. En los años sesenta las luchas anticoloniales, alentadas a menudo por Usa y a veces bajo mando comunista, irían reduciendo a unos cuantos residuos los inmensos imperios tan recientes aún. Rasgo de estas guerras fue el abundante uso de guerrillas y terrorismo por parte de los independentistas, tácticas que, combinadas con la explotación de la opinión pública en las propias metrópolis, terminarían por doblegar a estas.

En 1949 ocurriría un suceso de dimensión planetaria al conquistar los comunistas, dirigidos por Mao Tse-tung, la

inmensa China, contra el gobierno nacionalista de Chiang Kai-shek, protegido y ayudado por Usa. Prácticamente un tercio de la humanidad pasaba vivir en regímenes marxistas, un ritmo de expansión sin precedentes en la historia, como hemos indicado, incluso comparándolo con las conquistas árabes de los siglos VII-VIII. Ese mismo año conseguía Moscú la bomba atómica, estableciendo un «equilibro de poder» mundial. Y en los años siguientes el comunismo seguiría expandiéndose, hasta en Cuba, en las mismas barbas del Tío Sam (1959). La gran rivalidad mundial se desarrollaba ahora entre la URSS y Usa, y en ella los países europeos solo cumplían papeles subalternos: en 1956 Inglaterra y Francia pudieron comprobarlo cuando invadieron Egipto para impedir la nacionalización del Canal de Suez, y debieron retirarse bajo presión useña, ratificada en la ONU.

Dada la expansión comunista, España decidió salir parcialmente de su tradicional neutralidad, inútil en las nuevas circunstancias, y permitir bases militares de Usa en su territorio, como las había en la mayor parte de Europa Occidental. Según los cálculos estratégicos, la Europa Central caería rápidamente en manos soviéticas en caso de guerra, dejando solo a la Península Ibérica y las Islas Británicas como bases para una contraofensiva. España ganaba posición internacional y en 1955 entraba en la ONU, que nueve años antes había intentado su proscripción y aislamiento.

* * *

Varios políticos eurooccidentales diseñaron un plan a largo plazo para devolver a Europa un papel clave en el mundo, cosa que suponían posible solo mediante la unificación y desintegración de las naciones. Aquellos políticos fueron titulados «padres de Europa», de forma

absurda, como si Europa no hubiera existido hasta entonces. Entre ellos predominaban los democristianos: el alemán Konrad Adenauer, el italiano Alcide de Gasperi, el francés Robert Schuman, más el socialdemócrata belga Paul-Henri Spaak y el tecnócrata Jean Monnet La idea era emprender un proceso de unidad económica que condujese a la unidad política en unos Estados Unidos de Europa o algo semejante. De la experiencia pasada extraían la lección de que por esa vía terminarían los tradicionales conflictos entre Francia y Alemania. Y la ancestral aspiración, desde Carlomagno, a unificar un continente cristiano, parecía tener una opción histórica tras los efectos del choque entre las tres ideologías anticristianas o acristianas. Pero la idea de organizar la política a partir de la economía, típicamente *materialista*, era más socialdemócrata que cristiana. En 1950, el hombre de negocios Jean Monnet propuso como primera medida, aceptada, fundar una Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) entre Francia, Alemania, Italia y el BENELUX (Bélgica, Holanda y Luxemburgo). En 1957 la unión se transformó en la CEE (Comunidad Económica Europea) que establecía la unión aduanera y la libre circulación de bienes, aunque no de personas y capitales, que no se haría hasta 1986.

Los objetivos de estas medidas eran básicamente dos: evitar en lo sucesivo las guerras intraeuropeas y crear poco a poco una nueva superpotencia que compitiese con Usa y URSS. La realidad era más bien que la paz en el continente se debía a la tutela militar useña, soportada con cierto disgusto. Y no faltaron guerras de países europeos en otros continentes terminadas en derrotas, como hemos indicado. A cambio de aquella tutela y de las ayudas del Plan Marshall, los países eurooccidentales crecieron más rápidamente que nunca, convirtiéndose en sociedades de gran consumo en los

llamados Treinta Años Gloriosos, hasta 1975. Ello contradecía el dogma, antaño creído por casi todos y sostenido con empeño por los marxistas, de que la riqueza capitalista provenía de la explotación de las colonias. Por otra parte, el crecimiento se consiguió mediante una expansión nunca vista del Estado, en contradicción con principios liberales básicos.

¿Estaba superando Europa (occidental) su decadencia gracias al éxito económico? Más bien no. Donde mejor se aprecia esa decadencia es en aquellos puntos en que descollaba desde muchos siglos atrás: el pensamiento, la filosofía, el arte, la ciencia y la técnica. En todos esos terrenos, también en las modas populares y juveniles, la vanguardia y la iniciativa pasaron a Usa después de 1945, siguiendo Europa con más o menos matices y escasa originalidad. También el marxismo soviético continuó influyendo poderosamente por medio de partidos comunistas de masas como en Italia y Francia, y asimismo en la universidad y medios intelectuales. La Escuela de Frankfurt, asentada en Usa después del triunfo nazi, intentó un nuevo materialismo combinando a Marx con Freud. Otro rasgo de la época fue la popularidad del existencialismo de Sartre, puro nihilismo voluntarista: el hombre está «condenado a ser libre», y puede construir su moral y su vida al margen de cualquier constricción externa. Sartre terminó defendiendo el comunismo extremo, algo no tan paradójico como pudiera sonar. En general, el pensamiento europeo de posguerra tiene aire de epigonismo un tanto gris. El contraste entre la boyante economía y la pobreza cultural sugiere la roca de Prometeo, en la interpretación dieliana.

Aquella prosperidad europea tendría efectos no esperados. El persistente influjo marxista en medios universitarios era muy fuerte en Francia, Italia y Alemania, y significativo en

Inglaterra y otros países. La ideología del consumismo creaba cierta insatisfacción vital en los jóvenes que no habían conocido las miserias de la posguerra. La sensación de vivir bajo permanente amenaza de guerra nuclear ayudaba a fomentar un ambiente nihilista en unos medios universitarios que se habían masificado y en los que cundían las drogas y conductas no disímiles de las de los años veinte. El pacifismo, exigido solo para la parte occidental de Europa pero no para la oriental, se masificó, mezclado con la oposición a la guerra de Vietnam, en la que se había embarcado Usa desde principios de los sesenta y sobre todo desde 1964, para impedir la ocupación de Vietnam del Sur por los comunistas. Aquella guerra fascinó a medio mundo, por la incapacidad del coloso useño para dominar a un enemigo tan inferior económica y técnicamente. De tales factores surgieron protestas universitarias casi permanentes en Francia, Alemania, Italia, en Usa, en menor medida en Inglaterra. Diversos teóricos marxistas o similares entendieron que el «sujeto revolucionario» pasaba de la clase obrera, absorbida por el «sistema», al estudiantado, y que el capitalismo prosperaba con nuevas formas de explotación, saqueando a las ex colonias del «Tercer Mundo».

Otra variante del descontento juvenil, también dirigido básicamente contra los padres y la familia, se expresaba en la consigna «sexo, drogas y *rock and roll*», o en movimientos como los *beatniks* y los *hippies*, originados en Usa y entre los que el consumo de drogas constituía una seña de identidad definitoria.

Las protestas culminaron en la «revolución del mayo francés», en 1968, un movimiento confuso, entre comunista, anarquista y freudomarxista, deseoso de derribar el orden *burgués* mezclando la «revolución proletaria», la

«revolución estudiantil», y la «revolución sexual». Hablaba de «liberación» y admitía el maoísmo, sin importar sus contradicciones. La Cuba castrista fue también uno de sus iconos. De tiempo atrás, el marxismo sufría una descomposición intelectual, varios de cuyos subproductos eran un feminismo que trasladaba la lucha de clases a la lucha de sexos, con implicaciones abortistas y homosexistas; o un ecologismo que planteaba la lucha entre el hombre y la naturaleza, en la que el malvado era el hombre. La conmoción fue vencida con pocas víctimas, pero sus efectos ideológicos antifamilia, juvenilistas, nihilistas, de desprecio al pasado (por lo demás ignorado o interpretado en términos de lucha de clases), querencia totalitaria, etc., proseguirían con plena fuerza hasta hoy. El «mayo francés» vino a ser una explosión de «pensamiento histérico», irradiante aún hoy.

Por lo que se refiere al marxismo, entró también en crisis a principios de los años sesenta. Cuatro años antes, el jefe soviético Nikita Jruschof denunció como crímenes algunos de los hechos de su antecesor Stalin: asesinatos, deportaciones, etc., centrándose sobre todo en los que habían afectado a los propios comunistas. La denuncia ponía en cuestión todo el programa de construcción del socialismo y las mismas bases teóricas marxistas: la sociedad más justa, más libre y más productiva de la Historia se habría construido bajo una tiranía alucinada y salvajemente sanguinaria. La contradicción fue claramente percibida por los comunistas chinos y albaneses, que atacaron a Jruschof acusándole de calumniador y *revisionista* del contenido revolucionario del marxismo, como había sido la socialdemocracia alemana de principios de siglo. Stalin solo habría aplicado la doctrina de la lucha de clases, aplastando a los enemigos del proletariado: nada de crímenes, sino todo

lo contrario, o en todo caso errores difíciles de evitar y no decisivos… que también se cometían en China al coste de millones de vidas humanas. Por consiguiente la China de Mao y la Albania de Hoxha rompieron con la URSS y fomentaron nuevos partidos, conocidos como marxistas-leninistas-maoístas o simplemente maoístas.

Aun con sus divisiones, el comunismo continuó expandiéndose y a la ofensiva. Sobre todo en Vietnam, donde estaba agotando a la superpotencia useña, parecía demostrar que el futuro pertenecía a los comunistas. Llama ahí la atención cierta inversión de valores: los marxistas se consideraban materialistas acérrimos, mientras que en el modo de ver la vida de Usa, la religión tenía una parte importante. Sin embargo todos los elementos materiales estaban de parte useña, mientras que los comunistas resistían con un derroche de espíritu, por así decir: fe en la causa, disciplina, sacrificio… La guerra terminó en 1973, desastrosamente para Usa, donde provocó graves discordias sociales y una larga y pesada crisis moral. No solo fue Vietnam, también cayeron en poder comunista Laos y Camboya, donde el nuevo poder perpetró uno de los genocidios más horripilantes del siglo.

En 1974 un golpe militar semicomunista derrocaba en Portugal al régimen corporativista fundado por Oliveira Salazar, y daba la independencia a las vastas colonias africanas de Angola y Mozambique, y la menor de Guinea. Eran las últimas colonias europeas significativas en África, y en las tres estallaron guerras civiles entre comunistas y contrarios.

* * *

Ninguna de estas corrientes afectó gran cosa a España. El franquismo tuvo hasta el final, en 1976, un éxito realmente

notable desafiando una hostilidad casi generalizada, que llevaba a gobiernos europeos a apoyar el terrorismo contra él. España era «diferente», como proclamaba un eslogan turístico. Aparte sus logros económicos, había alcanzado una envidiable salud social medida por índices de población penal, drogas, delincuencia juvenil, aborto, prostitución, alcoholismo, suicidio, fracaso familiar, violencia doméstica, enfermedades venéreas, embarazo de adolescentes, homicidios, etc. En todos estos índices estaba en los puestos más saludables del continente. La sociedad parecía inmune, salvo sectores marginales, a modas como las *hippies*, la difusión de la droga o la boga del marxismo, y el régimen no sufrió oposición democrática o liberal de algún relieve, solo comunista y/o terrorista. Sin embargo esta última creció desde finales de los años sesenta, tanto por la publicación legal de numerosa literatura marxista como por la política del Partido Comunista, muy activo en la universidad. Todo ello manteniendo el régimen siempre abiertas las fronteras, por donde entraban masas crecientes de turistas y se realizaba un comercio cada año más intenso.

El franquismo era un equilibrio entre partidos conservadores más otro con afinidades fascistas italianas: la Falange o Movimiento Nacional. Siendo el catolicismo el único punto común entre ellos, el régimen de declaró confesionalmente católico y trató de aplicar la doctrina social de la Iglesia de León XIII, y así le fue reconocido por el Vaticano, casi su único aliado efectivo en los tiempos más difíciles. Pensaba superar tanto al liberalismo como al marxismo, a quienes rechazaba por su *materialismo* economicista e irreligioso o antirreligioso. Radicalmente contrario al comunismo, uno de sus motivos de orgullo radicaba en haberlo vencido en España y haber mandado la División Azul contra la URSS. Con el liberalismo era mucho

más complaciente, y de hecho podían calificarse de liberales muchos de sus rasgos, como el apoyo a la propiedad y la iniciativa privadas, la práctica ausencia de dirigismo cultural o el mantenimiento de un aparato estatal reducido. Esto último chocaba también con la tendencia casi unánime de Usa y las democracias europeas, donde la expansión del Estado fue abrumadora después de la guerra mundial.

La ideología del régimen trataba de revitalizar las raíces católicas a partir de las interpretaciones de Donoso Cortés, Menéndez Pelayo o Balmes, o bien ya de los más recientes Maeztu o Morente. Se encontraban las esencias productivas de España en la defensa del catolicismo en el Siglo de Oro, en estrecha relación con el legado del imperio. Designio no exclusivista, pues la cultura progresó mayoritariamente al margen de cualquier directiva oficial (no hubo nada parecido a las consignas nazis o soviéticas orientadoras del arte, etc., aunque sí una censura centrada más bien en tópicos sexuales) y se achacaba la decadencia a la renuncia a la propia tradición para «afrancesarse» o «anglisizarse». Como pasaba en el resto de Europa, fueron en ese sentido más relevantes los logros económicos y de otro tipo, que los intelectuales. En su *Defensa de la Hispanidad*, Maeztu había intentado exponer un espíritu hispano de «igualdad esencial de todos los pueblos de la tierra», ideal cristiano defendido hasta cierto punto por la España clásica, pero cuyo universalismo no lo hacía por ello particularmente español. Desde el siglo XVIII, los españoles habrían renegado de sus valores y originalidad propios para seguir servilmente otros ajenos, y de ahí la decadencia. Morente cree encontrar la esencia de lo español, común a todos los tiempos y válido para todos los pueblos hispánicos, en el modelo del «caballero cristiano». Discusiones de este tipo se daban en otros países, desgarrados entre su «espíritu» y la imitación

de las naciones más boyantes. En los años cuarenta y cincuenta hubo debates de cierto fuste entre clérigos y falangistas sobre la vía a seguir para dotar a España de un nuevo dinamismo cultural. Durante aquellas dos décadas y a pesar de las dificultades económicas, el país tuvo una vida literaria y artística de gran interés, menor en el plano científico, pero tampoco desdeñable. Y se erigió el monumento probablemente más original y poderoso creado en el siglo XX en cualquier país, el Valle de los Caídos.

Más directamente política era la fórmula llamada «democracia orgánica», propuesta por la Falange siguiendo el pensamiento de José Antonio: la familia, el municipio y el sindicato serían los órganos de participación popular, y no las elecciones «inorgánicas» o liberales en las que, se decía, la gente era víctima de propagandas manipuladoras, votaba a candidatos que no podía conocer, entre la demagogia e irresponsabilidad de los dirigentes. En la práctica, la democracia orgánica nunca fue aplicada ni despertó mucho fervor popular. El régimen funcionaba esencialmente a través del Consejo de Ministros, donde Franco procuraba equilibrar a unas y otras «familias», partidos disimulados.

¿Podía brotar de todo ello un pensamiento o ideología capaz de rivalizar con los que cundían por Europa y América? Desde luego exigiría una elaboración intelectual muy profunda, que no se dio, y en todo caso resultaría muy difícil a largo plazo, por la enemistad que profesaba al franquismo el resto de Europa, y la mayor parte de América. Por lo demás, el gran proyecto revitalizador mediante el catolicismo quebró en los años sesenta, y precisamente por el lado vaticano.

En 1962 se inauguró el Concilio Vaticano II, que prolongaría sus trabajos hasta 1965, y una de sus novedades

fue el «diálogo con el marxismo». Parece que dentro de la Iglesia cundió la idea de acomodarse al empuje comunista, posible triunfador en la Guerra Fría. El Concilio no renovó —o lo hizo solo vergonzantemente— la tradicional condena al comunismo, y de hecho su actitud hacia él cambió notablemente, lo cual tuvo efectos más que perturbadores para España. Amplios sectores del clero pasaron no ya a distanciarse del régimen, sino a secundar al Partido Comunista y sus sindicatos, al terrorismo de la ETA y a los separatistas, por entonces muy débiles todos ellos. Además, el Concilio renunció a la confesionalidad del Estado, defendida hasta entonces, con lo que dejaba al franquismo ideológicamente sin asidero. Tales derivas desconcertaban profundamente al régimen, que se había batido en la guerra, entre otras cosas esenciales, por mantener a la Iglesia en España, salvándola del exterminio físico intentado a fondo por aquellos izquierdistas y separatistas ahora tratados con simpatía por tantos clérigos. Era como si en plena lucha contra turcos y protestantes, Roma hubiera desacreditado a España y buscado el acuerdo con sus enemigos más radicales.

No es exagerado decir que el Vaticano II sentenció a muerte al franquismo. Aun así, la caída no fue inmediata y no se produjeron movimientos revolucionarios, porque los antiguos odios de la república habían desaparecido, existía una sólida clase media y una prosperidad en aumento, y porque sus enemigos seguían siendo muy débiles, por más que la ayuda eclesiástica los iba fortaleciendo. Por ello el régimen, aunque vaciado ideológicamente, se mantuvo hasta 1976, incluso, formalmente, hasta 1978, y fue capaz de organizar una transición bastante tranquila a la democracia, integrándose a la CEE en posición subordinada y renunciando a las ideas iniciales del franquismo. Cierto que

tampoco la Iglesia salió bien parada: tratada con aversión y desprecio por aquellos a quienes beneficiaba, sus seminarios —no solo en España— se despoblaron, miles de religiosos colgaron los hábitos, surgieron «teologías» impregnadas de marxismo y violencia, y en Latinoamérica progresaron como nunca confesiones protestantes. Daba la impresión de que la Iglesia había renunciado a su papel espiritualmente orientador para adaptarse a las corrientes ideológicas imperantes en Europa.

El intento no muy brillante de elaborar, desde la experiencia histórica de España, un pensamiento alternativo a los que presidían la decadencia europea, quedó truncado por el Vaticano II. Resulta imposible decir, de todos modos, si había existido antes posibilidad real de llevarlo a cabo, aunque no deja de ser un tema interesante.

# 38

# Dos hechos históricos imprevisibles: colapso de la URSS y resurgir islámico

Jruschof había prometido que en pocos años la economía soviética superaría a la useña, demostrando con este decisivo criterio su superioridad. Pero no solo no la superó, sino que, a pesar de sus éxitos científicos en algunos campos como la salida al espacio extraterrestre, el nivel de consumo del ciudadano soviético perdía puntos con relación al useño. En realidad, la propia concepción soviética de unas necesidades materiales de los individuos satisfechas por el Estado, tendía a crear una economía estática, siendo la competencia con Occidente el factor que la obligaba a innovar para no quedar demasiado atrás. Desde sus inicios, la economía soviética había avanzado entre pasos liberalizantes y colectivizantes, pero hacia finales de los años setenta su rigidez se demostraba insuperable. Además, la guerra de Vietnam no había sido del todo improductiva para Usa, pues en ella había inventado o aplicado nuevas tecnologías electrónicas y esbozos de lo que sería Internet: unos campos en los que los soviéticos quedaban rezagados año tras año, menguando cualitativamente su potencia militar.

Y en 1979, la URSS invadió Afganistán, metiéndose en una larga y costosa guerra con algunos rasgos parecidos a los que habían motivado el fracaso useño en Vietnam. Por lo que respecta a China, sus experimentos sociales, el último de

ellos la «Revolución Cultural Proletaria», se saldaban con atraso económico y millones de muertos. Desde el fallecimiento de Mao, en 1976, ganaron terreno posturas menos utópicas, hasta abocar a una economía básicamente capitalista, aunque bajo férreo control del Partido Comunista, que seguía monopolizando el poder político.

Por fin, en 1989, la caída del emblemático muro de Berlín, construido a modo de cárcel para impedir la huida de alemanes hacia el sector *burgués*, preludiaba un derrumbe general del sistema soviético en Europa. En 1991 caía también la URSS, setenta y cuatro años después de la Revolución Bolchevique y cuarenta y seis de su gran victoria sobre Alemania y conversión en superpotencia mundial. La Guerra Fría terminaba no por derrota directa, sino por la imprevista e imprevisible implosión de uno de los bandos. El Imperio soviético se disgregó, los países satélites del este europeo optaron por un modelo político y económico demoliberal, y lo mismo hizo Rusia, que entró en un período de desbarajuste interno, reconducido bastantes años después por Vladímir Putin.

Por su parte, el sistema demoliberal construido en 1945 no había dejado de atravesar serias crisis. A raíz de la guerra árabe-israelí del Yom Kipur, en 1973, los países árabes productores de petróleo cuadruplicaron los precios del crudo y Occidente, sobre todo Europa, sufrió una dura recesión económica. Se fueron abriendo paso las críticas a la economía keynesiana aplicada desde 1945, y la exigencia de vuelta a unas políticas más liberales, hayekianas o no, con bajada de impuestos y gasto público y desregulación de la economía. Ello abrió una nueva etapa de prosperidad conforme avanzaban los años ochenta, unida a espectaculares avances en el dominio de la electrónica y la informática. Y ello, junto con la caída de la URSS, supuso la

entrada en un nuevo período histórico, con una sola superpotencia, Usa, dotada de un ejército tan poderoso que absorbía él solo más presupuesto que el de todos los demás países del mundo juntos. En adelante la triunfadora democracia liberal debía ir imponiéndose poco a poco o rápidamente en todo el mundo, por imitación, presión indirecta o por intervención directa. La Europa Occidental, satélite privilegiado de Usa en más de un sentido —aunque con ansias de mayor independencia—, compartía su gloria. En 1949, Usa y la mayoría de Europa Occidental habían creado la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte), alianza militar contra el expansionismo soviético. Tras el derrumbe de la URSS, parecía natural que la OTAN se disolviese, por haber perdido o haber cumplido su objetivo fundacional. Pero no fue así, lo cual equivalía a una declaración de intenciones.

El pensador useño Francis Fukuyama expresó lo que muchos pensaban: la nueva situación mundial suponía «el fin de la historia», el fin de las guerras, salvo intervenciones puntuales, porque a la democracia liberal se la suponía esencialmente pacífica, al descansar sobre la economía y el intercambio comercial, que debía interesar a todo el mundo (y a pesar de una larga experiencia histórica de guerras comerciales o de comercios poco saludables). Fukuyama no pintaba el mundo resultante con colores sugestivos, y sí próximos a los del «despotismo democrático» previsto por Tocqueville. La misión de los gobiernos consistiría en el cálculo para resolver interminables problemas técnicos y económicos generados por las cada vez más complejas exigencias de los consumidores, tratando de proteger simultáneamente el medio ambiente. En ese mundo sobrarían los viejos valores por los que tantos habían arriesgado la vida: el honor, la pasión por ideales, el valor, la

audacia, etc. El arte y la filosofía perderían su razón de ser, salvo como mero entretenimiento o repaso de la atribulada historia humana, por fin concluida. En buena medida eso parecía ocurrir realmente en los albores del siglo actual, y muchos sostendrían que ocurre en Usa o en Europa.

Otro pensador useño, Samuel Huntington opinaba, por el contrario, que los conflictos entre naciones ampliarían su escala y se redefinirían como «choque de civilizaciones». La propia Usa estaba siendo invadida pacíficamente por oleadas de *latinoamericanos* representantes de una civilización con valores y visión de la vida muy distintos de los anglosajones que habían forjado el país y su «sueño americano». No obstante, ese sueño se había elaborado con valores de tolerancia, libertad de movimiento, etc., que favorecían la inmigración masiva. Los temores se complican con el supuesto de que las personas poco inteligentes se reproducen más que las inteligentes, lo que entrañaría serios peligros futuros.

Una tercera corriente, llamada «corrección política», pone el acento en la igualdad de culturas y personas, no solo ante la ley, sino en cualquier aspecto, negando las desigualdades naturales entre hombres y mujeres, entre formas de sexualidad, entre valoraciones y formas de pensar, entre culturas, últimamente entre personas y animales, a los cuales otorga «derechos». Y tiende a considerar al ser humano, en especial al blanco de origen europeo, no simplemente como un animal, sino como un animal dañino para *Gea*, la «madre tierra», con alternativas como volver a una economía «ecológica» que entrañaría la muerte de cientos de millones de personas. Últimamente salen a la luz hasta propuestas de prohibir la leche, por discriminatoria contra las hembras. Algunos ideólogos ya predican el aborto sistemático de varones, por belicosos y depredadores

ecológicos, para alcanzar una sociedad esencialmente femenina; o, más consecuentemente, proponen la eliminación no traumática del ser humano por un pacto libre para cesar la reproducción y vivir los últimos días de la humanidad entre todos los placeres posibles… Asimismo se percibe un decaimiento de los lazos familiares, de la relación entre los sexos, a menudo crispada y con episodios violentos, etc. Se trata de movimientos ecologistas, feministas, homosexualistas, abortistas, etc. Es difícil decidir si los hechos citados y una multitud de otros parecidos presentes constantemente en los medios de difusión, las redes sociales e Internet, son simples pintoresquismos pasajeros o síntomas de una realidad más profunda, similar a la que precedió la decadencia y hundimiento de Roma.

Casi coincidiendo con la caída de la URSS, la CEE se transformó en Unión Europea, con ambición de homogeneizar progresivamente a Europa absorbiendo la soberanía de las naciones, imponiendo el inglés como lengua común y superior, sobre un eje francoalemán como núcleo político, en el que Alemania va tomando cada vez más el papel dominante. Su inicial contenido democristiano fue transformándose en socialdemócrata, con clara influencia de la masonería. La actitud anticristiana se acentuó, borrándose de sus documentos oficiales la referencia a la cristiandad como raíz de la civilización europea; y la economía se ha transformado en el criterio de toda la actividad social o cultural. La propia cultura europea está siendo desvaída por el «multiculturalismo», y el abortismo y homosexualismo se han convertido en auténticas señas de identidad de la UE. No es puramente imaginario el aserto de que la UE entraña casi todo lo contrario de lo que ha significado históricamente Europa, un nuevo avance de la religión prometeica, y es discutible si se trata de un signo de

revitalización o de profundización en la decadencia.

La Iglesia, por su parte, fue superando los peores efectos del Vaticano II en los pontificados del papa polaco Juan Pablo II y el alemán Benedicto XVI, abandonando el diálogo con los marxistas y reiterando la condena al comunismo, que, a través de Polonia, ayudó a la disgregación del Imperio soviético. El actual Francisco I parece recuperar el espíritu o interpretación del Vaticano II parcialmente corregido por sus dos antecesores, y ha atacado la herencia de España en América, dato no baladí; o interpretado en clave económica fenómenos como el terrorismo.

* * *

Tan inesperado como la caída de la Unión Soviética ha sido el renacer del integrismo musulmán. Entre los siglos VIII y XVII, el Islam planeó como una amenaza permanente sobre Europa desde el sureste y el Mediterráneo, pero a partir de entonces el peligro había desaparecido y habían sido los europeos quienes habían reducido a una dependencia mayor o menor a la mayor parte del mundo mahometano. Esta relación de fuerzas y posiciones parecía ya definitiva, pues, entre otras razones, se asentaba en una superioridad científica y técnica que no cesaba de acentuarse. El ámbito musulmán o Musulmania no se integraba con el europeo, y los esfuerzos de algunas potencias coloniales como Francia por favorecer las conversiones o el abandono del Islam habían fracasado casi por completo. Pero el Islam parecía sumido en un atraso invencible, rechazo a la ciencia y la técnica occidentales, y pasividad fatalista. Pocos europeos creían que ese panorama fuera a cambiar, probablemente en siglos. Alguno más perspicaz, como Churchill, advirtió tan pronto como 1891 que bajo esa fachada «el mahometismo, lejos de estar moribundo, es una fe combativa y

proselitista», y que si no fuera por el escudo de la ciencia, «la civilización de la Europa moderna podría caer, como cayó el Imperio romano». No obstante hay indicios de que Churchill, como otros occidentales, sintió atracción por el Islam, acaso porque este proponía una fe incondicional, sin fisuras y militante, en contraste con la vacilación, la duda y el relativismo extendidos por Europa.

Y bajo los signos externos de indolencia y parálisis cultural, dentro del Islam obraban corrientes que propugnaban renovar su vieja fuerza adoptando la técnica occidental. Algunas de ellas fueron tan lejos como impulsar cierto grado de laicismo y separación entre la religión y el Estado. Después de la I Guerra mundial, Kemal Atatürk implantó en Turquía una especie de democracia tutelada por las fuerzas armadas, y pudo entenderse el experimento como una señal de la dirección en que se desenvolvería el Islam, al ritmo que fuera. Con pareja intención nació tras la Guerra Mundial el partido panárabe *Baaz*, de carácter laico, socialista y modernizador, que logró gobernar en Siria e Irak, e influir en otros países del entorno. También Egipto, con el coronel Nasser, seguía más o menos la pauta, y otro país fundamental en la región, Irán, se occidentalizaba con rapidez bajo el *sah* (rey) Reza Pahlavi. Lo mismo grupos palestinos contra Israel, alguno de los cuales se presentó como marxista-leninista.

A partir de 1967, tras la victoria israelí en la Guerra de los Seis Días, la organización palestina *Al Fatah* y otras, también ajenas al integrismo, desataron campañas de atentados terroristas, y aunque no consiguieron su objetivo directo de destruir Israel, alcanzaron el indirecto de transformar gran parte de la opinión pública occidental, antes simpatizante de los israelíes, en antijudío. Aquel terrorismo se combinó, por lo que respecta a Europa, con otro puramente europeo, de

carácter comunista o comunistoide en Alemania, Italia, España y en menor medida en Francia.

Con el paso de los años, el panarabismo o nacionalismo árabe con sus propuestas laicas y socialistas, fue entendido como un fracaso, y en lugar de proseguir el camino de la occidentalización, ganaron terreno los partidos e intelectuales que propugnaban lo contrario, una vuelta a la pureza del Islam, a la ley islámica o *sharia*, al velo o el *burka* en la vestimenta femenina (que casi habían desaparecido en la población urbana de gran parte de Musulmania); y, en especial, la diferenciación entre *Dar al-Islam* y *Dar al Jarb*, es decir Casa del Islam y Casa de la Guerra. En la primera, la tierra de la sumisión a la voluntad de Dios, debía reinar la paz entre los creyentes —cosa rara vez alcanzada—, mientras que la tierra de los infieles es por definición objeto de guerra o *yijad*. El proyecto de conseguir la unidad político-religiosa del Islam derribando a los regímenes más o menos occidentalistas, y el de atacar a los infieles europeos (tildados, harto inadecuadamente, de cristianos o «cruzados») van juntos en la mente y las manos del integrismo islámico.

Una magna victoria del islamismo radical en su versión chiita fue, en 1979, el derrocamiento del régimen prouseño de Irán, hasta entonces una piedra angular de la estabilidad y occidentalización del Oriente Medio y Próximo. Interesa destacar que su caída fue auspiciada por la propia Usa y, en un plano más propagandístico, por diversos países europeos, Francia en primera fila, que querían ver la caída del sha como un triunfo democrático sobre el gobierno autoritario. El resultado fue la victoria de un férreo Estado islamista, en la tendencia chiita (la mayoría de los musulmanes son sunnitas), que no cesaría de hostigar al Gran Satán, según definían a Usa, y que barrió todas las medidas

occidentalizantes anteriores. Como concluyó melancólicamente el sha, «es peligroso ser enemigo de Usa, pero aún más peligroso ser su amigo».

Lo mismo ocurriría en Afganistán cuando los soviéticos tuvieron que retirarse, prólogo a la implosión de la URSS. El terrorismo y la movilización de masas —a menudo apoyada por la UE y Usa— se convirtieron en los métodos predilectos del integrismo, que predicaba abiertamente la guerra santa contra Occidente en general y Europa en particular, entendida esta por los islámicos como un territorio enemigo, por infiel y por haber humillado largamente al Islam. En ese contexto, los integristas no han dejado de reivindicar Al Ándalus contra España, e incluso un país que por ahora ha optado por Occidente, como es Marruecos, mantiene viva, aun si por ahora en sordina, la reclamación andalusí. La glorificación de Al Ándalus es una política persistente de numerosos grupos e intelectuales no musulmanes en la propia España. Los líderes islamistas creen que Europa va madurando para convertirse en *Dar al-Islam,* y parte de la estrategia es la inmigración masiva.

La descolonización propició una fuerte inmigración musulmana en Francia, también, por otras causas, turca en Alemania, y desde entonces las minorías musulmanas no han cesado de crecer en numerosos países de la UE. Incluso líderes occidentalizados y socialistas como los argelinos Ben Bella y Boumedienne expresaron ideas como esta: «Un día millones de hombres del hemisferio sur irán al hemisferio norte. Y no irán como amigos, porque irán a conquistarlo. Y lo conquistarán con sus hijos. Los vientres de nuestras mujeres nos darán la victoria». Las citas sobre tales propósitos podrían multiplicarse, pues no son ocultadas, salvo por diversos dirigentes y medios de masas de la UE. Después de varios siglos, el Islam vuelve a ser un peligro

real para Europa. La respuesta de la UE ha sido desde hace años el fomento de esa inmigración, con la idea de que los inmigrantes encontrarán atractiva y admirarán la cultura que siguen llamando europea, en la que terminarán integrándose aun si se producen conflictos ocasionales.

Otra manifestación de la política de Usa y la UE ha sido la promoción de las llamadas «primaveras árabes» (por referencia a la «primavera de los pueblos» de 1848), supuestamente democratizantes en el norte de África y Oriente Próximo, ayudando a derrocar, para ello, a regímenes árabes laicos e incluso prooccidentales. El fruto de esas primaveras ha sido una serie de guerras civiles abiertas o latentes, y caos en Libia y en Siria, con un golpe militar que de momento ha contenido en Egipto la deriva islamista —mayoritaria en las urnas— y dado alas a un agresivo yijadismo e inmigración de multitudes de refugiados reales o supuestos.

Hasta ahora, la acción terrorista islámica más espectacular ha sido la destrucción de las torres gemelas neoyorkinas. Su consecuencia fue la intervención militar de Usa y diversos países europeos en Afganistán e Irak. En los dos casos, la apabullante tecnología bélica occidental obtuvo rápidas y fáciles victorias… para enfangarse a continuación en una costosísima lucha frente a un terrorismo que ha conseguido derrotar allí, de hecho, a Usa y sus aliados, obligándoles a retirarse. Y en Europa el terror islámico ha venido haciéndose cada vez más incontrolable. Tradicionalmente, el terrorismo europeo no solía cometer matanzas indiscriminadas (a veces sí lo había hecho en España la ETA), pero el islámico carece en absoluto de esa inhibición. Se ha insistido mucho en que tales actos son realizados por una ínfima minoría de musulmanes, lo cual no deja de ser un tanto perogrullesco. Pero ¿qué porcentaje de los inmigrantes

islámicos los condena? Se han intentado manifestaciones de inmigrantes contra los terroristas y han fracasado de forma casi grotesca. Y la tendencia viene siendo a crear verdaderos guetos en diversas ciudades, donde la ley del país no se aplica. Se da también el caso, particularmente en Inglaterra, de cierto número de conversos al Islam especialmente entre mujeres, algo inesperado.

* * *

De cualquier modo que se mire, estos procesos y fenómenos transmiten una densa impresión de declive civilizatorio. En enero de 2016 a la pregunta «¿estaría usted dispuesto a luchar por su país?» en una encuesta internacional, solo respondía afirmativamente entre un 15 y un 21 por ciento de los jóvenes europeos, sin llegar en ningún caso al 50 por ciento. Ello indica, de paso, un escaso aprecio popular al sistema político demoliberal, particularmente entre los jóvenes. Por otra parte crece en la UE la protesta contra lo que muchos calibran como deriva totalitaria de los gobiernos, cuya proclamada tolerancia solo suele ejercerse en una dirección. El antiguo disidente soviético Vladímir Bukovski lo ha señalado concretamente, y países con experiencia del sovietismo, como Hungría y Polonia, se resisten cada vez más al *Diktat* de Bruselas. Por su parte, Inglaterra ha elegido separarse de un designio europeísta juzgado poco democrático. Estos datos y otros que pudieran señalarse indican que el declive europeo iniciado en 1945, o quizá en 1918, no es un fenómeno circunstancial, sino que tiende a mantenerse e incluso a empeorar, a pesar de la bonanza económica; la cual, para más contrariedad, lleva nueve años en una crisis cuya salida no se vislumbra con mediana certeza.

¿Puede Europa, o algunos de sus países, encontrar el

modo de superar la actual situación, o el continente ha entrado en un declive irreversible dentro de un mundo «globalizado» creado por él mismo desde finales del siglo XV, y en el que no parece tener nada nuevo que aportar, aparte de competir por los mercados o proponer absurdos como algunos de los mencionados? ¿Se trata de una decadencia real, o solo de un bache pasajero? ¿Es posible inspirarse en los orígenes, purificándolos, o el mundo ha emprendido una marcha para la que sirven de poco o de nada, las experiencias del pasado? Por ahora no se aprecian señales de mejora, aunque siempre puede pensarse que peores etapas se han superado. Según Toynbee, las civilizaciones se refuerzan o perecen según sean capaces de dar respuesta a los retos que les plantea la historia, pero hoy incluso esos retos se presentan de forma difusa, difícil de captar con precisión, por lo que la respuesta a ellos se hace igualmente incierta.

# Conclusiones

La historia es tan extraordinariamente amplia, movida, variada y compleja, que se convierte en un embrollo total si no buscamos un hilo conductor que nos permita encontrarle algún sentido, al menos parcial. En la gran mayoría de los análisis, hoy, ese hilo conductor es la economía y la técnica. Y, ciertamente, resulta bastante fácil seguir, *grosso modo*, el desarrollo de la capacidad técnica del hombre, y con ella de la economía: esta, sea al modo marxista o al modo liberal, vertebraría las sociedades, de ella surgiría la organización de la sociedad, sus ideas y valores predominantes, etc. La economía parece más fácil de estudiar «científicamente» porque se considera la base «material» de la sociedad: después de todo, el hombre tiene que alimentarse para sobrevivir, por lo que el pensamiento, la religión, etc., pueden concebirse fácilmente como actividades derivadas de esa necesidad imperiosa, idea vulgarizada en el dicho *primum vivere deinde philosophare*.

Sin embargo, a pesar de esa aparente concreción material (el mundo de las ideas, de las luchas por el poder, etc., resulta más evanescente por menos «material»), al enfoque económico-técnico pueden hacérsele algunas objeciones. En primer lugar, no existe la menor prueba de que la economía determine o condicione de modo decisivo al resto de la sociedad y su evolución. Aunque para vivir hay que comer, vivir es asunto incomparablemente más amplio que comer. Durante muchos siglos, la economía en las culturas mediterráneas —en realidad en la mayor parte del mundo—

era básicamente agraria, y sin embargo las culturas (creencias, mitos, estructuras políticas, costumbres, creatividad artística, etc.) diferían notablemente entre sí: consideremos a Grecia, Cartago, Roma, el mundo céltico, el germánico o el helenístico, y tantas culturas más en los orígenes de Europa. Algo semejante cabe decir de cualquier época histórica, incluyendo la actual, en que la generalización de una tecnología muy similar no evita la proliferación de culturas y la existencia de varias civilizaciones y concepciones civilizatorias, crisis e incertidumbres sobre el destino humano. Ciertamente, la economía tiene su historia, como cualquier actividad humana, y sus influencias sobre otras actividades, pero de ningún modo explica la historia.

En segundo lugar, y en contra de lo sugerido por el *primum vivere*, el ser humano, al revés que los animales, necesita «filosofar» para vivir. La economía no es un dato tan material y primario como pueda parecer. Organizarla, incluso en las condiciones más primitivas, exige una fuerte aplicación del espíritu, o del intelecto, si preferimos este vocablo: organización, conocimientos, criterios distributivos, etc., que tienen que ver con la moral. La propia técnica no surge inmediatamente de la economía, sino del esfuerzo mental del ser humano, y no de manera general e indiferenciada, sino por ideas e iniciativas individuales, a veces peligrosas y luego adoptadas por otros. La economía está regida por la «filosofía», es decir por el sentimiento del mundo, el razonamiento y la moral. Tanto la economía socialista como la liberal parten de concepciones filosóficas y políticas determinadas, y no al revés. Y dentro de cada una surgen ideas y políticas diversas, baste recordar las escuelas a lo largo de los últimos siglos o, en los años treinta del pasado, la polémica Hayek-Keynes, de vasto efecto en la

orientación de la economía occidental. Hoy, en plena crisis, encontramos interpretaciones y propuestas asimismo divergentes. Hasta la tesis de que la historia se explica por la evolución económico-técnica es también una concepción filosófica. La «filosofía», entendiendo por ella la necesidad de debatirse el hombre, intelectual y físicamente, en un mundo donde debe vivir y morir, un mundo que solo llega a comprender parcialmente, como también se comprende parcialmente a sí mismo, es precisamente la clave de la actividad humana y de su historia, con diversos niveles.

En tercer lugar, si la concepción económico-técnica de la historia explicase la evolución humana, la historia misma quedaría prácticamente abolida. Los cambios tecnológicos han sido acumulativos, lentos y básicamente homogéneos a lo largo de siglos y milenios, aunque muy acelerados hoy. Entonces, para estudiar el pasado podríamos prescindir, como datos secundarios o superfluos, de la ingente cantidad y variedad de actividades, ideas, conflictos, etc., del pasado, y reducir el relato de las andanzas humanas a la producción de materiales de consumo y avances técnicos. El ser humano, con su individuación y variedad de actividades se limitaría en el fondo a trabajar para comer, como los animales aunque de modo más complicado. De hecho se escriben «historias» con esos criterios, ciertamente pesados. Más aún, el pasado quedaría dividido en dos grandes períodos: los muchos miles de años en que los humanos habrían ido dando tumbos, por su ignorancia, y en los que los sucesos no económicos tendrían interés puramente anecdótico o pintoresco, y la era reciente, en que se habría descubierto y por tanto dominado la clave de la evolución humana, como viene a sugerir la tesis del «fin de la historia».

Por no seguir, el sentido de la historia procurado por tales

concepciones sería el de una carrera sin fin por alcanzar más y más capacidad técnica y riqueza material. Para dar a la tesis un contenido menos pedestremente materialista, se atribuye a la creación de riqueza la creación de libertad: cuanta más riqueza más libertad y un ser humano por tanto más creativo, en un progreso indefinido. Es curioso que en esa concepción general coincidan dos ideologías en otros aspectos opuestas como el marxismo y el liberalismo, de modo que no sería demasiado chocante calificar de liberal-marxista el enfoque de la historia hoy dominante.

Tal como se la ha considerado espontáneamente desde que existen crónicas, la historia es fundamentalmente política, entendiendo por tal los mil sucesos y conflictos derivados de la individuación extrema del ser humano en diversas apetencias particulares y colectivas, que dan a la historia su dinamismo casi vertiginoso en personajes, acontecimientos, choques, pasiones, ideas, alianzas, cambios… Persiste la cuestión: ¿hay algo detrás de esa aparente barahúnda de «ruido y furia» que le dé coherencia? He sostenido que el trasfondo consiste en el esfuerzo que en sentido amplio llamaríamos filosófico, cuya manifestación más primaria y profunda es la religión. La inseguridad radical —salvo en su final destino individual— de la condición humana, impone alguna forma de fe que dé consuelo, esperanza y sentido a su vida, y le permita liberar sus energías culturales. Por tanto la fe, la religión con sus mitos y ritos, es connatural a la condición humana, aunque pueda adoptar formas diversas.

La historia de Europa puede entenderse, hasta el siglo XVIII, como historia del cristianismo con su tensión entre razón y fe, entre Atenas y Jerusalén, etc. (durante siglos fue el único continente cristiano, aunque persistieran bolsas de

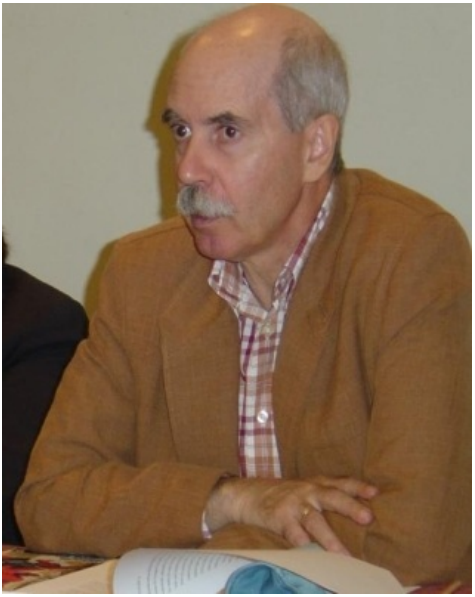
esa religión en los territorios conquistados por el Islam). Sobre el fondo común de la religiosidad humana, la cristiana contiene diferencias considerables, que he expuesto muy en esbozo (este libro viene a constituir una serie de esbozos). A partir del siglo XVIII se abren paso las ideologías, igualmente basadas en diversas formas de fe, en parte de raíz cristiana, pero con varios puntos en común: el alejamiento del cristianismo o la hostilidad violenta contra él; una divinización del Hombre, con la creencia en su bondad natural, echada a perder por causas supuestamente ajenas a él, como la religión tradicional o «la sociedad»; la exaltación de la Razón como instrumento capaz de superar aquella inseguridad radical del hombre, y del Progreso como vehículo para avanzar en esa dirección. Formas de religiosidad que he denominado prometeicas, por creer que de algún modo estaban previstas en los mitos de las religiones tradicionales.

Creo que esta transformación de la religión cristiana en religión prometeica no se ha dado en ninguna otra civilización, al menos con la intensidad intelectual y política con que se ha producido en Europa. No obstante, debe recordarse que nunca ha logrado abolir o aniquilar las creencias cristianas, las cuales han persistido, a pesar de retrocesos y persecuciones, como un componente esencial de las culturas del continente. Lo que ocurra en el futuro nos está vedado saberlo, pero es razonable pensar que la tensión prometeica-cristiana tendrá un papel muy importante.

Echando la vista al pasado, la civilización europea desde su lejano origen en la II Guerra Púnica, se ha caracterizado por un excepcional dinamismo e impulso creativo en todos los ámbitos de la cultura. Aun con un acompañamiento frecuente de atrocidades, tampoco infrecuentes en otras

culturas, ninguna otra civilización ha generado tal número de relevantes pensadores, artistas, científicos, dirigentes de pueblos, aventureros, descubridores, ni se ha planteado problemas filosóficos o existenciales con tal agudeza y audacia, aunque a veces parezca la audacia de la locura. Y tampoco ha obrado nunca Europa como un todo, sino que siempre ha sido una nación u otra la que ha tomado la delantera, seguida más o menos por las demás. Una evolución bajo el influjo enigmático, sugestivo e inspirador de la fe, tradicional o ideológica.

Suele simbolizarse a Europa en la figura de la princesa fenicia de ese nombre, raptada por Zeus en forma de toro. Pero si algún personaje de la mitología griega —una de sus grandes raíces culturales, cultivada y asimilada por el cristianismo— puede caracterizar la historia que hemos querido resumir, sería más bien Atenea, diosa de la sabiduría y de la guerra, pues en las dos cosas han sido pródigos los países que componen el continente. Combinándolas, hablaríamos de un intelecto, o mejor de un espíritu combativo. Que acaso no se haya agotado, pese a su evidente declive actual.



LUIS PÍO MOA RODRÍGUEZ. (Vigo, 1948) es un articulista, historiador y escritor español, especializado en temas históricos relacionados con la Segunda República Española, la Guerra Civil Española, el franquismo y los movimientos políticos de ese período.

Participó en la oposición antifranquista dentro del Partido Comunista de España (reconstituido) o PCE(r) y de la banda terrorista GRAPO. En 1977 fue expulsado de este último partido e inició un proceso de reflexión y crítica de sus anteriores posiciones políticas ultraizquierdistas para pasar a sostener posiciones políticas conservadoras.

En 1999 publicó *Los orígenes de la guerra civil,* que junto con *Los personajes de la República vistos por ellos mismos* y *El derrumbe de la República y la guerra civil* conforman una trilogía sobre el primer tercio del siglo XX español. Continuó su labor con *Los mitos de la guerra civil*, *De un tiempo y de un país* (donde narra su etapa juvenil de miltante comunista, primero en el PCE y más tarde en los GRAPO), *Una historia chocante* (sobre los nacionalismos periféricos), *Años de hierro*

(sobre la época de 1939 a 1945), *Viaje por la Vía de la Plata, Franco para antifranquistas, La quiebra de la historia progresista* y otros títulos. En la actualidad colabora en *Intereconomia, El Economista* y *Época.*

Moa considera que la actual democracia es heredera del régimen franquista, que experimentó una «evolución democratizante», y no de las izquierdas del Frente Popular, según él totalitarias y antidemocráticas y que dejaron un legado de «devastación intelectual, moral y política». Su obra ha generado una gran controversia y suscitado la atención de un numeroso público, que ha situado a varios de sus libros en las listas de los más vendidos en España: su libro *Los mitos de la Guerra Civil* fue, con 150.000 ejemplares vendidos, número uno de ventas durante seis meses consecutivos.

La obra de Moa ha sido descalificada por numerosos autores e historiadores académicos, quienes lo han sometido al ostracismo porque su obra revisa ideas generalmente admitidas sobre ese período –ideas asentadas en una perspectiva política de izquierdas que mitifica la II República–, y sienta tesis innovadoras, que sin embargo, no han sido rebatidas documentalmente hasta la fecha

Pero Moa cuenta también con algunos defensores en el ámbito académico: Ricardo De la Cierva, José Manuel Cuenca Toribio, o Carlos Seco Serrano han elogiado la obra de Moa.

Fuera de España, historiadores e hispanistas como Henry Kamen, Stanley G. Payne o Hugh Thomas han comentado en términos favorables trabajos y conclusiones de Moa. Por ejemplo, Kamen se lamenta de que, según su opinión, la represión ejercida por la República no haya sido estudiada, con la única excepción de Pío Moa, el cual habría sido

marginado por los historiadores del *establishment.*

Stanley G. Payne ha elogiado en repetidas ocasiones los trabajos de Pío Moa, sobre todo sus investigaciones sobre el periodo que va de 1933 a 1936: «Cada una de las tesis de Moa aparece defendida seriamente en términos de las pruebas disponibles y se basa en la investigación directa o, más habitualmente, en una cuidadosa relectura de las fuentes y la historiografía disponibles»; destaca la originalidad de su trabajo: «ha efectuado un análisis realmente original y ha llegado a conclusiones que no han sido todavía refutadas. Lo han denunciado, lo han vetado pero no han logrado rebatir con pruebas las tesis de Moa sobre la República», e incide en que las tesis de Moa no han sido refutadas: «lo más reseñable es que, aparentemente, no hay una sola de las numerosas denuncias de la obra de Moa que realice un esfuerzo intelectualmente serio por refutar cualquiera de sus interpretaciones. Los críticos adoptan una actitud hierática de custodios del fuego sagrado de los dogmas de una suerte de religión política que deben aceptarse puramente con la fe y que son inmunes a la más mínima pesquisa o crítica».

Hugh Thomas ha afirmado sobre la obra de Moa: «Lo que dijo Pío Moa sobre la revolución de 1934 es muy interesante y pienso que dijo la verdad. ¡Pero no fue tan original! Él me acusa en su libro, pero yo dije casi lo mismo: la revolución de 1934 inició la guerra civil, y fue culpa de la izquierda».

# Notas

[1] Unas consideraciones más amplias sobre estas cuestiones, la importancia de la economía o la naturaleza y evolución del poder político, o las concepciones marxistas, que, más o menos modificadas, mantienen una influencia muy extendida en ámbitos académicos, en *Nueva historia de España*, pp. 17 y ss. <<

[2] Según la interpretación de Paul Diel en *El simbolismo en la mitología griega.* <<

[3] Montecasino sufriría numerosas destrucciones y saqueos: en 589 por los lombardos, en 884 por los musulmanes, en 1799 por los revolucionarios franceses y en 1944 por bombardeos de los Aliados contra los alemanes. También algún terremoto demoledor, pero se rehízo siempre. <<

[4] Según algunos (Le Goff), los libros eran atesorados como podría serlo una vajilla, apenas se leían y los monjes los copiaban como penitencia, sin entenderlos: labor absurda, aunque quizá lo sea esa versión. <<

[5] Borges la valoró como la mayor obra literaria humana; Balzac elogió a Dante como único autor comparable a Homero; T. S. Eliot como superior a todos, al lado de Shakespeare. <<

[6] Muchos historiadores (Régine Pernoud, Georges Duby, Christoher Dawson, Thomas E. Woods, etc.) vienen reivindicando aquellos siglos pretendidamente nulos como

el cimiento, por lo demás evidente, de la cultura europea. <<

[7] Se trató de un descubrimiento, pues los indígenas, aunque estaban allí, no tenían la menor noción de vivir en un continente luego llamado americano, ni de la existencia de otros. Tampoco los vikingos ni otros posibles visitantes tenían la menor idea al respecto. Las discusiones sobre ello son *bizantinas*. <<

[8] Es posible que este breve resumen resulte chocante, todavía hoy, a algunas personas que comulgan con la idea de que se trató de un enfrentamiento entre «demócratas y fascistas». Al respecto no cabe hoy ninguna duda razonable. Ver, por ejemplo, S. Payne, *El camino al 18 de julio*, o los míos *Los orígenes de la Guerra Civil* y *Los mitos de la Guerra Civil*. <<

[9] Como siempre, es difícil luchar contra prejuicios muy arraigados creados por la propaganda. En *Los mitos del franquismo* he expuesto los datos económicos reales, junto con los del desarrollo educativo, etc. <<

# Índice


Europa 3

Prefacio: ¿Qué es Europa? 6

Primera Parte: Edad de Formación 23

1. La guerra que fundó Europa 24
2. El Imperio romano y su cultura 41
3. El cristianismo 58
4. La espantosa revolución 75

Segunda parte: Edad de Supervivencia 85

5. Reinos germánicos y monasterios 86
6. Segunda oleada de invasiones: el islam contra el Mediterráneo 99
7. Carlomagno. Invasiones vikingas y nueva barbarie. Oratores, bellatores, laboratores 109

Tercera parte: Edad de Estabilización 124

8. Primera gran división de la cristiandad. Tres europas en torno al año 1000 125
9. La época del románico. «Revolución papal», Gregorio VII, catedrales y universidades 136
10. Cruzadas, almohades, órdenes militares y mongoles 149
11. La era del gótico. franciscanos y dominicos 160
12. Las grandes catástrofes y novedades del siglo xiv 171
13. Cisma de Occidente y nuevas ideas teológico-políticas 185
14. Humanismo y Renacimiento en el siglo xv. La imprenta 196

15. Fin del cisma, caída de Constantinopla, Reyes Católicos 207
Cuarta parte Edad de Expansión 224
16. La era de los descubrimientos 225
17. Guerra, comercio y derecho internacional 238
18. Apogeo del Renacimiento. Lutero revoluciona media Europa 250
19. Turcos, protestantes y monarcas renacentistas 263
20. Iván IV el terrible y el origen divino del poder 276
21. Del gran siglo de España al gran siglo de Francia 287
22. Siglos de oro 305
23. El pensamiento científico 319
24. Nuevo orden europeo y despotismo ilustrado 336
25. Revolución Industrial e Ilustración 355
Quinta parte: Edad de Apogeo 373
26. Revolución americana y Revolución francesa 374
27. De la religión divinal a la religión prometeica 388
28. Guerras napoleónicas y caída del imperio español 407
29. Hegemonía inglesa y resurgimiento alemán 425
30. Las aventuras de la razón (i). Liberalismo y marxismo en el siglo liberal 441
31. Las aventuras de la razón (ii). Darwin, Nietzsche, Pío IX, Donoso 455
32. El hombre, divinidad precaria 468
33. La caída de la fe en el hombre 480
34. El siglo de la democracia 488
35. De la «belle époque» a los locos años veinte, pasando por una guerra mundial 501
36. Los años treinta, la II Guerra Mundial y la paz perpetua 517

Sexta parte: La Edad de Decadencia 533

37. Europa tras la guerra de las tres ideologías 534

38. Dos hechos históricos imprevisibles: colapso de la URSS y resurgir islámico 550

Conclusiones 562

Autor 568

Notas 571